

EL ALBUM

DE LA

GLORIA DE CHILE

HOMENAJE AL EJERCITO Y ARMADA
DE CHILE

EN LA MEMORIA DE SUS MAS ILUSTRES
MARINOS Y SOLDADOS
MUERTOS POR LA PATRIA EN LA GUERRA DEL PACIFICO

1879-1883.

POR
BENJ. VICUÑA MACKENNA

ILUSTRADO
OR

LUIS F. ROJAS

EL ALBUM
DE LA
GLORIA DE CHILE.

EL ALBUM
DE LA
GLORIA DE CHILE

HOMENAJE AL EJÉRCITO I ARMADA DE CHILE

EN LA MEMORIA DE SUS MAS ILUSTRES MARINOS I SOLDADOS

MUERTOS POR LA PATRIA

EN LA GUERRA DEL PACÍFICO.

1879—1883.

POR

B. VICUÑA MACKENNA.

ILUSTRADO POR LUIS F. ROJAS.



SANTIAGO,
IMPRENTA CERVANTES

Calle del Puente, núm. 15 D.

1883.



EL TENIENTE-CORONEL

DON ELEUTERIO RAMIREZ

W. P. ENYER & CO.

EL TENIENTE CORONEL DON ELEUTERIO RAMIREZ



I.

El soldado de la República que fué el primero en llevar a las montañas del Perú i al pecho de nuestros jóvenes soldados la chispa de la inmortalidad, encendida en lo alto de sus mástiles por el capitán Prat en las arenas de Iquique, i que, como éste, sucumbió dando al ejército de tierra el ejemplo de una resolución sublime simbolizada en su bandera, el teniente coronel don Eleuterio Ramírez, nació en la ciudad de Osorno el 18 de abril de 1837, año de graves acontecimientos militares en la República.

II.

Toda su familia había sido de soldados, en sus dos ascendencias, i continuaría siéndolo con él.

Fué su padre el sarjento mayor don José Ramírez, capitán de la independencia, al paso que su madre, doña Marcelina Molina, era hija de aquel bravo comandante del rei, don Lucas Molina, que, comandando el batallón Valdivia en el sitio de Chillán, cayó muerto sobre su espada, atravesado por una bala en el memorable ataque del 6 de agosto de 1813. Su abuelo, del mismo nombre del precedente, había sido el restaurador de Osorno en las últimas guerras con los arau-

canos; i no era difícil trazar el entroncamiento de este viejo soldado, mediante auténticas jenealogías, hasta los capitanes de su nombre que asistieron al cerco de Granada bajo Isabel la Grande.

Asimismo todos sus hermanos entraron en la carrera de las armas casi desde su infancia: don Antonio, que murió mui joven en 1870 después de haber dado a luz el «Faro militar», estimable publicación profesional; don Francisco, residente actualmente en Osorno, i don Pablo Nemoroso, que le acompañó al Perú como capitán de compañía en su propio batallón. Aun de dos hermanos que de su primer enlace diérale su madre, don Fernando i don José Antonio Lenis, murió el primero gloriosamente en el puente de Buín en enero de 1839, i el último mandó hasta hace pocos años el batallón de marina que da guarnición a nuestras naves.

III.

Bajo estos antecedentes, don Eleuterio Ramírez, que era el mas joven de aquella tribu de guerreros, entró casi niño a hacer su aprendizaje de las armas al cuerpo de Jendarmes de línea en 1855. Tenía entonces apenas 18 años, pero su noble porte, su pundonoroso carácter i su dedicación a todos sus deberes, hicieron que en menos de tres años (1858), ascendiese a ayudante mayor de su cuerpo.

Cambiado éste en batallón regular de infante-

ría bajo el número 5.º, con motivo de la revolución i guerra civil de 1859, hizo el ayudante Ramírez las dos campañas que requirió aquella dolorosa lucha fratricida, encontrándose en el Sur en el sitio de Talca, i en el Norte en la memorable batalla de Cerro Grande, librada victoriosamente por las tropas del gobierno a las del caudillo del Norte, don Pedro Gallo, a las puertas de la Serena el 29 de abril de 1859.

IV.

Cuando encontraron su término estos luctuosos acontecimientos, lucía el jóven Ramírez sobre sus hombros las charreteras de capitán a los 22 años; i en esta capacidad pasó al batallón 2.º de línea, que en esa época comandaba el hoy jeneral de división don José Antonio Villagrán, i el cual, llevado por él al fuego como jefe, debería encontrar gloriosa tumba en la hórrida quebrada de Tarapacá 20 años más tarde.

Continuó el capitán Ramírez ganando noblemente sus ascensos en el servicio del país, ya destacado en las Fronteras, donde emprendió varias campañas al interior de la tierra rebelada en 1860 i en 1868, ya cubriendo contra los españoles la guarnición del puerto de Caldera en 1865-66.

Pero no puede decirse, que halló cabal fortuna en su carrera, sinó cuando habiendo subido al puesto de presidente de la República don Federico Errázuriz, hízose éste su protector decidido.

Un hermano del presidente, don Diego Errázuriz, había sido casado con una hermana del capitán Ramírez en Osorno, i a esta circunstancia, así como al conocimiento personal de sus méritos, debió el último el favor de ser llamado a Santiago a trabajar casi a los ojos del jefe del Estado, en la inspección del ejército, i, en seguida, el honor mucho más señalado de mandar en jefe el batallón 2.º de línea.

V.

Hallábase en consecuencia el comandante Ramírez, a la cabeza de este valeroso i bien disciplinado cuerpo, reducido, empero, por economía a esqueleto, cubriendo la guarnición de Valparaíso i repartido en sus fuertes, cuando en febrero de 1879 estalló la guerra; i fué por este motivo el primero en partir al teatro de las operaciones, limitado en esa hora al arsenal de Antofagasta.

VI.

Recuérdanse todavía por todos, las escenas conmovedoras de aquellos adioses del patriotismo que daban a la partida de cada uno de nuestros convoyes, el aspecto pintoresco i el tinte heroico de las primeras cruzadas:—el pueblo entero agrupado en la playa, las embarcaciones cubiertas de vistosos gallardetes, los soldados que partían ajitando sus cimbras en el aire er medio de estruendosos vivas a la patria, los votos de los que quedaban, los voluntarios que de la arena misma, arrojando los desvalidos sus ponchos, la juventud sus libros, todos su egoismo, saltaban a la borda pidiendo un fusil.

Pero nadie caracterizó mejor aquel movimiento de expansión del patriotismo i de apego austero al deber, que el comandante del 2.º de línea al poner el pie con su bandera en la cubierta del transporte *Rimac* que el 20 de febrero de 1879 condujolo al desierto.—"Señores,—exclamó el comandante Ramírez formulando su programa de guerra en un banquete de amigos que precedió de unas pocas horas la partida.—"Señores: a nombre del batallón 2.º de línea i del mío propio, doi las mas sinceras gracias por la espontánea i noble manifestación de que hemos sido objeto, tanto de parte del pueblo de Valparaíso, como de vosotros mismos, que formáis en las filas de los esclarecidos ciudadanos de esta localidad.

«Pero debo recordaros que el honor que hacéis ahora al cuerpo de mi mando, a quien ha caído en suerte el ser llamado uno de los primeros a la defensa de los intereses, de la honra de nuestra patria, lo recibo, no solamente en nombre del batallón 2.º de línea, sinó, en el *de todo el ejército*, que, como nosotros, está llamado a defenderla.

«Permitidme, pues, en este momento, que recuerde a los viejos compañeros de armas que formaron en las filas del *Carampangue, Chacabuco, Maipú, Butn, Santiago, Colchagua* i *Carabineros de Yungai*, del último de los cuales, se ha formado este batallón, i que han legado a la historia de nuestra patria pájinas gloriosas, *con hechos i. marcesibles de abnegación i heroicidad.*

«Esa huella luminosa de victorias, seguirá siempre este batallón, continuando de esta manera la tradición de acontecimientos que han enaltecido al ejército chileno i manteniéndolo en la esfera respetuosa de que ha gozado, dentro i fuera de la República.»

VII.

No valen por lo jeneral las palabras, sinó a condición de que las revalide el hecho o el sacrificio. Pero, cuando, como en el caso presente, el vino vertido en la copa del festín, trocose en breve en raudal de noble sangre derramado en el cáliz de la muerte, combatiendo, revístense aquellas de la solemnidad de un voto profético i sublime.

VIII.

Ajustó en efecto, el comandante Ramírez, su conducta de jefe i de soldado a su promesa, i no hubo vida más sobria que la suya en el campamento, ni cuerpo mejor tenido en la ruda guarnición del desierto, que el que él mandaba. Desta-

cado el 2.º en Caracoles, cúpole la fortuna de abrir la campaña, retardada tímidamente i por todos los caminos en los consejos de gobierno, apoderándose el 23 de marzo, un mes después de su desembarco, de la aldea fronteriza de Calama, llave del interior de Bolivia por ese rumbo del desierto.

Mostró el comandante Ramírez, notoria bizarria en ese hecho de armas, conduciendo él mismo su tropa al paso difícil del rio Loa, i mostrándose el primero en todas partes. Pero ha quedado constancia íntima de que adentro de su pecho vió, con amargura, desconocida la significación de aquel primer estreno de las armas i de las victorias de Chile, pues no recibió la más leve manifestación de estímulo en su carrera, ni siquiera en la forma de una esquila de congratulación o de saludo. Al contrario, nombrado gobernador militar de Calama, quitáronle los artilleros que le acompañaban; i un mes después de la ocupación de aquella plaza, escribía al autor de estas memorias con mal disimulada ironía, que, como se hallaba a cargo del puesto más adelantado sobre el enemigo, había almacenado los cañones por carecer de quienes los sirvieran... No se atrevía, sin embargo, el discreto i disciplinado jefe a decir que dos días después de ocupada aquella posición fuerte, había sido mandada desalojar por un telegrama personal del jefe del Estado, lo que fué causa de que cuatro soldados de su cuerpo se ahogaran en el Loa, i que perecieran en las marchas i contramarchas todos los ganados de lana, pan i sustento de aquella apartada i frijida comarca.

IX.

Prosiguió desde entonces la guerra. El comandante Ramírez con sufrida calma, sin el volátil entusiasmo de un joven, sacrificó

usto, lo aceptaba. Todas sus cartas íntimas del campamento de Antofagasta, revelan este estado melancólico pero magnánimo de su espíritu.

Aconsejábales a los suyos i a su propio hijo retirarse de la ingrata carrera que le había cabido en suerte; pero se manifestaba enérgicamente dispuesto a cumplir su deber hasta el fin.

Una reyerta de jurisdicción con el jeneral en jefe del ejército había aumentado su desazón, sin comprometer por esto en lo más mínimo sus propósitos de derramar por su patria i su bandera, cuanta sangre aquella pidiérale por su honra i cuanta necesitare la última para su lustre.

X.

En esta situación de los ánimos, que comenzaba a ser común en el ejército, tuvo lugar el desembarco de éste en la segunda lenta etapa, de las cuatro en que se repartió la guerra, ocho meses después de la primera. I como no cupiese al 2.º de línea, elevado desde los primeros días de la campaña a rejimiento, la fortuna de tomar parte activa en el asalto de Pisagua, ni en la batalla de San Francisco, a causa de haber sido retenido cerca de su persona por el jeneral en jefe, no fué difícil a su comandante embarcarse en la aventurada empresa de ir a rodear al ejército aliado disperso en la última jornada, (19 de noviembre de 1879), siguiéndolo al través del desierto hacia la quebrada de Tarapacá, que era su punto natural de retirada hacia Arica, i hacia Tacna o hacia Bolivia.

XI.

Ése en consecuencia aquella expedi-
dimiento que estrategia, for-
mil hombres que
l, don

Luis Arteaga, poco versado todavía en los accidentes prácticos de la guerra. Como es sabido, el 2.º de línea formaba la mitad i la parte más sólida de aquella tropa, lanzada de improviso i sin aprestos a las arenas candentes de la pampa del Tamarugal.

Verificóse todo esto en los días 25 i 26 de noviembre de 1879, la noche de cuya última jornada pasaron los soldados en el hielo de frijida noche, sin víveres, sin agua, sin abrigo, sin guía i casi sin brújula.—Durmió el comandante del 2.º esa postrera hora de su vida transido de frío, junto con sus soldados i bajo el mismo escaso cobertor que el joven comandante del batallón movilizado Chacabuco, don Domingo Toro Herrera, a quien hizo presente, en el lúgubre silencio de las altas horas, presentimientos tan melancólicos como heróicos, sobre la situación.

Pero cuando, junto con el primer claror del alba, resonaron las dianas del aciago día 27, montó el comandante del 2.º su caballo de batalla, un potro chascón, trofeo de Calama, i, poniéndose a su cabeza, descendió sombrío, casi irritado pero completamente resuelto, al fondo de la quebrada en que debía hacerse, según cálculos bisoños, el encierro de un enemigo que no se había contado ni siquiera reconocido desde lejos.

Tenía esto lugar por el lado de Huaraciña a la entrada de la quebrada, mientras que el comandante Santa Cruz avanzaba hacia las cabeceras de Quillaguasa para completar el círculo con sus Zapadores, ufanos i confiados desde Pisagua.

XII.

Dislocada por consiguiente la columna chilena i dividida en tres trozos, cuando era de rigor su unidad estratégica, avanzaban los mil hombres del 2.º, envueltos en sus capotes, asemejándose a una enorme serpiente negra, por el fondo de la inexplorada i lúgubre quebrada, cuando sintié-

ronse los primeros disparos del ataque súbito que los dos jefes peruanos, del apellido de Suárez, llevaron desde el pueblo de Tarapacá a la columna aislada de Santa Cruz. I al oír la primera detonación, el brioso jefe del 2.º que iba adelante con sus ayudantes Fierro i Arrate, (este último, su propio hijo político), reconociendo con su anteojo, torció bridas, i llegando al galope sobre su columna, gritó con voz enérgica:—«Muchachos! Ya es tiempo! Arrojen sus rollos, i adelante!»

XIII.

Dicho esto, cuatro compañías del 2.º, tirando al suelo sus capotes i sus vacías caramañolas, con la agilidad de diestros gladiadores, se lanzaron a paso de carga por el chircal del seco estero llamado allí quebrada de Tarapacá; i conducidos por el bravo Vivar, segundo del cuerpo, arrollaron cuanto encontraron a su paso, hasta las calles mismas de la aldea.

Mas, rodeados en ésta por triples fuerzas i abandonados por sus compañeros de la altura que habían cedido el campo, las cuatro compañías del 2.º, continuaron batiéndose hasta formar un solo montón de cadáveres chilenos, encima de otro montón de cadáveres peruanos. En Tarapacá, peleando como dentro de un ataúd, no hubo heridos sinó muertos.—«En el espacio de unas pocas varas,—decía, dos días después, un viajero que recorrió el campo,—dejaron los peruanos, cincuenta i siete cadáveres, i entre ellos no encontré más que un soldado del 2.º, que lanzó su último suspiro teniendo asido del pelo a un cholo corpulento, i en ademán de hincarle los dientes en el cuello.»

XIV.

Pero, montón por montón, la compañía del Necochea que era una de las que había

corrido al trote al ataque, había perdido 45 soldados i todos sus sarjentos, i la del capitán Abe Garretón, dejaba 62 cadáveres i sólo tres heridos. Hízose entonces preciso a los pocos sobrevivientes de aquella atroz hecatombe, retirarse combatiendo en torno a la bandera, i el primero en llegar al sitio que ocupaba el comandante Ramírez sobre el caserío de San Lorenzo, vijilando la desigual batalla, fué el bravo Necochea, que dejaba a su hijo prisionero.

—«Mi comandante,—gritóle Necochea al llegar jadeante.—Monte a caballo, que el enemigo llega.

—«¿Cuántos hombres trae?—pregunta fríamente el comandante al capitán.

—«¡Treinta, señor!

—«Yo he recojido aquí quince, i con ellos nos haremos fuertes....

XV.

Encerróse entonces el inclito jefe en un corral de pircas con cuarenta soldados i dos cantineras, que le vendaron su primera herida aun cuando las huestes aliadas rodeaban, como en el mar de Iquique, al pelotón chileno, i con ahullidos espantosos le intimaban rendición, arriando por todas parte la tea a las techumbres pajizas del caserío, no se oyó, como en el mar peruano, una sola voz que no fuese la de alentarse los unos a los otros para morir dignos de Chile, es decir, para morir matando.

Sucumbió de esa manera, en desigual, tenaz i prolongadísima pelea, sin esperanza de rescate, cual la de Iquique, el bizarro jefe del 2.º, con todos los suyos, porque (rasgo sublime!) ni las mujeres se rindieron.

I cuando, cuatro meses más tarde, sus compañeros de armas, humeando los cinchados restos, con sus lágrimas

espada, cubierto de cenizas, i entre la osamenta de sus heróicos subalternos. Ramírez como Prat, no se había rendido.

XVI.

Ocupóse el ejército i el país en tributar los honores debidos a restos tan gloriosos, cuando fueron hallados; i atravesando el desierto i el mar, en procesión solemne, llegaron aquellas caras cenizas a la capital en la medianía de marzo.

«Era el sábado 13 de marzo de 1880,—dice una relacion de esa época ya remota,—i el convoi que venía en incesante marcha desde el fondo de las sierras del Perú i de sus mares, deteníase, compuesto de cuatro carros mortuorios, a las puertas de la ciudad redentora.

«Esta, como una sola ola de lágrimas, se había precipitado a su encuentro, i no hubo jamás un suspiro ni de mayor ni de más intensa ternura en la vida de este pueblo helado, al que una alba cordillera de granito i nieve parece servir de atalaya i de sudario.

No hubo en aquellas solemnes horas una sola diverjencia, i el primero en pronunciar su fallo de glorificación i de promesas, fué el Estado. «El Gobierno de la República,—exclamaba aquel día el *Diario Oficial* en sus columnas de honor profusamente enlutadas,—el Gobierno de la República, se ha apresurado a dictar para la pompa fúnebre con que deben ser recibidas aquellas cenizas, para su decoroso enterramiento, todas las medidas que están dentro del círculo de sus facultades, i que son además compatibles con la iniciativa, que en estos casos es preciso respetar, de las familias de los ilustres difuntos i de la gratitud i admiración de sus conciudadanos».

I mas adelante proseguía:

«Esta manifestación no será, nó, un estímulo para el posterior cumplimiento de las obligaciones contraídas para con la patria, que de ello no ha menester el entero e incondicional patriotismo chileno. Será solo el cumplimiento de un deber por parte de la gran masa social, cuya dignidad i derechos colectivos defienden actualmente nuestros ejércitos, i en obsequio de los cuales rindieron sus vidas los bravos soldados cuyas cenizas vuelven a la ciudad nativa, a descansar en el lecho de tierra que les muelle la gratitud de sus conciudadanos i que pronto *decorarán, como es debido, el arte con sus mármoles i bronces*, la patria con sus recuerdos i la historia con sus fallos.

«¡Bien venidos esos muertos que ya viven la vida de la inmortalidad, conquistada con su heroísmo!»

XVII.

Tal fué la vida i tal la muerte, ambas rápidamente bosquejadas, del capitán ilustre i del jefe de mayor graduación en el ejército de tierra, que sucumbió en el puesto del deber i de la gloria en las primeras etapas de la guerra; por lo cual, consagrando a sus manes esta primera ofrenda del respeto, no hemos hecho sinó seguir el orden de *precedencia de su sacrificio magnánimo*, de su tumba prematura.

Delante de la gloria i de sus consagraciones no hai, por lo demás, ni primeros ni últimos llegados, porque al reflejo de su luz radiante como la del sol, todas las existencias heróicas se funden en un sólo, vívido e inmortal destello.



EL CORONEL
DON JUAN MARTINEZ

(Regimiento Atacama)

DON JUAN MARTINEZ,

COMANDANTE DEL REJIMIENTO ATACAMA

I.



ON Juan Martínez, coronel del Rejimiento Atacama, era hijo de Chillán, como San Martín, como Marchant, como Vargas-Pinochet, como Jiménez-Vargas, como la mitad de nuestro ejército; i, como esos bravos que nombramos al acaso, porque murieron como él, Martínez fué soldado raso.

Nacido en 1827, tenía solo 27 años cuando sentó plaza en su ciudad natal, i fué durante algunos años asistente de un jefe, hoi bien conocido en el ejército, que le enseñó a leer.

En junio de 1844, Martínez era cabo; en abril de 1849, era sarjento; i fué preciso que la guerra civil hiciera brillar su rencorosa segur en los campos i ciudades de Chile, para que el que es hoi llamado caudillo de todo un ejército, cambiase la jineta por la espada.

II.

Martínez, que al día siguiente de la victo-
rida victoria, a las puertas de
lo con justicia jeneral,
n Yungai

bre de 1851, cuando ese aguerrido cuerpo replegó de aquella ciudad, hacia el Maule, i entregarse al jeneral Bulnes, antes de Loncomilla.

En 1852, el subteniente Martínez, pasó al 4.º de línea; i en 1853, al Buín.

Sólo en los comienzos del año 58, recibió sus despachos de capitán.

Un año más tarde, era ascendido a sarjento mayor.

III.

Detúvose en este punto su carrera por un desaffo, o más bien, por un reto de rival arrebatado i tan valiente como él, que a su lado se ha batido en todas partes. El retador fué Jorge W. pero sujetos ambos al rigor de la disciplina, frieron larga prisión en San Bernardo.

Tenía eso lugar en 1867.

IV.

Llamado a calificar, el mayor Martí-
tiempo, a consecuencia de la av
que acabamos de r
siguiente a la as
tructo

ones con su pobre hoga... con sus
estas.

5. le encontramos en la asamblea de
n 1877, en la de Valparaíso; en 1878,
Arauco; i otra vez, en ese mismo año
3), en la de Atacama.
... el Martínez no era un favorito, no
... una hechura. Había nacido para
... sobre sus propios piés, sin báculo de
... nadie, excepto tal vez el hombro de sus hijos. I
... por esto las tres nobles vidas fueron una sola.
Uno de los últimos, el primojénito, Melitón Mar-
... z, había obtenido un empleo en la policía de
... Copiapó; el otro, Walterio, era conductor subal-
... terno de trenes. Pero ambos, al lado de su pa-
... dre, crecieron de cien codos, como soldados de
Chile, en la mañana de Tacna.

Se sabe que en la víspera del sangriento en-
cuentro, el Atacama, que se había batido ya con
alto renombre en Pisagua i en Los Anjeles, esta-
ba de guardia; i el comandante Martínez pudo
velar así en su postrera noche, la tienda de sus
hijos.

Los cachorros del león, habían vuelto a la
vieja madriguera para dormir su último sueño,
en segura i cariñosa custodia.

V.

Conocidos son los numerosos i tiernos testi-
monios de simpatía que tributó al acongojado
padre, después de su duelo, el pueblo atacameño,
i en jeneral toda la república, por aquella doble
pérdida ocurrida en el campo de inmortal vic-

... comandante Martínez,—decía a este
... asa de Copiapó,—le mandó el pé-
... por la pérdida de
... tilla de Tacna; i
... diomas

*«Como padre, lloro la pérdida de mis hijos
como chileno, me siento feliz de que hayan caído
en defensa de la patria. Siento que el único hijo
que me queda, no esté en estado de venir a reem-
plazar a los que han rendido su vida al pie de
la gloriosa bandera nacional.»*

¿No era ésta en todas sus partes, una respues-
ta digna de la antigüedad?

VI.

Pero lo que no es conocido todavía, i será leído
tal vez con irreprimibles lágrimas por los que
tuvieron hijos i los perdieron... es la siguiente
carta que en contestación a una tarjeta de con-
dolencia íntima, acompañada de un recorte de
diario, nos escribiera el afectuoso pero indoma-
ble padre.

Esa carta, que desde hace tres años conserva-
mos con melancólico orgullo entre nuestros más
nobles trofeos de la guerra, decía textualmente
como sigue:

«Señor Benjamín Vicuña Mackenna.

«Tacna, junio 20 de 1880.

«Señor i amigo: Recibo vuestra tarjeta de pésa-
me juntamente con las palabras que me enviáis,
escritas por el señor Justo Arteaga Alemparte,
en su acreditado diario LOS TIEMPOS.

«Vosotros me avergonzáis, señores; yo no
merezco los sentimientos que con el bello idioma
del entusiasmo habéis tenido a bien expresar.

«Mis hijos han caído, es cierto. *Yo, como pa-
dre, jamás me causaré de llorarlos; en el
refundidas todas las aspiraciones
eran ellos mi porvenir en la ar
ra en el crepúsculo d*

... al servici

DE PROFUNDA RESIGNACIÓN LA SUERTE QUE A ESOS NIÑOS MÍOS CUPO, CAYENDO EN EL PUESTO DEL DEBER ABNEGADOS I TRIUNFANTES.

«¡Gloria para ellos, eterno recuerdo!

«I para mí, satisfacción i consuelo; pues que sé que, si se han ido, aun queda en mi alma *vivo, palpitante, el perfume del amor que me consagraron i que les consagré siempre, empeñándome en enseñarles el camino que conduce al cumplimiento de sus obligaciones.*

«Recibid, señor, toda la gratitud de mi alma, que tanto debe a vos como al señor Arteaga Alemparte, por los nobles sentimientos con que me acompañáis en mi desgracia.

«Vuestro atento i seguro servidor

J. MARTÍNEZ.»

Tal era el corazón, tal era el brazo, tal el héroe espartano que perdió la República en la última hora de sus titánicos combates.

VII.

De igual manera, cuando en el moroso campamento de Antofagasta fué puesto en sus callosas manos el estandarte que delicadas obreras de Copiapó habían bordado de realce, como insignia de su cuerpo, el héroe atacameño había pronunciado estas palabras, que arrancaban del fondo de su alma fiera, i que él supo impertérrito cumplir.

«Señores oficiales i soldados: el estandarte que en este momento se os entrega simboliza i representa el honor de Chile, i sobre todo, el honor de la noble provincia de Atacama que nos lo ha enviado.

«Espero que moriremos todos, antes que permitir que esa enseña sagrada caiga en manos de los enemigos i la profane.

«Ayudado por vosotros, juro defender con mi

sangre i la vuestra, ese noble pedazo de nuestro querido tricolor.»

VIII.

Por lo demás, la hoja de servicios del coronel Martínez hasta el momento de salir a campaña, hallábase condensada en las líneas siguientes que acusan una existencia sobria, talvez oscura, pero eminentemente militar.

«Había hecho la campaña al sur de Chile, desde el 27 de setiembre de 1851, hasta el 11 de diciembre del mismo año, a las órdenes del jeneral de división don Manuel Bulnes.—Se halló en la acción de guerra que tuvo lugar en los Guindos, el 19 de noviembre, i en la batalla de Loncomilla, el 8 de diciembre del precitado año, a las órdenes del mismo señor jeneral. El 16 de febrero de 1859, marchó con su compañía a reunirse a la división que, bajo las órdenes del teniente coronel don Tristán Valdés, operaba sobre la ciudad de San Felipe, encontrándose en la toma de dicha plaza, el 18 del mismo mes i año.

«Hizo la campaña al norte de la República, a las órdenes del jeneral de brigada don Juan Vidurre Leal, desde el 30 de marzo hasta el 7 de mayo de 1859, encontrándose en la batalla de Cerro Grande, el 29 de abril del referido año, por cuya campaña el Gobierno, por decreto de 8 de junio de ese año, le confirió el grado de sarjento mayor.

«Se encontró en el bloqueo que la escuadra española puso al puerto de Valparaíso, desde el 24 de setiembre de 1865, hasta el 14 de abril del año 66, siendo segundo jefe del batallón Buin 1.º de línea, i en el bombardeo de dicho puerto, el 31 de mayo del citado año, en la división del centro, que mandaba el teniente coronel don Víctor Borgoño.

«Las comisiones que ha desempeñado, son las siguientes»

«Por decreto supremo, de fecha 8 de julio de 1868, fué nombrado mayor en comisión del batallón cívico del Parral.

«Por decreto supremo del 13 de octubre del mismo año, fué nombrado gobernador interino de ese departamento, cargo que desempeñó hasta el 1.º de febrero de 1869.

«Por decreto supremo del 1.º de octubre del precitado año, fué nombrado mayor en comisión del batallón cívico de Copiapó.

«Por decreto supremo del 1.º de octubre del año 1873, fué nombrado mayor en comisión del batallón cívico de Artillería Naval de Valparaíso.

«Por decreto supremo, del 12 de diciembre de 1876 i con motivo de haberse disuelto el Cuerpo de Asamblea, fué nombrado nuevamente mayor en comisión del mismo batallón cívico de Artillería Naval de Valparaíso.

«En 9 de enero del año 1877, fué nombrado, por decreto supremo, ayudante de la Comandancia Jeneral de Armas de la provincia de Atacama.

«I por último, al comenzar la guerra, comandante del batallón movilizadado de Atacama.»

IX.

Después de la batalla de Tacna, el comandante del Atacama, fué llamado por el jeneroso pueblo copiapino para aclamarlo i para consolarlo.

Pero el viejo custodio del honor de Chile, quedóse inmóvil, como el centinela del campamento que guardaba la puerta de Pompeya en la avenida llamada de las Tumbas.

X.

El senado, le nombró entonces coronel por unanimidad de votos; más todavía,—porque de la fosa de los muertos il...

descorrerse el velo de reservas rutinarias que no envuelven comprometimientos,—la sala hubiera querido nombrar al caudillo del norte por aclamación, porque alguien propúsole así, como una excepcion de honra.

XI.

Del sitio de la eterna demora, del limbo de la guerra, que fué Tacna, silencioso, pero acerado i resuelto como bien templada hoja dentro de su vaina, el coronel Martínez marchó a Pisco en la primera división, i desde Pisco se adelantó por tierra a Lurín a las órdenes de don Patricio Lynch, este PRÍNCIPE ROJO de las campañas de los trópicos.

Martínez, en esa esforzada marcha, fué promovido al mando de la primera brigada de la primera división, i por esto hemos dicho, que bien pronto habría sido nombrado jeneral, aunque era solo un coronel de ayer. Era el bizarro jefe de nuestra vanguardia; i delante de las hazañas formidables, las fechas del calendario se estrellan como el humo contra el flanco de ríjida montaña.

XII.

Mas, el coronel Martínez, fué glorificado solo para morir.

No tenía ya a sus hijos. El añoso tronco, privado del ramaje protector, iba a ser tronchado en la mitad de la colina por el furioso vendabal de plomo que soplabá desde la cima.

Después de haber conducido, en efecto, al fuego i a la victoria su valerosa brigada en las alturas de Chorrillos, entró el coronel Martínez a formar la hallándose un tanto avanzada la sangrienta jornada subsiguiente de Miraflores; i en los momentos que, habiendo descendido del caballo, junto a un...

su anteojo de campaña el movimiento retrógrado del enemigo, (que era su fuga), una bala perdida, flecha de Partho, lanzada por un prófugo, vino a perforarle el estómago con mortal herida.

XIII.

Sobrevivió con todo, hasta el próximo día, el enérgico soldado, i preocupado sólo de lo que debía a su país i a su bandera, exijió en varias ocasiones i con voz ya desfallecida por el extor de la muerte, que su secretario, Gonzalo Matta,

ex-capitán del Atacama, redactase a su presencia, el último boletín de la última jornada.

Ansiaba el campeón moribundo inscribir en el registro de la inmortalidad su postrer victoria como el héroe tebano, a quien si no por su talla, por su fiereza, aseméjase. De suerte que él también habría sido dueño de decir, si en aquellos solemnes momentos hubiese hablado de sí mismo, i ya que el cielo le había quitado su prole, que en el Alto de Tacna i en el Alto de Chorrillos, dejaba su Leuctres i su Mantineia.

El coronel don Juan Martínez murió como Epaminondas.



DON JUAN JOSÉ SAN MARTÍN,

COMANDANTE DEL REJIMIENTO 4.º DE LÍNEA

I.

COMO capitán de cazadores del batallón 4.º de línea, durante doce años, i como su jefe, cuando elevado aquél a rejimiento tomó por asalto las fortalezas de Arica en el espacio de unos pocos minutos, el memorable 7 de junio de 1880, el teniente coronel don Juan José San Martín, era propiamente lo que los soldados franceses llaman *un enfant de troupe*, es decir, i hijo de los cuarteles, un centinela de los campamentos, un héroe verdadero de los campos de batalla; i todo esto a virtud de una fuerza irresistible que, en el árbol como en el hombre, es la simiente de la vida.

Hijo de la montaña del Ñuble, de esa comarca de leones que ha dado doce mil soldados a la presente guerra i en la que nacieron los Victorianos, los Hermosillas i los Zapatas de las guerrillas de la independencia, Juan José San Martín, viniendo al mundo en la rústica cabaña de un labrador del bosque, se hizo soldado, sentando plaza en Chillán, en el 4.º de línea, a la edad de 14 años, el 1.º de octubre de 1854.

Fué soldado raso

La sea esto dicho en su cabal gloria i en su son para de soldado. Porq

jentes que protestan contra ese título, como si no fuera (cuando los que lo llevan han merecido los más altos puestos de su carrera) el más lucido timbre de ella. ¿De dónde arrancaron, en efecto, su renombre los más famosos mariscales del primer imperio, Kléber, Murat, Dessaix, Lannes, Ney mismo, sinó de aquellas filas de reclutas, de los cuales decía su jenio inspirado que «llevaban cada uno el bastón de dentro de su cartuchera»?

¡Sí! Juan José San Martín *fué soldado raso* del 4.º de línea, i, para inscribirse en su rol, bajó de la montaña a la llanura, de la cabaña al cuartel, cuando tenue bozo sombreaba en él el labio de la pubertad. I en seguida fué *cabo* (abril 1 de 1855), i en seguida fué *sarjento* (mayo 5 de 1857.)

I sólo después de haber sido soldado cabo 2.º i cabo 1.º; i después sarjento 1.º, i cuando ya había llevado durante largos años el fusil al hombro i la jineta a la manga, pusiéronle sus jefes una charretera en el hombro izquierdo, el 6 de agosto de 1858.

II.

Un año después de haber sido sarjento; diez años

I sin embargo, San Martín había sido soldado los catorce años, cabo a los quince, sarjento a los diecisiete, subteniente a los dieziocho, teniente a los diezinueve, nombrado tal en el campo de batalla del Maipón. ¿I no son éstas las mejores cifras, las más limpias i completas páginas de la hoja de servicios de un soldado o de un mariscal?

III.

En 1867, el año en que fué capitán, i encontrándose de guarnición en Santa Bárbara, San Martín perdía a su padre, i el día en que llegó al lóbrego fuerte la triste nueva, llorólo entero, desde la diana a la retreta, el hijo de la montaña... Pero sus compañeros de armas le vieron llorar sólo ese día. Era natural... el tronco añejo había caído al suelo, i la rama desgajada, al ser sacudida por el golpe, humedeció la madre con el rocío de sus hojas...

Desde ese día, el capitán San Martín quedó solo en el mundo, sin padre, sin hogar, sin montaña, sin amores, como la rama seca que el viento ha tronchado entre los árboles.

I fué desde ese día cuando comenzó la carrera exclusivamente militar del campeón glorioso de Arica.

IV.

Como comandante de la compañía de fusileros del 4.º de línea, el 30 de marzo de 1867, hizo de cada uno de sus soldados un hijo, i ordenanza una lei única, i el cuartel fué su hogar.

El capitán tenía más placer que el de las armas. No podía hablar. Como «el perro del rejimiento,» cuando estaba de guardia en la puerta del cuartel, se quedaba en silencio, i se pasaba las

Nunca le vimos de otra suerte en los largos años en que el 4.º de línea tuvo su cantón en el cuartel de la Recoleta de Santiago. Siempre, a todas horas, en la mañana, al ir al Cementerio, en la tarde, a la vuelta del paseo, el capitán San Martín estaba allí, sentado en el dintel de la espaciosa puerta, leyendo sus libros favoritos, que eran los de las leyendas nacionales, o los diarios, a cuya adquisición destinaba, como suscriptor obligado, una buena parte de su sueldo.

O bien paseábase en la ancha acera, rodeado de grupos de soldados en descanso, ostentando su figura enérgica, bien compartida, recta i templada como el acero, con su kepi echado hacia atrás, sobre crespas i turbulenta cabellera, ceñida la espada, compañera sola de su vida, que soltó vencedor en lo alto del Morro que antes fuera nido únicamente de las roncas gaviotas del mar, espantadas de sus covaderas por el rujido solitario de las olas.

V.

Pero no por ser soldado, i talvez porque lo era en toda la extensión de la milicia, dejó de hacer el capitán San Martín su nido de plumas... allá, bajo la enramada de su propio barrio militar. Hallándose en Antofagasta, llególe en efecto el anuncio de que era padre, i su regocijo fué intenso.... «Acabo de recibir el placer más grande de mi vida», exclamaba en carta íntima del 24 de marzo de 1879. I luego, echando mano del lenguaje burlón, pero cariñoso del cuartel, agregaba:—«La señorita Rafaela (su hijita) es la vida de mi vida i por consiguiente estoi loco de gusto, sintiendo no poder estrecharla en mis brazos.»

I mucho más tarde (el 29 de setiembre de ese año), el juguetón soldado entretenía sus ocios con estos chistosos encargos que se le ocultaban, cuando la punzada de escond

«Recibí el zapatito de la niña i el pelito que me acompaña. Todo está mui bonito, pero es preciso que ponga a todos los santos i santas con la cabeza para abajo a fin de que me mejoren pronto a la hija querida, *al sueño de mis esperanzas.*»

«A la niña, déle unos dos millones de besitos de mi parte, que yo se los volveré *diez veces duplicados* cuando tenga el gusto de verla.»

El capitán montañés escribía los dos millones de besos.... con números, i a fé que si sabía contar, imponíase voluntariamente dulce, pero larguísima tarea....

VI.

El cazador del 4.º era tan festivo en el estrado como en el campo de batalla, i he aquí como daba cuenta, a un amigo, de su herida de Calama en carta del siguiente día:

«En la compañía de mi mando fuimos mui felices, pues apesar de haber estado en medio de los puntos del mayor peligro, no me hirieron ninguno. El único que no anduvo con mucha suerte fué el capitán San Martín (Juan José), quien en lo más reñido del combate recibió una herida de bala en la oreja izquierda. No puedo escribir más; me duele mucho la oreja.... pero me parece que no es de peligro.»

I todavía, esta chuscada militar, a propósito de un mal acondicionado regalo santiaguino, recibido en Antofagasta el 3 de setiembre.

...njas venían completamente podridas...
...eso, con los pedacitos que había
...aranjada i me la tomé a la sa-

...ido militar un solo día no

batalla, el coronel Sotomayor decía de un despacho de esa misma fecha al ministro de la guerra, este lacónico pero suficiente el «San Martín es un valiente.»

VII.

Pero si el buen humor, que es al soldado como la espuma al champaña, era la lei de la vida del que fuera el último i glorioso comandante del 4.º, no faltaban en sus rudas fibras las inclinaciones dignas de las almas bien templadas como tú puedes suponerlo, escribía a propósito de ciertas contrariedades de la vida militar, a propósito de ciertas contrariedades de la vida militar, sufrí i callo; porque para el hombre se ha hecho el sufrimiento i particularmente para el hombre *que defiende su patria.*»

Cuando el 22 de mayo de 1879 llegó al telégrafo jeneral de Antofagasta la noticia traída por el *Lamar* de que nuestros buques quedaban en Iquique, tuvo el bravo capitán, como todos, el presentimiento de una gran catástrofe nacional; pero él caracterizaba la gravedad de su propio ánimo, con estas palabras encasadas:—«Si por desgracia nuestra, así hubiese sucedido, ¿qué hacer? En mui pocos días más *nos a vengar la sangre de nuestros hermanos.*»

¡I cuánto, i allí cerca la vengaron!...

VIII.

Pero de la vida del corazón i de la vida del cuartel, volvamos a los campos del honor i de la segunda existencia de quien ha nacido como soldado i nada más.»

Los hechos de armas de ese tiempo, de ese pueblo i de la época...

, como la cruz de Pizarro, con su propia
 Araucanía fué el teatro de sus primeras ha-
 s, sirviendo bajo Villalón, bajo Salvo, «el pin-
 tano,» bajo Lagos i bajo Amunátegui, bajo
 oz i bajo Barceló.

Martín fué el verdadero fundador de Mul-
 porque estuvo acantonado en el Bureo
 e ocho meses con el viejo Salvo, que allí
 visto caer a Pico bajo el puñal de Corona-
 arenta años hacía. Esa estación duró des-
 2 de diciembre de 1861 al 6 de agosto de
 n esa temporada el activo coronel Saa-
 xu hizo echar los cimientos del fuerte de Mul-
 én, que es hoy una próspera ciudad.

Enviado después a la descubierta por el co-
 dante Lagos del 4.º, el mismo que en Arica
 andaría a la vanguardia, fué el capitán San
 ín rodeado en los llanos de Traiguén por
 de dos mil lanzas; i allí el brioso soldado
 se paso por entre ellas con sus cien ájiles
 res, recibiendo tres heridas: en la cabeza,
 ombro i en la pierna izquierda. Esta ac-
 de guerra, que conmovió al país por su he-
 mo i su infortunio, tuvo lugar en 1863.

IX.

En aquel famoso paseo militar, que llevó a
 uestro ejército entero hasta el Cautín i que du-
 veintiocho días de sabrosas cazuelas (del 25
 rero al 23 de marzo de 1869), hubo en el
 el río, que los indios defendieron a honda
 ete, un muerto i un herido: el muerto
 nta María i el herido fué San Martín,
 beza, como en el Traiguén
 una linda cabe-

dor del 4.º, a quien San Martín había castigado,
 contra su costumbre, con su espada, le apuntó
 su rifle por la espalda mientras leía un diario,
 sentado en el zaguán del cuartel de la Recoleta;
 aunque el asesino disparó a cuatro pasos i a la
 cabeza, el proyectil perforó el periódico, pero
 dejó ileso al jefe.

El capitán San Martín habría mandado a
 aquel mal tirador «arrestado por dos días a su
 cuadra,» como el mariscal Pellissier al capitán
 aquél que le tiró a boca de jarro un pistoletazo
 destinado a vengar la afrenta de un chicotazo,
 en las filas,—«por tener sus armas en mal esta-
 do.» Pero los tribunales lo mandaron a la Peni-
 tenciaria, donde todavía jime.

X.

El 4.º de línea vino de la frontera a relevar
 al 7.º en el cuartel de la Recoleta en 1873, i dí-
 jose entonces que el ministro de la guerra había
 ofrecido una posición más aventajada al capitán
 San Martín en otro cuerpo. I en efecto, aparece
 nombrado mayor del 7.º, el 17 de marzo de
 aquel año.

Pero el capitán San Martín no podía servi-
 sinó en medio de sus hijos, los cazadores de
 4.º; i la única vez que subió las sordas escalas de
 piedra de la Moneda, fué para pedir la gracia de
 ser «repatriado», es decir, para que se le devo-
 viera con inf... a un cuerpo del cual e-
 él el alma.

¿Presentía acaso el noble jefe
 morir a la cabeza de su que-
 quería legar a su bandera la le-
 su fin?

El nombre del comanda

del rejimiento respondería por él:—"Muerto por la Patria en el campo del honor!"

Hai hombres así. No pueden vivir sinó a la sombra del hogar en que han nacido, bajo la bandera en que se alistaran en el primer albor de la vida; i todo lo que sea arrancarlos de allí es una especie de destierro. Es lo que ha acontecido al jeneral don Manuel Baquedano con los Cazadores, que heredó de su padre. Hiciéronlo coronel, i se quedó de comandante del viejo rejimiento. Hiciéronlo comandante de armas de Santiago, i se quedó en el cuartel. Hiciéronlo jeneral de brigada, i nunca montó a caballo sinó oprimiendo el mandil verde de su tropa.

XI.

Cuéntase, a este mismo propósito, un hecho característico i peculiarísimo del capitán San Martín.

Fuera de las armas, no tenía sinó una pasión, la de los caballos, estos jenerosos auxiliares del soldado; i dábase, en consecuencia, el lujo de tener en la pesebrera del cuartel de la Recoleta potros hasta del valor de trescientos pesos, que su asistente cuidaba como a un rei i él acariciaba como a una dama. No consentía, por lo mismo, que nadie cabalgara en su brioso lomo, como no habría consentido prestar su espada ni al más querido de sus camaradas en un día de parada o en un día de batalla. I sucedió que cierta mañana, un oficial, sin su permiso, montó su bridón, i sin más que esto, enojado, mandólo de regalo a un amigo.

Hai hombres así, volvemos a decirlo. Tienen el exclusivismo de su carrera en el uniforme, en el color de la pluma del morrión, en el temple de su espada, en el caballo que usan i lucen en un día de revista o en un día de paseo. En eso concóncense los verdaderos soldados, como lord Byron conocía en las manos a la jente bien nacida.

XII.

La última hazaña de la vida del comandante San Martín, es un laurel que está fresco aún sobre nuestra mesa i en la memoria de todos sus conciudadanos.

Nombrado sarjento mayor del 4.º de línea, casi en el campo de batalla de Calama, por su valeroso comportamiento, cinco días después de este hecho de armas (marzo 28 de 1879), fué ascendido a teniente coronel el 10 de febrero de 1880, i en seguida a jefe del rejimiento el 22 de abril del mismo año.

XIII.

En esta capacidad hizo la segunda campaña de la guerra formando en la reserva el día de Tacna, pero recibiendo el honroso cargo de ir a decidir en esa jornada la victoria, en la extrema derecha del enemigo por una marcha oblicua de su formidable rejimiento.

Tres días después, marchó a Arica, i allí de la reserva pasó a la vanguardia.

Dividido su rejimiento en dos mitades por batallones, pusóse a la cabeza del más avanzado, después de haber recomendado a sus oficiales, puestos en círculo, con la voz del amigo i del caudillo, el deber i el honor de su bandera. I marchando durante 50 minutos al paso de trote, llegó salvo al contrafuerte del Morro a cuyo pie traidora bala le postró en tierra en el momento en que se consumaba la mas señalada victoria de la campaña.

XIV.

El comandante San Martín había nacido sin duda para morir en el campo de batalla, i había nacido al mismo tiempo para ser recordado.

sus valerosos cazadores el sendero de la victoria, señalándolo antes con el surco rojo de su sangre.

San Martín había vertido la suya en los llanos del Traiguén, recibiendo tres heridas de la lanza de los indios. Volviera a derramarla en seguida en la margen del Cautín por la honda antigua de los bárbaros de Arauco, que cantó «¡Cilla, i de nuevo en Calama al asaltar su trincheras, i otra vez en Arica para morir al pie del postrer muro, dando el grito de «¡Victoria!»

Todas las armas parecían ensañadas en romper el molde vigoroso que encerraba aquella alma de guerrero: la lanza, la honda, el rifle, el cañón i hasta el disparo alevé de cobarde venganza. I a fe que todo eso era preciso para ma-

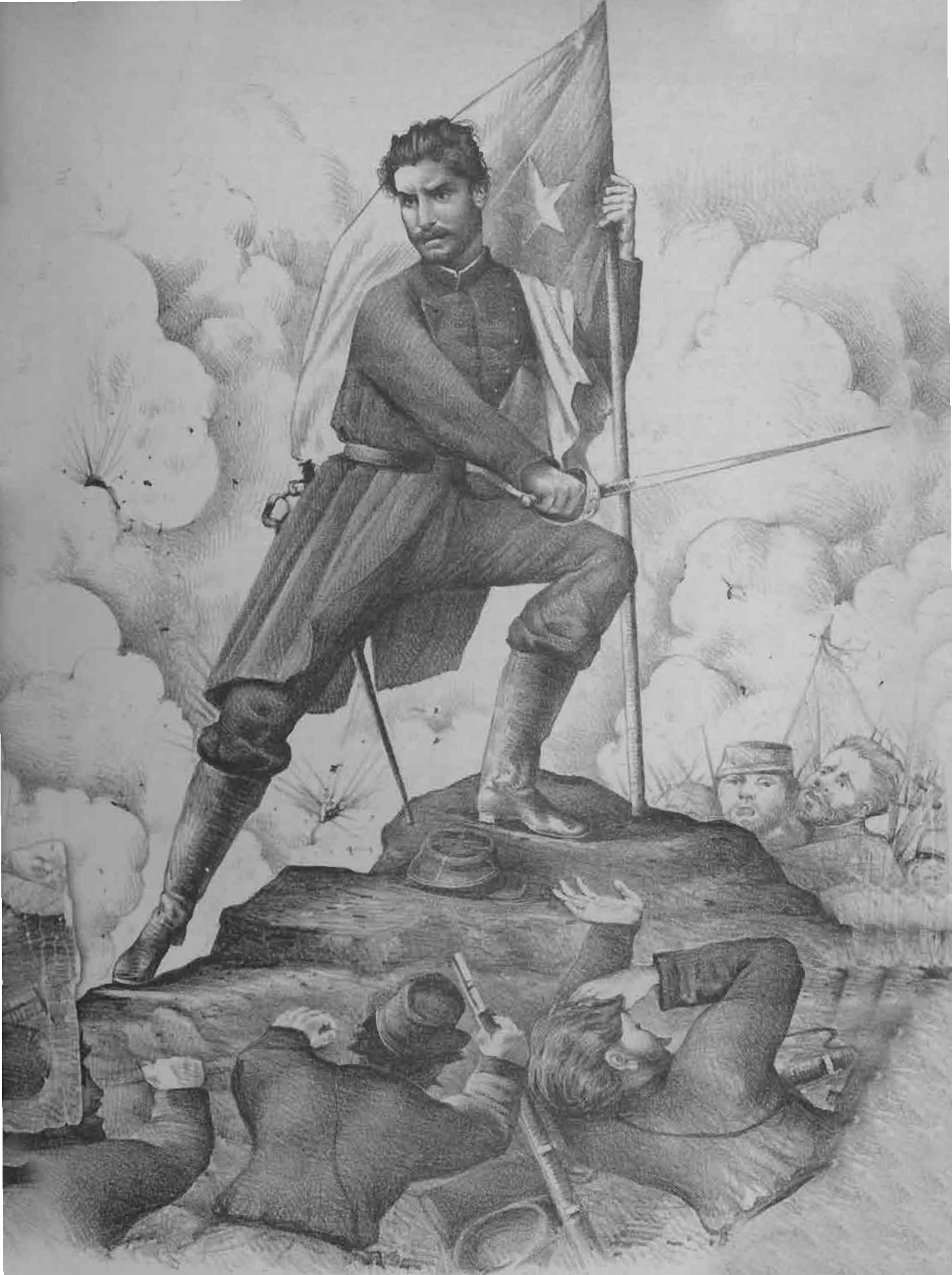
tar un hombre tan soldado, tan completamente soldado, como lo fué desde el kepi a la espuela el heróico comandante del bravo 4.º de línea.

XV.

I aquí en efecto, en esta grandiosa hazaña, en esta postrera fecha (7 de junio de 1880) con su última gota de sangre i con una gloria inmortal, a los cuarenta años, ciérrase el libro de la vida de este ínclito campeón de nuestras armas, que ha ido a ocupar, al lado de Prat i de Ramírez, de Thomson i de Santa Cruz, el puesto de los héroes, i cuya nobilísima carrera de soldado durante 26 años, puede condensarse en esta sola, pero comprensiva frase:

«Fue un soldado i nada más.»





DON RAFAEL TORREBLANCA

(Capitan del Rejimiento Atacama)

EL CAPITÁN

DON RAFAEL TORREBLANCA.



I.

MAYORES i más altos nombres de guerra ha contado en sus anales el país; pero ninguno mas enérgicamente caracterizado con los ínclitos atributos del heroísmo, que el capitán don Rafael Torrablanca, campeón lejendario del por tantos titulos famoso rejimiento Atacama, i que mereció ser denominado, no obstante su escasa graduación, «el Stonewall» de la guerra del Pacífico.

Fué aquel bizarro oficial atacameño, como su cuerpo i su bandera; i su breve, austera, bajo muchos conceptos sublime vida es un compendio enérgico pero completo del poderoso individualismo, que en el hombre, como la autonomía en el pueblo i la comarca, enjendra los prodijios.

II.

Nacido en Copiapó el 6 de marzo de 1854 (ver!) preparóse el austero mozo por la gimnasia una vida de labo-

El padre de Rafael Torreblanca tenía su nombre i era hijo de Illapel, es decir, «hombre del Norte.»

Fué minero, i, como dueño del *Retamo* i de la mina *Remolinos*, hízose un día millonario. Pero murió pobre en escudos, en el eterno remolino de la vida del cateador, este jugador que nunca apuesta a cartas vistas, i fué opulento sólo en hijos varoniles.

Como una compensación divina de 71 años de incansable lucha contra el infortunio, el venerable anciano moría en Copiapó el 16 de noviembre de 1879, cuando no se habían apagado todavía los ecos guerreros que proclamaban por las calles de la ciudad al hijo de su nombre. «el héroe de Pisagua,» dos semanas hacía. Su buena esposa, la señora María Doralea, le había dejado algunos años antes, enriqueciendo su hogar, como Rebeca, con trece hijos.

De éstos, existen todavía cinco o seis varones i todos viven de sí mismos. Zacarías, que fué profesor en Lima, es al presente artillero en el ejército de Lima; Edecio es minero en Caracoles; Manuel Antonio, jefe al presente de la familia, es minero en Copiapó.

...avía un quinto Torreblanca

III.

Educado en medio de estos ejemplos de labor i sacrificio, ejercía Rafael Torreblanca a la edad de 18 años (1872) la profesión que ejerció en su mocedad don Diego Portales, nacido a las puertas del taller de la Moneda: era ensayador.

Las como adquiriera en el liceo, bajo el profesor Carvajal, i en Nantoco, bajo el administrador García Uriondo, la perfección de su arte, ocupó, cuando era todavía un niño, ese empleo en jefe en el establecimiento metalífero de Agua Amarilla, de la casa de Edwards.

IV.

Pero así como las sustancias ricas, que la tierra exuda bajo el combo i la pólvora, hierven en el crisol al soplo del fuego, así en el alma de aquel mancebo concentrado i taciturno calentábanse los jugos que enjendran en la voluntad i en las fibras las acciones heroicas. En 1873, cuando tenía sólo 19 años, intentó ir a Cuba para hacerse en sus montañas guerrillero de la libertad. Puso en ejecución su viaje, pero su hermano mayor, Zacarías, que era profesor universal en el afamado *Colejio inglés* de Lima, detúvole a su lado en esa ciudad, donde otro capitán del Atacama, don Ramón Rosa Vallejos, muerto en la Encañada, enseñaba a la sazón reclutas peruanos: «hombre del norte.»

V.

Hízose en tal coyuntura Torreblanca profesor en el colejio ya citado de Lima, i enseñó a los
saben i

Torreblanca tenía la pasión, casi el jenio, de los números, i, como el héroe virjinio, ocultaba juntamente bajo apariencias heladas el jenio del heroismo.

Su posición de maestro en un país sin enseñanza era sumamente precaria, pero la solución de un problema de contabilidad que traía preocupados a todos los bancos, consignaciones i trampas de Lima, le proporcionó una mediana cantidad ofrecida en premio en los diarios por la casa de Dreyfus.

Con ese puñado de dinero Rafael Torreblanca redimió a su hermano envuelto en cuitas, i juntos dieron la vuelta al maltratado hogar.

VI.

Su padre, ya enfermo, entrególe sus derroteros, esta última i falaz heredad del minero, que es también su primera i su postrera ilusión. I entonces Rafael Torreblanca hízose cateador, es decir, peregrino, en el desierto. Uno de sus biógrafos (conocemos tres, como Prat ha tenido doce) asegura que en la víspera de la guerra hizo Rafael Torreblanca un descubrimiento en el desierto, a lo Montecristo, algo de encantado i fabuloso como los tesoros del abate Farfa en los sótanos del castillo de Iff, que hemos visitado, pasando por encima de las piernas de prosaicos soldados, durmiendo la siesta del mediodía, en la rada de Marsella. Pero sea o no sea, apenas sintió Rafael Torreblanca, allá en la apartada ruca del desierto, el tenue clarín de la llamada de la patria, acordóse de Cuba, i se hizo soldado de Chile contra el Perú como se habría hecho guerrillero contra España.

Uno de sus biógrafos añade que quiso a tod
entrar de se

pio de los hombres que pisotean los *empeños* cuando otros los ponen de pisaderas....

VII.

La vida militar de Rafael Torreblanca es conocida de todo el país, como alférez, como teniente, como capitán, como héroe del Atacama. Cada batalla es un ascenso hacia la cumbre i un ascenso en su carrera. En Pisagua es el primero que descerraja las puertas del Perú trepando a la cumbre con cinco atacameños, i es hecho teniente en el campo de la lucha. En los Anjeles es el primero que sube al pico inaccesible, como el águila, i es hecho capitán en la cima de la sierra, al ruido de los clarines que anuncian a Chile otra victoria.

Pero dejémosle contar a él mismo con su briosa sobriedad cada una de sus etapas que, como el *Excelsior!* del poeta, le condujeron a la cima resplandeciente de la gloria, desde Pisagua a San Francisco i desde los Anjeles a Tacna, donde al fin, fatigado de ascender, el ángel de los heroísmos plegó sus alas sobre sus pálidas mejillas. Levó en sus brazos al empíreo de los

mía sesenta soldados. Los enemigos abandonaron el puesto sin que pudiéramos ponerlos al alcance del brazo.

«El cerro es medanoso, así es que llegamos ahí estenuados de fatiga. Después de algunos minutos de descanso i de fuego, asalté la primera línea del ferrocarril. Como en todas partes, los bolivianos no nos esperaron.

«Esta tirada fué más larga que la anterior i sólo me acompañaron dieziocho o veinte soldados.

«Aguardé un cuarto de hora que se me reunieran más soldados, aguantando i contestando el fuego que nos hacían los aliados desde la carretera, distante 30 metros, sobre nuestras cabezas.

«De ahí destaqué un cabo de mi compañía, José S. Galleguillos, con diez hombres para que hicieran desocupar la carretera inferior hacia el lado de la población, desde donde se hacía un vivísimo fuego sobre los botes.

«Oculto tras el corte del cerro, pude observar el aspecto del combate. El desorden era espantoso, los soldados se batían solos. Sin jactancia, creo que he sido el oficial que se ha mantenido más a su alrededor.»

IX

Narrando, en efecto, una de esas cartas, escritas del corazón al corazón, entre las nubes de pólvora que el viento disipa todavía por los horizontes, contaba Torreblanca a su hermano primojénito, el 4 de noviembre, su participación personal en el combate de la antevíspera, i de esta suerte, sin jactancia pero con lo nobilísima convicción del deber, así se expresaba:

«Instantes después saltaba a mi vez en tierra. Nada avanzábamos con quedarnos ahí. Gritando ¡a la carga! me lancé entonces, espada en mano, sobre esa primera trinchera, arrastrando en pos

una omisión... pable, aun en el estrecho... vida de un batallador juvenil, si no recordáramos en este lugar que el cabo Galleguillos, mencionado en la presente página por su subteniente, era hijo de aquel José Silvestre Galleguillos que de simple sarjento de un escuadrón de milicias de Ova... elevóse al rango de teniente coronel en el sitio de la Serena, i fué su alma, su temple i su heroísmo.

El cabo Galleguillos, digno de su padre i de su jefe inmediato, cayó en San Francisco, horas más

tarde, como para probar que el valor es una herencia por lo menos tan valiosa para la buena memoria i la fama como la de los potreros i la de los fardos. I dicho esto, volvemos a ceder la palabra a su caudillo.

X.

".... Con mis ocho soldados,—cuenta el último a su hermano,—resolví subir cuatro metros más arriba, a unos peñascos buenos para parapetos. En esta corta subida me mataron dos hombres. Con los seis restantes me mantuve 15 minutos haciendo fuego, i viendo, *no sin temor*, que se aproximaban haciendo fuego los mismos soldados que hicieron retroceder a los Zapadores.

"La *Covadonga*, les lanzó, mui a tiempo para nosotros, media docena de bombazos certeros que los desorganizaron.—Entonces nos atrevimos a embestirles, i, con mis seis soldados, ocupé la carretera.

"A fuerza de gritos i de hacer señales subieron algunos soldados más, i entre ellos un corneta. Hice tocar llamada i a la carga, i a las dos de la tarde clavaba una banderita chilena en la cima del cerro en el campamento boliviano."

Fué esta hazaña, que en todo otro país habría dado títulos a quien la ejecutó para recibir en sus hombros las *charreteras* de capitán o de sarjento mayor, presenciada por todo el ejército i la marina; i en una carta de familia da especial testimonio de ella, lleno de admiración, un joven soldado que moriría como Torreblanca i a su lado, el capitán Moisés A. Arce, según en la vida de este nobilísimo mancebo habremos de contar.

XI.

Al escalamiento de Pisagua siguió, por vía de contraposición, el descenso de San Francisco, en

cuya falda, bajando, hizo el batallón Atacama hazañas semejantes a la que, emprendiendo contra ruda cumbre, ejecutara el día de su formidable desembarco.

"A las 3 en punto de la tarde,—dice, refiriendo Torreblanca en otra carta aquella jornada,—un cañonazo nuestro lanzado sobre la derecha del enemigo que avanzaba lentamente de oeste a este, i un ¡viva Chile! de todo el ejército fué la señal de desafío: una descarga inmensa de todos los cañones i fusiles enemigos, la contestación inmediata. Las granadas i balas llovían sobre nosotros, i cuando el Coquimbo a nuestra espalda, i la artillería de campaña i el 3.º abajo, rompieron también sus fuegos, la tronadera fué espantosa.

"A las 4¾ el Zepita i otros cuerpos enemigos dieron una carga desesperada sobre la artillería de montaña, llegando *valientemente* al pie de los cañones. Los artilleros nuestros, la 3.ª i 4.ª compañía que los protegían, recibían en esos instantes todo el fuego de todo el ejército enemigo i su situación fué desesperada. Los artilleros cesaron de disparar i clavaron dos cañones. Entonces ordenó el comandante Martínez cargar a la bayoneta al teniente Moisés A. Arce, con los restos de su 3.ª compañía i a mí con una parte de la 2.ª que había sufrido mui poco. Los aliados fueron barridos, i del primer empuje llegamos al pie del cerro, i los desalojamos de una oficina, desde donde pudieron fusilar tras de trincheras al puñado de hombres que nos seguían. *Arce ha sido el héroe de la jornada. Yo lo alcancé mui abajo.*"

XII.

Esta última confesión íntima de la fraternidad en el denuedo es característica. Es una revelación completa del alma del héroe. Toda fanfarronería es mentira, i, por lo mismo, todo herois-

no es verdad. I por esto al ceder el paso de la gloria a su amigo, un simple telegrafista de Charcillo pero que moría gloriosamente con él, Torreblanca no hace sinó realzar con eco de inimitable i jenerosa verdad todo lo que anteriormente con sincera modestia pero sin apocamiento había dicho de sí mismo.

XIII.

Una caracterización más todavía del alma i de la mente de los héroes verdaderos.

Después de la batalla, Torreblanca recojió los cadáveres de sus tres compañeros muertos en la colina, el capitán Vallejos i los subtenientes Blanco i Wilson; i como sintiera en sus adentros veleidades de poeta, él mismo escribió sobre tosca cruz este sencillo i, en el fondo del pensamiento i del dolor, elocuentísimo epitafio:

«Cayeron entre el humo del combate,
Víctimas del deber i del honor.
¡Denodados i heroicos compañeros!
Valientes de Atacama. ¡Adios! ¡Adios!»

XIV.

Marchando con paso casi vertijinoso de altura en altura, como los titanes de la Mitología, el Atacama, después de San Francisco, escaló la cumbre de los Anjeles; i todos los que esta página lean recordarán que en esa hazaña memorable Rafael Torreblanca, promovido ya a teniente, fué el primero en llegar a la meta, como en Pisagua, por lo cual pusieron su nombre en la orden del día, solicitando su jefe para él en el parte oficial de la jornada, su ascenso a capitán como en el campo de batalla.

XV.

Enfermóse después de su proeza en el valle

pestilente el endeble mozo, que nunca, como Moisés Arce, como José i Joaquín Flores i como Dardignac, tuvo sinó frágil salud. Pero su alma no había nacido para consumirse atada por las vendas de los hospitales, i aproximándose el gran día, dejó, pálido i demacrado, el lecho i corrió a las filas. «El susto de Tacna, escribía jocosa i heroicamente a un deudo suyo, me quitará las tercianas.»

XVI.

Encaminóse el capitán Torreblanca a su última jornada con el presentimiento, casi con el convencimiento de su fin. «El Atacama,—volvía a escribir a uno de sus correspondientes de Copiapó, que sólo recientemente ha dado a luz en un libro interesante estas íntimas confidencias,—peleará nuevamente i sabrá cumplir su consigna. ¡Ai, amigo! ¿me favorecerán los dados de la fortuna en esta otra jugada? Todo es posible...»

«Soi soldado de la Patria,—agregaba, acentuando proféticamente su immaculado patriotismo,—i tendré suficiente valor para esperar lo que venga, *sea ello lo que sea*.

«Al incorporarme en las filas del ejército, *abandoné todo*, dispuesto a consagrarme a un *solo deber*; por eso he dicho en unos versos:

«En campaña, soldado i no poeta,
Mi lira es hoy el refulgente acero,
I mi música el toque de corneta.
Que a cumplir su deber llama al guerrero.

No tengo ya esas notas que arrancaban
El sentimiento al corazón ardiente
I en amorosos cánticos llevaban
Tiernos tributos de pasión ferviente.

El amor ¡ai! si en mi alma se atesora
Es aquel a la Patria que me inspira

El deseo de verla triunfadora,
De verla libre i que al progreso aspire!

«Sí! éste es mi amor. Amo a la Patria, porque adoro en ella mi hogar, mis creencias, mis afectos; todo lo grande i noble que encierra el círculo de la vida humana.»

XVII.

Esto había dicho, con ecos inferiores ciertamente en la forma a su sublime inspiración de bardo i ciudadano, el capitán atacameño.

I de igual manera dijera, antes que a la patria a la mujer que amaba i de quien no fuera comprendido, al salir con su liviana mochila de soldado de los dinteles del hogar:

«Voi a buscar en medio de la guerra,
Entre el humo sangriento del combate,
Una bala piadosa que me mate
O algún rayo de luz para mi sien...»

I así su propio vaticinio gloriosamente se cumplió.

XVIII.

...«Las distancias se fueron estrechando poco a poco,—escribíanos, en efecto, el bravo capitán del Atacama don A. M. López a propósito de la participación de aquel cuerpo en la ardua jornada de Tacna, donde peleó en el centro,—sin embargo del gran número de bajas por ambos lados. Hubo un momento en que estuvimos a *setenta metros*, la menor distancia a que nos acercamos. Ahí se mandó a la segunda división hacer fuego en retirada, porque constando solamente de dos mil hombres, nos encontramos con el grueso de ellos, como de cuatro mil, que en formación unida se aproximaban a nosotros haciendo fuego en avance i a marcha redoblada.

«En este momento nuestro ayudante mayor Moisés A. Arce, espada en mano, montado en una mala yegüita criolla, se adelantó hacia el enemigo hasta confundirse en sus filas. Su intención era tomar un bonito estandarte que lo tenían bien escoltado. Tres veces hizo esta arriesgada empresa, sin conseguir su objeto, cayendo la última de un balazo i recibiendo varios bayonetazos.

«Arce, al pretender esa temeridad no solo se expuso a las balas enemigas, sinó también a las nuestras. Pero ¡lo que puede el heroísmo! Ese hombre sólo hizo retroceder a las filas enemigas por donde atacó. ¡Fué un héroe! Su espada la conservamos empapada en sangre enemiga.

«Por otro lado cae también herido de un balazo el denodado capitán Rafael Torreblanca, el que es ultimado con dos balazos más i siete bayonetazos. Su corneta, Ceferino Román, viendo que había caído su capitán, se echó al suelo boca abajo, pudiendo así librarse del enemigo que pasó por sobre ellos.

«¿Por qué no respetaron las balas a la joya, al verdadero héroe de Pisagua i de los Anjeles? Torreblanca debía morir: su arrojo era temerario, sus hechos no eran comunes: debía distinguirse siempre por algo heroico, por algo grande, como se distinguiera en los Anjeles i en Pisagua, como se habría también distinguido en Dolores si su compañía no hubiera estado en la reserva...

«¡Oh, amigo, cuántas lágrimas nos cuestan! Si no pudimos reprimir las lágrimas cuando vimos el cadáver del más querido de nuestros compañeros.»

XIX.

Una palabra todavía sobre la vida póstuma, la vida de la inmortalidad en la conciencia de los buenos, del capitán héroe del Atacama. «Todo lo que Ud. dedique a su memoria,—escribíanos

en 1880 un digno amigo i compatriota suyo,— será mui bien aplicado. Copiapó entero ha lamentado su prematura muerte, pues sin perjuicio de otros, puede afirmarse que en él cifraba Copiapó su orgullo, su lustre en la presente guerra. Cuando llegó la noticia de Tacna, dos sentimientos opuestos dominaban el corazón de la ciudad: la gloria del triunfo, el duelo por Torreblanca.»

En otra parte de su interesante epístola, solicitada por nosotros, el historiador de Copiapó agrega del capitán de Pisagua, de Torata i del Alto de Tacna, estas palabras i este fallo:

«Puede decirse de Rafael Torreblanca que fué el *Bayardo copiapino*, caballero sin miedo i sin reproche.»

Pero nó. Bayardo fué desde la cuna gran señor, i si bien murió como el capitán atacameño en el campo de batalla, vió la luz en el castillo de su nombre i peleó siempre al lado de los reyes a quienes, como a Francisco I en Marignan, armó caballero. Por esto, a juicio nuestro, a quien en realidad Rafael Torreblanca aseméjase respecto de su cuna, de su profesión, de su carácter i su patria, en su austera vida de profesor i en su heroísmo sencillo de soldado, es a aquel humilde maestro de matemáticas que, como él, dejó el colejio i el compás para ir a pelear por los fueros de su comarca natal, i como él murió en temprana edad en el sitio del honor.

Rafael Torreblanca, nivelando su talla a su país i a la edad prematura en que sucumbiera, será para Chile la imagen viva de aquel capitán que, inmóvil como su brigada en la batalla de Bull Ran, hizo exclamar al jeneral Lee en su parte oficial de la jornada i de la victoria, dándole nombre histórico desde entonces: «La brigada Jackson se mantuvo como una muralla de cal i canto». I así, *Calicanto* llamóse él desde en-

tonces (*Stonewall Jackson*) i su brigada *Stonewall brigade*.

¿I no es verdad que con igual justicia en la futura historia militar de Chile, el batallón Atacama, que en la campaña antes de Lima, llevaba perdidos, sobre 600 plazas, 476 hombres i 19 oficiales, debiera asimismo llamarse: EL BATA LLÓN CAL I CANTO de la tercera guerra del Perú?

XX.

Esto por lo que se refiere a la patria, a la posteridad, i a la gloria.

Pero en su significación puramente comarcanca, que es la que aquí hemos seguido de preferencia encomiando en cuanto sea posible en la vida i en el alma de un soldado la vida i el alma del pueblo en que naciera i que antes otro caudillo de su mismo temple llevara a las batallas, la memoria de Rafael Torreblanca tendrá una significación mucho más marcada i perdurable.

Pedro León Gallo, atacameño como él i a quien hemos arriba aludido, caudillo en los Loros, en Cerro Grande i en el senado de la república, en cuya brecha cayera, tendrá en efecto más tarde una estatua en el valle en que viera la luz, como Guillermo Tell en Kussnacht al pié del Rhigi.

Pero Rafael Torreblanca alcanzará en su pueblo un culto, como el hijo del libertador helvético que soportó en su cabeza el blanco de la saeta.

Para Pedro León Gallo, adalid de Atacama, el bronce.

Para Rafael Torreblanca, el albo mármol de un sarcófago, en el que quepan entrelazadas entre laureles segados en el nativo valle, estos cuatro nombres arrancados a la enemiga sierra: *Pisagua i Dolores*.—*Los Angeles i Tacna*.



EL SARJENTO MAYOR
DON RAMON DARDIGNAC
(2.º Jefe del Batallon Caupolican)

EL SARJENTO MAYOR DON RAMON DARDIGNAC

SEGUNDO JEFE DEL BATALLON CAUPOLICAN.

I.



ROMPÍA el alba del 2 de febrero de 1881 i densa niebla, túnica de la perezosa mañana despertada lánguidamente a los tibios ósculos del sol de otoño, cubría como una mortaja los horizontes.

Era una mañana a propósito para visitar muertos, i especialmente muertos heróicos. El día había amanecido amortajado.

En la noche previa, un amigo nos había escrito que el sarjento mayor Dardignac estaba agonizando en el *Hospital de la Providencia*; del vecino puerto, i en el acto nos dispusimos para estar, si no a su lado, porque no lo conocíamos de trato, cerca de él, en el último supremo trance.

Queríamos ver morir o saber cómo morían los soldados mártires, ya que sabíamos de sobra cómo morían los soldados héroes.

Queríamos ir a estrechar aquella mano ardorosa en la amistad i en la pelea; queríamos contar los postreros latidos de aquella alma inquieta, en la que hablan bullido tan jenerosas pasiones; queríamos ver apagarse aquella mirada de fuego, que cautivaba como una sola fascinación al sol-

dado i a la mujer; queríamos por último, contemplar arrodillados, cual otras veces, la unción de los que mueren pensando en que las pocas nobles cosas que existen en la tierra, no perecen como el azoe de la carne i el fosfato del hueso, sinó que son inmortales como los astros i la luz que de ellos hacia nosotros baja, i de nosotros a sus órbitas de eterno resplandor asciende.

II.

En diez minutos el tren matinal nos había dejado sobre la plataforma de asfalto del *Barón*, título mutilado de una gran nombradía militar. Un coche de plaza nos llevó de prisa por en los hórridos pedrones de las calles trasversa de Valparaíso, o más propiamente del *Almirante*, que es todavía ciudad aparte, al *Hospital de la Providencia*.

Eran las nueve i media de la mañana cuando llegábamos tarde.

Introducidos a la plaza de la Providencia por aquella modestísima

Providencia nos

sus de

ac

a

—Habéis llegado tarde.—El mayor Dardignac espiró anoche a las once i tres cuartos.

La hermana de la Providencia que así me daba familiarmente tan lúgubre noticia, era también mi hermana, porque tenía mi nombre i mi sangre; de suerte que yo era allí mas que un huésped, casi un dueño de casa, siquiera por unos pocos minutos; i aprovechándome de aquel pasajero privilejio, rogué a la "hermana Victoria", (porque este era su querido nombre que en todo hospital es bálsamo), me condujese al lecho en que el guerrero de tantas campañas en Chile i fuera de Chile, acababa de rendir su último suspiro.

III.

Ascendimos la áspera falda del cerro, que las frescas yedras no protejen todavía ni embalsaman las corolas de las flores, cómplices de la higiene, por una tosca ladera, i nos detuvimos en un espacioso galpón formado por tablones i tejas, desde cuyo frontal, abierto de lleno a la brisa del mar, divisamos la ciudad i el brumoso puerto en extenso pero descolorido i monótono panorama, velado todavía por la niebla.

A ese galpón, empapado de aire vivificante, van los cirujanos a los heridos graves que la bre o la gangrena, está fiebre pútrida i local de los órganos lacerados por el cobarde plomo i por la incuria, más cobarde aún, consume i destruye de la manera de insaciable vampiro. Allí, al calor del oxígeno i la humedad del aire respirado, se desdichados los elementos de la combustión lenta de la vida, como el candil a la

ñaba nos refería maravillado la mansedumbre ejemplar de su postrer alojado, inscrito en la noche precedente en la lista de los desaparecidos; su resignación cristiana; su fervor relijioso; la entereza con que había soportado la cruel i tardía operación quirúrgica a que fué sometido el mismo día de su llegada en el fatal trasporte *Itata*, "sepulcro flotante" de cien bravos, el día 24 de enero. En la mañana de la víspera, decíanos la hermana del cristiano muerto, había recibido Dardignac, con la unción de un templario, todos los sacramentos de la fe, i al mismo tiempo había dictado una petición de misericordia, solicitando un anticipo de quinientos pesos a cuenta de sus haberes i en beneficio de su esposa desvalida i sin deudos. No necesitamos agregar que tal gracia no ha sido todavía cumplida. ¡Ah! ¡si hubiera sido la viuda de un cortesano!...

V.

Llegábamos al fin a la eminencia; mas, en esa hora, el cuerpo del héroe no existía ya en aquel sitio. Su lecho, como el de Pablo de Rusia en la noche de su inmolación, estaba todavía caliente; pero sus despojos, conforme a una práctica benéfica, que es higiene para los cuerpos i para las almas de los que padecen, había sido separado de la vista de sus compañeros de infortunio, de sendero i de posada... Con los muertos procédese de diferente manera que con los vivos. Osténtase a éstos cariñosamente cuando son nuestros huéspedes en el jardín, en la sala de lujo, en el balcón florido de la morada amiga, como para que de todos sea visto: tributo natural del afecto o la ufanía en las relaciones del mundo. Pero a los muertos queridos se les esconde i se les aleja en razón misma del amor o del respeto que inspiraron. Son sólo los extraños los que quedan de ordinario junto al lecho, junto al ataúd, junto a la fosa.

VI.

Condújome, en consecuencia, la buena, paciente i dulce hermana que me servía de introductora para con los dolientes de la guerra, a una especie de gruta labrada en la ladera i que había sido cubierta con una pobre techumbre de madera, remedando un cenador o kiosco de jardín. Una espesa cortina de franela de color oscuro cerraba la abertura de aquella rústica construcción, i en su fondo, sobre un tosco catre de hierro, yacía una frazada de lana teñida de violeta, plegada apenas en dos o tres casi imperceptibles sinuosidades.

—¡Pero aquí no hai nadie! dije a la hermana, levantando tímidamente el cobertor por su extremidad superior; tanto era el agotamiento de aquel cuerpo, ayer enhiesto, como el árbol en la floresta, hoy postrado i hecho polvo por el rayo.

El despojo del guerrero yacía allí, sin embargo, cubierto con sus últimos vendajes; el león herido, allá en la llanura, enflaquecido por el hambre i la persecución, había venido a morir dentro de su cueva...

VII.

¡Qué espectáculo! i cuán vivo, punzante i durable dolor embargaba el alma al contemplarle!

El asistente de Dardignac, un robusto moce-tón del 2.º de línea, llamado Pedro Arredondo, hijo de Valparaíso, limpiaba en la parte de afuera de la gruta mortuoria la casaca de su jefe, una burda túnica de soldado raso, con presillas de sarjento mayor, i en su costado izquierdo podían contarse ocho cintas, que representaban otras tantas victorias; i a éstas faltaban todavía las divisas de Chorrillos, de Miraflores i la medalla de Lima: once colores.

Mas, del que había vencido así once veces a

los enemigos de su Patria, no quedaba sinó el torso calcinado por la fiebre, por la amputación i el delirio de un esqueleto informe, en el cual solo la expresión del semblante era todavía hermosa.

El rostro de Dardignac se había consumido al punto de que su tez morena diseñaba como un tenue velo todas las sinuosidades del expectro. Sus ojos, cristalizados por el hielo de la muerte después del calor candente, se veían a mitad velados por el enjuto párpado; su boca, poblada de blanquísimos dientes, se había contraído con la tenacidad del dolor; su barba, no sostenida ya por la carrillera del yelmo en la batalla, se desprendía de su centro, dislocada por la jeneral descomposición de la materia. Solo su penacho de negro cabello, sombreando su frente, i su perfil recto i aguileño, no deformado todavía en fuerza de su propia rijidez, hacían pensar, al mirarlo, en esas fieras águilas que en la niñez habíamos derribado del solitario i añoso tronco, disparando sobre su plumaje por la espalda, i sintiendo miedo de recojerlas aún estando muertas... Dardignac tenía el crestón i el pico de las aves de batalla, i éste era el rasgo más acusador de su juvenil estructura.

VIII.

Narrada así la muerte del turbulento pero bizarro soldado, herido mortalmente en la última carga de Miraflores el 15 de enero de 1881, vamos a diseñar levemente, como sobre los tenues pliegues de su sudario, su ajitada vida, i para esto necesitamos apenas echar mano de nuestros recuerdos, porque Ramón Dardignac era entre nosotros un niño de ayer.

IX.

El sarjento mayor don Ramón Dardignac nació en Santiago, barrio de la Chimba, el 31

3 / de agosto de 1848. Su respetable madre, que aún existe, es la señora doña Concepción Sotomayor. Su padre llamábase Arístides Dardignac, constructor civil de profesión i una de esas inquietas naturalezas del mediodía de la Francia, aves de pasaje, que hacen de la vida una peregrinación i del mundo un dilatado itinerario, cuyos postes miliarios son los países i los climas que visitan en su vuelo. Cuando el niño primojénito i único era mecido en solitario nido, ausentóse el errante padre a California en los días en que el oro se hizo en Chile sed de las almas; i pasando en seguida a Europa no volvió a recibirse noticia de él. Tenía entonces Ramón Dardignac, según recordáballo él mismo melancólicamente más tarde, desde el fondo de lóbrega prisión, tres meses de edad.

X.

Dejado casi solo en el mundo, porque toda pobreza es soledad; enfermizo, como los que han nacido en el infortunio de la viudedad; de contextura frágil i de apocada naturaleza en todo su ser físico, ardía, sin embargo, en los adentros de su alma, la llama de su jenio, invisible entonces i más tarde para todos. Pusieronle sus déudos en un colejio de segundo orden, «la escuela de *las Amayas*,» en Santiago, i después en una beca pagada de la Academia Militar, cuando tenía once años (1859).

Una nota de su hoja de servicios dice que allí estudió únicamente aritmética, gramática, historia sagrada, contabilidad militar i dibujo.

XI.

Todo eso utilizólo más tarde en mayor o menor escala el infantil cadete. Pero en lo que descolló en el aula, fué en su jenio, mezcla rara de melancólica i enfermiza concentración i de audaz

altivez. En una ocasión en que un brigadier lo castigó con brutalidad, acometió contra él armado de un hierro, i desde ese día quedó compensada a los ojos de sus futuros compañeros de armas la debilidad de su físico puesta en contraste con su temerario arrojo. Dardignac era hombre que desde niño no aguantaba pelos: don peligroso en una tierra en la cual, desde Caupolicán, se aguantan vigas...

XII.

El cadete Dardignac salió como subteniente del 9.º de infantería en la víspera de la guerra (si fué guerra) con España o más propiamente con Pinzón i con Topete, i concluida ésta (si ha concluido) pasó a la Artillería el 19 de mayo de 1868.

Hizo Dardignac su aprendizaje de soldado robusteciendo juntamente su corazón i sus músculos en la guerra de Arauco, guerra semi-mitológica, como la de España, en la que militó ocho de los trescientos cuarenta años que llevaba de dura (de 1541-1881), pero de él siquiera se cuenta en aquellas «entradas por salidas» a la tierra, que a la vista del ejército metióse a caballo al río Imperial en enero de 1869, como para bautizar su juvenil bravura en aquellas aguas, que el canto del poeta hizo heróicas. Dardignac trabó combate singular con un indio jigante, cual García Ramón, cuando era cabo de las fronteras, con Calaguala, i, como el castellano, lo mató. Era la hazaña de David en tierra de bárbaros.

Poco después de este estreno temerario, Dardignac era promovido a teniente de Artillería i traído, talvez como premio, talvez como simple relevo, a la brigada que mandaba en Valparaíso el en aquel tiempo (1873) sarjento mayor, don José Velázquez.

XIII.

La vida de la ciudad i del cuartel fué funesta al joven artillero, i una aventura tan cruel como casual, atrayendo sobre su nombre i su carrera todas la severidades de la lei militar, le arrojó a las prisiones, al destierro, a la miseria i a la gloria, todo a un tiempo.

Esa aventura es mas o menos conocida de todos.

Una noche en que volvía a su cuartel de Valparaíso, situado en resbaladiza loma, con traje de parada, deslizóse en una rampa mojada por la lluvia, i entró a la taberna mas próxima a pedir agua para desmancharse. El tabernero era un italiano grosero, de modales provocadores, i negó brutalmente el favor usual i sencillo que un oficial i un vecino le pedía. Irritóse el mancebo, que era de suyo violento, hijo de francés del mediodía, i arrojó algo al rostro del provocador. Intervinieron en esto dos soldados de policía que bebían en el mesón, los cuales arremetieron contra el artillero a los gritos de socorro del agredido. Dardignac hizo frente contra todos, i a sus voces bajó la guardia del cuartel inmediato, al mando de uno de sus más nobles compañeros, i trocada así la riña en combate nocturno, los artilleros hicieron fuego sobre los grupos i mataron un policial, resultando dos heridos, así como Dardignac i su compañero de rescate, que hoi al mando de una batería de cañones ha dado a su país cien lampos de gloria en seis batallas. Es éste el capitán don Guillermo Nieto, digno «compadre» de Dardignac i muerto más tarde en Lima de trájica manera.

Mas no valió ni a uno ni a otro ni su juventud, ni su notoria valentía, ni el orijen caballeresco del conflicto, ni la jenerosidad del camarada para rescatar al camarada. La ordenanza militar es

un poste de hierro inamovible, al cual se atan todos los castigos, incluso el del valor i la magnanimidad; i de esa suerte Dardignac fué condenado a muerte junto con su salvador por sentencia de consejo de guerra, expedida el 26 de setiembre de 1874.

XIV.

Comienza en ese gran infortunio de la casualidad la larga serie de dolores íntimos, de pruebas constantes i de manifestaciones enérgicas de valor i de virtud, que forman en la corta vida de Dardignac la malla bruñida que hemos llamado el heroísmo de su carrera, porque de sus propias faltas surjieron sus más nobles empeños por conservar su honra, sus más meritorios esfuerzos por levantarse de la inmerecida, involuntaria i profunda caída.

El condenado a muerte comenzó en efecto por ostentar el heroísmo del calabozo, cumpliendo un juramento de su juventud.

Cuando tenía esperanzas i una carrera noblemente comenzada que ofrecer en cambio de tímida ternura, había ligado su corazón al de una inocente niña, hija de un soldado de la república, dejada huérfana como él. Pero arrastrado a un proceso que era un naufragio, relevó a su amada de su parte de voto, cumpliendo así lo que cabía al caballero. Mas la joven desposada fué tan magnánima como él, i en una noche lóbrega como su destino se unieron en la iglesia de los Doce Apóstoles, teniendo así por testigo un cuerpo de guardia i por altar la dura tarima de un cuartel.—El teniente Dardignac se hallaba a la sazón (setiembre de 1873) retenido en el cuartel de Navales de Valparaíso; i fué así su esposa la señorita Elvira Castro, hija del capitán don Pedro Castro, antiguo vecino de Valparaíso.

XV.

Conducido en seguida el reo a Santiago, la Corte Marcial confirmó la implacable sentencia del Código Militar; pero los «empeños,» estos supremos legisladores de la capital, hallaron indulgencia en el Consejo de Estado, i la pena de la ordenanza quedó conmutada en la pérdida de su empleo, en un año de Penitenciaría i en un destierro de seis meses. Era lo menos que podía inflijirse como castigo a un oficial chileno a quien se inculpaba haber muerto en una riña a un guardián del orden público.

XVI.

El ex-teniente Dardignac pareció aceptar la clemencia de aquel fallo i se resignó a él, enterando tranquilamente su condena, porque en ella su tierna esposa, una niña de dieziseis años, le había hecho la devolución de su sacrificio dándole una hija. El tálamo del condenado a muerte había sido dulcemente fecundado por la vida.

Tenemos a la vista la primera confidencia del alma expansiva del prisionero, i en una pequeña cartera de viaje, que él llevaba sobre su corazón como el libro de su alma, encontramos este grito de su dicha, que es la primera partida de bautismo de su desventurado hogar:

«El miércoles 3 de junio de 1874, a las 8. A. M. i en la casa número 85 de la calle de las Delicias, nació mi primera hijita. Fué bautizada en la parroquia de San Isidro.

«Hija mía: jamás había gozado de un placer mayor, más delicado i santo que el que experimenté con la noticia de tu venida al mundo!»

Dos semanas del duro invierno, al pie de los Andes, habían pasado, i el reo de la Penitenciaría, reo de Estado, no de crimen, había visto

aparecer la crisálida en un rayo de luz entre los lóbregos barrotes de su celda. «Mi dulce hijita,—escribía el 14 de junio con candorosa sencillez, que hace recordar al cautivo lombardo en sus *Prisiones*,—sólo hoi, doce días después de tu nacimiento, he tenido la indescriptible dicha de verte, de besarte i prodigarte las caricias que tanto he anhelado...»

XVII.

... Un año había pasado, la lei había abierto los cerrojos de la cautividad; el mar, ancho i azul como la esperanza, había reemplazado a las hollinadas paredes de la Penitenciaría. El prisionero había cumplido la primera mitad de su condena i navegaba ahora hacia el Plata en el vapor *John Elder*, el 16 de setiembre de 1874...

Mas, si todo había cambiado en derredor suyo, su corazón de padre, de esposo i de hijo manteníase inalterable, como aquellos grandes dolores que no saben i no quieren consolarse. «Mi dulce hijita,—escribía en su libro de invisible llanto i desde la borda del barco que lo llevaba desterrado.—Mi dulce hijita, ¡dios! Parto a Buenos Aires... Soi mui infeliz... Sí; nadie es más desventurado que tu pobre padre... ¡Dejo a mi madre, dejo a mi esposa, te dejo a tí, mitad de mi vida! ¿Te volveré a ver? ¡Quién sabe! ¡Oh! Se ha cumplido en tí lo que en mí he conocido: la ausencia de un padre cuando contaba de existencia solo tres meses...»

Pero en fin, el joven ex-oficial de Artillería llegaba a Buenos Aires «con el alma llena de ilusiones i sin saber por qué», el 2 de octubre de 1874, cuando rujía el vendaval político que fué a terminar de manera tan extraordinaria i tan inesperada en los campos de La Verde, al sur de Buenos Aires. ¿Era el rumor de las espadas que salían de sus vainas lo que acariciaba la vida de un bravo chileno como una grata ilusión?

XVIII.

No conservamos documentos, ni siquiera confidencias, de las aventuras militares de Dardignac en la República Argentina. Sábese solo que marchando en demanda del campamento del jeneral Mitre, portador de importantes comunicaciones de sus adeptos de Buenos Aires, fué tomado prisionero junto con su compañero de peregrinación, Manuel Hermójenes Maturana, hoy capitán del ejército de Chile, sumerjido como él en duro calabozo; i llevados ambos en la víspera de la batalla de La Verde a la presencia del coronel don Inocencio Arias, que mandaba la vanguardia de las tropas del Gobierno, amenazó aquel jefe fusilarlos si no consentían en pelear como ayudantes a su lado.

Los dos emisarios debieron resignarse a aquel duro *quid pro quo* del destino, no poco común en las guerras civiles; i de tal manera desempeñaron su falso papel en la pelea, que según todos recordarán, en el parte de la victoria los dos ayudantes chilenos aparecen recomendados al Gobierno de Buenos Aires en primera línea. Tenemos a la vista además una carta autógrafa del coronel Arias, dirigida al presidente Avellaneda, el 17 de marzo de 1876, en que le recomienda una solicitud de licencia del teniente primero del regimiento de la Artillería argentina, don Ramón Dardignac, diciéndole—«el dañor de ésta es uno de mis ayudantes en la gloriosa jornada de La Verde.»

El doctor Avellaneda no ignoraba que esa jornada le había hecho presidente de la República, i con fecha de 19 de enero de 1875, un mes después de aquel hecho de armas, confirió a Dardignac el título de teniente primero de Artillería, que en Chile equivale al de capitán.

XIX.

Rápidas i por lo mismo engañosas horas de ventura brillaron para el pobre desterrado en tierra extraña.

El jefe de su arma, el coronel don Domingo Viejobueno, que era viejo i era bueno, le cobró señalada adhesión por la estrictez con que cumplía su deber i por la intelijencia técnica de su desempeño, que el joven artillero llegó a consignar en un libro destinado a la prensa militar argentina i que parece se ha extraviado estando aún inédito. I gracias a esta protección de sus superiores pudo formar en Belgrano pasajero nido a su abnegada esposa i a su «dulce hijita», que fueron a reunírsele en aquel pueblo.

Sucedía esto en la medianía de 1875; pero el viento de la desdicha, que debía soplar sobre la vida de Dardignac de todos los puntos del compás, le visitó ahora por otro rumbo.

Desde fines de 1877 la cuestión chileno-argentina comenzó a tomar los visos de una amenaza de guerra; el oficial chileno hízose por lo mismo mal querido de sus arrogantes compañeros de cuartel; hubo palabras descomedidas, alusiones insultantes, lances violentos, hasta que un día el capitán Dardignac planteó netamente la cuestión de honra i de fidelidad a su Patria, declarando, en la mesa de sus camaradas, que no consentiría ni la más leve ofensa proferida contra Chile sinó en la sala de armas del Parque argentino, en cuyo edificio hallábase acuartelado el regimiento.

Aquel reto equivalía a una segunda proscripción, i como hallábase cumplido de sobra el plazo de su condena, el ex-artillero argentino i ex-artillero chileno regresó a su Patria por la cordillera, pasando penurias mil, porque llegaba como prófugo al país de que había salido desterrado. Su esposa había regresado antes por mar.

XX.

Arrastró el capitán Dardignac oscura i desventurada vida durante dos o tres años en Chile, porque es mayor dolor vivir proscrito en su propio suelo que en extraña tierra. I a la verdad, era tanta su infelicidad en Valparaíso, donde vivía como secuestrado del trato de los hombres, que consideró como la mayor suerte de su carrera ser llamado a desempeñar provisionalmente en San Felipe un puesto de ayudante de policía que le ofreciera su antiguo amigo i protector en Buenos Aires don Guillermo Blest Gana, a la sazón intendente de Aconcagua.

Recibía Dardignac su escaso i precario nombramiento el 1.º de marzo de 1879, cuando ya la guerra comenzaba a entreabrir sus insaciables fauces, i el soldado que debía servir i morir en ella con tan señalada gloria, creyóse trasportado a una especie de paraíso al respirar el aire embalsamado i fortificante de los magníficos arbolados de Aconcagua. «Si a trueque de la mitad de mi vida,—escribía desde San Felipe el 6 de marzo i con su inagotable ternura a su joven esposa, que le había dado un segundo hijo en la fidelidad de la miseria,—si a trueque de la mitad de mi vida pudiera tenerte acá, no vacilaría un momento en aceptar i darme ventura, cien veces compensadora a todo sacrificio humano. Acá no se padece, se goza de mil bellezas, de mil distracciones, i se vive cuán feliz en un pueblo donde toda sociedad es franca, leal, amistosa. Mira, amor mio, yo considero a San Felipe como el primer pueblo de la República en materia de los méritos a que me refiero.»

I en seguida, describiendo casi poéticamente su dulce, pero prestada e incompleta recién hallada ventura, añadía en esa misma carta del corazón:—«¡Héme ya aquí!

«San Felipe es un pueblo que está rodeado por magníficas alamedas.

«Los días que con los niños he salido al campo o al baño de la Laguna, que he ido a los cerros o a cualquiera otra parte, ¡oh Elvira! me han hecho recordar a aquellos preciosos valles de la Araucanía, de que tantas veces te he hablado, sus ríos i aun sus gigantescos árboles, i sólo para sentirme dichoso i respirar la dulce brisa de la ventura, tú me has faltado i mis ángeles Elvirita i Laura.

«¡I tú, enferma, triste i sufriendo; tú, mi consuelo, mi guía i mi ventura, tan lejos: sí, tan lejos de un lugar que te daría vida i alegría! ¿Qué no sería posible llevar a cabo la hipoteca de que tenemos permiso?»

I pasando de la prosa al numen, de la hipoteca al verso, las cosas más desemejantes de la tierra, intercalaba, conforme a su costumbre, la siguiente estrofa, arrullo de palomo junto al rústico nido:

«Dulce consuelo de aflijido pecho,
Grata esperanza de ilusión querida,
Ven i consuella mi asolada vida,
Cura mi herida que la ausencia ha hecho.»

Dardignac era poeta a su manera, i casi no hai una sola de las cien cartas de familia que de él hemos leído, que no contenga una estrofa propia o ajena del tenor i del estro de la que arriba copiamos por modelo.

En esa misma carta expresaba a su esposa la esperanza de ser nombrado comandante de policía de los Andes, i le pedía su *Tratado de Artillería* para enviarlo al Ministerio de la Guerra por conducto de su amigo don Máximo Lira, amigo de la proscripción, es decir, amigo probado.

XXI.

Pero la guerra rujía ya en torno de aquellos

paisajes del idilio que se forjaba el entusiasta capitán, i despues de haber disciplinado como instructor las compañías aconcagüinas que entraron a formar el segundo batallón del rejimiento Lautaro, fué llamado otra vez al servicio activo con fecha 13 de junio de 1879.

Ese nombramiento era para él una rehabilitación de su carrera, i partió lleno de gozo para Antofagasta. Su carácter esencialmente simpático i la honorabilidad de su conducta, habíanle granjeado en pocos meses tantos amigos en San Felipe, que todos sus atavíos militares, desde su caballo a la espada, «la famosa espada japonesa de Dardignac» le fueron presentados como ofrenda de guerra por el jeneroso pueblo que tanto amaba, i donde parecía resuelto a fijar para siempre su errante albergue.

XXII.

En Antofagasta volvió a encontrarse Dardignac en su elemento nativo, porque era, a virtud de sus múltiples cualidades militares, lo que podría llamarse un verdadero estuche de guerra. Poseía hermosísima letra corrida i redactaba con suma fluidez i corrección, lo cual lo habilitaba para ser un excelente oficinista. Pero era al propio tiempo infatigable instructor de infantería, diestro artillero, i cuando montaba a caballo, no obstante su endrble organismo i su salud siempre decaída, ni el más robusto veterano de nuestra caballería de guerra le cansaba en los reconocimientos o en los servicios de avanzada.

Dardignac era un hombre completo de guerra, i podía servir con distinción en las tres armas i en el Estado Mayor.

Para este último destino elijióle el jeneral Arteaga, que había oído alabar sus aptitudes especiales; i ciertamente no tuvo aquel jefe, en los pocos días que conservó el mando, motivo para arrepentirse, porque el ayudante Dardignac era

el primero en llegar de madrugada al cuartel jeneral i el último en retirarse. Hé aquí, en efecto, cómo con noble i elevada filosofía se pintaba a sí mismo en su nuevo puesto el ayudante del cuartel jeneral, mirándose como en un espejo dentro del corazón de su esposa, su tierna i constante confidente. «Todos son más que yo,—escribía en 28 de junio;—pero yo gozo en la prosperidad de ellos i me digo: si tú, Dardignac, hubieras sido más serio en tu manera de pensar, hoy te verías favorecido por la suerte como ellos; pero haces bien en no quejarte, porque la desgracia te ha enseñado a estimar lo que vale la calma i la reflexión. Sé, pues, prudente, mide tus pasos, i toda nube que venga a empañar tus actos, disípala como si fuera humo matador. Sé el primero en llegar a tu puesto i el último en retirarte; jamás excuses el trabajo, huye de los placeres, porque ellos traen consigo casi siempre un dolor cien veces más prolongado; las nueve de la noche es la hora en que el soldado debe retirarse a descansar; si no hai sueño, escribe a tu esposa, estudia, acostúmbrate a madrugar, que así vendrá la noche i encontrándote con sueño, preferirás dormir a salir.»

Dos meses más tarde, en el día de su cumpleaños (agosto 31 de 1879), volvía el ayudante Dardignac a trazar, poniendo en ríjida ejecución su teoría, la silueta de su existencia de soldado sobre la parda arena del desierto, i su entereza moral, después de las penas i de los devaneos juveniles, no había en lo más mínimo minorado. «Por tí i por mis hijas,—decía a su amada compañera,—llevo acá una conducta ejemplar. No salgo a paseo alguno; vivo consagrado exclusivamente a dos puntos esenciales: mi obligación i los recuerdos a mi familia. Los domingos oigo dos misas; hoy, por ejemplo, oí la que se dice a la tropa i la siguiente acompañando al jeneral; una ofrecí a mi obligación i la otra a los seres que amo, por su bienestar, por su salud.

«Me recojo a dormir cuando se retira el jeneral i me levanto entre seis i siete de la mañana. A cada paso me encuentro con antiguos amigos que me convidan a tomar parte de las distracciones que hai acá, i yo me excuso con el cumplimiento de mi deber. Si quisiera gozar, créeme, me sobrarían ocasiones. pero no deseo más placer que recibir carta de mi adorada negra, i salir pronto a campaña para regresar más luego a ese hogar querido, donde he dejado lo más preciado de mi vida.»

¿I no hai en todo esto, escrito en las misteriosas i calladas profundidades de la intimidad de las almas, algo que revela a lo vivo una de esas naturalezas escojidas para todos los heroismos del deber? Dardignac, favorito del jeneral en jefe, era, sin embargo, el mismo hombre que había sufrido con estoica austeridad su año de penitenciaria. Su naturaleza, perfectamente equilibrada, no se había hundido en el abismo, pero no se desvanecía tampoco en el camino empinado de la altura...

XXIII.

Sirvió, sin embargo, el capitán Dardignac, promovido ya a este grado en el ejército de línea el 27 de octubre de 1879, a su nuevo jefe con ejemplar fidelidad, i cuando por el mes de diciembre estuvo amagado el jeneral Escala de mortal ataque en Santa Catalina, cuidólo como a un padre. «Gracias al cielo,—escribía a su esposa el 13 de diciembre,—ya está completamente bueno. En su enfermedad no lo he abandonado un instante, i tú que sabes cuánto lo quiero, sabrás comprender mi dolor por su enfermedad i mis cuidados por su mejoría: era mi deber.»

I cuando, como él lo había previsto, tocó su turno al jeneral Baquedano, sirvióle como había servido a sus predecesores, i talvez con mayor suma de adhesión, porque la juvenil actitud del

nuevo jefe i su llaneza de soldado cuadraba mejor a la suya. «El jeneral Baquedano,—escribía a su hogar después de Tacna,—es tan enemigo de las ovaciones como de los peruanos.»

Había sonado, al fin, la hora tardía de las operaciones activas, i Dardignac sentía que su alma, abultada por la codicia de la gloria, cabía-le apenas dentro del pecho enflaquecido por el trabajo i las dolencias. Tuvo el guerrero de Antofagasta un sueño prodijioso, que con una singular minuciosidad de detalles le presajaba su gloria i su muerte, tal cual ésta tuvo lugar; pero apartando por hoi estas póstumas revelaciones del espíritu, que nos han causado un verdadero asombro, para ocasión más adecuada, en que analizaremos a Dardignac como escritor i como poeta, como hombre i como esposo, daremos aquí cabida únicamente a la expresión de su entusiasmo guerrero, cuando desde la cubierta del *Amazonas* columbraba en las sombras los tenues perfiles de la costa peruana, que nuestro ejército iba al fin a invadir i a castigar. «La primera batalla con los enemigos de nuestra Patria querida,—escribía en la noche del 1.º de noviembre de 1879, casi a la vista de Pisagua,—tendrá lugar mañana, i al meridiano de este día se habrán afianzado nuestros derechos i sucedido las primeras glorias que deben encabezar nuestra *era de conquista*.

¡Bendito mil veces sea para todo chileno el día de mañana!

«Esposa querida: ten seguro que mañana i siempre estaré dispuesto a servir a mi Patria con todos los esfuerzos posibles, i miro la hora próxima del combate aún lejana, porque mi anhelo por verla llegar es harto más veloz que el pausado curso del tiempo; i así, como yo, sienten los diez mil hombres de este ejército, hoi contentos i felices.»

XXIV.

Apenas desembarcado, el capitán Dardignac montó a caballo i entró en servicio activo, ofreciéndose a acompañar al animoso e infatigable comandante Vergara, a cuyo lado, i armado de su terrible tizona japonesa, célebre i celebrada en todo el ejército, se batió en el médano de Jermania i más tarde en el pajonal de Sama. Al tiempo de morir, tenía Dardignac once cintas en su casaca, i nadie en el ejército tenía más que él ni tantas como él.

Pero batirse era para Dardignac no sólo un placer de bravo: era un voto de héroe, de patriota i de creyente. «No temas por mí,—había escrito a la compañera de su vida, en la víspera de partir de Antofagasta (octubre 14 de 1879), i con su estilo peculiar, en que el amor conyugal se halla siempre fundido en el crisol de la gloria militar i de la fe cristiana.—Confórmate a que sea de mí lo que Dios quiera. Si es su voluntad que muera, nada podrá hacer cambiar a mi Dios, i si por el contrario que viva, ni una granada de a 300 que estalle sobre mi cabeza me daría la muerte. De esto puedes estar segura, mi hijita, como de que *siempre buscaré los puestos de mayor peligro. Esta resolución está en mi naturaleza, la manifesté varias veces en San Felipe, crecí ella con mi venida al ejército i hoy está sellada con la voluntad más decidida i con la premeditación más completa.*»

«El que ha sufrido como yo, añadía, solo sabrá comprender la necesidad de obrar conforme a mi manera de pensar. Verdad que pronto saldremos de Antofagasta para emprender las expediciones que habrán de decidir la suerte de la Patria. Ansío el momento de partir, como tengo deseo de volver a tu lado i al de mis hijitas. Ya sabes que no será la primera vez que vaya tu esposo a entrar en combate; *pronunciaré el nom-*

bre de Dios, te enviaré un recuerdo cariñoso i un abrazo que nos confunda con las niñas; desenvainaré la espada, i acordándome de que soy chileno i la Patria quiere lavar sus afrentas, haré por ella cuanto más pueda, tal como si en mi presencia se te ofendiera i me pidieras castigar al ofensor.»

XXV.

El capitán Dardignac se batió en Tacna como ayudante de campo del jeneral en jefe, i hé aquí la dura i casi cruel simplicidad con que contaba su participación en esa batalla campal, mostrándose, al parecer, poco satisfecho de su desempeño en ella:

«Manifestas deseos,—decía a su esposa desde los baños termales de Calientes, a donde había ido a recobrase de sus achaques, a fines del mes de junio de 1880,—manifestas deseos de saber qué parte me cupo desempeñar en la batalla de Tacna. *Bien poca cosa;* permanecer al lado del jeneral, ser portador de algunas órdenes, i cuando se pronunció la derrota, ir con el corneta de órdenes del jeneral tocando reunión i hacer cesar el fuego para impedir que la tropa diera a los heridos enemigos el golpe de gracia. Pero ya los habían *repasado;* pues luego que caía un enemigo i llegaban soldados, concluían con él. En esta virtud, me consagré a hacer recojer i auxiliar heridos nuestros, cuyo número, por desgracia, era inmenso.

«*Más papel* me tocó hacer en los tres reconocimientos que se practicaron de las posiciones enemigas antes de la marcha del ejército; pues las tres veces vine al punto en que se dió la batalla, i en el último, al mando yo de la descubierta, recibí los fuegos de doscientos Colorados impasiblemente, hasta que se les antojó no tirarme, teniendo la suerte que no me hirieran ninguno de los ocho cazadores que me acompañaban.

«En el asalto de Arica, el jeneral me favoreció con el mando de cincuenta Carabineros de Yungai para que cortara la retirada a los enemigos que quisieran escapar; pero fuí tan desgraciado, que *ninguno se escapó...*»

XXVI.

Largo tiempo más tarde, cerca de medio año pasado en torpe inacción i en esperanzas ciegas o menguadas de paz, quedaba al fin resuelta la expedición a Lima; i el capitán Dardignac, promovido ya a segundo jefe del batallón Caupolicán, daba expansión a sus sentimientos guerreros en estas palabras que revelaban por entero su alma de patriota i de guerrero:

«Ya es un hecho positivo que el ejército expedicionará a esas rejiones tan deseada por estos miles de soldados, e irá en breve tiempo.

«En esa gran ciudad, tan corrompida como orgullosa sin motivo, entrará triunfante el ejército de Chile, compuesto de treinta a cuarenta mil hombres, i ahí les impondremos una paz forzosa i humillante, ya que no han querido aceptar la que nuestra nación les ha ofrecido.

«*Ir a Lima es el sueño dorado de todos los militares.* Habría quedado *inconclusa esta campaña si se hubiera arribado a la paz sin imponerla en su misma capital.*»

I todavía en esa misma carta añadía este párrafo, que es un fúljido destello de la inmortalidad:

«Yo quiero, Elvira, que en esta *última jornada* tu esposo vaya mandando soldados; quiero dejar mi puesto en el cuartel jeneral. Ya he servido como ayudante de campo a tres jenerales; pero en la última jornada quiero, digo, *que todo el ejército vea cómo se bate el capitán Dardignac adelante de sus soldados*; quiero una página de gloria para mí, porque ella servirá en bien de la Patria i de los séres que tanto amo.

«¡I si muerol...

«*¿Qué muerte más gloriosa puede esperar un militar que la del campo de batalla?*»

«Pero no me abandonará jamás aquella antigua creencia de que no moriré a manos del enemigo.

«Las presillas de sarjento mayor yo las sabré conquistar.»

XXVII.

Los fervientes votos del ayudante de campo del jeneral en jefe por hacer su entrada a Lima no en el grupo feliz i galoneado de los que rodean al triunfador en la parada, sinó a la cabeza de polvorosa i ensangrentada columna de soldados, cumplieronse al fin por un voto de justicia; porque en la víspera de la marcha a Lima el capitán Dardignac fué nombrado segundo jefe del batallón Caupolicán: el capitán de Artillería tenía bien conquistadas, después de dieziocho meses de campaña sin licencia i eternamente enfermo, sus «presillas de sarjento mayor.»

XXVIII.

Colócase aquí, en la penúltima página de esta hermosa vida llena de dolores i de esta nobilísima alma llena de grandeza, una serie de confidencias íntimas que retratan la última como delante de una tela; i haciendo de ellas, por hoi, el sudario provisional de un magnánimo e infortunado heroísmo, vamos a darle su colocación debida en la orilla de prematura tumba.

«Si yo tuviera fortuna,—escribía a su joven esposa, madre de dos tiernos niños, inmediatamente antes de marchar a Lima,—no ambicionaría más de lo que soi; pero debo vivir consagrado a la carrera que al intrépido lo eleva; i para esto es preciso tener soldados a sus órde-

nes i el deber consiguiente de conducirlos *con ejemplos de heroísmo*. ¡He visto tantos valientes que por esto ascienden, i oficiales mui intelijentes i de honor que permanecen estacionarios en su carrera porque sus obligaciones no les permiten batirse con tropa a sus ordenes i *probar su valor!*

«¿Es suficiente lo que poseo para que vivas con mis hijos con la decencia que te has criado? ¿O es necesario más? Más es necesario; pero ese más, que en mi conciencia debo buscar, *se halla en el campo de batalla i es preciso arrancarlo con las bayonetas de nuestros soldados del pecho de los enemigos.*

«Esta es sólo una consideración. Queda la más poderosa, ESO DE SERVIR A LA PATRIA EN LOS PUESTOS DE MAYOR PELIGRO; QUEDA ESA ASPIRACIÓN INNATA DEL SOLDADO CHILENO DE BUSCAR EL PELIGRO EN VEZ DE EXCUSARLO; QUEDA EL MISMO AMOR QUE TENGO A TU NOMBRE DE CHILENA, al de mis hijas, i queda, por fin, el deber que me debo como esposo i como padre de un nombre honorable.

«Es preciso, por fin, *que mis locuras, que mis faltas en la juventud, que tanto me han hecho sufrir i perjudicado, SE BORREN CON LA SANGRE DEL ENEMIGO, I SE PURIFIQUE ESE PASADO CON LA MÍA o con acciones distinguidas.*

«Por todos conceptos es necesario que mi esposa crea, como yo, la necesidad de cuanto le digo i la conformidad en lo que suceda, porque *Dios, que rije a los hombres i al universo entero, dispone lo que deba suceder, i nuestra buena o mala suerte ya debe estar escrita en el libro de los destinos.*»

El mayor Dardignac tenía razón. Su glorioso i próximo fin estaba escrito en el *libro de los destinos*, i esa página, verdadero testamento de su alma heroica, sería la última de su vida.

Días más tarde, i al asaltar el postrer reducto del enemigo en el campo atrincherado de Mira-

flores, caía el héroe, conforme a su sueño de Antofagasta, envuelto en nubes de humo, dividiendo en el horizonte las cúpulas de Lima, término de su fatigoso viaje.

XXIX.

Dardignac, enfermo ese día, el día de Miraflores, como durante toda la campaña, de gravísima dolencia en los riñones, reconoció en aquel ruido, como Carlos XII en el desembarco de Copenhague, su música predilecta. De un salto montó a caballo para reunir i arengar su sorprendida tropa; e inmediatamente después, sintiendo que en toda la línea tocaban mil cornetas a la carga, ordenó avanzar sobre las trincheras más vecinas al mar, que coronaba un espacioso fuerte.

La distancia que separaba en ese momento las líneas de combate no podía pasar de mil metros (ocho cuerdas); pero no había en el trayecto menos de seis o siete tapias en contradizas i aportilladas en razón de la pequeñez de los potreros de alfalfa i camotales de la campiña de Lima. Obligó esta circunstancia a Dardignac a dar su caballo a su animoso asistente, i él, aunque fatigadísimo i extenuado, corrió a ponerse, junto con el bravo i pundonoroso comandante Canto, su jefe inmediato, al frente de su línea en avance.

Describir esta embestida de los chilenos, sería como trazar en el césped la corriente de un río de fuego que todo lo destroza i lo calcina. Aquella carrera de la muerte i la victoria, en que disputábanse la una a la otra el paso en cada tapia, en cada foso, en cada puerta de tranquero, en cada cercado eriazó, duró dos horas; i Dardignac se conservó siempre ileso. Una bala, visible en su casaca, le había atravesado la túnica en el antebrazo derecho, el brazo de la espada, pero sin herirlo.

Iba Dardignac siempre adelante, dirijiendo i animando los escasos grupos que el cansancio i la matanza había dejado de pie, i se había aproximado ya a veinte metros del fuerte que traía como objetivo, cuando al dar la voz de *¡Ocúltense!*... para flanquear la formidable posición enemiga, cayó bruscamente derribado al suelo, exclamando:—*¡Me han herido!*—*¡Adelante!*

Una bala, la última talvez de la resistencia en esa parte de la línea peruana, pero disparada casi a boca de jarro por un soldado que huía, le había destrozado la pierna derecha a la altura de la canilla rompiendo el hueso con tanta violencia, que el mismo herido pudo sacarse allí mismo un fragmento que quedó adherido al pantalón.

XXX.

Trasportado inmediatamente al hospital de

sangre de Chorrillos i en seguida a Valparaíso en el primer trasporte, falleció, según dejamos recordado, después de dos semanas de martirio, en el hospital de aquel puerto, el 1.º de febrero de 1881.

I fué así como vino a descansar el héroe de diez batallas, su juvenil cabeza en la almohada blanda de la misericordia de los suyos, i cómo después de haber entrado en la carrera de la vida por un sendero de espinas i de azares, logró con el trabajo, el valor, la abnegación i la fe limpiar los tempranos abrojos que desgarraron su túnica, i así ascender por la huella limpia i luciente de la inmortalidad a la justa fama que hoy su nombre i su carrera alcanzan. (1)

(1) Después de escritas estas líneas se ha dado el nombre de Dardignac, a una de las calles más populosas de Santiago, la *de la Chinba*, en la cual naciera.



Lit. P. Cadot & C^o

DON RAFAEL SOTOMAYOR

(Ministro de la Guerra en Campaña.)

DON RAFAEL SOTOMAYOR

MINISTRO DE LA GUERRA EN CAMPAÑA.

I.

NACIÓ don Rafael Sotomayor i Baeza, ilustre servidor del país, en mérito de su abnegación glorificada por su muerte i por su patriotismo probado en el crisol del sacrificio, en el departamento de Melipilla, donde, antes que él, había nacido el jeneral don José Santiago Aldunate, prez de nuestras armas, i después de él, el comandante Santa Cruz i el teniente Ignacio Serrano, muertos ambos heroicamente por la patria.

Su padre, don Justo Sotomayor, hijo de un maestre de campo de Concepción, arrendaba, como agricultor esforzado desde la época de la independencia, la vasta hacienda de Huechún, que había sido propiedad de la familia Toro i Aldunate, cuando el 13 de noviembre de 1822 vino al mundo, el cuarto entre nueve hijos varones, todos de índole levantada, el hombre patriota i desinteresado cuya memoria recordamos. Todos sus hermanos, más o menos, fueron agricultores como su padre, i entre los últimos nacidos figura el simpático i valiente jeneral don Emilio Sotomayor, quien, venciendo a triple número de enemigos en la cumbre de la Encañada, dió a Chile la posesión i el dominio de la

rica provincia de Tarapacá. La madre de los nueve Sotomayor de Melipilla (dos más que los Macabeos) fué la señora Clara Baeza, natural de Rancagua, i de familia tan prolífica como hermosa, fundadora de ese pueblo militar.

II.

Don Rafael, por excepción, fué dedicado a la carrera de las letras, es decir, a la abogacía, única literatura de aquel tiempo, i con este objeto pusieronle sus padres en la entonces famosa escuela que rejentaba el pendolista don Domingo Acevedo, en el ángulo que entonces formaba una vetusta casa entre las calles de Huérfanos i de las Claras, fronteriza al claustro de la Merced i a la capilla del capitán Sagredo.

Allí fué el niño Sotomayor condiscípulo con los hombres de estado que más tarde se han llamado Covarrubias, Reyes, Pinto, Errázuriz, Santa María, etc.

Pasó en seguida con algunos de éstos al colejio del presbítero Remo, situado casi a espaldas de la escuela de Acevedo i frente a la antigua Universidad, que hoí es teatro, i después al Instituto Nacional, donde junto con algunos de aquéllos, terminó su carrera, recibíendose de abogado el año de 1845.

III.

Provisto de este título, verdadero pase libre en Chile de todos los caminos de la vida i del provecho, no le fué difícil al joven Sotomayor obtener un nombramiento administrativo, i pocos meses después de recibir su diploma pasó a servir la secretaría de la intendencia del Maule, puesto a que acababa de dar cierta tumultuosa nombradía la traviesa pluma del espiritual Jota-beche, recordando sus reyertas lugareñas con el intendente casi inamovible de aquella provincia, el hoi nonajenario jeneral de división don Domingo Urrutia.

IV.

Ocurrió en esta época de la carrera política i administrativa del señor Sotomayor, un singular paréntesis.—Acompañado de su amigo i conprovinciano el apreciable caballero don José Manuel Moya, dirijióse en 1849 a California, i allí no tuvo más fortuna, cual cupo a la mayor parte de los chilenos buscadores de oro, que ver una casa construida por sus propias manos en San Francisco, incendiada por la tea de los Galgos. Casi al mismo tiempo era asesinado, como tantos de nuestros valientes compatriotas, su hermano Manuel Antonio, antiguo cadete, en los momentos en que otro de su estirpe, don Diego, moría de insolación en viaje a aquel fatal país i frente a Guayaquil.

Después de ocho o diez meses de dura prueba i constante infortunio, regresó el joven i esforzado argonauta a su tranquilo empleo de Cauquenes, cuya propiedad había retenido.

V.

De ese puesto fué promovido el joven funcio-

nario a juez de letras de Concepción, i en este destino comenzó a dar pruebas de su carácter enérgico i decidido, sosteniendo casi exclusivamente sobre sus hombros el peso de la lucha i el de la antipatía que la entonces vasta i varonil provincia de Concepción ostentó por tradición i por tendencias políticas contra la capital, con motivo de las candidaturas rivales del jeneral don José María de la Cruz i de don Manuel Montt.

Podría hoi asegurarse que la provincia de Concepción i en jeneral todas las comarcas i ciudades comprendidas entre el Maule i el Bío-Bío, estaban resueltas a sostener con su sufragio i en seguida con la espada, la candidatura del popular jeneral penquista. La candidatura conservadora de la capital era, en consecuencia, sólo una sombra o una amenaza en aquella porción de la república; pero el juez de Concepción, ardientemente afiliado al partido a que sirvió hasta el postrer momento de su carrera pública, emprendió cuanto era dable ejecutar por ganar prosélitos a su causa o por debelar la de sus adversarios. I cuando éstos al fin tomaron las armas el 13 de setiembre de 1851, hizo él por su parte otro tanto, asociándose con otros partidarios esparcidos ultra Maule. A la cabeza de un grupo de éstos tomó posesión de la ciudad de Cauquenes, que había insurreccionado en pro del jeneral Cruz, su antiguo jefe, el ex-intendente Urrutia.

VI.

Fueron mérito estos servicios políticos para que don Rafael Sotomayor ocupase después de la pacificación del país, ocurrida en Purapel, la intendencia del Maule, i después, durante cinco o seis años, la mucho más difícil i descompajinada de Concepción.

VII.

Dió en este puesto el señor Sotomayor pruebas claras de poseer notables dotes de administrador civil, porque organizó la provincia bajo nuevas bases i deslindes, visitóla en toda su extensión, fomentó su progreso material i dió cuenta de todo lo que había realizado o quedaba por cumplir en una memoria que se conserva en los escasos anales de buen gobierno del país, junto con la análoga de la provincia de Coquimbo, trabajada por el intendente contemporáneo don Francisco Solano Astaburuaga, como modelos de labor administrativa.

Tomó asimismo parte activa el intendente Sotomayor en las operaciones encaminadas a pacificar i reducir la Araucanía, en la mejora de los caminos fronterizos, en el desarrollo de las nacientes industrias carboníferas del litoral, i por último, en las navegaciones fluviales del sur. El primer vapor que recorrió las aguas del Bio-Bío llevó por esto su nombre:—El vapor *Rafael Sotomayor*, que todavía existe.

VIII.

Salvo uno que otro accidente de brusquedad jenial o de arrebató, como el ocurrido a un oficial de la guardia de cárcel de Concepción que no le saludó con el respeto debido, conquistóse el intendente Sotomayor en su mayor número las simpatías de la población hostil de su provincia, i revestido de este prestigio fué llamado por el presidente Montt a desempeñar la cartera de justicia durante las agitadas crisis de 1858 i 1859.

IX.

No sabríamos decir si la aureola de populari-

dad que el ex-intendente de Concepción trajo consigo, acrecentóse en brillo en su nueva i delicada posición política. Sábese sólo que estuvo siempre por las medidas represivas que formaban la índole i el programa del jefe del estado de aquella época, i que al fin provocaron la segunda gran revolución nacional que puso virtualmente término a su administración i a su partido.

En el último día de aquella, es decir, en la noche del 17 de setiembre de 1861, el presidente Montt otorgó al más fiel de sus ministros el empleo vitalicio de Superintendente de la Casa de Moneda, porque el señor Sotomayor se había mantenido durante sus largos servicios políticos en honorable pobreza.

X.

Decaído de improviso el bando político a que pertenecía, bajo la administración Pérez, siguió el señor Sotomayor, como leal, la suerte de sus amigos, dedicándose casi por completo alejado de la política militante, a los negocios que el estado próspero del país hacía reproductivos en la labranza i en el crédito. Pero de justicia es decir, que hallándose en esta posición holgada i casi feliz, apenas sobrevino una hora de peligro para la patria, olvidado de resentimientos i ventajas, el señor Sotomayor, cuya virtud más preclara i más conocida fué el patriotismo, embarcóse entre los primeros para procurar a Chile los recursos que un asalto naval inesperado i el bloqueo de todos sus puertos le atrajera. Don Domingo Santa María, su compañero en esa jenerosa caravana, recordó sobre la tumba del amigo i en sentidas palabras, las circunstancias excepcionales que realzaban aquel noble acto del ilustre muerto.

En esa ocasión internóse el señor Sotomayor en Bolivia, con el título de Encargado de Nego-

cios, i fué parte a la temprana alianza que ese país nos prestara en el conflicto.

XI.

Terminado éste de hecho en 1866, regresó el señor Sotomayor a su ejercicio de Superintendente i de hombre de negocios en la capital, i durante muchos años fué consejero en algunos de nuestros Bancos principales, hasta que en 1877 llamóle a desempeñar la cartera de hacienda su antiguo condiscípulo don Aníbal Pinto.

No abriremos aquí juicio sobre la administración del entonces postrado i exhausto erario de la nación, tanto más cuanto que en tan difícil puesto no halló el gobierno de esa época otra solución que la trivial de reducir los gastos del progreso público a su más mínima expresión, llegando hasta dejar el ejército i la marina constituidos en meros esqueletos de compañías dispersas, de bandas de música licenciadas i de calderos rotos, pero sin que ningún alto funcionario viera disminuida en un adarme, siquiera como ejemplo, su porción comparativamente pingüe de renta personal. I todo esto en medio de intensa crisis i en vísperas de una guerra nacional.

XII.

Mas, apenas estalló aquélla en abril de 1879, el primero otra vez en correr al puesto del sacrificio i del peligro, como en setiembre de 1865, fué el ex-ministro don Rafael Sotomayor, aceptando en circunstancias difíciles para él, el secundario título de secretario del jefe de la escuadra, contraalmirante don Juan Williams Rebolledo.

Embarcóse secretamente con este objeto en uno de los vapores de la carrera en los últimos días de marzo en calidad de representante o comisario civil del gobierno a bordo de la escuadra,

e inmediatamente se dirijió a bloquear a Iquique con el grueso de ella, acompañando al almirante; i después de esa prolongada operación, que postró nuestra marina, a la mucho más desgraciada, fantástica i estéril campaña del Callao.

No abriremos juicio sobre las ventajas o deméritos de la participación personal del señor Sotomayor, como secretario impuesto al jefe de la escuadra, en aquella árdua coyuntura, siéndonos suficiente dejar constancia de que tal posición era en extremo delicada i difícil porque era anómala. Fué el primer ensayo de la creación de un sistema híbrido i mixto, copiado del que la Francia revolucionaria había ensayado, con éxito dudoso, en sus ejércitos i en la marina, durante los días del terror, i que por su mal acuerdo ha merecido en Chile un nombre vulgar pero expresivo.

No existe, sin embargo, razón digna de crédito para culpar al delegado civil del gobierno de los embarazos que le creaba una política timorata i pusilánime con relación a las operaciones de la guerra; i al contrario, puede decirse, que en caso tan crítico gastó todas las fuerzas que la paciencia, la resignación, i, en ciertos casos la magnanimidad, le exijieron.

XIII.

Reforzado poco más tarde el ministerio con una nueva combinación, i por la renuncia del jeneral don Basilio Urrutia que motivó una interpelación sostenida en el Senado a causa de la desgraciada captura del transporte *Rimac*, el señor Sotomayor fué nombrado ministro de la guerra en campaña, i en esta condición hallóse presente en el desembarco de Pisagua i después en el de Ilo, para emprender la segunda campaña de la guerra.

XIV.

El ministro en campaña había elegido para su residencia habitual la espaciosa cámara de caoba del transporte *Abtao*, lo que de ninguna manera parecía adaptarse a las exigencias i a las mil múltiples atenciones de una guerra activa. Tenía, a la verdad, aquel alto funcionario a su cargo la misión de servir más que de impulso, de compensación en la complicada maquinaria de la guerra.—No era una palanca, sino una de esas ruedas de engranaje o émbolos reguladores destinados no a hacer marchar la locomotora ni a conducirla, sino a evitar que estalle; i en este sentido sus servicios fueron meritorios i afines a su carácter que se había hecho pasivo i aun moroso.

XV.

Su elevado patriotismo manteníale, sin embargo a flote, en trances tan difíciles, que fueron para otros de naufragio; i aun puede asegurarse que esa virtud sublime jamás se eclipsó dentro de su alma: de suerte que cuando estuvo organizada con una lentitud desesperante la campaña sobre Tacna, púsose él mismo en camino en la víspera de la batalla de este nombre desde la caleta de Ilo al valle de las Yaras.

Fatigóse en extremo aquella jornada de veinte leguas hechas a lomo de mula, después de un año de inacción física a bordo, i existen fundados temores de que aquel esfuerzo violento precipitó a un desenlace fatal la lenta enfermedad de familia que trabajaba sus entrañas. Al-

gunos de sus hermanos habían sucumbido de tempranas dolencias al corazón.

Incorporado al ejército, feliz de hallarse en medio de tantos valientes que ambicionaban morir por la gloria de su patria, acostóse el ministro el 19 de mayo a dormir su siesta habitual en la campaña, i poco más tarde i en medio de los aprestos que los soldados voluntariamente por todas partes hacían alegres para conmemorar el primer aniversario del 21 de mayo, cayó muerto dentro de un gabinete, como si bala invisible hubiera atravesado súbitamente su pecho.

XVI.

Expiró así en la víspera de un día de gloria i de un aniversario inmortal i a la edad temprana de 58 años, el hombre que había tenido parte principal, como representante civil del gobierno, en sucesos memorables de la tierra i del mar. Fué por esto la encarnación, talvez lenta i un tanto morosa de la concepción superior de la guerra, pero su alma se halló siempre poseida de un jeneroso, infatigable i ardiente amor cívico, que revestirá hoy i más tarde su memoria del perdurable reflejo de la gratitud de los chilenos.

Fué don Rafael Sotomayor como ministro en campaña el Favio Cunctator de la guerra contra el Perú i contra Bolivia; pero el ejército que él había contribuido poderosamente a formar, al vestir luto durante ocho días i al formar la parada de honor a su tosco ataúd de campaña, coronado de rudos lauros, no hizo sino anticipar el homenaje de las jeneraciones a la buena i honrada memoria de uno de sus más ilustres i abnegados servidores.



Est. B. G. Fisher & Co.

EL TENIENTE CORONEL
DON ROBERTO SOUPER

EL TENIENTE CORONEL DON ROBERTO SOUPER.

I.



En todos los hombres de guerra que hemos tratado en ya no breve vida, con excepción tal vez de José Silvestre Galleguillos, el sargento-héroe i comandante del sitio de la Serena en 1851, no hemos conocido una naturaleza más genuinamente militar que la de Roberto Souper. Cuando se le divisaba de lejos, en cualquier traje, en la calle, de camino, en el paseo, en el baile, en el teatro, cada cual se decía, quizá sin darse cuenta: «¡Hé ahí un soldado!»

Cuando se le estrechaba la mano i sacudía él con su inimitable, abierta, candorosa i varonil cordialidad su brazo largo i membrudo, parecía tocarse la guarnición de una espada, porque todo su organismo vibraba como el acero. Su acento mismo, confuso i rápido, parecía una continuada detonación, i el azul de su mirada, dulce i apacible en horas de paz i de intimidad, en la víspera del combate teñíase de fuego como los lampos del cielo en los días de borrasca.

Roberto Souper nació en la ciudad de Harwich, condado de Essex, no lejos de Londres, el 9 de setiembre de 1818, siendo su padre el capitán inglés don Guillermo Souper, caballero de mediana fortuna pero de nobles hechos mi-

litares en la India durante la guerra de Tippoo-Saëb, i su madre la señora Emelina Howard, que sobrevivió a su esposo, muerto trágicamente, largos años. (1)

Era Roberto el menor de ocho hermanos varones, i la carrera de los que le precedieron en el camino de la vida marcó para él los tenebrosos perfiles de su propio sendero. Cinco de ellos murieron o con las armas en la mano o labrándose independiente porvenir de hombres, lejos de su hogar: Guillermo i Juan, que eran los mayores, sucumbieron en acción de guerra en las Antillas, Carlos mordido por un perro loco, Jorge de la fiebre amarilla, i por último Mobery, el más amado de Roberto, en Portugal. (2)

(1) Según unos interesantes apuntes biográficos que don Diego Barros Arana publicó sobre el malogrado Souper en *El Heraldo* del 16 de febrero de 1881, su padre falleció en Gante por los años de 1831.

(2) Este hermano de Roberto Souper había estudiado medicina en Francia, i otro, que según creemos era el mayor, murió muy pocos años con el grado de teniente coronel en la isla de Mauricio.

Después de su muerte, se presentó también en Buenos Aires un hombre que vivía en esa ciudad en calidad de... Su nombre... aunque escribió al autor de estos rectos... era efectivamente... de Roberto, parece que aquel nombre, que no es el de su familia,...

II.

Pudiera decirse, sin figura, que Roberto Souper nació al ruido del cañón de Waterloo que se apagaba después de la lucha titánica de todo el universo contra un jenio. Su padre era capitán del ejército inglés en esa gran jornada, i después de ella fué llamado a cuartel i puesto a medio sueldo.

Con este motivo, i siendo un verdadero *gentleman* inglés, el capitán Souper, a fin de hacer honorables ahorros i educar numerosos hijos, se acercó en la ciudad de Canterbury; en seguida pasó con sus penates el canal de la Mancha i se estableció en la ciudad de Calais, especie de Canterbury francés, ciudades ambas de asedios i de batallas que están mirándose casi la una frente a la otra.

III.

Roberto era el último llegado de la tribu varonil del capitán de Waterloo; pero si todos habían heredado su sangre de soldado, no habían adquirido su reposo. Hemos dicho que uno de los más jóvenes de éstos pereció, al servicio del Portugal, en el asedio de Oporto, defendiendo aquella plaza de guerra bajo las banderas de doña María de la Gloria. «La gloria!» ese solo nombre era suficiente enganche para un Souper. No importaba para el caso, que la gloria fuera reina.

IV.

Roberto Souper poseía, como toda su estirpe, una alma volcánica. A la edad de doce años, nos refería él mismo, cuando estalló en París la revolución de julio en 1830, amotinó a los pilluelos de Calais, i fué a librar batalla al prefecto

de Carlos X, fabricando una barricada junto a su palacio.

Un día su institutor, que era un austero sacerdote presbiteriano, fué a decir a su padre que la educación de su infante estaba concluida... El buen pastor protestante tenía razón para su protesta, porque Roberto sabía ya hacer barricadas i había ganado su primera batalla contra un déspota.

Roberto, en esta situación, aprendió, sin embargo, bastante bien las matemáticas, el dibujo i hasta el latín, lengua muerta que nunca habló así como no hablaba las vivas sino medianamente (inclusa la suya propia) en razón de su precipitada natural dicción.

V.

Del Continente pasó Roberto Souper a Inglaterra con su madre i de allí, mediante influjos de lord Raglan, el de Crimea, amigo i camarada de su padre, obtuvo un buen lote de tierras de colonización en Perth, ciudad de la Australia occidental; i a tan apartada, remotísima comarca dirigióse el animoso mancebo en 1834, cuando tenía sólo dieziseis años de edad.

Sus primeros ensayos bélicos tuvieron lugar con los indígenas de aquellas soledades; pero habiendo estallado de nuevo la guerra verdadera en la India inglesa, marchóse a los combates que eran el solo ideal poderoso de su vida libre i suelta cual el aire.

VI.

Pelear era la misión de su cuna, i por esto, saltando los tejados i los mares marchóse un día a Calcuta i a Bengala por el cabo de Buena Esperanza, i se domicilió en aquel país en busca de aventuras.

Allí, al poco tiempo, Roberto Souper ejecutó su segunda hazaña de guerrero. Existía en la

opuesta orilla del Ganjes una fortaleza, el castillo de Serrampore, guarnecido por un destacamento de tropas de Dinamarca, estado que en ese paraje poseía una factoría de comercio; i en cierta ocasión varios oficiales ingleses fueron a dar un asalto nocturno a la guarnición fronteriza, llevados por cierta enemiga de vecinos. Roberto Souper fué de voluntario al asalto, i aunque sufrió después su proceso i su carcelazo respectivos, viósele el primero saltar al muro i aferrar por la cintura al centinela. Roberto Souper tenía el instinto de los asaltos. No tenemos cuenta de los centinelas que en su vida se echó al hombro, desde el que arrojó al suelo en la villa de Molina cuando se sublevó en setiembre de 1851, hasta el que estuvo al tirar por la borda en la barca *Olga* en marzo de 1859.

VII.

Antes, mucho antes de aquella temeridad, Roberto se había hecho reo de otra que era mayor, pero de diverso jénero, porque su alma i su cerebro estaban divididos en dos compartimentos completamente iguales en que cabían sólo la guerra i la mujer, la gloria i el amor.

Todo lo demás era en él como un muro impenetrable. Muchas veces, no pudiendo darnos cuenta de su infinita audacia i de su asombrosa galantería, solíamos tocarle la parte posterior de su erguida cabeza; i notamos que la tenía cortada a pico como los precipicios.... Allí no había lugar para el miedo, para el egoísmo, para el cálculo, para el negocio, para ninguna pasión que no fuera nobilísima i temeraria.

VIII.

Pero contemos su aludida aventura de la niñez, su «primera batalla de amor,» como en otra ocasión la contamos.

«Cuando Souper tenía dieziseis a diecisiete años, regresó de Calais a Inglaterra, i apenas puso el pie en la tierra del *spleen* i del suicidio, se apasionó de una romántica «miss» en un hotel de Londres, donde la ventura había llevado a los dos amantes. Hubo suspiros, billetes, citas al balcón, i todo ¡ai! concluyó con una caja de fulminantes que se tragó el galán en un momento de fulminante despecho.... Sólo la robustez de un estómago lozano i remedios oportunos salvaron a nuestro héroe de aquel tósigo que propiamente usado, habría sido suficiente para matar un batallón entero o despoblar un parque inglés de todas sus liebres i faisanes.»

IX.

De la India, Roberto volvió otra vez a Inglaterra un tanto más sosegado con el propósito de obtener una colocación fija en el ejército, lo que no logró. I habilitado allí por un antiguo amigo de su padre con unos carneros de raza, se fué de nuevo por el cabo de Buena Esperanza a las planicies ganaderas de Australia.

Roberto Souper había nacido para ver el mundo. No tenía la codicia del oro, pero albergaba todos los apetitos de lo desconocido, de lo peligroso, de lo heroico. Si hubiera nacido en la edad de hierro no se habría sacado jamás el casco bruñido de las sienes ni habría soltado la manopla i la tizona de las manos.

Nacido en la edad de la fe, habría ido a Jerusalén con Ricardo Corazón de León, su compatriota i su modelo.

Llegado a la vida en tiempo de los dioses, habríase embarcado de seguro con Jasón tras el vellocino de oro. Mas no teniendo en la presente prosaica edad sinó carneros de Rambouillet, llevólos más allá del mar, en medio de los bosques salvajes que el hombre europeo aun no conocía.

Por esa época hallábanse en Australia en boga los descubrimientos mediterráneos que han inmortalizado más tarde el nombre de King i de otros ilustres viajeros. Contábanos Roberto que habría dado todo su rebaño por acompañar a aquellos esforzados gastadores del desierto; pero el carácter oficial de esas exploraciones no le dió en ellas cabida.

X.

La inquietud natural del carácter del colono australiense, le hizo fatigarse a los tres o cuatro años de su residencia en las monótonas lomas de Victoria, porque era evidente que Roberto Souper no había nacido para pastor... de ovejas. I oyendo un día hablar que frente a frente de aquellas posesiones de S. M. B. había una tierra libre i republicana que se llamaba Chile, el constructor de barricadas infantiles de Calais se encaminó hacia nosotros por la vía de Inglaterra, realizando la trasquila de su última oveja para pagar su pasaje.

Tenía esto lugar en 1841. (1)

XI.

Albergaba además el joven Souper, para emprender aquel viaje, ciertos motivos de familia.

Residían entonces en Chile dos de sus deudos, pertenecientes a honorables familias de Inglaterra. La segunda esposa de don Ricardo Price, respetabilísimo i opulento capitalista in-

(1) Según el señor Barros Arana, Souper vino directamente de Inglaterra a Chile en 1843, llamado por su primo hermano político don Ricardo Price, i así talvez aconteció. En esta parte nos hemos guiado por apuntes que hicimos a la vista de Souper cuando ambos habitábamos en 1859 la misma celda de la Penitenciaría de Santiago.

glés, i el acreditado comerciante de Valparaíso don Edmundo White eran sus primos hermanos.

Había vivido a la sazón Roberto Souper 23 años i era un bellissimo mancebo que a muchos hacía recordar la apuesta i marcial figura de su compatriota el coronel Tupper, adalid cual él. Como Nicolas I, czar de Rusia, medía el joven titán seis piés i seis pulgadas, pero tenía la gentil flexibilidad de sus años, de su perenne alegría i de su eterno i charlero buen humor.

Los devaneos de recién llegado agotaron, por lo mismo, demasiado aprisa los restos de la lana de sus carneros, i de éstos no le quedó, como a la princesa Catincka de Jerónimo Paturot, sinó la memoria i la polvareda...

XII.

En su desgracia, encontró, sin embargo, nuestro joven huésped un amigo jeneroso en su pariente Price; i como fuera mui intelijente en la labranza, le confió aquel buen caballero la administración de su valiosa hacienda de Semita, situada en las faldas de las cordilleras que riegan el Ñuble i el Perquilauquén. Ahí llevó Souper una vida según su carácter i según sus hábitos. Cansó todos los caballos de la hacienda; trasmontó la cordillera; asistió a las "parlas" de los pehuenches en sus valles andinos; se hizo el amigo de todas aquellas tribus pastoras a quienes confiaba sus invernadas de ganado; visitó las pampas; oyó contar las hazañas de los Pincheiras en los sitios de sus mas desesperadas proezas, i por último, rodeado de sus *compadres*, i como si fuera él mismo un cacique nómada, tomaba parte en sus salvajes festines, bebiendo en cueros de potros sus agrias chichas mezcladas con la sangre i la saliva de sus feroces pujilatros.

No faltó tampoco al ardoroso inglés el culto de alguna beldad indijena, i más de una vez los

ásperos farellones de los Andes escucharon a la caída de la tarde el canto de la Pocahontas araucana que embelesaba las horas del cautivo capitán Smith...

Por otra parte, Souper se granjeó entre la jente más civilizada de aquellos parajes una reputación harto singular, a la que daban razón algunas de las escentricidades de su travieso humor. Como era *gringo*, teníanle en consecuencia por *hereje*, i como tal, corrióse luego entre los sencillos campesinos de Semita que el guisado favorito de su mesa eran los «niños asados...»

Referíanos Roberto por aquel tiempo que tan extraordinaria novedad había cundido de tal manera entre los guasos de Semita, que los niños se subían a los árboles o saltaban las cercas cuando lo divisaban. Ocurrió también que vivía en la montaña una mujer sumamente gorda, i como se asustase esta infeliz con la noticia «del gringo come-niños de Semita,» preguntó a un vaquero si la comería también a ella. El huaso, que era ladino, contó a su patrón aquel lance i para tranquilizar a la pobre montañesa encargóle el último decirle con reserva que no tuviera cuidado porque él no comía carne humana sino en tiempo de manzanas, pues éstas abundan silvestres en aquella latitud.

La pobre mujer se mantuvo quieta, pero apenas comenzó a pintar la fruta en los árboles, desapareció para no volver más a su cerril guarida....

XIII.

Otras veces el joven inglés se daba a ejercicios más filantrópicos entre sus semejantes. Cuéntase que durante un verano entero se entretuvo en viajar por los pueblos de la provincia del Maule llevando un gatillo de barbero en las alforjas, con el que sacaba muelas a destajo a todos los

pacientes; i como hiciese la operación *gratis*, sañan éstos en tropeles a su paso. Uno de los vecinos más influyentes de aquella provincia, don Juan Antonio Pando, fué una de las víctimas aliviadas por los férreos dedos de aquel singular cirujano.

XIV.

La innata, la irresistible simpatía que adornaba la existencia entera de Roberto Souper, como un enérgico perfume, proporcionóle luego un jénero de galardón de otra especie, el mayor de la vida: una esposa amante i virtuosa en la señora Mantuela Guzmán i Cruz, hija de Talca.

Volvió Roberto con este motivo a sus faenas favoritas de campo, i en los llanos de Pelarco, en un pequeño fundo de su esposa, trasquiló otra vez ovejas como en Australia.

No duró, sin embargo, el idilio largos años, porque la epopeya estaba cerca.

XV.

En razón de su carácter entusiasta i belicoso, Roberto Souper fué en 1851, como en 1859, el primer encarcelado. Redújolo a prisión en Talca, por órdenes perentorias de Santiago, el intendente Cruzat, apenas estalló la revolución del jeneral Cruz en Concepción; pero al llegar a Molina el reo de estado, o más propiamente el «reo del miedo,» sublevó su escolta, en medio de una infinidad de detalles tan cómicos como atrevidos. I con los mismos soldados que le custodiaban como a prisionero de guerra, marchóse por la cordillera a Chillán en demanda del jeneral Cruz, ya francamente sublevado.

Dióle éste el mando de un escuadrón, i ¡cosa curiosa! al frente de él peleó en Loncomilla a las órdenes del jeneral Baquedano padre, como pelearía más tarde en Chorrillos a las órdenes del

hijo, a la sazón simple capitán en las filas enemigas. La bravura de Souper en aquella terrible batalla, verdadera pelea de perros bravos, llenó de admiración a sus mismos adversarios; i cuando fué llevado al hospital enemigo prisionero i cubierto de sangre, el capellán Despott, tan bravo i tan humano como él, salvóle la vida.

XVI.

Pasada la tormenta, hizose Souper otra vez campesino, i fué entonces cuando adquirió, como subdelegado de Pelarco, su renombre de perseguidor i de azotador de ladrones. El mismo aprehendía, vendiendo cada día a barato precio su noble vida, a los malhechores del lugar; metíalos al cepo i les inflijía por su propia mano el final castigo, llevando de él prolija estadística... Pero una vez aplicada la pena, que llegó en su conjunto a muchos millares de azotes, él mismo cuidaba como padre a los dolientes, i, una vez curados, enviábalos al juez del crimen.

De esa manera limpió el subdelegado de Pelarco toda la provincia de Talca de bandidos, haciendo por sí solo lo que no habría hecho un escuadrón de policía: su solo nombre valía un regimiento.

XVII.

Dijimos también que en 1859 fué Roberto Souper «el primer encarcelado,» i esto es otra vez rigurosamente exacto. Tenía Souper tan bien sentada su reputación de incomparable bravura, que apenas soplabla la primera brisa de la borrascosa política, *por precaución* lo enjaulaban, como a fiera mansa pero capaz de terribles enojos.

Mas, Souper tenía, como cautivo, la máxima de que la libertad es un derecho, i por esto jamás se resignó a vivir entre barrotes. Debíó a

esta animosa creencia, que en él no era aspiración sinó hecho de incansable tentativa, el privilegio de ser encerrado en febrero de 1859 en la penitenciaría de Santiago, i por una gracia especial, que era una flagrante relajación del reglamento de la sombría casa, permitiéronle instalarse en nuestra propia celda. Alegró así, aquel ameno, espontáneo, festivo charlador muchas i pesadas horas de cautividad, especialmente las estrelladas noches del verano, porque como su cuerpo era tan largo i el recinto tan estrecho, hacíase matemáticamente indispensable que el carcelero dejase entreabierta la puerta... I así, con ese remedo i postigo de libertad, debido a la lonjitud de sus piernas, éramos felices, porque éramos los únicos huéspedes de la honradez bajo las bóvedas del crimen.

XVIII.

De allí salimos nosotros para la *Luisa Braginton* i Liverpool, Souper para la *Olga* i Magallanes. Pero a las pocas horas de viaje, el prisionero recordó su máxima de calabozo, i secundado por dos o tres de sus compañeros asaltó la guarnición del buque, i lo llevó al Callao con sus amigos redimidos i la guarnición presa, a su orden.

Un detalle desconocido i que hoy tiene el atractivo de reunir en un sólo recuerdo dos nombres heróicos. Quien envió a bordo del buque carcelero las pistolas que sirvieron para rescatar las víctimas, fué un jeneroso mancebo que a la sazón era teniente de nuestra marina. Su nombre fué Manuel Thomson.

XIX.

Volvimos a encontrar a Roberto Souper en Lima en 1860, siempre alegre, franco, rolando en la mejor sociedad, cantando con su media

lengua tonadas de Chile, bailando jentiles walses con las más graciosas limeñas, estimado de muchos, querido de todos, viejo eternamente niño, *gentleman* inglés eternamente *gentleman*.

En su conversación, en sus modales, en su apostura, en su respeto i su delicadeza extremada para con la mujer, en su benevolencia con los inferiores, en todo su porte exterior conocíase de lejos que Roberto Souper era un hombre bien nacido. Pero en lo que se transparentaba más que en todo el temple de su alma caballeresca era en su lealtad magnánima. Nunca aspiró a nada, i siguió siempre a los caídos. Cuando el jeneral Arteaga perdió el arzón de su silla de jeneral en jefe antes de ir a la batalla, su voz se levantó para defenderlo como a caído; cuando cayó a su turno el jeneral Escala, él vino a acompañarle, como su fiel ayudante, hasta su hogar, i esa fué la única ocasión en que el comandante Souper dejó la penuria de los campamentos en medio de los achaques continuos de su edad. Para Roberto Souper el sol no tuvo nunca naciente ni tuvo ocaso. Para él, el sol brilló siempre en el alto cenit del deber i del honor.

Pero volvamos al proscrito de 1859.

XX.

Cuando fué otorgada la amnistía de octubre de 1861, el galante caballero de los estrados limeños pasó a vestir su poncho de campesino i a perseguir i a azotar ladrones, hasta que surjió la guerra con España.

Por supuesto, Souper fué el primer tripulante del *Dart*, cuando el capitán Lynch llevólo al Callao con un puñado de auxiliares, i desde entonces data la amistad que le ha ligado al último jefe.

Convencido Souper de la traición que los peruanos Pezet i compañía hacían a su patria,

regresó a Chile, i en la memoria de todos está su atrevidísima hazaña cuando, salvando con un mar furioso la barra de Constitución, llevó a nado al capitán Williams la palabra del gobierno después de la captura de la *Covadonga*.

Roberto Souper tenía entonces 50 años, i lo que no se atrevieron a ejecutar los más diestros i robustos marineros, llevólo él a cabo por dar ejemplo de sublime patriotismo.

XXI.

Desde esa época, Roberto Souper comenzó a sentirse viejo. Su salud decaía año por año. Sufrió una bronquitis crónica, i su extremada flacura, encorvando visiblemente su bello i altivo busto, parecía seguro anuncio de una consunción jeneral.

Pero sonó el clarín de la cuarta guerra de Chile en los últimos cuarenta años, i Roberto, acompañado i reproducido por sus dos gallardos hijos, marchó a la campaña, i se halló en todas partes donde había balas. Donde no las había, allí no estaba Souper; i como si el plomo hubiera sido su remedio específico, comenzó a revivir con el plomo de las balas. Todos recordarán que acompañó a Lynch en su expedición al norte, i que él solo, yendo a caballo delante de todo el ejército, se tomó a Pisco, como una copa, espantando a Zamudio con el trago.... (1)

XXII.

Pero Roberto Souper había renacido a la ju-

(1) Roberto Souper llevó un prolijo i extenso diario de la campaña que figurará en su tiempo debido como uno de los documentos más curiosos i reveladores de su época. Su publicación dará materia para un grueso volumen, que conservamos, ya puesto en limpio para la imprenta, aguardando la hora oportuna de lanzarlo con todas sus injenuidades a la luz de la crítica i de la publicidad.

ventud de las batallas, sólo para ofrecer a su ídolo antiguo, la gloria guerrera, el holocausto de esa misma juventud, pedida en préstamo al heroísmo. I por esto al caer de su caballo llamado característicamente por él "Pedro José," atravesado por cinco balas en los desfiladeros de Chorrillos, ha podido decirse de él, como de Bayardo en Carigliano, que fué en el ejército de Chile "EL CABALLERO SIN MIEDO I SIN REPROCHE." (1)

(1) Como una muestra de la universal simpatía que Roberto Souper supo inspirar a todos los chilenos, sin excepción de partido, reproducimos en seguida las firmas de los veinticinco diputados de todos los colores políticos de la situación, que en el Congreso de 1881 presentaron una moción destinada a obtener una pensión vitalicia para su apreciable señora viuda.

"Don Justo Arteaga Alemparte.—Ricardo Letelier.—D. de Toro H.—Agustín Edwards.—P. N. Videla.—J. Antonio Tagle A.—Francisco Gandarillas.—J. Rodríguez Rosas.—Enrique De Putrón.—Zorobabel Rodríguez.—A. Vergara Albano.—Jovino Nevoa.—Enrique Mac-Iver.—Isidoro Errázuriz.—Dositeo Errázuriz.—M. R. Lira.—C. Walker Martínez.—José Tocornal.—R. Larrain C.—Abdón Cifuentes.—J. A. Orrego.—R. Allende Padín.—Joaquín Walker Martínez.—Miguel Luis Amunátegui.—Juan D. Navarro.—Pedro Nolasco Vergara.—R. E. Santelices.—Gaspar Toro.—Luis Jordán.—Juan Domingo Dávila."

Su biógrafo i amigo de intimidad don Diego Barros Arana, propuso que los restos del bravo capitán inglés que tanto había amado a Chile, fueran sepultados a costa del Estado con el siguiente sencillo pero apropiado epitafio:

ROBERTO SOUPER

1818-1881

INGLÉS POR EL NACIMIENTO, CHILENO POR EL AMOR

Murió como héroe defendiendo el honor de Chile.



DON LUIS LARRAIN ALCALDE

(Sargento Mayor del Regimiento Coquimbo)

EL SARJENTO MAYOR DON LUIS LARRAIN ALCALDE.

I.

A dividido el cielo a Chile en zonas, según la diversidad de su clima, infinitamente variado, del setentrion al mediodía.

Mas no lo ha fraccionado de tal manera, ni para el patriotismo ni para la gloria.

En ningún concepto es más verdadero el lema de la Constitución que bajo el que dejamos señalado:—Delante del amor i del heroísmo de sus hijos, la República de Chile es «UNA E INDIVISIBLE.»

II.

Antiguamente, en las viejas guerras de la nación, existían ciertos núcleos militares tradicionales e inagotables, levadura i semilla de la secular, inextinguible lucha de Arauco que hasta ayer ardía en ingloriosa pira. I eran entonces las provincias de ultra-Maule, hijas históricas i desagregaciones jeográficas del «fuerte Penco,» las que enviaban su contingente exclusivo de sangre a las batallas, a las fronteras, al extranjero:—la montaña de Chillán,—las dos márgenes del Bio-Bío,—la isla de Laja,—Los Anjeles,—Nacimiento, «nido de leones,» tales eran los

criaderos habituales de soldados, de donde salía la aguerrida recluta que domó dos veces a Lima i clavó el tricolor en el Punyán i el Pan de Azúcar.

III.

Pero hoy, con el rapidísimo desenvolvimiento de nuestra civilización, promovida por la escuela, el taller i el libro, i a virtud de nuestra poderosa unificación, ejecutada casi a vista de ojo i día a día, por el vapor, por el riel i por la electricidad, la expansión i el esparcimiento de las pasiones jenerosas que ajitan a los pueblos, hanse ejecutado por sí solas como si fuese una corriente subterránea repartida invisiblemente por nuestra red de alambre en todas las ciudades, en todas las provincias, en todos los lugarejos humildes como en los campos feraces o incultos.

IV.

Cada provincia ha dado un rejimiento de sus más varoniles hijos, i ha habido pueblos que han suministrado divisiones enteras, como Colchagua i Valparaíso, mientras otras, como Santiago i el Ñuble, han enviado, cada una de por sí, un verdadero ejército.

I de igual manera cada provincia ha personi-

ficado su heroísmo en una individualidad o en un grupo de individualidades de su suelo, apasionándose de esos emblemas como de su propia gloria.

Por ese honroso camino la provincia de Atacama ha quedado, por ejemplo, identificada como encarnación heroica en Rafael Torreblanca, hijo de Copiapó; la del Maule en Arturo Prat, hijo de Quirihue; la del Ñuble en San Martín, en Marchant i en Martínez, tres jefes chillanejos; la de Valparaíso en Manuel Thomson; la de Colchagua en los dos Vivar; la del Bío-Bío en los tres Garretón i los Silva Arriagada, i descendiendo a la ciudad i de ésta a la aldea, La Serena se ha personificado en los Gorostiaga, en los Varas, en los Varela, en los Aristía; Elqui en Iribarren; Ovalle en un humilde pero heroico soldado, en José Silvestre Galleguillos, cabo del Atacama; Combarbalá en J. R. Salinas, muerto en Chorrillos; Illapel en Benjamín Lastarria i en un humilde fraile, «el padre Madariaga»; Ancud en el aspirante Goicolea; Melipilla en los cinco Serranos; Talca en los Cruz, en los Fernández Letelier, tres hermanos que rindieron casi juntos noble vida en la campaña, en José Domingo Terán que acaba de morir de sus mal cerradas heridas; Concepción en Rafael Zorraindo; Chillán en Belisario Zañartu; Osorno en Eleuterio Ramírez; Rancagua en Barceló; Rengo en Reyes Campos; el Parral en Casimiro Ibáñez, i hasta la sierra de Ranquil en el humilde marinero Lertzundi, sobrino de un grande de España, que pereció junto al cañón que mandaba en Arica Manuel Thomson.

V.

Pero no sería cabal el laudo de la inmortalidad pronunciado sobre esa haz de espadas victoriosas que el crespón del dolor encubre sin ocultar, sobre esa avenida de tumbas abiertas delante de

los pasos de magnánima juventud, si de esta nómina, a la cual faltan forzosamente muchos nombres queridos, exceptuásemos a la capital de la República.

Porque es un hecho que contra la expectativa miope de muchos, que no reconocieron a la presente guerra desde su primer orijen su carácter nacional, como su índole mejor acusada, como su fuerza de propulsión más enérgica, el impulso i el ejemplo vivificantes han partido continuamente del corazón hacia las extremidades.

VI.

Bastaría, para comprobar lo que decimos, hacer memoria de los primeros bravos que quedaron en los ensangrentados médanos de Tarapacá, desde los Urriola, los Silva Renard, los Yávar, los Cuevas, los Olano, los Frías, los Arrieta, los Aldunate, los Silva, los Ovalle, los Echeverría, los Pinto Concha, los Soto Dávila, los Pérez Gandarillas, los Baeza, hasta la repetición de esos mismos nobilísimos nombres gloriosamente ensangrentados otra vez en diferentes campos de batalla, pero siempre bajo la misma bandera, siempre siguiendo la misma voz de prestigioso i amado jefe lugareño, del juvenil comandante del Chacabuco.

VII.

I lo que decimos del Chacabuco puede aplicarse con la misma justicia al Esmeralda, al Santiago, al Caupolicán, al Melipilla, al Valdivia, al Bulnes, al Victoria, todos rejimientos i batallones santiaguinos.

Santiago sólo, como foco i como impulso autonómico i provincial, envió al Perú cinco rejimientos, cinco batallones, tres escuadrones de caballería i dos brigadas de artilleros, es decir un ejército dos veces más numeroso que el que

el jeneral Bulnes llevó a la victoria en Guía i en Yungai.

VIII.

Pero donde se mostró más a la vista de los incrédulos i de los pigmeos empecinados en hacer la guerra fragmentaria, cuando el país se alzaba como una sola mole de candente granito para aplastar a sus provocadores, donde se ostentó, decíamos, el sentimiento unánime de la juventud de Chile por ir al sacrificio, i a la gloria, i al castigo, fué en la mezquina i desacordada disolución del primer batallón Carampangue, que había nacido del aliento de la juventud santiaguina, i por el mismo principio de nimiedades i desconfianzas oficiales, que había dispersado con un desaire la calorosa i espontánea agrupación de la juventud de Valparaíso en las primeras listas del batallón Portales. (1879)

IX.

Mas no porque fueran rechazados los unos en una parte con algún pretexto, los otros en diferente lugar con cierta excusa, el fiero, el puro, el indomable amor a la patria decaía en las jenerosas almas que la juventud calentaba con su irradiación inmortal.

Ejemplo levantado de esta heroicidad en la obstinación, fueron los dos hermanos Larraín Alcalde, Patricio i Luis, capitanes en ciernes del extinguido Carampangue, que desarmados por un decreto, no consintieron en entregar sus espadas i, antes al contrario, llevaronlas, el uno al Esmeralda, en San Felipe, i el otro al Coquimbo, en La Serena.

El último de aquellos dos bizarros mancebos es el que cayó gloriosamente al pié del muro, puerta de Lima, i el otro sólo ha sobrevivido para traer al suelo patrio los restos queridos, prolongando con los cuidados de su amor la

dura agonía del mártir, a fin de hacer de su último suspiro una bendición suprema, empapada en lágrimas.

X.

* Luis Larraín, apuesto i gallardo mozo, educado i acariciado en opulento hogar de Santiago donde había nacido en 1858; versado en los estudios con distinguidos maestros; abogado a los 23 años; iniciado en las luchas políticas desde temprana i ardiente adolescencia; adalid i tribuno antes de cumplir su mayor edad, no aceptó el rechazo de sus servicios en los cuerpos de su ciudad natal, i marchóse a La Serena como capitán del Coquimbo, por el mes de junio de 1879.

No había tenido a la verdad el joven voluntario mal ojo para divisar su sendero de guerra, porque a la cabeza de aquellos esforzados montañeses escalaría en breve i con señaladísima bravura las breñas arenosas de San Francisco i del Alto de la Alianza.

XI.

En la memoria de todos ha quedado la briosa participación que cupo al Coquimbo, junto con el Atacama, en esas dos batallas campales. Pero lo que talvez no todos conocen, por no haberse escrito todavía la historia de la última campaña, es el hecho notabilísimo de haber sido el batallón Coquimbo, conducido por el bravo Pinto Agüero, después de la caída de su bizarro primer jefe, el cuerpo que, rompiendo en el centro las vacilantes filas del enemigo, pronunció su final derrota cargándolo a la bayoneta.

I en ese glorioso hecho de armas cupo a Luis Larraín Alcalde notoria parte de honor, porque como capitán de granaderos iba adelante de las filas, i cuando por su ardorosa inspiración per-

sonal dió a su compañía el grito de *¡Armen bayonetas!*... la última valla quedó rota, i la victoria brilló sobre los relucientes yataganes que coronaban a esa hora todas las cimas.

XII.

Después de ese doble estreno, Luis Larraín Alcalde vino por la última vez a visitar el techo dichoso que había cobijado su niñez. Hiciéronle los suyos tiernísima acogida, i la sociedad culta de Santiago tributóle distinguido homenaje a quien había partido voluntario para padecer dolores i volvía prestijado por los resplandores de temprana gloria.

Fué durante el invierno último un verdadero favorito de la capital aquel mancebo, que apenas comenzaba la vida i que se había hecho en un año de campaña i sin más allegadizo influjo que su brío i su conducta, tercer jefe de uno de los rejimientos más populares del ejército. I si es lícito delante de tumba tan juvenil traicionar las vagas aspiraciones del alma, que se ajitan en el primer ensueño, los destellos de la suya brillaron bajo el disco de dulce esperanza en tierno pecho...

XIII.

Más llegó la hora de partir, hora del deber para el soldado, hora de sacrificio para el que ama, i Luis Larraín marchó melancólico pero indomable a cumplir su ruda consigna entre soldados. Sus adioses fueron llenos de tristes presajios, que acrecentaron su mérito, porque no fueron parte a detenerlo.

XIV.

I fué así como derribados en la áspera falda

del empinado morro, sucesivamente el primero i el segundo jefe del Coquimbo, Soto i Pinto Agüero, tomó el mando de su rejimiento el denodado mancebo de que hacemos memoria, i a su turno postróle el plomo, hiriéndole traidora bala el bello rostro.

Sin solicitar el auxilio de su tropa i valido de su juventud, erguida como su alma, el mayor del Coquimbo fué a la lejana ambulancia por sus piés, i una vez curado, disimulándose a sí propio la gravedad mortal de su herida, intentó montar a caballo para volver al fragor de la batalla.

Estorbáronselo los facultativos, i entonces el desdichado joven concentró sus últimas enerjías en las santas emociones de la familia i de la relijión, de que fuera ferviente adicto.

Para engañar a su santa madre en su lenta agonía, como había pretendido engañarse a sí propio con la inminencia de su incurable daño, escribióla desde el hospital de sangre de Chorrillos, cartas risueñas que le entreabrían horizontes de ventura a la vuelta de la patria, de la familia i del altar...

XV.

Pero era todo eso sólo el heroísmo de la ternura después del heroísmo del denuedo, i el bizarro capitán que la provincia de Chile entre cuyos hijos peleó, no sabrá nunca olvidar, llegó sólo a la nativa tierra para cerrar los ojos a la luz querida, i estrechar en la última convulsión de estoico i cristiano sufrimiento la mano venerada de los que le dieron el sér.

¡La paz de la gloria i los cánticos de los ángeles que lloran sobre la tumba de la juventud, sean por esto con su sombra i custodien para siempre su noble, su puro, su inmortal recuerdo!



EL TENIENTE
DON FEDERICO WEBER

EL CAPITAN
DON CARLOS SAMUEL BARRIOS

EL SUBTENIENTE
DON AMADEO MENDOZA

EL SUBTENIENTE
DON RICARDO JOSE AN

EL TENIENTE CORONEL DON RICARDO SANTA CRUZ.

I.

LEI dura i sin entrañas es la de la guerra! Porque mientras la muerte natural apaga con su helado hálito la tenue luz de las cunas o poda con su hoz sólo las viejas i mutiladas ramas del árbol de la vida, el plomo de sus batallas siega únicamente todo lo que hai de enhiesto, de altivo, de juvenil i jeneroso en la carrera de los hombres.

Por esto en cada uno de los grandes combates de esta guerra carnífera en demasía i prolongada hasta lo inverosímil, por la pequeñez de ánimo con que en su primera hora fué emprendida, han caído sobre el seno ensangrentado de la patria algunos de sus más nobles hijos.

En Iquique cayó el capitán Prat.

En Tarapacá cayó Ramírez

En Arica cayó San Martín.

En Chorrillos Belisario Zañartu.

En Miraflores Martínez i Zorrandino.

I en el Alto de Tacna había caído antes «el primero entre los primeros,» Ricardo Santa Cruz, adalid de 33 años, que, como don Ramón Freire en Maipo, mandaba en tan temprana edad uno de nuestros más aguerridos rejimientos.

II.

Pero lo que hai de más melancólico en ese fin prematuro i lo que existe de más noble en esa breve vida, es que Ricardo Santa Cruz lo debía todo a sí mismo.

Oriundo de una de las más antiguas familias patricias de Santiago, no alcanzó nunca favor ni de los pergaminos, estos diplomas del ocio, ni de los «empeños,» estos parásitos que en nuestras ciudades coloniales solo crecen arrimados a las paredes de casa grande, con portada de piedra, ancho zaguán i encopetado mojinete, semejante al peinado de los oidores,—jente de «copete.»

III.

El primer Santa Cruz que vino a Chile en los comienzos del pasado siglo fué, en efecto, natural de Asturias, como el gran almirante de Carlos V i marqués de Santa Cruz. Pero aunque el noble caballero que llegó a este apartado lote del reparto antiguo del mundo a hacerse simplemente hacendado (la hacienda de Santa Cruz) no reclamara, como otros, entroncamiento con aquel grande de España, usaba el *de* que muchas familias (que no lo trajeran consigo) gastan hoy, alargando con la borra de la tinta sus firmas i su orgullo.

Don Juan Ignacio *de* Santa Cruz fué primer alcalde de Santiago en 1737, i desde esa época comenzó la boga de su nombre, porque vivía en la plaza, esquina con esquina con el palacio de los presidentes, i luego emparentóse con la familia Aldunate, estirpe de oidores, padre e hijo, como los señores *de* Santiago Concha, que fueron oidores el bisabuelo, el padre, el hijo i el nieto, toda «jente de copete», porque la toga se heredaba entonces con el peinado.

IV.

Durante la primera jeneración de los Santa Cruz Aldunate, mantúvose en primeras aguas el boato de la familia, con su hacienda de diez mil cuerdas a las puertas de la ciudad i su casa solariega junto a la puerta de la Catedral. La casa de los Santa Cruz era la que hace esquina a la calle del Puente, donde hoi, en lugar de alcornias, véndense chancacas.

Pero en razón misma de aquella obligada vecindad del templo i del palacio, comenzó a decrecer la riqueza de sus fastuosos habitantes, porque la primera bandeja que había de entrar a la alcoba del recién llegado capitán jeneral, repleta de exquisitas viandas i manjares, simple tributo de vecino, era la de los opulentos Santa Cruz, así como de su opípara cocina salía cada mañana el chocolate de los canónigos, i de sus cajuelas enchapadas de oro el rico sahumero de los altares i de las procesiones.

Por otra parte, como todas las *fiestas reales* tenían lugar para los grandes en el palacio i para el pueblo en la plaza, i fué antigua costumbre celebrarlas pidiendo prestada su vajilla a los vecinos, los Santa Cruz malgastaron por arrobas su plata labrada, porque ésta no tenía réditos como la que asoleaban en cueros, quedando en éstos los que la pedían...

En casi todas las fiestas de recepción de pre-

sidente, en los toros, en los lutos reales, en todas las ocasiones de ostenta de la colonia durante el último siglo, vemos figurar como prestamistas de plata labrada a dos grandes contribuyentes de la Plaza de Armas, al conde Toro, de la esquina de la calle de la Merced, i a los Santa Cruz, de la calle de la Catedral. ¡Vecindad obliga!

V.

Pero en la vida del deber, los Santa Cruz modernos, hijos de una madre de alma levantada, esclava, como todas las madres de Chile, de la lei del deber, que es su segunda relijión, han encontrado todos como escuela una carrera de noble aliento i de más noble sacrificio. Unos son abogados, otros hacendistas, otros sacerdotes, otros marinos, otros soldados, como el valiente e inmaculado amigo que hoi lloramos. Su virtuosa madre, la señora Mercedes Vargas, residente hoi en Valparaíso, es hermana del popular abogado i orador político don Vicente Vargas i Vargas, fallecido hace cinco o seis años en Lima. Su esposo, don Joaquín Santa Cruz, falleció dejando al mayor de sus hijos en aquella edad en que no hai todavía devoluciones, sino lágrimas i desvelos.

VI.

Bajo estos severos auspicios del destino nació Ricardo Santa Cruz en la aldea marítima de Cartajena, ubicada en el departamento de Melipilla, como había nacido en esa tierra de almas fuertes i pechos arrogantes el jeneral Aldunate en 1796, Rafael i Emilio Sotomayor en 1822 i 1826, Ignacio i Ramón Serrano en 1850-1851, Policarpo Toro algo más tarde, i casi junto con el comandante de Zapadores su primo Rafael Vargas, este centauro chileno, que recuerda a la vez a Bueras i a Manuel Jordán, i que por la

sangre i el valor es primo del bravo que al frente de su hueste sucumbió trepando la loma de Tacna. Uno i otro son Vargas, si no de los Vargas Machuca, de los *Vargas de Melipilla* que tanto para machucar valen... Pusieron por esto a Santa Cruz, por su talla, su apostura i su procedencia, el apodo de *el huaso* sus condiscipulos de la primera aula.

VII.

A la edad de trece años (febrero 27 de 1861) i cuando rejentaba la Academia Militar con las leyes de Esparta en la mano el ríjido i pundonoroso jeneral Aldunate, su deudo i su maestro, Ricardo Santa Cruz fué colocado en aquel establecimiento por su celosa madre. Su hermano José María, teniente hoi del *Blanco*, entraría en su lugar vacío, solo seis años más tarde (5 de enero de 1866).

VIII.

Ricardo Santa Cruz hizo, si no con brillo, con solidez (pues ésta era la tendencia más marcada de su índole) sus estudios profesionales; i a la edad de 17 años cambió el libro, un poco prematuramente talvez, por la espada, en 1865. Como lo ha observado Isidoro Errázuriz, Santa Cruz entró en el predestinado rejimiento 2.º de línea, el cual ha pasado todo entero a la inmortalidad, borrándose su nombre, sus filas, su bandera, todo, excepto su gloria, por el plomo de las batallas. El 2.º entró, en efecto, en campaña, con cuarenta i dos oficiales; en Tarapacá dejó en el campo dieziocho, en Tacna quince, en Chorrillos diez i nueve, en Pucará uno, el bravo capitán Baeza, cincuenta i tres en todo. ¿Qué le queda entonces sinó el resplandor de su ancha fosa i el esplendor de su ínclito renombre?

Si tuviéramos hoi el poder de dar nombres

heroicos, como lo tuviéramos un día para resucitarlos en nuestras calles, nosotros refundiríamos en un solo rejimiento el casi extinguido 2.º de línea i el totalmente extinguido Atacama, i juntos ambos les bautizaríamos en la pila de las batallas, con el nombre de sus leyendas o con este otro: *La Lejión chilena*, como hubo antes la *Lejión tebana*, en Grecia i la *Lejión báltava*, en Roma. //

IX.

Ricardo Santa Cruz cubrió con su cuerpo la guarnición de Caldera durante la guerra con España, marchó a pie por el desierto a embarcarse en Chañaral a bordo de las corbetas peruanas (que no llegaron); i en seguida sirvió las diversas guarniciones i campañas de Arauco durante la ocupación de este territorio, principalmente en 1868-69, sirviendo bajo las órdenes del jeneral Pinto i del coronel González.

Por excepción estuvo algunos años empleado como profesor i ayudante en la Academia Militar, i en esa epoca unió su vida a la virtuosa joven que hoi le llora estrechando en su regazo tres retoños de su alma. La viuda del comandante Santa Cruz, la señora doña Magdalena Argomedo, es nieta del ilustre prócer i procurador de ciudad en 1810 don José Gregorio Argomedo.

El comandante Santa Cruz que habla salido de la Academia en calidad de subteniente del 2.º de línea el 1.º de enero de 1865, era teniente en diciembre de 1869 i ayudante de la Escuela militar en julio de 1874. //

X.

Pasó en seguida, señalado por sus talentos, a un cuerpo especial, porque, cuando en 1877 el ministro Prats organizó acertadamente el reji-

miento de Zapadores para ir desmontando poco a poco la Araucanía i sus selvas, Ricardo Santa Cruz fué nombrado a la edad de 29 años segundo jefe de ese cuerpo, i desde ese día hasta la batalla de Tacna estuvo a su cabeza. Cuando el batallón, elevado a rejimiento, pasó por Santiago en abril de 1879, haciendo escuchar sus clarines en las estaciones del tránsito, Ricardo Santa Cruz se apeó del tren sólo una hora para abrazar por la última vez a su esposa i besar en la cuna la frente del hijo que acababa de nacerle. ||

XI.

Estacionado largos meses en Antofagasta, consagróse el comandante Santa Cruz con el tesón del deber a instruir su cuerpo en la táctica moderna de combate, en que la dispersión ha tomado, contra el tiro rápido, el puesto de la anticuada fila unida. Para esto unióse con Domingo Toro el bizarro comandante, formando cuartel común con su cuerpo. El Chacabuco i Zapadores han sido lo que el Portales i el Valparaíso en las campañas de Yungai, «los primos,» i lo que el 1.º i el 2.º batallón del rejimiento Atacama que se llamaron por cierto motivo *los cuñados* en la presente. I por esto aquellos dos cuerpos gemelos han peleado hombro con hombro en Tarapacá, en el Alto de Tacna i en Chorrillos. ||

XII.

Cupo a Santa Cruz el honor de ser el primer jefe que pusiera pie en tierra peruana, saludado por un diluvio de balas que respetaron su alta talla, punto de mira entre las rocas. Cúpole también, si no la fortuna, la honra de romper con sus Zapadores el fuego de Tarapacá, manteniéndose solo con la mitad de su batallón, que

iba a la descubierta, durante una larga hora contra todo un ejército. Ricardo Santa Cruz alentaba a los suyos corriendo a caballo de una extremidad a otra de las filas, i sus propios soldados se han maravillado cómo escapó ileso. Solo cuando el Chacabuco llegara jadeante a sostenerla, tuvo la noble brigada algún refresco. Los *primos* llegaban a tiempo!... ||

XIII.

Surjió de la desastrosa sorpresa—sorprendida de Tarapacá, como es sabido de todos, una acusación contra el joven comandante de Zapadores, porque en cualquier malaventura humana alguien i no todos han de tener la culpa. Pero esa acusación no pesa contra su honor ni siquiera contra su heroísmo, sinó contra su pericia. Son pocos los Velázquez de tierra i los Latorre de mar que dicen:—«Yo lo hice i salió mal.»

I en vista de aquel cargo, el comandante de Zapadores, a su vez, hizo dos cosas: su defensa por la prensa, i en seguida juró volver a hacer en el próximo combate lo mismo que había hecho en Pisagua i en Tarapacá, esto es, ser el primero en desenvainar la espada, el primero en dar la voz de fuego i el primero en morir.

I así púsolo en obra cuando llegó su hora. ||

XIV.

Hai en todo esto un episodio íntimo que la pluma recoge con cariño del fondo de calurosas pasiones, acalladas por jeneroso patriotismo. La muchedumbre sabe en efecto que el altivo pero hidalgo coronel Velázquez, jefe de la Artillería, i el comandante de los Zapadores habian reñido por el honor de sus armas respectivas a consecuencia de la pérdida de las piezas del capitán Fuentes en Tarapacá.

Pero lo que muchos ignoran es que esos do-

nobles séres se habían reconciliado, dándose afectuoso abrazo de camaradas i de amigos.

Más que esto.

El rejimiento de Zapadores había sido designado para formar la escolta de la Artillería de campaña en el campamento, en la marcha i la batalla; i este puesto de honor era la devolución de la pasajera i talvez no merecida afrenta de Tarapacá.

Enorgullecémonos en poseer una de las últimas manifestaciones del noble jefe de este cuerpo así honrado (talvez la última de todas), i en ella nos refiere, con fecha de Ite, mayo 8, que mediante la alianza de sus soldados i de los artilleros habíase realizado la operación más difícil de la campaña, i la que, después del indomable valor de nuestro ejército, nos ha dado la victoria:—la subida de la artillería de campaña de los médanos de Ite a la pampa de Buena Vista.

«Hoi concluimos de subir con mi rejimiento, —nos escribía en la fecha citada el comandante Santa Cruz,—la artillería de campaña a la cima (300 metros), habiendo ensayado por la primera vez en Chile el sistema de aparejos de a bordo. Dura ha sido la tarea para mis pobres soldados, que a fuerza de brazos han vencido una dificultad insuperable, que nos ahorra caballos para el próximo combate de esta arma poderosa.»

XV.

Ricardo Santa Cruz no solo tenía una alma buena sino una alma delicada. Era artista. Había reproducido al lápiz la fisonomía de la compañera de su vida; había construido por sus propias manos el menaje de su alcoba con las maderas de los bosques del Sur, fuertes como su brazo, i en horas perdidas tocaba armoniosamente la flauta, como Ney en su calabozo antes de morir... Un día que golpeamos a su humilde habitación, divisamos dos cunas de forma espe-

cial i elegante, pero de estilo caprichoso i poco usado. Eran dos nidos que el padre artista había labrado por sus manos en Lumaco para recojer en ellos las primeras caricias de sus amores. ¡I cuánto como virtud, como trabajo, como injenio no habla esto en elojio del varón bueno que el país tan temprano perdió!

XVI.

11 Ricardo Santa Cruz, hombre dulce, como lo son jeneralmente los hombres heroicos, amaba entrañablemente a sus soldados i les servía de padre. Interrogado por nosotros, a petición de sus esposas, para saber el paradero de dos de aquellos infelices, decíanos en la carta casi póstuma que de él acabamos de citar, estas palabras de tierna solicitud: «El soldado José Daza pertenece al rejimiento. En cuanto a Agustín Toro, este buen soldado llegó mui enfermo de su cautiverio i murió en Ilo a los pocos días de su arribo. A sus deudos se les puede hacer saber que deja varios sueldos, i que haciendo la correspondiente solicitud no hai inconveniente para entregárselos.»

I así fué hecho.

XVII.

Por vía de adios enviábanos también nuestro querido i malogrado amigo una promesa de victoria. «ESPERO,—nos decía en la última línea de su carta,—ESPERO PODER COMUNICARLE UNA NUEVA VICTORIA EN POCOS DÍAS MÁS.»

¡I la promesa fué cumplida!

Pero no sería el pundonoroso capitán de Pisagua i Tarapacá quien firmaría el boletín de esa victoria... Puesto a la cabeza de su rejimiento desplegado en orden disperso a la extrema derecha de los aliados en la colina fortificada que se llamó el Campo de la Alianza, una bala de rifle, anticipándose casi al combate de fila a

fila, vino a penetrarle el bajo vientre, atravesándole en todos sus pliegues una manta, que a guisa de antiguo «huaso» chileno llevaba atada a la cintura.

Sin descender del caballo fué conducido el desdichado joven por el cirujano de su cuerpo a retaguardia donde recibió la primera curación; i al día siguiente, lleno de serenidad, de satisfacción i casi de orgullo por haber cumplido su deber desmintiendo con su muerte la sospecha, espiró en los brazos de su inseparable amigo Domingo Toro Herrera a quien confió sus últimos votos i sus postreras ternuras de esposo i padre.

Por esto el nombre glorioso de Ricardo Santa Cruz habrá de figurar con brillo, después de la prueba del fuego en la larga lista de los que cumplieron con el juramento de sus grandes almas, siendo los primeros en la pelea, los primeros en el sacrificio.

¡Que la paz sea en él i sea en ellos! Que la gratitud pública se arrodille en sus lares, i allí bendiga en el desierto tálamo a la viuda, en la inocente cuna a los hijos, i en la tumba fría consagre sus manes i sus glorias.

¡Para eso han vivido i para eso han muerto



DON PEDRO ANTONIO VIVAR,

CAPITÁN DEL REJIMIENTO COLCHAGUA.

I.



A tenido la invención moderna del telégrafo parte tan viva i principal en la guerra que Chile sostiene hasta hoi con el Perú i con

Bolivia, que sin figura de ornamentación retórica podría afirmarse que sus alambres eléctricos han formado parte del organismo del corazón del pueblo chileno, suspendido a sus sonidos i a sus palpitaciones como a un centro de vida. El país lo ha sabido todo por el telégrafo, i victorias i dolores han viajado siempre de uno de sus extremos hasta el confín lejano en alas de su fluido misterioso.

II.

I no ha sido inferior a estos servicios la conducta de sus animosos obreros, fuera que precedieran o marcharan en pos del ejército, fuera que hubieran cambiado el manubrio de sus máquinas por el fusil o la espada del combatiente. El telégrafo no há mucho nos ha anunciado la muerte en combate, dentro de la quebrada de Matucana, del telegrafista Paiva, i para citar nombres verdaderamente heroicos en las filas de esos compañeros de ejercicio, bastaría recordar en esta

página el de Moisés de Arce, telegrafista de Chañarcillo, gloriosamente caído en Tacna como capitán ayudante del Atacama, i el de Pedro Antonio Vivar, muerto sobre las trincheras de Miraflores, ambos jrasgo significativo i singular! en el acto de arrebatarse personalmente una bandera al enemigo.

A uno i otro de estos dos nobilísimos obreros debemos señalado tributo en esta compilación del heroísmo, i ya que en otras ocasiones hemos dado a conocer al primero, cabe al último su turno.

III.

Nació el valiente capitán don Pedro Antonio Vivar de una familia de valientes en el pueblo de San Fernando el 9 de noviembre de 1851. El denodado teniente coronel don Bartolomé Vivar era su hermano de padre, i éste un honrado i laborioso agrimensor que formó en Colchagua una honorable familia con asiduo trabajo.

Desde sus primeros años mostró el joven Vivar una afición innata a la carrera de las armas, i nada, cuando niño, le complacía más gratamente que ceñirse la espada de su hermano, que había comenzado su noble aprendizaje, como Lagos i como Marchant, en la Escuela de Cabos, o adornarse la infantil cabeza con su quepi. Hízose

más tarde por afición un tirador eximio de pistola, i en toda su naturaleza alegre, esforzada i varonil traicionábase su destino de soldado. Por su madre, que llevaba el apellido de Fermendois, era de stirpe francesa, es decir, era de raza guerrera.

IV.

Educado durante sus primeros años en el liceo de San Fernando, escaseces de familia no le permitieron abrirse paso hasta una alta carrera profesional; i por eso, cuando tenía 16 años, entró de telegrafista a mérito, a fin de aprender su oficio, en la oficina de Talca.

Como fuera un mozo intelijente i despierto, hízose luego capaz. En los registros de la oficina central de los telégrafos del Estado le encontramos sucesivamente nombrado auxiliar de la oficina de San Carlos el 23 de enero de 1871, de la de Cauquenes, cerca de un año más tarde (octubre 3), i por último, segundo empleado i sucesivamente jefe de la de su ciudad natal, el 21 de junio de 1873.

V.

En tan tranquila situación hallóle el rumor de la guerra, pero tan justamente rodeado de prestigio por su porte como empleado i sus prendas sociales como hijo, como hermano i como amigo, que, cuando la populosa provincia de Colchagua organizó su contingente de sangre en el robusto rejimiento que llevó su nombre, ofrecióse a Vivar, por su jefe i sus camaradas, el puesto de capitán, que el favorecido aceptó en el acto con patriótico orgullo. Tenía esto lugar a mediados de 1879, i cuando el rejimiento llegaba a Antofagasta el 5 de diciembre de aquel año, llevaba el novel soldado no solo merecido su puesto sinó acreditada su reputación como oficial sobresaliente

por su capacidad i dedicación al servicio. El capitán Vivar, sin agravio de nadie, era el alma del Colchagua.

VI.

Una dolorosa nueva aguardábale en la arena del desembarco, pero ella serviría solo para poner a prueba el temple de su alma i a encenderle en bríos de guerra i de venganza. Al bajar a tierra en Antofagasta, el 5 de diciembre de 1879, supo, en efecto, que su hermano mayor estaba muerto, i que en su agonía había sido insultado villanamente por los peruanos en el campo de batalla de Tarapacá, porque le habían visto caer vestido con la blusa de soldado, a causa de haber perdido en un incendio de la víspera su uniforme de jefe del 2.º

«Si, como se dice—escribía el capitán del Colchagua en consecuencia de esto a sus dos hermanas, de quienes era único sostén,—Bartolo ha caído heroicamente, esto lo enaltece sobremedida, dando a conocer así que por sus venas corría sangre de Vivar»...

El juvenil capitán colchaguino creíase lejitimamente descendiente, por su stirpe i su apellido, del Cid, don Rodrigo de Vivar, i gloriábase por esto del sacrificio i enseñanza de los suyos.

VII.

A poco de su llegada, i como para ir a ejercitar misión vengadora en la fatal quebrada, recibió el capitán Vivar órdenes de marchar con su compañía al pueblo de Tarapacá, a fin de guarnecer aquel punto estratéjico, i con este motivo volvía a escribir el 16 de enero de 1880, rebotando de ira para con los inmoladores del primojénito de su casa:—«Yo llevo atribuciones para hacer pasar por las armas a todo individuo que se encuentre armado, para cuya operación

no habrá más trámite que tirarles unos cuatro balazos.»

I sin embargo de estas arrebatadoras palabras, el joven soldado no era ni fanfarrón i menos era inhumano. Al contrario, su espíritu tranquilo i el cariño acendrado que profesaba a su tropa, le presentaban siempre en primera fila para los servicios delicados. Siendo un simple capitán de milicias, el jeneral en jefe le nombró jefe de la línea del Loa i gobernador de Tocopilla, en reemplazo del comandante de ingenieros don Francisco Javier Fierro, que se incorporaba al ejército activo. En seguida iba a custodiar la importante posición de la Noria, llave del desierto.

VIII.

Encontrábase el capitán Vivar en este punto el 29 de junio de 1880, día de su cumple-años, i como una justificación de lo que hemos aseverado, a propósito de su tranquilo i afectuoso si bien festivo carácter, casi todos sus compañeros de armas se dirijieron allí en un tren especial desde Iquique para felicitarlo cordialmente, al paso que las clases de su compañía le tributaban homenaje de cariño presentándole ese día sus nombres en una tarjeta de plata dorada.— «Habría sido mui feliz,—decía a su hermana mas íntima, a propósito de su primer aniversario en la campaña, el 30 de junio, i aludiendo a una dolorosa pérdida de amistad ocurrida hacía poco en Iquique,—el día de ayer, pero tuve un recuerdo mui triste que no me dejaba tranquilo un instante. Me venía a la memoria el cómo había pasado ese mismo día el año pasado. ¿Te acuerdas?

«En el almuerzo i a las *once* me acompañó mi mejor amigo, al que ya no veré más. A la comida i al té, le acompañé yo a él» (1).

(1) Aludía el capitán Vivar en estas tiernas palabras al

IX.

Andan de continuo brazo a brazo en los campamentos i bajo las tiendas en que respiran pechos juveniles las penas con los consuelos, i el mismo afectuoso soldado cuyas endechas al dolor acabamos de leer, expresaba una semana más tarde sus alegres esperanzas de campaña i de victoria con estas pintorescas palabras:

«Ya parece un hecho el que no nos retiraremos al sur sin haber visitado antes a la famosa Lima, i lograr así la oportunidad de enamorar una docena de esas lindas cholitas de patitas de muñeca»...

X.

No obstante estas salidas chistosas, el capitán Vivar mantenía la seriedad de su puesto con la entereza de un verdadero soldado. «Algunos compañeros,—escribía en efecto desde la Noria el 12 de julio del segundo año de la guerra,—han deseado hacer su visita al sur, pero yo nó. No iré mientras no regrese con mi cuerpo, o si soi herido, para que ustedes me cuiden.

«Es vergonzoso ir sin haber hecho algo de antemano.»

I cuando un mes más tarde tocábale alistarse con su cuerpo en la expedición Lynch, escribía la siguiente carta de familia, en la que la cultura del lenguaje nos obliga a borrar la oportuna pa-

subteniente del Colchagua don Pedro Nolasco Contreras, asesinado por casualidad i por un soldado ebrio en el cuartel de Iquique. Era aquél su amigo de corazón, i cuando anunciaba a sus hermanas golpe tan doloroso, deciales el 24 de mayo de 1880:

«...Sin el recuerdo de ustedes, con verdadero placer me haría matar en el primer encuentro que tengamos. Tú, que conocías nuestra intimidad, debes suponer la grandeza de mi sentimiento. Solamente a mi hermano José María he sentido tanto como a Nolasco.»

labra de Cambronne después del *Viva Chile!* con que anunciaba a su hogar la para él fausta nueva de marchar a los combates:

«*Iquique, agosto 20 de 1880.*—¡Viva Chile!...

«Mañana sábado mui de madrugada nos embarcamos en el *Itata* con destino a los puertos i poblaciones del norte del Callao.

«¡Magnífico, espléndido! ¡Grandioso paseo!

«¡Cómo gozaremos después de diez meses de *freganda!!!*

«Se dice que habrá jarana. Rica cosa; que así sea!

«¡Oh! Al cabo, hermanas mías, se me van a cumplir mis deseos! He soñado encontrarme en medio de una gran batalla i que ya me había convertido en un león.—*Pedro Antonio.*»

I contando esa misma batalla, tan imaginaria como su vengativa crueldad, en esa misma carta añadía:

«... Mataba i mataba sin cesar, i en medio de ese goce sublime, un recuerdo me enfurecía con los enemigos. Era el alma de mi inolvidable amigo Pedro Nolasco que clamaba venganza!

«¡Cómo gozaba matando a los que indirectamente fueron causa de su muerte! Nuestro hermano murió, pero murió como valiente probado i esto basta.

«Mi amigo, nó; murió sin alcanzar a darse a conocer i esto me desespera.

«Desperté, i... ¡qué rabia! Ningún cholo muerto i yo sólo peleaba con la pared, i Eulogio riéndose que daba envidia....»

XI.

Hizo el capitán Vivar toda la azarosa i destructora campaña del coronel Lynch a la zona norte del Perú, i prestó en su accidentado curso distinguidos i especiales servicios, porque a causa de sus conocimientos en telegrafía desembarcaba en todas partes el primero con su com-

pañía, i apoderándose por sorpresa de las oficinas telegráficas, lograba imponer a su jefe de todo lo que convenía a sus operaciones. Debióse así a la inteligente prontitud del capitán Vivar el hallazgo a bordo de un vapor inglés de 7.000.000 de soles que el dictador Piérola había pedido a Estados Unidos i que fueron de poderoso auxilio a nuestro ejército.

XII.

Llevó el joven capitán del Colchagua un diario prolijo de sus operaciones en aquella correría, i en todas sus aceleradas páginas, escritas al lápiz, no aparece vivo i palpitante, sino un deseo: el de pelear, el de marchar a Lima i rescatar así la triste tarea de aquéllos estériles incendios a la luz de cuyas llamas escribía. De suerte que cuando a su regreso supo en Arica que debería ir directamente al encuentro de los peruanos en armas i fortificados, se regocijó en los adentros de su alma honrada, i, seguro de la victoria, daba expansión a sus votos en estos juveniles términos el 13 de noviembre de 1880, desde a bordo del *Itata*:—«Ya me tienen nuevamente embarcado para partir mañana domingo con rumbo al norte. Ya se va a definir la gran cuestión i nuestro mayor deseo: la toma de Lima.

«La primera división, compuesta de 9.500 hombres, está ya casi toda embarcada i será la primera en partir.

«El triunfo de nuestra causa es indudablemente seguro: ya no sabemos más que vencer.»

XIII.

I desde Pisco, adelantando su briosa confianza i su tardío itinerario, volvía a agregar el día 21 de ese mismo mes:

«Nosotros ignoramos cuándo avanzaremos hacia Lima; pero creemos que no será hasta que

no lleguen las otras dos divisiones. Según los datos que se han adquirido, la refriega en Lima será bastante seria i promete ser espléndida. Esto es lo único que nos da ánimo para soportar resignados los inmensos descuidos de los señores directores de la guerra. ¡Paciencia i aguantar *por la doble!*»

I en seguida, volviendo su pluma, como si hubiese sido su espada, del ataque a fondo a los directores de la guerra a los fáciles críticos de las operaciones de ésta, agregaba:

«Quisiera traer por acá, por solo quince días, a esa infinidad de *sitticos* habladores que tanto pululan en esa capital i que tanto hablan del pobre ejército; ¡ellos seguramente que no aguantarían!»

XIV.

Fué el risueño valle de Lurín la última etapa de aquella marcha fatigosa, i en la víspera de la gran jornada quiso el animoso mancebo, cuyo vida hemos venido contando con sus propias acaloradas palpitaciones i confidencias, quiso dar a sus dos hermanas, que vivían de él i para él, el último adiós del presentimiento, dirijiéndoles esta tierna i ufana carta:

«*Campamento de Lurín, enero 11 de 1881.*»

«A mis hermanas Carolina i Teresa.

Santiago.

«Queridas hermanas:

«¡Viva Chile, nuestra patria querida!

«Ya parece ha llegado la hora feliz de probar nuevamente al peruano lo que vale el soldado chileno cuando defiende los fueros de su sagrada PATRIA.

«Tenemos orden para avanzar mañana, i según se cree se trabará la batalla al amanecer de pasado mañana, ¡Que así sea, vive Dios!...

PEDRO ANTONIO.»

Ya desde la cubierta del transporte *Carlos Roberto* había anticipado al desembarcar en Curayaco el capitán Vivar estos mismos votos, exclamando con la festiva alegría propia del soldado, el 24 de diciembre:—«Todos estamos resueltos a morir o vencer. Rueguen ustedes al diablo para que vuelva o me quede, según convenga que suceda.»

Vivar, como la gran mayoría de sus compañeros de armas, no era talvez libre pensador, pero era fatalista, ésta segunda relijión del soldado chileno después de la del escapulario.

XV.

Al fin el ejército marcha; i Vivar, conforme a sus promesas, cúbrese de gloria en las alturas de San Juan i de Chorrillos.—«El capitán Vivar,—decía a este respecto en una relación póstuma e inédita uno de sus compañeros de cuerpo, tan valiente i pundonoroso como él i que ha seguido sobre las armas (el sarjento mayor don Adolfo Krug, intrépido mestizo de San Fernando),—el capitán Vivar desde el principio dijo a sus compañeros: «*Ahora es cuando me toca vengar la sangre de mi hermano en Tarapacá.*» I parece que con esta idea se cegó, puesto que al recibir de su jefe la orden de avanzar con su cuerpo sobre las trincheras enemigas, se le vió trepar por los cerros de San Juan i llegar a ser de los primeros en batir el tricolor en esas formidables trincheras en unión con los del 2.º de línea.»

Vivar, como el capitán Arce en Tacna, sentía la codicia de los pendones enemigos, i la saciaba. Pero más dichoso que el tres veces heroico ayudante del Atacama i ex-telegrafista como él, escapó ileso en las alturas a pesar de haberse batido en primera fila.

XVI.

En Miraflores fué desdichadamente diverso

su destino. Como se sabe, su cuerpo entró a última hora, pero al acometer con desmedido brío los postreros parapetos que guardaban a Lima i sus banderas, cayó derribado por una bala en la frente en el acto en que iba a apoderarse de un trofeo del enemigo.

«Vivar, con su aire resuelto i enérgico,—dice aludiendo a este solemne momento uno de sus compañeros de armas en un documento inédito,—tomó una pequeña banderola i principió a batirla, diciéndo a sus soldados que pronto la verían en las trincheras enemigas en cambio de la que veían flamear. A la vez, Krug da la orden de avanzar i a la carga, lo que fué obra de un momento, i pronto se encontraron cuerpo a cuerpo con el enemigo, ganándoles el campo; pero ¡qué horror! al saltar éstos, quedaba el piso cubierto de heridos i muertos, i entre ellos el valiente Vivar, que recibió una bala en la cabeza, i heridos los valientes oficiales del Talca, Concha, Fernández i otros.

«Pronto concluyó la batalla i el subteniente Lara pudo arrastrar el cuerpo de Vivar a una tapia en donde lo tapó con algo para después recojer los queridos restos del compañero.»

XVII.

Los que se hallaron cerca del capitán Vivar en aquella luctuosa tarde, le notaron triste i preocupado en la primera hora del combate, i sólo dió alas a su alma guerrera e intrépida cuando desde la llanura divisó en lo alto del muro peruano la bandera del reto. Ya lo hemos dicho, Vivar, como la mayor parte de nuestros soldados, era fatalista, i desde Lurín había escrito a su hogar estas palabras que llevaban consigo el sello de su destino:

«La idea de que en el combate se puede morir, a nadie preocupa. Todos nos creemos invulne-

rables; pero si alguno cae, feliz él porque muere cubriéndose de gloria. ¡Qué mejor manera de llegar a lo desconocido!...»

XVIII.

Pereció así antes de cumplir treinta años de una vida humilde, pero nobilísima, el capitán-telegrafista cuyos servicios a la patria, como los de sus mayores, son dignos de no vivir en el olvido.

Fué una alma buena, alojada en pecho jeneroso, i fué también sombra protectora acariciada i bendecida hoí por corazones aflijidos que eterno dolor entristece. Como hermano fué un padre, como soldado fué un héroe verdadero, i como servidor del país en su modesta carrera, un ejemplo de consagración i de pundonor en el deber.

«Como empleado,—dice a este propósito quien tuvo de cerca i de sobra razón para conocerlo,—fué siempre el tipo del hombre honorable i pundonoroso en el cumplimiento de sus deberes. Como hombre privado fué el modelo del hermano afectuoso para con su familia, a quien sostenía, i que después de su fallecimiento ha quedado en la indijencia.»

XIX.

De todas suertes fué el capitán Vivar, digno hermano del jefe inmolado en Tarapacá, uno de esos tipos del patriotismo puro, del valor heroico, de la constancia jenerosa en el servicio i del desinterés verdaderamente sublime en todos los actos de su carrera que en la presente como en anteriores guerras ha puesto en evidencia la noble juventud chilena.

Encomiéndose por esto a su memoria i a su culto, como un ejemplo acreedor a perdurable alabanza, el nombre del humilde capitán chileno que en su esfera llevó el nombre del Cid i supo llevarlo.

EL CAPITAN OTTO VON MOLTKE.

I.



NO de los rasgos más característicos i más honrosos de la gran guerra que hoi termina bajo su lápida de gloria, es la jenerosa e incesante cooperación que de la sangre, el honor i el heroísmo de todas las razas que viven bajo nuestro benigno cielo, han encontrado en todas partes las armas de Chile.

Forma indudablemente un sentimiento anti-guo i noble en el hombre que nace, en hermoso o pobre suelo, eso no importa, pero de padres venidos de otras zonas del universo, una especie de acentuación del amor patrio que sobrepuja entre los más la pasión común i el afecto innato del resto de sus compatriotas.

Dió evidencia a esa especie de reagravación del patriotismo la guerra de la independencia, en la cual fueron muchas veces los más ardientes adalides i soldados de la revolución los que habían nacido de padres peninsulares i vivido bajo la ríjida enseñanza de la colonia, como Bolívar i San Martín.

La independencia del Nuevo Mundo fué en las dos Américas la obra de los criollos, es decir, la obra de los mestizos.

I esa misma efusión se comprueba hoi mismo

en los pueblos de nuestra casta, donde los extranjeros i sus hijos forman casi siempre en la vanguardia de los más entusiastas, los más decididos i muchas veces los más abnegados en el servicio, en los dolores i en los regocijos de la República, esta madre común que en nuestra tierra venturosa amamanta en el mismo seno al hijo de sus entrañas i al hijo de su adopción.

II.

I es así también como desde los primeros días de la lucha aparecen confundidos en una inmortal hazaña del mar, al abrirse la campaña, los nombres de Condell i de Wilson, de Zegers i de Hyat; i en seguida, en los combates de tierra, reproducense en todas partes los nombres de Cox i Brown, Weber i Whiting, Roach i Blackley, Simpson i Walker entre los bravos ingleses que han caído en el campo de batalla, levantándose sobre todos, tan alto como su erguida i hermosa cabeza de adalid, aquel Roberto Souper, pobre viejo querido, que, estamos seguros de ello, sostuvo bajo el peso de los años i de las balas la eterna juventud i la eterna alegría de su amor a las batallas i a la defensa de todo lo que la humanidad tiene de santo i jeneroso.

De igual manera encontramos entre los franceses, al misterioso pero bravo Bouquet, soldado

de vanguardia como Souper, herido en Tacna, i que, sin embargo, es el primero en aparecer en el campo de Lurín saludando con su kepi al enemigo; a Holley, jefe del Esmeralda; a Montauban, a Dardignac, el de La Verde; a Jullian que murió adolescente todavía, hijo de nobilísimo industrial i servidor antiguo de Chile; a Beignol, Nolbert, i Lavergne, del Atacama, que habiendo sentado plaza de soldado como Jullian, ascendió rápidamente en su carrera.

Entre los belgas citaremos a Wargney, muerto en los Navales i a otros que figuran en la larga i dolorosa lista de los caídos en las dos batallas gigantes que derribaron en tres días los muros de Lima.

Vemos figurar también en la guerra nombres del hemisferio norte de la América, como Lathan, Cotton, Harris, Tullivan i Carson; de la vieja stirpe de Jermánia, como los dos Stiven, los dos Nordenflicht, Reytes, del Colchagua, i von Keller, de la Artillería de Velázquez, sin que falte a la nomenclatura algún sólido tipo de la Iberia montañesa, como Abinagoitia, soldado ayer de don Carlos en las sierras de Navarra i hoi del Atacama en los médanos del Perú.

Singular acaso! los últimos oficiales sacrificados en la tierra del Perú son dos capitanes de nombre extranjero pero chilenos de corazón, el ayudante Boltz i el bravo capitán dell Orto del Concepción. Más todavía. El último que logró escapar de bárbaro enemigo fué un brillante mestizo que lleva el nombre de Luco Lynch.

III.

Mas, por una circunstancia digna de ser señalada aparte, encontramos entre los más resueltos servidores de Chile en las campañas de los trópicos a un puñado de valientes soldados, que encarnan en sus nombres la tranquila pero indomable raza escandinava, la stirpe que fecundó

la sangre de Gustavo Adolfo i de Carlos XII. De este tipo era Manuel Thomson, cuyo nombre es una leyenda de bravura, i a ese mismo grupo, en que figuran Carlos Severin, muerto en Tacna i el heroico Víctor Aquiles Bianchi, nieto de escandinavo, pertenece el noble i desgraciado mancebo cuyo nombre ponemos al frente de estas líneas, como un homenaje de gratitud a todos los que, sin haber nacido en Chile, han peleado i han muerto por su nombre i por su gloria.

IV.

El capitán ayudante del Chacabuco, Otto von Moltke, era hijo de un conde dinamarqués, que conserva todavía su honrada pobreza, pobreza de patriota, su título de alcurnia i el respeto que le rodeara en días de mayor prosperidad.

El conde Federico von Moltke, que aun vive i pertenece a la misma familia del gran estratégico del siglo, era, como éste, natural del gran ducado danés de Holstein, que la Prusia reclamó como una dependencia suya, a título de unificación de razas, en 1864. I desde entonces, por la fidelidad que conservó a su rei lejítimo, cayó en desgracia el prócer danés.

Fué el conde dinamarqués presidente (prefecto) de una de las provincias de Holstein, la provincia de Plöu, cuando la Prusia desmembró este Estado, después de prolongada i sangrienta lucha, sostenida con incomparable i sin igual heroísmo por sus compatriotas contra dos imperios coaligados.

Habiéndose negado el noble danés a prestar pleito homenaje en su calidad de funcionario público al rei extranjero, retiróse a la ciudad libre de Lubeck, donde hoi día habita con una corta pensión del Gobierno de Dinamarca.

V.

Algunos años antes de estos sucesos había nacido en el seno de comparativa opulencia el joven soldado que en las faldas del Morro Solar selló con su sangre su alianza a Chile.

Otto Moltke vino al mundo en la ciudad danesa de Lauemburgo el 13 de agosto de 1851, de suerte que ha muerto apenas en la vecindad de los 30 años.

VI.

A virtud del cambio de domicilio impuesto en su niñez a su padre, Otto von Moltke, educóse con su hermano mayor Carlos von Moltke en el gimnasio de Lubeck, donde hizo sus estudios de humanidades, hasta que tuvo la edad de ser soldado, simple trámite, como el del bautizo i la confirmación, en la vida de la juventud moderna de Europa, que tiene cinco millones de hombres sobre las armas.

En obediencia a su término de servicio, Otto von Moltke alistóse en enero de 1869 en el rejimiento de Granaderos de Silesia núm. 11, acantonado a la sazón en Altona, ciudad separada de la de Hamburgo por una simple reja de jardín, antes de la anexión de los ducados.

VII.

El adolescente danés tomaba servicio en la víspera de una gran guerra europea, i en consecuencia, dieziocho meses más tarde hacía su estreno en la terrible batalla de Mars-la-Tour, llamada por los franceses de Rezonville, en que los últimos fueron arrojados sobre las murallas de Metz, cuando pretendían abrirse paso con el inhábil Bazaine a su cabeza hácia Verdun i hácia París. En esta horrible batalla, que fué una car-

nicería de doce horas entre medio millón de combatientes, los alemanes perdieron diecisiete mil hombres, pues había rejimiento, como el 16 de infantería, que cargado a la bayoneta por la división de infantería que mandaba el jeneral Cissey i por la caballería de la guardia imperial, fué reducido de tres mil hombres de que se componía a ciento dieziseis.

El joven Moltke cayó también en las filas de su cuerpo, junto a su jefe el coronel von Shöning, que allí fué muerto.

Por su bizarra conducta, más que por su herida, el joven soldado del rejimiento de Silesia fué ascendido a porta-estandarte i en seguida, en setiembre de 1870, a subteniente, recibiendo la cruz de hierro, que en las paradas i en las batallas de Chile debería brillar con su opaco i casi fúnebre resplandor sobre su pecho i sobre su cadáver.

VIII.

Terminada la guerra franco-alemana, Otto von Moltke continuó en su rejimiento, haciendo la vida de cuartel, i por el año de 1875 ascendió a teniente.

Pero, por una parte, el tedio de la vida de guarnición, la modicidad extrema de los sueldos i cierta irregularidad de cuartel, que en Chile habría sido cuestión de un arresto de veinticuatro horas, le indujeron a dar su dimisión i a buscar en otros horizontes el de su propia vida.

Asociado con su hermano Carlos, que era por un año su primojénito, i que junto con él había sido soldado, echó una mirada al vasto atlas del mundo; i después de haberse informado de las condiciones de trabajo, orden i porvenir en que vivía el pueblo de Chile, de su cónsul en Hamburgo, Mr. Schutte, resolvieron uno i otro embarcarse para esta tierra hospitalaria que hoi la muerte ha hecho suya.

IX.

Los los hermanos Moltke llegaron a Valparaíso en agosto de 1876, por la vía del cabo de Hornos en el *Adolphus*, i luego encontraron modesta pero honrosa ocupación en la Refinería de Azúcar de Viña del Mar, que rejenta un hombre que ha conocido los vaivenes de la vida i no ha sentido, en la altura, desvanecida su cabeza ni su corazón. Don Julio Berstein recibió a los dos emigrados daneses con la misma cordialidad protectora con que treinta años hacía fuera recibido él mismo en el hogar chileno como empleado subalterno de EL MERCURIO.

X.

Otto von Moltke residió tres años en la pintoresca aldea en que consagramos estas líneas a su modesta memoria, i se hizo amar por todos los que le conocieron i trataron. Era tan arrogante de porte como sencillo i suave en sus maneras. Percibía escaso sueldo, pero una vez independizado de su penosa i diaria tarea entre los filtros, cultivaba sus relaciones sociales con la jentil afabilidad de un hombre altamente nacido. Su gran pasión, pasión alemana, era el baile.

XI.

Pero decimos mal, su pasión verdadera era la guerra, i cuando sintióse en los tranquilos ámbitos de Chile el primer clarín de Calama, solicitó licencia de su patrón, que le reservó su empleo, i obtuvo del excelente coronel Eckers (otro mestizo) un puesto de subteniente en el batallón de Artillería de Marina, en que aquel malogrado jefe inició las operaciones de la guerra, ocupando todos los puertos del litoral boliviano.

Cupo a von Moltke ir a guarnecer con su compañía el mineral salitrero del Toco, i allí ocurrióle un lance de mal augurio que entonces, cuando el país no se había acostumbrado todavía al horror de las matanzas, hizo triste impresión en los ánimos. Examinaba un grupo de oficiales cierto revólver que decían había pertenecido a un jeneral peruano, cuando de repente estalló el arma traidora i la bala fué a traspasar de banda a banda el hígado del joven voluntario.

Creyóse por todos que la herida era de necesidad mortal. Pero conducido a Valparaíso i puesto bajo el cuidado del intelijente doctor von Schroeder, su robustez natural i el talento del facultativo lo devolvieron luego a su cuerpo i a la campaña.

Debió Otto von Moltke a esta circunstancia el honor i la ventaja de hallarse presente en el combate de Angamos, como jefe de la guarnición militar del *Amazonas*. Era, por consiguiente, uno de los participantes legales del precio de captura del *Huáscar*, única herencia suya i de los suyos.

XII.

Von Moltke combatió en Tarapacá en la compañía del bravo capitán Alamos, i en Tacna en su rejimiento, bajo las órdenes del bizarro comandante Vidaurre. Sabida es la noble participación que cupo a ese cuerpo en la última jornada, decidiendo, junto con el Coquimbo i el Chacabuco, la disputada victoria en el centro de la línea de batalla. Esos tres cuerpos formaban la tercera división.

Probablemente fué en esa ocasión cuando tuvo motivos personales, i como testigo presencial, el coronel Domingo Toro Herrera, el más entusiasta de los valientes voluntarios de esta guerra, de conocer el mérito militar del joven Moltke, porque lo solicitó para su cuerpo i lo nombró

su propio ayudante con el grado de capitán del Chacabuco.

XIII.

Otto von Moltke tenía fe en su estrella, i desde Pisco escribía a su hermano el 11 de diciembre, que confiaba todavía en su buena fortuna. No se acordaba, al parecer, de Mars-la-Tour ni del Toco. «Aun no puedo calcular,—le dice,—el punto en donde tendrá lugar el primer encuentro, aunque se presume que Piérola ha de buscar al sur de Lima una posición que le sea más ventajosa para defenderse. Es más que probable que en lo que queda del año no se libraré la batalla decisiva, aunque actualmente nos hallamos a la corta distancia de solo nueve jornadas de Lima. Hermano mío, si mi buena suerte no me abandona en el último combate, creo que ya no habrá nada que temer, pues me alienta la idea de que éste no podrá tener sinó el mismo resultado de los anteriores. De todos modos, la parte más difícil de nuestra misión aun queda por resolver.»

XIV.

Pero más adelante, escondido presentimiento, esta previsión de la muerte, debió asaltarle en su carrera, porque apenas hubo echado su ancla el trasporte que lo conducía en Curayaco, el capitán del Chacabuco escribió a su hermano en una tarjeta postal sus últimos adioses en las palabras siguientes, que no revelaban una vacilación, sinó una ternura:

«A bordo del *Angamos*, en la bahía de Curayaco, diciembre 26 de 1880.—Mi querido hermano Carlos: En este momento acabamos de echar ancla en esta bahía; el resto del ejército ya se encuentra en Lurín, punto que, según se calcula, será atacado por los peruanos. Como ya

nos hallamos en las inmediaciones de Lima, la gran batalla decisiva tendrá lugar en los próximos días. Si muero, lo avisarás a nuestro querido padre del modo que le sea lo menos doloroso posible. Mis papeles están depositados en la mayoría del rejimiento Chacabuco. Al mismo tiempo no olvides que te dejo mi parte que me corresponde de la toma del *Huáscar*, como que todo lo que dejo será tuyo. Espero que después de la batalla podré darte buenas noticias. ¡Salud!...

OTTO DE MOLTKE.»

XV.

Otto von Moltke mandaba en la gran batalla de Chorrillos, este Mars-la-Tour de los peruanos que los arrojó sobre los muros de Lima, la 4.^a compañía del primer batallón del rejimiento Chacabuco, brigada Amunátegui; i no hai todavía detalles ciertos sobre su fin. Según unos, cayó como el bravo Augusto Nordenflicht (otro escandinavo) al pié de una trinchera, siendo su cadáver despedazado por el enemigo hasta no haber podido encontrarlo. Pero según otros, sucumbió en las filas subiendo por el médano hasta el empinado reducto. Sábese únicamente que habiendo sido derribado a su lado el animoso subteniente Carlos Aldunate, del 4.º de línea (que peleó revuelto con el Chacabuco), von Moltke, tan bravo como humano, hízole la primera curación en el campo de batalla i en medio de las balas.

XVI.

Lo que de todas suertes ha quedado como un hecho esclarecido es que el capitán danés murió adelante de las filas, resistiendo con un puñado de bravos el embate de un batallón enemigo momentáneamente victorioso; i como testimonio

de su hazaña i su desdicha quedó su cuerpo, albo como el papel, cubierto de sangrientas heridas que desfiguraron su rostro con las cobardes cortaduras de los yataganes. Sus villanos inmoladores llegaron hasta la profanación indijena i semi-bárbara cortándole las orejas i la nariz.

XVII.

Muerto así tan bravo i juvenil soldado, demandó la prensa que, en desagravio, su noble efijie mutilada fuese trasladada a Chile i se le tributaran los honores debidos a los héroes, a expensas de la nación en cuya pro i defensa sucumbiera.

Hízose así, i durante largo tiempo recordará la ciudad de Valparaíso la solemne procesión i entierro nocturnos que a sus restos se hizo a la luz de las antorchas con acompañamiento de las altas autoridades de la ciudad, i de todos los que saben honrar la memoria de los buenos.

Su anciano padre recibió de esta manera balsamo apropiado a su dolor, i su respuesta a la carta de pésame que le llegara en su apartado hogar a nombre de la nación chilena, será durable testimonio de que la gratitud suele latir más viva i jenerosa lejos de Chile, pero en nombre de Chile i por su gloria.





DON JOSÉ JOAQUÍN FLORES

(Capitan de Artillería)

EL CAPITÁN

DON JOSÉ JOAQUÍN FLORES.

I.

CUÁN inclitas vidas cuesta a Chile la guerra que aún no acaba!

¡Cuánta noble juventud inmolada en sus dinteles! ¡Cuántas esperanzas segadas en flor en todos los senderos del porvenir i la esperanza! ¡Cuánto dolor i cuán ancho río de lágrimas corre hoí silencioso, dentro de los regazos viudos, dentro de los corazones huérfanos, en las memorias benditas del alma que el plomo ha desfigurado, pero que la gloria i el amor hacen revivir en sus reflejos inmortales!

Cien oficiales cayeron en la toma histórica de Tacna, i el triple de ese número fué derribado al pié del triple muro de Lima. I allí, entre ellos, la familia chilena, de la cual eran todos padres, hijos i esposos, está como madre aflijida, envuelta en su túnica de crespón, contemplando con ojos enjutos el eterno desfile de los que vuelven trayendo en cada viaje de las naves, no ya los preciados trofeos de heroicas victorias, sino los restos inanimados de los que con su brazo i con su sangre nos las dieron.

II.

No todos contemplan ciertamente de esta ma-

nera los hechos i las pruebas de la guerra; i por de fuera, en los arcos triunfales, en las músicas alegres, en los cánticos de la calle i en los brindis del festín, no se descubre sinó la engañosa pompa de las alegrías populares. Mas, levantad los velos de tul negro que ocultan los rostros, golpead los pechos lacerados, interrogad las almas mudas de los que vieron partir a los que ya no volverán, i entonces los que querían hacer de las campañas militares la ocupación perenne de un pueblo, se asombrarían de la infinita crueldad que requiere en el corazón del hombre, el ejercicio de lo que se ha llamado científicamente el «arte de la guerra,» que no es sinó el arte de matar... I como a nosotros nos ha cabido en esta faena, que en breve enterará un lustro, la dolorosa tarea de la última misericordia con los muertos, habrá de creérsenos cuando decimos que despojada la guerra de su manto de oropeles, solo queda de ella, en el fondo del crisol que guarda las más santas afecciones de la vida, un puñado de cenizas empapado en lágrimas.

III.

Tan amargas pero no desconsoladoras reflexiones han asaltado con particularidad nuestra alma en el caso doloroso de que hoí nos acupamos, al escuchar de los trémulos labios de un anciano

las cariñosas manifestaciones de tiernísima memoria, por un hijo que ayer viera partir gozoso, rebosando en todos los atributos juveniles de la existencia, i que un año en pos trajéranle dentro de un féretro de tablas labradas en el campo de la batalla i la victoria.

Es la vida de ese nobilísimo mancebo la que vamos a contar, vida de juventud i de gloria, rápida por lo mismo, pero cuyo honor i cuyo recuerdo ha sido escrito ya con un buril eterno por la orden del día de un ejército en que se recuerda, único entre los subalternos, «al valiente capitán Flores, de la Artillería» (1).

IV.

En el propio año en que principió la presente guerra, cumplíase un siglo cabal desde que llegó a Chile de España un noble caballero asturiano, natural de Grado, el puerto de las montañas de Pelayo, en que Carlos V desembarcara después de un naufragio, para ir a llorar en Yuste las pompas i las vanaglorias de su vida. Llamábase el huésped de la capital don Pedro Flores i Cienfuegos, gallardo joven de treinta años, que venía provisto por el rei de correjidor de «los Andes de Paucartambo», rica encomienda de la provincia del Cuzco en el Perú.

Había debido tan insigne honor i tan notorio i codiciado negocio en edad temprana el joven asturiano a las influencias de su familia, pues por su estirpe materna formaban su alcurnia dos cardenales españoles junto con un tío, obispo de Popayán. I con semejantes pilares era fácil levantar de prisa los arcos de la fortuna. «Todo el mundo es Popayán.»

(1) «En cuanto a los que cayeron en la lucha, Martínez, Yávar, Marchant... i ese valiente capitán Flores, de la Artillería, que reciban en su gloriosa sepultura las bendiciones que la Patria no alcanzó a prodigarles en vida.»—(*Orden del día del jeneral Baquedano al ejército, Lima 18 de enero de 1881.*)

V.

Recomendado, en efecto, por esos relumbroses títulos el joven peninsular, que venía camino de Buenos Aires, de Lima i del Cuzco, fué hospedado en su casa solariega durante el invierno de 1779, i mientras «salía buque» para Arica o el Callao, por el conde de la Conquista don Mateo Toro Zambrano, que fué más tarde el primer presidente de Chile, trocado en una mañana de Reino en República.

Tenía el conde vastas haciendas i hermosas niñas, hijas e hijuelas, i el caballero asturiano, conforme a la codicia de aquel tiempo, que hacía de los peninsulares los semidioses de los tálamos criollos, no tuvo más tarea que la de elejir... A los pocos meses de instalado en la suntuosa casa de piedra que lleva todavía en su color rojo la sangre de la conquista, celebróse el santo matrimonio de la señora Josefa Toro con el alojado de Asturias, bendiciendo las bodas el ilustre obispo Alday en la noche del 26 de junio de 1779. El correjidor de Paucartambo era señor de «casa i solar conocido, de armas pintar i de poner i quitar.» ¿Podía apetecer más un conde chileno?

VI.

De esas bodas i de esas bendiciones nació un hijo único, don Antonio Flores, que fué padre de la dignísima señora doña Tránsito Flores, esposa del antepenúltimo presidente de Chile.—Alguien dijo por esto que el itinerario de los presidentes de Chile de 1810 a 1870 había sido un «tránsito de flores»...

VII.

Pasó en seguida el condecorado caballero es

pañol a Lima i a Paucartambo a ejercer su destino i su ganancia; pero junto con llegar sobrevino la cruel i rencorosa rebelión de José Gabriel Tupac Amaro, cacique de Tinta, este *protector de indijenas* que murió despostado, como Mazzepe, a virtud del inhumano encono español.

El correjidor de Paucartambo, provincia del Cuzco, fué uno de los primeros que, como mozo, corrió con brío a las armas, i es fama que en el apretado sitio que los indios alzados pusieron al Cuzco, él con su hueste deshizo al dictador indijena, asaltándolo una noche en la quebrada de Saillán, mérito de guerra que le valió charreteras de teniente coronel de ejército, cuando en su tierra había sido sólo colejial de Oviedo i Salamanca.

I no es de poca curiosidad recordar que así como el gobernador de Paucartambo fué el feliz extirpador del cacicado de Tinta convertido en dictadura a título de protección a la raza indijena, así fuera, un siglo cabal más tarde, un nieto suyo quien disparara sobre las trincheras de la reciente dictadura indijena i mestiza del Perú los últimos cañonazos de la final victoria. Tenemos a la vista un curioso protocolo, roído por la polilla, del cual sacamos estas reminiscencias, i en su carátula, que parece una anticipación de épocas i de locuras, léese con burda letra de escribano esté letrado: «Servicios hechos en Paucartambo por su gobernador don Pedro Flores Cienfuegos en las *épocas ocurridas*, con motivo de la sublevación hecha por el insurjente José Gabriel Condorcanque, finjido Tupac Amaro i supremo cacique de *Pueblos, que no hera.*»

VIII.

Veinte años más tarde, promovido por el rei a coronel de ejército, regresó el caballero asturiano a Chile, i era a la sazón (1802) sujeto de

tantas campanillas, que el presidente don Luis Muñoz de Guzmán, hombre de grandes respetos i almirante del mar, le nombró su lugarteniente jeneral en 1807.

Tuvo, además, el caballero de Grado, a virtud del sistema acumulativo de los peninsulares en las Indias, innumerables destinos, i entre otros, el de miembro del Tribunal de Minería de Santiago, lo que dió lugar a un lance notable de familia i de majistratura.

El prócer asturiano había enviudado en el Cuzco o en La Paz; pero un día presentóse a alegar en persona ante los estrados del tribunal una noble dama santiaguina, viuda como él, i tan maravillosamente fundó la última su derecho, que el juez, entrado ya en años i prendado de su hermosura o de su elocuencia, hízose su esposo. Llamábase aquella ciceroniana señora doña María del Carmen Morales i no era de menos encumbrada cuna que su segundo esposo. Los Morales tenían escudo de armas tallado en piedra, hasta hace pocos años, en el frontis de su casa feudal, sita en la calle de Agustinas, entre la del Rei i la de los Ahumada; pero los Flores de Asturias ostentaban entre sus gules i las borlas cardenalicias, la fuerte almena a que debían su nombre, el castillo de la «Torre de Bavía de Flores,» cerca de Grado, en Asturias.

I aquí no será tomada en parte de minuciosidad de anticuario recordar el hecho, señalado ya por otros, de que el valeroso mancebo cuya propia vida, fugaz pero brillante, narramos en la dilatada de sus mayores, tuvo como cuna de familia un castillo llamado de «Flores,» como el campo en que rindió al deber su noble vida: Mira-flores.

IX.

De su segundo matrimonio alcanzó a tener el vencedor de Tupac Amaro, entre otros mozos

que se tragó la vorájine de la revolución, a don Pedro Antonio Flores, nacido donde hoy todavía vive con los respetos de proba ancianidad, en 1805, i de este honrado patricio es hijo el capitán de Miraflores, don José Joaquín Flores i Zamudio. Su digna madre, joven todavía, i en cuyo rostro los años no han borrado, por lo mismo, los tintes de una dulce e intelijente belleza, es la señora doña Eulojia Zamudio.

Uno de los hermanos de don Pedro vive todavía, sin que éste lo sepa, en Huancavélica i éste tiene un hijo diputado en el Congreso del Perú. Su nombre es don Luis Flores, llamado en el colejio «el corvo Flores,» precursor del terrible invento que los atacameños han llevado hoy a su adoptiva tierra.

Puede afirmarse, sin hacer ostentación de retórica figura, que el joven capitán que ha compartido en la opinión de su cuerpo i del ejército la gloria que brilla como aureola sobre todos los heroísmos junto con Rafael Torreblanca i Ramón Dardignac, puede afirmarse, decíamos, que el capitán Flores es hijo lejítimo de los Andes, porque nació entre sus agrestes gargantas, viniendo al mundo en el selvático cajón de Maipo, i en una heredad de su padre, el 6 de julio de 1852.

X.

Pareció resentirse la índole moral de aquel niño, hijo de las montañas, de su sombrío aspecto físico, porque dió muestras en sus más tiernos años de enojosa melancolía, habiéndole indignado hasta la ira i el arrebató, contando apenas cuatro años, la blanda palmada de la confirmación cristiana que impusiera en sus mejillas el dignísimo arzobispo Valdivieso, cuando visitara aquellos solitarios parajes en 1856. —«¿Por qué me ha pegado este viejo con bonete?» exclamó el irritado niño, sin respeto

alguno por la mitra. I por lo que se notó más tarde de su carácter modesto, pero siempre concentrado i a veces altivo, échase de ver que el capitán Flores no había nacido para poner en ejercicio en su persona el santo consejo del Evanjelio:—«Cuando os den un golpe en la mejilla, poned la otra al que os ha pegado.» El capitán Flores, hijo i nieto de dos Pedros, gustaba más del dilema del apóstol cortador de orejas:—«¡Quien a cuchillo mata, a cuchillo muere!»

XI.

Desde mui temprano descubrióse también en el hijo de los volcanes su afición a cosas de jeografía, de matemáticas i de guerra, porque recordaba con exquisita paciencia todas las figuras de los naipes viejos que llegaban a sus manos, i poniéndolas a la orilla de ríos que finjía robando a la acequia del jardín materno un pequeño raudal de agua, hacía montar las sotas a la grupa de los caballos, i luego, arreciando el caso, disparaba sobre los reyes i sobre el as de oros, convertido en blanco, con cañones de bronce que encargaba a la ciudad.

Notando su severo padre esta disposición de espíritu, le colocó, cuando tenía 14 años, en la Academia Militar (24 de febrero de 1866) en calidad de pensionista, i allí, como en el injenio de la cordillera, descolló en breve por sus más acentuadas aficiones naturales.—El cadete Flores obtuvo en todos sus cursos premios en el ramo de matemáticas, i especialmente en los de dibujo lineal i de paisaje.

Como Giotto en la campiña de Florencia habíase revelado pintor copiando en los flancos lisos de las rocas las ovejas que pacían, así el capitán Flores se reveló como eximio dibujante militar recortando con las tijeras, hurtadas al canasto de sus afectuosas hermanas, los monjes de la baraja envejecida en la malilla del campo...

El magnífico plano de la batalla de Tacna, el mejor, por no decir el único que haya sido trabajado hasta hoy, conforme a todas las minuciosidades del arte topográfico, fué obra del capitán Flores.

XII.

Después de cuatro años de rigurosa enseñanza militar, bajo el ríjido coronel Fuentes, el cadete Flores pasó a la Artillería, como alférez, buscando siempre el rumbo de su natural predilección, en que le guiaba el experto consejo de su vijilante i afectuosa madre.

Tenía José Joaquín Flores 19 años cuando comenzó su duro aprendizaje práctico entre soldados, montajes i caballos; i como fuera de aspecto frágil i no tuviera todavía barbas, los viejos i ladinos artilleros de las fronteras quisieron venirle al cuerpo porque le veían sin ellas. Pero, a falta de éstas, la espada hizo su oficio, i unos cuantos cintarazos probaron a los sirvientes de las baterías de Angol i Collipulli que «el alférez Flores» no era de cáscara de flores...

XIII.

Siete años sirvió el alférez de Artillería con lucimiento en su cuerpo, siendo infatigable disciplinador i maestro en su arma. El ejercicio continuo del cañón era para él una experiencia de robusta repetición de los juegos infantiles, i por esto tenía siempre a sus soldados, fuera en el cuartel del Parque, fuera en el campo de tiro de Batuco, con la rabiza en la mano.—El alférez Flores pasaba por el mejor instructor científico de su cuerpo.

XVI.

Pero un día la mano aleve de la política per-

foró los muros de ladrillo del Cuartel de Artillería, que albergaban sólo el deber i el honor en su recinto, i todo lo que quedó del brillante rejimiento de esa arma fueron los cañones i el rastrillo... Los artilleros fueron dispersados a todos los vientos del chisme palaciego i de la persecución oficial.

El alférez Flores, leal i caballero antes que todo, siguió en el camino del descenso a sus queridos compañeros, a Novoa, a Frías, a Salvo, a Montoya, a Roberto Wood, especialmente a su más querido e inmediato jefe, el dignísimo coronel Velázquez, la más señalada víctima en esa época del encono de la Moneda... Por esto el noble adalid ha devuelto al subalterno su generosa fidelidad trayéndole en sus brazos, recojido exánime al pié de la cureña, hasta la fosa de su último descanso.—«¡Adios caro, bueno i leal amigo! ¡Adios, hijo querido de mi alma! ¡Espero que la historia de mi país sabrá hacerte justicia para ejemplo de tus compañeros de armas i para consuelo de tu aflijida familia!»

¿Cuándo oyéronse a las orillas de una tumba más tiernos i doloridos ecos? ¿Cuándo fué retribuida una deuda del corazón con más subidas creces?

XV.

Llamado a «calificar», que esa es la expresión técnica i benigna para disimular el castigo en el servicio de las armas, cuando no hacen éstas buenas migas con el favor o la politiquería, llamado a calificar el alférez Flores el 8 de julio de 1878, víspera de la guerra, se hizo agricultor en un pequeño pero valioso fundo, que su hermano primojénito, el apreciable juez don Máximo Flores, posee en la Placilla de Colchagua; i por esto, conforme a sus costumbres i a sus ideas, el metódico neófito de huaso chileno buscó su preparación en la ciencia.—Con ese fin hizose durante

algunos meses alumno del Instituto Agrícola de Yungai.

Hallábase en la quietud del campo el ex-alférez de artillería, cuando se declaró la guerra a Bolivia i se tocó otra vez llamada a los proscritos. El coronel Velázquez dejó, al recibo del primer telegrama, su estancia de Los Anjeles; pero ¡cosa extraña! el alférez Flores, llamado por él con insistencia, negóse con porfía a tomar las armas. ¿Pensaba, por ventura, el reflexivo mozo que la guerra con Bolivia no valía la pena de montar a caballo? ¿Devorábale como espina dentro de su corazón de montañés el escozor del injusto agravio que recibiera? ¿Presajaba entre las nubes del ceniciento ocaso el rayo que había de matarle en la tercera etapa de su gloria?

De todos modos, fué preciso que el coronel Velázquez pusiera todo su empeño personal, i su padre todo su prestigio de jefe de familia, para arrancar al campesino de Colchagua a su oscura faena, i sólo en abril de 1879 dirijióse a Antofagasta, habiendo sido nombrado alférez de la *brigada* de artillería con que se iniciaba la guerra el 31 de marzo anterior.

XVI.

Pero una vez llegado al campo de la acción el tenaz artillero antiguo, se unció con juveniles bríos al atalaje, i no soltó el correaje de sus piezas sinó cuando la muerte heló su mano sobre la empuñadura de su espada. «Son tantos mis deseos de entrar en campaña,—escribía a una de sus hermanas, que fué, después de su madre, el más tierno amor de su vida, i con fecha de 2 de junio de 1879 desde Antofagasta,—que el tiempo que se espera se *halla inmenso.*»

I cuando llegó la hora de partir, volvía a pintarle casi con infantil regocijo i pintoresca expresión (Antofagasta, octubre 27) la alegría gue-

rrera de su alma.—«En el momento en que recibas ésta,—decíale,—figúrate, mi idolatrada Rosa, *verme de las mechas* con un peruano; pero ten la seguridad,—añadía el dibujante para completar la figura,—ten la seguridad *que le tengo debajo.*» Esta manera de simbolizar el triunfo sobre el enemigo es esencialmente chilena, o, más propiamente, araucana, tierra donde «las mechas» abundan como en nuestras ciudades «las calvas.» «¿Qué dirías tú, mamá,—escribía a la suya en la víspera de Arica un heroico niño que hoy sufre dolorosa prueba, poco misericordiosa para sus años (el alférez Carlos Aldunate del 4.º de línea),—¿qué dirías tú si vieras a tu ñato *agarrado de las mechas* con Montero?»

XVII.

El alférez Flores, promovido por las exigencias del servicio de la brigada, convertida primero en batallón i después en regimiento, a teniente en pos de la jornada con el *Huáscar* el 26 de mayo, i a capitán en seguida de la del 28 de agosto, fué, según una frase adecuada de su arma, el estuche de la artillería durante la fatigosa preparación de Antofagasta. Era el matemático, el arquitecto, el montador de cañones, el medidor de los ángulos de tiro, el certero regulador de las alzas en el combate. El coronel Velázquez, despojándose talvez más de lo que es lícito de sus propios timbres, ha asegurado que el ojo del capitán Flores había perforado el *Huáscar* en la última de aquellas acometidas. Pero punto en el que no cabe duda es sobre el importantísimo servicio que hizo el diligente capitán colocando en una noche el famoso cañón de a 300 que los ministros i los jenerales de la guerra habían tenido tirado seis meses en la playa o en el fondo del mar....

XVIII.

Hemos dicho que el austero, laborioso, casi taciturno capitán Flores había sido el hombre de ciencia en la artillería de Antofagasta. Pero había sido también el artista del rejimiento.—A virtud de sus conocimientos en el dibujo decorativo, Flores era el tapicero de los festines después de las victorias, i el decorador de los catafalcos después de los martirios.—«A pesar de que nuestro comedor de campaña,—escribía a su hermana después del combate de Iquique,—que yo mismo había levantado pocos días antes, era muy poco aparente para el caso, tuve el gusto de sorprender a mis compañeros con una sala tapizada de banderas i trofeos militares, cuyo aspecto producía más entusiasmo que el mismo campaña. Encima de la mesa colocamos un cañón, i entre éste sentáronse en frente uno del otro los comandantes Condell i Velázquez. Brindó este último por la oficialidad de la *Esmeralda* i de la *Covadonga*, i nos la presentó a nosotros como el modelo en que debíamos más tarde mirarnos; pero al pronunciar el nombre de Prat, la emoción le impidió continuar... ¡Condell lloró!...»

Así comenzaron los grandes ejemplos fecundadores, i así fructificaron para las víctimas del porvenir, echada ya la simiente en nobles pechos. Iquique fué un almácigo de gloria.

Mas, las lágrimas del vencedor de Punta Gruesa no quedaron aquella vez sin compañía.—Fué en esa ocasión cuando el coronel Velázquez nos escribió esta frase, que es el epígrafe de un poema:—«¡Es tan dulce llorar por los héroes!»

Pero el capitán Flores no adornaba sólo el recinto de los festines, según antes dijimos. «Cuando se celebraron los funerales del capitán Prat i de los mártires de Iquique,—decía el capi-

tán-artista en una de sus cartas de familia,—pusimos una pequeña *Esmeralda* en terciopelo negro como ataud, i sobre su cubierta las insignias del marino semi-veladas por un crespón.»

XIX.

Según es sabido, el ejército de Chile, fuerte de diez mil hombres, partió al fin en las postrimerías de octubre, i, desde que la campaña activa se abrió, fueron tan señalados los servicios del capitán Flores, que éstos estuvieron siempre en noticia del país. Desde la primera hora de la acción se declaró en él por entero el hombre de guerra. El nieto del vencedor del Tupac Amaro del Cuzco estaba otra vez frente a frente del Tupac Amaro de Lima, «proclamado supremo jefe de pueblos que no hera.»

Las exploraciones que el capitán Flores ejecutó con incansable tesón entre Pacocha i Locumba, entre Locumba i Sama, entre Sama e Ite, unas veces solo, otras acompañado de un piquete o de un asistente, le hicieron merecer el título de «*el Stanley del ejército chileno*», que le dieron sus compañeros de armas.

Para encontrar sendero a los pesados cañones de campaña, el capitán Flores galopó no menos de doscientas leguas en el desierto, i fué él quien, de acuerdo con el coronel Vergara, señaló para ese acarreo, que era la victoria, la ruta definitiva de Ite a Sama i de Sama a Tacna.

XX.

Batióse en esta última batalla el capitán Flores, a la derecha de nuestra línea en la brigada que mandaba el sereno i bizarro mayor Salvo; pero no contento con haber sostenido con sus cañones esa extremidad de nuestra línea, un tanto comprometida en la medianía de la jornada, a la postre de ésta fué el primer oficial chi-

leno que llegó a la plaza de armas de Tacna a fin de intimarle perentoria e incondicional rendición.

Hemos oído al jefe político de esta ciudad, don Eusebio Lillo, transmitir a sus amigos, en la expansión de la confianza, la impresión indeleble que entre los extranjeros residentes en aquella ciudad dejó esa tarde memorable la actitud i la tranquila, heroica arrogancia del parlamentario. El capitán Flores entró solo, completamente solo, a la plaza, i cuando se dirigía a un grupo de caballeros, todos extranjeros, que se habían estacionado en la puerta de una casa para averiguar el paradero de la autoridad del pueblo, tres soldados dispersos del enemigo, que llegaban por una boca-calle, dispararon sobre él sus rifles a boca de jarro. Sin inmutarse ni palidecer siquiera el capitán chileno, alzó con fina cortesía su kepi por la visera, i diciendo a los circunstantes con una sonrisa: *Hasta luego, caballeros!*... arrimó espuelas a su famoso tordillo *rabón* de Colchagua i marchó a galope a traer sus cañones. Era aquélla una simple cuestión de cápsulas.—Por cada bala de rifle, él iba a devolver a la ciudad una bomba de a doce, porque éstas son las cortesías usuales de la guerra.

XXI.

Después de Arica, en cuyas cumbres la batería de campaña del capitán Flores, perteneciente a la brigada Salvo—la brigada de las cumbres, célebre desde Dolores,—tuvo una participación señalada por su eficacia, su joven comandante vino a Chile con el coronel Velázquez. Fué ésta su postrera visita a su hogar i a su patria.

Promovido a capitán-ayudante por antigüedad, marchó en el mes de noviembre al lado de su jefe para preparar la expedición a Lima en Tacna i para consumarla a fuerza de heroísmo al lado de afuera de sus puertas.

XXII.

Llegado el ejército a Chilca, la puerta marítima de Lima por el sur, comenzó para el capitán Flores su vida de explorador. Fué él quien descubrió, como en Ite, el sitio de más aparente desembarco para la artillería gruesa, en la caleta de Lurín. Desde Chilca escribió la última de las poquísimas cartas (cuatro o cinco) que enviara a los suyos durante la campaña. Es un pliego borroneado con lápiz, por el cual parece que la muerte hubiera pasado su fatídico hálito, porque casi todos los caracteres se han hecho indescifrables.

El capitán Flores, como el mayor número de los buenos dibujantes, era pésimo pendolista, i no mui aventajado redactor ni ortografista.

XXIII.

Desembarcada por sus cuidados la artillería i llevada al campamento de Lurín, se ocupó el infatigable jinete, siempre cabalgando airoso en su fiel tordillo, en explorar los caminos adecuados para el paso de la artillería: ese era su deber como ayudante.

Pero en el primer reconocimiento jeneral sobre las alturas de Chorrillos, ejecutado el 6 de enero por el jeneral en jefe, sobrepasó todo deber, exponiéndose, junto con el valiente mayor Jarpa, que mandaba una brigada de su cuerpo, a una muerte casi segura. Se ha asegurado que de regreso a Lurín, el jeneral Baquedano lo llamó a su tienda i le reconvino con aspereza por su temeridad. Cuando en su famosa orden del día de la entrada a Lima decía el jeneral en jefe "ese valiente", sabía, por consiguiente, lo que decía.

Sin embargo, "ese valiente", que pasará a la inmortalidad con ese calificativo lapidario, fué

propuesto para sarjento mayor desde Tacna, i los miopes que entonces dirijían la guerra sin más horizonte que el de los tejados i mojinetes a cuyo abrigo vivían, se aplastaron sobre aquel premio que era sólo una corona funeraria.

XXIV.

Como guía de la última jornada, el capitán-ayudante marchó adelante en la víspera de Chorrillos, llevando un camino lateral, que hacía necesario trasmontar una alta loma de médanos para caer a la pampa, por la cual avanzaban en la callada i solemne noche veintitres mil chilenos, infantes i jinetes.

Cuando la artillería de campaña había trepado a la cima de aquel portezuelo con jigante esfuerzo, poniendo en ciertos desfiladeros todas las parejas de una batería a una sola pieza, anuncióse por un vijía que una división del enemigo venía a cortar la artillería. Por precaución se hizo alto, i el coronel Velázquez, que iba a la cabeza de la formidable columna, ordenó al capitán Flores bajase a la llanura a reconocer.

Partió aquél a galope, acompañado por el capitán Roberto Ovalle i el teniente Salvador Guevara, ayudantes como él, i descendiendo por los montes oscuros como sombras, encontráronse los tres jinetes al cabo de media hora en las solitarias pampas. Nada se veía sinó la luna entoldada por las nieblas. Nada se escuchaba sinó el viento que empujaba hacia los médanos la camanchaca, bostezo matutino del fríjido mar en sus amores con la noche.

Pero de repente las sombras aperciben otras sombras que van a galope.

¿Quiénes son?

Pueden ser amigos, pero pueden ser también las descubiertas peruanas.

Ovalle i Guevara sujetan instintivamente el aliento i la brida. Pero el capitán Flores no sólo

no conocía el miedo, sinó que nunca conoció la vacilación: arrimó espuelas al caballo i lanzándose sobre los aparecidos del desierto, les dió el acostumbrado «¿Quién vive?»

«Chile!» fué la respuesta.

Era una mitad de Cazadores que volvía de la vanguardia, anunciando que en parte alguna se divisaban enemigos. La artillería pesada avanzó entonces en masa, i cuando el alba rompió su primer destello, estaba ya en línea de batalla en la loma que le había sido destinada.

XXV.

Entendemos que el capitán Flores se batió en Chorrillos como ayudante de su jefe inmediato. Pero en Miraflores, sea por el apuro del caso o por otro motivo, cúpole llevar al fuego su antigua batería, que estaba avanzada sobre las trincheras enemigas i a tiro de rifle, desde que comenzó el asalto i la batalla.

XXVI.

Durante dos horas batióse el capitán Flores con su acostumbrada e imperturbable serenidad; pero hacia la mitad del mortífero combate, encontrándose rodeado de densa nube de humo i notando que los fuegos del enemigo flaqueaban por su frente, montó a caballo i se adelantó largo trecho a sus cañones. Su bridón era blanco i el temerario oficial chileno llevaba sobre su uniforme uno de esos sombreros abisinios, inventados por los ingleses en la guerra de la India, i que en el ejército llamaban «sombrosos cucalones», de suerte que el atrevido mozo llevaba otro blanco sobre su frente, i cuando una ráfaga de brisa aclaró el campo, quedó de cuerpo jentil delante de la boca de mil rifles. En tan crítica situación, buscada voluntariamente para mejor cumplir con su deber, tres balas le

llegaron a un tiempo, hiriendo dos al caballo, una de éstas en los hocicos.

Pero la última, asestada evidentemente a su cabeza por experto tirador, le rozó lijeramente el borde del sombrero junto a la sien derecha i le perforó de parte a parte el cerebro, causándole instantáneamente la muerte.

De aquel sitio funesto fué llevado a su batería, i en seguida por delante de un caballo hacia Chorrillos, en brazos de un sarjento que iba regando con silenciosas lágrimas el pálido pero risueño rostro del héroe.—*Señor*, dijo el bravo a su coronel al hacerle entrega del glorioso despojo, *mi capitán ha muerto riéndose...*

...al era lo que sus subalternos creían de aquel afentadísimo i sublime mozo de 28 años, i con esa ingenuidad lo expresaban (1).

(1) En la *Historia de la guerra con el Perú*, vol. IV, referimos la muerte del capitán Flores más o menos como está narrada aquí, pero agregando que el coronel Barceló le había hecho ver el inminente peligro que corría en el sitio que iba a ocupar cuando avanzaba con sus cañones sobre las trincheras de Miraflores, según ese benemérito veterano nos lo había referido. Pero en una carta que con fecha 22 de diciembre de 1882 nos escribió el capitán del Valdivia don Tomás Guevara, desde Curicó, se hace la siguiente rectificación que acojemos bajo la responsabilidad de su autor:

...«Afirma usted, señor, en su historia, que el valiente capitán Flores de artillería murió en presencia del noble cuanto pundonoroso coronel Barceló.

«Hái aquí un error. El coronel Barceló creo que ni vió cuando Flores cayó.

«Cuando se rompieron los fuegos, el Valdivia apoyaba su derecha en el camino real que conduce a Miraflores. Mi compañía, por ser la primera de este batallón, era la que estaba más próxima al camino.

«Ordenóse que cesaran los fuegos, i después de una sorda protesta de los soldados, así se hizo. Mirábamos el avance de los peruanos, que en bien ordenada formación de guerrilla efectuaban por nuestra derecha, cuando vimos pasar por el camino a todo galope a un jinete. Viendo el que suscribe que se iba a estrellar con las trincheras peruanas, lo hizo llamar.

«Era el capitán de artillería don José Joaquín Flores, a quien conocía yo de vista. Llevaba desnuda la espada, sereno el semblante, erguida la frente. Una lluvia de balas caía cerca de él.

XXVII.

Al tiempo de morir en tan brillante i florida juventud, el capitán Flores no tenía la belleza física que se deriva de la regularidad de las facciones ni de la rubicundez del rostro. Era bien hecho, pero enjuto, de talla más que mediana, semblante triste, tez pálida, boca enérgica i cortada a tajo. Su cabeza era hermosísima como asiento i cimera de soldado, coronada de ancho penacho rubio sobre altiva i angulosa frente. En el fondo de ella, i como a través de las troneras de empinada almena, sus ojos soñadores i melancólicos parecían estar asomados bajo el párpado al acecho del horizonte o del enemigo. Era el explorador i el guerrero el que así juntamente miraban.

Pero la belleza de su alma era mucho mayor i más acentuada. Fué un muchacho nobilísimo. Franco, leal, entusiasta, amigo de la verdad, adorador de la virtud, sectario platónico de la mujer, señal de todo bravo, como la cresta roja es señal de gallardía entre las aves. No conocía ni la envidia, ni la emulación, ni la vanagloria.

Cuando vino de Tacna a Santiago no quiso adornar su pecho con las cintas a que la lei le daba derecho, por no hacer ostenta entre los que no las tenían, siendo las suyas siete; i en seguida, contando su vida como segura en la última etapa, la rifó voluntario entre sus viejos cañones, para probar que en el fragor del campo de batalla, como en la hora de los campamentos,

«—¿A dónde va, capitán? le pregunté; ¿que no sabe que ahí está el enemigo?

«—¡Tan cerca! me respondió; vengo a ver cómo se encuentra la infantería i a ver si está expedito el camino; aquí están mui bien ustedes.

«No alcancé a responderle; una palidez mortal cubrió su rostro, soltó la espada i cayó hacia mi lado, casi en mis brazos. Estaba muerto.»

no esquivaba ningún riesgo ni ningún servicio. Por todo esto llamóle con razón el coronel Velázquez, al impartirle su última voz de jefe hacia la inmortalidad:—«Hijo amado de mi alma.»

XXVIII.

Tal fué la vida i tal el fin prematuro, si bien gloriosísimo, del joven capitán, del cual la historia hará más tarde uno de los ángulos luminosos de la trilogía del heroísmo, que junto con él encarnaron en la juventud guerrera de Chile, TORREBLANCA i DARDIGNAC, dos capitanes, dos mancebos, dos subalternos como él.

En un pasaje de sus cartas íntimas contaba él mismo a este propósito, que el jefe de su cuerpo había recomendado a sus oficiales, al comenzar la jornada, tomaran por modelo a Prat i sus compañeros.

Pero desde Miraflores, los oficiales de los dos regimientos de artillería de Chile no tienen necesidad de salir de su cuartel para divisar digno modelo, porque el capitán de artillería don JOSÉ JOAQUÍN FLORES, como sus deudos de afinidad i consanguíneos en la gloria, los dos hermanos Gamero, artilleros como él i uno de los cuales llevó su propio nombre (Marcos i Joaquín Gamero), ha pasado a ocupar en la bóveda de los

inmortales el puesto que a su arma estaba reservado en la guerra que hoi espira.

Los Gamero fueron los artilleros de la Patria Vieja.

José Joaquín Flores será en Chile el artillero de todos los tiempos.

Los compañeros de armas del capitán Flores, los nobles artilleros del segundo regimiento que había sido el primero en la guerra, no consintieron en dejar ni siquiera temporalmente el suelo del Perú sin traer al de la patria, cubierta a la sazón de gloria i de luto, los restos del más amado de sus camaradas, del más brillante de sus adalides; i al darle el 6 de febrero, esto es, tres semanas después de su inmolación, cristiana i paternal sepultura en el cementerio de Santiago, su jefe, que ahí lo llamó—«hijo de mi alma», pronunció estas palabras de justicia que resumen en un breve epitafio corta pero nobilísima vida:

«EL JOVEN CAPITÁN FLORES, ANTES DE MORIR, ERA CONOCIDO DE TODO CHILE, NO SOLO CONOCIDO, SINÓ RESPETADO I QUERIDO DE TODO EL EJÉRCITO; TODOS SUS JEFES, DESDE EL JENERAL EN JEFE ABAJO, SENTÍAN POR ÉL APRECIO I RESPETO; LOS SOLDADOS LO AMABAN, SUS COMPAÑEROS E IGUALES LO ADMIRABAN.»



Don MELITON MARTINEZ



Don JOSÉ MARIA 2º ZELAYA



Don J. M. MADARIAGA



Don JOSÉ RAMON SANTELICES



Don DIEGO AURELIO ARGOMEDO



Don LUIS ALBERTO ASPILLAGA



Don JUAN FIERRO BEITIA

1905

ARTURO PRAT.

M

I.



I en el presente desfile hacia la inmortalidad de los muertos ilustres de Chile engrandecido, hubiérase seguido, por el editor de esta galería nacional (cual es de uso) el orden de precedencia en la heroicidad de las hazañas, en el logro de los sacrificios o siquiera en la prioridad de las fechas, su primera página i su primera efígie habrían pertenecido de derecho al capitán glorioso, que el primero entre todos i antes que todos señaló a sus compatriotas, marinos, soldados i ciudadanos, la senda del deber en denodado combate i en sublime martirio.

Mas era preciso dejar hacer su aparición a otros antes que al capitán de Iquique a fin de no sentirse deslumbrados por aquel grandioso reflejo inicial que fué la aureola de la guerra en su cuna i será su inmortalidad en los siglos; i a este propósito convencional, hemos obedecido hasta la presente página en nuestra larga tarea de glorificadores.

II.

Mas hoy el sol se ha puesto más allá del horizonte tras la parda montaña. Las sombras descienden sobre el valle. El reino del olvido

comienza. I entonces por sí sólo llega el momento de la augusta justicia i de la oportuna, necesitada i grandiosa consagración en los anales de la historia.—Nunca hemos olvidado a este respecto que los restos mortales del capitán de Iquique i de sus valerosos lugar-tenientes en la batalla, sepultados de misericordia por extranjera mano en el médano que presencié su inconmensurable proeza, hállanse todavía guardados en extraña bóveda, lejos, mui lejos, de su nativo suelo, i de prestado.

Dicho esto, más como desahogo del ánimo patriótico, que como protesta contra los eternos aplazamientos de la justicia en nuestra morosa tierra, penetramos en el seno de la luz, que se llama la historia, i al pié del faro que el capitán chileno encendiera para iluminar con su proyección infinita la guerra en el mar i en sus colinas, en la playa i la montaña, vamos de lijera a contar su pura, inmaculada, incomparable vida antes del sacrificio magnánimo, antes del redentor ejemplo.

III.

Vió la luz el capitán de fragata de la armada de Chile don Agustín Arturo Prat (quien, si hubiera sobrevivido a sus hazañas, sería hoy, de seguro, uno de sus mas prestijados almirantes) en el departamento de Itata i en la hacien-

da de San Agustín de Puñual, situada en las faldas del alto cerro de Coiquén, que mira al mar, en la noche del 3 de abril de 1848.

Muéstrase todavía, con el respeto con que se abre al peregrino un santuario, el aposento blanqueado, protegido por tosco corredor, en que nació el heroe chileno, i aun se nombra i honra en la comarca, así como el sitio de la cuna, el nombre de la campestre matrona que asistió a la bendecida madre en su alumbramiento. Ufano todo el pueblo comarcano, ha erijido por esto en la plaza de la ciudad cabecera del departamento, que es Quirihue, un monumento de mármol que da testimonio de su justísimo orgullo i digno decoro lugareño.

IV.

Por sus antecesores, era el capitán Prat de estirpe catalana, procedente de Jerona, ciudad antigua de guerra, vecina de Sagunto, de la que, en los primeros albores de la revolución sudamericana (1811), había pasado a Chile i al Perú, por móviles de comercio, su abuelo paterno don Ignacio Prat.

Asesinado éste en una celada de hurto en la Serena, mientras perseguía su honrado comercio, algo más tarde (1824), quedó su viuda, una señora oriunda de Valdivia, llamada doña Agustina Barril, a cargo de varios hijos, i entre éstos, de uno que llevaría el nombre de su madre i el sello del infortunio del autor de sus días.

Don Agustín Prat (que así llamábase el último), dedicóse en efecto al comercio, como su padre, i como él no tuvo fortuna, sinó antes bien innumerables desdichas, enfermedades prolongadas, un incendio de su almacén en Santiago, cuando no había bombas ni seguros, i por último la esterilidad del campo, que antes de abrirse inopinadamente el mercado de California en 1849, era casi yermo en Chile.

Su única compensación, en medio de sus dolores físicos i quebrantos industriales, había sido, durante todo el tiempo que las plagas duraron, su esposa, mujer que cultivó en sus hijos, enseñándoles con el ejemplo la santa resignación del sacrificio, con el amor probado i con la lei inmutable del deber cumplido, el sendero que condujo al mayor de ellos desde su seno a la inmortalidad. La señora María del Rosario Chacón, hija de un entusiasta patriota de la independencia, i nieta, por su madre, de un marino italiano que pereció al servicio de Chile en las aguas del Cabo de Hornos, al unir su suerte a la de un hombre de bien, aceptó, a ejemplo de la mujer chilena i de la mujer bíblica, por entero el lote de su suerte.

Por manera que cuando todos los senderos del solicitado bienestar de la familia cerráronse para su esposo, fuése la virtuosa consorte a compartir con él, en las soledades de una remota estancia de provincia, el pan que el tardo arado rendía entonces al hogar en Chile. La hacienda de San Agustín de Puñual era propiedad de sus padres que la cedieron en arriendo a su marido, para enajenarla poco después, en razón de la merma jeneral de los valores de campo que por aquellos años afectó a todo el país. Hoi es propiedad de un caballero, catalán también, don Javier de Codina, que sabe honrar su raza con el culto de los recuerdos.

V.

Pero en medio de sus contrastes de aciaga suerte i como si el destino hubiera querido anticipar recompensa amplísima a la familia peregrina, nacióle a la madre abnegada en el desamparo de la comarca montañosa, el hijo cuya memoria su país hoi aclama i ella bendice, bajo las circunstancias que dejamos señaladas.

Da de aquéllas vivo testimonio la fe de bau-

tismo del infante; i como lo que hai más admirable i más digno de estudio en la vida del capitán Prat, es la inquebrantable unidad de su existencia, que es inalterable, sólida, indestructible como el acero, desde el pañal al sudario, conviene, a fin de dejar bien establecidos sus verdaderos e inmortales atributos, no quede relegado al olvido ni el más nimio de los detalles que a esa convicción suprema conduzcan. En este sentido la vida que vamos a trazar dentro de marco comparativamente estrecho, habrá de componerse de piezas justificativas, de apreciaciones morales, de cartas íntimas, de confidencias, de fallos del alma, del criterio ajeno, antes que el nuestro, porque así aparece en el conjunto realzada en sus verdaderas proporciones la talla del héroe. I para empresa semejante ningún trozo de granito habrá de estar de más, una vez allegado al alto pedestal que sustentará la colosal efígie.

VI.

Conforme al juicio vulgar de las muchedumbres, que más que ser convencidas gustan de fascinarse, la verdadera i para muchos la única gloria del capitán de Iquique arranca del hecho i de la fecha en que consumó su renombrada hazaña en esas aguas.

Pero lo que la justicia póstuma ha recojido sobre sus días, su carácter, su virtud, sus principios i sus hechos, así como sobre las luchas de su vida al ser ésta segada en su primor lozano, demuestra con indestructible evidencia que el acto final de la existencia del abordador del *Hudigar* no fué sino la consumación lójica i sencilla, sin preparación i sin violencia, de una serie de antecedentes morales que formaban la integridad inmaculada e indestructible de su corta pero jenerosa carrera de hombre i de marino.

Es esa unidad, que se extiende desde las selvas del Itata a las playas arenosas de Tara-

pacá durante el espacio de 31 años, lo que constituye, a juicio nuestro, la verdadera grandeza moral del ínclito chileno que se llamó Arturo Prat; i por eso incorporamos aquí, como el primer anillo de la rota cadena, recojida hoy con piadosa solicitud e incansable afán, de entre las piezas justificativas del proceso de su gloriosa carrera, su fe de bautismo hallada en la parroquia de Ninhue, a dos leguas del selvático sitio en que naciera, i la cual, así cuenta su excepcional venida al mundo:

«En esta iglesia parroquial de Nuestra Señora del Rosario de San Antonio de Ninhue, a dos días del mes de marzo de mil ochocientos cuarenta i nueve, puse óleo i crisma i bauticé solemnemente a Agustín Arturo, de *once meses* menos dos días, hijo lejítimo de don Agustín Prat i de doña María del Rosario Chacón, naturales de la hacienda de San Agustín de Puñual de este curato. Fueron padrinos don Andrés Chacón i doña Josefa Chacón. De todo lo cual doi fe.—*J. Bartolomé Venegas.*

«Es copia fiel del libro i a foja a que me refero.—*José Ignacio Lafuente*, cura vicario.»

«Quirihue, junio 15 de 1879.—Certifico que el presbítero don José Ignacio Lafuente, que suscribe la copia precedente, es el cura de la parroquia de Ninhue en el departamento de Itata.—*José Ignacio León*, notario público.

VII.

Cuando el tierno montañés así tardamente bautizado, porque nació enfermizo i aun mudo (al decir de su madre), hubo cumplido quince meses, trajéronlo a Santiago por la vía marítima de Talcahuano. I con este motivo su madre, tan amante como previsora, ha referido en más de una ocasión al que estos recuerdos compajina, que a fin de robustecer la frágil estructura del niño predestinado, cuidaba durante su

navegación a vela a Valparaíso, en el invierno de 1849, de mojarlo todas las mañanas en el agua fría i fortificante del océano,—Era ese el bautismo del marino después del óleo del cristiano....

VIII.

Del asilo campestre que a la familia Prat había brindado su jeneroso abuelo materno don Pedro Chacón Morales, pasaba ahora su buena hija al cariñoso nido sub-urbano en que aquel buen caballero abrigaba su numerosa prole en el barrio de los Tajamares, i que en aquel tiempo era conocido con el nombre de «lo Herrera,» por un canónigo de Santiago que, a principios del presente siglo, edificara sus vastas dependencias a manera de claustros. Hoi es el Asilo de la Providencia, i así se denomina.

Pasó allí los primeros años de su primera niñez, al pie de los Andes, quien debía ilustrar con imperecedero renombre i en edad temprana el mar de Chile. I sólo se cuentan de él, los ejercicios gimnásticos a que por una especie de instinto restaurador de sus escasas fuerzas naturales entregábase el vacilante niño. Nadie, de ordinario, subía más alto que él a los empinados álamos, (cual si fueran mástiles de natural aprendizaje) para hurtar sus nidos a los pajaros, ni nadie buscaba, a escondidas de la solícita madre, más hondas pozas en el vecino río para aprender el arte de nadar, que en él era otro instinto.

En cierta ocasión en que distraído u holgazán se entretenía con uno de sus compañeros de aventuras en medio de la polvorosa avenida que separaba el Mapocho de su casa, frente a los cipreses de la Providencia, un coche de servicio de los que viajan a Apoquindo lo atropelló malamente, i hubieron de llevarlo cubierto de sangre i contusiones a su madre.—Fué aquel el primer ensayo de guerra, el primer combate del captor

de la *Covadonga* i del sublime defensor de la *Esmeralda*.

IX.

Crecido un poco en años i en turbulentas empresas infantiles, a fin de hacer más asequible la educación cotidiana de sus hijos, debida hasta entonces sólo a su prolija dedicación de madre i de institutriz, la señora Chacón, llevando por la mano a su marido ya postrado, trasladó su habitación al centro de la ciudad, a la calle Nueva de San Diego i a la casa que, al presente, una suscripción popular convierte decorosamente en monumento digno del nombre que la honra.

Hallábase situada esta mansión, hoi histórica pero en aquella sazón modestísima vivienda, a tres cuadras al sur de la Alameda, esta vena aorta de la vida i del corazón de lento latido de Santiago, i entre la Escuela Superior, (ubicada en aquellos años cerca del canal de San Miguel) i el Instituto Nacional, vasto edificio erijido recientemente, en el antiguo eriazó, mitad claustro i mitad cuartel de San Diego, sucursal de los Padres franciscanos, que allí cerca conservan todavía su convento grande.

El aula universitaria era la pompa de la niñez, el boato de la familia i de la intelijencia, el orgullo del barrio oscuro i mercader, al paso que la primera de las construcciones recordadas, la *Escuela de la Campana*, como se la conocía en el vecindario por el matinal llamado a sus alumnos, fué simplemente el taller. I ése eligió con previsora ternura la madre del héroe. Quería la señora Chacón de Prat hacer de su hijo un hombre; i hecho hombre, él se haría lo que su alma enérgica i justificada le aconsejase ser: marino, soldado, diplomático, profesor, abogado, héroe de inacabable memoria, todo lo que él quisiese i todo lo que a su vez fué.

Cuando Arturo Prat entró en efecto a la

escuela que rejentaban dos hombres de distinguida virtud, porque eran dos hombres de trabajo, los educacionistas Suárez i Otaiza, incansable obrero i batallador de la enseñanza hasta hoy día el primero, llevaba consigo en su ya luminoso cerebro las primeras lecciones que se aprenden en el regazo de la madre, este primer gimnasio de la naturaleza. Consta de los libros que religiosamente conserva su primer institutor, i del cual ha entregado al público su página de mayor orgullo, que el alumno Arturo Prat, al incorporarse en la Escuela Superior, a la edad de ocho años, el 13 de octubre de 1855, sabía silabar, hacer *palotes* (trazos) respondía como un pequeño papagayo a las preguntas del *Astete* i sabía marcar con trémulo dedo los contornos de las provincias de Chile, balbuciendo el nombre de sus capitales. ¿I quién, en aquellos tiempos, i a su edad sabía más que él?

X.

Mas ha pasado apenas el primer año escolar, i el tierno niño, aunque no ha obtenido, en razón en duda de su pequeña talla, ninguno de los premios que se disputaron i obtuvieron nombres hoy oscuros, aparece distinguido en las clases de lectura, de aritmética i de jeografía. Era el futuro profesor que se formaba, codo con codo, en la dura banca, junto con Marcos Bolton, el profesor de telegrafía; con Enrique Wood, el profesor de idiomas; con Valentín Bravo, el profesor de medicina; con José Olano i Juan José Rojas Carreño, fundadores de colejos de educación, muerto el primero en el campo de batalla; con Emilio Corvalán i Mauricio Cristi, dos diaristas de mucho mayor nota que fortuna; con Vicente Mutilla, en fin, el ingeniero de la *Esmeralda*, que fel a la consigna de los infantiles juegos, murió al lado de su capitán-condiscípulo, cumpliendo sus postreras órdenes:—*¡Guardad los fondos!*

Consta todo esto de los libros de la Escuela Superior, cuyo extracto publicó hace ya algunos años con lejítimo orgullo su ilustrado fundador, apenado el altivo espíritu al ver hoy la noble sala del gimnasio intelectual trocada en afanosa prendería... I de aquellas hojas que el viento del olvido o los envoltorios del bodegón no habían esparcido todavía, resulta que al dejar el aula de la calle de San Diego, que fué el *camino del Inca*, el camino del Perú antes de la conquista, el alumno lejendario, Arturo Prat, tenía estampadas en su hoja de servicios las siguientes anotaciones: «Aplicación, *excelente*; capacidad, *buena*; conducta, *buena*; asistencia, *inmejorable*» (1).

XI.

La puntualidad fué una de las primeras virtudes prácticas del capitán Prat, que así habría sido comandante de una nave inglesa, con el cronómetro en la mano, como mandara, con inviolable pundonor todas las de Chile.

Entre tanto, para hacer i merecer todo eso en aquella edad de la vida, en que los días son tan fugaces como el vuelo de los jilgueros que en los asuetos o en las cimarras perseguimos en el campo o en el cerro, habíase necesitado de seguro una consagración seria, asdua i casi adusta.

Pero Arturo Prat, sin ser «un niño loco» como Luis Uribe, su compañero de hogar, sinó todo lo contrario, un niño formal, cumplido i recto, un alumno modelo, no dejaba por esto mismo de pagar el tributo de sus años a los ejercicios i a las pequeñas pasiones que forman el primer campo de batalla de las luchas eternas de la existencia humana.

(1) Artículos publicados en EL MERCURIO del 11 i del 13 de febrero de 1880, con el título de EL ALUMNO ARTURO PRAT, por su primer maestro, el distinguido institutor don José Bernardo Suárez, uno de los espíritus más independientes de la enseñanza i de la prensa chilenas.

Háse, en efecto, conservado vivo recuerdo de su primer pujilato, ensayo infantil de más señalados combates; i cuando en abril de 1879 vino el capitán Prat por la última vez a Santiago con pliegos de su almirante él mismo hacía alegremente memoria del lance a su adversario en la Moneda, donde, después de muchos años, encontráronse al acaso. El último ha contado aquella aventura, precursora en tierra firme del uso de la espada, del cañón i del abordaje en el mar, i dejámosle la palabra i el tema:

«La estrecha amistad,—escribía desde Talcahuano, donde se halla honrosamente empleado don Adolfo Gaete Sotomayor, condiscípulo del héroe,—la estrecha amistad que había entre ambos, fué rota un día por una *empanada frita* que yo me comí de más de las que a Arturo le correspondían. Entonces, rabioso por esto el héroe, i aguijoneado por otros niños,—no recuerdo el nombre de ellos.—nos hicieron pelear, tomándonos del pelo, i a cual tirabà más fuerte, hasta que llegó el ayudante.

«Pero como en la infancia el reír i el llorar, el andar alegre o enojado es todo cosa de un instante, sucedió que poco duró nuestro rencor, i nuestra amistad volvió a ser más estrecha, constituyéndose en mi pasante de gramática castellana, en la cual era mui aventajado, siendo el primero en la clase del señor don Eliseo Otaiza.»

A su turno, el maestro i el juez han depuesto su testimonio en otra reyerta de mayor valía i de precoz i casi temeraria resolución contra la fuerza. Acosado un día Arturo Prat por una turba de pequeños forajidos, armados de sables de palo, hallándose él inerme, guardó su infantil rencor hasta hora propicia, i pidiendo en préstamo al siguiente día, en el despacho vecino, con recado finjido talvez de la madre o del maestro (¡lícito ardid de guerra!), el cuchillo de partir azúcar, blandiólo en medio de las rotas filas de sus contendientes, que le rendían sus espadas i

denunciaron su, por ellos juzgada, alveve hazaña. —«¡Señor, señor, Arturo Prat ha traído de su casa un cuchillo para matarnos!...»

Fué ese el tumultuoso denuncia de los vencidos «ocho contra uno.» Pero la sentencia del tribunal de la escuela, que no siempre es la justicia, porque el maestro es constantemente «uno contra cien», fué esta vez equitativa, castigando a los asaltantes por la cobardía i al asaltado por su arrojo.—«¡Fué para intimidarlos!» se contentó en decir Arturo Prat, el mismo apacible, dulce, casi melancólico mozalvete que tenía delante de sus ojos codiciosos la gorrita redonda del cadete naval.

Aprendía así sin saberlo el futuro captor de la *Covadonga* i capitán de la *Esmeralda* la primera lección del abordaje.

XII.

† Arturo Prat, niño de escuela, dejó su banco de San Diego, según aparece de los libros de la Escuela Superior, el 25 de agosto de 1858, i de los libros del Ministerio de la Guerra resulta que el 28 de ese mismo mes fué incorporado a la Escuela Naval en Valparaíso. Tres días era lo que entonces se empleaba en hacer el viaje por las cuestas de la capital al puerto, i échase de ver que el aprendiz de la gloria no perdía tiempo. Unicamente el día en que su deudo protector don Jacinto Chacón llevólo a bordo, o trájólo a tierra junto con su camarada Uribe, con sus trajes flamantes de pájaros del mar, deslizóse con ellos al taller de un fotógrafo, i de esa manera es cómo la historia i el arte han conservado una de las queridas efijies, modelo para la niñez, en que el uno i el otro lucen su garbo i su infantil donaire (1).

(1) En el emblema que ocupa la derecha del retrato de Prat en este *Album*, el artista ha copiado con fidelidad el rostro de aquél cuando era niño, tomándolo del grupo fotográfico mencionado.

XIII.

Tal fué, entre tanto, la niñez de Arturo Prat, consumida en noble tarea en la calle Prat, entre la Escuela Superior, que fué su cartilla, i la Universidad, que veinte años más tarde sería su diploma en alta i laboriosa carrera. Niñez de buen augurio, pasada entre libros i batallas, al son de la campana, en tierra como a bordo.

Conducido al altar bendecido por la fe, que es una madre; enseñado a sufrir al pie del lecho del autor de su existencia, que padeció largos años necesitado i moribundo, el hijo vivió todavía como aprendiz toda esa edad, simple preparación del día del heroísmo en el cual, exhibido en total todo su sér al ruido de las espadas i entre los lampos del cañón, mostróse en la cima de la gloria, para educar a su vez con su vida i con su muerte a las jeneraciones que en pos de el venían.

XIV.

Hecha así, de prisa, pero con la fidelidad de las memorias inextinguibles del hogar, la cuenta de los días infantiles de Arturo Prat, horas fugaces como el ala de las mariposas que son su emblema i su ensueño, el capitán de Iquique, optando por el océano, fué nombrado, según dijimos, a la edad de diez años alumno de la Escuela Naval, recientemente fundada, en la medianía de 1858.

Sirvióle de padrino en aquella concesión de gracia del gobierno, como le sirviese de padre verdadero después del fallecimiento del suyo, su tío materno el distinguido escritor i jurisconsulto don Jacinto Chacón, i hé aquí cómo, trazando la síntesis de la pubertad, después de los albores de la infancia que hemos visto lucir sobre el frágil niño, expresábase a propósito del futuro capitán del Esmeralda su deudo que bien le conocía.

Es una palabra íntima, voz del alma, la que así habla del héroe i así dice:

XV.

«Arturo Prat fué en su infancia todo lo contrario de lo que fué en su juventud. De complexión raquítica i endeble, tenía una expresión melancólica i un aire distraído. Hijo de un padre dechado de virtudes, pero, como Job, aquejado de gravísimos males, Arturo recibió como herencia un organismo debilitado, que daba a su sér una apariencia triste i enfermiza. Pero su buena mamá, mujer de capacidad i de carácter, comprendiendo el funesto porvenir que aguardaba a su niño, se consagró a extirpar de raíz los jérmenes maléficos que impedían su desarrollo. Observando ella que de todos los extremos, el de la aplicación científica del agua fría es el que más directa i radicalmente influye sobre la sangre, la depura i modifica, activando la circulación, dando con ello fuerza al organismo i regularidad a las funciones vitales, estudió con toda atención el método del famoso hidroterápico Preinitz i aplicó a Arturo con rigor i esmero su tratamiento restaurador. De este tratamiento, los benéficos sudores hidropáticos, administrados periódicamente desde su más tierna niñez hasta su más avanzada juventud, devolvieron a esa flor agostada toda su lozanía, dándole la fuerza i la salud. I fué tal el vigor que ese tratamiento infundió a la complexión de Arturo, que éste levantaba pesadas barras de hierro i las soportaba con el brazo extendido horizontalmente durante largo tiempo, obteniendo siempre la primacía en toda clase de ejercicios gimnásticos entre sus compañeros de colejo o profesión. Desarrollado en su juventud con regularidad i solidez, él ocultaba, tras una figura esbelta, alta i delgada, músculos de hierro i fuerzas atléticas. La plena salud i robustez de este joven Hércu-

les, conservado por su madre para honra de la patria, es un ejemplo notable de la decisiva influencia que una inteligente matrona puede ejercer en el porvenir del niño, estudiando con tiempo las causas i aplicando con perseverancia los medios de desarraigat los vicios que afectan la organización de su hijo.

«Para verificar la exactitud de mis observaciones sobre el carácter e índole de Arturo en su infancia, basta mirar con atención los retratos que de él i de Luis Uribe hice sacar en 1858, el primer domingo que salieron de la Escuela Naval. En ese cuadro, ya histórico, se notará la parada arrogante, firme i marcial de Luis, contrastando con el encojimiento i endeblez de Arturo. En este retrato está la impresión de su índole triste i de su débil constitución. Compárese ahora esta imagen con la que arrojan sus retratos de joven, i se verá en éstos algo como un modelo de la estatuaría griega, en que, en fuerza de la gracia i agilidad de su talante, revela la enerjía del nuevo principio de vida que le anima i el poderoso i cultivado espíritu que era el motor de máquina tan maravillosa.

«Digo máquina tan maravillosa, porque Arturo estaba admirablemente bien dotado, era un hombre completo. A una inteligencia de primer orden, unía un corazón bien templado i dispuesto a las nobles, grandes i jenerosas acciones. Era, en una palabra, un gran carácter.—Severo i ríjido como jefe, era una dama en el trato social i un modelo de ternura en el seno de su familia.—Para él no había imposible: lo que se proponía para su cultivo i perfección, lo ejecutaba.—Mui joven aun, i recargado con las multiplicadas atenciones de su empleo de vice-director de la Escuela de Marina i de profesor de ramos importantes en ella, se propuso hacer los estudios largos i complicados de la carrera de abogado, i realizó su propósito apesar de los obstáculos que le oponían la rutina i baja emulación.

XVI.

«I en este ramo debo decir que yo tenía un verdadero placer de conferenciar con él sobre puntos oscuros e importantes de la legislación en mi tarea de exposición razonada del Código Civil vijente, i descubría en él una gran sagacidad i rectitud de juicio, que proyectaba luz sobre mi inteligencia i hacía en mí el efecto de una revelación. Pero lo que daba a su alma la grandeza i la fuerza, el ímpetu i la abnegación en el cumplimiento del deber, era la clara intuición de la vida puramente espiritual del alma en rejiones desconocidas después de la muerte, i la evidencia que le asistía de que todos estamos sujetos a una prueba, a una iniciación dolorosa, en que todos tienen que caer para levantarse de nuevo, pero que todos también—unos más tarde, otros más temprano—tienen que llegar a la cima de la montaña.

«Por último, completaba estas luminosas creencias la convicción de que no hai sér creado por el Gran Dios que esté condenado a una expiación eterna, i mucho menos que esté destinado a la perdición moral; que la cuestión es de tiempo i en las rejiones donde mora el infinito, donde el alma completa su desarrollo, el tiempo es inagotable. Que Dios, bueno i misericordioso como es, no se goza en los suplicios eternos o en la destrucción de una alma que él ha creado inmortal. Estas grandes i evidentes verdades no nacieron en él por efecto de las luchas i desgracias de la vida: eran en él como una intuición, como una reminiscencia, como una revelación. Él hablaba de las cosas de lo alto como si las hubiera visto...

«Hé aquí el secreto de su determinación i de su actitud de ánjel exterminador en su abordaje al *Hudscar*.—Él, con toda la conciencia del ataque que emprendía, iba sereno a la muerte, porque

su honor i su deber, que él llevaba hasta la abnegación, le imponían la necesidad de buscar i ejecutar todo recurso de victoria para su patria, por imposible que pareciera alcanzarlo, i se lanzó al abordaje i dirijióse al timón del *Huáscar* con el propósito de gobernarlo i estrellarlo sobre la costa» (1).

XVII.

Hasta aquí el filósofo, o, mas bien, el disector doméstico i moral que verifica tranquilamente el análisis de una existencia querida.

Ahora, en cuanto a las fechas de sus adelantos, servicios i ascensos en su carrera de marino, hé aquí su enumeración tomada de uno de sus mejores biógrafos entre los innumerables glorificadores que el gran marino ha encontrado.

«El 28 de agosto de 1858 se le instaló en la Escuela Naval de Valparaíso, conducido allí por su tío, nuestro poeta Jacinto Chacón. ¡Coincidencias del destino!... ese mismo día i llevado por el mismo señor era también incorporado en la Escuela el niño Luís Uribe, segundo de Prat a bordo de la *Esmeralda*.

«Un cuadro de fotografía, el señor Jacinto Chacón llevando a cada uno de la mano, nos enseña esta primera escena de marinos.

«Los estudios de Arturo fueron rápidos i lucidos. En los primeros días sus profesores se quejaban que era un tanto distraído, pero que aprendía. Él no estudiaba con la contracción i ahínco de muchos de sus condiscípulos; pero sabía tan bien o mejor que ellos sus lecciones. Como recompensa al fin del segundo semestre, después de sus exámenes, obtuvo un premio que consistió en una medalla de plata.

«Es indudable que allí, con la franqueza de su

carácter, con esa intuición desconocida de las almas elevadas, se hizo querer de sus compañeros con ese amor que no fué un débil sentimiento, sinó ese amor inmenso i grande que le tuvieron hasta consumir a su lado el sacrificio de la vida!...

«Sin amor no se concibe tanta cooperación en tan cruenta i difícil lucha. Sin él, no imagina la mente una decisión tal en espíritus que serenos afronten las desconocidas rejiones de la inmortalidad!...

«Después de 16 meses, en enero de 1860 se le embarcó a bordo de la *Esmeralda* a las órdenes del capitán de fragata don José Anacleto Goñi, volviendo en marzo de ese mismo año a continuar sus estudios en la Escuela Naval.

«En 15 de junio de 1861 rindió examen de teoría i el gobierno le dió título de guardia-marina sin examen.

«En 22 de agosto de ese mismo año volvió a embarcarse en la *Esmeralda*, a las órdenes del capitán de fragata don Manuel 2.º Escala.

«Desde esta fecha datan los servicios profesionales del joven Prat. Recorre la costa en muchas ocasiones en comisiones de servicio, i en todas ellas, en su carácter de subalterno, hace su deber cumplido.

«El 10 de enero de 1863 se le traspordó al pontón *Chile*, al mando del capitán de corbeta don Martín Aguayo, i volvióse al poco tiempo a traspordar a la *Esmeralda*, entonces mandada por el capitán de corbeta don Galvarino Riveros.

«En julio 21 de 1864 obtuvo el grado de guardia-marina examinado» (1).

(1) *Biografía completa de Arturo Prat*, por Bernardo Vicuña.—Valparaíso, 1879.

Conceptuamos ésta la mejor biografía jeneral entre las que aquí se han publicado del capitán Prat, no sólo por su forma, sinó por haber sido escrita a la vista de preciosos documentóntos íntimos i por dictados de la familia a quien el au-

(1) Carta al autor, escrita expresamente sobre la pubertad de Arturo Prat, por su tío i tutor don Jacinto Chacón, mayo de 1830.

XVIII.

Agregaremos nosotros a estos leves rasgos de la vida del mar, que el guardia-marina Prat hizo a Lima el viaje en que la *Esmeralda* llevó en setiembre de 1864 al señor Montt, cuando este majistrado concurrió al malhadado i estéril Congreso Americano de aquella época. Asimismo, cinco años más tarde, i ya en calidad de teniente, acompañó en esa nave al ilustre vicealmirante Blanco Encalada, cuando en cumplimiento de una lei del Congreso i del voto nacional, embarcóse el último, acompañado de una comisión de ciudadanos, de marinos i militares, con el fin de repatriar las cenizas del prócer de la independencia don Bernardo O'Higgins, en 1869.

Otro rasgo más, que corresponde a este período de la immaculada juventud del héroe. Cupo al teniente Prat como porción de reparto en la captura de la *Covadonga* una gruesa cantidad, i apartando de este, para él, inmenso caudal, unos pocos centenares de pesos destinados a sus libros i atavíos de profesión, llevó a su amada madre, lleno de escondido gozo, todo el resto.

Era esa para él una simple devolución de las tiernas caricias que le rodearon desde la cuna; i hasta su postrera hora no hubo hijo más amante, más solícito ni más respetuoso en el deber. Casi igual era su afecto por su respetable abuela materna, la señora doña Concepción Barrios (hija del capitán de mar Bary), la cual le sobrevivió i a quien nunca llamó sinó con el cariñoso i casi infantil título de «mi abuelita.» Como hombre de hogar, el capitán Prat fué siempre un ser

tor consultó ampliamente en Valparaíso.

Por lo demás, la *Bibliografía Prat* cuenta ya por sí sola no menos de una docena de volúmenes i folletos, escritos para honrar su memoria.

completo, así como hombre de guerra fué un campeón «sin miedo i sin reproche.»

XIX.

Durante este intervalo de tiempo había sobrevenido la guerra con España junto con la alianza con el Perú, i fué cosa digna de notarse con relación a Arturo Prat, que tomase él parte mui señalada en los dos únicos hechos de armas que ilustraron por parte de Chile aquella guerra; en el Papudo i en Abtao, al paso que siempre miró con alejamiento i aun con no disimulada desconfianza i enojo el pacto que había puesto al mismo mástil la bandera del Perú i la de su patria.

«Quizá debemos felicitarnos,—escribía a su madre desde Lebu, a propósito de la negativa de los marinos peruanos para juntar sus naves a las nuestras en las aguas de Pisco en octubre de 1865,—quizá debemos felicitarnos de esta ocurrencia, pues habría sido mui crítico el estado en que nos hubiera dejado si lo hacen más tarde i cuando nos encontremos en peligro.»

I estos mismos proféticos sentimientos volvía a evidenciar tres meses más tarde en la víspera de Abtao.

«Como Ud. comprenderá,—decía a su madre desde aquel apostadero el 3 de febrero de 1866,—esta alianza, i apesar que conocemos su necesidad, no nos agrada porque los peruanos no es jente en que se pueda tener confianza, i no la tenemos, por lo cual le aseguro, prefiero, como muchos de nosotros, el que hagamos la guerra solos.»

El joven aprendiz de la guerra, que aun no había cumplido 18 años, no amaba evidentemente i como por instinto a los peruanos. ¿Presentía, por ventura, dentro del arcano de su jenio, el certero mozo que el plomo peruano, disparado tras de oculto parapeto, había de matarle?...

XX.

De todos es hoy sabido que el guardia-marina Prat figuró junto con Uribe, su gemelo i casi su hermano, con Latorre i con Condell, entre los que en leal combate hicieron arriar la bandera de España del mástil de la *Covadonga* en la memorable mañana del 26 de noviembre de 1865. Pero en la noche de la ante-víspera trataron en secreto los chilenos de tomar aquel buque al abordaje en la rada de Coquimbo, i hé aquí cómo el alma del héroe adolescente rebosaba de alegría dentro de su pecho, delante de aquella perspectiva, en medio de los nocturnos aprestos del asalto.—«Este día en la noche, después de ponerse la luna, debía ser el combate; estaba ya todo arreglado, dos divisiones de abordaje debían atacar, habiendo sido yo elegido para la primera división con el teniente Thomson.»—... ¡Bien! con el teniente Thomson debía batirse el guardia-marina en la apresada *Covadonga*, a la cual pasó con él, en Abtao, así como Thomson debía morir sobre el mismo puente del conquistado monitor en que él cayera. Sublimes, inescrutables retribuciones de la gloria i del martirio!

Ufano con tan tempranos i bien logrados ensayos en la mar i resumiéndolos en un solo voto que se cumplió más tarde sobre el puente de la *Esmeralda*, decía a este propósito i desde Antofagasta el 6 de diciembre de 1865, estas palabras, cuyo final parecería un eco anticipado de su inmortal arrojo de la mañana de mayo:

«Las demostraciones de alegría i entusiasmo con que han recibido la noticia en Valparaíso, Santiago i toda la República, ha sido la mayor i más grata recompensa que esperábamos. Sin embargo, yo deseo otra más dulce; pero ésta la hace imposible la distancia a que nos hallamos (distancia que creo muy pronto estrecharemos), ¡es la de darles un estrecho abrazo i gozar

del entusiasmo viendo humillado el pabellón que trató de abatir el justo i noble orgullo del nuestro.

«Hoy la senda de la gloria se nos presenta a la vista, nadie vacila en seguirla, todos lo desean, pues en Chile no es conocida la cobardía i en nuestros buques se la desprecia.»

«Tal es la participación de gloria i de trabajo,—dice uno de los compendiosos ya citado de la vida del héroe i resumiendo la hilación de los sucesos de su carrera,— que cupo al teniente 2.º Arturo Prat en esta campaña en que se consumaron heroicos hechos, atendida nuestra debilidad de fuerzas en comparación de las que ostentaban los españoles.

«El rol de Prat era secundario; pero su apostura, la inquebrantable tarea de su puesto, eran signos de lo que podía esperarse de él. Acababa de cumplir 18 años.

«Había llegado a esa edad viril en que el rostro diseña las facciones del hombre. Su tez un tanto sollamada por los vientos de la mar, sus negros ojos centelleantes de ardor i viveza, su flexible i alta estatura le daban una expresión de varonil belleza.

«En su alma, donde se anidaban los más puros afectos, a su filial cariño añadíase la ternura que profesaba a sus hermanos, todavía en la infancia. Sus deseos era formarlos, como su madre lo había hecho con él, i sus cartas revelan sus propósitos. Su noble i digna pobreza encontró medios de darles inequívoca prueba.

«Habíanle tocado como 1700 pesos por parte de la presa de la *Covadonga*, i su primera diligencia fué llevar a su madre 1000 pesos, repartiendo lo demás entre sus deudos. Su madre le recibió esta ofrenda con lágrimas que empañaron sus ojos i lo estrechó silenciosa en sus brazos!...

«Tanta virtud, tan noble abnegación, le merecieron de todos los suyos un sentimiento que ya no fué amor, fué idolatría... Desde entonces es

consuelo, aun más, es esperanza en estos momentos que la negada fortuna abate la sien en pesarosa incertidumbre!...»

XXI.

I penetrando en la hora oportuna en el santuario de los corazones, el biógrafo revelador a pausas, agrega:

«Entre el grupo que formaba su larga familia, había una joven que, tímida e inocente, había escuchado las alabanzas tributadas al joven héroe: sin saberlo ella misma, secreto e íntimo sentimiento, nació en su interior. En Arturo sucedió igual cosa, i sea predestinación, sea ese amor que nace en una mirada i vive de esperanzas, ellos se amaron sin decírselo!...»

«Era principal atributo en el alma de Arturo la honradez. ¿Quién era él todavía para comprometer el corazón de una niña a quien nada tenía que ofrecer? Sus padres, sus hermanos, necesitaban del auxilio de su sueldo: ¿cómo fomentar un sentimiento que tan difícil era poder alguna vez colmar?»

«Arturo silenció i relegó como un ensueño esta impresión de su alma... Se dijo a solas: *Si alguna vez llego a ser capitán de corbeta, la diré mi amor!*...»

«En los primeros días de 1873, febrero 12, recibió los despachos de capitán de corbeta graduado; acercábase ya el término fijado por él mismo para declarar su amor.

«La señorita Carmela Carvajal, cuñada de una tía suya, era la mujer que amaba, i por la que había profesado ese culto sublime de grande i misterioso sentimiento. Una palabra bastó para que esas dos almas comprimidas confiasen en alas del porvenir la realización de los ensueños de su dicha.

«Tenía ella en esa época 19 a 20 años, i a su

hermosura se agregaba la modestia i suavidad. Él completaba 25, no cumplidos aún.

«El matrimonio tuvo lugar el 5 de mayo de 1873, i fué éste un día de alborozo i plácemes para toda la familia.

«No tardó el cielo en premiar las virtudes de Prat dándole un primer hijo, que nació en mayo 16 de 1874, pero tuvo el dolor de perderle presto. En setiembre 11 de 1876 le nació su segundo hijo que, siendo mujer, la llamó Blanca Estela, nombre marino que talvez le hacía recordar cuando poseído de amor, lejos de la mujer que amaba, veía rielar la huella de su nave en medio de esas noches puras o trasparentes que ilumina la claridad de la luna...»

«No tuvimos el gusto de tener amistad con él, pero varias veces le encontramos paseando su hijita por la calle del Circo, ya de 2 años, i admiramos, sin adivinar al héroe, tanta ternura i tanta solicitud. Recordamos una tarde en que vimos volver trayendo consigo a su niña i un ramo de flores. Comprendimos que él iba a adornar su hogar con una trinidad de amor, de inocencia i de perfume!...»

XXII.

«Tal era el hombre juzgado como individualidad: de un carácter suave i tranquilo, era sobre todo modesto: cuando tenía que usar su uniforme de parada en cumplimiento de algún deber, se manifestaba desagradado; nunca quiso colgar sus medallas.

«Eran los estudios su principal entretenimiento; no rehuía enseñar a otros lo que él había aprendido.

«La escuela «Benjamín Franklin» de Valparaíso, donde daba lecciones gratuitas de Astronomía i Botánica, lloróle por esto como uno de sus predilectos hijos. Fué uno de los primeros

incorporarse a la sociedad de Bellas Letras que por el año de 1877 trató de organizarse en aquella ciudad i que desgraciadamente no se llevó a cabo.

«Amaba también la música i había aprendido a tocar el piano. Ella ejercía sobre su alma esas impresiones tiernas i sensibles que afectan con emoción las fibras de nuestro organismo, Otra virtud más: conocía el valor del dinero i lo despreciaba, lo estimaba como un medio, no como un fin; sin embargo, no quería que nada se gastase que no fuese de indispensable necesidad: su espíritu elevado desdeñaba a aquéllos que cifran su valía en la fortuna.

«No comprendía que fuera de los sentimientos del corazón, el hombre adquiriese hábitos i necesidades sin las cuales dicen algunos no pueden pasar: por esta razón no fumaba, menos tomaba licor.

«Era como esos árboles que guardan el rocío para hacer brotar en su rededor verduras i flores...»

«Hasta el 22 de agosto de 1868, que se trasbordó a la *O'Higgins*, la vida de Arturo Prat se desliza en servicios de estación en Mejillones. En febrero de 1869 se traslada al *Ancud*, i en junio de ese mismo año le encontramos en el *Thalaba*. Vuelto al *Ancud*, hizo viaje a Valdivia, Chiloé i Magallanes. En enero de 1870 llega hasta las islas de Pascua en la corbeta *O'Higgins*.

«Arturo Prat miraba con desagrado los continuos trasbordos; juzgábalos perjudiciales a la marina. Se ama el buque que se sirve como se ama su propia morada. Se acostumbra en ella i todo se encuentra pronto i listo. Arturo tenía el hábito del orden i disciplina: castigaba siempre todo lo que podía contrariarlo.»

Pero castigaba más como padre que como jefe, i entre los que a sus órdenes sirvieron es voz

común que un consejo dicho a media voz, una mirada severa del capitán Prat era más temida a bordo i más eficaz para la disciplina que el arresto en la alta cofa.

En una ocasión en que un grumete, fuertemente castigado por su orden, cayó al agua, el capitán Prat, sin desnudarse, precipitose al mar i lo salvó, sin que en esta acción verdaderamente sublime él tuviera la vanidad, la afectación, ni siquiera el lejítimo placer de contar su aventura. Súpose ello por otros, porque por él nada se sabía.

El capitán Prat era en el servicio sumamente reservado, casi mudo, como había nacido; i por esto la dulce compañera de su vida reconveníale a veces tiernamente llamándole «frión»....

XXIII.

«Por este tiempo la vida del mar principió a enfermarle: había contraído una enfermedad de erisipela que le atacó dos veces.

«Esto i la creencia que la marina desatendida i pospuesta no sería una carrera que facilitara en el porvenir los gratos i queridos sentimientos de su amor, le hicieron pensar en adquirir otra profesión.

«La carrera del foro presentábase a su mente como un ideal de esperanza; supuso que ella podría facilitarle el voto de su corazón.

«Sin maestros, nada más que con los libros del derecho, dedicóse por entero al estudio de las leyes i de la dilatada profesión.

«En esas horas que para todos sus compañeros eran de tregua para las fatigas del servicio, veíase a Arturo encerrado en su camarote o paseándose sobre cubierta, absorto en su estudio.

«Quien ama como él sabía amar, lo puede todo.»

XXIV.

Colócase aquí entre el libro, que era su ambición, i el deber, que era su divisa, la memoria del hecho heroico que el capitán Prat consumó en la rada de Valparaíso, cuando siendo segundo jefe de la *Esmeralda*, cojida ésta el 24 de mayo de 1875 por furioso i repentino vendabal, rompió sus cadenas i fué sobre la playa del Almendral, donde naufragó.

El capitán Prat hallábase con licencia en tierra; pero al tener noticia del peligro de su nave, echóse desde una embarcación del muelle a nado, i aferrándose de un cabo que desde a bordo le arrojaron, desnudo, febril, infatigable en la porfiada tormenta, heroico en el peligro, logró salvar del desastre, junto con su jefe superior, el capitán de navío don Luis Lynch, hasta al más humilde marinero. A media noche, a la luz vacilante de las linternas, el capitán Prat fué el último en abandonar el casco de su nave destrozada por las olas.

¿I no está allí diseñado en toda su grandeza moral en aquella prueba viril de salvamento, el magnánimo caudillo, que montando cinco años más tarde por el mismo mes i casi en el propio día aquel mismo barco histórico, ordenó hundirlo para salvar su bandera?

XXV.

Por esa misma época, dentro de su vida civil i con el tesón propio sólo de las naturalezas superiores, el capitán de marina logró recibirse en Santiago de abogado. Sus ojos se inflamaron en el estudio, pero él perseveró. En esta situación de su vida, tuvimos la fortuna de verle por la primera i única vez, en una quinta de campo de Quillota, donde convalescía. Pero después hemos visitado con religioso respeto el estrecho i des-

vencijado aposento, dentro de cuyas paredes, cuando venía a Santiago a rendir sus exámenes profesionales, estudiaba. Hallábase aquí en la casa de su digna i anciana tía doña Clara Prat, que aun conserva en él su modesto mobiliario, calle de Mesías, núm. 56.

Sin embargo, cuando el capitán Prat asistía a la Universidad, vestía su mejor uniforme, i el día en que rindió su examen final ante la Corte Suprema, presentóse de gran parada a recibir las congratulaciones de sus jueces examinadores, que le interrogaron sobre presas marítimas. El digno magistrado don Alvaro Covarrubias ha dado después testimonio de la brillantez de aquel acto inusitado.

Señalaremos aquí otra manifestación jenerosa de la rectitud de su espíritu como ciudadano. Su tema legal para graduarse en la Universidad había sido la libertad electoral, esta mugre que ensucia el manto augusto de la República i que él baldeó con su pluma como si fuese la basura que sobre la cubierta de las naves deja el ollín de las chimeneas i la inmundicia de las cocinas.

Un lance todavía de aquella época i de aquella vida.

Conforme al ceremonioso formulario español de nuestros tribunales, el capitán Prat iba a penetrar en la sala de la Corte Suprema el día de su juramento, llevando ceñida al cinto la espada del Papudo. Mas el portero López detúvole, i sonriéndose se despojó de ella. Se ha dicho que esta fué la única vez que el capitán de la *Esmeralda* entregó su espada... pero no fué a un enemigo sino a un ujier...

XXVI.

Tenía todo esto lugar en 1875, i tres años después el capitán-doctor, que mantenía con buen éxito su estudio en Valparaíso, fué llamado a servicios de otro jénero, que requerían la

firmeza de su profesión de guerra i la sagacidad de sus últimos estudios.

«La República Argentina, en 1878,—dice de él su mejor biógrafo ampliamente citado en este estudio, a título de fraternidad en el trabajo,—con motivo de la cuestión de límites, había asumido contra nosotros una actitud arrogante i provocativa que hacía inminente la guerra.

«Deseó nuestro gobierno conocer detalladamente i por un juicio que fuese adecuado e inteligente, cuáles serían las fuerzas navales que tendría que combatir, cuáles sus hombres, la opinión pública, los recursos financieros; todo lo que constituía el ser de ese país que nos invitaba a luchar.

«Después de varios exámenes de individuos, nadie encontró más apto, más adecuado que el joven marino Prat; él, mejor que ningún otro, podía certificar evidencialmente i de un modo práctico todo lo que deseábamos saber.

«Se dió a su misión el carácter de agente confidencial, i mui luego nuestro gobierno hubo de congratularse en su elección. Prat fué allí perfectamente recibido: sus modales, su hermosa figura, la actitud marcial que le distinguía, le abrieron los salones de Buenos Aires i facilitáronle medios de conocer la armada en sus más íntimos i minuciosos pormenores.

«Fué allí, «el doctor Prat;» i así todos con respeto le llamaban, asegurando un diario de Montevideo, que era «un ilustre publicista,» cuando solo era un ilustre mudo.

«Dícese que el gobierno, temeroso que su nombre, ya conocido en nuestra marina, pudiera ser un obstáculo para cumplir su cometido, le indicó otro, lo que rehusó diciendo:

«Iré, señor, donde se me ordene ir; pero aquí como allá, yo deseo ser siempre Arturo Prat.»

«Era entonces cuando chanceándose con su esposa en cartas íntimas la decía:

«Son aquí (Buenos Aires) las señoras hermo-

«sas i espirituales; las niñas, sin saber que soy casado, me dan miradas amables... No te pongas celosa, porque tú, tú sola, compañera de mi vida, serás mi único amor!»...

«En esos días de ausencia, 29 de diciembre de 1878, ella le daba un tercer hijo que se llamó como él, Arturo» (1).

XXVII.

Otro detalle de esa misión tan delicada como audaz del capitán Prat, i que establece en la incesante continuidad de actos públicos i domésticos la perfecta i admirable unidad de su vida de hombre i de esposo, de guerrero i de diplomático.

Había recibido por todo auxilio del gobierno una letra sobre Londres, de 400 libras esterlinas, cuya venta le produjo en Montevideo 1796 pesos. Pues bien, de esa exigua suma, después de varios meses de trabajos activos, fructíferos i reservados (noviembre 19 de 1878—enero 18 de 1879) devolvió al Erario Nacional, con cuenta minuciosa de sus gastos, llevada en su cartera, la cantidad de 997 pesos, casi la mitad del caudal que había recibido, sin limitación para su representación en el extranjero.

Otro recuerdo, o, más bien, otro presentimiento del noble marino. Mientras vivió en Buenos Aires i en Montevideo el capitán-diplomático, no cesó de instar al gobierno a fin de que hiciese reparar de urgencia los calderos de sus tres corbetas de línea, antemural de la República, a la par con sus blindados. ¿Sospechaba ya desde entonces el capitán Prat, que la vieja *Esmeralda*, al estallar sus calderas, detendría su plan de abordaje, como aconteció en hora suprema i decisiva dentro de Iquique?

Excusado es agregar que la voz profética del

(1) BERNARDO VICUÑA, biografía citada

espíritu del jeneroso patriota no fué en manera alguna escuchada.

Tres meses más tarde las tres corbetas hacíanse a la mar, llenas de parches, i entonces para poner remedio, gastóse el triple en dinero i en angustias.

XXVIII.

Hallábase el capitán Prat desempeñando todavía su misión confidencial cuando estalló la guerra con las repúblicas vecinas i coaligadas del Pacífico, i en el acto, embarcóse para Chile, llegando a Valparaíso a fines de febrero de 1879.

Al pasar por la colonia de Magallanes, ocurrió un lance que es todavía un testimonio de la elevación silenciosa pero nunca desmentida de la grande alma del joven adalid. Enterrábase ese día a uno de sus compañeros de colejio, el teniente Garrao, que ejercía en la colonia el oficio de capitán de puerto. El capitán Prat asistió con tierno recojimiento a la ceremonia fúnebre, i al retirarse deslizó en manos del capellán de la colonia una moneda francesa de 20 francos, rogándole que hiciese algún sufragio por el alma del condiscípulo i amigo fallecido (1).

XXIX.

La actual guerra no fué nunca comprendida por los hombres que la mandaron hacer a la manera como se manda tejer una frazada en un telar indjéna o fabricar una torta en taller ajeno; de suerte que cuando el capitán Prat regresó al departamento, le relegaron al puesto subalterno e inerte de ayudante de la comandancia jeneral de marina.

Trabajado en tal coyuntura por irresistible

(1) Dato posterior comunicado al autor por el gobernador de la colonia de Magallanes, don Carlos Wood.

rubor, esta virjinidad del alma, privilejio sólo de la mujer i del héroe, el capitán Prat vivía como disfrazado, vestía de paisano i se escondía a las miradas del público i de sus compañeros detrás de las paredes de su estudio de abogado abierto en la calle que hoi en Valparaíso lleva, por esta misma causa, su imperecedero nombre:

«Me he decidido,—escribía en esta situación, desahogando su corazón ofendido en el de un amigo,—me he decidido a dejar el uniforme i vestirme de paisano. Me da vergüenza mientras mis compañeros parten a la guerra, quedarme aquí» (1).

«Mozo sublime!—exclamaba alguien a este propósito,—aguarda tu hora! El día que vengará tu heroica impaciencia, va a llegar.»

XXX.

I en efecto, nombrado primero asesor del almirante de la armada, en cuya condición cúpole la misión de notificar al prefecto de Tarapacá coronel Dávila, el bloqueo de Iquique, llevando a tierra un pliego que el último, cojido de convulsa rabia no pudo abrir, comisionóle en seguida su jefe para volver a Valparaíso por uno de los vapores de la carrera, i llevarle la *Covadonga*, el antiguo i querido esquife de sus primeras armas i de sus primeras glorias, que se reparaba lentamente en aquel apostadero.

Verificólo así el capitán emisario; i habiendo partido de Valparaíso el 3 de mayo en convoi con el *Ablao*, echaba su ancla en la rada de Iquique, iluminada por esplendente noche, el día 10 de ese mes, es decir, dos semanas escasas antes de su grandiosa hazaña, luz esplendorosa que en la noche de los errores alumbró a su hora la guerra i la salvó.

(1) Carta del capitán Prat a don Darío Riso Patrón Cañas, comunicada autógrafa por éste al autor.

XXXI.

Continuó el capitán Prat al mando de la *Covadonga* por algunos días durante el infructuoso cuanto fatal bloqueo de Iquique. Pero habiendo resuelto el contra-almirante Williams Rebolledo ir al Callao en demanda de la flota peruana, precisamente en los momentos en que ésta se alistaba para largar sus velas con rumbo a sus puertos del sur, trasbordó aquel jefe al capitán Thomson (que continuaba siendo por excelencia su hombre de guerra) de la *Esmeralda* al *Abtao*, destinado a servir de brulote, i confió al capitán Prat el mando de la vieja corbeta chilena, encargándole sostener durante su ausencia el bloqueo de Iquique junto con la *Covadonga*, ésta al mando del bravo Condell.

Tuvo lugar la partida de la escuadra chilena, compuesta de siete buques, al caer la noche del 17 de mayo de 1879, i esa tarde comieron todos los capitanes en el acorazado *Blanco Encalada*, nave almiranta. Los que partían mostrábanse llenos de gozo i libaban sus copas a la victoria en cuya busca iban. Pero notaron todos el ceño entre melancólico i airado del capitán Prat. Era eso porque se quedaba.

Mozo sublime! volvemos a exclamar aquí. Aguarda tu hora, porque esa hora va a llegar!

XXXII.

El capitán de la *Esmeralda* lamentaba indudablemente en los adentros de su alma no proseguir la estela de su almirante i de sus compañeros de armas que les llevaría a gloriosa batalla. Pero no por esto dejaba de comprender el riesgo inminente de un asalto a que con los buques más débiles de la escuadra, i que por lo mismo eran dejados atrás a manera de pontones, sin calderos i casi sin cañones, se exponía.

Por esto, al estrechar por la última vez la mano de su jefe—según éste lo ha contado solo recientemente—dijole al pié de la escala del *Blanco* estas palabras, cuyo sublime laconismo repercutirá, como el grito de Leonidas en los ecos de la más remota posteridad:—«Si el *Huáscar* me ataca *lo abordo*.»

I cuando llegó la hora, el invicto adalid lo abordó, cayendo el primero al pié de su torre.

XXXIII.

Entre tanto, i mientras esto sucedía en el litoral de Tarapacá, la escuadra peruana, cuyo nervio eran el monitor *Huáscar* i la fragata acorazada *Independencia*, habíase puesto en marcha el 16 de mayo, a media noche, rumbo de Arica. I de esta suerte las dos armadas rivales, que pudieron librarse franca batalla en el Pacífico, se cruzaron sin avistarse a la altura de Mollendo a las seis de la tarde i a la distancia de 60 millas el 19 de mayo de 1879.

Pero antes de llegar a su destino, supo el presidente Prado, que en la última venía, por un capitán inglés, el cual después se quitó la vida en la ciudad de Bath (el capitán Cross), que habían quedado manteniendo el bloqueo de Iquique solo la *Esmeralda* inerme i la diminuta *Covadonga*. I en el acto mismo, dándoles solo el tiempo necesario para renovar su carbón, despachó de Arica, con la velocidad de hambrientos buitres, sus dos acorazados, a las órdenes de los capitanes de navío Grau i Moore.

La hora presentida iba a sonar.

XXXIV.

«El miércoles por la mañana,—dice una de las mejores relaciones del combate de Iquique, escrita en su idioma nativo por un almirante escandinavo,—día 21 de mayo, se percibieron desde el

puerto de Iquique dos columnas de humo, mar afuera por el norte.

«En la misma ciudad se creyó al principio que era la escuadra bloqueadora que volvía. En la *Esmeralda* i *Covadonga* notaron, sin embargo, que los que venían eran enemigos: primero el monitor *Huáscar*, e inmediatamente después la blindada *Independencia*. Pero para cerciorarse, salieron los buques chilenos del puerto, i se dirijieron inmediatamente al encuentro de los desconocidos. No tardaron mucho en saber que no se habían equivocado.

«El *Huáscar* abrió el fuego. El primer cañonazo sonó a las 8.30 A. M., i fué esa la intimación de rendirse, hecha por el más poderoso al más débil. La aguda bala cayó en el agua precisamente entre la *Esmeralda* i la *Covadonga*, i fué recibida por un unánime i atronador grito de ¡*Viva Chile!* exhalado por las valientes tripulaciones de ambos buques. Ese viva fué seguido por un tiro de cada nave chilena.

«La lucha había, pues, comenzado; pero como hubiera sido demasiado desventajoso para los buques chilenos el pelear en campo abierto i mar afuera contra un enemigo bajo todos respectos superior a ellos, volvieron, defendiéndose al mismo tiempo, a la rada de Iquique.

«Allí, en ese espacio estrecho, pegados a tierra, en esa bahía que, por decirlo así, es abrazada por la ciudad i la isleta que tiene en frente, los chilenos obligaban a los blindados a batirse con menos ventaja, limitándolos en su libertad, tanto para moverse, como para hacer uso de su artillería, por dos razones: primera, por el deber de conservación propia; i segunda, para no dañar a la ciudad peruana situada mui cerca, detrás del enemigo.

«Llegados al puerto, colocóse, en efecto, la *Esmeralda* tan cerca de tierra como le fué posible.

«Esto le atrajo, por otro lado, la desventaja

de que desde la playa le podían tirar también, i no tardaron mucho en encontrarse entre dos fuegos.

«Además, despacharon del puerto botes armados con la intención de abordar los buques chilenos, que se hallaban ya atacados por todas partes.

«Entre tanto, las baterías de tierra estaban sólo armadas de cañones pequeños. Los botes de abordaje fueron con buen éxito rechazados, i huyeron.

«En tierra, además, habían puesto en juego todos los elementos disponibles para apagar el fuego que en diferentes partes habían prendido las granadas peruanas.

«Pero el ataque de tierra era el menos temible: la tempestad más violenta i más difícil de soportar fué la que estalló del lado del mar sobre los débiles pero intrépidos barcos de Chile. Los peruanos disponían de grandes cañones protegidos por blindaje contra unos cuantos pequeños i a descubierta que poseían sus adversarios.

«Dos de los buques más poderosos del Perú combatían contra dos de los más débiles de Chile. ¿Cuál podía ser el desenlace?

«Si hai algo que pueda hacer vacilar en la respuesta, sería a lo más la circunstancia de que a veces suele suceder que pequeños incidentes producen grandes resultados i que en la guerra casi nada es imposible» (1).

XXXV.

I ahora, después de escuchar la fría pero severa i verídica reseña del marino del norte que

(1) Relación del combate de Iquique leída en la Academia de ciencias navales de Stockolmo por el contra-almirante sueco conde de Stalkberg en octubre de 1879; i comunicada al autor por la señora chilena doña Enriqueta Cox de Jbáneg, residente en Stokolmo.

abre el combate, cedamos la palabra al propio enemigo i a su lengua de fuego, que esta vez era el alambre eléctrico i su chispa misteriosa:

Era el 21 de mayo de 1879 i amanecía.

La pintoresca ciudad de Iquique, pequeña Constantinopla de los médanos, despertábase perezosamente entre la bruma, destacándose sobre la parda colina sus elegantes minaretas.

Los centinelas peruanos, apoyados en sus fusiles i esparcidos como puntos negros en la extensa playa, aguardan la hora del relevo del primer cuarto. Las rondas nocturnas penetran de regreso por el zaguán de sus cuarteles. La ciudad militar entra en reposo... El pueblo civil, aletargado por el bloqueo, este sueño del mar, hosteza en sus almohadas de salitre. Calma profunda reina en la atmósfera, en el recinto, en el océano, en el firmamento que tenue luz tropical colora. Los bloqueos tienen el privilejio de convertir las bahías en ataúdes i los pueblos en cementerios. Eso era Iquique al amanecer del memorable miércoles 21 de mayo de 1879.

Solo las avanzadas de los muelles, listas para evitar los desembarcos nocturnos de los chilenos, creen divisar movimientos extraños i sospechosos en la flotilla bloqueadora.

La *Covadonga* voltejea inquieta hacia el norte, i al fin endereza su proa a ese rumbo, como peje-espada que ha divisado a la ballena i se alista al terrible i desigual encuentro. La *Esmeralda*, aferrada todavía a su ancla, aparece entre los reflejos de la alborada como enhiesta roca enclavada en la bahía.

De repente colúmbrase junto a la isla un lampo de cañón, i las colinas de la playa del Colorado, repercutiendo los ecos, llevan el sobresalto a todos los soñolientos moradores de la perezosa ciudad.

¿Qué ha acontecido?

Es la *Covadonga* que dispara el primer cañonazo de alarma a su consorte...

¿Por qué i para qué fin?

Ese cañonazo, en el sentido figurado de la guerra, quería decir sencillamente a las tripulaciones:

—¡Preparaos para pelear i para morir!

Condell i Orella, éste último con su vista de lince, habían reconocido los dos formidables encorazados del enemigo que, levantando crestas de espuma, venían en su demanda con toda la pujanza de sus poderosas hélices.

Entre tanto, nada de esto se apercibía en tierra.

El jeneral Buendía dormía como su nombre. Solo el vijilante Suárez, estacionado en la colina del Molle, sobre la espalda meridional de Iquique, tenía su caballo ensillado i velaba en su tienda. Belisario Suárez fué el jenio infatigable de la defensa de Tarapacá.

Por eso sus compatriotas vencidos en todas partes, hoi le repudian.

XXXVI.

Entre tanto, el hermoso reloj de la torre de madera, que ocupa el centro de la plaza de armas de Iquique, acababa de sonar las 8 de la madrugada; i los telegrafistas de todas las estaciones militares comienzan a instalarse tranquila i automáticamente en sus puestos, como de ordinario. Los telegrafistas, éstos artífices de emociones, a tantos centavos por palabra, son seres indiferentes, simples apéndices de carne i tendón, agregados a los apéndices de madera i acero de sus aparatos. Sus almas se asemejan a los sobres de carta, con la sola diferencia que no tienen goma, porque no tienen saliva. Su única misión es hacer hablar a secas al mundo i guardar estricto silencio. Son simples aisladores humanos, que hacen hablar a todos los hombres i a todas las razas, pero que no hablan ni pueden hablar... ¡Singular oficio!

El telegrafista de Iquique ha sentido el primer llamado de la mañana. Es el saludo del trabajo universal, que en todas partes despierta a la misma hora.

El ingeniero don Narciso de la Colina, muerto más tarde en el puesto del deber en Miraflores, i que llevaba nombre adecuado para un artífice de ferrocarriles, avisa al coronel Suárez que se ha dado orden para que ciertos carros de carga estén listos en cierto paraje de la línea. Es ese casi el tema exclusivo de todos los telegramas de la campaña de Tarapacá, que contiene en cerca de doscientas pájinas en folio el libro copiador de la oficina de Iquique, prisionero hoi en un armario, i del cual sacamos exclusivamente el argumento de esta narración conmovedora, pero rigurosamente histórica. Eran aquellos los pedidos cotidianos i repetidos cien veces en el curso del día: de víveres, de forraje, de bestias, de armas, de pólvora, i, sobre todo, de agua... El agua es el servicio eterno del telégrafo en los médanos. El desierto tiene sed, i, como el soldado de los húmedos valles de Chile, jamás se sacia hasta la hartura... El desierto es un enfermo incurable de hidropesía.

XXXVII.

El telegrafista ha trasmitido así el anuncio del ingeniero de la Colina i lo ha asentado con mano reposada en su libro copiador i en la pájina 82 de su cuaderno, cuando, un renglón más abajo, siéntese que su pulso se ha estremecido, como si la corriente eléctrica hubiese saltado de los alambres a sus dedos.

¿Qué ha acontecido otra vez?

Todo el secreto del drama está allí. Comienza la emoción; ajítase la concurrencia; el telón del océano ha sido descorrido por mano misteriosa, pero visible, i la tragedia heroica ha subido al escenario de la historia. Una muchedumbre

ávida i febril, de veinte mil espectadores, mitad soldados, mitad vecinos, está agrupada, como en el vasto circo romano, en la playa, en los muelles, en los balcones, en las rocas, en las azoteas. Los gladiadores han saludado al rei del anfiteatro i a la muerte, i la lid gigante comienza en la líquida arena.

El telegrafista acaba de anunciárnoslo con trémulas vibraciones de temor i de entusiasmo, que todavía llegan i todavía palpitan. Las copiamos con la fidelidad escrupulosa con que el facultativo cuenta los latidos del corazón del que se muere...

«Jeneral en jefe a coronel Suárez (mayo 21 de 1879, 8.38 A. M.)

«*Huáscar, Independencia baten a los buques chilenos Esmeralda i Covadonga.*»

I luego se lee esta línea como en forma de postdata: «*Que esté lista la división.*»

¡Lista la division del Molle, la división Cáceres, en que forman el Zepita i el Dos de Mayo! ¿Para qué?

Aquella no es cuestión de soldados ni de tierra.

Es una simple batalla de mar.

¡Ah! Pero los peruanos preven que los chilenos van a rendirse o a encallarse inmediatamente. Esto último será el máximum de su heroísmo de náufragos abandonados; i es preciso acordonar la playa, desde el Colorado al Molle, para que ni uno solo escape. Es indispensable que el círculo esté completamente formado como una trampa de hierro, como el círculo del alambre en la batería eléctrica. Así lo dice el jefe de Estado Mayor, Benavides, en su parte oficial de la tarde, i así lo hace.

Los Cazadores de la Guardia se agazapan como cazadores de liebres a lo largo de la playa del Colorado.

Los Cazadores del Cuzco completan la red i la caza en la otra extremidad de la bahía.

Los lobos del mar no tendrán por dónde huír.

Las divisiones *están listas*.

I era en ese preciso momento de las pusilanimidades minuciosas, de las victorias baratas, cuando el capitán Prat, pálido, pero sereno, tranquilo, sublime, completamente dueño de sí mismo, dueño de su voz i dueño de su buque, rudo i casi inmóvil, pero convertido por el heroísmo en roca, arenga a su tripulación desde el alcázar, i señalando con su espada el tricolor que flota dulcemente con la primera brisa en los mástiles, díceles estas palabras, que oyó el Pacífico en todas sus lindes:—*¡Esa bandera no se ha rendido nunca!*

La orden del día de la gran jornada estaba dada, i los dos barcos se acercaban como para darse de viva voz el último adios de los que van a morir lidiando.

—*¡Seguid mis aguas!* grita el capitán Prat con su bocina, i la vibración del telégrafo, como si hubiera cojido en el espacio la entonación heroica, llevaba al Alto del Molle este eco, seco como el rechinar de las espadas en un duelo:

—*Siguen batiéndose!*

BUENDÍA.

XXXVIII.

En esos precisos momentos una embarcación pasa por el costado de la *Esmeralda*; i una mujer que estrecha contra su regazo tres tiernas criaturas pide, con la voz temblorosa del espanto, socorro i albergue a los chilenos.

Es la mujer del piloto Stanley «el hombre ínterno» de los peruanos, que huye de su pontón, cojido entre dos fuegos, mientras su marido huye en el *Loa* hacia Antofagasta.

I entonces, rasgo a la vez sencillo i grandioso, que ha sido referido con el apropiado nombre de «una galantería en el martirio,» el capitán Prat baja del alcázar, se acerca a la mura de su buque

convertido en un castillo de fuego, i alzando cortesmente de sus anchas sienes su gorra de combate, la misma con que una hora hacía había saludado el oriflama de la patria invicta, díjole estas palabras de esquisita cortesía:—«No tenga cuidado, señorita!»—i mostróle el rumbo de salvación hacia la playa del Colorado, que los peruanos comenzaban a coronar de tropas, asustadas por el heroísmo (1).

XXXIX.

Sobreviene aquí en el libro de las peripecias del combate un instante de pausa, que parece trazado por toscos rasgos de pluma en el papel mudo i rayado a máquina, como las cuentas de vulgar mercader.

Pero los jefes peruanos que presencian las diestras evoluciones de los dos barcos encerrados i sin esperanza, necesitan llevar aire a sus pulmones, aliento a sus pechos. Necesitan hablar i hablan.

El telegrafista no ha tenido suficiente calma para mirar el reloj suspendido al muro fronterizo de la máquina, i no ha apuntado la hora.

Pero deben ser apenas las nueve de la madrugada, i Buendía dice a Suárez estas dos palabras, que no son sin embargo la victoria ni sus alas:

¡Llevamos ventaja!

BUENDÍA.

I el entendido capitán del Alto, comprendiendo a la distancia, por esa sola frase, que no es mansa oveja la que el lobo acorrala, sorprende

(1) Esta escena se halla prolijamente contada en un memorial en inglés, que el piloto Stanley presentó más tarde al gobierno de Chile, detallando sus sufrimientos i los de su familia.—Esta fué reducida a prisión i tratada por las autoridades peruanas de Iquique con un lujo de crueldad que espanta. En ningún pecho, en la playa peruana, brilló en esas horas ni el más leve reflejo de la magnanimidad de Prat.

al jeneral en jefe desde la altura con este consejo de acertada mira militar:

Batería de tierra será bueno cañonee a buque cerca de tierra.

SUÁREZ.

Ejecútase el consejo sin tardanza, i el barco chileno, como el león mañoso i envejecido de la serranía andina, que los vaqueros tienen cojido dentro de un círculo de cardones encendidos, visibles como nocturna lumbre desde la llanura, dispara a la vez sus dos baterías al mar i a la playa, asemejándose a un volcán en erupción...

Fué en ese momento preciso i terrible cuando la *Covadonga* doblaba la punta de la isla de Iquique i perdía de vista a su gemela. I al notar sus marineros las llamaradas de sus disparos por andanadas, i el fuego de su fusilería i el de la jente de tierra, creyeron que la *Esmeralda* había volado antes que rendirse...

Por esto el primer telegrama del 24 de mayo, vía de Tocopilla, vía de Chacance, vía de Caracoles i vía de Antofagasta, tenía el laconismo siniestro i rápido del relámpago, i decía así: *La Esmeralda, antes de rendirse, se voló...* Simple engaño de hora i de retina. La *Esmeralda* hacía, dos horas más tarde, algo mucho más grande i más inusitado: impasible, indomable, taimada i grandiosa, íbase a pique con la bandera al tope como el *Vengeur* de Francia!

XL.

Pero en ese momento, con la goleta que escapa como gaviota herida, perforado su flanco de babor por una granada del *Huáscar* que se lleva de camino una noble vida, cambia la decoración, el escenario, los corazones, los latidos del alambre.

—*¡Buque enemigo proa Cavaucha!* exclama Suárez a caballo sobre el Molle, viendo venir el

barquichuelo como bruto desbocado hacia la playa que domina desde el Alto; i como si sintiera a pesar suyo el mismo recelo que hizo exclamar a Buendía en el primer arranque del combate:—*¡Que esa división esté lista!* el segundo jefe del ejército peruano pregunta a su superior en el anuncio telegráfico:

—*¿Mando fuerzas?*

Era el cierzo helado de la duda i la zozobra que comenzaba a soplar en las caletas del desierto:—la *paraca* venía esta vez proa del norte...

El jeneral Buendía, comprendiendo la ansiedad de su segundo, junto con la inminencia del peligro i de la caza, respondió:

—*Esté listo en su puesto. Disposición tomada.*

BUENDÍA.

Era ese el—*All right!* de Condell, dicho con la fraseología del que manda para vencer, no del que obedece para morir.

XLI.

Deslízanse ahora varios minutos, que son siglos. El telegrafista de la máquina de Iquique ha perdido toda posesión de sí mismo.—Es dueño del manubrio del aparato, pero no es dueño de su alma ni de su pulso. Las líneas que copia se hacen fuego en espirales, como los buques que pelean en la rada, i el desatentado obrero maltrata la ortografía de la lengua, como la *Covadonga* maltrataba en esa hora a su enorme perseguidora.

Comienza el vértigo en la tierra i en el mar la grandiosidad.

La inquietud ha vuelto, en efecto, a aparecer tras el estambre del papel de los recuerdos, como apareció en la madrugada tras la bruma. Las líneas se tuercen, el martinete está mudo, la

ojos siguen por encima de la colina los rumbos encontrados de la incertidumbre.

Son las once de la mañana i todavía no circula por los alambres esta palabra, que es siempre rápida como la centella:—¡Victoria!

La *Esmeralda* se resiste i pelea.

La *Covadonga* huye i pelea.

Esa es la única faz de la batalla.

Una sombra pasa por la frente del jeneral en jefe, que el sudor empapa, i pregunta:

—¿Qué hace la «Independencia»?

BUENDÍA.

I el eco del Molle, apagado por el estrépito lejano del cañón, le contesta en el apunte gráfico del libro:

¡Persigue buque chileno!

SUÁREZ.

El sobresalto aumenta.—¡Cómo! La *Independencia*, fragata poderosa, que traga los vientos i las olas en su marcha triunfal, ¿no ha dado caza todavía al barquichuelo fujitivo?...

Al sobresalto sucede el asombro, i el jeneralísimo peruano vuelve a preguntar a los que están en el divisadero de la altura:

¿Qué hace la «Independencia»?

BUENDÍA.

I Suárez, enervado, inmóvil sobre su montura, con los ojos fijos en el mar plácido que se mece a los piés de su caballo, contesta secamente otra vez:

¡Persigue al «Covadonga»!

SUÁREZ.

XLII.

Ocurre aquí en el libro de cuyas páginas copiamos, con la fidelidad nimia de los lapidarios, estos rápidos diálogos de la batalla naval de Iquique, algo de extraño i singular.

Nadie ha preguntado i nadie ha respondido.

Pero son o han debido ser las doce del meridiano, i el telegrafista, sin el dictado aparente de nadie, ha escrito medio a medio de la página, como quien escribe un epitafio, estas palabras, que son el resumen de la espantosa tragedia:

«*Esmeralda*» a pique.

Baró «*Independencia*».

¿Quién dictó esas líneas? ¿El hombre, el viento, el cañón lejano... o fué el alma de los que del fondo de la ola i de los barcos sumerjidos subían al empíreo, sembrando el espacio de quejidos i de gritos de fracaso i de victoria?

El libro mudo i misterioso no lo dice (1).

XLIII.

I en efecto, pasados los azares de la primera

(1) En el parte oficial del sub-jefe de estado mayor del ejército peruano de Tarapacá, don Antonio Benavides, cuyo documento fué apresado más tarde en Pozo Almonte entre los papeles del Estado Mayor peruano, cuando éste, después de la batalla de San Francisco, huía hacia la quebrada de Tarapacá, se leen también los siguientes significativos i sinceros párrafos, verdaderos boletines de la gloria de Prat i de la marina de Chile escritos por la pluma de un enemigo:

«Como al norte del puerto estuviere empeñado el combate entre el *Huáscar* i la *Esmeralda*, ésta, huyendo, se acercó tanto a la playa de la ensenada del *Colorado* que se supuso también que allí se rendiría. Queriendo aprovechar, como en Molle, si desembarcaban prófugos, se destacó al batallón número 7 Cazadores de la Guardia, que fué situado a la ceja de dicha ensenada, ordenándose además a la brigada de artillería de la primera división viniera inmediatamente a ocupar un puesto desde el que podría dirigir sus fuegos a la *Esmeralda* con algún provecho. Así se verificó, i en cuanto las piezas rompieron sus fuegos lo mismo que nuestros nacionales que guardaban ese punto, fueron contestados por la artillería de dicho buque i su guarnición por el espacio de media hora, habiéndose visto obligado por esto a abandonar el puerto haciendo rumbo al norte. Entonces el *Huáscar* a toda máquina se fué sobre él, i después de un rudo choque lo echó a pique a las 11.40 A. M. SUCUMBIENDO HEROICAMENTE con sus tripulantes.»

Este parte oficial lleva la fecha del 21 de mayo de 1879, es decir, que fué escrito el mismo día del combate.

hora, cumplida la promesa del héroe sobre el puente del *Huáscar*, enterrado el glorioso aborador por la mano de un noble extranjero junto con sus bravos secuaces, Serrano i Aldea, el capitán del monitor peruano, como humillado por su dolorosa victoria, pero enalteciendo su alma de marino con exclarecida magnanimidad, juntó hasta los más pequeños arreos del ínclito mártir, i como si fueran otras tantas reliquias, enviólos a su esposa con la siguiente carta, que es el más digno apoteosis de la titánica hazaña:

«MONITOR «HUÁSCAR.»

«Pisagua, junio 3 de 1879.

«Dignísima señora:

«Un sagrado deber me autoriza a dirigirme a Ud. i siento profundamente que esta carta, por las luchas que va a rememorar, contribuya a aumentar el dolor que hoy justamente debe dominarla.

«En el combate naval del 21 del próximo pasado, que tuvo lugar en las aguas de Iquique, entre las naves peruanas i chilenas, su *digno i valeroso esposo*, el capitán de fragata don Arturo Prat, comandante de la *Esmeralda*, fué, como usted no lo ignorará ya, víctima de su *temerario arrojo, en defensa i gloria de la bandera de su Patria*.

«DEPLORANDO TAN INFAUSTO ACONTECIMIENTO i acompañándola en su duelo, cumpla con el penoso i triste deber de enviarle las para Ud. inestimables prendas que se encontraron en su poder, i que son las que figuran en la lista adjunta. Ellas le servirán indudablemente de algún consuelo en medio de su gran desgracia, i por eso me he anticipado a remitírselas.

«Reiterándole mis sentimientos de condolencia, logro, señora, la oportunidad para ofrecerle mis servicios, consideraciones i respeto con que

me suscribo de Ud., señora, muy afectísimo seguro servidor.

«MIGUEL GRAU (1).

XLIV.

Llegado es el momento de poner término a este ensayo que por su figura culminante, su punto inicial en la guerra i el ámbito inmenso en que estaba llamado, como ejemplo, a ejercitar su acción posterior en el mar como en la tierra, debía de fuerza abarcar el mayor espacio en el *Album de la gloria*. I como de preferencia hemos aceptado en esta reseña de vida tan preclara el testimonio ajeno al nuestro propio, estampado ya en otros libros (2), va a sernos lícito invocar aquí

(1) Hé aquí el inventario de los objetos que el jefe peruano envió jenerosamente a la viuda del héroe i que ésta guarda como dentro de un santuario:

INVENTARIO DE LOS OBJETOS ENCONTRADOS AL CAPITÁN DE FRAGATA DON ARTURO PRAT, COMANDANTE DE LA CORBETA CHILENA «ESMERALDA», MOMENTOS DESPUÉS DE HABER FALLECIDO A BORDO DEL MONITOR «HUÁSCAR».

Una espada sin vaina, pero con sus respectivos tiros.

Un anillo de oro, de matrimonio.

Un par de jermelos i dos botones de pechera de camisa, todo de nácar.

Tres copias fotográficas, una de su señora i las otras dos probablemente de sus niños.

Una reliquia del Corazón de Jesus, escapulario del Carmen i medalla de la Purísima.

Un par de guantes de Preville.

Un pañuelo de hilo blanco, sin marca.

Un libro memorandum.

Una carta cerrada, i con el siguiente sobre-escrito:

«Señor J. Lassero.

«Gobernación marítima de Valparaíso.

«Para entregar a D. Lorenzo M. Paredes.

Al ancla, Iquique, mayo 21 de 1879.

El oficial de detall,

P. RODRIGUEZ SALAZAR.

(2) Para más prolijos datos, especialmente sobre el combate de Iquique, puede el lector consultar *Las Dos Esmeraldas*, (1879) i la *Historia de la Guerra* (1880-1882), *El Combate Homérico*, brillante cuadro del señor Grez, la *Biografía de Prat* por los señores Medina i Guerrero, etc., etc.

la voz más querida que endulzó las fibras del guerrero i apasionó con mayor vehemencia su entusiasta corazón. Porque así, i de prestado, dentro del propio santuario, sabremos todos lo que fué en sus santas intimidades aquel gran espíritu, conservado hasta hoí en ánfora de lágrimas.

Es su propia esposa la que habla, i así desde el fondo de su corazón de mujer i de su pecho de esposa, mediante jenerosa condescendencia que empeñará eternas gratitudes, vierte en el papel el blando i oloroso bálsamo (1).

XLV.

.....
 *Arturo, cuando niño, era vivo i juguetón, pero al mismo tiempo mui dócil. Se distinguía por su inmenso cariño hacia su madre. Muchas veces, para tenerlos en sosiego a él i sus hermanitos, ésta les decía que ella querría más al que estuviera más tiempo a su lado, i era seguro que Arturo dejaba de jugar i pasaba largas horas junto a ella para ser el preferido de su mamá. Era aplicado, observador i le gustaba saber el por qué de todas las cosas, i su padre, que talvez presentía lo que ese niño podía llegar a ser más tarde, se complacía en satisfacer todas sus preguntas. Tenía mui buena memoria i supo aprovechar i conservar las lecciones i consejos de toda clase que en su niñez recibió de su tierna madre.

«Cuando él apenas contaba seis o siete años, ella le enseñó los principios de la música, i más tarde, sin más que estas escasas nociones, ayudado de su natural constancia i paciencia, Arturo consiguió aprender algunas romanzas que eran

su más agradable distracción en sus horas de descanso, durante las fatigosas estaciones de Magallanes o Mejillones, en las que casi nunca saltaba a tierra.

«Es imposible imaginar una vida más pura i arreglada. Me refería uno de sus más íntimos amigos i compañeros, que Arturo era tan serio desde muchacho, que siempre les censuraba sus lijerezas. Por esto le decían que él era para ellos una especie de *opinión pública*.

«Fué desde niño mui prolijo para todo. Cuidadoso de su persona i de su casa, nunca estaba desocupado, i aún en las visitas que hacía a las personas de su familia, se ocupaba de arreglar lo que estaba en desorden o de hacer alguna cosa útil; así es como algunos de sus más próximos parientes conservan varios trabajos de su mano, como cajitas curiosas, habiendo obsequiado a su padre un escritorio trabajado por él mismo e iluminado varias fotografías, entre ellas la de su abuelita, la de la interesante esposa de usted i la de nuestra hijita Blanca Estela.

«Era tal el cariño hacia sus padres i el deseo de verlos tranquilos i felices, que a veces se privaba hasta de ir al teatro, que era su distracción favorita, por no gastar ese dinero en simples pasatiempos cuando podía emplearlo en cosas más necesarias.

«Sí, como hijo amante nada dejaba que desear, como esposo i como padre, puedo asegurarle que fué un modelo de ternura.—Quería compartir conmigo hasta los más íntimos cuidados de la familia. Así me escribía en una ocasión desde Mejillones:—«A cada momento me parece que te veo rendida de mecer a nuestra hijita, sin que a tu lado esté yo para ayudarte a compartir, aunque sea en pequeño, tus trabajos: lo único que me consuela es que en esta vida todo es relativo; *hai placer porque hai dolor*, i a la grandeza de éste corresponde la intensidad de aquél.»

(1) A petición nuestra, la digna señora Carmela Carvajal de Prat se sirvió escribir estos apuntes íntimos en mayo de 1880, i con motivo del primer aniversario del combate de Iquique. Están contenidos en una carta escrita a nuestro amigo don Jacinto Chacón, en Curimón, el 14 de mayo de 1880.

«Era por carácter reservado i nunca hablaba más de lo necesario, pero era mui minucioso i expansivo para escribir; en sus cartas no se olvidaba de nada ni de nadie.

«Quien lo hubiera visto en el seno de la familia, tratando de aliviarme en lo posible en el cuidado de los que él llamaba sus tiernos ánjeles, no habría podido reconocer en él al marino austero, al jefe estricto.

«Recuerdo que el día de nuestro enlace, un jefe que lo apreciaba mucho, pero que solo lo conocía bajo este último aspecto, decía a uno de mis hermanos: «El joven es cumplido, es una alhaja, pero es mui tirante.»

«Amaba a nuestra hijita con delirio i jugaba con ella como un niño; pero una vez que se ponía a trabajar, ya no había para él más que sus papeles i sus libros; se contraía de tal manera, que ni la bulla de los niños le interrumpía ni molestaba.

«Nadie mejor que usted sabe con cuántas dificultades tuvo que tropezar para realizar su propósito de recibirse de abogado. Toda mi esperanza era que una vez recibido se retirara de la marina, que presentía me sería tan funesta, pero nunca pude decidirlo.—A este respecto me escribía en 1874:

«La idea de abandonar la marina me es anti-pática i, a la verdad, solo impelido por poderosas razones me decidiría a hacerlo. No cuento entre mis defectos la inconsecuencia.—Mientras no posea un nombre, si no respetable, al menos de mérito, como abogado, debo conservar el de marino, que me lo ofrece, i llevar *como accesorio* el otro.—No tengo ninguna mezquina ambición; ni los honores ni la gloria me arrastran, pero creo puedo servir en algo a mi país en la esfera de actividad tanto del uno como del otro.»

«Tenía gran confianza en Dios i la esperanza segura de una vida mejor. Así es que jamás se abatía por los reveses de la vida. En esta con-

vicción, siempre me repetía: «*Dios nos guía*, i lo que sucede es siempre lo mejor que debe suceder.»—En 1874 me escribía, a propósito de la muerte de una amiga mui querida: «El pesar que esta desgracia me ha causado ha sido mayor por afectar tan de cerca tu tierno corazón i hallarme tan lejos para enjugar tus lagrimas i fortalecerte a tí en la resignación, ya que no fué posible recibir su último adios. Entre tanto, mi amiga, quédenos el consuelo, para los que creemos en una segunda vida, que la virtuosa matrona que hemos visto desaparecer de la vida temporal goza para siempre de la espiritual; que la buena esposa, la tierna madre, la abnegada amiga del pobre i del poderoso, le han conquistado.»

«Deseando que ésta llene el objeto que usted se propone, tiene el gusto de saludarlo su afectísimas atenta servidora.—*Carmela Carvajal de Prat.*»

XLVI.

Después de este nombre,—suave perfume de una tumba delante de la cual los chilenos estarán mañana postrados de rodillas, fresca corona de flores envuelta en los tules de eterna viudedad,—sólo queda un deber para el compajinador humilde: arrodillarse sobre la lápida todavía sin nombre en el cementerio o en el pedestal de Chile, i esculpir en ella el ósculo de la eterna reverencia del imperecedero culto del amor a lo grande i a lo excelso.

I porque nó?

Contemplemos, bajo todas sus faces, cómo ha de mirarse en la cúspide del orgulloso monumento de glorificación que en la playa chilena le aguarda después del prolongado secuestro en bóveda extraña i de comercio.

Examínesele en toda su vida i en su última hora.

Niño, tiene el heroísmo del hogar.

Adolescente, ama como los paladines de la leyenda.

Marino, casi desde la cuna besa el Océano en la frente i se mece en él, en sus olas azules, en sus tradiciones de gloria, en sus batallas de media noche, como si hubiera nacido entre sus crestas.

Nombrado para tomar al abordaje a la *Covadonga* en el puerto de Coquimbo, escribe a su madre que la idea de aquella empresa le sonríe como sus propias caricias.

Captor de la nave española, envía íntegra a su techo su cuota de presa, haciendo del patrimonio del bravo el báculo de padre anciano i abatido.

Náufraga la *Esmeralda* en la rada de Valparaíso, lánzase de su lecho donde le retiene la fiebre, i sálvala.

Como Lee, «el gran Virjino», Arturo Prat cree que la cosa más grande de la vida es el deber. I de esta enseña santa no aparta jamás los ojos, desde el aposento del aula infantil hasta su última mirada al invicto mastelero en cuyo tope flota invicto pabellón.

Se ha dicho, en efecto, i se ha creído, que hubo en Iquique un grande i pocas veces visto heroísmo de soldado.

Húbolo, a la verdad, en todos, i en Arturo Prat más alto que en otro alguno, excepto tal vez el heroísmo guerrero de Ignacio Serrano, este Ajax de nuestros mares.

Pero el heroísmo jenuino, propio, tranquilo, inmutable como la roca, bruñido como el bronce, sublime como la luz que alumbrá las mañanas de los Andes, es el heroísmo del deber que Arturo Prat ostenta al pié de la colina de Tarapacá.

¡Recordemos!

Avisanle que invencible enemigo se acerca...

Pero el capitán no se inmuta, ni se atropella, ni se aparta una línea del trazado de acero del deber, del orden de batalla que la Ordenanza prescribe para el mar:—«¡Sale a reconocer!»

Es la escuadra enemiga que viene ufana, provocadora, invencible... No se inmuta por esto el adalid, que encierra en su personalidad todas las responsabilidades del deber propio i colectivo, i se limita a gritar con voz de aliento:—*Muchachos el combate es desigual!*... Asciede entonces el capitán glorioso al alcázar de su nave acometida por los buitres del Norte... I entonces, i con palabras de hombre i de jefe, latiendo desahogado el valiente corazón dentro del pecho i sonora la lengua en la garganta, empapada en el calor de las fauces, anima a los suyos a morir como chilenos:—«¡La bandera de Chile no se ha rendido nunca!»

La vibración de aquella alma i de aquella voz repercute en la nave entera de la cubierta a la cofa, del bauprés a la hélice, i el capitán de mar, que ha recibido esa bandera i su custodia, sabe que nunca será arriada.

Esto, como prenda moral, sobra a su pecho i a su mando.

Pero el hombre, el gladiador, el camarada, acuérdase que si el fragor del bronce es el himno de la batalla, el músculo del combatiente es la victoria; i entonces, sereno, impassible, sublime siempre, pregunta:—«¿Ha almorzado la jente?»

XLVII.

I hecho todo esto, que es sólo el deber i sus cimas opacas o luminosas, (que esto poco importa) el héroe cabal, que no se ha desmentido en uno solo de los grandes actos de su vida, en una sola de sus voces de mando en la última maniobra, pone la proa al sepulcro i dice tranquilamente a su bravo lugar-teniente:—*¡Seguid mis aguas!*

I todavía, cuando paseando segura mirada por la borda divisa que todo está ejecutado dentro del deber postrero, que es el martirio, grita a todos los que le obedecen i se doblegan como si

fueran sólo la sombra de su cuerpo, al eco de su bocina de bronce:—*¡Cumplid ahora vuestro deber!*

XLVIII.

I mas adelante del sacrificio, cuando el cañón ha tronado durante tres horas, i viénese desolado sobre el flanco de la frágil nave, rota por las balas, enfurecido monstruo enemigo con sus hocicos de hierro trabados i enhiestos, acusando que en el fondo de sus entrañas está aposentada la muerte, el caudillo inmortal salta sobre su lomo como para asirle la indómita garganta, i al caer exánime deja al vencedor lo único que los héroes antiguos solían dejar en el campo enemigo: su espada i su cadáver...

Su broquel, que sería devuelto al hogar, era solo el retrato de su esposa i de sus hijos, que nunca apartó del corazón ni como atavío ni como memoria.

XLIX.

Lo que constituye por esto la grandeza peculiar del heroísmo de Arturo Prat, lo que lo hace único e insuperable por otros heroísmos, es su maravillosa, nunca interrumpida, pareja, acerrada, impasible unidad.

Como Bayardo, su nombre recorrerá la historia sustituido por una leyenda, nombre de pila de la gloria.

Arturo Prat ha pasado por la doble prueba del crisol de fuego en que hierva la envidia i del crisol de arcilla en que reposa el olvido.

En el fondo del primero no se ha encontrado un solo vestijio de hiel.

El fondo del último está todavía lleno de lágrimas...

La gloria de Arturo Prat es una gloria completamente liquidada: es un finiquito de la inmortalidad que nunca jamás será revocado.

L.

La vida i la muerte de Arturo Prat confúndense, así, en una sola intuición, en una sola voluntad, en una sola luz, como la del diamante que el lapidario acaba de laminar con el cincel; es la gran unidad del deber, que comienza en la cartilla i acaba en el salmo que los moribundos de ánimo entero recitan junto con el sacerdote en el dintel del mas allá...

De aquí la talla colosal de este chileno, que ayer era solo escondida juventud.

De aquí que el nombre de Arturo Prat no sólo sea un emblema de la nación chilena sino una leyenda, una admiración, una figura aparecida en luciente relieve en el horizonte que el Océano abre a todas las naciones.

LI.

Como Pablo Jones, el tipo de mar de la América del Norte; como Gravina en Trafalgar, como Canaris en Grecia, como Cochrane en el puente de la primera *Esmeralda*, Arturo Prat es el héroe del mar entre todos los pueblos, aquel a quien el vulgo canta, la ola arrulla, el nauta invoca en el peligro, la tempestad destaca sobre el puente, asido al timón, dando el rumbo sobre la cofa, jenio i salvador a la vez que el Océano resucita en todos sus enojos como para aplacarse a su voz.

LII.

I otra vez, por esto, lo decimos al concluir, i cuando el tiempo enfriando los ánimos i los momentos solo deja paso a la convicción tranquila i al fallo justiciero.

Arturo Prat, como marino de Chile, fué por la pureza i la grandiosa unidad de su vida un verdadero semi-dios de la antigüedad.

LIII.

Una cosa de gran dolor quedanos todavía por agregar a estas memorias de una vida sin tacha, de un holocausto sin ejemplo, de la mas grandiosa magnanimidad de nuestra historia. Es una voz de la tumba. Es una reclamación suprema i urgente ante la posteridad.

¿Por qué, en efecto, mientras la mano de la patria enlutada, de la amistad solícita, de la tierna fraternidad, o simplemente de la misericordia de los buenos, ha devuelto al suelo blando de la cuna los despojos queridos de los que en el páramo cayeron, sin exceptuar los más humildes; por qué yacen todavía casi insepultas, bajo una plancha de hierro destinada a guardar, no los trofeos siquiera de la guerra sinó los fardos del comercio, después de un lustro casi completo de resignación i espera, las santas cenizas del héroe inmortal?

¿Qué se aguarda?

¿Acaso la erección de suntuoso monumento confiado a la morosidad extranjera?

¿Acaso el regreso a sus lares del último barco, del último soldado, del último cadáver?...

¡Ignorámoslo! Pero al poner fin a la vida del campeón de Iquique, escrita cincuenta meses después de su inmolación, la espina del remordimiento se atraviesa en nuestra garganta i como una voz secreta, salida de olvidada i casi profanada tumba, nos acusa.

I lo único que en semejante dolor alivia i alza el ánimo, es la esperanza de que la hora del apoteosis no se halla lejos, que el cincel del arte labra ya el cáliz destinado a recojer las últimas lágrimas, que el semi-dios de la historia va al fin a encontrar en los dinteles de su cuna el altar marmóreo que consagrará, con los reflejos del bronce enemigo herido por el sol de Chile, su ínclita, inmensa, imperecedera gloria.

DON TRISTAN CHACON

CAPITÁN DEL 3.º DE LÍNEA.

I.

UÉ un verdadero sacudimiento eléctrico el que ajitó el alma de Chile cuando la *Magallanes* condujo a Iquique i el alambre

a Santiago, en la mañana del 7 de junio, la espléndida, si bien no inesperada noticia, de que la plaza de guerra de Arica había sido tomada por los chilenos a la bayoneta.

Todas las ciudades se cubrieron de banderas, pusieronse a vuelo las campanas i durante dos días no se oyeron sino alegres repiques, cantos i las salvas del cañón.

II.

Pero junto con la pública alegría quedaba en el fondo de todos los corazones la punzada de un vivo pesar. Ese dolor era justo, porque entre montones de jenerosos cadáveres, habían caído en la heroica repechada del Morro histórico dos hombres que tenían alma de soldados i que encarnaban entre éstos el espíritu de Chile.

Eran esos valientes el comandante del 4.º de línea, don Juan José San Martín, muerto a la cabeza de su rejimiento al pie de la fortaleza del Morro, i el capitán del 3.º de línea, don Tristán

Chacón, inmolado a la cabeza de su compañía en la brecha del «Fuerte-Ciudadela».

III.

Hemos ya contado la vida del primero de aquellos capitanes, hijo de Chillán, en las páginas de este libro. Ahora, por el orden del escalón en la gloria i en la graduación militar, corresponde un último recuerdo al bravo capitán del 3.º, hijo de Santiago.

IV.

Tristán Chacón había vivido sólo 30 años, no cumplidos, porque nació en Talagante, o mas propiamente en Melipilla (como Santa Cruz, los dos Sotomayor i los cinco Serrano), el 17 de agosto de 1850. Consérvanse todavía en respectable hogar en la primera de aquellas poblaciones sus dignos padres, don Francisco Chacón, que ha sido el subdelegado-patriarca de Talagante durante los últimos años, i la señora Celedonia González, que hoy vive sólo para llorar.

Tristán Chacón tenía más o menos la misma edad que el teniente abordador de Iquique, su paisano de cuna, i, como éste, manifestó desde temprano viva inclinación por la carrera de las armas. A la edad de siete años jugaba a los sol-

dados en la calle ancha de Talagante, i como era ágil i regordete, su buen padre habíale puesto con orgullo un glorioso nombre que electrizaba al travieso chico. Llamábanle en su casa "el jeneral Bulnes", entonces en el apojeio de su renombre.

V.

En 1866 obtuvo el niño Chacón una beca efectiva en la Academia Militar, i después de cuatro años de bien aprovechados estudios alcanzó el grado de subteniente en el ejército de línea. Tenía esto lugar el 12 de enero de 1870.

El alférez Chacón fué destinado al 3.º de línea, i desde que pisó los umbrales de su cuartel en las fronteras no abandonó un solo instante la bandera de su cuerpo. Todo lo contrario. No la abandonó, como más adelante lo veremos, ni aun para morir.

VI.

Cuando a fines de octubre de 1879, nuestro ejército púsose en marcha desde Antofagasta para invadir i castigar al Perú, Tristán Chacón era solo teniente del 3.º, pero habiendo muerto en la primera noche de navegación del convoi el capitán de su compañía, el desgraciado i viejo soldado don Silverio Merino, cúpole encontrarse en el campo de San Francisco a la cabeza de su compañía, que era una de las guerrilleras del 3.º

Dejémosle contar a él mismo, en carta a su digno padre i con el lenguaje de la intimidad, su participación en aquel combate memorable. Sábase que el 3.º formaba ese día la extrema izquierda de nuestra línea de batalla i que tenía orden de defender a toda costa el paso del ferrocarril que conducía a la copiosa aguada de Dolores, vida del ejército, i objetivo verdadero de la batalla.

"En esta situación,—dice el capitán Chacón en

carta escrita tres días después del combate,—me llegó la hora que deseaba. Recibí la orden de atacar al enemigo con mi compañía tendida en guerrilla. Inmediatamente dí cumplimiento a ella i comprendí mi responsabilidad. Llevaba 150 hombres de combate bajo mis órdenes i era necesario mirar por el honor no solamente mío sino del regimiento, pues era la única compañía que se desprendía de él para avanzar hacia el enemigo. Pero, en fin, ¿para qué hablarle tanto de mí mismo? Concluiré diciéndole solamente que estoy contento i sin novedad la que me queda. Perdí algunos hombres en el combate, pero muy pocos.

"He recibido felicitaciones de muchos i he merecido ser recomendado especialmente entre todos mis compañeros por el comandante del regimiento al señor jeneral en jefe. Esto me basta."

VII.

El capitán Chacón participó de la justa i jeneral impaciencia que dominó a nuestro joven i brioso ejército durante los cien largos días que una extraña política les retuvo (como más tarde en Tacna) en la más deplorable inacción bajo la lona inclemente del desierto. Pero ni la fé ni el patriotismo desertaban de la tienda del joven capitán del 3.º por un solo instante. "Espero que en 15 días más,—escribía, por el contrario, a uno de sus apreciables hermanos desde su campamento de San Antonio el 22 de enero de 1880,—nuestras armas habrán dado un día más de gloria a la patria en una espléndida victoria." I cerca de dos meses más tarde, desembarcado al fin el ejército en Pacocha, agregaba el 4 de marzo, como un eco de la voz del ejército, estas palabras, que entonces eran un programa militar.—"Estamos todos deseosos de ver el desenlace que tenga esta nueva expedición para concluir

con esta vida que ya se hace demasiado larga i pesada: una batalla i todo ha terminado.»

¡Cuánto se engañaba el impetuoso capitán en sus augurios! ¡La campaña había sido mal concebida i mal comenzada, de suerte que como desenlace sería completamente infructuosa, i en realidad lo que en ella acabaría sería solo su noble vida, a la par con muchas otras no menos levantadas!

VIII.

Refiere el capitán Chacón fenómenos verdaderamente horribles de la marcha del 3.º de Ite a Sama, i señala con franqueza las culpas de la imprevisión i del atolondramiento en esa marcha. Pero, reservando esas confidencias útiles para historia más vasta, ya dada a luz, nos limitamos a reproducir aquí la enérgica síntesis del carácter i del sufrimiento del soldado chileno, trazada por uno de sus más dignos capitanes. — «De mi compañía he tenido la suerte de no perder ninguno,—decía Tristán Chacón a un amigo en carta del 2 de mayo.— Tanto sacrificio en este pobre roto chileno, ¿cómo le pagará la nación? ¿Pagará siempre como ha pagado Chile? La mayor parte lo cree así, i a pesar de esto, siguen las banderas con entusiasmo sin igual. *Si Chile es feliz es solo por sus rotos.*»

«Como verás,—añadía en esa misma carta desde Sama,—estamos a ocho leguas de Tacna, donde nos espera parapetado un ejército de 12 a 15 mil hombres, que en ocho o diez días más derrotaremos, i Chile tendrá una de las páginas más brillantes que escribir en su historia militar, i el Perú la mas terrible de sus derrotas, porque tengo la seguridad de que esta batalla será sangrienta i terrible. Cuando recorras estas líneas,—agregaba el joven i entusiasta capitán,—es más que probable que ya seremos dueños de Tacna i talvez de Arica.»

«¡Linda cosa,—exclamaba en seguida con el lenguaje alegre del soldado,—salvar el pellejo en este lance para después tener el *orgullo de contar las glorias del Ejército!*»

Pero estaba escrito que esto no sucedería como el animoso capitán-historiador lo esperaba. Amarrado en la reserva en Tacna, cúpole, al contrario, el puesto de la vanguardia en Arica, i al mando de dos valientes de primeras aguas, los comandantes Gutiérrez i Castro, marchó el capitán Chacón con su compañía guerrillera al asalto del Fuerte-Ciudadela, llave del Morro i de la plaza, i hé aquí cómo uno de sus compañeros de armas, que le vió caer i morir en el momento del asalto, cuenta su prematuro fin:— «Llegaba con su compañía al pie de las trincheras, i sus últimas palabras, antes de ser herido, fueron éstas:—«A la carga, niños!» En estos momentos recibió un balazo; i dice: «me han herido», i cae. Estas fueron sus últimas palabras. Su muerte fué bien vengada.» (1)

IX.

Según otra versión, el capitán de la compañía guerrillera del bravo 3.º, había llegado jadeante al pie del fuerte, después de un trote de diez o doce cuadras, i desalojado ya el enemigo, tomaba su capitán un rifle a la puerta de la fortaleza, ordenaba arriar su bandera i reemplazarla por la de Chile, cuando vino la traidora bala que le quitó la vida.

De todas suertes, el capitán Chacón sucumbía al dar el grito de victoria en una de las acciones de guerra mas memorables por su heroísmo i su fortuna en los fastos militares de la América española.

(1) Carta al autor del teniente del 3.º, don Francisco Mayer.—Pocollai, junio 13 de 1880.

X.

«Pocos oficiales del Ejército,—decía el autor de la carta que acabamos de citar,—eran mas queridos de los soldados que el capitán Chacón, que los miraba como hijos.»

Pero es preciso añadir que de igual manera era amado i distinguido por sus jefes i sus compañeros de armas. De ello, al menos, dan testimonio las dos elocuentes cartas que copiamos a continuación i que son un justo tributo de orgullo para una honrada familia.

«Señor don Francisco Chacón.

Tacna, julio 12 de 1880.

Mui señor nuestro: Con profundo sentimiento, los que suscribimos esta nota, jefes i oficiales del rejimiento 3.º de línea, al que pertenecía su querido hijo, capitán don Tristán Chacón, ponemos en conocimiento de usted que su querido hijo ha muerto como bravo al pie de las trincheras enemigas, en la batalla i toma de Arica, quedando a su lado también cadáveres, como para acompañarle en el sacrificio, un oficial i cincuenta i un individuos de tropa con ciento diecisiete heridos del mismo rejimiento.

«Podemos, señor, asegurarle que no sólo nosotros sinó todo el rejimiento acompaña a usted en su justo pesar; pesar que solo puede mitigar un tanto nuestra relijión i el patriotismo, que ambas cosas no dudamos posea usted: la primera tiene consuelos infinitos, i el segundo (es decir, el patriotismo) no puede ser más satisfactorio para un chileno, el ver que parte de su misma sangre ha sido derramada en defensa de su patria, i que el nombre de su hijo pase sin mancha i lleno de gloria a la posteridad, sentido i llorado por la nación entera.

«Esperamos, señor, que lo expuesto sirva a

usted de consuelo, mitigando un tanto el justo pesar de usted i de su apreciable familia.

«Con el mas profundo sentimiento de aprecio, nos suscribimos de usted atentos i seguros servidores.—(Firmados).—*Ricardo Castro.*—*J. A. Gutiérrez.*—*Virjino Méndez.*—*P. A. Urzúa.*—*Leandro Fredes.*—*Avelino Valenzuela.*—*Ismael S. Larenas L.*—*Carlos Gacte V.*—*J. A. Silva O.*—*Belisario Acuña J.*—*Ricardo Lara Ugarte.*—*Emilio Merino.*—*José Ignacio López.*—*Nicolás Opazo.*—*Jovino E. Orellana.*—*Francisco Visama.*—*Gregorio Silva.*—*Pedro Novoa Faez.*—*Rodolfo Wölleter.*—*Marcos J. Arce.*—*Luis A. Riquelme.*—*Adolfo González.*—*F. G. Meyer.*—*Luis I. Camus.*—*Ramón Jimenez S.*—*Domingo Ruiz V.*—*Félix F. Vivanco.*—*J. Bari.*—*M. Figueroa A.*—*S. Riveros.*—*Emilio Bonilla.*—*José del Rio Ulloa.*—*Estevan 2.º Barrera.*—*José Ramón Santelices.*»

XI.

Santiago, julio 31 de 1880.

«Mui señores míos: Es en mi poder la sentida nota de ustedes, fecha 12 de junio, por la que me comunican la trájica muerte de mi querido hijo Tristán, capitán de ese bravo rejimiento. Mi pobre hijo, cayendo al pie de las trincheras enemigas en el combate i toma de Arica, viviendo a la patria i gritando con sus últimos alientos que se izase en alto el victorioso tricolor, no hizo mas que lo que hubiera hecho cualquiera otro chileno en su lugar: cumplir con el austero deber del soldado i morir pensando en el honor i gloria de la República.

«Verdad es que la Divina Relijión i el sentimiento poderoso i superior del patriotismo, tan innato en el alma de los que han nacido en este amado suelo, sirve de gran lenitivo a un padre desolado que acaba de perder un pedazo de su

corazón; pero no es menos cierto que si algo pueden los consuelos humanos, no hai ninguno mas eficaz i saludable para nuestro pesar, que el saber cómo han querido i estimado i cómo recuerdan al hijo de nuestras afecciones aquellos dignos jefes i nobles compañeros que fueron testigos de su buen comportamiento i justísimo sacrificio.

«Ofreciendo a ustedes las seguridades de mi respeto, de mi aprecio i de mi eterna gratitud por sus benévolos conceptos i consoladoras palabras, tengo el honor de suscribirme de usted, señor comandante, i demás jefes i oficiales de ese cuerpo, su mui atento i S. S.

FRANCISCO CHACÓN.»

XII.

Mas felices que los del bravo San Martín (que éste no tenía deudos ni influjos en Santiago), los restos del infortunado capitán del 3.º fueron recobrados por manos fraternales de la ingrata tierra en que cayeron, i al ser depositados en la última fosa, cerca de los sitios i de los séres que tanto amó, cábenos hoi el último deber de la amistad i del recuerdo, consagrandolo al jeneroso patriotismo del capitán Tristán Chacón, del 3.º, i a su sublime inmolación en el campo de batalla, esta breve página de la justicia póstuma.

DON RICARDO SERRANO

CAPITÁN DEL 3.º DE LÍNEA.

I.

SIÉNESE hoy entendido por la generalidad de los hombres de guerra, que los capitanes de compañía en cada cuerpo, sea batallón o rejimiento, brigada o división, son los que representan el alma, el prestigio, la fama guerrera de un ejército i la sustentan. I esa es la verdad, por

que el comando individual de las compañías da camino al libre ejercicio de todas las cualidades intrínsecas o puramente espontáneas i militares de los jóvenes oficiales de una fuerza armada cualquiera, i pone de relieve su mérito. Por esto la ordenanza militar atribuye importancia tan capital a las funciones del capitán de compañía, i por esto también la táctica moderna, especialmente la alemana, inventada por Moltke, hace reposar el vigor i el éxito colectivo de un ejército especialmente en la iniciativa i acción individual de los capitanes.

I de esta manera de ver, que es completamente exacta, ha provenido el aumento considerable de las plazas que componen una compañía i la disminución del número de éstas en cada cuerpo. Hoy cada compañía es un pequeño batallón de 150 plazas, i su proporción ha sido reducida de seis i aun de ocho, que antes eran, apenas a la mitad de esta última cifra.

La compañía es de hecho el eje real en que jira la batalla. I por lo mismo el capitán es el artífice que comprime aquel resorte o lo dilata con su espada i con su voz, haciéndolo jirar aisladamente o como punto de un gran todo en el campo de batalla.

II.

Semejante fenómeno, antes poco observado entre nosotros, ha sido puesto en evidencia en la guerra que Chile todavía sostiene, i en la cual los hechos i el renombre de noveles capitanes ha ido siempre a la par i en ocasiones más alto que la de los jefes de cuerpo.

Así, por ejemplo, ¿quién podría hacer memoria del glorioso Atacama sin recordar el nombre glorioso también, del ínclito capitán Rafael Torreblanca, llamado «el escalador»?

¿Quién preconizaría las hazañas del rejimiento Coquimbo sin hacer mención de los capitanes Iribarren, Paez, Aristía i Cavada, que tiñeron con su sangre el paño rojo de la bandera de su rejimiento?

I otro tanto aconteció en el Aconcagua con el capitán Augusto Nordenlicht, descendiente de los duques de Sajonia, que cayó cargando en el campo de Miraflores.

I eso mismo verificase con el batallón Quillota en cuyas filas sobresalió entre todos, aunque

no aparece esto señalado en boletines oficiales, el capitán Pragmacio Vial; i en el Colchagua con los capitanes Vivar, hermano del héroe, Reytes i otros; en el Chacabuco con los capitanes Ovalle, Soto Dávila, Von Moltke; en el Talca, con los capitanes Alejandro Concha i Eneas Fernández; en el Concepción, con los capitanes Tejeda i Villar-Eyzaguirre; en el Naval, con Lorezano Fuensalida i los Beitia; con el capitán José Joaquín Flores, tipo i adalid juvenil de la Artillería; con el capitán Terán, viejo sableador, muerto en Chorrillos, en las filas de los Carabineros de Yungai.—Hoi mismo, la última hazaña de la "guerra de los cinco años" ¿no ha sido ejecutada a las órdenes de un antiguo i glorioso capitán del 4.º de línea por un puñado de juveniles i valerosos capitanes, por Ricardo Canales, Dell Orto, Mesa, Fontecillas, Maldonado, i, entre cien más, por el invicto Parra?

III.

I lo que acontecía en los cuerpos de voluntarios tenía igualmente lugar en los regimientos de línea donde cada cuerpo ha conseguido, bajo aquella graduación, una heroica memoria.

El Buin, la memoria del capitán Ramón Rivera muerto gloriosamente en Chorrillos.

El 2.º, la de todos sus capitanes caídos sin exceptuar uno solo en Tarapacá, en Tacna, en Chorrillos i en Pucará: Garretón, Garfías-Fierro, Silva, Olivos, Reyes Campo, Inostroza i Baeza.

El 3.º, la del capitán Chacón derribado al pie del mástil de Arica, i la de Luis Alberto Riquelme capitán de 19 años, inmolado en el asalto de Chorrillos.

El 4.º, la del capitán Ibáñez, cuya vida en breve contaremos; i así todos los demás.

IV.

Pero entre los SETENTA I TRES capitanes que

cayeron en los campos de Chorrillos i Miraflores i cuyo número excedió en *veintiuno* al de los tenientes (que fueron solo 52) el que con más alto relieve se destaca en los perfiles del asalto, es el capitán del 3.º de línea don Ricardo Serrano, hermano del inmortal marino llamado — "el abordador" i que, ascendido a sarjento mayor en Ate, el día de la ante víspera, rodó exámine por la ladera del Morro Solar, ejecutando la temeraria empresa de asaltarlo con un puñado de soldados de su compañía, exactamente como Ignacio Serrano había intentado abordar el puente del *Huáscar* con trece de sus bravos compañeros de la mar.

V.

Ricardo Serrano, como sus hermanos Ignacio, Ramón, Eduardo i Rodolfo, todos soldados o marinos, nació en Melipilla en 1854, i niño inculto i casi selvático todavía, sus padres le trajeron a Santiago para abrirle carrera, cuando tenía diez o doce años.

Educóse en escuelas i colejos de particulares, especialmente en el de Harbin, hasta 1875, en que, mediante las influencias del coronel Gómez Solar, obtuvo un puesto de subteniente en el regimiento 3.º de línea, a la sazón en las fronteras.

Durante su niñez, como en su primera mocedad, Ricardo Serrano mostró, en oposición a su festivo i jenial hermano Ignacio, un carácter concentrado, arisco, susceptible i en ocasiones duro. Nacido para la guerra, comprendía todos sus heroísmos como todos sus rigores, i refundía los ambos en el austero cumplimiento del deber militar, haciéndose por esto estimar en todas ocasiones de sus jefes; pero su severidad a veces excesiva hacía que sus soldados, temiéndole, no le amaran. La primera ejecución militar verificada en Antofagasta al principio de la campaña

tuvo por motivo el arrebato de un soldado joven e impetuoso que por el rigor de un castigo le disparó un balazo a boca de jarro, magullándole apenas el hombro, al penetrar en el cuerpo de guardia. Al verse así agredido, el subteniente Serrano se precipitó sobre el delincuente, lo desarmó por sus propias manos i lo entregó a la justicia i al banquillo.

Lance semejante ocurrióle en la malhadada expedición a Mollendo, porque intentando reducir al orden una turba de soldados ébrios i feroces, los acometió a sablazos hasta que un cabo de su propio regimiento le atravesó la boca de una puñalada. El subteniente Serrano parecía predestinado a morir entre jente soberbia i amotinada.

VI.

No nos haremos nosotros jueces entre la severidad que el capitán Serrano empleaba para con sus soldados i su propia comprensión de los deberes de su puesto. Pero lo que se hacía fácil deslindar es que siendo aborrecido en los cuarteles, seguíanlo todos a porfía en los combates. Simple subteniente antes de Tacna, condujo su compañía en línea de batalla hasta el pie del Morro de Arica, resultando por la tercera vez herido en la campaña, i por su conducta en aquel combate extraordinario fué ascendido a teniente en el campo de batalla i poco después a capitán.

VII.

Pero más que en Arica, donde el capitán Serrano desplegó a la vista de todo el Ejército su extraordinaria condición de bravura i de empuje personal, fué en los cerros de Ate, durante el esforzado reconocimiento que el domingo 9 de enero de 1881 i en la antevíspera de la gran batalla, practicó con diversas secciones de todas

las armas el coronel Barbosa. Coronada una altura casi inaccesible por fuerzas numerosas i parapetadas del enemigo, comprendió el jefe del reconocimiento que aquélla era la llave de la posición, i para dominarla ordenó al valeroso comandante del 3.º de línea don José Antonio Gutiérrez la hiciese tomar a toda costa.

Señaló el comandante Gutiérrez para empresa de tanto peligro al capitán Serrano, i éste agradecióle el favor i la preferencia con una sonrisa, que no era común en su hermoso, pero severo rostro. Detúvose toda la división como para presenciar aquel hercúleo ascenso, i cuando vieron a media falda de la árida montaña la tropa del 3.º acribillada por el enemigo desde la altura, la juzgaron perdida.—"Ya el chico, exclamó el comandante Gutiérrez, aludiendo a la pequeña talla del capitán Serrano, me hizo pedazos la compañía..."

VIII.

Pero no sucedió así, porque el enemigo, al notar aquella imparable audacia, desamparó la altura, dejándola sembrada de cadáveres.

Cuando el comandante Gutiérrez divisó en la cumbre flamear la bandera de la compañía del capitán Serrano, dió por lograda la jornada, i devolvió a su digno subalterno su crédito por entero. En lugar de perder su compañía, le había regalado una victoria.

Por ese hecho excepcional, el nombre del capitán Serrano fué puesto en la orden del día i ascendido a sarjento mayor graduado en el campo de batalla.

IX.

Cebado por su propia bravura, esta gula insofrenable del soldado chileno, vió el capitán Serrano con no disimulado disgusto, que su re-

Jimiento había sido dejado a retaguardia para formar la reserva en la jornada de Chorrillos, junto con el Valparaíso i Zapadores. Así dijose-lo con ira en la marcha de Lurín durante la noche del 12 de enero a su hermano Rodolfo, bizarro mozo que había roto los vendajes de cirujano de las ambulancias para servir de ayudante en la batalla al valientísimo coronel don Demofilo Fuensalida, comandante del Santiago.

Para los Serrano de Melipilla, pelear no es tarea ni fatiga, es solo un ejercicio muscular, un paso de armas como los que se acostumbra en las salas de esgrima. Son todos, los de mar como los de tierra, soldados de vanguardia.

X.

No comprendiendo por esto en su verdadero significado la posición brillante i el lucido destino estratéjico de los cuerpos de reserva en las batallas modernas, el capitán Serrano se limitó a decir, a guisa de adios a su hermano aquella noche.—«Yo sabré buscar mi desquite». A otros dijo, como el capitán Ibáñez del 4.º, que si le dejaban manejar su compañía como en Ate, haría con ella algo de que su rejimiento no tendría por qué arrepentirse ni avergonzarse.

XI.

I en efecto, cuando la brigada Gana (1.ª de la 2.ª división), después de tomadas a la bayoneta las lomas i caseríos de San Juan con imponderable fortuna, llegaba jadeante a Chorrillos, i el rejimiento Esmeralda se metía al mando del bravo Holley temerariamente dentro del pueblo i se veía cercado en todas direcciones de enemigos, el 3.º, que llegaba de refuerzo, recibió orden de penetrar a sangre i fuego a la ciudad i rescatar la posición sumamente comprometida de sus compañeros.

I aquel fué el momento que el capitán Serrano eligió para consumir su promesa i su «desquite».—Lanzando su compañía por la falda de la ladera llamada el Salto del Fraile, a cuyo pie yacía Chorrillos, Capua del Perú, cuyo Nápoles es Lima, arrolló toda resistencia hasta un muro que por un flanco del panteón del pueblo le cerraba el paso i a la vez lo protegía contra la lluvia incesante de proyectiles que de la altura vecina le arrojaban.

Diestros los soldados chilenos en el arte de cubrirse, gracias al constante ejercicio de guerrillas, se parapetaron tras las tapias, i desde allí sostuvieron largo espacio de tiempo reñido combate con los últimos defensores de los morros.

El capitán Serrano pasaba como uno de los guerrilleros más notables de nuestra brava infantería. Pero arrebatado por su natural arrojo el hermano del abordador del *Huáscar*, como si se sintiera sofocado por eso de pelear atrinchado, lanzó, contra los ruegos de muchos, la voz de saltar la muralla protectora, dió él mismo el ejemplo i se puso en campo raso a proseguir su temeraria hazaña.

El capitán Serrano fué seguido esta vez, como el capitán de Iquique, sólo por un puñado de los suyos, i entre éstos por aquel subteniente Santelices, montañés de Vichuquén, cuya vida alguna vez hemos de contar en estas páginas, i que allí sucumbió con él (1).

(1) No lejos del mayor Serrano cayó también en esa sangrienta jornada su jemelo en gloria i compañero de rejimiento el capitán Luis Alberto Riquelme Lazo, puesto a la par con él en la orden del día del ejército i del 3.º por aquel valeroso hecho de armas.

He aquí cómo se había desarrollado, según sus respectivas hojas de servicio, la carrera paralela de estos dos héroes.

Ricardo Serrano fué nombrado de la clase de paisano subteniente del 3.º el 18 de agosto de 1875 i ascendido a teniente en el campo de batalla de Arica el 7 de junio de 1880. El 22 de octubre de ese año fué nombrado capitán, i el 11 de

XII.

Según los informes mas fidedignos recojidos de aquel lance ignorado de la batalla, el capitán Serrano tenía a su frente uno o dos batallones que se batían a la desesperada cuando él los agredió con treinta o cuarenta soldados, i esa debió ser la verdad, porque en pocos minutos los últimos fueron aniquilados, sin escapar uno solo. Cuando Rodolfo Serrano, concluída la batalla, fué a recojer los restos exánimes de su amado hermano i compañero de la vida, encontró junto a él no menos de cien cadáveres chilenos, la mayor parte del 3.º La compañía del capitán Serrano era la 4.ª del 1.º, es decir, la compañía guerrillera. Ya lo hemos dicho, los Serranos de Melipilla no acostumbran a pelear sino a vanguardia.

Declara, en efecto, un testigo de vista, que parecía haber tenido lugar en aquel sitio, más

enero de 1881 sarjento mayor en el campo de batalla de Ate. Tenía al morir 26 años.

El capitán Riquelme Lazo se incorporó a la Academia militar en 24 de febrero de 1874 i entró de subteniente del 3.º el 1.º de abril de 1879. Como Serrano, era ascendido en el campo de batalla de Arica el 7 de junio de 1880, i promovido en seguida, como él, a capitán, peleaban juntos en Ate i morían juntos en Chorrillos.

El capitán Riquelme era hijo del teniente coronel don José Antonio Riquelme, que le sobrevivió apenas unos pocos meses, i pariente inmediato por la línea materna, del jeneral O'Higgins. Fué su madre la buena señora doña Jacoba Lazo, hija del juez superior don Silvestre Lazo i hermana de una numerosa familia de patriotas. Era natural de Santiago i murió de 19 años.

que un combate, un pujilato a bala i arma blanca, porque el capitán chileno, entre otras heridas, tenía destrozada una mano i la frente atravesada por un proyectil, hallándose su cadáver medio reclinado sobre el muro. A su lado, i como en actitud de protegerlo con su cuerpo, abrazándolo con el brazo derecho, yacía un viejo i tostado sarjento del 3.º que, así, con aquel jeneroso sacrificio, vengó los atentados de encono i de venganza de sus adversarios. Ambos fueron enterrados juntos en el inmediato cementerio, desalojando a los primeros ocupantes de una tumba. El derecho de conquista se extiende en la guerra más allá de los sepulcros, i los soldados chilenos de Chorrillos, al escalar el morro Solar, se habrían creído con lejítimo derecho, como los héroes de Homero, para disputar la entrada del cielo a sus enemigos.

Por lo demás, el cadáver del atrevido mozo tenía las señales de la profanación cobarde que en Chorrillos ejecutaran los peruanos con los que a su paso encontraron después de vencidos.

Por esto, si en Arica i Ate el capitán Serrano había sido un héroe, en el Salto del Fraile recibió como martirio la consagración de su singular denuedo, muriendo como su heroico hermano, dignos ambos de ser capitanes de Chile, el uno en el mar i el otro en tierra firme.

El capitán del 3.º fué en todo igual al de la *Esmeralda*, excepto en el teatro de su hazaña.

Ricardo Serrano sucumbió junto a un cementerio.

Ignacio Serrano había caído sobre el lomo de hierro de un tritón del mar.



Lit. T. Godot & C^{os}

DON AVELINO RODRIGUEZ

(Teniente 1.º)

DON E. GOYCOLEA

(Aspirante de marina)

DON AVELINO RODRIGUEZ

TENIENTE DE MARINA.

I.

ASI en las afueras de la calle de la Compañía de Santiago habita hoy una honrada familia, tan apreciable como humilde, que vive de los estendios de la ciudad, pues su digno jefe, don Agustín Rodríguez, es cobrador del municipio.

Ahora bien: en el seno de ese hogar, pobre pero limpio i aun reluciente de virtud, nació el 10 de noviembre de 1852 un niño a quien pusieron por nombre Avelino, el cual, sin disputa, vino al mundo con aquellas dotes predestinadas del alma que en las escuelas, pruebas i combates navales forman a los Prat, i a los Thomson, a los Condell i a los Valverde, a los Contreras i a los Izaza, mozos todos hechos, por el destino i la naturaleza, de la madera de que se labran los héroes verdaderos.

Es esto lo que vamos a dejar demostrado en estas páginas.

II.

Por su espíritu reconcentrado i casi taciturno, por su juiciosidad sombría i tenaz sobre los libros, por su alejamiento sistemático i sin esfuerzo de los placeres i atolondramientos de la niñez,

reveló el joven Rodríguez a su padre i a su barrio desde temprano un carácter superior, i al decir de sus compañeros de armas i al contar de sus propias confidencias que vamos ampliamente a exhibir, fué el favorecido consecuente en todo a aquellos primeros jérmenes de su infancia. El árbol creció derecho. La madera no se trizó jamás.

III.

Educado primero en la escuela de primeras letras de don Pedro Barrenechea, uno de los preceptores de la Sociedad de Instrucción Primaria de Santiago, i en seguida (1863) en el Instituto Nacional, pasó en 1867, por elección de don Federico Errázuriz (a la sazón ministro de la guerra i a quien su padre había conocido a virtud de su humilde empleo en la intendencia de Santiago), a la escuela naval de Valparaíso. Tenía esto lugar poco antes que ésta fuese trasladada, por uno de los actos más inconcebibles de administración, al pié de los Andes, al viejo claustro de penitencia de los jesuitas, donde había un baño de cal i ladrillo en cuyas aguas (cuando lleno) podía cómodamente maniobrar para la enseñanza práctica de los alumnos una escuadra... de cáscaras de sandía, con mástiles de palitos de escoba...

IV.

Por fortuna para su aprendizaje efectivo, fué el cadete Rodríguez sacado en tiempo de la escuela naval mediterránea i embarcado en la *Esméralda* en clase de aspirante en 1872. Trasbordósele dos años más tarde a la *Chacabuco*, i sucesivamente al *Abtao* i al *Blanco Encalada* en calidad de guardia marina.

En muchos de sus exámenes parciales había obtenido votación distinguida; i después en el campo de maniobras, conservando su carácter serio, tranquilo, reservado, cumplidor, mereció sucesivamente los aplausos de sus tres primeros jefes i maestros en el mar, los capitanes Simpson, Montt i López (1).

V.

Como escribimos principalmente estos recuerdos en beneficio i ejemplo de los jóvenes que hoi se educan para el ejercicio de la marina en la república, vamos a copiar en seguida los informes de esos peritos que reflejan en su unanimidad no escaso brillo sobre el mérito del guardia-marina que como modelo hemos elegido.

Esos informes dicen así:

(1) En esta parte su hoja de servicios dice así:—«Distinguido en jeografía física, derecho internacional e inglés, aprobado en jeografía descriptiva, construcción naval, cosmografía, hidrografía, maniobra, navegación e inglés. En la clasificación jeneral, obtuvo el 7.º lugar, que es el de antigüedad en el servicio.

El 3 de marzo de 1874 fué trasbordado a la corbeta *Chacabuco*. El 17 de mayo salió de éste de estación a Magallanes. En julio fué trasbordado al vapor *Abtao* que se hallaba en ese lugar, en que regresó al Departamento. El 27 de noviembre salió de estación para Mejillones de Bolivia.

El 16 de octubre de 1875 salió para Quintero en viaje hidrográfico. Fué trasbordado al blindado *Almirante Cochrane*, i salió para Inglaterra».

"COMANDANCIA DE LA CORBETA "CHACABUCO"

El que suscribe, comandante del expresado buque, certifica que el guardia-marina don Avelino Rodríguez, durante los meses de marzo, abril, mayo i junio en que permaneció sirviendo bajo mis órdenes, ha observado una *conducta ejemplar*, i demostrado sus buenas aptitudes para el servicio.

Hizo también conmigo el viaje de Valparaíso a Magallanes, en el cual tuvo que desempeñar muchas comisiones, como reconocimientos de bahías, sus sondas, etc., i todas ellas con muy buen acierto.

Punta Arenas de Magallanes, julio 20 de 1874.

ENRIQUE M. SIMPSON.»

"COMANDANCIA DEL VAPOR "ABTAO."

El infrascrito, comandante de este buque, certifica: que el guardia-marina don Avelino Rodríguez González ha servido bajo mis órdenes desde junio del 74; durante este tiempo ha hecho *una campaña de un año a Magallanes*, una estación de diez meses en los puertos del norte de la república i un viaje a Quintero. En estos viajes ha acreditado *empeño i celo en el cumplimiento de sus deberes, dedicándose con contracción al estudio de su profesión*, habiendo mandado algunas maniobras por alto: viradas, tomar rizados, etc. a mi entera satisfacción.

Para los efectos del caso extendiendo el presente certificado.

A bordo, etc., diciembre 23 de 1875.

JORJE MONTT.»

"COMANDANCIA DEL BLINDADO "BLANCO ENCALADA"

Durante los diez meses que ha estado embarcado el guardia marina don Avelino Rodríguez bajo mis órdenes, he tenido ocasión de notar su

celo i entusiasmo por el servicio, como asimismo la contracción al estudio i buen desempeño de todas las comisiones que se le han encomendado.

En cumplimiento del reglamento i a petición del interesado doi el presente certificado.

A bordo, etc.—Valparaíso, noviembre 26 de 1876.

JUAN E. LÓPEZ. «

Según se ve, en sus pruebas técnicas del aula, el guardia-marina Rodríguez había obtenido unanimidad de votos de distinción como en sus pruebas prácticas del mar.

VI.

En este estado de cosas, i un poco más tarde, tívose la feliz idea de aprovechar el viaje del acorazado *Lord Cochrane* a Europa para enviar algunos jóvenes marinos a perfeccionarse en su carrera, obteniendo colocación a bordo de las escuadras en actividad de algunas potencias marítimas, i especialmente en la flota de blindados de la Gran Bretaña i de Francia.

Como medida de estricta justicia (pues nunca alcanzaron favor en Chile i menos en Santiago los hijos de los empleados de menor cuantía), fué designado para aquella comisión el guardia-marina Rodríguez, i partió para aquel destino con sus brillantes compañeros Policarpo Toro, Silva Palma, Herrera i dos o tres más para Inglaterra a mediados de 1877.

No fué difícil a nuestro intelijente representante en París obtener de la deferencia inglesa i de la galantería siempre esquisita de la nación francesa, la colocación de aquellos aprendices en su flota de acorazados, según en otra ocasión, talvez con mayor prolijidad, habremos de contarle. I cupo en aquella designación un buen lote al guardia-marina Rodríguez, porque en los primeros días de abril de 1878 embarcábase

en Tolón a bordo del acorazado *Magnanime*, bajo la bandera del almirante Dompierre d'Horroy, jefe de la escuadra de evoluciones en el Mediterráneo, que lucía su insignia a bordo del navío de coraza *Richelieu*. Todo a virtud de la orden siguiente, que copiamos de su original. (1)

«Paris, febrero 23 de 1878.

«Señor guardia-marina:

«Con fecha 19 del actual i en despacho recibido hoi en esta Legación, el señor ministro de relaciones exteriores del gobierno francés me anuncia que el señor ministro de marina le ha comunicado que, en consideración a mi solicitud, se ha reservado un puesto de «Enseigne de Vaisseau» para usted a bordo de uno de cualquiera de los encorazados *Savoie* o *Surveillante*. Me agrega el señor ministro que, en esta virtud, puede usted trasladarse desde luego a Tolón, cuyas autoridades marítimas se hallan ya prevenidas de su próxima llegada.

Sírvase usted trasladarse a la mayor brevedad a Tolón, sirviéndose, para atender a los gastos

(1) La galante orden de incorporación a la marina francesa del aspirante chileno se hallaba concebida en los términos siguientes:

«ESCUADRA DE MANIOBRAS

Estado mayor.

«En conformidad a las ordenes del vice-almirante senador, comandante en jefe, i a un despacho ministerial del 18 de febrero de 1878:

Ordénase al señor guardia-marina de la marina chilena Avelino Rodríguez embarcarse en el acorazado de primer orden el *Magnánimo*, comandado por el capitán de navío M. Comte.

La presente orden será rejistrada en el rol de equipaje del *Magnánimo*.

A bordo del *Richelieu*, Villafranca, abril 10 de 1878.—El jefe de estado mayor.—J. COMTE.

Rejistrado en el estado mayor de la escuadra.—REM-MANES».

del viaje, de los fondos que tiene recibidos en anticipo a cuenta de sus sueldos. Llegado a Tolón pasará usted a ponerse a las órdenes de las autoridades marítimas de aquel puerto, quienes le indicarán a usted el buque en que debe embarcarse. Adjunta encontrará usted una nota de introducción para el comandante del buque que le sea a usted designado por las autoridades marítimas de Tolón. Al efecto he dejado en blanco en la dirección de dicha nota de introducción el nombre del buque para que usted pueda llenarlo.

Usted cuidará de dar cuenta a la Legación de su llegada a Tolón, de su entrevista con las autoridades i de su embarque, enviando al mismo tiempo la cuenta de sus gastos de viaje a fin de que su monto le sea declarado a usted de abono.

De esta nota acusará usted el correspondiente recibo, indicando la fecha en que se pondrá en marcha para su nuevo destino.

Dios guarde a usted.

A. BLEST GANA.

Señor don Avelino Rodríguez, guardia-marina de la armada de Chile.—Londres. "

VII.

Veamos ahora cómo siete meses más tarde el joven aprendiz respondía a estas esperanzas i a estos encargos:

"ACORAZADO "MAGNANIME."

Tolón, octubre 15 de 1878.

"Señor ministro:

Tengo el honor de comunicar a V. S. mi arribo a éste después de una ausencia de dos meses i medio que hemos empleado en recorrer toda

la costa sur de la Francia (hasta la frontera de España), la Córcega i parte de la Arjelia.

La escuadra ha continuado sin interrupción su plan de maniobras i ejercicios, los que tomaron un doble interés después de la incorporación de la división acorazada del norte, que vino al Mediterráneo con el exclusivo objeto de maniobrar en unión de ésta i pasar la revista jeneral de inspección.

El 12 del presente la división del norte se dirigió a la Mancha i la nuestra en dirección a este puerto, en donde ha fondeado en la mañana de hoy.

Sin pérdida de tiempo ha principiado el apertrechamiento de las buques que la componen, no con el objeto de emprender un nuevo viaje, sinó para dar cumplimiento a las órdenes vijentes sobre la materia, que determinan que «la escuadra debe estar siempre lista para hacerse a la mar, con sus carboneras llenas i sus paños provistos de municiones, repuestos i víveres para tres meses.

Toda la estación de otoño e invierno la pasará, ya en este puerto, o bien en los de Golfo Juan o Villefranche, por manera que las evoluciones de táctica naval, que forman su principal objeto, tendrán que cesar durante todo el tiempo de la internada.

A fines del presente mes el almirante Dom pierre d'Ornoy entregará el mando en jefe a su sucesor el vice-almirante Cloué.

Dios guarde a V. S.

AVELINO RODRÍGUEZ.

Al señor ministro de Chile en París. "

VIII.

Del *Magnanime*, comandante Comte, pasó el guardia-marina Rodríguez, a consecuencia de una orden ministerial recibida de París siete

días después de escrita la nota precedente, al acorazado *Tridente*, comandado por el capitán de Vignes, el mismo que, según lo tenemos entendido, ha escrito últimamente (marzo de 1883) un notable artículo científico sobre el meridiano único i la hora universal de las naciones. Seis meses después pasó, por orden de su propio almirante, a servir en la capitana acorazada *Richelieu*, surta en el Golfo Juan, el 10 de abril de 1879.

IX.

Durante este intervalo de tiempo consagrado a activas operaciones de mar, el inteligente i laborioso guardia-marina chileno había aprovechado con tesón todas sus horas para hacerse digno de la confianza de su gobierno i de la hospitalidad extranjera. A fin de rendir con lucimiento su examen de guardia-marina había escrito en Londres un excelente tratado científico sobre la *Defensa de torpedos*, que tenemos a la vista, i poco después remitió desde Tolón al ministro de Chile en París, dos nuevos trabajos profesionales que despertaron en el criterio del último i distinguido funcionario el más vivo interés. Esos trabajos versaban sobre la *Táctica naval aplicada a las maniobras a vapor* i sobre el *Cañón giratorio de Hotchkiss*, cuyas piezas científicas, dignas de ser estudiadas según opiniones competentes, yacen hasta hoi en el olvido.

X.

Mas, mientras ocurría todo esto i el guardia-marina Rodríguez iba a ser trasladado al navío almirante por orden expresa del jefe de la escuadra acorazada del Mediterráneo, había estallado ya la guerra de Chile con sus vecinos del litoral, i debiendo ser la primera faz de aquella

exclusivamente marítima, recibióse precisamente dos días mas tarde en Tolón un telegrama del ministro de la marina en París en que a petición del gobierno de Chile ordenaba desembarcar a todos los aspirantes de nuestra escuadra a fin de que regresasen inmediatamente a su país en armas i en apuros.

Abandonó, en consecuencia, el guardia-marina Rodríguez las nobles naves a cuyo bordo durante un año cabal había adelantado su honrosa carrera con los ejemplos del deber, de la hidalguía i del honor; pero en esta vez, como en la escuela i como a bordo de los barcos chilenos, llevó consigo los mas dignos testimonios de sus jefes. «La opinión que me he formado,—decíale espontáneamente en una carta datada en Tolón el 17 de abril de 1879 i que orijinal tenemos a la vista, su primer jefe el capitán Comte;—la opinión que me he formado de vuestro carácter i de vuestro valor durante el tiempo que habéis servido a mis órdenes, me hace esperar que sabréis, si la ocasión se presenta, prestar *servicios señalados* a vuestra patria, por la cual yo hago los votos más sinceros en recuerdo de la acojida altamente simpática que en otras ocasiones he recibido en ella.

Por su parte, M. de Vignes, comandante del *Trident*, agregaba en otro documento orijinal que el aspirante de la marina chilena «había observado siempre a bordo una conducta ejemplar (*une conduite toujours exemplaire*); agregando que se había mostrado animado del mejor espíritu i del más sostenido celo, por todo lo cual podía afirmar que había adquirido un gran éxito (*un grand résultat*) como fruto de sus trabajos profesionales.»

«El señor Rodríguez,—añadía el distinguido jefe francés,—ha dado siempre a bordo pruebas de poseer un carácter serio i amable que lo han hecho apreciar por sus jefes i que al mismo tiempo ha conquistado el afecto de sus camaradas.»

XI.

Tenemos a pechos, al tratarse de este nobilísimo mancebo, exhibir como ejemplo vivo a los que han de seguir su estela breve pero brillantísima en la carrera del mar, como él evidente i studiosamente siguiera en la guerra del Pacífico la del capitán Prat, su maestro; i a este título, como verdaderos timbres de orgullo nacional, reproducimos el tema textual de los documentos que dejamos extractados i que así dicen en su enseñador lenguaje orijinario:

«Je suis très heureux de constater que Mr. Avelino Rodríguez, aspirant de la marine chilienne, a été embarqué pendant un an sur les cuirassés de 1.^{er} rang de la marine française la *Magnanime* et le *Trident*; qu'il s'est toujours montré animé du meilleur esprit, du zèle le plus soutenu. Sa conduite a toujours été exemplaire et je suis assuré qu'il a obtenu un grand résultat à la suite de son travail assidu.

Monsieur Rodríguez a toujours donné les preuves d'un caractère sérieux et aimable, qui l'ont fait apprécier par ses chefs et qui lui ont conquis son affection en même temps que celle de ses camarades.

Il m'est agréable de corroborer l'opinion que mon prédécesseur avait émise à son sujet en me remettant le commandement du *Trident*.

Bord, rade du Golfe Jouan, 12 avril 1879.

Le capitaine de vaisseau commandant.

L. VIGNES.»

«Toulon, 17 avril 1879,

Mon cher monsieur Rodríguez:

J'ai bien pensé en voyant que la guerre était déclarée entre le Chili et le Pérou, que vous

alliez vous empresser de réclamer votre part dans les dangers que vont courir vos compatriotes. L'opinion que je me suis faite de votre caractère et de votre valeur, pendant le temps que vous avez passé sous mes ordres, me font espérer que vous saurez, si l'occasion se présente, rendre des services signalés à votre patrie pour la quelle je fais les vœux les plus sincères en souvenir du bien sympathique accueil que j'y ai reçu.

Adieu, mon cher monsieur, je vous souhaite une heureuse destinée et je souhaite aussi que vous n'oubliez pas trop vite la *Magnanime* et le *Trident* ainsi que tous vos camarades de la marine française parmi les quels vous laissez les meilleurs souvenirs.

Mille amitiés et bien à vous.

LECOMTE. (1)

(1) Forman vivo pero natural contraste con estas efusiones de pechos extranjeros, las tristes confidencias de armonía i de miseria contenidas en la carta siguiente, contemporánea de las anteriores, escrita por un noble chileno, a nombre de un gobierno que había resuelto hacer economía a costas de toda la nación, pero no de su propio bien pasar en sueldos i en prerrogativas, que era por donde debieran comenzar.

«Paris, enero 27 de 1879.

Señor don Avelino Rodríguez (Tolón).

Mui señor mío i amigo:

He recibido su carta del 21 del presente, que no he contestado antes por haber mediado entre su recibo i esta contestación el despacho de un correo para Chile. Sus trabajos sobre *Táctica naval aplicada a las maniobras a vapor* i sobre el *Cañón jiratorio de Hochkiss* adoptado en esta marina han sido igualmente recibidos en esta legación i van a ser remitidos en estos mismos días al departamento de marina, donde estoy cierto no pasarán desapercibidos, pues el mismo señor Ministro de Marina, teniendo noticias del primero, ha pedido su pronta remisión.

Si el saber positivamente que sus trabajos serán leídos, juzgados, i en caso de ser considerados útiles, aplicados en la práctica de la marina nacional, puede servir a usted de

I era de esta manera como aquel mancebo tranquilo i reservado, pero intensamente jeneroso i patriota, en sus adentros, no solo había logrado hacerse amar de sus compañeros de armas sino que había hecho amar su propio, lejano i casi desconocido país.

XII.

Incorporado a la escuadra de Chile con sus compañeros en junio de 1879, el guardia-marina Rodríguez entró a servir en la *O'Higgins*, i de seguida vamos a anotar su juicio sobre la manera cómo se gobernaban en esa época embrionaria de la guerra las cosas de nuestra armada, después de conocer la admirable i expedita maquinaria que de capitán a paje gobierna las flo-

algún estímulo, esté usted cierto de que así pasará con los suyos (?).

Por lo que hace a recompensas de otro orden, de ascensos o de aumento de gratificaciones, usted debe estar al corriente de cuán angustiada es la situación financiera por que atraviesa Chile actualmente. Ustedes permanecen estacionarios en sus modestos destinos i con sus emolumentos de siempre, i sufren porque no progresan en la medida a que ustedes creen que les hacen acreedores su aplicación i constancia; ¿qué diremos nosotros los que formamos el personal de esta legación, desde capitán a paje, a quienes han reducido sus sueldos de un 50 por ciento, dejando al plenipotenciario en condición de encargado de negocios, al secretario que ésta escribe con los honorarios de oficial agregado, i al antiguo oficial ganando treinta días al mes? Nuestros servicios no han sido, sin embargo, menos activos ni menos constantes durante diez años en los mismos puestos, sin promoción i sin expectativa, asumiendo además todas las responsabilidades que gravitan sobre destinos como éstos i obligados a llevar una existencia dispendiosa hasta cierto punto, a fin de que no deje de estar nunca a la altura del decoro que corresponde a la representación nacional en el extranjero. Ya ve usted que si ustedes no adelantan, nosotros vamos para atrás, i que si a ustedes no se les recompensan sus nuevos servicios, a nosotros, *excepcionalmente*, hasta se nos despoja de los derechos adquiridos!

¡Qué hacer, mi amigo! No tenemos libre ni el derecho de patear, porque es la patria la que en momentos de angustia impone el sacrificio, i como dice usted mui bien, cada ciudadano debe, sin murmurar en tales casos, sobrellevar su

tas europeas *siempre listas para zarpar*. Advertiremos que el presente juicio i los que más adelante publicaremos eran comunicados por el guardia-marina Rodríguez a su amado padre en el seno de la más íntima i profunda reserva, circunstancia que es indispensable tener presente por los jóvenes lectores de estas páginas para comprender toda la elevación de alma i la rara independencia de criterio del noble mozo cuya vida en largos paréntesis trazamos.

El buque que el guardia-marina Rodríguez montaba era, según vimos, la *O'Higgins*, corbeta excelente, pero que habiendo salido a campaña con sus calderos rotos *por economía fiscal*, no había podido prestar en el norte ni el más insignificante servicio, i había regresado al departamento para ser remendada de prisa i de la

parte de prueba. La nuestra es más dura que la de ustedes, i aún cuando no se lo comunico a usted como un consuelo, se lo hago saber para que cobre paciencia i se persuada de que no están así ni porque se les desconozca, ni porque se les olvide (?).

Yo aprovecharé toda ocasión que se me presente para encomiar oficialmente el celo de ustedes en comunicaciones oficiales, i la primera oportunidad se me presentará mui pronto, cuando redacte la memoria anual de esta legación, que ve la luz pública en la Memoria de estado de Relaciones Exteriores todos los años. En la sección de ese documento correspondiente al departamento de Marina enumeraré los trabajos que ustedes han hecho, i demostraré que, lejos de malgastar el tiempo i de desaprovechar la oportunidad que su país les ofrece para formarse marinos ilustrados, están ustedes entregados con toda su alma a la tarea sin salir del terreno profesional. El ministro, que abunda en buenas disposiciones hacia ustedes, no tendrá el menor inconveniente de confirmar oficialmente todo esto (?).

Mañana me ocuparé del arreglo de lo correspondiente a su ajuste, pidiéndole mil perdones por estas involuntarias demoras, inevitables desde que los empleados se reducen sin reducirse las ocupaciones.

Salude en mi nombre afectuosamente al señor Herrera i del mismo modo a Santa Cruz cuando llegue próximamente de su viaje a mares asiáticos, i usted disponga como guste de su afectísimo amigo i seguro servidor.

CARLOS MORLA VICUÑA.

mejor manera posible. «Si me pusiese a contarle,—decía con este motivo a su padre el joven marino afrancesado, desde la rada de Valparaíso el 19 de julio de 1879,—si me pusiese a contarle *todas las barbaridades i economías* que hacen en este solo ramo sería para nunca concluir.» I luego agregaba:

«El servicio no ha cambiado; la chicharra continúa; el fastidio i el aburrimiento han echado sus reales en esta, i como esta es ya una vida normal, forzoso es ir acostumbándose a ella. De manera que mis rabias i malos ratos me los paso a menudo con un poco de agua, cuando la tengo a mano, o bien con un cigarro. Le puedo asegurar que soi un hombre de roble para el servicio i de fierro para los trabajos, necesidades i otras regalías de la profesión; pero lo que yo no puedo sufrir, ni menos tolerar, son las indolencias, el desorden, la indiferencia i otras gracias más que he tenido que notar i soportar en esta; lo mismo que me ha envenenado la sangre i que si no me ha hecho saltar es porque *deseo mucho conservarme para cuando sea necesario*. En fin, paciencia i aguantar, que pronto hemos de salir de la calle de la Amargura.»

XIII.

Cambia ahora de improviso el escenario, i reparado de lijera su buque, ha ido él mismo a su bordo al encuentro del barco que trae las primeras armas pedidas para Chile, i del cual se decía andaba perseguido en los mares australes por la *Unión*, ájil corbeta peruana. I hé aquí como el noble mancebo contaba a su hogar, en medio de su habitual reserva, sus briosos apetitos de combate:

...«Cuando en el Estrecho de Magallanes el tope anunció un humo por la proa, que supusimos fuera la *Unión*, *creí llegado el día más grande de mi vida*. Era hermoso i por demás

soberbio contemplar el cuadro que presentaba nuestro buque en son de combate.

Todo el mundo estaba en sus puestos; todos alegres i serenos esperando el ansiado momento en que se descubriera la bandera enemiga para romper el fuego. Su hijo se movía en todas direcciones impartiendo órdenes a popa i a proa (soi el ayudante del comandante), i viendo que todo estuviera listo i nada faltase para obtener el triunfo de nuestra suerte i de la de nuestra querida patria. Pero ¡oh! qué desencanto! Qué baño de lluvia tan helado i tan copioso el que recibimos al distinguir la bandera inglesa en el pico de mesana del buque en cuestión!

Nuestra actitud debió ser imponente (así lo juzgaron los ingleses), i en cuanto a nosotros, nos retiramos silenciosos i despechados de los puestos que hubiéramos querido *sellar con la gloria o con la muerte*.»

XIV.

Todo esto era hermoso, porque era sincero i tenía lugar como una esperanza frustrada en agosto de 1879. Pero la realidad en breve sobrevino, i vamos a traicionar la íntima modestia del guardia-marina Rodríguez, al referir a los suyos el combate de Pisagua, en que murieron a su lado sus brillantes camaradas Luis Victorino Contreras del *Cochrane*, i J. M. Izaza de la *O'Higgins*. «I no crea usted, querido papá,—decía en efecto dos días después de este carnívero hecho de armas a su padre,—que yo esquivaba el cuerpo. Mui al contrario: parado sobre los bancos de mi bote, alentaba a mi jente, atendía al desembarco, i tomaba disposiciones para salvar mi embarcación del peligro de hacerse pedazos a impulso de las olas que amenazaban estrellarlo contra las rocas. En el primer viaje que hice en reemplazo de Santa Cruz, volví con sólo 4 hombres de los 12 que llevaba, i en el se-

gundo con sólo 5. El bote estaba medio de sangre, i para desaguarlo era necesario valerme de baldes. En los dos viajes perdí a los patrones del bote, teniendo yo no sólo que reemplazarlos sinó también que tomar remos para salvar mi embarcacion i la jente. Todos los marineros que estaban cerca de mí cayeron, i yo quedé impávidamente en pié sin haber recibido ni el mas pequeño rasguño.»

XV.

Se habrá de notar probablemente por el lector más adelante, que en el fondo de todas las manifestaciones del alma del joven marino aparece, como el ancla que sostiene al esquife desde el fondo de la arena a través del vaivén de las ondas, un profundo sentimiento relijioso; i esta faz del heroísmo ha sido común en Chile, en muchos de sus héroes verdaderos: en Prat como en Flores, en Escala como en Riveros; i los siguientes pasajes tomados de las revelaciones del peregrino al hogar pobre i querido, dan testimonio de cuán sincera i levantada era su fe.

Promovido a teniente después del combate de Pisagua, escribía en efecto el 29 de noviembre de 1879:

«Usted me conoce más de lo suficiente para poder considerar mi promoción como un algo que no halaga mi ambición, mando o vanidad, sinó para ver en él el cambio de una situación que en adelante me ofrecerá mas consideraciones, fueros, comodidades i recursos. Es en este sentido que la acepto i aprecio como honor, el cargar las modestas insignias de teniente 1.º de la armada.

«Desde luego me uno a usted i toda la familia para agradecerle al Todopoderoso este don de bondad con que se ha dignado favorecerme, i a usted satisfacerle las esperanzas tan nobles i legítimas que desde tanto tiempo atrás acariciaba.»

I algunos meses más tarde, vertiendo su fuego juvenil i creyente en el corazón de los suyos, agregaba desde el mismo puerto, en enero de 1880:

«Estamos esperando el recibo de la circular que el ministro ha pasado al almirante, decretando el bombardeo de todos los puertos fortificados del enemigo, para darnos el honor de batir a la mui poderosa plaza de Mollendo. El combate será desigual: cuatro fuertes de tierra bien parapetados, contra un buquecito de madera; pero esto no ha de arredrarnos: *contamos con la protección del cielo*, con la pujanza de nuestro valor, con el blindaje de nuestros corazones, con nuestros buenos cabos de cañón para obtener la victoria i demoler los últimos atrincheramientos del enemigo. Tenemos fe en la buena estrella de la *O'Higgins* i esperanzas de que un día brille el sol que nos ha de herir *con los resplandores de una gloriosa victoria*».

XVI.

Enardecido en estos mismos propósitos, cuando el 5 de abril de 1880, un año cabal después del comienzo del bloqueo de Iquique, dirijióse la armada desde Pacocha a comenzar el bloqueo del Callao, expresábase todavía el teniente Rodríguez en los términos siguientes, que revelan siempre al héroe dentro del cristiano:

«A pesar de que voi mui contento, sin embargo, no me hago ilusiones por lo que este mi buque pueda hacer; pues hai más de uno que teme comprometer a la *O'Higgins* nada más que porque es un buque de madera. De modo que nos reservan un papel ridículo que nosotros por nada de esta vida queremos desempeñar; *pues nos sobra voluntad i valor para meternos adentro del Callao i ponernos bajo los fuegos del más inespugnable de sus castillos. ¡Ojalá que el Dios de los ejércitos nos depare una buena fortuna i*

haga nuestra la palma de la victoria, que deseamos ofrecer a la patria como una prueba de nuestro amor hacia ella, i de nuestras nobles aspiraciones por verla grande, próspera i feliz!»

XVII.

Cumplió el teniente Rodríguez antes de marcharse repentinamente al teatro de la guerra de bloqueos, que a la sazón iba a iniciarse, guerra estéril en resultados i dolorosa en privaciones, un voto antiguo de su corazón, grato deber de amigo i de discípulo, yendo a depositar una corona i una plegaria en la tumba solitaria en que dormía el sueño de su grandeza aquel que en el banco del aula i sobre el puente del *Huáscar*, había mostrado a sus jóvenes secuaces el camino que conduce a la inmortalidad dentro del deber i más allá del deber.

Dejémosle por tanto referir a él mismo esta tierna casi sublime peregrinación, contada con el lenguaje de la intimidad de padre a hijo, que hoy justiciera admiración exhuma.

Es una carta escrita en la rada del Callao con fecha 16 de abril de 1880, es decir, una semana después de iniciado aquel bloqueo que duró diez meses, i la cual dice textualmente como sigue:

XVIII.

«Una vez desembarcados i orientados sobre el camino que debíamos seguir para llegar al cementerio, emprendimos la marcha en ese sentido, acompañados de otro compañero.

«La ida fué alegremente conversada; la variedad de cuadros que encontrábamos en el camino nos proporcionaba abundante tema para la charla, la observación o la crítica: de este modo se nos pasó más que lijero el tiempo o la distancia que teníamos que recorrer.

«Llegamos al cementerio, (cuya descripción

omito porque usted ya debe conocerlo bien por las vistas fotográficas que de él deben encontrarse en los almacenes de esa); en la puerta, como es natural, encontramos al portero, un español cuya nacionalidad trasciende desde a legua.

«Lo saludamos cortésmente, i sin más que ver nuestro uniforme, nos dice sobre la marcha: «Allí en el fondo, a mano izquierda, está».

«No nos hicimos repetir la señal: tan rápidamente habíamos comprendido su indicación, como él intelijentemente el objeto que nos llevaba a ese lugar santo, de paz i de recuerdos. Dimos las gracias i tomamos la calle de arbolillos que nos conducía a ella. Continuamos nuestro camino hasta llegar a una sepultura sencilla, rodeada de una reja de madera pintada de blanco que tenía una cruz en su cabeza, en la que se leía esta inscripción: *Arturo Prat, 21 de mayo*».

«No sabría explicarle mi situación en presencia de esa fosa que contenía los preciosos restos del antiguo profesor, del pundonoroso oficial, del hijo amante i cariñoso, del joven estudioso, del excelente esposo i padre de familia, i por último del heroico i sublime capitán de la *Esmeralda*, que con su sangre jenerosa diera a Chile días de gloria, asegurara su victoria i le marcara el envidiable i risueño porvenir que la Providencia le depara. La vida de ese grande hombre, en todas sus faces, se me presentaba alumbrada por el luminoso faro de sus virtudes; i así me parecía verlo, ya cadete, ya oficial, ya comandante, i siempre sencillo, modesto, digno, grave i caballero.

«No hai duda que el capitán Prat era uno de esos seres predestinados para ser los jenios benefactores de su patria, los hombres que le dan el nombre al siglo en que vivieron, i por eso me parece mui exacta i mui feliz la idea de Vicuña Mackenna, de llamar al presente *el siglo de Prat*, al menos por lo que se refiere a Chile.

«Los maderos i listones que forman la cruz i reja, se encuentran cubiertos de sentidas inscripciones que la gratitud i la admiración de los que han llegado hasta su morada han dedicado a su memoria.

«Al lado de la sepultura del capitán PRAT se encuentra la del teniente Serrano. Son perfectamente iguales, como erijidas por el mismo jeneroso i noble corazón: abunda en las mismas inscripciones.

«Las flores i las coronas nunca han sido mejor empleadas que en el adorno de estos queridos mausoleos.

«La *Magallanes* i el *Toltén* han tenido la buena idea de erijir un pequeño recuerdo a los héroes que atestigüe el patriotismo i gratitud de sus tripulantes. Nosotros también pensamos erijirle el nuestro tan pronto como las necesidades de la campaña nos permitan proporcionarnos los materiales i el tiempo que habemos menester.

«El regreso del cementerio hizo gran contraste con la ida. Volvimos mustios, cabizbajos i pensativos. A la ida habíamos recorrido a Iquique como quien recorre una de nuestras ciudades de Chile; ahora recordábamos que Iquique era una ciudad peruana, la llave de un emporio de riquezas, que el sacrificio de Prat nos la había conquistado i que cualquiera que fueran las manifestaciones que Chile agradecido hiciera a su memoria, no sería nada al lado de su merecimiento i de su gloria.»

XIX.

A fin de comprender en toda su extensión la jenerosidad de alma del malogrado mozo a cuyo apartado i entristecido hogar hemos ido a pedir los testimonios auténticos de estas confidencias, debemos completar su franqueza con la nuestra, porque, sin decirlo, él había partido siempre su escaso sueldo con los suyos, i aun dejado la

fracción mayor de la partija a beneficio de los últimos. Por esta causa, i escribiendo en este mismo sentido a su padre en una ocasión de apuros, decíale desde Mollendo el 24 de febrero de 1880, estas tiernísimas palabras:

«*Si Dios fuera conmigo tan bondadoso* que no sólo me concediera, después de terminada la guerra, *la gracia de la vida* i de los medios necesarios para que lo pasáramos tranquilos i felices, *yo sería el más agradecido i rendido de sus criaturas*. De todos modos, pueden contar ustedes que encaminaré todos mis esfuerzos, todas mis aspiraciones a la realización del noble fin indicado.»

Esta sumisión tranquila al destino i a las voluntades de lo Alto, no debilitaba en el ánimo del joven teniente ni en lo mas mínimo la enérgica independencia de juicio de que le hemos visto dar ya graves i aun comprometentes pruebas. Todo lo contrario. Era un espíritu que veía siempre claro i que vertía sus opiniones con trasparente i aun arrogante diafanidad.

Habíalo ya hecho al comenzar la campaña respecto del mando del ejército, después de Pisagua, escojiendo para ello estos francos términos:

«Del ejército de tierra le diré a usted con toda franqueza, que tengo mucha confianza en él, i por consiguiente en el triunfo, pero que desgraciadamente la dirección es pésima i que si no experimentamos un revés serio, es porque *la providencia de Dios hace causa común con nosotros*.

«Se habla mui en voz alta de falta de armonía entre los jefes; de planes disparatados, de expediciones desgraciadas, de desórdenes, de *falta de cabeza*, i todo por andar con contemplaciones i paños tibios, i no retirar de una plumada la causa de tanto desacierto i contratiempo. Estas faltas que se han ido amontonando, como la misma basura, es la mejor explicación de la *prolon-*

gación de la campaña en la provincia de Tarapacá, de los sacrificios de sangre, dinero i tiempo que nos cuesta i del que todavía tiene que costarnos, esto es, contando con el éxito final.»

¿I por ventura todo eso más o menos no se ha cumplido por aquella *falta de cabeza* que el inteligente marino señalaba al comenzar?

XX.

Pero cuando el sereno i valeroso oficial chileno levantó el diapason de su crítica i aún el de su cólera hasta cerca de algo que es vedado a todo espíritu entero i bien templado, hasta el conato moral de la rebelión, fueron en aquellos días de eterna vergüenza cuando los peruanos nos echaban a pique nuestros buques con traidores torpedos, i cuando, en vez de castigar la traición incontinenti con el fuego i con el hierro, se pedía consejo a la pusilanimidad de la Moneda, que a escondidas negociaba a esas horas con el enemigo, con ese mismo enemigo aleve que nos apellidaba «salteadores», solicitando amparo ajeno para malbaratar el precio de los heroicos sacrificios del pueblo chileno en armas.

«... Lo más natural habría sido,—exclama con este motivo el indignado oficial chileno, testigo presencial de todas aquellas ajenas i supremas cobardías,—que en esa misma noche (la del hundimiento de la *Covadonga*, i así pensaron i lo pidieron entonces muchos que no son marinos ni soldados en Chile) i sobre calentito hubiéramos bombardeado i quemado a medio Callao; pero está escrito que esto no harían jamás los que dicen no tener orden del gobierno para bombardear, para repeler un ataque, para castigar una alevosía, i sin embargo tienen derecho para suspender hostilidades, para declararnos en el hecho en armisticio i para poner dificultades o aconsejar que el comandante Lynch no cumplierse con su comisión.

«La indignación i asombro en la escuadra por esta extraña conducta, no reconocía límites, i cada cual se prometía cumplir con las exigencias del patriotismo humillado i encadenado, delatando a la opinión pública a los incapaces e indignos de representar a la patria.

«Nos ha dado rabia i vergüenza convencernos de que haya hombres en Chile que sean capaces de *traicionar sus intereses i de mentir a la faz de la nación* asegurando que el ministro Christiancy había ido a Santiago como caballero particular, i aquí ese mismo señor llega asegurando lo contrario, que casi hai negociaciones i que en octubre irá un buque peruano con los comisionados a concluir la paz en Arica, con los que nuestro *buen gobierno* tenga a bien nombrar. Esto lo sabíamos nosotros el 14 por la mañana, es decir, antes que el señor ministro *mintiera miserablemente en pleno parlamento*.

«Como corroboración de lo que dejo dicho, esta mañana (2 de octubre) partió para Arica el *Chalaco* llevando a su bordo a los comisionados peruanos.

«Dicho buque va convoyado por un buque americano. Hasta aquí llega el interés de Mr. Christiancy por economizarle a los peruanos cualquiera humillación!

«Como el *Chalaco* debía ser reconocido a la partida por uno de los ayudantes del estado mayor, el citado ministro consiguió con el almirante que no se practicara esa visita, diciendo que el salía de garantía i que iba exclusivamente a cumplir una misión de paz. Allá veremos cómo corresponde el enemigo a esta nueva condescendencia! ¡Quién sabe a quién le toca ahora su turno!!!...»

Hasta aquí, aunque ajeno a su carrera profesional i al deber del combatiente armado, que la Constitución Política de la República declara «no deliberante», no había nada digno de censura sino de aplauso en los desahogos del vehe-

mente patriota contra un gobierno inepto, porque trasmitíalos en secreto a su padre. Pero en esa misma epístola agregaba este párrafo, que aunque valiente, era en el fondo subversivo:

«A la verdad que si esta vez ha habido calma, confiando en que se hará justicia, *me parece que para la próxima tendremos nosotros que hacérsenosla*. La disyuntiva es por desgracia dolorosa, pero también es necesaria.

«*Un cambio en la cabeza se hace cada día más necesario; si el país no lo cree, si el gobierno no lo acepta, no vayan mañana a tener que arrepentirse mui de veras por no haber dado satisfacción i hecho justicia á nuestras quejas.*»

XXI.

De la desairada *O Higgins* pasó poco más tarde el teniente Rodríguez a la nave almiranta, i esto fué para morir. Todos recordarán que el «entusiasta i valiente teniente Rodríguez», según las palabras de su austero almirante, batióse con señalada bravura al mando de una ametralladora, cañoneando desde el mar el morro de Chorrillos el día de la batalla de este nombre, librada el 13 de enero de 1881; i pocos habrán olvidado que dos días mas tarde, cuando se apagaban ya los fuegos de una segunda victoria en Miraflores, estalló casualmente una bomba del *Blanco* en la boca del cañón, dejando a nueve marineros i al teniente Rodríguez, que había mandado durante el combate la pieza de proa, fuera de combate.

XXII.

He aquí como en una de sus biografías (porque el teniente Rodríguez las ha tenido como el capitán Prat) cuéntase suceso tan glorioso como deplorable ocurrido en los momentos en que la victoria batía sus alas sobre el campo i el mar de Miraflores:

«Ya nuestras tropas llegaban a paso de carga al sitio objeto i mira de los fuegos de los buques, cuando el teniente Rodríguez recibió la orden de no disparar un solo proyectil más, puesto que el enemigo, aterrorizado, abandonaba el campo al empuje incontrastable de las bayonetas chilenas.

«Obedeció Rodríguez, i al efecto dispuso que se descargase sobre el mar la bala con que ya el cañón estaba preparado, pues al extraerla de la pieza que la contenía, a más de ser operación engorrosa, pudiera dar ocasión a un serio desastre, siendo, como era, de retrocarga el cañón, i el proyectil de los de celosísima espoleta de tiempo.

«Preparábase la jente que servía el cañón a cumplir lo ordenado por el teniente Rodríguez, cuando recibe éste el imperioso mandato de extraer el proyectil.

«Sin hacer la menor reflexión como fiel i sumiso cumplidor de su deber, aunque previendo la catástrofe próxima a sobrevenir, ordenó Rodríguez a uno de sus marineros que sacase la bala, con todo tino i cuidado, del interior de la pieza que la encerraba.

«Apenas el marinero la tuvo sobre sus robustos brazos, notó que la espoleta se comenzaba a inflamar rápidamente.

—¡Mi teniente, exclamó aterrado, la bala está ardiendo!

—¡Arrójala al mar! gritó Rodríguez, mientras sereno i de pie junto al cañón hacía señas de que se precaviesen a todos los que de cerca le servían.

«No bien el marinero había dado un paso, cuando la más estruendosa de las detonaciones poblaba el aire de humo i desgarradores lamentos, i la cubierta de cadáveres i heridos horriblemente mutilados.

«El proyectil había hecho explosión, causando destrozos que la pluma se resiste a describir.

«El denodado teniente Rodríguez palpitaba sobre un charco formado por su propia sangre.

«Junto a la masa cerebral habíansele incrustado cuatro o seis cascos de granada que le ocasionaron no solo supremos dolores, sinó, lo que es más triste i lastimoso, el desconcierto completo de la armonía de su razón.

«Poseído de la fiebre, de la locura i de las más desesperantes angustias, pasó Rodríguez cinco días postrado en el lecho de su camarote.

«Cuando merced al rigor de sus sufrimientos le volvía el extraviado juicio, todo su anhelo i afán consistía en informarse del éxito de la batalla i de la suerte que hubieran corrido sus compañeros i amigos.

«Por fin, al amanecer del día 20 de enero, el teniente Rodríguez fallecía a bordo del *Blanco Encalada*, con el nombre de la Patria, en los desfallecidos labios, el espíritu fijo en Dios i el corazón en el lejano i querido hogar, donde dejaba un padre anciano i una madre amante i desesperada.» (1)

XXIII.

«La pérdida del teniente don Avelino Rodríguez fué mui sentida por todos sus compañeros, —agrega por su parte un escritor nacional, que le viera morir,—tanto por lo inesperado de su muerte, cuanto porque el joven teniente era una brillante muestra de esa nueva jeneración de oficiales de marina que cultivan con amor e intelijencia los difíciles i complicados ramos de su noble carrera. Rodríguez descollaba por su rica intelijencia, por su aplicación al estudio i por su afable i bondadoso carácter, prenda esta última de tan primordial importancia entre personas llamadas a vivir constantemente en familia i para las cuales cada buque se convierte en un verdadero hogar.» (2)

(1) M. DEL CAMPO.—*El teniente de la Armada de la República A. Rodríguez*.—Páj. 21 (1880).

(2) ELOI CAVIEDES.—Corresponsal del *Mercurio*.

XXIV.

Prolijos i aun minuciosos hemos sido sin duda en el examen, desarrollo i documentación de esta vida que a muchos habrá parecido oscura i sin la suficiente justificación moral para presentarla entre las más altas figuras de la guerra, siendo como fué quien nos ha arrancado estos recuerdos un mozo casi oscuro, pobrísimo i humilde; pero dado nuestro propósito no sólo de perpetuar hechos dignos de guarda perdurable, sinó el mucho más necesitado de estampar en la historia aquellas virtudes que más vivos reflejos arrojan sobre la humanidad i sobre la juventud que es su vanguardia, no nos parece que, como en el caso del capitán Prat, habrá de atribuirse a demasía lo que de los hechos i pensamientos de este joven héroe muerto a los 28 años hemos recordado.

El imitador había sido digno del modelo; i en comprobación i remate de tan alto concepto, séanos lícito reproducir a la conclusión de esta página postrera el testamento que el jeneroso mancebo legara a los suyos i a su patria, cuando en la víspera del asalto de Arica, que debió tener lugar el 4 de octubre de 1879, dejó constancia de su fe, de su patriotismo, de su grandeza de alma de patriota i de cristiano en el documento siguiente, extraído de un humilde legajo, tesoro inapreciable de familia, que así dice:

XXV.

«*En el mar, (frente a Arica), octubre 3 de 1879, a las 7 de la noche.*—... Declaro en este acto solemne, que creo en Dios uno i trino, que amo entrañablemente a mi patria, que tengo conciencia de la justicia de su buena causa, por la cual ella se encuentra actualmente en guerra con el Perú i Bolivia, que confío en el buen éxito

de la contienda, *que me creo feliz i orgulloso con derramar mi sangre por asegurar su autonomía de nación*, que le deseo el mas brillante porvenir, que tengo confianza en su destino, pues *espero que Dios ha de concederle a sus hijos todas las grandes cualidades que enaltecen a los buenos ciudadanos i hacen felices a los pueblos*.

«Declaro, con la mano puesta en el corazón, que durante toda mi vida le he profesado el más solícito i *abnegado cariño a mi familia, i que mi único afán i empeñado anhelo ha sido contribuir a su bienestar i felicidad*.

«A mi amigo Tomás 2.º Perez (muerto más tarde como él i antes que él), en testimonio de mi más vivo reconocimiento por los mil servicios i atenciones con que durante toda mi vida de marino me distinguió con su abnegación, su jenerosidad, su desinterés i su bien templado corazón, déjole como recuerdo de mi gratitud, el puñal que llevaré a mi cintura en el momento de mi muerte.

«Habiéndome despedido ya de mi familia, amigos i compañeros, declaro con siceridad que *no me reprocho de haber hecho mal a nadie*, pues siempre la regla de conducta de toda mi vida fué tratar de ser un *buen hijo, un buen amigo, un buen compañero i un inofensivo prójimo*. De todos modos, pido mil perdones por los dichos o hechos con que hubiere inferido agravio o perjuicio a tercero.

«Dejo en primer lugar a mis ancianos i queridos padres, mi recuerdo i la evocación de mi último suspiro.

«Déjoles todo cuanto me pertenece en ropa, libros u otros objetos para que *con su venta se atienda al pago de la cuenta que le adeudo al fisco*.

«Lego a la futura Escuela Naval el curso de torpedos i de estudios que se cursa a bordo de la fragata-escuela *Flora* i de la Escuela Naval de Brest (Francia).

«Debo al gobierno la cantidad de cuatrocientos

cincuenta i nueve pesos *setenta i tantos centavos*, cantidad que recibí en Europa como adelanto a mis sueldos, para *compra de uniforme* i varios otros objetos.

«De dicha cantidad he amortizado ciento veintiseis pesos desde el 1.º de mayo hasta el presente. A más el gobierno me debe el monto de la cantidad que en la solicitud que presenté con mis compañeros Santa Cruz i Herrera debe abonarnos por mayor gasto de embarque en marina extranjera. De suerte que con buenas razones, creo que mi deuda al fisco, en el presente, no excede de doscientos veintinueve pesos; pues no reconozco como deuda más que la cantidad de que he hecho mérito anteriormente.

«Las cuentas i resumen que existen en la tesorería de Valparaíso adolecen de un gran error i por eso lo digo, con la mano puesta en la conciencia, que mi deuda no era más que la ya referida cantidad.

«Por fin, lleno de fe i *esperanza en la misericordia divina*, me despido de mis queridos padres i hermanos, los abrazo con toda la ternura de mi corazón i les deseo conformidad i *resignación por los implacables fallos del Eterno*.

«Si la patria ha exigido mi vida es *porque ella era necesaria* para hacer respetar su integridad i soberanía. Repito una vez más, que me considero *muy feliz i orgulloso con ese pequeño sacrificio*, i que confío en que la patria ha de ser bastante magnánima i jenerosa para apresurarse a subvenir a sus apremiantes necesidades.

«*Muerto creyendo en Dios e invocando su nombre i el de nuestra querida patria*

AVELINO RODRÍGUEZ GONZÁLEZ.»

XXVI.

En la espesura del bosque, rodeado de corpulentos robles i de mástiles de alta talla, había

caído así, legando ejemplos de virtud, de valor, i de consagración a la patria, a Dios i a la familia, el joven adalid que vivió apenas lo suficiente para servir de modelo a los que, en su preclara carrera, siguen hoi desde la infancia sus pasos. I por esto, al recorrer sus hechos tan prematuramente interrumpidos por el hacha de un destino adverso, no hemos podido menos de estam-

par aquí nuestra creencia de que si el teniente Rodríguez no alcanzó, como Prat ni como Thomson, a consumir proezas dignas de la inmortalidad, era de seguro de la misma estructura física i moral de esos i otros héroes dignos de imperecedera fama i de perdurable ejemplo.

Era de la madera verdadera de los héroes verdaderos.



EL TENIENTE CORONEL
DON CARLOS SILVA RENARD
(2.º Jefe del Rejimiento Talca)

DON CARLOS SILVA RENARD

TENIENTE-CORONEL, 2.º JEFE DEL REJIMIENTO TALCA.



I.

A acontecido en la presente guerra, un hecho por demás singular, pero que la misma guerra explica.

Aludimos al sacrificio constante de los segundos jefes de los regimientos, lo que evidencia el peligro inminente adicto a su puesto, a su responsabilidad i a su honor.

De esta suerte, en las batallas de San Juan, de Chorrillos i Miraflores, que fueron un solo combate en la planicie de Lima, cayó el primero de todos, Nicolás Jiménez Vargas, segundo jefe del regimiento Chillán, i en pos de este bravo soldado, el bizarro Belisario Zañartu, segundo jefe del regimiento Chacabuco, i más adelante Avelino Villagrán, mayor del regimiento Colchagua, i el mayor del Buin don José Evanjelista Vallejos. I todavía más abajo, en la llanura que circunda a Lima, mientras eran derribados por el plomo i casi a un tiempo Marcial Pinto Agüero i Luis Larraín Alcalde, segundo i tercero jefes del regimiento Coquimbo, sucumbía heroicamente al pie de una trinchera el denodado Rafael Zorraíno, segundo jefe del Atacama, i al mismo tiempo el bravo entre los bravos Dardignac, mayor del Caupolicán.

II.

Pero entre todos esos brillantes mozos que así prodigaban su sangre los unos, su vida los otros, había adquirido la precedencia en el sacrificio el jeneroso oficial cuya vida vamos a contar en esta página i que cerró sus ojos a la luz, después de la victoria, ostentando a la edad no cumplida de veinte i siete años, las insignias de teniente-coronel en su uniforme de batalla.

III.

El comandante Silva Renard vino al mundo en la movible tienda del soldado, cuando su padre, que organizó i mandó una media docena de batallones, se hallaba accidentalmente en Penco Viejo (buena cuna para nacer soldado) durante el verano de 1853. A los doce años entró, como hijo de militar, a la Academia (noviembre 17 de 1865), i a los diecisiete fué nombrado subteniente del 4.º de línea, el 12 de enero de 1870.

Cuando, en la noche del 12 de enero de 1881, el comandante Silva Renard marchaba «lleno de esperanzas i de alegría», cifradas aquéllas en la conducta i en la gloria de su regimiento, celebraba, por consiguiente, el undécimo aniversario de su vida de soldado bajo las armas.

Sería ese, empero, el último de su heroica i brevísima carrera.

IV.

A los pocos meses de su incorporación al 4.º de línea, fué trasladado el subteniente Silva Renard al batallón de Artillería de Marina, un cuerpo doblemente anfibio, porque sirve en tierra i en el mar, i porque, siendo compuesto de tropa de infantería, lleva consigo cañones, lo que a la simple vista parece, si no un absurdo, una anomalía.

En ese cuerpo hizo el comandante Silva Renard su carrera hasta capitán, i con señalado crédito.

Como su padre, el joven Silva Renard era un oficial sumamente estudioso, ríjido i circunspecto. En la anotación de sus exámenes escolares resultan en abundancia los votos de distinción; pero ni esto ni las vacaciones veraniegas fueron nunca para él motivo de descanso. Su severo padre le hacía estudiar a su lado o con profesores que contrataba en los lugares de recreo a que iba a veranear; i así le vemos, por ejemplo, recibir lecciones de física del erudito profesor Döll en Valparaíso durante el feriado de 1866-67.

V.

Debió el comandante Renard a este método espartano de educación militar, tanto como a sus cualidades personales, el privilejio de ocupar posiciones distinguidas, aun siendo subalterno. Cuando tenía un solo galón en la manga de su casaca, desempeñó interinamente la gobernatura de Magallanes, puesto que se confiaba por lo común a capitanes experimentados de marina. La estimación de sus compañeros científicos de exploraciones i servicios quedó también consagrada en aquellos parajes por la fijación de su nombre en un descubrimiento jeográfico. La

isla Silva Renard, reconocida i bautizada por la *Chacabuco* en su última exploración austral (1877-78), no solo era una galantería de camaradas: era un tributo a su mérito como hombre de estudio i como colaborador.

En su calidad de oficial embarcado hallóse también el comandante Silva Renard a bordo de la corbeta *Esmeralda*, cuando ocurrió el terrible naufragio de este buque, estando el capitán Prat a su bordo i a su mando, el 24 de mayo de 1875. Solía decir el comandante Silva Renard que ni aun Tarapacá, que fué un deshecho temporal de plomo, causó en su ánimo impresión más honda que aquel horrible siniestro.

VI.

Cuando estalló la guerra, Silva Renard era teniente; pero después de haber guarnecido con su compañía el Toco, Tocopilla i Quillagua, fué ascendido a capitán. En este puesto entró en Tarapacá al fuego uno de los primeros, i fué uno de los primeros en caer. Referíanos él mismo que al desplegar su tropa en guerrilla sobre la loma de la fatal quebrada, un soldado recluta no podía arreglar el alza de su rifle, i al inclinarse él, poniendo una rodilla en tierra, para enseñarle a disparar, le vino la bala que le atravesó el cuello i le dejó por muerto en el campo de batalla. Pudo, sin embargo, bajar a la aguada; cuando el ejército se retiró, dos nobles soldados, cuyos nombres, por fieles, ha conservado la historia, le custodiaron en un rancho, prefiriendo caer prisioneros antes que abandonarlo al furor de los peruanos. Ambos eran cabos de su compañía, i uno de ellos, que había sido teniente de ejército, se llamaba Plata. El nombre del otro en este momento se nos escapa.

VII.

Se ha dicho jeneralmente que el capitán Silva

Renard, a ejemplo de su padre, que fué un instructor inflexible, era excesivamente riguroso con los soldados, i que éstos, por semejante causa, no le querían bien de ordinario. Pero el caso de afectuosa i abnegada fidelidad de que dejamos constancia, contradice o explica aquella condición de su índole i conducta, porque lo que el soldado chileno aborrece no es el castigo: lo que aborrece i detesta hasta el odio, la insubordinación i la muerte, es la injusticia.

VIII.

Bien debía conocer las sobresalientes prendas militares del joven capitán, tan milagrosamente devuelto al servicio i a su tierna familia, después de Tarapacá, su antiguo jefe, el bravo comandante don Silvestre Urizar Garfias, oficial de insigne mérito, que tan alto dejara su nombre en las cumbres de Chorrillos, donde se batió con notorio heroísmo como se batió su rejimiento. De suerte que apenas fué el último jefe encargado de organizar el batallón Talca i en seguida de elevarlo a rejimiento, solicitó la cooperación del capitán Silva Renard, que para aquel servicio fué promovido a sarjento mayor de ejército i en seguida a teniente coronel de guardias nacionales, el 8 de marzo i 15 de setiembre de 1880.

IX.

En una visita hecha al autor por el joven convalesciente de Tarapacá en los últimos días de 1879, mostrábase éste un tanto descorazonado por las vicisitudes de su carrera; pero una vez llamado, mediante la designación de un antiguo amigo i camarada, al puesto del honor, sintió convalescer su alma varonil junto con su erguido cuerpo, i en un banquete de despedida que el pueblo de Talca ofreció el 4 de abril de 1880 al valeroso rejimiento que tanto había de ilustrar

sus banderas, su organizador militar expresó sus caballerescos i patrióticos sentimientos en el siguiente jeneroso brindis de muerte o de victoria que en su hora él supo cumplir.

«... Esta falanje de guerreros de la industria ayer, hoi soldados del deber i mañana... ¿mañana? allá... o aquí victoriosos.

«El batallón Talca marchará en breve al teatro de la guerra, i marchará, señores, con la decisión i entusiasmo propios de los hijos de esta noble provincia.

«El batallón Talca se dirigirá al campo de operaciones, halagado con la sola idea de ser digno compañero del intrépido Atacama. La realización de esta idea es toda su aspiración, sublime aspiración que es la más pura aureola que guiará a nuestro batallón a la victoria.

«Señores i compañeros: os invito a que me acompañéis a beber por que el batallón Talca sea digno de la provincia que lo envía.»

X.

Organizado i disciplinado el rejimiento Talca con admirable celeridad, el comandante Silva Renard hizo la campaña de intermedios desde Chimbote hasta Paita con el entonces coronel Lynch, e incorporándose en seguida a su brigada, marchó por tierra, no sin pesadas fatigas, desde Pisco a Lurín, i de allí, en la noche de su «undécimo aniversario de soldado», según él mismo recordábalo en su postrera carta de familia,—a Chorrillos.

Se ha contado por alguien que antes de partir de Talca, en el banquete de adioses ya recordado, el comandante Silva Renard había levantado la copa haciendo votos por que el cuerpo que iba a representar en la guerra a aquella patriótica i animosa provincia rivalizara, si era posible, en gloria con el «legendario Atacama».

I si tal hizo, el Dios de las batallas escuchó

sus votos, porque el Atacama i el Talca entraron al combate en una sola línea, combatiendo tan denodadamente el uno junto al otro, que hubo ocasiones en que el rejimiento del norte abrió paso al talquino para cargar sobre las trincheras enemigas i darse el noble placer de victorearlo en el campo de batalla.

XI.

No tuvo, empero, la dicha de oír aquellos aplausos de sublime fraternidad en el combate, el segundo jefe del Talca, porque, como en Tarapacá, recibió un proyectil en el muslo derecho en los primeros minutos del mortífero encuentro.

Su última carta, escrita en la noche misma de la partida a la batalla campal, i a la luz del último fogón del vivac que iba a apagarse en el dormido campamento, no traicionaba ninguna egoísta ansiedad, ningún presentimiento doloroso. «Te escribo esta carta,—decía a su hermano Ricardo, que ha sabido guardar el culto de su afecto fraternal, i desde el campamento de Lurín el 12 de enero de 1881,—te escribo en medio de los preparativos de la marcha, pues en tres horas más, nos movemos en busca del enemigo que está, según dicen, bien atrincherado i parapetado en los cerros que hai al sur de Chorrillos. Nuestros soldados conocen bien lo que significan las trincheras peruanas; así es que aquella circunstancia no nos preocupa gran cosa. Mañana *habrá obtenido nuestro ejército otra victoria más, i sobre todas aquellas, decisiva.*

«Yo, por mi parte, creo que el rejimiento Talca, que todos admiran por su bizarra jente, cumplirá con su deber.

«Yo marchó contento a esta última jornada, porque conozco que es necesario que la América se acabe de convencer de la distancia que hai entre el carácter del chileno i el del peruano. Sólo así nos habremos dado a respetar.

«Lo único que me preocupa es, como te lo decía en mi anterior, la suerte que pudiera correr mi pobre Enriqueta si llegara a quedar viuda; pero me anima la confianza de que tú harás lo que puedas a fin de que siga percibiendo, si no es posible la asignación que en la actualidad tiene, al menos una cantidad que no baje de 50 a 60 pesos.»

Hé allí lo que es el noble, el austero soldado chileno! Va gustoso a morir por su patria, i entonces su única, su postrera i magnánima preocupación es su pobre hogar que deja desvalido. I en semejante amarga emergjencia, se contenta con pedir a la patria, por cuyo bien i cuya gloria acepta el último sacrificio de los seres, no una pensión que los favorecidos de la política o de la intriga desdeñarían como agria migaja de pan. Lo que ellos piden es esa migaja desdeñada, i ¡ai! en cuántas ocasiones sus tiernos hijos, sus desvalidas viudas, sus madres octojenarias no la reciben!

XII.

Una lijera nube pasó, sin embargo, por el bizarro segundo jefe del rejimiento Talca al cerrar su última epístola del corazón; i aquella está contenida en una final referencia, en forma de postdata, al autor de estas consagraciones; la cual con cierto humor jocoso i preocupado así decía:—«Una coincidencia más para don Benjamín Vicuña Mackenna. Hoi cumpla once años que salí de la Escuela Militar para el ejército... Si llegaré a los doce?...»

I estaba ya escrito a esa hora en el libro de los azares, que suele llamarse de las casualidades, que el infortunado mozo no llegaría...

XIII.

Por otra de esas casualidades que son no poco comunes en la guerra, cúpole al rejimiento Talca

marchar aquella noche en línea paralela con la brigada de artillería del mayor Emilio Gómez, en la que servía como subteniente el joven Rodolfo Silva Renard, hermano menor del segundo jefe de aquel rejimiento; i según una carta de aquél, nunca habíase encontrado más contento el último, «conversando casi toda la noche juntos, a medida que avanzábamos, sobre motivos alegres i felices esperanzas».

Mas no habíanse cumplido sinó poquísimas horas desde aquel cariñoso diálogo, de la noche, la fraternidad i el desierto, cuando al ascender entre los primeros el rejimiento Talca vitoreado por el Atacama las empinadas laderas que tenía a su frente en la cadena que corre del Morro Solar a San Juan, cayó el valeroso caudillo al frente de las filas, como en Tarapacá, i esta vez para no sobrevivir, no obstante su lozano vigor juvenil, al plomo peruano. La bala, que le hirió en la parte inferior del muslo, describiendo una parábola fatal había ido a depositarse en el bajo vientre, donde la muerte por hemorragia o peritonitis era inevitable.—Como a las tres de la tarde i una hora después de concluída la batalla, así escribía el hermano artillero al primojénito de su familia i desde el Callao el 26 de enero de 1881, contándole la rápida agonía del jefe chileno:

«Una vez un poco libre, fuí a ver a Carlos i estuve un rato con él, que no estaba tan mal a mi juicio, i según lo que me aseguraron los médicos que había allí; pero no tenían remedios, pues habían quedado atrás. Como se esperaba un ataque del enemigo, que se había replegado a la reserva que estaba en Miraflores, tuve que dejarlo para irme a la batería que se hallaba acampada en Chorrillos. Al día siguiente lo trasladaron al hospital, que se instaló en Chorrillos, i entonces le mandé todo lo que tenía de ropa, i yo sin poderme mover para ir a verlo. Oh! Ricardo! sufrí mucho entonces, luchando entre mi

deber de hermano i el de soldado. Todo ese día 14 se llevaron yendo i viniendo trenes con parlamentarios sin arribar a nada definitivo. En fin, a las 3 P. M. me fuí a Chorrillos resuelto a no moverme del lado de Carlos, sinó en el caso de que sintiera que principiaba el combate. Lo primero que hice fué ver al doctor Allende, quién me dijo que era necesario esperar esa noche para decidir si le cortaban la pierna. Esto no era más que una evasiva, según supe después, porque la herida era mortal, pues la bala había entrado por el muslo yendo a parar al vientre. Con una herida tan grave, tan mal clima i malos cuidados no podía librar. En fin, toda esa tarde pasó delirando, i creído yo que esa noche se decidiría si le cortaban la pierna, rogaba a Dios porque esto no sucediera. ¡Ah! no me imaginaba nunca que eran tan pocas las horas de vida que le quedaban! Como a las 7 i media P. M. no pudiendo dormir, salí de la pieza a buscar un calmante, i no estuve cinco minutos fuera cuando a mi vuelta ya era cadáver. En sus últimos momentos no conocía a nadie i su muerte fué tan tranquila que yo no noté su agonía.

«Evito el manifestarte mi angustia en instantes tan supremos, en medio de un hospital con 3,000 heridos, teniendo que dominar mi aflicción para pensar en colocarlo en una parte segura i no quedara botado como quedan tanto jefes como soldados. Yo solo, sin más ayuda que dos soldados i un oficial del Talca, nos ocupamos de su sepultura, pues todos los demás estaban en sus campamentos, no habiendo en el hospital más que heridos, i los tales ambulantes que apenas se preocupan de los heridos, ahora menos de los muertos. Al día siguiente 15 de enero, me ocupé en la mañana de su cajón i de enterrarlo. Estaba haciendo esto a las 2 P. M., cuando principió la batalla de Miraflores, teniendo que dejarlo a medio enterrar para ir a ocupar mi puesto.»

XIV.

Sólo una semana más tarde, fué dable al noble mancebo cumplir sus votos, trasladando los restos queridos del hermano sacrificado, desde el cementerio de Chorrillos al del Callao, donde se hallaba acantonado su cuerpo, tomando parte en el duelo común el rejimiento Talca, la brigada de artillería Gana i el antiguo rejimiento de Artillería de Marina, que había sido la escuela i el gimnasio militar del inmolado jefe.

XV.

Entretanto el pais, el ejército, el arma de infantería habían perdido en aquel mozo de veinte i siete años una acariciada esperanza, recibíendose por muchos con lágrimas en los ojos el telegrama de guerra que anunciaba su hora postrera i de triste desamparo en medio de las bulliciosas alegrías i expansiones de todos los pechos por la repercusión de la victoria.

El jeneral en jefe en sus proclamas i el coronel Urizar en su orden del día daban entretanto el pésame de aquella pérdida prematura a todo el ejército, al paso que el jefe de la provincia a que pertenecía el cuerpo que había conducido personalmente a la victoria enviaba a su joven e interesante viuda, la siguiente nota de condolencia, que era solo una pájina póstuma de justicia i de afecto.

XVI.

Señora Enriqueta Saldivar viuda de Silva Renard,
(Baños de Chillán). (1)

Talca, febrero 5 de 1881.

Apreciada señora:

La honrosa tumba que el malogrado esposo de Ud. encontró en los campos de Chorrillos en

(1) La señora Saldivar de Silva Renard, se hallaba de viaje a los baños de Chillán, por motivos de salud, cuando

cierra también los restos de muchos hijos de esta provincia que, como él, sucumbieron a la sombra de nuestra bandera.

Cupo al señor Silva Renard una parte muy principal en la organización, en la instrucción i en la disciplina del Rejimiento Talca, i al caer a frente de sus filas, les trasmitió seguramente ese aliento que hizo irresistible el empuje de nuestros soldados.

No alcanzó a gozar de la alegría del triunfo ni pudo recibir la porción que le correspondía en los laureles adquiridos por el Rejimiento; pero mientras viva el recuerdo de esa grandiosa jornada en la memoria de los chilenos, se recordará siempre el nombre del segundo comandante del Talca, unido por lazo glorioso con las proezas admirables ejecutadas por las huestes talquinas.

La patria cubrirá con sus bendiciones las cenizas de uno de sus guerreros mas arrogantes que desapareció víctima del plomo enemigo en la flor de la juventud, que estaba dotado de eximias cualidades para la carrera de las armas i poseía en el mas alto grado esa prenda segura de arrojo i abnegación, el fuego sagrado del pa-

a fines de enero de 1881 llegó a Talca la fatal noticia. Con este motivo un diario de aquella ciudad publicó las siguientes líneas:

«El sábado último llegó a ésta la señora Enriqueta Saldivar v. de Silva Renard; venía de Valparaíso en viaje a los baños de Chillán. En la noche de ese día, una comisión de señoras, de las más respetables de nuestra sociedad, estuvo a ver a la distinguida señora, con el objeto de darle el pésame por la sensible pérdida de su esposo, el señor Carlos Silva Renard, segundo jefe del «Talca», muerto gloriosamente en la batalla de Chorrillos.

«La señora viuda se mostró altamente reconocida a esa honrosa manifestación de aprecio i condolencia, hecha en nombre de todas las señoras talquinas.

«Al día siguiente partió dicha señora a los baños de Chillán.»

I allí fué objeto de mayores demostraciones de simpatía, porque todas las fiestas organizadas para celebrar la victoria fueron suspendidas i las sumas destinadas a ese objeto fueron puestas delicadamente en sus manos.

triotismo. ¡ Talca, señora, acompañará a esas bendiciones su eterna gratitud.

A pesar de los días que de propósito he dejado trascurrir para cumplir con el penoso deber de enviar a Ud. una palabra de conformidad i de consuelo, reconozco que las emociones que aun me dominan no me permiten hallar esas palabras. Por lo cual, ruego a, Ud. señora, me dispense que en medio de la desgracia que aflige a Ud. me limite a manifestarle que el pueblo de Talca se asocia a su dolor i mui especialmente su afectísimo i seguro servidor

JOSÉ IGNACIO VERGARA. (1)

(1) Al Congreso Nacional presentóse año i medio después el siguiente honroso informe en el que aparecía doblada la petición de aquella mezquina pensión de 50 pesos que para el abnegado comandante fué el máximo de sus tiernas aspiraciones en la víspera del combate i de la muerte:

«Honorable Cámara de Diputados:

Vuestra comisión de guerra ha tomado en consideración la solicitud que hace la señora doña Enriqueta Saldívar viuda del teniente coronel don Carlos Silva Renard, muerto a consecuencia de dos heridas recibidas en la batalla de Chorrillos. Pide la solicitante que el Congreso, en atención a consideraciones especiales, aumente la pensión de 85 pesos mensuales que le corresponde según la lei de 22 de diciembre de 1881.

La comisión cree, que salvo casos especiales, desde que el Congreso ha provisto por una lei jeneral a las necesidades de los asignatarios de los servidores de la nación muertos en la guerra última, no debería entrar a modificar esas disposiciones. Pero la misma lei en su artículo 26 estableció una excepción a las disposiciones jenerales que consigna, acordando la pensión señalada para los coroneles a los asignatarios de los tenientes coroneles Ramírez, Marchant, Santa Cruz, Souper i Dublé Almeida.

A favor del teniente coronel Silva Renard obran las mismas razones que impulsaron al Congreso a resolver como lo hizo respecto de los nombrados. El señor Silva Renard sirvió como ellos al país desde el principio de la campaña, encontrándose en las batallas de San Francisco i Tarapacá, en la cual fué herido; i posteriormente, restablecido ya, en la de Chorrillos, en la cual recibió graves heridas al frente del rejimiento Talca que tan brillante parte tomó en esta acción. A consecuencia de estas heridas falleció al día siguiente de la batalla mencionada.

En mérito de estas consideraciones os proponemos el siguiente

XVII.

Tal fué el corto pero honroso camino recorrido por el joven soldado, hijo de soldado, que enseñó a sus secuaces a vencer, acaudillándolos de frente en el campo preparado para la matanza.

Era el comandante Silva Renard en la hora aciaga en que le cupo sucumbir un mozo alto i compartido, en cuyo rostro la dulzura del semblante i de su trato social hacía visible contraste con la arrogante marcialidad de su talante. Mostrábase un mancebo, erguido i bien proporcionado, de hermosísima cabeza, la cara oval, los ojos grandes, entre pardos i azules, la tez blanca, labios sombreados por un denso bigote castaño, el pelo tirando a rizado, — un magnífico tipo de criollo americano en toda su persona.

El comandante Silva Renard, era, en efecto, hijo del conocido coronel don José María Silva Chávez, de pura estirpe chilena, i de la señora Amelia Renard, hija del distinguido, i en un tiempo opulento comerciante francés, don Carlos Renard. De la conjunción de esas dos razas había nacido aquella naturaleza tranquila i a la vez impetuosa, que el ciego metal de las batallas tronchó en el albor de una vida henchida de esperanzas. Carlos Silva Renard era el más joven de nuestros tenientes coroneles, segundos jefes de rejimientos.

XVIII.

Teníasele en el ejército, al tiempo de morir,

PROYECTO DE LEI:

Artículo único.—Los asignatarios forzosos del teniente coronel don Carlos Silva Renard, gozarán de la pensión que la lei de 22 de diciembre de 1881 concede a los asignatarios forzosos de un coronel efectivo i con arreglo a las disposiciones de la misma lei.

Sala de la comisión, julio 21 de 1882.—*Cornelio Saavedra Rivera.*—*V. Dávila Larrain.*—*Eduardo Matte.*—*M. Olegario Soto.*»

por un oficial severo i hasta rudo en materia de disciplina, como lo fuera su áspero padre, muerto demasiado temprano para el ejército, en 1869; pero fuera del cuartel i del servicio, era, como el último, amado de todos por sus nobles partes, siendo las más señaladas entré estas, su lealtad, su juicio tranquilo i la delicadeza de todo su porte de hombre, de soldado i caballero.

«En la vida privada,—decía de él a este respecto uno de sus biógrafos que escribió sobre su memoria cuando aun no se había enfriado del todo su noble cadáver,—era el comandante Silva Renard, antes i después de casado, un joven ejemplar que ha llamado la atención de cuantos lo conocieron. De gallardo talante, de cara simpática, modales finos i atractivos, modesto i reca-

tado supo captarse en todas partes el cariño i el respeto. Su carácter era tan suave i admirable como irreprochable su conducta. Siendo buen hijo, leal amigo, esposo amante i padre ejemplar, no podía por menos de ser buen ciudadano i gran patriota». (1)

La dulce paz de los buenos i la aureola brillante de los bravos que se hacen mártires sea por tanto con él i su memoria, para ejemplo de los que todavía hoy perseveran en su nobilísimo i no siempre bien comprendido i menos que eso bien premiado ejercicio!

(1) Don Eujenio Chouteau. *Mercurio* del 17 de febrero de 1881.



Lit. P. Godot & C^{ia}

DON MOISES ARCE

(Capitan ayudante del Atacama)



DON MOISES ARCE

CAPITÁN AYUDANTE DEL REJIMIENTO ATACAMA.

I.

ODA juventud es ponderación, como todo exceso de vida es potencia. I la guerra, acelerando la vitalidad de los seres i de los pue-

blos, calentando el patriotismo los corazones, acerando las proezas junto con las fatigas el músculo, hace llegar pronto el ánimo, tanto en el ejército que combate como en la muchedumbre que escucha sus hazañas, a un período de entusiasmo álgido en que la verdad no se desfigura pero se exalta como en la fiebre.

Por esto, durante los cinco años que próximamente durará la guerra (que son los mismos de la independencia desde Yervas Buenas a Maipo) háse creado una especie de lenguaje especial para contar los hechos i ponderar las acciones de los combatientes, ficción natural i casi inevitable, pero que no resistirá en todos los casos al frío análisis de la crítica. Así, más o menos, todos los que han peleado han sido «héroes», todos los combates han sido «titánicos», todos los que han muerto han caído en «la primera, segunda o última trinchera», aun cuando se haya peleado en campo raso. I a este propósito, señora i madre ha habido que con candorosa injenuidad ha ofrecido un baile social a la llegada de sus hijos,

inscribiendo a éstos sus tarjetas con el nombre de.... «A mis hijos héroes.»

...En otro sentido, nada ha sido más usado que poner a cada cuerpo, sea rejimiento o batallón, simple compañía o destacamento, el obligado apéndice de «heroico». Aun el más humilde sobreviviente de la *Esmeralda* cuando es interrogado sobre su personalidad.—«¿Quién eres tú?»—contesta en el acto i acentuadamente, cual el centinela en facción:—«Héroe de la *Esmeralda!*»

I éstos, a la verdad, no mienten....

II.

Entretanto, lo que hai de cierto, es que los chilenos esta vez, como en todas las pruebas anteriores de su vida de pueblo, han cumplido su deber, sobrepujando en todas partes a sus enemigos por su constancia, su disciplina bajo las banderas i su bravura en el combate. Pero si estos atributos debieran llamarse bajo todas las faces de su ejercicio «heroísmo», resultaría que no sería dable encontrar excepciones en la falange de los combatientes, usurpando así su nombre i su puesto a los que han sabido sobresalir los primeros entre los primeros.

Cabe este último puesto como lei común a los que han muerto por su patria, i por ello este

volumen, consagrado exclusivamente a los que sucumbieron, forma en realidad un libro de heroísmos.

Pero aun entre estos mismo elejidos de la inmortalidad, destácanse ciertas figuras de adalides a los que en la distribución de las justicias póstumas hemos debido señalar pedestal por separado.

Así, en la marina, por ejemplo, en pos de Prati de Thomson han debido adelantarse con sus luminosas sombras Victorino Contreras i Avelino Rodríguez, Ignacio Serrano i Ernesto Riquelme, porque en la resolución de cada uno de esos espíritus señalados, palpitaba en grado mucho más alto el sentimiento del patriotismo en el deber i de la abnegación en la muerte que en sus secuaces o en los otros. I lo mismo deberá afirmarse por la historia respecto del ejército de tierra de los tres Martínez i de los dos Vivar, del capitán Flores, de Dardignac, de Luis Larraín, de Zorraíno i entre otros nombres escojidos entre los escojidos, de Rafael Torreblanca, el tipo más jenuino, a nuestro juicio, del héroe chileno.

III.

I aquí es del caso decir que junto a este último sobresalió en las propias filas, i en los mismos choques de las armas, un capitán de guerra hoy talvez olvidado por muchos, junto con su humilde nombre, pero que la augusta verdad se encarga de suspender a su lejítimo nivel i en hora todavía oportuna ante la posteridad.

Ese héroe, casi anónimo, pero verdadero en toda la extensión del significado de esa palabra, llamábase Moisés A. Arce, era natural del Parral, de oficio minero i telegrafista, el cual sucumbió gloriosamente en calidad de capitán ayudante del Atacama en la batalla campal de Tacna, librada el 26 de mayo de 1880, i en el acto de arrebatar una bandera boliviana del centro de un cuerpo que le perseguía.

IV.

Séanos lícito, empero, rememorar, ántes que su heroísmo, su breve vida, pidiendo para ello prestados los reflejos de su pobre hogar a su afectuoso hermano don Leoncio Arce, que residía en los Anjeles, desempeñando honroso destino.

V.

Moisés A. Arce nació en el Parral el 15 de abril de 1853, siendo sus padres el señor Diego Arce i la señora Juana Montero.

«Tenía Moisés once años cuando murió su padre, quedando su viuda con escasos bienes de fortuna. Sin embargo, continuó atendiendo con ellos a la educación de sus hijos, reservándose para ella solo lo más absolutamente indispensable, a título i a merecimiento de mujer i de madre chilena.

«En consecuencia, i por el mes de marzo de 1869 aquella buena señora, después de no pequeños sacrificios, envió a Moisés a Concepción para que se incorporara en el cuarto año de humanidades en el liceo de aquella ciudad. No pudiendo acompañarlo, por su mala salud i por no aumentar los gastos del viaje, hubo de resolverse a dejarlo ir solo.

VI.

«Pocos días más tarde la solícita madre recibió del colejial una carta fechada en el Tomé en que le pedía perdón por un mal paso que acababa de dar. Había entrado de empleado en una tienda alemana de aquel puerto, con el sueldo de quince pesos mensuales, dándosele casa i comida, i tenía resuelto no volver al aula sinó seguir trabajando para vivir por sí mismo i no imponer ningún sacrificio a los suyos. Añadía Moisés en su carta que tenía vocación para el comercio, i que, sien-

do pobre, no le era dado continuar estudiando, a menos de comerse el pan de sus hermanos.

«Su madre sufrió mucho con esta noticia i esta determinación, pero aconsejada por algunas de sus relaciones, convino al fin en dejar a su hijo convertido en comerciante, de la noche a la mañana, contra su voluntad.

VII.

«Residió Moisés en el Tomé poco más de un año, siendo querido de sus patronos. Su familia recibía puntualmente los diez pesos de mesada que de su escaso sueldo le reservaba. Pero al cabo de poco tiempo hizo otra colejalada, aun cuando no era ya colejal. Fué al Callao i de ahí a Lima, contratado con una casa comercial, que tenía su asiento en el Tomé i sucursales en el Perú. Se le asignaban cincuenta pesos de sueldo, casa i comida. Temiendo que su madre no le diera permiso, se limitó a escribirle i pedirle perdón poco antes de irse a bordo del buque que debía llevarlo al Callao en derechura.

«Muchacho vivo, intelijente i alegre, la idea de viajar i de *hacerse hombre* (según él decía) lo hacía renunciar al placer de estar cerca de los suyos.

«Esto ocurría en los últimos meses de 1870.

VIII.

«En diciembre de 1871 volvía Moisés del Perú, sin fortuna i bastante enfermo de tercianas. Mantúvose entonces al lado de su madre unos cuantos meses; i no pudiendo entregarse por su mala salud a los trabajos pesados, pero al mismo tiempo no queriendo estar ocioso, su madre le sujirió la idea de que aprendiese telegrafía, únicos conocimientos que él se negaba a adquirir. Cedió al fin i se hizo telegrafista. De telegrafista estuvo en Cauquenes, en el Tomé,

en Coronel, en Coquimbo, en Caldera, en Copiapó i en Chañarillo, siempre deseoso de abandonar el empleo i de entregarse a trabajos de otro jénero. (1)

IX.

«En Chañarillo renunció su empleo i se hizo minero. Trabajó al principio con buena fortuna, i llegó a creer que su mina *Fortunata* podría asegurarle su porvenir i el de su familia. La primera venta de metales le produjo dos mil pesos i con ellos continuó con más empeño el laboreo. Pero los dos mil pesos se gastaron i el anhelado alcance no vino. Abandonó éntonces su *Fortunata* i tomó *al pirquén* algunas labores de antiguas minas de Chañarillo. En estos trabajos, si tampoco vió realizadas sus esperanzas de minero, ganaba, en cambio, algo más de lo necesario para hacer sus gastos de hombre decente. En ellos le sorprendió la noticia de la guerra, i, decretada la organización del Atacama, fué el

(1) A estos diversos destinos i mudanzas (evoluciones propias de la movible electricidad i de sus obreros) corresponden los siguientes datos oficiales que sobre los servicios del telegrafista Arce hemos recojido en la Dirección Jeneral de los telégrafos del Estado:

«Por decreto de 28 de setiembre de 1872 se le nombró jefe de la oficina de Cauquenes, pasando a servir la del Parral en 1.º de mayo de 1873 hasta el 4 de julio del mismo año en que pasó a desempeñar la del Tomé. El 5 de enero de 1874 fué promovido a la de Coronel hasta el 2 de enero de 1875 en que pasó a servir la de Coquimbo; en todas ellas como primer empleado. En 13 de enero de 1876 permutó su destino por el de segundo empleado de la oficina de Caldera hasta el 19 de abril del mismo año en que lo permutó por el de segundo empleado de la de Copiapó, hasta el 27 de agosto de 1877 en que renunció su cargo para dedicarse a la industria privada.

«Dejó en seguida la industria minera a que se había dedicado para formar parte del primer batallón Atacama.

«También sé que el desgraciado Arce dejó a una madre i hermana (que residen en el Parral) en una penosa situación.

«Como empleado en nuestra empresa se condujo a la altura de la conducta de Vivar.»

primero en solicitar del intendente Matta un puesto cualquiera en sus filas. Así me lo dijo el mismo señor Matta en Copiapó en mayo de 1881 cuando fui a visitar la tumba de mi hermano.

«Moisés rehusó, por hacerse soldado e ir a la guerra, un puesto lucrativo en el ferrocarril de Copiapó i otro no menos ventajoso que le ofrecí entonces, o más bien, que yo había obtenido para él.

X.

«Nada diré yo de las prendas personales de mi hermano, pero Ud. me permitirá agregar, señor, que era un carácter, una voluntad de hierro. Personas de Chañarillo me referían hace dos años que en muchas ocasiones fué el único trabajador de su mina. Ordinariamente se iba a ella llevando un pan como todo alimento del día i regresaba casi de noche a su alojamiento. Nunca le doblegaron las contrariedades. Contraído i estudioso, llegó a hacerse por su propio esfuerzo, al cabo de tres años, un minero ilustrado e inteligente. Su opinión, que no pocos solicitaban, era siempre digna de tomarse en cuenta».

XI.

Hemos escuchado hasta este punto las modestas i verídicas confidencias del hermano sobre la vida de quien habitara pobre, escondido, pero siempre esforzado, entre los riesgos.

Escuchemos ahora las revelaciones del héroe mismo, notables antes que todo por su simplicidad, este sello inmutable de todo heroísmo verdadero. En todas las guerras i en todos los sacrificios los Epaminondas, los Dessaix i los Marceaux son la regla: los Alcibíades i los Murat son solo la excepción.

XII.

Moisés Arce se ha enrolado, en efecto, como simple subalterno en el batallón Atacama i en la víspera de partir de Antofagasta para entrar (al fin!) en el campo de la guerra activa, dice gozoso a su hermano: «Nuestro batallón ha sido i es considerado como uno de los mejores i por consiguiente figurará en la vanguardia».

I en ese puesto cúpole, en efecto, romper los primeros cartuchos de la guerra en las colinas amuralladas de Pisagua. «A mí, por desgracia, —escribía el teniente Arce desde el campamento de Dolores el 13 de noviembre de 1879,— me tocaron en mi embarcación por remeros unos pilillos que venían de la *Elvira Alvarez*, que a pesar de estar mi bote adelante lo hicieron quedar atrás para sacarle el cuerpo a la lluvia de balas que caía sobre nosotros; pero merced a algunas amenazas i planazos, los hice tomar un desecho i desembarcar en un punto que aunque más corto que el de la playita blanca, donde desembarcaron los demás, era un poco peligroso porque había unas rocas salientes; pero felizmente, después de un poco de susto por la navegación, mi bote fué el segundo que llegó a la ribera i yo el tercero que pisó tierra peruana.....

«Oficiales ha habido, como Rafael Torreblanca, que fué el primero en subir a la elevada cumbre del cerro que ocupaba el enemigo, a quien, sin hacerle favor alguno, se le podría llamar i considerar como bravo entre los bravos».

Estas últimas frases de admiración i de justicia estampaba al finalizar su carta íntima el oficial atacameño en honor de su nobilísimo compañero de armas Rafael Torreblanca. I bien: cuando dos semanas más tarde ocurría en el faldeo del cerro de la Encañada el segundo combate de la guerra, del cual el Atacama salió cubierto de plomo i de gloria, Torreblanca, en

carta también de familia, decía a su vez a uno de sus hermanos: «El héroe de la jornada fué Moisés Arce. Yo llegué demasiado tarde»..... Sublime modestia en la retaliación de la justicia!

XIII.

En cuanto a la versión personal del valiente llanero del Maule, hé aquí lo que en honor del ejército decía tres días después de aquella jornada, silenciando por completo su propia participación en el encuentro i en su gloria:

«El 19 del corriente tuvo lugar sobre uno de los cerros más elevados que hai en las cercanías de este campamento hácia el poniente, una batalla que por el número de combatientes como por sus resultados ha sido campal. Once mil quinientos peruanos i bolivianos i siete mil más o menos por nuestra parte fueron los que había el día de la batalla. De siete a ocho mil de los primeros entraron en pelea, los que fueron derrotados por dos mil quinientos de los últimos en tres horas, que sería lo que duró la batalla. Mi cuerpo tuvo la suerte, como en Pisagua, de ser el primero *en la vanguardia*. I en aquel punto como en Dolores creo que ha satisfecho los nobles deseos de la provincia que viene representando, como asimismo las justas aspiraciones de la patria.

«Detalles i pormenores no tengo tiempo de darte. Otra vez, si es que tú me contestas alguna de las mías, lo haré».

XIV.

Asistamos ahora a una escena diferente en que Torreblanca i Arce, reunidos al pié de ruda sepultura, cumplen todavía, a su manera, el deber i la aspiración de dos grandes almas fundidas en una sola.

Es una carta publicada en un libro titulado

El contingente de Atacama (páj. 419) la que habla, i así dice:

«Al día siguiente del combate nos dirijimos con el teniente Arce, Torreblanca i otros a cavar una sepultura para nuestros hermanos *Vallejos, Blanco i Wilson*, buscando un lugar que más tarde pueda reconocerse para que sean llevados esos restos preciosos a Copiapó, pues se erijirá indudablemente un mausoleo a los bravos que así mueren por la patria, dando glorias a la provincia.

«Estábamos tristes; contemplábamos en silencio los rostros pálidos de los que el día anterior no más reían alegremente con nosotros, compartiendo las fatigas de la campaña. ¡Pobres queridos amigos! Sus venerandos restos no quedarán olvidados, porque los presentes juramos sobre sus cadáveres llevarlos a Copiapó, cualquiera que fuera el que sobreviviera al terminar la guerra. Después ese juramento solemne se hizo extensivo a los que no estaban presentes, desempeñando en el momento otras comisiones casi por el mismo estilo. Era como el día de difuntos en el campamento!

«Los soldados no tenían barretas. El suelo cubierto de durezas o criaderos de salitre, era duro i resistente. Echamos mano de los fusiles bolivianos, aprovechando las bayonetas triangulares para horadar las piedras.

«Estábamos ocupados en esa delicada i costosa operación, cuando el jeneral en jefe pasó, nos vió i nos dijo, cayéndosele las lágrimas: «Son tan bravos como humanos!»

¡Cuán grandiosa escena concebida así en su propia sencillez! ¿I no habrá entre los ya numerosos i valientes pintores nacionales, quien acometa el trasladarla al lienzo, empapando el melancólico conjunto con los últimos tenues resplandores del crepúsculo?

El famoso cuadro de San Luis enterrando en las playas africanas a sus compañeros de armas,

conservado en Baltimore, no tendría mayor belleza que el de los rudos atacameños al pié de la Encañada.

XV.

Volvió entretanto la inacción incomprensible, después de la fácil i casi milagrosa victoria que había dejado intacto nuestro ejército i despedazado i roto el de los aliados; i cuando un nuevo año había lucido en la menor edad de la guerra, daba el antiguo i modesto telegrafista, noticia fraternal de su carrera en estas líneas escondidas pero que, como en el caso de Torreblanca, en todas partes revelan la inalterable superioridad de su alma:

«Aún soi teniente. El ascenso talvez venga luego. El galón vacante por la muerte de Valles ha motivado sus intrigas i miserias tan frecuentes en esta carrera donde está avaluado el mérito de los hombres por las presillas, lo que yo no podré jamás aceptar ni aceptaré.»

XVI.

Tenía la carta de que copiamos el pasaje anterior la fecha de Dolores, enero 23 de 1880; i abundando en los jenerosos sentimientos que acabamos de recordar escribía a su hermano un mes más tarde el capitán atacameño, alegre otra vez con la perspectiva de nuevas campañas, desde a bordo del *Lamar*, en la bahía de Pisagua, el 24 de febrero:

«Te aseguro que celebro esta partida más de lo que puedes figurártelo, porque realmente la vida de campaña con el celemín de pequeñeces que la rodean es más mortificante i pesada que veinte batallas.

Salgo, pues, a emprender la tercera batalla, i i quién sabe cuántas más, lleno de placer i contento i con la completa confianza de que las

balas se portarán tan atentas i corteses como hasta ahora lo han observado conmigo.»

XVII.

Pero no son sólo las balas el peligro de la guerra, i vamos a oír contar al capitán Arce (pues tenía ya ese título harto merecido) la escena horrible de penurias, de imprevisión i de agonía a que estuvo sometido su cuerpo, así como toda la división Muñoz, en su marcha de Pacocha a Moquegua, a través de los páramos a cuyos piés corre, como dentro de una sepultura, el río Ilo.

«Varios casos hubo de locura i de desesperación (escribía el oficial expedicionario de aquella fatal noche, desde Moquegua el 27 de marzo) causados por la sed: llegó la noche, i nadie de los que habían ido a buscar el precioso tesoro, el agua, volvía; llegó la hora del silencio, que es la hora de dormir, pero nadie pudo conciliar el sueño: todo el mundo no pensaba, no hablaba ni decía otra cosa que *jagua! jagua! jagua!* i siempre *jagua!*

«Eran las doce de la noche cuando los primeros portadores de la vida principiaron a llegar.

«Entonces fué cuando pude contemplar hasta qué extremo llega la desesperación humana atacada por la más grande de las necesidades. Todavía no se oía en el campamento que venía un soldado trayendo unas caramañolas de agua, cuando toda la división como por encanto se ponía de pié, i al ver aquellos hombres i en aquella actitud, cualquiera que no sufriese con ellos la misma privación hubiera creído que era aquello una casa de Orates.

«Se pusieron por cada cuerpo numerosas guardias a fin de evitar que se arrebatasen el agua, pero nada les importaba los culatazos, las amenazas de las bayonetas, los latigazos; todo eso era inútil; lo principal era tomar un sorbo de agua, que lo demás poco importaba. En mi

cuerpo, mi compañía fué la última a que le llevaron las caramañolas, i francamente yo estaba ya desesperado por los lamentos i exclamaciones de esta pobre jente, cuando a las dos de la mañana llegó por fin el famoso Aguirre, el soldado más activo e intelijente para la vida de campaña, trayendo todas las caramañolas de la compañía en dos animales que en el valle se había proporcionado, a más de un saco de uva i una caramañola de exquisito vino, mui a tiempo para poder sostener una media docena de viejos que tengo en la compañía, sobre todo uno que se llama Cáceres, que es una reliquia del año 38, i que hasta aquí parece que este noble i valiente veterano concluirá la del 79 i 80.»

¡Ah! i cuántas veces debió el capitán Arce pensar durante aquella noche horrible en su nombre de pila i en el milagro de Oreb!

El Moisés de aquella catástrofe sería, sin embargo, otro hombre de bien que a su hora pagó a su patria el tributo de su sacrificio: el infortunado Federico Stuen.

XVIII.

Por fortuna, acercábase ya el segundo desenlace de la campaña, buscado ahora por el ejército chileno en batalla campal; i prosiguiendo su itinerario de marchas i victorias en que sosteniale siempre el brío de su jeneroso e inalterable patriotismo, el capitán Arce agregaba, tres semanas después del combate de los Anjeles (Alto de la Villa, abril 9 de 1880), estas palabras de absoluta confianza en el triunfo de las armas de su patria: (1)

(1) Sobre el combate de los Anjeles en que al Atacama tocó parte tan principal, hé aquí la única noticia, completamente impersonal, que el capitán Arce envió a su familia:

«El 22 hubo combate en la famosa fortaleza de Torata. A nuestro batallón, como siempre, le tocó lo mas recio de la batalla. Flanqueamos al enemigo por el costado izquierdo de su línea, casi inaccesible, i la oscuridad de la noche nos

«Felizmente, parece que ya se aproxima también para nosotros una próxima batalla. Ya está internada en Locumba la primera división i las otras principian también a levantar sus campamentos para seguir las huellas de la primera, internándose i siguiendo escalonadas la marcha sobre Tacna por el valle de Locumba. Nuestra división, que es la segunda, esta semana dejará a su turno su campamento de Moquegua para internarnos a la vez al valle de Locumba e incorporarnos al resto del ejército para dar por fin, la por tanto tiempo esperada batalla campal con el único enemigo regularmente organizado que nos queda, las huestes de Montero en Arica. Sean cuales fueren los contratiempos, por nuestra parte nadie pone en tela de juicio nuestro futuro triunfo. Tal ha sido i será siempre la opinión que existe en el ejército; tal creo también será la confianza que la patria tiene en sus hijos que solo miran su honra que está cifrada en las bayonetas de Chile, siempre victoriosas.»

XIX.

Un mes más tarde, atravesando en toda su longitud hórrido desierto que hoi recorren de nuevo (¡después de tres años!) nuestros impertérritos soldados, le encontramos en víspera de la buscada batalla en el campamento de las Yaras, i pasando en revista familiarmente sus aprestos de combate, en que figuraría como capitán ayudante de su ya aguerrido cuerpo, decía a uno de sus parientes que habitaba en las provincias meridionales de Chile.

«Tengo dos magníficas cabalgaduras, un potro mulato de suave i magnífico paso, i una bonita yegua moqueguana baya, de brazo, que reivindicó mi asistente i me la ha regalado.»

permitió caer de sorpresa sobre las trincheras enemigas, i tal fué el susto de los pobres cholos que casi no atinaron a hacer resistencia sino a arrancar.»

I bien: esa yegua del valle moqueguano, endeble como era, soportaría en medio del porfido encuentro del Alto de la Alianza la esforzada prueba de conducir a su indómito jinete hasta en medio de las filas enemigas.

XX.

...Era en efecto el 26 de mayo, i Torreblanca había ya caído traspasado su noble pecho de tres bayonetazos, cuando se adelantaba a la cabeza de su compañía. El Atacama, delante de aquel irreparable desastre, reambulaba. La división Barceló, a que ese cuerpo pertenecía, comenzaba a flaquear en toda su extensa línea, batida durante tres horas consecutivas por una verdadera tromba de proyectiles de rifle, de cañón i de ametralladora.

I fué entonces cuando vióse por todo el ejército lanzarse al frente de la línea ya rota de combate, un temerario jinete montado en delgada pero airosa bestia baya i acometer por dos veces, sin mas arma que su espada, la numerosa escolta que custodiaba una bandera boliviana en su avance victorioso hacia el bajo.

A la segunda arremetida, i poseído de un vértigo que traicionaba el pundonor de su alma acongojada por doloroso rechazo, vióse al capitán Arce sepultar su espada en el pecho de más de uno de los enemigos que le rodeaban, i en

seguida batiéndose como verdadero león acorralado, sucumbir dentro de un círculo de acero i en el momento preciso en que con enérgico brazo cojía el estandarte enemigo por su asta... «El capitán Arce fué un verdadero héroe,— escribía pocas horas mas tarde al compajinador de estos recuerdos, uno de sus compañeros de armas que mas le amó.—Dos veces i montado en una mala yegüita acometió al batallón boliviano que descendía de la altura arrollando nuestra débil i ya extenuada línea, i dos veces intentó arrebatarnos la bandera que traía. Fué aquel hecho la admiración de todos los que lo presenciaron, i todavía tenemos la espada de nuestro bravo ayudante teñida con la sangre de los que lo inmolaron.» (1)

XXI.

I fué así como en corto trecho, a la misma hora, i envuelto cada cual en un jirón de su invencible oriflama, cayeron en el mismo campo el uno junto al otro, el último por vengar al que antes que él cayera, los dos mozos dos veces heroicos que serán en la posteridad los héroes legendarios del inmortal rejimiento Atacama: RAFAEL TORREBLANCA i MOISÉS ARCE.

(1) El capitán del Atacama don Pedro María López.

DON EULOJIO GOICOLEA

ASPIRANTE DE MARINA.

I.

A nadie se ha ocultado que en la grandiosidad culminante de Iquique, hubo dos grandezas aparte i distintas: La grandeza del heroísmo en el sacrificio.

La gradeza del ejemplo en la oportunidad.

El capitán de la *Esmeralda* fué en efecto el primero en la prueba, pero fué también el primero en la hora, i en este doble sentido el bien que hizo a su patria con su sublime, voluntario e incomparable martirio no encontrará talvez parangón, en nuestra historia pasada, ni en nuestra historia futura.

Nadie antes que él murió, en verdad, empleando, para dar forma a nuestro pensamiento, una frase corriente, nadie murió mas a tiempo para su gloria, ni en mejor tiempo para su patria, porque dejando estampada con su sangre i su proclama, «Chile no se rinde!» en la playa del inmenso desierto i en la ola del mar inmensurable, luminosa huella, todos han marchado después por ella deliberadamente, con resolución altísima, como quien mira la columna de fuego que conduce a la redención i a la inmortalidad.

II.

Hállase hasta hoi asentada la convicción de

que tal ha sucedido en el ánimo de todos; pero nada conduce mas a hacer fructífera la simiente del heroísmo entre los que serán llamados a vivir a su sombra, es decir, entre nuestros jóvenes marinos i soldados, que mostrarles gráficamente el sendero ya recorrido i señalarles el horizonte embebido en luces de fuego por el cual las grandes almas de los que le precedieron, ascendieron, a la siga del héroe-adalid, hacia la eterna fama en el deber.

III.

Así en el sacrificio valeroso i obstinado del capitán Thomson, delante de las baterías de Arica erizadas de cañones, brilló indudablemente un reflejo de la magnánima resolución del capitán que le había tomado sublime delantera. Él mismo lo dijo i lo escribió a sus amigos antes de morir i preparándose para morir. El capitán Prat había sido su alumno, su aprendiz, su subalterno, i ¿había podido aquel espíritu altivo i arrogante consentir en quedarse atrás del que en su niñez él mismo había enseñado?

En este caso el ejemplo del capitán de Iquique había jermidado por una especie de varonil emulación, lícita solo a los hombres de guerra.

Thomson en Arica, fué digno de su discípulo en Iquique i en la *Esmeralda*, buque-escuela i casi buque único de nuestra escuadra.

IV.

¿I por ventura no aconteció otro tanto con la vida, los hechos i las nobilísimas cuanto justificadas ambiciones de aquel discípulo del capitán Prat, muerto frente a la barranca de Miraflores, que a su paso por Iquique había ido a arrodillarse sobre la tumba del campeón para pedirle su santa i segura inspiración en el deber i en el combate; aquel teniente de marina que nosotros hemos presentado ya a nuestros jóvenes lectores como el tipo i el material de que se forjan los héroes verdaderos, bajo el nombre de Avelino Rodríguez?

Dejamos entonces evidenciado que en la imitación del caudillo glorioso, el subalterno había procedido en todo por un principio de intensa veneración, que él mismo dejó estampada en su visita a la tumba de Prat.

Pero en uno i otro caso el resultado era el mismo. En la gloria de Iquique, más que en la famosa batalla Elchingen, cuyo prez el mariscal Ney no consintió en dividir con nadie: «La glorie ne se partage pas», había destellos para todos... I uno de esos destellos encarnóse en el alma i el sacrificio del teniente Rodríguez.

V.

¿I cuántos serían los ejemplos i las derivaciones análogas que en el ejército de tierra podríamos contar una a una, desde la abnegación taimada de Ramírez i de todos sus capitanes muertos en un solo montón de heroísmo dentro de la fatal quebrada de Tarapacá, hasta los niños sublimes de la cuarta compañía del Chacabuco, que pereció toda entera, sin consentir en rendirse, en las frías cumbres de la sierra peruana?

El jermen de Iquique, como la simiente leve que el viento encumbra desde el médano al alto

páramo, el heroísmo verdadero, había fructificado en todos los parajes del Perú.

VI.

Prolongada sería, entretanto, esa enumeración, i talvez innecesaria, por ser más o menos conocida de todos. I por esto, para abreviar i presentar sólo ejemplos, que han quedado como escondidos en la penumbra de los olvidos inmaturos, vamos a contar lijeramente en esta página la vida fugaz pero rica en fecundante savia i en nobilísimas esperanzas de un niño que se había propuesto seguir la senda abierta por la quilla i la bandera de la *Esmeralda* en Iquique, hasta sepultarse en el abismo que su casco abriera en el seno de las aguas, o trepar en el alto mástil i fijar en él el pendón de la propia nombradía i la victoria de la patria.

VII.

Llamábase el valeroso e intelijente cuanto infortunado mancebo, a quien hacemos alusión, Euljio Goicolea, i era por cuna chilote, hijo de una isla en que los arrojados individuales del mar embravecido crecen en almácigo, como sus altos cedros--alerces, que desafían el hacha del hombre i la segur del huracán. Era además hermano político, por su hermana doña Emilia, a quien amaba con marcada predilección, del bravo Ignacio Serrano. Por manera que al aceptar la divisa de Iquique, el niño chilote era doblemente secuaz i vencedor.

«Morir con honra es el sagrado lema
I es el emblema del honor chileno,
I allá en el cielo grabará con oro
Nuestro decoro el Hacedor Eterno».

Tal fué más tarde el primero i último verso de su canto a los combatientes de Iquique.

Dotado de un carácter acentuadamente simpá-

tico i de un rostro dulce, fino i casi melancólico, había hecho el tierno aspirante sus estudios en la escuela de la ciudad natal i en seguida con señalado lucimiento en el liceo de Concepción, i allí le hallamos por la primera vez ensayándose con valentía en el cultivo de las musas, cuando aun no había cumplido dieziocho años. Euljio Goicolea había nacido en Ancud en 1862. *En un Navio en Calbuco, en 1860. Ver Lavada.*

VIII.

El joven aspirante de marina que terminaría su carrera al comenzar la luz del alba, al lado de Thomson i junto con Thomson, había perdido a su madre antes de la luz de la cuna, i el dolor más que el recuerdo hábale hecho poeta. Uno de sus primeros ensayos, conservados en su cuaderno de colejio i que lleva la fecha de 1878, está consagrado *A la memoria de mi madre*, i así con más ternura que corrección canta i llora:

«Me acuerdo que un tiempo mi vida resbalaba
 Más dulce que el aroma que emana de una flor:
 Vivía aquí en la tierra la prenda que adoraba,
 I ahora solo viven las huellas que dejé.
 Veía por do quiera brindarme mil caricias,
 Tan gratas i tan puras, tan suaves como el aura;
 I hoy vivo sin consuelo, lloroso, sin divisa,
 Sintiendo ese regazo que ciego idolatraba.

IX.

La naturaleza o el luto del hogar había de esta manera i desde temprano envuelto en un tenue velo de melancolía el alma del niño huérfano, i tanto en su rostro como en su laud, aparecen señaladas con mayor relieve aquellas notas que en el semblante como en el alma, en la sonrisa como en las lágrimas, corresponden a los ecos bajos del dolor. Una de sus composiciones inéditas titulada *Mis pesares* comienza en efecto así:

«¿Por qué la suerte miserable, impía,
 Me ha perseguido hasta en la humilde cuna?
 ¿Por qué me acosa la fatal fortuna
 I me es adversa con tenaz porfía?»

X.

Sus temas favoritos eran *La Soledad*, *Mis lágrimas*, *Al estudio* i otros emblemas que traducían la vaga expresión de una alma conmovida i casi supersticiosa. Cantando, en efecto, a su destino en la víspera de la guerra, que sellaría el suyo propio tan aprisa i de tan trájica manera, exprésase de esta suerte el intelijente niño en una composición completa que ciertamente para su edad no carece de mérito literario i se halla así concebida:

«MI DESTINO»

Destino miserable,
 Vinistes a robar
 Mis días más felices
 Mi dulce bienestar.
 Mil bellas esperanzas
 Me pongo a alimentar
 Las mismas que tú vienes
 Feroz a arrebatar.
 En gratas ilusiones
 Me suelo deleitar;
 Amores los más dulces
 Me vienen a halagar.
 El tiempo se me pasa
 Veloz, sin vacilar
 Gozando las caricias
 De un ser anjelical.
 Me forjo en mi alegría
 Un ente virjinal
 Tan bello que sus ojos
 Al sol van a ofuscar.
 Sublime como el canto
 De un ave matinal,
 Tan dulce como el néctar
 De flor primaveral,
 Tan pura como el céfiro
 Que surca allá en el mar.
 Su emblema es la pureza,
 Pureza su ideal,
 Tan linda como un anjel
 Del orbe divinal.
 Hechura del Eterno
 Modelo de beldad.
 Oh vida deliciosa!
 Oh goce sin igual!
 Yo siento no poderte
 Despierto disfrutar». (1)

(1) Esta composición i los fragmentos anteriores han sido

XI.

En esta condición de su ánimo i en esta etapa de sus estudios de abogado, sorprendió al tierro vate la actual guerra, encerrado dentro de las paredes de un colejio, donde escribía en buena prosa la crítica de los trabajos de sus compañeros de aula i recibía la de éstos. I cuando sonó el cañón de Iquique, repercutiendo sus ecos dentro de su pecho, saltó el muro, i alegando talvez como suficiente título, el nombre de su hermano de afinidad allí inmolado, entró a la marina un mes más tarde en calidad de aspirante, trasladándose en el acto de Puerto Montt a Valparaíso.

XII.

Hallábase en esta rada en la medianía de agosto i a bordo del buque a que había sido des-

copiados por nosotros de un cuaderno manuscrito que el aspirante Goicolea comenzó a escribir en el Liceo de Concepción en 1878, i continuó después en Puerto Montt con el título de *Primeros ensayos de versificación de Eulofio Goicolea*. Contiene este libro en 84 pájinas una docena de composiciones poéticas i una comedia en verso i en tres actos, titulada *Un corazón jeneroso*, obra de aprendiz que naturalmente se resiente de los defectos de la inexperiencia, pero que revela una intelijencia despejada i, principalmente, "un corazón jeneroso".

Por supuesto, abundan en el romancero de las primeras impresiones los cantares al amor, esta vida de la vida que bulle en la juventud cual la savia que cuaja la flor en el tallo como en el ramaje de las plantas, i continuamente se leen allí inscritos versos, pensamientos i ensueños "A I...", "A Baudilia", "A Sara, en la mar", lo que prueba que en materia de amores i de flores el aspirante Goicolea era como todos los poetas, un verdadero picaflor...

Sin embargo de su estro, el joven marino, que se hallaba por antítesis sobrado escaso de fortuna, tenía cuidado de hacer el inventario de sus prendas a bordo, i en ese documento figuraba en primera línea su vestuario de aspirante con dos camisas de a dos pesos, seis corbatas de a 15 centavos i diez centavos de hilo. Su deuda ascendía a 2 o 3 pesos, pero en cada hoja de su libreta hai alguna flor seca, i en una de ellas una guedeja de finísimo pelo rubio de mujer... El poeta traicionando siempre al matemático, es decir, al contador....

tinado i que, según nos parece, era la corbeta *O'Higgins*, cuando, después de letal demora, pareció acercarse la hora de la acción; i en tal coyuntura siguiendo la inspiración primitiva i honda que guiaba al ardoroso principiante, contrajo éste el siguiente patriótico compromiso que él escribió de su propia letra en su cartera de bolsillo i firmó después con su sangre, junto con sus dos compañeros de graduación que encontraron como él aciaga suerte:

"Se corre con toda seguridad que saldremos esta noche de Valparaíso, i como en nuestro camino puede suceder mui bien que nos encontremos con los alevosos peruanos, prometemos que hasta la más difícil situación *sabremos probar que el chileno muere defendiendo su puesto* i en todo caso despliega su valor característico.

"*Las balas peruanas nos herirán i esas heridas causarán nuestra muerte, pero tendremos la satisfacción de que hemos muerto por salvar el honor de nuestra adorada patria.*—¡Viva Chile!—E. GOICOLEA.—MELITÓN GAJARDO.—G. BENÍTEZ".

XIII.

Colócase aquí de igual manera un silencioso pero mortificante episodio de la vida del aprendiz de mar, que encubre las justas iras de su alma injenua i pundonorosa sometida a las brutaldades muchas veces insoportables de la disciplina i de su abuso. El aspirante Goicolea sobrellevó, empero, aquella humillación en silencio, i este fué su mérito en ese prueba casi doméstica de su carrera.

Ignoramos la naturaleza del ultraje que a bordo recibiese de un oficial que no se ha señalado todavía por hechos que excusen su vulgar brusquedad, i todo lo que de ese incidente pudo contarse (suprimiendo el nombre del autor de la ofensa no vengada), es lo que el aspirante Goicolea dejó escrito para constancia de su altiva

resignación i de muda protesta de agraviado, en su libreta de bolsillo, que así dice:

«El día 19 de setiembre, día grande!... recibí el ultraje más grande de mi vida, ocasionado por el teniente N..., i ese ultraje quedó impune, por que ese hombre *era teniente i yo no era más que un simple aspirante*.

«Hé ahí la justicia de Chile! I sin embargo, vaya uno a exponer su vida por salvar el honor que tan *cobardemente* suelen ultrajar, no sólo los peruanos sino también los mismos chilenos.

E. GOICOLEA.»

Era sin duda un niño amostazado el que este párrafo trazaba en su libro de memorias. Pero al mismo tiempo ese niño ¿no era ya un hombre de corazón?

XIV.

Aproximándose algo más tarde a la prueba solicitada i no temida, el aspirante Goicolea hizo, como el teniente Rodríguez, a la vista de Arica i de su frustrado ataque del 4 de octubre de 1879, que precedió a la afortunada captura del *Huáscar* el día 8, el testamento de su corazón, único bien que poseía; i así, en cartas llenas de tierna sencillez, despedíase de los seres que amaba, en la víspera de la lid:

«Señora Carolina Goicolea,
Puerto Montt.

Querida hermana:

Te he escrito varias veces i nunca he recibido una sola carta tuya, lo que atribuyo a que no habrás sabido mi paradero fijo.

Ahora estamos en vísperas de un golpe mui serio, i como es mui probable que muera más de uno i entre ellos me toque a mí, me despido de todo corazón de tí i te ruego que te acuerdes de tu pobre hermano que siempre te ha querido.

E. GOICOLEA.

Queridos Vicente i Eduvijis:

Deseo que sean felices en el mundo, i acuérdense de su hermano que les ha tenido un gran cariño.

EULOJIO.

Querida Carmen:

Adios; yo muero tranquilo porque tengo seguridad que has de acceder a mis súplicas: pórtate bien con Emilia; no le des nunca por qué sufrir.

Adios, hermana.

EULOJIO.»

XV.

La despedida a su hermana mayor, tan afectuosamente recomendada por él, i que era ya la interesante viuda del abordador del *Huáscar*, tenía todavía acentuaciones mas vivas de ternura i de resolución, i por esto, i como síntoma que revela sin esfuerzo una alma digna de ser imitada por otras almas, copiámosla en seguida íntegra cual las anteriores:

«En el mar, octubre 3 de 1879.

Señora Emilia Goicolea v. de Serrano,
Santiago.

Mi más queridísima hermana:

Estamos en vísperas de un gran combate, i hai muchas probabilidades de que sucumba más de uno de nosotros. Por si acaso esto sucede, te escribo esta carta para despedirme de tí de todo corazón i deseando al mismo tiempo que nunca tengas en el mundo por qué sufrir. No llores mi muerte porque yo de nada servía, ni nada podía hacer por tí, a pesar de que lo deseaba con todo mi corazón. *Hubiera querido ser un*

serviente tuyo para pagarte todo lo que has hecho por mí.

Lo único que siento al morir, es no haberme despedido de tí con un fuerte abrazo; pero *más allá* puede que nos veamos.

Adios, querida Emilia; dile adios a Carmen i a Daniel, si acaso están en esa.

Tu pobre hermano,—*E. Goicolea.*

A David le escribo a Ancud».

I después de estas conmovedoras frases, seguía la inevitable estrofa del bardo que, como el gallo, canta siempre antes de pelear i, como el cisne, antes de morir:

EMILIA:

«Si yo muero peleando allá en la lid
No imploras para mí la compasión,
Que el que muere cumpliendo su deber
Nunca tiene manchado el corazón».

XVI.

No olvidó tampoco el joven chilote, gaviota del océano austral trasportada a los mares del trópico, a sus compañeros de campaña en la víspera del temerario asalto, i en una tira de papel que se encontró más tarde entre sus apuntes íntimos, leíase escrita al lápiz la siguiente animosa despedida:

«Compañeros: Si acaso yo muero, les deseo toda felicidad, i cuando estén en su apojeeo les ruego que se acuerden de mí. Yo no puedo ser feliz, porque más felicidad que la que tenía antes de entrar a la marina no se podía esperar.

He sido para con Uds. un amigo verdadero.
—*E. Goicolea*».

XVII.

Posible es que ciertos espíritus, incapaces de remontar su vuelo más arriba del alero que los cubre i en que anida al buho, encuentren ociosa

puerilidad en todo lo que a jirones hemos ido arrancando de las confidencias de un pobre aspirante de marina muerto a los dieziocho años.

Pero como estas hojas están inscritas a los que en el aula o en el puente aprenden todavía las primeras pruebas del deber, estamos ciertos de añadir a su enseñanza moral, una página útil con estos ejemplos de candoroso pero a la vez levantado patriotismo.

I por eso en ese mismo terreno proseguimos nuestro relato.

XVIII.

Hemos dicho en otra ocasión, para hacer más tangible nuestro pensamiento i tallar mejor la figura de un malogrado mancebo (Abelino Rodríguez) que como el aspirante Goicolea allí se hallaba i allí legó a los suyos i a su país su última jenerosa voluntad,—que era su naturaleza excepcional «de la madera de que se forjan los héroes».

I por ventura, el niño chilote escapado al aula, i cuya corta historia aquí referimos, ¿no era en su edad una vigorosa astilla de aquel enhiesto árbol?

XIX.

Trasbordado, en efecto, al *Huáscar* el aspirante Goicolea, tan pronto como esa nave fué capturada, llevóle consigo el capitán Thomson, cuando en los últimos días de febrero de 1880 encomendárale el ministro de la guerra en campaña la delicada misión de bloquear la plaza fuerte de Arica, mientras el ejército se dirigía a desembarcar en Pacocha, vía de Tacna i del Campo de la Alianza, a cuya cima llegaría tres meses justos más tarde.

Sabido es como el capitán Thomson sostuvo o mas bien inició el bloqueo de Arica: yéndose a las barbas de los peruanos i de sus cañones,

poniéndose temerariamente debajo de sus fortalezas i retando a singular combate al monitor *Manco Capac*, una de cuyas balas esféricas de cinco quintales le mató, medio a medio del puente de combate, esto es, en el sitio de honor, i en el instante en que a toda máquina lanzaba su acorazado de espolón para partir por el centro a su adversario.

I bien: en ese mismo combate i apenas minutos antes que el caudillo, habíase visto al aspirante Goicolea caer mudo i lívido al pié de su cañón, junto con seis u ocho de los valientes marineros que tenía a sus órdenes, siendo uno de éstos un sobrino del ministro i grande de España don Francisco Lorzundi, hijo aquél de las ásperas sierras de Ranquil i voluntario del Tomé.

¿Qué había acontecido?

Una bomba de gran calibre disparada por los cañones fijos del Morro había estallado sobre la pieza que al aire libre i a pecho descubierto mandaba el aspirante Goicolea, causando espantoso estrago entre su jente.

Él también estaba muerto, conforme a su predicción de Arica meses hacía; pero al retirarlo a su cámara no se le encontró lesión alguna visible en el cuerpo de suyo endeble i flexible!

Pero ¡caso extraño! al hacerle algunas horas más tarde la autopsia que debía preceder a su embalsamamiento, halláronle junto al corazón un enorme casco de hierro que pesaba dos o tres quilógramos, i que, sin embargo, no había dejado huella de su paso por la carne, en razón de la terrífica violencia de su estallido... (1).

(1) Este fragmento de bomba de hierro existe en nuestro poder, i al enviarnoslo desde Lebu, por encargo del capitán Valverde que sucedió a Thomson en el mando del *Huáscar*, nuestro amigo Guillermo Errázuriz Urmeneta, nos escribía con fecha de enero 15 de 1882 lo siguiente:

«Antes de volver de Valdivia me dió Valverde para usted dos objetos curiosos.

XX.

Cumplióse de esta suerte el sombrío destino, por él mismo presajado, del joven marino que había comenzado la vida como poeta para terminarla, entrando apenas en la edad núbil, como mártir.

«Veó,—así decía en un borrón de versos que hasta nosotros ha llegado,—

Veó bien triste que mi fin se acerca,
Veó que llega mi postrer lamento,
I triste siempre sin hallar contento
Veó la losa de mi tumba abierta.»

XXI.

Pero al descender a ella el jeneroso mancebo, lleno de exuberante vida, dejaba ejemplarizado una vez más, delante del surco de sus compañeros de deber i de enseñanza, cómo la semilla de la gloria es fecunda cuando, arrastrada por el viento que descende de las altas esferas do moran las grandes almas i los grandes ejemplos que fueron, cae en el fondo de las grandes almas que se educan i elevan desde la cuna o desde el alcázar.

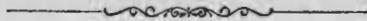
Teniendo delante de la retina de sus ojos, encendidos por la velada del insomnio, la imájen de la hazaña imperecedera de Iquique, i en la víspera de un asalto formidable emprendido contra aquella misma plaza de guerra, al pié de cuyos baluartes había sucumbido, el mismo valeroso niño escribió el vaticinio de su fin junto con el juramento de su heroísmo: «Las balas perua-

«Es uno de ellos el libro de señales del *Huáscar*, que tenía el pobre Thomson en el combate de Arica. La misma bala que dió muerte al comandante hirió al libro, cortándole medio a medio como con una máquina poderosa. El otro es un grueso casco de granada Vavaseur hallado en el corazón del joven Goicolea, cuñado de Serrano, en el ataque de Arica. No se le había visto antes de la autopsia herida alguna: la fuerza i la agudez del golpe cerró la abertura. El casco pesará cinco o seis libras.

nas nos herirán i esas heridas nos causarán la muerte; pero tendremos la satisfacción de que habremos muerto por salvar el honor de nuestra adorada patria. »

I como lo había escrito, así dejólo cumplido con su sangre.

¡Honor sea por esto tributado a sus juveniles manes ofrecidos a la patria en holocausto!



DON CASIMIRO IBÁÑEZ

CAPITÁN DEL 4.º DE LINEA.



I.

S la guerra deidad augusta e implacable, de rostro pálido i adusto, membrudos los brazos, turjente el seno, coronada la frente de fulgurosa diadema, que es la gloria, i arrastrando cuando marcha, larga i lúgubre cauda, que es la muerte...

I tras la guerra, la gloria, i la muerte, así descritas, viene de prisa sordo i caviloso el olvido, este impasible sepulturero cuya azada es el silencio.

II.

Tal comienza a suceder con muchos de aquellos valerosos mancebos, que sin amigos seguros ni glorificadores solicitados, partieron del cortijo de la aldea, del banco de la escuela, del rancho escondido en la montaña, a derramar su sangre por la patria en humilde i callado holocausto.

Pero no nos haremos nosotros cómplices voluntarios de esa egoísta conjuración del olvido, que al fin se trueca en la ingratitud de un pueblo; i al menos, mientras la guerra dure i sobrevivan sus lástimas i sus glorias, nos parecerá llano i hasta dulce deber, recordar a los muertos ignorados.

III.

Colocamos hoi entre éstos en primera fila al bravo capitán adolescente del 4.º de línea don Casimiro Ibáñez, porque en la lista de los juveniles heroísmos es hoi el primero entre los llamados.

Su propio jefe, el cumplido i pundonoroso comandante don Luis Solo Zaldívar, que recojió su último suspiro en el campo de batalla, nos lo decía, hace poco, repasando durante un frugal almuerzo de amigos i soldados, las grandes escenas de la guerra; i por esto, al caer la noche recojemos nosotros el recuerdo i cumplimos un voto antiguo con el héroe muerto,

IV.

Casimiro Ibáñez era un niño. Había nacido en el Parral por el año de 1857 i no había tenido más educación que la escuela ni más barniz que un año o dos de liceo en la provincia.

Pero no obstante la singular melancolía i taciturnidad de su rostro, sombras estampadas en su imagen por la luz fotográfica, era una naturaleza vivaz, alegre, risueña, en la que la gracia natural del espíritu inculto suplía al afán i al tedio de la disciplina i la enseñanza. Sus cartas íntimas,

de las que tenemos una media docena sobre nuestra mesa de trabajo, escritas todas durante la guerra, ostentan cierto pintoresco desaliño de las formas i de la ortografía, a la par con las ricas espontaneidades de una alma jenerosa, crédula, casi infantil, intensamente apasionada, aun en tan corta edad, por la gloria de las armas, por la fama de su rejimiento, culto i amor únicos de los que han venido a la luz del mundo con astro de guerreros.

I evidentemente, Casimiro Ibáñez había nacido para ser soldado i para morir como soldado.

V.

Desde luego no era un ibero, como su apellido parecería revelarlo: era un celta. Su bisabuelo fué aquel teniente coronel irlandés Evans, que naufragó con lord Byron en las costas de Chile en 1740 i tomó servicio bajo el rei. En tiempos de su compatriota el presidente don Ambrosio O'Higgins fundó el Parral, i como su apellido extranjero se pronunciaba en inglés con i, *Ivans*, los rudos soldados i los pobladores del sur comenzaron a llamarle Ibáñez, como llaman todavía en Santiago los *Có* a los descendientes del elegante caballero francés don Luis de Caux. Los Ibáñez del Parral, de la rama del coronel Evans, conservan todavía en su estructura física la estampa visible de su cuna céltica, especialmente el color blanco de la tez, el óvalo ancho del rostro i la complejión rica i sanguínea de toda su naturaleza.

VI.

De uno de esos retoños de la raza hivérmica trasplantada por un naufragio al suelo del Parral, i de madre santiaguina, emparentada con la estirpe de los Carrera, provino Casimiro Ibáñez. Su padre lleva todavía su propio nombre i su

madre, muerta ya, llamábase doña Juana Ureta, mujer afamada en todo el sur por su belleza.

No era raro que con estos orígenes, a más de la pobreza i la orfandad, Casimiro Ibáñez tirase con mayor fuerza para ser soldado que para ser clérigo o abogado: «la cabra tira al monte».

I en efecto, a la edad de 16 o 17 años, protegido por las amistades de su cuñado don Benjamín Videla, otro soldado de raza, de estirpe argentina, a la sazón intendente del Ñuble, entró el año de 1873 o 74 al Buin, i en ese cuerpo sirvió tres años en clase de subteniente.

VII.

En tal capacidad le encontramos en Angol en marzo de 1876, i no había en aquella guarnición ni mas gallardo mozo, ni mas elegante camarada, ni mas cumplido oficial. Aunque flexible, nervudo i delgado, tenía la pujanza de un joven Hércules. Ponderando sus fuerzas decía de él en aquella noche otro héroe que murió como él herido i olvidado, el capitán Zorraíno:—«Es mucha *madre* el subteniente Ibáñez!»

En lo que era más correcta i más exacta esa frase era en que el alma del juvenil alférez sería la nodriza de su propia gloria, tan temprano tronchada.

VIII.

Separado del Buin por un disgusto de altivez, entró el subteniente Ibáñez al 4.º de línea cuando estalló la guerra, i bajo sus banderas marchó a Antofagasta i a Pisagua, a Ilo i a Tacna.

En el segundo de aquellos desembarcos se encontró a bordo del *Tollén*, buque sepultura en que mataron 17 soldados, tirando los aliados sobre el telón de la cubierta como sobre un blanco.

Como es sabido, el 4.º se batió en seguida con honor en San Francisco, i en el Alto de la

Alianza estuvo en la reserva. Su gran día fué el de Arica.

IX.

Ejecutó en aquella memorable mañana notorios hechos de valor el subteniente Ibáñez. Pero dando él cuenta íntima de su conducta propia a una hermana, se contentaba con pintarle su honra i su fortuna en estas cuatro palabras: «He escapado el pellejo en buen estado;» i la pintoresca expresión era anatómicamente exacta, por cuanto si su piel había quedado ilesa, no había sucedido otro tanto con su túnica, porque en carta posterior agregaba: «En Arica me pegaron cuatro balazos en la ropa, con lo que me han dejado desnudo.»

Es un hecho hoi averiguado que sino fué Ibáñez el primero que penetró en el recinto del Morro, porque entraron muchos a la vez i por diferentes rumbos, sin verse los unos a los otros, cúpole a él la dicha de enarbolar la primera banderola en el mastil del fuerte, pidiéndosela a un cabo de su compañía, cuyo nombre en este momento se nos escapa. Él mismo, que era la encarnación de la modestia en cuanto a las jactancias de bravura, en una carta a un deudo suyo desde Tacna el 15 de Junio de 1880, se reconocía aquella honra i la guardaba. «Yo fuí el que tuve el honor, exclama, de izar el primero la bandera chilena sobre el asta del terrible Morro.»

X.

Pero Ibáñez, como todo corazón de celta, no conocía el egoísmo; i él mismo enumera en una de sus cartas a aquellos de sus bravos compañeros que penetraron al recinto junto con él i con Solo Zaldívar. Entre los capitanes menciona a Marchant i Silva Arriagada; entre los tenientes, a Gana, a Soto i a Bravo; entre los subtenientes a Vicente Videla, a Juan Rafael Ala-

mos, a Carlos Aldunate i a Anjel Corrales, bravo mozo talquino, todos los cuales cayeron a la par con él en la terrible ladera del Morro Solar. El 4.º, como se sabe, tuvo en Chorrillos 315 bajas de tropa i 25 oficiales fuera de combate. Ayer era en el Callao un simple esqueleto en cuyos cuadros forman apenas 400 combatientes de nueva creación. Al antiguo 4.º, amortajado en la gloria, se lo tragó la tierra.

I sin embargo, hace poco congregábase para ir a enterar su quinto año de combates entre las breñas de la sierra. ¡Cuán sufrido i cuán glorioso ejército es el de que Chile hoi se enorgullece!

XI.

Aunque oscuro subalterno, el capitán Ibáñez mostró siempre la pasión de la justicia en la glorificación.

Sucumbió en el asalto de Arica uno de sus camaradas, el subteniente Aguirre, en circunstancias peculiarmente dramáticas, que interesa recordar.

Era Aguirre, como Ibáñez, un mozo sumamente alegre, retozón i tan bromista bajo la lona de la tienda, como arrojado en el fuego; i en la noche que precedió al asalto, habiendo ordenado el severo comandante San Martín el más absoluto silencio, púsose a hurtadillas a rifar con cigarros la vida de los que caerían al día siguiente; i como él la sacara libre en el azar, lanzó estrepitosa carcajada, valiéndole su soltura i el bullicio instantáneo, fuerte reprimenda de su jefe.

I bien! El primero en caer en la mañana siguiente era el ganancioso de la noche. El subteniente Aguirre fué el único oficial del 4.º que acompañó a su jefe en la fosa de Arica; pero Ibáñez, que había perdido en la rifa del último campamento, pidió con inusitado empeño que alguien ensalzara la memoria del heroico inmolado.

«El subteniente Aguirre,—escribía el sobreviente a un amigo,—falleció al tercer día del ataque, habiendo hecho proezas de valor i rayando en la mayor imprudencia sus hechos, como tuvimos lugar de presenciarlo. ¡Ojalá alguien recordase su memoria!»

Noble mancebo! tu jeneroso voto del alma está ya por la segunda vez cumplido! (1)

XII.

En cuanto al doloroso pero nobilísimo fin de su jefe i su maestro, el comandante San Martín, hé aquí como lo refiere el capitán Ibáñez, testigo presencial:

«Después de unos veinte minutos de crudo combate, iba yo adelante con algunos compañeros i un corto número de soldados, i dando una mirada hacia atrás para pedir auxilio a los que venían en pos de nosotros, ví que nuestro heroico jefe se refugiaba tras los sacos de una trinchera, llevando las manos sobre la herida que precisamente en ese momento le habían hecho.

«Le confieso que no pude imaginarme tamaña desgracia i hasta llegué a dudar de su coraje.»

I en seguida, conmovido i reposado, agregaba:

«Mui difícil creo ver otro individuo más resignado a morir por su patria que éste, pues aun cuando conocía, por la gravedad de su herida, que le quedaban pocos momentos de existencia, no se acordó de nadie sinó de su regimiento. I las últimas palabras que dirigió a los capitanes Fuensalida i Gana fueron para decirles que preguntaran al jeneral si quedaba contento con la conducta del cuerpo.

«Parece que sus última palabras no fueron

sino una ardiente manifestación de alegría i orgullo i una ostentación ante sus mismos subalternos, pues estaba seguro de nuestro comportamiento i nos veía todavía avanzar.»

XIII.

Pero si el capitán Ibáñez sabía encontrar la entonación i las imágenes del heroísmo para contar las hazañas de sus compañeros de armas, era en el campamento el más jöval, festivo i decididor de la juvenil cuadrilla. Para todos los casos tenía salidas ingeniosas, i entre otras la de llevar siempre consigo un trocito de nuez moscada i convidar a sus compañeros del 4.º o de otros cuerpos a hacer un ponche u otra bebida *a medias*.... I cuando, vaciado el espumoso líquido en la sopera se le pedía su parte de compañía, sacaba una astillita de la nuez, i así el ingenioso engaño daba mejor sabor al festín improvisado....

Era un cantor entonado e incansable en la vihuela de danzas chilenas, de melancólicos yaravíes peruanos i de canciones militares de Bolivia, siendo su favorito un canto de desaire en que una hermosa, solicitada por varios subalternos, elejía al fin un capitán, cuyo grado él alcanzara después de Arica. En el viaje de Pisco a Curayaco a bordo del *Barnard Castle* no soltaba por las noches la vihuela, embelesando a su auditorio, en el cual, el más asídúo era el bravo i desdichado Belisario Zañartu, destinado a morir junto con él. Tierno detalle! el capitán Ibáñez tenía en el Parral una hermana del mismo nombre de su amada madre, i con ella, siendo capitán, partía su sueldo mitad por mitad. No era esa ciertamente «la compañía de la nuez moscada...»

XIV.

En todo lo demás, el capitán Ibáñez era un cabal soldado i durante toda la campaña no quiso

(1) Talvez sea lícito agregar que habiendo dejado Aguirre un pequeño niño, fruto de sus juveniles devaneos de estudiante de medicina en Santiago, hemos obtenido para él sin dificultad una vega en el Asilo de la Patria.

jamás volver, ni siquiera por horas, a la dulce i merecida molición del hogar. «Yo no tengo esperanzas de ir al sur,—escribí a su familia el 15 de junio de 1880, desde su estrecho campamento de Calana, junto a Tacna,—ni haré tampoco empeño por conseguirlo, porque quiero concluir totalmente la campaña i encontrarme en todas partes, si es posible.»

XV.

Los levantados anhelos del mancebo iban a cumplirse; pero con un desenlace demasiado pronto i tristísimo, si bien heroico como toda su carrera, que fué corta.

En Lurín, antes de partir a la final batalla, el capitán Ibáñez había prometido regalar a su rejimiento con una hazaña de renombre que él ejecutaría, según dijo, con la cuarta compañía del primer batallón, que era la que mandaba; i hé aquí como el único oficial de la última, que no cayó en el terrible encuentro, el subteniente Morán, refiere el fatal cumplimiento de la heroica promesa en su carta ya citada:

«Nos habíamos lanzado, dice, al asalto de la penúltima trinchera antes del Morro Solar, i éramos un puñado de chacabucanos i cuartinos. Se nos oponía porfiada resistencia, tanto de la trinchera que atacábamos, como de un castillo que enfrentándonos dominaba el campo.

«Estábamos fatigados de luchar tanto i encimar cerros arrojando a los cholos, que se parapetaban tras de nuevas trincheras a cada derrota que sufrían; estábamos asediados por dobles fuegos enemigos que arreciaban a cada momento. En tal situación, algunos compañeros del Chacabuco advirtieron al capitán Ibáñez que se replegara a reunir más tropas i este respondió dando la orden de «¡Adelante hasta morir el último!»

«Cargamos. En nuestro grupo iba la bandera

del rejimiento en manos de su cuarto abanderado. Ya habían caído tres. El subteniente Bravo, que en ese instante cargaba el querido pendón, lo había obtenido por gracia especial.

«En esos momentos i cuando el bravo capitán Ibáñez había realizado su intento, dos balas enemigas vinieron a quitarle la vida. Cayó al encimar la trinchera i a la cabeza de su compañía: murió con la satisfacción de contemplar su triunfo. Sus últimas palabras fueron «¡Mi compañía!» pronunciadas como un ¡ai! de dolor que se escuchó a pesar del estruendo del combate....»

XVI.

Junto con el intrépido adalid habían sido derribados su segundo, el teniente de su compañía J. R. Alamos i el subteniente Bohn. Pero el fiel asistente del denodado capitán quedó firme a su lado, prestándole si más no fuera el socorro de sus lágrimas.

I fué entonces cuando se reveló en toda su intensidad la heroica, la desinteresada, la sublime enerjía del capitán Ibáñez, porque sintiéndose moribundo dijo al soldado: «Déjame solo i ándate con tu rifle a la vanguardia. Yo no te necesito.... porque ya voi a morir!...» (1)

(1) En el *Heraldo*, diario que vió la luz en Santiago en 1881, se publicó la siguiente interesante relación, al parecer verídica, sobre los hechos del asistente del capitán Ibáñez en Chorrillos i Miraflores:

«Cayó el capitán Ibáñez del 4.º de línea en lo más reñido de la batalla de Chorrillos; i su asistente, que le había sido fiel como un perro, derramó sobre su cadáver un grueso lagrimón, reconcentró en su corazón el espíritu de venganza i se plegó al teniente de la misma compañía don Juan Rafael Alamos, a cuyo lado peleó rudamente, sin tregua ni descanso.

«Como se sabe, dos días después se efectuó la segunda gran batalla, la de Miraflores; i durante la primera parte de ella, todos los soldados del 4.º pudieron ver al teniente Alamos seguido, como por su sombra, por el asistente que fué del finado capitán Ibáñez.

«De repente, en el furor de un ataque vigoroso, cae el te-

XVII.

I pocos momentos mas tarde, viendo pasar cerca del sitio en que yacía, a su jefe, hízole lánguida seña con el brazo, i, con la voz desfallecida del que espira, díjole todavía, haciendo el postrer esfuerzo del alma, del heroísmo i del aliento: «Venga mi comandante a ver como muere un capitán del 4.º...!»

I así, en medio del fragor de la batalla, espiró a la edad de 23 años, en brazos de su caudillo, el capitán Ibáñez, bravo como un celta, gallardo, ufano i sublime como han sabido morir muchos capitanes de Chile.

XVIII.

Habíalo prometido él así antes i en la víspera, i de esa suerte quedaba cumplida sus dos veces varonil augurio.

«No dudo que en Lima,—había escrito desde

niente Alamos gravemente herido, i junto con caer, se avanza a él el asistente, lo carga sobre sus espaldas i lo trasporta al hospital de Chorrillos.

—«Mi teniente, le dijo el asistente, una vez que Alamos se vió sobre su cama; mi teniente, déme permiso para ir a vengar a mi capitán Ibáñez.

—«Vé, hombre, contestó el teniente, i condúctete como chileno i como *cuartino*.

«Una hora después volvía el asistente sobre una angarilla con un brazo completamente hecho astillas.

—«Lo peor es, mi teniente, dijo entrando, que no alcancé a hacer nada: me tocó la mala; me pringaron el brazo apenas llegado al campo.»

el campamento de Calana a persona de su intimidad el 28 de agosto precedente,—encontraremos campo para repetir i quizá *sobrepasar* nuestra acción del morro de Arica, pues todos estamos animados de un gran espíritu i *deseo de figurar entre los héroes.*»

I como tal figura desde hoi i mui alto, porque a manera de una reliquia colgada a la bandera de su rejimiento, cual las cruces de honor que decoran los pabellones heroicos en los ejércitos modernos de Europa, pasó su ínclito nombre a figurar en los ánales de su rejimiento. «Cada prenda que pertenecía al infortunado capitán Ibáñez,—decía el único oficial de su compañía (la 4.ª del 1.º) que sobrevivió a la hecatombe,—es conservada aquí entre los compañeros como una reliquia; su cadáver ha sido embalsamado para ser conducido a la patria: su memoria jamás se borrará de la mente de los que lo conocieron i admiraron. A mí sobre todo me martiriza a cada momento la idea de verlo aparecer cuando estoy en la compañía, para darle cuenta de sus soldados: hasta hoi no he podido convencerme de la triste realidad». (1)

Ejemplo tierno i memorable del duradero influjo que las acciones i los caracteres levantados ejercen mas allá de la vida en pro del honor, en pro de la virtud, i en pro de la patria a que sirvieron!

(1) Carta del subteniente del 4.º don Roberto Morán, publicada en el *Diario de la Guerra* del 23 de febrero de 1881.



DON FRANCISCO OLIVOS B.

(Capitan del Rejimiento 2.º de línea)

DON FRANCISCO OLIVOS

CAPITÁN DEL REJIMIENTO 2.º DE LÍNEA.

I.

CULGARMENTE conócense en la guerra (como en la paz) dos especies de valor: el valor físico que depende de la estructura del combatiente, de su sangre activa i abundosa, de su corazón abultado por las fibras de su hígado potente, «hombre de hígados». I era esta especie de denuedo casi selvático, ingobernable, hijo de la naturaleza, de las montañas, de las razas, en fin, el que el ilustre jeneral don Manuel Bulnes solía ingeniosamente clasificar en dos porciones o en dos faces que él denominaba «el valor del cigarrillo», por la serenidad estoica del que torcía su cigarrillo sin quebrantar la hoja entre los dedos ni perder una brizna de tabaco en medio de las balas, i el «valor del sable», que era propio de aquellos que, cual él, i cual el toro, lánzanse sable en mano i la cabeza gacha en lo más crudo de la pelea, cada cual según su época i su zona, como Murat i como Bueras, como Ney i don José María Benavente, el sableador de las pampas arjentinas sacudidas por el aquilón de las venganzas del cadalso.

Es ese atributo del organismo humano, no raro en las fieras, un don injénito de todos los chilenos, fruto de la conjunción secular del fiero

castellano, que fué conquistador, i del indio alzado i montaraz de nuestras comarcas meridionales no del todo conquistadas todavía. I por esto, tratándose de cualquiera otra raza menos fuertemente amasada, apenas la nuestra empuja, la argamasa ajena cede en todas partes i el sable i el yatagán ábrense paso por doquier.

II.

Pero existe otro jénero de valor que no depende en manera alguna de condiciones físicas, porque, al contrario, vive todo entero en el alma. I esa disposición constante del ánimo puede ser común al hombre fuerte como a los seres mas frájilmente constituidos: es la fe, aquella fe de la que decían los libros santos que «allanaba las montañas»; la fe de David, niño endeble, postrando a sus piés a Goliat; la fe de Josué deteniendo al sol en Jericó; la fe de Juana de Arco salvando a Orleans de los ingleses.

III.

Escasos son los pechos humanos que en presencia de la muerte i de su temeroso mas allá no alberguen, acaso sin mostrarlo por mundanal vanidad, un destello de la creencia de la inmortalidad que bebieron en los labios de la madre.

cuando, postrada la frente i entrelazadas las manos, enseñáronnos a orar junto a la imagen protectora del hogar o arrodillados al pie de los altares.

Pero durante la presente guerra, es un hecho reconocido que los más altos heroísmos han sido concebidos i ejecutados dentro de almas excepcionales que todavía doblaban la cerviz del libre pensamiento a la fe antigua, i no escondían, cual otros, su culto.

Arturo Prat era hombre de fe, i, siendo físicamente un ser enfermizo, ascendió tan alto en su creencia de la inmortalidad que nadie le ha disputado hasta hoy la fulgurosa cúspide. Avelino Rodríguez era un espíritu creyente i así hízolo constar en su testamento antes de las pruebas del heroísmo. I esa misma fe acompañaba en el ejército de tierra a los capitanes que, como Flores, de la artillería, había sido fiel hasta el ascetismo, o como Dardignac (para hablar sólo de los muertos) que había sido libre hasta el deslíz.

I bien!

A este jénero de jenerosos servidores de la patria, resueltos i convencidos, inflexibles i magnánimos, perteneció en su acelerada carrera el brillante capitán que a la edad escasa de 24 años falleció en el alto del Campo de la Alianza como en la cima del Gólgota.

Francisco Olivos era hombre de fe, i aunque en su niñez suelta i traviesa mostró resolución audaz, nunca apartó de su corazón el talismán de la enseñanza primera, que es la única i santa escuela de las almas buenas. Su padre, el respetable caballero don Ambrosio Olivos, fiscal de la corte de la Serena, era hombre de partido; pero al propio tiempo fue siempre hombre de convicciones. Su madre, la señora Manuela Bustamante, hija de un distinguido prócer chileno que alcanzara en Méjico, donde ella naciera, el título de jeneral i el empleo de ministro

de la guerra durante la república, es lo que en el expresivo lenguaje del aprecio público, justiciero siquiera entre nosotros con la mujer, llaman «una santa».

IV.

Bajo estos auspicios domésticos educóse Francisco Olivos, a la par con seis o siete hermanos varones en el regazo de la madre i en la ciudad de la Serena, que es, a su manera, otro regazo, i donde él había nacido el 29 de enero de 1856.

Recibido después, más como niño travieso i turbulento que como esperanza literaria o siquiera monástica en los colejos de religiosos que existen en Santiago, cultivó allí, en medio de las borrascas infantiles, la esperanza heredada que le llevaría más tarde a todas las grandes resoluciones de su carrera, sin exceptuar la del martirio aceptado tranquilamente i de antemano.

V.

Era el carácter del niño coquimbano demasiado resuelto para forjarse con la espera una carrera profesional, aun siendo hijo de un alto funcionario; i por esto, saltando de un solo empuje los bancos del aula i del claustro, que para muchos son barrotes de prisiones, a la edad de diecisiete años alistóse en un cuerpo de línea, empeñado en buscar la suerte varia i tentadora del soldado.

El batallón elejido fué el 7.º de línea (comandante Muñoz) que a la sazón (1874) guarnecía a Santiago, i que dos años más tarde pasó en las guarniciones araucanas a denominarse Zapadores.

VI.

Cuatro años de su vida juvenil pasó el subteniente Olivos en el penoso servicio de las fron-

teras, sin venir siquiera una sola vez a disfrutar el regalo de la privanza doméstica, donde por su carácter abierto, jovial i a la vez impetuoso, era mimado de padres i hermanos. I de esta suerte el que había sido juzgado niño violento i atolondrado por los monjes institutores de nuestra monástica capital, gozaba ahora, sin salir todavía de la pubertad, la reputación de un brillante oficial entre sus jefes i compañeros de armas.

Como oficial de Zapadores, el subteniente Olivos fué uno de los fundadores del fuerte, hoi pueblo avanzado, del Traiguén, i allí recibió en marzo de 1879 los despachos de su próximo grado en premio de su perseverantes e intelijentes servicios. El teniente Olivos era aficionado a ingeniero i se hallaba bastante versado en las matemáticas.

VII.

En la fecha a que hemos llegado ya, la ola de la guerra invadía todos los corazones que laten lijero en este país de jenerosos entusiasmos juveniles, i que el egoísmo petrifica sólo con la dureza de años; i el joven teniente marchó a la campaña con su pecho henchido de fe i acariciado por los mil mirajes de la primera edad, fieros i sangrientos los unos, cual cumple al soldado, empaados de ternura los otros, como era propio del hijo i del creyente.

«Mil cosas,—decíale así con la injenuidad sin artificios de la infancia a su buena madre desde el campamento de Caracoles (que fué su primera etapa, donde a las órdenes del infatigable teniente-coronel Vivar i del joven i bravo capitán de su compañía Abel Garretón, vivía en continúa i fatigadora preparación bajo las armas)—mil cosas, quisiera contarle, mamá, pero no hallo por donde principiar; así es que le escribiré contestando punto por punto su carta, porque me será más fácil i al mismo tiempo no me olvidaré de nada de lo que me pregunta.

«Principiaré diciéndole, mamá, que hace mui mal en alarmarse cuando no recibe carta mía tan luego como usted desea; el correo está tan mal servido que todos se quejan de este mal sin remedio.

«Me dice en su carta que por faltas de noticias mías estaba en tal inquietud que sus conjeturas la llevaban hasta creer quién sabe qué cosas. Sobre esto le diré que en este mineral hai tanta tranquilidad que puede decirse que estamos en plena paz; los enemigos están mui léjos, tanto que jamás vendrán por tierra. Por tanto, quede usted tranquila, mamá, porque a más de la circunstancia apuntada, tengo tal confianza en la causa de que soi defensor que tengo seguridad que Dios la protege como al mismo tiempo a los que con fe lo invocamos.

«Mi querida mamá, no piense más en que estoi separado de usted; acuérdesese sí sólo para pensar que volveré con gloria, lleno de triunfos i laureles a darle un abrazo. Sé que esto es difícil, pero si no lo consigo tendré *por lo menos* la resolución de Arturo Prat...»

«...Seguiré contestando su carta,—proseguía diciendo el animoso soldado casi con el candor de un niño.—Esperanza de batalla no tenemos hasta que vaya el ejército a Iquique, lo cual no puede ser todavía, porque sólo hai como 10,000 hombres aquí, i a más de que es poco este número, falta equiparlo.

«Ánimo i valor, creo que no tengo, porque todavía no me he probado, pero resolución de portarme como chileno tengo, i estoi persuadido de que con esa resolución no me faltará el ánimo i valor. Destreza es mui poca la que se necesita cuando uno se bate con enemigos como los peruanos. Hago abstracción de los bolivianos que valen mucho más que sus aliados, porque a ellos casi no se les considera como enemigos.»

VIII.

Esto escribía el soldado de Tarapacá con las alas sueltas del alma que de la tienda en el desierto iban a posarse sobre la enramada de la familia ausente en el seno de la patria, el 25 de mayo de 1879, i ese era solo el período de los aprestos. «No me he probado todavía,» exclamaba en esa carta íntima, pero el impetuoso niño llamaba ya «esperanzas» las batallas futuras en cuya busca iba. El alma de Prat, como ya lo tenemos demostrado respecto de muchos incipientes heroísmos, había pasado en su vuelo a las alturas a través de aquella alma entusiasta, i él mismo cuidaba de decirlo como en secreto pero con orgullo a su madre: «Tendré *por lo menos* la resolución de Prat!»

IX.

Pero la prueba solicitada con natural impaciencia no tardó en sobrevenir, i aquella había de ser terrible. Fué Tarapacá, que no sería batalla, ni victoria, ni derrota, sino hecatombe. Allí, en aquel torbellino de plomo derretido que corrió durante diez horas por el cauce seco de una grieta del desierto, el teniente Olivos peleó en el punto más avanzado, al mando del bravo capitán Garretón (hoi teniente coronel), i allí, cuando éste atravesado por innumerables proyectiles, como su hermano que en el sitio rindió la vida, como su segundo en el mando de la compañía, continuó batiéndose el teniente Olivos con el último montón de heroicos heridos i agonizantes que todavía escuchaban su voz. La reputación de bravura del joven coquimbano quedó desde ese fatal día sellada con sangre i con fuego.

X.

Hizo, esto no obstante, profunda i durable im-

presión en el ánimo del animoso teniente del extinguido rejimiento 2.º de línea aquella horrible i carnífera jornada. Encuéntranse por esto en todas sus cartas de familia frecuentes alusiones a ella, a sus crueles pérdidas, a sus amigos muertos i por él sinceramente llorados, a su propia salvación que él consideraba como un milagro (i en realidad habíalo sido), juzgando e interpretando por esto, con la fe de un cruzado, que en otras ocasiones sería invulnerable. Sin embargo, nada de esto trasmitía a los suyos, limitándose a desvanecer los justos temores que por su existencia aquellos albergaban.

«Me he hecho cargo,—escribía a su padre, convalesciente de enfermedad tenaz, que al fin había de postrarlo junto con el dolor de irreparable pérdida, i desde Santa Catalina de Tarapacá, el 26 de diciembre de 1879, esto es, un mes después del combate:—me he hecho cargo de lo que habrán sufrido ustedes sin saber nada de mí después de la batalla en que me «bauticé», como bárbaramente decía Napoleón III por su hijo. Pero tan pronto como pude le escribí dándole noticia exacta de lo ocurrido el 27 de noviembre, i según me parece, esa carta era de fecha 30, pero no es extraño que hasta el 12, fecha de su carta, no la hubiese recibido, por cuanto la correspondencia se detuvo en Pisagua varios días, con el objeto de impedir se tuvieran en Santiago detalles que en el primer momento habrían sido funestos. Ya, cuando el ánimo estaba preparado, se dió curso a esa correspondencia que habría sido de gran consuelo si la hubieran recibido a tiempo.»

I en seguida, más preocupado que de sí mismo, del valeroso soldado que le había conducido al bautizo del fuego, cayendo a su lado, el leal mancebo añadía:

«Cuando me escriba nuevamente, papá, deme noticias, si puede, del capitán Garretón. Me interesa mucho por la suerte de ese joven. Aparte de las mil cualidades que como hombre lo ador-

nan, tiene la de ser un militar pundonoroso, honrado i valiente como pocos; con su compañía, que pudo colocarla en mui buena posición, rechazó al enemigo que trataba de envolver al resto del 2.º; pero en pago de tal hazaña, el enemigo concentró sus fuegos sobre esa compañía de tal modo que sólo han quedado 29 individuos. El valiente Garretón recibió tres balazos, uno en una mano, otro en una pierna i el último le atravesó el cuerpo, entrándole por la barriga i saliéndole poco más arriba de los riñones; ya con estas heridas, el bravo Garretón, cayó sin exhalar más queja que: «ésta sí que es buena!»

«El corazón de este oficial es mui grande. Un hermano de él, capitán también, pagó con su vida su osadía; cuando lo supo Abel, por un soldado, se incorporó, alcanzó a pararse con una desesperación horrible, pero sus heridas no le dieron tiempo para más, cayó desmayado. Me extremece el recuerdo de ese valiente hasta el extremo de no poder apartarle de mi imaginación».

El teniente Olivos sabía hacer justicia!

XI.

Después de Tarapacá i antes de los Anjeles (marzo de 1880) el teniente Olivos fué promovido a capitán a la edad de 24 años, pero él jamás solicitó sus ascensos, i escribiendo sobre esas intimidades a su padre, decíale cierto día:

«Como usted me dice mui bien, los ascensos no deben ser obtenidos por el favor:—*no quiero deber lo que yo sea sino a lo que merezco*. Así como en la mayor parte de las profesiones el favor es lo que hace surgir a muchos, en la milicia sucede otro tanto; pero me conformo con ser un subalterno siempre, antes que ser señalado con el dedo i que digan que lo que soi, lo debo al favor de tal persona, *como hai muchos i sobre todo en la milicia*.»

I en ello el certero mozo tenía sobrada razón, porque de todas las injusticias, la más grave, la más irritante, la más trascendental es aquella que se comete contra hombres que en cambio de su honra llevan ofrecida la vida a la nación. La promoción injusta de un favorito suele en consecuencia, perturbar un cuerpo de ejército más que una batalla, porque el desaire cae sobre todos i la indignación hácese contagiosa hasta la ira.

Por esto, cuando el despacho merecido i no buscado llegó a sus manos, limitóse el capitán agraciado a decir a los suyos: «Me he dedicado con alma i cuerpo a poner en buen pié de guerra a mis 150 hombres, i tanto en el interés de mi patria como en el mío propio está su instrucción». I acentuada todavía más noblemente su resolución de soldado i la devolución del empeño de honor que le imponía su nuevo grado para con la nación que lo otorgaba, escribía otra vez a su madre, depositaria de todas sus confianzas i aun de su diminuto archivo de soldado, diciéndole estās nobilísimas frases, en carta de 11 de febrero de 1880 i desde el campamento de Santa Catalina:

«El nuevo grado que he obtenido en la carrera de las armas me hace entrar en una nueva faz, que teniendo obligaciones más sagradas que cumplir me darán honra i gloria si cumplo como un caballero, con lo cual no solo llenaré mis aspiraciones sino también las de mi patria».

I a esta expresión del alto concepto del deber, seguían más adelante de la confidencia, estas palabras de hombre, que por desdicha no fueron una profecía sino un juramento:

«Ayer me fué entregado el nombramiento de capitán, que firmó el ministro de la guerra con fecha 5 del presente; se lo remito para que lo guarde como depósito para mientras lo relevo *por el de sarjento mayor que pienso conquistar en Tacna*.»

Ah! pobre madre, el único depósito que de

aquella jornada llegaría a su hogar i a su alma sería un pálido cadáver....

XII.

Del fondo blanquecino i polvoroso del desierto, en que el ejército vencedor de San Francisco fué condenado por supremas impericias a vivir vejando durante cuatro meses, marchó el capitán Olivos a las verdes márgenes del Ilo, i como en todos sus compañeros, sin exceptuar al más infeliz soldado, su alma no cabía de gozo con aquella mudanza de la siesta decretada, por la batalla apetejada. «Mucho entusiasmo,—decía, con este motivo en la víspera de partir del campamento de San Antonio i en carta de familia que existe como depósito en nuestro poder;—mucho entusiasmo reina en oficiales i tropa porque la vida de campamento era algo monótona. Se deja conocer ese entusiasmo tanto en los semblantes como en el hecho más insignificante. Todos estamos convencidos de que Tacna tiene sus peligros i mucho mayores que los que aquí ha habido; pero sabemos también que los peruanos no nos resisten sinó cuando están atrincherados, i como tenemos seguridad de que seremos mui desconfiados, no nos atraerán tan fácilmente como en Tarapacá. El triunfo lo tenemos seguro, porque la resolución de los que vamos a Tacna es la del chileno: «Vencer o morir!»

«La compañía que mando me parece que se portará bien, porque tiene, a mas de cumplir con el deber del chileno, que vengar la suerte de tantos compañeros que perecieron en Tarapacá sin batirse, sino cazados».

XIII.

Al mando de esa compañía, que era la cuarta de su regimiento, encontróse en consecuencia el capitán Olivos en los puntos más avanzados del

combate de los Anjeles, dentro de la quebrada de Tumilaca; i como su tropa era guerrillera, batióse siempre en avance, por lo cual fue especialmente recomendado en el parte especial de la jornada. Menos feliz que en Tarapacá, el capitán Olivos había perdido allí su caballo, puesto fuera de combate por una bala, incidente que él juzgaba de la mayor insignificancia cada vez que recordaba los horrores de la quebrada del desierto. «Con la experiencia que adquirí en Tarapacá,—decía a su padre,—con respecto a batallas, me hacía creer que todas, con poca diferencia, serían lo mismo; pero ahora que me he encontrado en otra vez que nó i que tal vez en mi vida me encontraré en batalla parecida a la que se dió en Tarapacá».

XIV.

Entretanto el capitán Olivos había prometido ir a conquistar en Tacna sus presillas de sargento mayor o a morir por la honra i la victoria de su patria, i hacia allá marchaba con enérgica e inquebrantable resolución. Este voto tenía en su alma algo de divino porque era el fruto de una deliberación tranquila, convencida i magnánima. Ni a su amada madre, a quien habríale sido dulce ahorrar una lágrima, se lo ocultaba; i por el contrario, como esforzándose en consolarla anticipadamente de su pérdida, hacíale presente que teniendo ella muchos hijos varones era justo que ofreciese la vida siquiera de uno, como en las tribus antiguas, en holocausto a la patria, necesitada de copiosa, rica e inagotable sangre, siendo él el elegido... «Ahora voi a decirle también otra cosa,—escribía a este propósito el sublime mancebo a la autora de su vida.—Usted sabe que por *deber i conciencia sirvo a mi patria* en circunstancias que ella reclama de sus hijos una decidida voluntad; sabe también que no hai familia que no haya contribuido con alguno de

sus miembros a prestar ese apoyo que la patria les exige; sabe que ese apoyo consiste en *dedicar sus vidas en su bien*, pues es la consecuencia de la guerra, es decir, *eso cuesta sostener la honra i dignidad de la patria*, i por fin, sabe que muchos han sucumbido propendiendo al bienestar de la madre *que les exige ese sacrificio llenándose de gloria i dejando un tierno recuerdo a su patria i familia*; ¿por qué entonces no hace lo que todas esas madres que tienen sus hijos en el ejército? Sé que su ternura es mui grande i ella es la que la hace sufrir tanto; pero, mamá, tenga confianza en Dios i María Santísima; tenga seguridad que me protege».

¿Cuándo hubo una protesta de fe i de heroísmo expresada con más tierno, sumiso i a la vez más levantado i altanero corazón?

XV.

Cuando el subteniente Olivos había atravesado la capital de su patria por la última vez, camino del Perú, habíase detenido en ella sólo con dos objetos i por brevísimo tiempo, a saber: para abrazar a su madre i arrodillarse a los piés de un sacerdote conocido i evanjélico que bendijo en el guerrero al cristiano. I hecho esto, marchó resueltamente a la muerte.

XVI.

Un último deber de ternura le quedaba todavía después de la conciencia i del sacrificio: tranquilizar los corazones sobresaltados de su hogar, antes de marchar al último combate. En una carta que ha visto la luz pública, escrita en la víspera de Tacna, i en cuyo texto orijinal la amplitud inusitada de los caracteres traicionan los latidos del corazón al trazar el cariñoso engaño, decía, en efecto, por la postrera vez a su madre estas palabras de solícito aliento:

«No dude, mamá, que saldremos con felicidad en esta próxima acción; no tenga cuidado por mí porque, como le he dicho antes, estoi blindado. Esto por lo que respecta a mí. Por el ejército debe existir menos cuidado, porque su resolución se deja manifestar. Estamos en la situación de Hernán Cortés, que quemó sus naves en Méjico, para triunfar o morir. El ejército chileno, aunque no necesita recurrir a ese medio para morir cuando es necesario, sabe que vencerá; sabe que le costará bastante, pero antes que retroceder o detenerse, morirán uno por uno los que lo componen, porque a más de ser la divisa, no hai retirada posible.»

XVII.

Aquel nobilísimo soldado, perdido tan temprano para su patria, pero no para los ejemplos, no sabía inspirarse sino en los heroísmos famosos. Antes de Tarapacá había invocado a Arturo Prat. Antes de Tacna, con perfecta similitud, recordaba a Hernán Cortés.

I lo que había más digno de alabanza i de admiración en los arranques de aquella alma juvenil, de mui pocos conocida hasta la presente hora, era que él sabía, por la voz del augurio del soldado, que iba a morir. Así habíase dicho, sin inmutarse, pero con profundo convencimiento, al capitán Roberto Concha, que mandaba la compañía gemela de la suya en el rejimiento, i el último, en su tiempo, trascribiónosla a nosotros como un presentimiento común dolorosamente cumplido.

Sabían los dos capitanes guerrilleros del 2.º de línea que, hallándose el enemigo atrincherado en una vasta línea de parapetos i lomajes, las compañías de guerrillas destinadas a preceder i preparar el ataque a la línea de batalla que vendría en pos, pagarían duro tributo a las balas; i tan certero fué su cálculo que horas más

tarde, después de platicado eso bajo la lona, todos los capitanes guerrilleros de la segunda división, la división de granito del coronel Barceló, soldado tallado en esa roca, yacían exánimes por el suelo; Torreblanca del Atacama i Dinator del Santiago, muertos; Roberto Concha del 2.º, malamente herido, i moribundo el valentísimo soldado a quien esta pájina de conmemoraciones está inscrita.

XVIII.

Dos días después (el 28 de mayo) espiraba el capitán guerrillero del 2.º de línea don Francisco Olivos en los hospitales de la ciudad que había ayudado a capturar con su sangre, sin que se desmintiera un solo instante su constancia de cristiano, su ínclita bravura de chileno.

«Sé, señor,—escribía con este motivo, enviando al aflijido padre el último consuelo de los fuertes, el aguerrido comandante del 2.º de línea don Estanislao del Canto;—sé que el recuerdo de las bellas dotes que adornaban a un ser querido i que se ha tenido la desgracia de perder, no sirve en modo alguno de lenitivo al dolor que se experimenta; pero deseo que usted no ignore que el gallardo e intrépido capitán Olivos, combatió siempre como todo un valiente, i exhaló el último suspiro como el verdadero soldado chileno, en defensa de su patria».

XIX.

I aquí a nuestro turno nosotros también ter-

minamos elijiendo las palabras de alguien que en la intimidad conoció a fondo aquella naturaleza riquísima, i que fué el primero en trazar sus perfiles en breves pero sentidos rasgos:

«Vida llena de deber i de sacrificio. Muerte fecunda en gloria i heroísmo.

«Al pisar los dinteles del más allá, soldados como Olivos, jenios tutelares de la bandera de Chile, envían sobre su blanca estrella lampos de fúljido esplendor que permitirán a las jeneraciones futuras reconocer su ruta i su divisa.

«No adornemos, entre tanto, el monumento que guarde sus despojos con mirtos o arrayanes, que el hielo de la soledad o del olvido hubieran de segar o marchitar mañana.

«No estampemos tampoco ninguna leyenda sobre su sepulcro. Dejemos el mármol mortuario en su pura i blanquecina limpidez.

«Más tarde, un lapidario ilustre, empuñando un cincel de oro, recorrerá esos sitios de muerte i enmendará nuestro voluntario olvido. La República, radiante de belleza, ceñido su traje de victoria, grabará sobre esa losa, con reverencia, una palabra i derramará sobre sus cenizas, amorosa i agradecida, una lágrima. Esa palabra será su epitafio i su historia, esa lágrima será su laurel i su apoteosis. ¡Gloriosa leyenda! ¡Inmarcescible corona!»

Francisco Olivos fué un verdadero héroe cristiano, un verdadero cruzado de las victorias de Chile.



DON PEDRO LAGOS

JENERAL DE BRIGADA.

I.

O es sólo el plomo en las batallas el insidioso metal que mata a los héroes en la guerra, ni son únicamente las epidemias

las que diezman los ejércitos en las campañas. Porque trabajados muchas veces los músculos i las entrañas de los combatientes por duras fatigas o acerbo clima, agonizan muchos lentamente, en ocasiones de una manera invisible, i al fin pagan el tributo al sacrificio común, mucho antes de la fecha señalada por poderosa o privilegiada naturaleza.

Esto ha acontecido de tal manera en nuestras prolongadas campañas tropicales en el Perú, que durante los tres últimos años hemos estado leyendo la larga lista de órdenes del día en que se disponía por la comandancia jeneral de armas, los últimos honores acordados por las Ordenanzas del Ejército a los que sucumbían «a consecuencia de las fatigas i penalidades de la campaña.»

¡Caso singular! Era el jeneral don Pedro Lagos el que en su condición de comandante de armas de Santiago, firmaba los boletines de esas tristes pero honrosas defunciones.

II.

I en pos de los otros tocóle temprano su turno, siendo el primer jeneral que desaparece de los que vencieron al Perú i a Bolivia en las más memorables batallas campales de la segunda Alianza i tercera guerra púnica del Pacífico.

Suele en efecto el propio rayo, que en la medianía del bosque derriba la ramosa encina i hiende i descuaja el roble altivo, cuando fulminalo el cielo contra las multitudes humanas, escojer para su ira las mas altas tallas, las frentes más enhiestas, los pechos más levantados, i en hora no aguardada tráelos de súbito al suelo.

I eso precisamente aconteció con el hombre de guerra i de batalla que, refulgente todavía de juventud i de gloria, yace en temprano ataúd, herido por daño aleve, después de haber pasado ileso por el raudal de fuego de cien fieros combates.

III.

El jeneral D. Pedro Lagos, muerto a los 52 años de edad i a los 40 de su gloriosa carrera de soldado, era la encarnación más viva, más brillante, i a la vez más popular i más famosa del verdadero tipo del caudillo de guerra, en esta

tierra en que los hombres, a semejanza de las lecciones de Pompeyo, nacen armados, del calcaño al yelmo, a la invocación de la patria o al simple ruido de las cornetas que apellidan la niñez i la juventud a los combates.

De aquí la honda impresión que su fin ha causado de un confín a otro de la república, i que mañana irá a repercutir como un eco fúnebre, a las puertas de las tiendas en que todavía velan nuestros soldados.

IV.

Nació el jeneral Lagos en la ciudad de Chillán, o más probablemente en la estancia de Mengol, (hoi subdelegación de Nebuco,) donde su padre trabajaba con cortedad de recursos i sobra de hijos, en 1832; i de los últimos, que eran quince, nacidos de dos matrimonios, cuatro abrazaron la carrera de las armas. Su padre llamábase don Manuel Lagos, su madre doña Rosario Marchant, i sus hermanos soldados, don Gabriel que murió de cadete, don José María, hoi sarjento mayor retirado i don Anacleto que milita todavía en el ejército con el grado de teniente coronel.

Don Pedro llevó en la pila el nombre de su abuelo, que fué soldado voluntario de la patria, durante la guerra de la independencia junto con sus hijos.

V.

Desvalida la familia por el abultado crecimiento de la prole, hízose clérigo uno de los hermanos mayores del futuro jeneral, llamado don Antonino, i este trájole consigo a Santiago en uno de los viajes que fuera de su diócesis solía emprender.

Comenzó el brillante caudillo que el país acaba de perder su primer aprendizaje militar en la esfera mas humilde de su escalafón. Nacido

en la comarca de Chillán, como el coronel Juan Martínez, de atacameño renombre, como Vargas Pinochet, como San Martín, como Jiménez Vargas, como Marchant i tantos otros que murieron en el campo de batalla o después del campo de batalla, entró a la escuela de cabos en 1846 cuando no había cumplido 16 años, i allí formóse su alma intrépida, bajo la caballeresca vijilancia del jeneral Aldunate, tipo antiguo del honor militar que rije todavía por fortuna nuestro joven ejército i lo enaltece.

Tuvo allí el cabo segundo don Pedro Lagos, dos compañeros que le precedieron en el sendero de la inmortalidad i fueron dignos de su consorcio en el aula i en el combate; el cabo Vivar, muerto gloriosamente en Tarapacá, i el cabo Marchant, su primo hermano, inmolado más gloriosamente al frente del heroico rejimiento Valparaíso, en Miraflores. En esos tres cabos de 1846 el país ha visto desaparecer tres de sus más nobles adalides, dignos todos de ceñir la faja azul de su primera categoría militar.

VI.

Cuatro años llevó el jeneral Lagos atada a su manga derecha la jineta de subalterno que carga mimbres i fusil, i cuando en 1850 salió destinado al ejército, el joven cabo ganó uno a uno todos sus grados. Los combates de la revolución de 1851 lo hicieron teniente. Los de 1859 lo hicieron teniente coronel.

Llamó la atención de sus jefes por sus tempranos actos de bravura, el subteniente Lagos durante el porfiado sitio que la ciudad de la Serena, defendida por sus hijos en armas, sostuvo contra las tropas mas aguerridas del gobierno, desde Octubre de 1851 a Enero de 1852.

Al mando de una mitad del batallón 5.º de línea, sostuvo en efecto el juvenil oficial, varios encuentros en las calles de la heroica ciudad

dando siempre pruebas de un valor sereno i de una jenerosidad magnánima, con los que, talvez a su pesar, combatían en lucha fratricida. El jeneral Lagos, como hombre de guerra, sólo sería terrible e implacable con los enemigos extranjeros de su patria.

VII.

Era entonces el jeneral Lagos, un esbelto mozo, de veinte años, alto, delgado, hermoso como la adolescencia, flexible como los empinados robles de su montaña natal; i por la gallardía de su porte así como por la franqueza espontánea i varonil de su índole caballeresca, cautivábase de continuo, no sólo el aprecio de sus jefes sinó la simpatía de sus propios adversarios. En una ocasión en que el capitán de las fuerzas sitiadas, don Nemesio Vicuña, hizo una salida hacia San Francisco con un destacamento de infantería, marchando agazapado por adentro de los huertos de las casas, que tenían sus murallas preparadas, salióle al encuentro con sus tropas el teniente Lagos, i después de cambiarse algunos balazos, concluyeron por acercarse i darse afectuosamente la mano en la medianía de sus trincheras. El actual bizarro jeneral de división, don Emilio Sotomayor, en aquel tiempo capitán de artillería i que mandaba la contra-trinchera de San Francisco, fué testigo i actor en aquella escena caballeresca, de una guerra entre chilenos. Por esto talvez, tan noble soldado fué el único de su clase que acompañó al antiguo e ilustre amigo, haciendo ensanchar bajo sus órdenes la cavidad de la sepultura que debía contener el abultado ataúd del héroe que había crecido con su fama.

El jeneral Vidaurre, comandante en jefe de la división sitiadora de la Serena i el vice almirante Simpson, que allí se encontró como capitán de la corbeta *Esmeralda*, habían adivinado, entretanto, al futuro adalid de la república; i en la fa-

milia de uno i otro de aquellos dos valerosos jefes se ha conservado la tradición del cariñoso recuerdo que de los hechos del joven oficial durante el sitio de la Serena ambos guardaron.

VIII.

Ascendido tres años después de terminada la revolución de 1851 (febrero de 1854), a capitán del batallón 4.º de línea, el teniente Lagos hizo de este bizarro cuerpo su lejión sagrada, i por esto prefiriólo a los otros rejimientos del ejército en el asalto de Arica, un cuarto de siglo más tarde. Hallábase al mando accidental de ese cuerpo como su sarjento mayor, el año memorable de 1869, i todavía recuérdanse en la línea militar del Ñuble sus proezas de soldado i su jenerosa conducta de jefe con los que habiendo sido en la víspera sus amigos i sus camaradas, combatían ahora de nuevo con las armas en la mano la misma política que habían combatido sin éxito en 1851.

IX.

Diez años después de esos luctuosos sucesos (abril de 1859) un rasgo de altivez de carácter contra las sospechas de la recelosa política de la capital, le arrancó al ejército de las fronteras, donde mandaba con raro prestigio el batallón 4.º de línea, arrastrando en su caída a cuatro capitanes que prefirieron seguirle en su desgracia. Uno de esos capitanes es hoi el coronel Soto, otro el coronel Fuensalida, otro el coronel Gorostiaga. El comandante Lagos no sólo sabía ser soldado sinó que sabía también hacer soldados. Para ello había sido cabo.

X.

Retirado desde entonces el comandante Lagos, a causa de los afanes medrosos de los par-

tidos, a su ciudad natal, donde vivía como empobrecido cultivador, los azares de la política volvieron a llamarle al servicio activo; porque, desconfiando el gobierno de la actitud del pueblo de Chillán en la campaña presidencial de 1875, quiso contentarle colocando otra vez bajo las banderas a su más prestigioso i más popular caudillo militar.

En esta situación, un tanto pasiva, hallóle la guerra, i en el acto tomó servicio, siendo nombrado en abril de 1879 comandante del rejimiento Santiago, que él mismo debía reclutar de entre la jente bravía de los arrabales de la capital.

XI.

Elijió el activo jefe para compañeros de campaña a dos soldados de su mismo metal, i que, acribillados de balas, le han sobrevivido para glorificarle con incontrastable amistad. Aludimos a los coroneles don Demofilo Fuensalida i don Francisco Barceló; i con la ayuda de estos dos disciplinarios, entraba el comandante Lagos en campaña pocos meses más tarde, a la cabeza del más formidable rejimiento de línea de nueva creación que ha paseado su bandera por los médanos i las montañas del Perú.

Promovido a coronel i a jefe de estado mayor del ejército de operaciones pocos meses más tarde (enero de 1880), otro rasgo de su jenial arrogancia le hizo abandonar su alto puesto i regresar desazonado a su retiro favorito de Chillán.

XII.

Pero cuando el clarín de Tacna iba a sonar, el brioso soldado montó de nuevo a caballo, i aceptando el puesto humilde de primer ayudante del jeneral en jefe, después de haber sido la segunda personalidad del ejército, batióse en esa condición en Tacna, cubriéndose de gloria por

su imponderable denuedo i por su jeneroso, resignado i sublime sometimiento al deber i a la disciplina.

XIII.

Todos saben cuál fué el comportamiento personal del coronel Lagos en aquella batalla campal. Él le mereció, como un honor conferido en el campo de batalla, la designación que su jefe inmediato hizo de él, para mandar en persona i directamente el asalto de Arica una semana más tarde.

Pero lo que no todos saben es un episodio de la primera de aquellas batallas que demuestra cómo sabía pelear el jeneral Lagos, i cómo enseñaba a pelear a los que a su lado servían.

Atascado un cañón durante lo más recio del conflicto en la pesada arena, el coronel Lagos pidió un lazo a uno de sus asistentes i amarrándolo al eje de la pieza entorpecida, i atándolo a su cincha, condújolo a la loma e hizo fuego. Interrogado más tarde por este hecho verdaderamente heroico i digno de Bueras, negábalo sonriendo, i atribuíalo a uno de sus ayudantes favoritos, el comandante Julio Argomedo, que a su vez culpaba de él a su jefe. Lo mas cierto es que ambos fueron cómplices en el afortunado lance del *pchual*. Era lo que había hecho Ibáñez en Rancagua i don José María Benavente en las pampas arjentinas.

XIV.

Mostrábase por esos días no lejanos el coronel Lagos como un verdadero titán de hierro i realizaba sin la menor ostentación las proezas de Hércules. No se apeaba jamás del caballo. I por esto su amigo i jefe, el jeneral Baquedano, había encontrado un aditamento tan pintoresco como expresivo para calificar a sus ayudantes petrificados como él en la silla. La ruda simpli-

idad del calificativo no nos permite estamparlo aquí, pero era relativo a las peladuras de la piel, que de seguro llevaban todos los que seguían en sus excursiones al infatigable centauro, verdadero Argos del ejército que todo había de verlo i todo había de vijilarlo.

XV.

No sabemos a este propósito si los lectores de esta leve memoria lo recordarán todavía, pero nosotros haremos mención por ellos de un hecho extraordinario de locomoción i de actividad militar, que precedió, de parte del coronel Lagos, a la batalla de Tacna.

El día en que desdichadamente sucumbió el ministro de la guerra en campaña, en el campamento de las Yaras, el coronel Lagos practicaba un reconocimiento sobre las líneas enemigas, en el Campo de la Alianza, i sólo cuando escuchó las nocturnas dianas de los aliados dió sin dormir la vuelta. Hallóse entonces con la triste nueva del fallecimiento del ministro, i sin descender del caballo escoltaba su cadaver ese mismo día hasta la caleta de Ite, distante veinte leguas; regresaba inmediatamente llevando consigo los Cazadores del Desierto, i entraba el 26 en pelea con tanta frescura de fuerzas que, como dejamos contado, túvolas para enlazar cañones en el campo de batalla. El coronel Lagos había galopado cien leguas por la inerte arena del desierto en los últimos tres días. ¿I cómo era posible que la victoria no siguiese los pasos de semejantes hombres?

La historia ha contado ya la página más gloriosa de la vida militar i heroica (que es una sola cosa) del coronel Lagos, i de tal suerte que para su fama eterna bastaría esculpir el nombre de esa página en su losa: «Arica.»

Diéronle los peruanos por apodo de horror en ese tremendo hecho de armas el nombre de

«Lago de sangre,» pero de esa onda roja en que flotaba el pálido cadáver del ínclito San Martín, surjían rayos de esplendorosa gloria que empapaban con su luz los colores de Chile flotando en el mástil del alto Morro, que Chile no soltará jamás devolviéndolo ni por plata, ni por sangre, menos por miedo, a sus eternos históricos enemigos.

XVI.

De Arica partió el coronel Lagos hacia Lima a la cabeza de la tercera división, cuyo núcleo era el ya aguerrido Santiago, comandado por Fuensalida i por Barceló, i nadie habrá olvidado que desde el día en que el ejército tomó posesión de Lurín, valle ameno, imbécilmente abandonado a nuestro paso por el «jeneral» Piérola, el coronel Lagos fatigó todos los caballos de su división en reconocer personalmente i a todas horas las posiciones enemigas como en Tacna. Solo un jefe alcanzó a igualarlo en vijilancia, i ese jefe era un hijo de Chillán como lo era él i como lo fué O'Higgins.

El coronel Lagos mandó en persona el gran reconocimiento de Villa. Pero el coronel Orozimbo Barbosa mandó también en persona los reconocimientos del Manzano i de Ate.—¡I ese coronel que mandaba desde Tacna una brigada no es todavía sinó coronel!..

XVII.

No cupo en el día de Chorrillos una parte conspicua en la repartición de la gloria común a la tercera división, que cerraba nuestra extrema derecha. Pero en Miraflores sus valientes cuerpos, el Concepción, el Aconcagua, el Cau-policán, i especialmente el Naval i el Santiago, hicieron el rescate sobrado de la esquiva fortuna, manteniéndose como una muralla de cal i canto contra todo el ejército peruano i la sorpresa. El

coronel Lagos, su comandante jeneral, mantúvose de pié durante tres horas a la sombra de verdosa higuera, cubriéndole a cada paso el quepí, el pecho i los hombros los ganchos que el plomo i la metralla tronchaban sobre su erguida cabeza.

—¿Por qué ese arbol no fué un laurel? preguntaba alguien comentando más tarde la impertérrita serenidad del capitán chileno.

Un escritor nacional, tan brillante como espiritual, llamó desde aquel tiempo la batalla de Miraflores «la batalla de los tres compadres», porque los que no recularon ni el ancho de la suela de sus zapatos, fueron Lagos, Fuensalida i Barceló, que eran en efecto tres compadres de pila, de valor i de afecto.

No venía ciertamente mal aquella denominación familiar al jefe de la tercera división, porque siendo un ríjido disciplinario no vivía reñido en el campamento ni con el buen humor ni con las fáciles alegrías del soldado.

En Lurín dormía con sus ayudantes (si es que él i ellos alguna vez durmieron) en el ángulo de un rústico potrero bajo los árboles; pero ahí nunca faltaba sabroso bastimento, como en Jazpampa, viejo cuartel del Santiago, medio a medio del desierto de Tarapacá; i así, mientras en otras mesas los jefes comían burros asados, en el mantel del compadre Lagos, tendido sobre la grama, sobraba el pavo.

XVIII.

Era el coronel Lagos, en campaña, sumamente llano, festivo i decididor en el círculo de sus amigos de intimidad i de sus jóvenes ayudantes que le miraban como a padre. Pero no perdonaba en ellos la mas lijera falta o desliz en el servicio. Habiéndole llevado uno de éstos una orden en la noche que precedió a la batalla de Chorrillos, manteniéndose a caballo mientras él velara de pié, contestóle secamente que no le conocía.

—¿Cómo, señor? Soi su ayudante tal.

—Nó, señor, no lo conozco i no sé lo que me dice...

Comprendió entonces su bisoñada el joven oficial i apeándose del caballo repitió la orden.

—Ahora sí, replicóle el rudo jefe.

I la orden fué en el acto cumplida.

XIX.

Sóbrales de contínuo la chispa a nuestros soldados, i no há mucho, habiendo sido nombrado padrino de la inauguración de un templo de Santiago el jeneral Lagos, en su calidad de comandante de armas, junto con un escritor amigo suyo, en la hora grave de la colecta de los padrinos i madrinas opulentas, inclinándose al oído del último, díjole el primero:—«Lo que es nosotros, compañero, damos lo que tenemos; usted probablemente les dará a los buenos padres un poco de tinta, i yo ya les he dado un poco de pólvora...» I en efecto oyóse luégo el ruido de las descargas que solemnizaban la pomposa fiesta...

XX.

Existe otro rasgo del jeneral Lagos que es poco conocido i que revela, como con un solo lampo, su terrible enerjía i su resolución a toda prueba, en el arte tremendo de la guerra.

Marchando él siempre adelante llegó con sus ayudantes i su pequeña escolta de cazadores a caballo al pueblo del Barranco, al caer la noche en la víspera de Miraflores; i observando que en todas partes había puestos de vinos i despachos italianos como en Chorrillos, ordenó a seis cazadores de su escolta que entraran a la pintoresca aldea i le prendieran fuego por sus cuatro ángulos.

Una hora después el pueblo mimado de la aristocracia limeña ardía como una inmensa ho-

guerra, pero en la batalla del siguiente día no hubo un sólo ébrio i como consecuencia no hubo una sola cobardía, ni un solo crimen. I eso, que es guerra, llámase sencillamente saber hacer la guerra. Si el jeneral Lagos hubiera inspirado con su alma los soñolientos consejos de la Moneda, la guerra de los cinco años habría sido una guerra de cinco meses.

XXI.

La carrera militar del jeneral Lagos culminó con el mando del ejército chileno en Lima; pero llamado a Santiago i relegado a la comandancia jeneral de armas, junto con el reposo pasivo de su retiro, comenzó a declinar su salud, i tan aprisa, que cuando un senador, no hace todavía de ello un mes, solicitaba que se crease un puesto especial de jeneral de división, significaba que ello sería sólo un honor de ultratumba i apénas una mediana compensación a su joven i abnegada viuda que queda con una hija tierna en nobilísima pobreza.

XXII.

Pero el jeneral Lagos debía morir como había vivido. Era hombre que ni a la muerte daba treguas, i cuando su robusta i hercúlea organización le habría permitido resistir todavía durante largos años al pérfido pero lento mal que se había apoderado de sus entrañas, un telegrama súbito como el rayo, anunció al país que quien vivió incólume cincuenta años, peleando en cien batallas, ha muerto ahogado por unos cuantos litros de agua hidrópica.

XXIII.

La vitalidad poderosa del jeneral Lagos había comenzado a desfallecer desde el último vera-

no minada por una afección rápida al hígado. Aconsejado por los médicos, buscó primero como lenitivo, el clima de Viña del Mar, i después el de Valdivia, de cuya provincia djóse con ese motivo que iba a ser nombrado intendente. Pero en su viaje a esa rejión salutífera, detúvose por cansancio o por afecto en Concepción, i allí su incurable mal agravóse aceleradamente. Resistiendo éste no obstante con férrea voluntad a los continuos asaltos de incurable hidropesía, escribía todavía el 1.º de enero afectuosas saluciones a aquellos de sus amigos que había probado como leales. Mas por desdicha la enfermedad arreció desde ese día; i en la noche del 18 de enero, cuando acababan de cumplirse tres años de la entrada triunfante de nuestro ejército a la ciudad de Lima, entregó su alma a su Creador, aquel titán de la victoria que habría merecido morir como Epaminondas en un lecho de laureles.

XXIV.

Tomó honrosamente a su cargo desde el primer momento, el gobierno, los funerales del héroe que moría talvez con el último maravedí de su escaso sueldo (1); i mientras se disponía la traslación de sus restos a la capital, el Presidente de la República dirijía a su desolada viuda la siguiente noble carta de condolencia, honra especialísima, porque aun en señalados casos anteriores, ese último deber había sido cumplido por los ministros respectivos, a nombre del jefe de la nación:

(1) «Ha muerto el jeneral Lagos, ha muerto ese jeneral que a su salida de Lima en el año 81 pidió a un amigo un poco de dinero prestado para saldar cuentas usuales del particular en el comercio i para poder llegar a Chile con algunos pesos en el bolsillo: muere pobre: era la lójica de su vida.» (Carta al autor, del sub-intendente de ejército don G. Redón, hacienda de Bureo, febrero 7 de 1884).

XXV.

«Santiago, enero 19 de 1884.

«Señora:

«El Gobierno se ha impuesto con vivo sentimiento del fallecimiento del señor jeneral don Pedro Lagos, digno esposo de usted, sentimiento de que participa hoi todo el país, que ve desaparecer con él uno de sus mas ilustres servidores.

«El jeneral Lagos empeñó mas de una vez la gratitud de la nación en su larga i gloriosa carrera militar, i ha dejado al ejército, que veía en él uno de sus jefes más distinguidos, un ejemplo de valor, disciplina i verdadero espíritu militar, cuyo recuerdo conservará con cariñoso respeto.

«Pueda, señora, mitigar en algo la honda pena que hoi aflige a usted, el saber con cuánta sinceridad la nación entera se asocia a su dolor; i quiera aceptar, al mismo tiempo, junto con la expresión de la viva condolencia del Gobierno, los sentimientos de consideración mui distinguida con que soi, señora, de usted obsecuente servidor.

DOMINGO SANTA MARÍA.

A la señora Juana L. de Lagos.»

XXVI.

No estará de más agregar aquí, en este apresurado rasgo biográfico, que el Presidente de la República profesaba una estimación personal i especialísima al jeneral Lagos.

Cuando un año después de la ocupación de Lima resolvióse enviar una división sobre Arequipa, i fué designado el jeneral Lagos para mandarla en jefe, llamóle el Presidente a su despacho, i habiéndole preguntado cuántos hombres necesitaba para emprender aquella ruda campaña, dióle por única respuesta de soldado esta laconica cifra:

—«Iré con los que S. E. me señale.»

XXVII.

Los despojos mortales del jeneral que más intensamente representaba la gloria combatiente del ejército chileno, fueron trasportados a Santiago desde Concepción el 20 de enero, aniversario de la batalla de Yungai, escoltados por comisiones cívicas i militares delegadas por aquella noble ciudad, i en su trayecto a la capital cubrían los pueblos del tránsito los festones de su duelo, que al día siguiente habrían de trocarse por las vistosas guirnaldas de las públicas manifestaciones ofrecidas al Presidente de la República en su paso hacia las inauguraciones del Sur.

Las honras fúnebres del héroe tuvieron lugar esa misma mañana de la partida presidencial (enero 21 de 1884) en el grandioso templo de la Recolectión Dominicana, en cuya consagración hacia apenas un año el jeneral Lagos había tomado conspicua parte como padrino.

XXVIII.

Conducido su féretro inmediatamente al cementerio jeneral, en hombros de doce coroneles i seguido de un pueblo inmenso que rodeaba todas las fuerzas de la guarnición de Santiago, oyéndose al borde de su fosa los últimos adioses de sus amigos, expresó uno de ellos (1) los sentimientos que en aquel instante ajitaban todos los corazones, en la siguiente alocución inspirada allí mismo por el afecto i por la admiración.

XXIX.

«Señores:

«Nos encontramos esta vez bajo la impresión de un gran dolor público.

(1) El autor de este libro.

«Acostumbrados nuestros espíritus a simbolizar en una alta personalidad guerrera toda la fuerza, todo el heroísmo, toda la gloria de los hombres de combate propios de nuestra tierra; divisando en todos los horizontes de la sangrienta guerra que aun no acaba, la figura radiante del adalid que por doquier mostraba con su espada a nuestros bravos el camino de la victoria; que atropellaba en todas partes con el pecho de su caballo de batalla las filas enemigas; que en la llanura o la montaña quitábales con su fornido brazo sus banderas, i que iba escribiendo de etapa en etapa en las más altas rocas del Perú esta leyenda inmortal:—«Chile invencible»... al verle ahora aquí, yerto, helado, inerme en ese ataúd de plomo, sin que haya sido siquiera una bala enemiga la que en gloriosa lid atravesara su altivo pecho, profunda congoja apodérase del ánimo, i el luto envuelve como en un sudario todos los corazones.

«Ah señores! no parecería que en ese sarcófago que cubren las enlutadas insignias del jeneral don Pedro Lagos, cupiesen juntas su alta talla i su gloria más alta todavía. No se creería, a la verdad, que allí duerme el reposo eterno aquel brioso jinete que arrastró los cañones de Tacna a la cincha de su caballo, ni el heroico caudillo que, lanzando al trote al asalto del Morro de Arica dos intrépidos rejimientos, arrebató al enemigo su más formidable fortaleza en el espacio de unos pocos minutos, que él iba acompasando con el paso de su impaciente bridón de combate, ni menos aquel soldado inmortal que convertido en baluarte de granito tras los muros de adobes de Miraflores, dijo a los suyos esa mañana, que ayer cumplió su tercer año:—«Aquí está la gloria de Chile i aquí me quedo!»

«Ciertamente, señores, la muerte del jeneral don Pedro Lagos es la primera i la única derrota que ha sufrido nuestro glorioso ejército en su marcha ascendente hacia la historia.

«El Gobierno no ha decretado, es cierto, el duelo nacional; pero no lo necesitaba.

«El ejército entero de Chile viste hoy el luto del invicto caudillo dentro de sus cuarteles, dentro de sus tiendas, dentro de sus corazones, aquí mismo donde asoman tantas jenerosas lágrimas ofrecidas a su memoria.

«I por otra parte, el país sabe que lo que ha perdido en el jeneral don Pedro Lagos no es solo una alta categoría del ejército, sino un ejército entero. El país comprende que donde estaba Lagos sabía el soldado que allí estaba la victoria, i cuando no divisaba aquél su alta cimera por entre el polvo de la batalla, preguntaba todavía cuál era el ala en que él se hallaba, porque por allí debía comenzar la derrota i el exterminio del enemigo

«Su solo nombre valía por esto un ejército; porque a su solo llamamiento, los millares de héroes que él enseñó a pelear habrían marchado sonriendo al oír el toque de los clarines que los apellidaba bajo su espada a las banderas.

«La muerte, entretanto, señores, se ha interpuesto por hoy entre él i nosotros, entre el pasado i la historia, entre las glorias fugaces i la eternidad que no halla término.

«Pero lo que eres tú, jeneral Lagos, no has muerto para siempre en el seno de la patria inmortal que fué tu madre. Tu nombre sobrevivirá a tus días. Tu fama será transmitida a las jeneraciones como los astros lejanos transmiten su luz a los espacios. El lago desbordará en el océano.... I entonces si algún día espadas de conjuración aleve vuelven a alzarse sobre la frente augusta de tu suelo, en son de amenaza i de peligro, tu espada, que yace atada a esa faja blanca sobre tu frágil urna, saltará por sí sola de la vaina; i seguido tú, cual caudillo, de los que antes que tú murieron i que a tu voz, que solía imitar en las refriegas el ronco grito de las águilas heridas, batirán sus palmas ensangrentadas

dentro de sus ataúdes; San Martín, i Santa Cruz, i Ramírez, i Vivar, i Martínez i Marchant, formarán tu escolta invisible en las futuras lides que el renombre gana antes que el cañón.

«Jeneral don Pedro Lagos!

«Mientras allá en el remoto océano se alce inmutable, adusto, sombrío el Morro histórico en cuya cima batióse al viento de los mares la bandera tricolor que tu brazo i el de los tuyos enarbolara en un día de inmarcesible gloria, tu nombre no perecerá, porque los siglos i las jeneraciones en cada eco del cañón que salude la estrella del pabellón, deletrearán las letras de tu nombre imperecedero, como la enseña del adalid que dijo a Chile entre el Pacífico i los Andes:—«Esta es por hoi tu frontera i tu baluarte!»

«Gloria a los hombres que así han vivido i así han muerto!

«Gloria a tí, jeneral Lagos, invicto campeón de nuestro invencible ejército!»

XXX.

Decíamos al comenzar este brevísimo bosquejo, que el jeneral Lagos por su alma, por su carrera i por su hercúlea estructura había sido uno de los soldados de más alta talla en la gloriosa falanje de los servidores armados del país, i que, por lo mismo, el rayo, buscando su acero, le había derribado.

I a la verdad que si de la austera historia fuera lícito llevar los parangones a la leyenda, habríamos de encontrar sólo dos tipos de comparación para el guerrero ilustre que a estas horas yace pálido e inerte dentro de estrecho ataúd.

El jeneral Lagos en Arica fué el Ajax de Troya, i en su suelo patrio i en el de los enemigos de su patria fué el terrible Caupolicán de sus batallas.





EL TENIENTE CORONEL
DON BARTOLOMÉ VIVAR
(Segundo Comandante del Regimiento 2.º de línea)

lit. P. Godoy & C^o



DON BARTOLOMÉ VIVAR

SEGUNDO JEFE DEL REJIMIENTO 2.º DE LÍNEA.



I.

N los momentos en que la guerra, al entrar en el último período de su primer lustro, parecería llegar a su mayor edad i con ella a la razón

que habrá de ponerla término, más o menos definitivo, más o menos transitorio, parécenos deber de imprescindible patriotismo hacer memoria a fin de que no desaparezcan del todo en desdorado olvido, alguno de los nombres que el tiempo poco a poco ha ido borrando, entre aquellos de nuestros invencibles soldados que fueron los primeros en señalar, a los que en pos de ellos vendrían, el camino del sacrificio en el deber.

II.

El teniente coronel don Bartolomé Vivar, segundo jefe del ya lejendario 2.º de línea, devuelto recientemente al seno de la tierra en que naciera, figuró señaladamente en aquella falange de bravos, i fué uno de aquellos denodados chilenos que, encerrado dentro de un abismo por una fatal imprevisión, sucumbieron en número de muchos centenares antes que retroceder un solo paso en la línea del honor; antes que dejarse arrebatar vivos el pendón sagrado de la

patria, sudario de los muertos heroicos. El soldado chileno cuando ataca aseméjase en su vuelo al águila; pero en la retirada truécase en poste inamovible, i respecto de su bandera no la suelta sinó cuando, envuelto en ella, amortaja su cadáver con sus pliegues.

I de ese linaje de hombres fué ciertamente el teniente coronel Vivar, que, como San Martín en el 4.º de línea, hizo del batallón antes nombrado su familia, viviendo i muriendo célibe; i de su cuartel su propio hogar, que no abandonó un solo día en el espacio de 28 años, esto es, durante toda su vida militante. (1851-1879).

III.

Hijo de un primer matrimonio del agrimensor Vivar, cuyo nombre i virtudes, al contar en página precedente la corta pero honrosísima vida de su medio hermano menor Pedro Antonio, dejamos ya recordados, el joven Vivar educóse en la ciudad de San Fernando, donde viniera al mundo en 1832, hasta la edad núbil, en que, forzado a ello por penurias domésticas i por su amor innato a la carrera de las armas, vehemencia infantil de muchos ánimos de hombres, entró a la escuela de cabos instalada hacia poco en Santiago como una sección anexa de la Academia Militar. Un soldado famoso que ha sobrevivido a

todas las batallas pero no a las dolencias físicas de las campañas pasadas, el jeneral Lagos, había pasado ya por aquella humilde ruta, para llegar más tarde, como los soldados de Napoleón, i por su solo esfuerzo, de la cartuchera i de la boyeneta, a la faja i al tricornio.

El bravo coronel Marchant, muerto gloriosamente en Miraflores era también de esa estirpe i de esa Escuela.

IV.

Un año hizo allí el joven colchaguino su aprendizaje de subalterno (marzo de 1851 a abril de 1852), i ocurrió la circunstancia no poco interesante de que habiendo sido nombrado cabo 2.º del batallón 3.º de línea el 16 de abril del último año, optó dos semanas más tarde (abril 29) por la jineta de cabo del 2.º I desde ese día hasta el de su martirio, no se separó un solo día, una sola hora, de su cuerpo.

Hai almas hechas de esa suerte i de esa sustancia. Son seres amantes pero silenciosos i solitarios que agrupan su familia en torno a su cuartel i por este procedimiento, el mundo entero queda reducido para ellos al cuarto de banderas i a la bandera.

Tardó por este moroso camino el cabo Vivar un año en ascender a cabo 1.º; cuatro años en cambiar la tira de lienzo de su manga por el galón dorado de sarjento 2.º, i casi otro tanto por alcanzar su nombramiento de sarjento 1.º. Entonces costaba hartó sudor el ser soldado. Hoi suele bastar un poco de saliva!...

I tan era así, que fueron necesarios los encuentros de la guerra civil para abrir al joven i paciente subalterno, cuando tenía ya cerca de treinta años, la codiciada brecha de la carrera de oficial, siendo ascendido a subteniente después de Cerro Grande, el 1.º de octubre de 1859.

V.

Sus ascensos contáronse desde entonces lentamente, ya en la monotonía de las guarniciones, ya en la monotonía de los malones indíjenas, que en aquel tiempo se acostumbraba estampar en las hojas de servicio como méritos i batallas, no pasando de simples pasatiempos i escaramuzas de avanzada. De éstas perdió la cuenta Vivar, porque siempre estuvo de facción en las fronteras de Arauco, i allí en el curso de veinte años, ascendió a teniente en 1865, a capitán en 1868, a sarjento mayor en 1873 i a teniente coronel efectivo el 28 de marzo de 1877, cuando la actual guerra, sin que nadie lo apercibiera, venía ya caminando encubierta i disfrazada con su túnica de guano i de salitre.

VI.

De la memoria de nadie se habrá borrado todavía, por más aprisa que el olvido, aliado de la ingratitud, pase su plancha de hielo sobre muchos de los que se adelantaron en el servicio de su patria para honrarla, la circunstancia del embarque del batallón 2.º de línea en Valparaíso en febrero de 1879, siendo este cuerpo el primero que, como en la guerra con España de 1865 i en todas las campañas sucesivas se ha encaminado al teatro de las operaciones. Hubo un banquete de adios en aquella partida, i entre sus frugales, improvisadas libaciones, todos, jefes i soldados, veteranos i voluntarios, juraron morir mil veces antes que consentir en empañar el limpio reflejo de su azulada i alba bandera.

VII.

Cupo al comandante Vivar la tarea de disciplinar los reclutas de su cuerpo, cuando este fué elevado a rejimiento en el campamento de An-

tofiagasta, i para esta fatiga elijió el pueblo i mineral de Caracoles, donde, como de vanguardia, quedó acantonado su cuerpo. El comandante Vivar, a guisa de antiguo cabo de escuadra, i como soldado que había cargado sin murmurar durante ocho años la jineta i la varilla de mimbre, era un disciplinario severo, infatigable, casi insomne, que desde la primera luz del alba hacía trotar sus reclutas por las colinas hasta rendirlos de cansancio antes de la puerta franca, i de apetito antes del rancho. Solía decir a sus amigos que el más vivo placer de su austera vida era aquel continuo ejercicio matinal, cuando cabalgando en alas de la fríjida brisa de la madrugada asomaba el sol tropical tras las colinas i convertía en centellas de fuego las bruñidas bayonetas de las enérgicas mitades al ascender las lomas arenosas del desierto.

VIII.

De aquella posición avanzada marchó el comandante Vivar al estreno de Calama que nos dió la posesión del Loa, i en seguida al estreno de Pisagua que nos dió la posesión de Tarapacá.

Pero como a virtud de una disposición superior que había retenido parte del ejército en las alturas de aquella playa de desembarco, no fué posible que el rejimiento 2.º de línea entrase a formar en fila de batalla en la cima del cerro de la Encañada, sinó cuando sus compañeros de armas apagaban los últimos fuegos de la victoria a las oraciones del 19 de noviembre de 1879, quedó en aquel entusiasta cuerpo la levadura de un sordo descontento que sus propios jefes no eran dueños de ocultar. No combatir es un castigo para el soldado chileno, puesto que pelear es su único premio. Por otra parte, el 2.º de línea creía tener conquistado su puesto de vanguardia desde el muelle de Valparaíso i desde

los puentes de madera del Loa en el día de Calama.

IX.

Bajo estos auspicios mucho más propios del entusiasmo bisoño que de la disciplina rigurosa, organizóse por otros en el campamento de Dolores, una semana escasa después de la batalla campal a que impropriamente se ha conservado ese nombre, la expedición que se llamó de Tarapacá en Tarapacá, porque iba dirijida a cortar la retirada de los peruanos derrotados en la Encañada el día 19, medio a medio de la quebrada i caserío de aquel nombre, antigua capital del desierto del Tamarugal.

X.

Atravesando este en toda su extensión durante el día i la noche del 26 de noviembre de 1879, el 2.º de línea con los Zapadores, la Artillería de Marina i el batallón Chacabuco, sin estudio el más leve del terreno, sin consulta de su propio jefe, sin guías ni prácticos de la topografía, sin avanzadas, sin espías, sin agua, sin aprestos de ningún jenero excepto la triple fatiga de la marcha por el médano, de la fríjida trasnochada i del hambre, fué lanzado el primero de aquellos cuerpos al amanecer del memorable día 27 de noviembre al fondo de la quebrada a hacer «la rodeada» de los peruanos fujitivos, como si se tratara de dispersa manada de ovejas espantadas por el lobo, orden temeraria que fué en el acto i sin observación obedecida. El comandante Ramírez era un soldado desde el quepi a la espuela, i su segundo no lo era un ápice menor.

XI.

Descendía en consecuencia por los ásperos zig-zags de la estéril i profunda barranca a la

cabeza de su cuerpo el pundonoroso comandante Ramírez, ostentando su hermoso talante de guerra en el caballo chascón de Abaroa, presa lejítima de Calama, i a su lado iba su segundo, marchando a pie i con túnica de simple soldado. En la víspera, fumando algunos oficiales dentro de una calichera, a la sombra de cuyos muros habíanse echado para reposar, poniendo Vivar su casaca por almohada, una pavesa candente había encendido aquella materia explosiva i puesto aun en peligro la vida de algunos de sus compañeros. Con este motivo, quemada su túnica de jefe, el comandante Vivar pidió prestada la burda suya a su asistente, i sin más distintivo que su espáda entró al combate.

XII.

Iniciado este de una manera repentina i violenta por los peruanos, a quienes se había dado tiempo de apercibirse. Vivar adelantóse a todos, i poniéndose a la cabeza de tres compañías (las de los dos hermanos Garretón i la del capitán Necochea) lanzóse con ímpetu de chileno por el fondo de la quebrada sobre la aldea enemiga en cuyas callejuelas había comenzado el combate, i en pocos minutos adueñóse de ella.

XIII.

Pero los peruanos, esta vez mucho mejor dispuestos conforme a la estrategia, trepáronse a los cerros i desde la altura comenzaron a arrojar sobre los asaltantes tan espesa lluvia de plomo, que en pocos minutos el suelo quedó empapado de sangre, como si ésta hubiese caído del cielo, al paso que las compañías chilenas que habían marchado en avance tornábanse, sin retroceder un palmo i como por efecto de un hórrido huracán, en montones de cadáveres. El bravo Ramírez avanzó entonces con la compañía del ca-

pitán Silva, i, surjiendo el rayo del fondo de la tormenta de fuego, redujo a tizones las nobles efijies de aquellos sacrificados combatientes. Setecientos chilenos sobre dos mil quedaron en el campo maldito. ¿Cuándo hubo, sin victoria, mayor matanza?

XIV.

Menos afortunado el comandante Vivar, había visto perecer a su lado a los capitanes Garfías-Fierro, Garretón, Valenzuela i a todos sus soldados, casi sin escapar uno solo; pero el plomo no le había perdonado en el primer momento sinó para imponerle una humillación superior a la muerte para corazón tan levantado como el suyo.

Herido en efecto al principio de la acción, como Ramírez, en un brazo, había como él continuado batiéndose hasta que una segunda bala atravesóle el bajo vientre en parte tan vital como la vida misma; i sentándose entonces en una piedra del camino, púsose a aguardar el desenlace de la batalla i de su propia existencia con esa estoicidad que, después del valor temerario, es la condición mas caracterizada del soldado chileno.

XV.

No tãrdaron los peruanos en envolverlo en su línea de avance, i llevado a la presencia del coronel Bolognesi (el de Arica), denostóle éste, con más brutalidad que justicia, porque siendo jefe había entrado a la batalla disfrazado de simple soldado....

—«Así se pelea, cobarde, díjole el coronel peruano, mostrándole sus relucientes presillas de jefe sobre sus anchos hombros.»

A lo que el pundonoroso jefe chileno replicó, explicando al jefe peruano con voz tranquila la aventura de la calichera el día de la víspera.

Noble soldado perdido tan prontamente para la patria i fundido en el molde de las heroicas antiguas, ¿necesitabais acaso aquella excusa? ¿Qué más digna respuesta cabía al reto alevé del peruano que mostrarle en silencio tu erguido busto perforado por dos balas?

XVI.

Abandonado aquella misma noche el pueblo de Tarapacá por los que se decían vencedores i continuaban su fuga, el comandante Vivar quedó encomendado a la ambulancia peruana dejada allí por el jeneral Buendía a cargo de sus propios heridos, i, según el testimonio de éstos, el moribundo sobrevivió tranquilo durante algunas horas al daño mortal que de prisa le postraba. Como era hombre fuerte i de músculos tan recios como el tejido moral de su alma, llegó aun a creer que podría volver a visitar los patrios lares, i en el calor de la fiebre pútrida que invadía rápidamente sus descuidadas heridas, hablaba a sus vecinos de lecho i de dolor en la ambulancia enemiga de las frescas cascadas que embalsamaban las selvas de Arauco, donde él, mediante su trabajo i una ríjida economía, había logrado labrarse un selvático cortijo.

La agonía siguió empero a la ilusión, i al segundo día del abandono en la quebrada, no amanecía bajo el cobertor de sangre sinó el yerto cadáver de quien en el cuartel i en el campo de batalla había sido un cumplido capitán chileno.

XVII.

Sepultado a la lijera en la pequeña i derruida iglesia parroquial del pueblo por aquellos de sus compañeros de armas que llegaron entre los primeros al rescate, guardóle allí la indiferencia que no tiene deudos poderosos, hasta que un solícito hermano, humilde relijioso de un con-

vento de Santiago, adelantándose a la obra de reparación que es deuda exclusiva de la patria, obtuvo, a virtud de esfuerzos i gastos personales, la traslación de sus cenizas, en setiembre último, hasta su claustro donde hoi descansan.

La autoridad militar asocióse sin embargo, en nombre de la fraternidad de las armas, a la obra de la fraternidad de la naturaleza, i siguiendo los pasos del piadoso monje franciscano, dispuso los honores debidos a sus manes, a su rango i a su martirio en una orden del día que así decía, con fecha 3 de setiembre de 1883:

«Debiendo llegar a esta capital los restos mortales del teniente coronel, segundo jefe del rejimiento 2.º de línea, don Bartolomé Vivar, que sucumbió gloriosamente en la batalla de Tarapacá el 27 de noviembre de 1879, esta Comandancia Jeneral dispone se le hagan los honores fúnebres en la forma siguiente:

«El miércoles 5 del corriente, a las ocho i media de la mañana, se encontrarán formados en la estación del ferrocarril del norte la brigada movilizada de Artillería número 2 con su armamento menor i la banda de música del rejimiento de Cazadores a caballo, desmontada, que acompañará a dicho cuerpo, i medio batallón del Chillán 8.º de línea con su respectiva banda de música, para acompañar de ahí hasta el templo de San Francisco, los restos del mencionado jefe.

«Un piquete montado del rejimiento de Cazadores a caballo, compuesto de un cabo i seis soldados al mando de un sarjento, irán de guardia a los lados del carro mortuorio. Al depositarse los restos en la mencionada iglesia, el medio batallón del 8.º de línea hará los honores fúnebres prevenidos en el artículo 42, título 82 de la Ordenanza jeneral del ejército.

«Las expresadas fuerzas serán mandadas en jefe por el teniente coronel don Ramón Perales,

sirviéndoles de ayudantes los del cuerpo de su mando.

«Para el referido acto, se invita a los señores jefes i oficiales francos de esta guarnición.

LAGOS.»

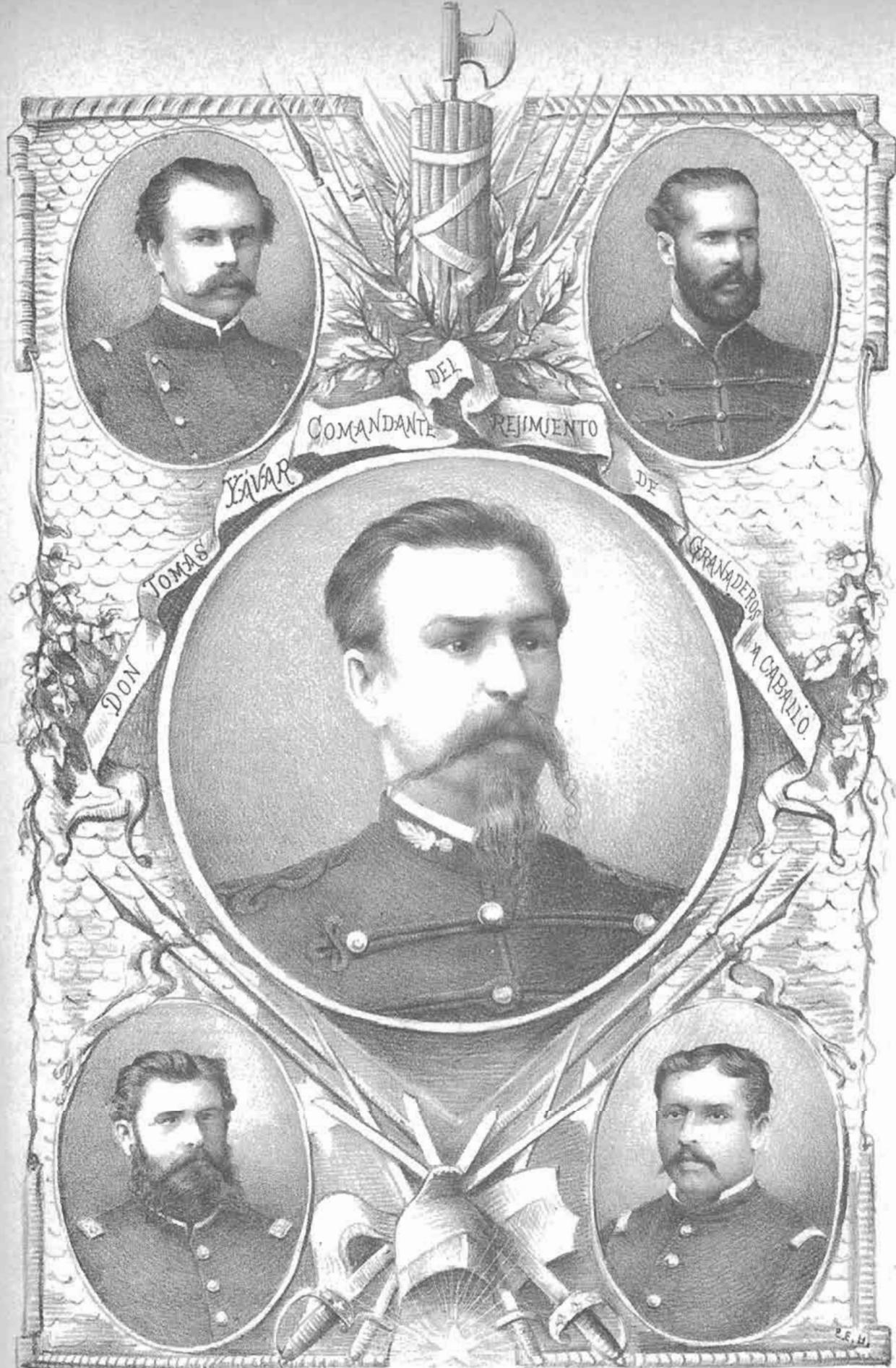
XVIII.

Fieles los últimos al deber, en las filas como en la tumba, marcharon en la hora fijada al encuentro del compañero mártir i del jefe que, en el primer aciago encuentro, había levantado tan alto su erguida cabeza que desde entonces logró servir a todos de enseña i de divisa.

Los coroneles Barceló, Cortés i Martínez, levantaron en sus hombros el día de su último paso por la tierra, que es el canto fúnebre de los sacerdotes sobre el sarcófago de los cristianos, el liviano puñado de cenizas que éste aun guardaba; i al depositarlos en el sitio del postrer descanso humedeciéronse los ojos de aquéllos de sus camaradas que, como el comandante Arrate i el mayor Necochea, lo habían visto pelear i caer en la horrible grieta del desierto peruano a que nos arrastró en un momento de vértigo una carnicera imprevisión.

¡Quisiera el cielo que esa hubiese sido la última!





Lit. Pichot & C^{ta}

DON MÁRCOS LATHAM
(Teniente Coronel de Estado Mayor)

DON ELIAS CRUZ CAÑAS
(Capitan de Estado Mayor)

DON ROBERTO WALKER
(Capitan del Estado Mayor Jeneral)

DON RODOLFO VILLAGRAN
(Tercer Jefe del Rej. de Granaderos a Caballo)

DON TOMÁS YÁVAR

COMANDANTE DE GRANADEROS A CABALLO

I.

UPO al teniente coronel de caballería don Tomás Yávar la envidiada suerte i el honor insigne de caer en el campo de batalla cargando al frente de su rejimiento al ejército peruano que defendía a Lima, decidiendo así con los cascos de sus caballos i el filo de sus sables la victoria campal de Chorrillos en la extrema izquierda del ala enemiga.

Muerte tan hermosa es digna de especial recuerdo en estas hojas que son otros tantos epítafios de gloriosos muertos; i si bien carecemos casi por completo de noticias particulares sobre la vida i carrera del jefe cuyo nombre se lee al frente de esta página, su gloria encontrará sobrada comprobación en su jeneroso sacrificio.

II.

El comandante don Tomás Yávar había nacido, puede decirse así, bajo las banderas del Rejimiento de Granaderos a caballo, cuerpo histórico que San Martín condujo en persona a Chile en 1817 i que marchando de etapa en etapa desde el Plata al Biobío i desde el Rimac al Guayas, coronó su nombradía en Riobamba i

dió trece jenerales a los ejércitos de la América libre.

Su hermano mayor i de su propio nombre, el coronel don José Tomás Yávar, mandaba ese cuerpo en la guarnición de Santiago cuando aquel entraba a la Academia Militar como cadete efectivo en febrero de 1847. Cuatro años más tarde, era puesto este a las órdenes de su hermano cuando, después de apropiado aprendizaje, pasó a tomar parte en el ejército activo con motivo de las turbulencias de 1851.

Estando al tenor de su hoja de servicios su primer estreno tuvo lugar en la «acción de Illapel», hecho de armas sin nombre i casi sin sangre en que, por una aventura singular, mandaba en jefe la hueste contraria el que esto escribe, niño entonces como Yávar.

III.

Hizo en seguida el último la campaña del sur de Chile contra las tropas rebeladas del jeneral Cruz, i por su participación en la batalla de Loncomilla fue ascendido a teniente. En seguida, pasando lentamente por sus diversos grados, era capitán en 1859.

Caído en cierta desgracia política su rejimiento, a virtud de la reacción que surgió en 1861 contra el réjimen de los gobiernos restrictivos a

que el cuerpo de Granaderos había servido durante veinte años de escolta, oscurecieron hasta cierto punto sus jefes i oficiales en la raya fronteriza durante larga década. Agregóse a esto una serie de disturbios de que fué al fin víctima el segundo jefe del cuerpo, el bizarro comandante don Manuel Bulnes. Tenía esto lugar en 1874, i el mayor Yávar, que en un mes había alcanzado el grado i la efectividad de su grado en julio de ese año, entró a reemplazarle. Por el retiro subsiguiente del coronel Silva Claro, tomó al fin el mando en jefe del regimiento el 3 de abril de 1878.

IV.

Prolongándose, sin embargo, más allá de la paz i de la monótona guarnición de los fuertes de frontera, la adversa estrella de los Granaderos a caballo, fué este cuerpo uno de los últimos del ejército de línea que recibiera orden de marchar al teatro de la guerra, donde sus émulos en servicios i en renombre, los ágiles Cazadores a caballo, habían llegado, como de ordinario, en la alborada.

Mas apenas hubieron puesto pie en sus estribos i cojido la brida de sus caballos de batalla, erguidos los Granaderos en su fama i en sus monturas, mostráronse dignos de sus nobles tradiciones, deshaciendo en la cumbre medanosa del Campo de la Alianza, el sólido cuadro que delante de sus sables afilados a molejón como en Mendoza, formaron los valientes Colorados de Bolivia. Distinguióse allí extraordinariamente el segundo jefe del regimiento, don David Marsán, que hoy lo comanda, a las órdenes del coronel Bulnes.

V.

No siendo, según entonces se dijo, favoritos del jeneral en jefe, criado por los asistentes de

su padre sobre el lomo de los caballos del regimiento de Cazadores, cuerpo que por lo mismo fué su favorito durante toda la campaña, los Granaderos marcharon por tierra desde Pisco a Lurin en la última fatigosa jornada que precedió a las batallas de Lima; i es fama que en esa prueba, yendo siempre a vanguardia i con suma cautela, el comandante Yávar llenó cumplidamente los deseos i las instrucciones del coronel Lynch, su jefe inmediato.

VI.

Mucho mayor fué, empero, su distinción en el campo de batalla, porque una vez que la brigada Gana abrió en San Juan el sendero i la puerta de la victoria el día de Chorrillos (13 de enero de 1881), desembarazando a la caballería chilena (Granaderos i Carabineros) de una red de traidoras minas, desplegaron, uno i otro cuerpo sus mitades en batalla por escuadrones en la llanura pedregosa de Tebes, a la extrema derecha de nuestra línea de avance que cubría la valerosa división Lagos. I cuando éste, cumpliendo órdenes superiores, ordenó cargar a aquellos cuerpos, el ejército entero detúvose largo rato, como delante de un brillante torbellino; i al dar la vuelta los ensangrentados i polvosos jinetes, oyóse un inmenso rumor en todas las columnas de infantería, que arma al brazo aguardaban el éxito de aquella terrible arremetida.— «Los Granaderos i Carabineros, dice un testigo de vista i de criterio imparcial entre los combatientes (el teniente de la marina francesa M. F. Leon) se arrojaron sable en mano sobre la llanura de Tebes, lanzando su grito de guerra, el tremendo chivateo de los araucanos, i sólo regresaron a las filas cuando sus brazos estaban cansados de acuchillar a los deshechos i fujitivos peruanos.»

VII.

Los Carabineros de Yungai volvían del entretenero i la matanza con su valiente jefe a la cabeza, no habiendo perdido sinó al capitán Terán que cayó al lado del último, como bravo.

Pero no cupo igual suerte a sus compañeros de gloria i sacrificio.

Cargando a la altura del tercer escuadrón, es decir, más adelante del puesto del deber i la ordenanza, una bala peruana había llegado de frente sobre el pecho del comandante Yávar, i atravesándole la mano izquierda que sostenía la brida, fue a detenerse en sus entrañas, causándole mortal congoja i daño de muerte.

Conducido sobre su propio caballo, sostenido por dos granaderos, como el mariscal francés que venció en Alma, tendiósele sobre su capote de campaña en un aposento de las casas de la hacienda de San Juan; i allí espiró en brazos de los suyos i de su hermano político el valiente capitán don Temistocles Urrutia, en la media noche de aquel día, con la tranquila resignación de quien ha creído cumplir con su deber, i en realidad dejábalo cumplido.

El comandante Yávar había muerto digno de los antiguos Granaderos de San Martín i digno del ejército en que su cuerpo ha sido siempre prez, honra i victoria.



DON JUSTO PASTOR SALINAS
 (Subteniente del Santiago)

DON VICTORINO 2.º SALINAS
 (Subteniente del Santiago)

DON JUAN RAFAEL ALAMOS
 (Subteniente del 4.º de línea)

DON JOSÉ MARIA ALAMOS
 (Teniente del Buin)

DON BALDOMERO DUBLÉ ALMEIDA

TENIENTE CORONEL DE INJENIEROS

I.



A vida de ciertos hombres queda escrita por ellos mismos, de tal manera que su propia labor no deja campo ni ocasión para la labor ajena. Hijos de sí mismos, todo lo han debido a su propia enerjía, i cuando ésta desaparece, agotada la savia de la vida, o tronchado el ramaje por el peso de los años, o por súbito rayo, ellos mismos se han encargado de dejar delineada la clara i duradera estela de su memoria, de sus hechos i de sus servicios.

II.

De esa clase de hombres fué el distinguido jefe i ciudadano que, escapado de mil azares, perdió por un fatal acaso el país i el ejército en la persona del teniente coronel don Baldomeo Dublé Almeida.

Era este brillante oficial, un gran trabajador, un hombre de fierro en la tarea i en el lápiz.

Aun durante la penosa navegación que le traía postrado por el dolor en un mal camarote del *Itata*, en su viaje de Chorrillos a Valparaíso, el comandante Dublé Almeida escribía todos los días sus impresiones, sus recuerdos i sus propó-

sitos, en su libro de memorias; i cuando no trabajaba en su propia tela, llamaba a su lado a aquellos de los oficiales heridos que venían a bordo i a quienes podía consultar sobre los puntos oscuros de su memoria o de su laboriosa e infatigable investigación. El comandante Dublé Almeida ha llevado, junto con su intelijente hermano Diego, el más completo i más minucioso diario militar de la campaña.

III.

Debía sin duda el comandante Dublé aquella incesante actividad de su espíritu a los orijenes de su organismo, porque su abuelo, el gran patriota del norte, don Diego de Almeida, el primer explorador del desierto de Atacama, recorríalo todavía, ágil i brioso, a la edad de 75 años, i en todas direcciones lo trasmontaba como caateador, sin más que una bolsa de harina en su morral i dos *chifles* de agua en la cabecera de su enjalma. Don Diego, a la venerable edad que hemos recordado, fué el guía que condujo en 1853 al doctor Philippi en su exploración científica desde Taltal a San Pedro de Atacama; i a poco de esa hazaña, murió.

Por su estirpe paterna, el comandante Dublé era de orijen francés o catalán, i esto explica en él, como en su hermano, el bravo comandante

del Atacama, esa especie de fogosidad natural de los hábitos de la vida militar que los franceses denominaban *élan*, ímpetu irresistible del corazón, del músculo i de la sangre, todo a un tiempo.

IV.

En obediencia a ese impulso del alma fué que Diego Dublé pidió i obtuvo el mando del más arrojado rejimiento del ejército en la víspera de la batalla de Chorrillos, i por igual camino su hermano, o más propiamente su gemelo, marchó a la muerte, queriendo evitar, con su propia vida, bárbara e inútil matanza de propios i enemigos, en aquella aldea de príncipes, hoy panteón hecho cenizas.

Como hombres de valor impetuoso, los Dublé Almeida han sido señalados desde la escuela, o si es posible decirlo así, desde su cuna.

Hemos dicho ya quien era su abuelo: el más intrépido viajero del desierto, tarea en que se ejercitó solo, o casi solo, durante más de medio siglo.

Ahora bien, un hijo de este noble anciano i tío materno de los Dublé Almeida, llegó a ser en Méjico jeneral de brigada, en razón de su temeraria bravura, desplegada especialmente en la toma de la ciudad de Chihuahua, allá por el año de 1855. Pasó éste después al Perú, donde ¡caso extraño! le mataron a traición en Chorrillos (1859), en el sitio mismo en que alevemente hirió de muerte a su sobrino. Su nombre era Antonio Almeida, carácter lijero, pero nobilísimo i entusiasta corazón.

V.

He aquí ahora algunos rasgos sencillos de la vida del menor de los Almeidas.

Nacido en Valparaíso en 1843 de un padre cu-

yos hermanos habían sido soldados, marinos, industriales, agricultores, mineros, negociantes (porque para todos los gremios había en su número i en su esfuerzo), educóse en aquella ciudad en el colejio alemán de Scheel, junto con varios hermanos que formaban parejas entre sí, como él traía formada desde la cuna con su hermano Diego que le ha sobrevivido para guardar honrosamente su digna memoria.

Entre esos grupos de la temprana i querida fraternidad del aula, figuraban, todos más o menos iguales en años (de diez a doce en 1853), los hermanos Juan José e Ignacio Latorre, los dos Condell (Carlos i Ernesto) i los dos Castillos (Luis i Alamiro).

Baldomero Dublé era menor en edad que su pareja, porque había nacido en 1844. Por consiguiente, desapareció del servicio de las armas en la flor de los años, cuando aun faltábale buen camino de ellos para llegar a la mitad de la carrera activa del soldado.

VI.

Incorporado a la Academia Militar cuando tenía apenas 14 años (25 de abril de 1857), era nombrado alférez de artillería el 13 de enero de 1862, después de haberse señalado sobremedera en los estudios matemáticos i especialmente en el álgebra, la topografía i la fortificación, en cuyos exámenes obtuvo votos unánimes de distinción.

A la edad de 21 años el comandante Dublé Almeida era teniente de su arma (octubre de 1865); i capitán de ingenieros, con residencia en Chiloé, en 1865.

I fué en esa época cuando, hallándose bajo las inmediatas órdenes del coronel Sotomayor, intendente de esa provincia amagada por los españoles, fortificóla en sus principales puntos vulnerables.

VII.

Baldomero Dublé fué durante la primera época de su existencia, un niño frágil i enfermizo, i así creció en la doble lucha del alma i la fatiga física que de ordinario domina a aquella en la precaria infancia de los seres. Era, no obstante, un espíritu resuelto, una intelijencia despierta, un corazón de fuego disimulado por un rostro apacible, indiferente i a las veces glacial.

Sin embargo de estas apariencias, la pasión fogosa i altiva vivía en el pecho del comandante Dublé Almeida, subordinada en lo absoluto a las condiciones del deber i a la dura disciplina de la vida, en el desvalimiento i la enseñanza.

Por esto hemos dicho antes que fué un hombre hecho hombre por sí mismo.

VIII.

Desde que, según dijimos, entró, en efecto, de muy corta edad, a la Academia Militar, fué nombrado «brigadier», es decir, superior de sus discípulos en cuanto al réjimen interno del establecimiento. I por la misma causa, siendo todavía alumno, fué elegido profesor i ayudante militar de la Academia.

Obtuvo en esta la mayor parte de los premios, sobresaliendo siempre en los ramos de matemáticas i de dibujo. El comandante Dublé era uno de nuestros más elegantes paisajistas i el mejor delineador de fortalezas que existía talvez en el ejército.

Era un ingeniero militar de primera nota.

Él trazó las fortificaciones de Chiloé, durante la guerra marítima con España, i a su lápiz i a su ingenio débense no pocos de los trazados que hoy son la puerta i la barrera de la Araucanía, el Traiguén, Adencul, Lumaco, Purén, etc. Tanto le distinguía por sus servicios el jeneral don Basilio Urrutia, jefe de las fronteras, que le

hizo su hijo en 1875, desposándose en ese año el mayor Dublé con una de sus intelijentes i apreciables hijas.

IX.

Tenía el comandante Dublé el arte de hacerse comprender i estimar de sus jefes, i debió a estas circunstancias la de que su antiguo director en la Academia Militar, el hoy jeneral de división don Emilio Sotomayor, le pidiera para llevárselo consigo a Europa, en calidad más de consultor que de ayudante, en el desempeño de la importante comisión que en 1872 le confiara la administración Errázuriz, para armar el país conforme a los sistemas modernos. El jeneral Sotomayor guardó i conserva todavía el más vivo i profundo aprecio por su brillante subalterno.

El comandante Dublé Almeida era un trabajador infatigable i un organizador de mérito conocido. Por esto, cuando se organizó la Intendencia Jeneral del Ejército, le llamaron para que desempeñara un puesto de confianza en esa oficina, i después pasó en el mismo carácter al ejército del norte.

Nombrado jefe de Estado Mayor de la cuarta división, que mandó en Tacna con facultades discrecionales el intrépido coronel Barbosa, el comandante Dublé Almeida selló la victoria en la extrema derecha de la línea enemiga, cañoneando sus fuertes en esa división con la batería Fontecilla, i marchando en seguida al asalto con los Zapadores, el Lautaro i los Cazadores del Desierto, que mandaban respectivamente Santa Cruz, Robles i Jorje Wood.

X.

En la nueva planta del ejército, el jeneral Sotomayor volvió a reclamarle, como su más

poderoso auxiliar, i en la batalla de Chorrillos el teniente coronel Dublé Almeida se batió en el alto puesto de jefe de Estado Mayor de una división que era mayor por sí sola que el ejército con que habíamos arrebatado a la Alianza sus posiciones de Tacna.

XI.

Condújose en el combate el comandante Dublé Almeida con su bizarría acostumbrada, i hé aquí cómo su propio hermano contó al autor de estos recuerdos, en carta sincera i dolorida, las peripecias de su valiente participación en el final de la gran batalla, que a él en la hora postrera de la última costóle la vida en jeneroso empeño.

XII.

«Me tocó,—decía el coronel del Atacama en su relación de aquel doloroso trance,—me tocó subir al morro Solar por su extremidad sur. Recorrida su extensa ceja hasta llegar al Salto del Fraile, encontré allí como doscientos jefes, oficiales e individuos de tropa peruanos, ya prisioneros de nuestros soldados. Aquellos me rodearon, i el teniente coronel don Juan Fajardo me pidió, a nombre de sus compañeros, ser trasladado a bordo de nuestros buques. El número de soldados chilenos en aquel lugar aumentaba a cada instante con los que subían por la falda oriental de ese inmenso cerro. Entre estos llegó mi hermano acompañado de su ayudante i deudo don Ramón Rojas Almeida. Con ellos me dirijí hasta el fuerte que domina el mar. Al llegar allí vimos con horror que ardían las plataformas i entre el fuego se retorcían con las convulsiones de la muerte varios soldados enemigos. Mi hermano ordenó entonces apagar el fuego a nuestros soldados, que miraban indiferentes esa escena. Los que de mala gana se movieron ob-

servaron que no había agua en esa altura. Comprendiendo mi hermano que no ejecutarían de buena voluntad la orden, les dijo que era necesario evitar que el fuego se apoderase de las cureñas de los cañones, i que estos los necesitábamos para bombardear a Chorrillos que aún no se rendía. El deseo de los soldados de hacer fuego a la población con los propios cañones del enemigo i la circunstancia de que en ese momento desde Chorrillos—que está sólo a 300 metros de distancia del Salto del Fraile—nos hacían un fuego más sostenido de fusil, hizo que los soldados se apresurasen a apagar el incendio desparando la arena de los sacos que formaban la barbata del fuerte.

«Dejados los prisioneros con las custodias correspondientes, bajamos a la población con el fin de hacer salir de ella a nuestros soldados.

«Mi hermano entró por la calle que está frente al cementerio. A poco andar, encontró al jeneral don Emilio Sotomayor, comandante de la división de la cual aquel era jefe de Estado Mayor, que se hallaba allí a caballo acompañado de varios jefes i oficiales.

«Luego se presentaron a este grupo varios soldados trayendo prisionero del interior de la población a un oficial peruano. Uno de ellos dijo que ese oficial pertenecía a una fuerza enemiga que se resistía en una casa de altos. El oficial se apresuró a observar que esa fuerza se rendiría si alguien iba a intimarles la rendición.

«Mi hermano se ofreció para el caso, i tomando la venia del jeneral Sotomayor se dirijó al interior de la población acompañado del ayudante Rojas i su asistente, los tres a caballo, i el oficial peruano a pie.

«El fuego dentro de la ciudad era mui sostenido, tanto de parte de los defensores que estaban en el interior de las casas como de nuestros soldados.

«Al llegar a una esquina junto a la cual había

un numeroso grupo de los nuestros, estos previnieron a mi hermano que no continuase porque desde una casa de altos que le mostraron mataban a todo el que pasaba. Siguió su marcha, i al llegar a inmediaciones del lugar que le habían indicado como peligroso, el enemigo desde el interior de los altos hizo una descarga, cayendo muerto el oficial peruano que los guiaba, i mi hermano herido, atravesada por una bala la pierna derecha en su nacimiento.

«Nuestros soldados que estaban próximos al sitio, al ver esto se avalanzaron a la casa, incendiándola después de haber dado muerte a todos los que la ocupaban.

«Mi hermano fué conducido por el ayudante Rojas i su asistente a una pieza de la estación del ferrocarril. Pocos minutos hacía que se encontraban allí cuando sintieron que hacían fuego sobre la estación. El ayudante Rojas sale a la puerta i ve que son nuestros soldados que disparan sus armas sobre el edificio. Estos, guiados por la cantinera Irene Morales, que completamente ebria de coraje i de licor les había asegurado que allí se habían asilado oficiales peruanos, hacían un nutrido fuego.

«El ayudante Rojas, corriendo a cada instante el peligro de ser muerto, pudo con gran dificultad convencer a los soldados que allí sólo estaba el comandante Dublé, herido» (1).

(1) Carta al autor, Santiago, junio 7 de 1882. Esta carta iba dirigida al propósito de demostrar que el comandante Dublé Almeida no había sido herido por nuestros propios soldados en el desorden que siguió en Chorrillos a la victoria, según muchos lo creían, sino por un grupo de peruanos que no quería rendirse, i que él fué en persona a someter, con mucho mayor arrojo que prudencia. A esa carta el autor del presente libro i de la *Historia de la Guerra* contestó en los términos siguientes:

Señor coronel don Diego Dublé Almeida.

Santiago, junio 7 de 1882.

Querido coronel i amigo:

He leído con el mayor interés la carta que usted tuvo la

XIII.

Embarcado el comandante Dublé al día siguiente en el vapor *Itata*, que por el número de

bondad de traerme ayer en persona.

La acepto con mucho gusto i la envío inmediatamente a la prensa, pero no a título de *rectificación* sino de *exclarecimiento*.

Yo de ningún modo digo que su lamentado i digno hermano el comandante Dublé fuera muerto por nuestros propios soldados en Chorrillos.

El pasaje a que usted alude (vol. IV, páj. 1,020) dice textualmente así:

«Pereció en aquel *vértigo fatal de la victoria* i del valor, el intelijente i pundonoroso comandante Baldomero Dublé Almeida, hermano del del Atacama, i el teniente de Zapadores don Federico Weber, hijo de alemán i vecino de Constitución, soldado-diarista sacrificado en el albor de la vida por *cumplir un deber de humanidad después del deber del patriotismo*».

En ese párrafo no aparece, bajo concepto alguno, que Baldomero Dublé Almeida ni Federico Weber murieran por las balas de los nuestros, sino en la horrible batahola, combate, carnicería e incendio que tuvo lugar en Chorrillos al penetrar en ese pueblo nuestras tropas victoriosas.

Al contrario, me parece decir que murieron en medio de la victoria, cumpliendo deberes de humanidad con los vencidos; i esto mismo es lo que usted cuenta con los interesantes detalles que ya me había referido i que constan además de su diario de campaña que tuvo usted la bondad de obsequiarme.

Si no dí cabida al incidente, con todos sus pormenores, fué únicamente porque en una obra compendiosa como la *Historia de la Guerra* no era posible entrar en individualidades, mucho más cuando el volumen destinado a narrarlas contaba ya más de mil doscientas páginas.

En otro sentido yo he pedido a usted en varias ocasiones, que recurriendo a la fibra natural de su espíritu, rompa el sello a los papeles de su amado hermano, i me comunique lo que a su memoria i a su fama pueda convenir. I esto mismo se lo reitero hoy, porque usted sabe que yo no sé olvidar la amistad i menos sé olvidar la gratitud. Baldomero, como usted sabe, me dió en Angol prueba de tener alma más levantada que los sicarios que me causaron la herida que él mismo durante una noche de vela curó por sus manos.

La vida de Baldomero Dublé no es pues para mí sólo un recuerdo, es una deuda.

I siempre estaría dispuesto a pagarla a usted, a su viuda i a sus hijos su afectísimo amigo

B. VICUÑA MACKENNA.

las víctimas que a su bordo trajo o hizo, fué denominado en aquellos días de constante acarreo de la muerte «un sepulcro flotante», agravóse considerablemente su herida, i al fin, postrado por incurable anemia, falleció en Santiago a mediados de febrero de 1881.

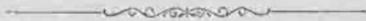
Su daño pareció al principio leve. Pero él, por algún motivo, no parecía entenderlo de esa manera, porque cuando fué trasportado a Santiago i la muchedumbre lo aclamaba en la estación, dando entusiastas voces de *¡Viva Dublé Almeida!*, él sacudió tristemente la cabeza en su camilla i exclamó con melancólica sonrisa al oído de los que con afectuoso cuidado le escoltaban:—*¡Dublé Almeida no vivirá!...*

Su triste vaticinio cumplióse cual él lo pensa-

ba, rompiéndose así en el primer tercio de su carrera una vida preciosa para la República.

Hubiéramos querido nosotros ofrecer a sus manes el justo homenaje debido a su señalado mérito, i esto con tanta mayor eficacia cuando todo tributo de nuestra parte habría sido sólo pago de deuda al jeneroso cuidado que en un día de asalto i cobardía contrajimos para con él en un pueblo de las fronteras.

Pero si no nos ha sido posible bosquejar aquí tan noble carrera, el libro de la historia queda abierto i sus pájinas recojerán las manifestaciones que la justicia póstuma debe a los que han servido i se han sacrificado por su patria, como él supo servirla i sacrificarse.



DON DIEGO AURELIO ARGOMEDO

AYUDANTE DE ARTILLERÍA



I.

ENTRE la sangre jenerosa vertida por balas peruanas en la empinada colina de Dolores, no fué ciertamente la menos noble la del valiente i pundonoroso oficial, cuyo nombre léese al frente de esta página.

Por lo mismo, deber es del patriotismo, consagrar unas pocas palabras a su digna memoria.

II.

Diego Aurelio Argomedo nació en San Fernando en diciembre de 1842. Ha muerto por consiguiente, a la temprana edad de 37 años, en el primor de la vida i con la misma cuenta exacta de años que su valiente jefe en aquel día, el mayor Salvo.

Argomedo llevaba el nombre de su abuelo, el doctor don Diego Argomedo, hermano del ilustre prócer i tribuno de la independencía, don José Gregorio Argomedo, procurador de ciudad de Santiago en 1810. Fué su madre la señora Isidora Mardones, que falleció dejando tres tiernos hijos en la cuna.

Uno de esos huérfanos era Diego Aurelio Argomedo.

III.

El niño Argomedo Mardones hizo sus primeros estudios durante cinco años en el liceo de San Fernando, i en 1861 vino a cursar el remate de sus humanidades en el Instituto Nacional.

Terminado su bachillerato, su tío el señor don José Tomás Argomedo, que por el temprano fallecimiento de sus padres se había hecho cargo de su educación, inclinó su ánimo al estudio de la medicina, i desde entonces siguió el alumno esta carrera, que cuadraba a sus gustos, con perseverante entusiasmo durante tres o cuatro años.

IV.

Mas en el corazón de Argomedo era tan poderoso el amor a la patria como el que profesaba a la ciencia, i cuando sobrevino la guerra con España en 1865, alistóse, cual muchos otros estudiantes, en el ejército de línea.

En calidad de alférez del 10.º de línea, Argomedo asistió al bombardeo de Valparaíso en 1866, i en seguida pasó de ayudante a la Comandancia Jeneral de Armas de Santiago, empleo que le permitía consagrarse a sus estudios favoritos i terminar su carrera profesional. Lo

que él ambicionaba era ser soldado i a la vez cirujano de ejército, esto es, dos veces soldado.

V.

Durante trece años desempeñó el inteligente ayudante sus deberes en ese destino con religiosa exactitud i pudo dar cima a su profesión, recibíendose de licenciado en medicina en 1874. Es digno de notarse, hoy que este buen servidor de la República ha perecido bajo el plomo, que su memoria universitaria para obtener su grado versó sobre — «La dirección de las balas en el cuerpo humano i la naturaleza de sus heridas.»

VI.

Hallábase el teniente Argomedo en su doble puesto de estudiante i de militar en servicio, cuando estalló la guerra con Bolivia, i en el acto, como en 1865, pidió a sus jefes su inmediata traslación al teatro de la guerra, fuera como cirujano, fuera como simple soldado.

En consecuencia, Argomedo hallábase ya en Caracoles cuando ocurrió el combate de Calama, i fué él quien curó en el hospital de aquella ciudad a los heridos de esa primera jornada de nuestras armas.

Con fecha 8 de julio anunciábanos todavía su presencia en Caracoles en carta que tenemos a la vista, dirigida a rectificar un error jeográfico que habíamos padecido en el estudio del desierto de Atacama. Asimismo, el teniente Argomedo, ferviente adepto de la literatura i de la historia nacional, ocupando sus ocios en rebusque de papeles, había encontrado en el archivo de la Comandancia de Armas de Santiago un documento precioso sobre los honores públicos tributados al ilustre Camilo Henríquez en su tumba, rectificando de esa manera un concepto de M. L. Amunátegui, según el cual aquel

grande hombre había desaparecido en completo i lastimoso olvido. «Nó —exclamaba Argomedo, —el pobre fraile de la Buena Muerte tuvo un poco de pólvora i de humo al pasar glorioso a la posteridad.»

VII.

Mantúvose Argomedo durante cinco meses en Caracoles ejercitando más el bisturí que la ociosa espada. Mas, organizado definitivamente el ejército de campaña en Antofagasta en agosto de 1879, trasladóse con alegría a esa ciudad de salitre, i hallábase allí como oficial de artillería cuando tuvo lugar el combate del *Huáscar* con el *Ablao* i los fuertes improvisados de aquel puerto. «Me encontraba en los trabajos de la maestranza de la artillería, —escribía a un amigo desde Antofagasta, el 15 de setiembre, —cuando a las once i media oígo decir a los obreros que iba entrando el *Huáscar* a la bahía, i media hora después, encontrándome en el corredor del cuartel, oí un cañoneo... Al momento dije al teniente Wood:—«Me voi al fuerte del capitán Carvallo por si me necesitan», i apresuré el paso para llegar a este puesto del honor i del peligro, con la satisfacción que se experimenta al exponerse por la patria.»

El ayudante Argomedo hacíase un voluntario del honor, como pondríalo otra vez en ejercicio en el cerro de San Francisco, porque su puesto era puramente pasivo i de retaguardia, como oficial agregado al parque. ¡Noble ejemplo de amor al sacrificio, que revela una alma levantada i la virtud heredada de acendrado patriotismo!

VIII.

Es digna también de conservarse, como característica de aquel corazón estoico, la carta peculiar que para solicitar su incorporación al servicio activo escribió Argomedo al jeneral Es-

cala desde Caracoles. «Mi jeneral,—le decía,— sólo antes de ayer, a las 4 P. M., he tenido el gusto de leer su apreciable del 7, i al momento redacté mi solicitud, no con palabras bombásticas, sinó en términos enérgicos i decisivos, como debe hablar un chileno.

«No pretendo ascensos ni honores, porque mi corazón de *huaso colchaguino* sirve a mi patria con mi sangre, mi vida i hasta mi porvenir. Nada soi yo ante Chile, pero por mis venas circula sangre araucana, i los libros me han enseñado que no debo escatimarla *cuando se trata de seguir el ejemplo de O'Higgins i Freire*.

«Tampoco soi valiente; pero si Aquél que dirige los destinos del universo quiere en esta campaña llamarme a su lado, *me presentaré ante Él con la satisfacción del deber cumplido*.

«Mil gracias, mi jeneral, por las molestias que V. S. se ha tomado por mi carta anterior, i aunque yo no valgo nada, cuente V. S. siempre con el aprecio i cariño de su afectísimó i seguro servidor

DIEGO AURELIO ARGOMEDO» (1).

IX.

Después del último combate de Antofagasta, que el entusiasta ayudante de artillería refiere minuciosamente en la carta de que copiamos el párrafo que precede al anterior, continuó sus laboriosas tareas en el parque de artillería, depositado en aquella ciudad bajo la guarda del mayor Salvo. «Hoi he recibido,—escribía en el día ya citado,—299 cajones con 149,500 tiros Comblain que, agregados a los 3.648,948 de existencia en el parque, son bastantes para concluir con los ejércitos de la América del Sur»...

(1) Carta fechada en Caracoles el 13 de junio de 1879 i que orijinal conservamos en nuestro poder, remitida a Santiago por el comandante Santa Cruz, deudo inmediato de Argomedo.

X.

El ardor patriótico del bizarro artillero no tardaría en ejercitarse en campo de mayor aliento, i en la jornada de San Francisco cúpole el honor de servir de ayudante de campo al bravo i distinguido jefe que acabamos de nombrar, comandante de nuestro centro, tres veces asaltado por el enemigo i tres veces rechazado con increíble denuedo por un puñado de artilleros.

En el postrer ataque i agotadas las municiones, corrió el ayudante del mayor Salvo a pedir socorro, i cuando regresaba a caballo, alentando a las compañías del valeroso Atacama que llegaban como último i decisivo refuerzo, dos balas le hirieron a un mismo tiempo en el corazón i en la cabeza.

XI.

El ayudante Argomedo cayó, pues, con la muerte de los bravos i expiró instantáneamente.

Sus nobles compañeros velaron aquella noche su cadáver i diéronle al día siguiente piadosa sepultura en la fosa común i sin lápida de los héroes sin deudos.

Allí, al pie de la loma de Dolores, fué sepultado el patriota en medio de patriotas, al lado de Vallejos, de Wilson, de Blanco, de Cerey i de tantos otros que no llevan en la historia otro nombre que el de su bandera: «los invencibles del Atacama i del Coquimbo».

XII.

El ayudante Argomedo era de un temple especial, sufrido, cumplidor, un tanto misántropo, apasionado por los libros, sumamente estudioso i de hábitos tan retirados que algunos le tenían por excéntrico, siendo que era simplemente un carácter definido e independiente.

En las últimas elecciones, votó en Santiago, a

dos pasos de la Moneda, con sufragio abierto contra las candidaturas oficiales, porque en ello obedecía a enteras condiciones de carácter i de alma. I a la verdad, ¿no era esto en aquel tiempo una verdadera excentricidad, o, más propiamente, incomparable heroísmo en quien vivía de una migaja del festín del Estado?

XIII.

Hombres de corazón como el humilde ayudante de artillería Argomedo, de ese temple i de

esa altura, son los que con su valor i con su sangre han defendido la honra de Chile, glorificando a su patria i haciéndola grande i respetada a los ojos de la América.

¡Honor a ellos al pié de la bandera, sacudida por el viento!

¡Honor a ellos en la urna del sufragio libre que desafía el castigo i el hambre!

¡Honor a ellos a la orilla de la fosa, que el resplandor de esa doble gloria, la gloria cívica i la gloria de las armas, ilumina con sus inmortales lampos!



DON JOSÉ IGNACIO SILVA

CAPITÁN DEL 2.º DE LÍNEA

I.



O acaba, ciertamente, la vida del bravo que sucumbe en el campo de batalla ni en el sitio en que ha caído.

Por una especie de cariñosa prorogación de la vida, ficción moral de la gratitud, rayo póstumo de la inmortalidad que nunca se extingue, la existencia del guerrero que ha muerto por la patria, se alarga hasta que la última le recibe en su propio seno i con su último ósculo lo guarda, lo sepulta i lo bendice.

Por esto a los que hemos seguido con el corazón enlutado la cuenta de esta guerra inacabable i llena de tantos nobles martirios, no nos ha parecido que ni Ramírez, ni Thomson, ni Garretón, ni Cuevas, ni Urriola, ni tantos otros habían muerto definitivamente, sinó cuando les cargábamos en nuestros propios brazos hasta depositarlos en la fosa del postrimer descanso.

Por esto nos imaginamos todavía que los que allá yacen, a medio sepultar, en el ingrato páramo, los bravos olvidados, las víctimas sin dolientes, como los San Martín de Chillán, los Zorraíndo de Concepción i los Salinas de Combarbalá no han acabado de morir, porque espe-

ran la oblación postrera del agradecimiento i del respeto entre los suyos.

I por esto también el país, atormentado como por un remordimiento, que fué falta de egoísmo i de poltronería ajenos, ha visto pasar los años (años de profunda quietud i somnolencia) i aún comienza a contar pesados días, sin que hayan sido traídas a descansar sus nobles sienes, rotas por el plomo del enemigo en el primer abordaje, que fué la primera enseñanza del heroísmo en el deber, aquellos expatriados sublimes que descansan victoriosamente no lejos de su nave en el suelo que nos dieron i que al fin ha sido declarado chileno en nombre de la lei común.

II.

Sentimientos vivos i análogos a los que aquí bosquejamos, arrancábanos hace poco la vista del último féretro traído de los campos que devasta la guerra, i del carro mortuorio que en su vijésimo viaje regresba al cementerio trayendo, como la urna de los romanos, sólo un puñado de cenizas.

Pero esas cenizas eran las de un bravo i a su presencia nos hemos descubierto con respeto, recojiendo en esta apresurada pájina las francas confidencias de su vida, los leves rasgos de temprana i valerosa juventud, sacrificada a la relijión de los fuertes, es decir, al deber.

III.

El capitán del rejimiento que ha merecido justamente entre nosotros desde el primer año de la guerra el título de *inmortal*, don José Ignacio Silva, era natural de Santiago, i al ser entregado (hace ya de esto tres años) por el anheloso amor de sus deudos al marmóreo claustro que sirve de punto de cita a todos los dolores inmortales, se ha ejecutado sólo una tierna devolucion del préstamo de la vida:—el guerrero muerto ha regresado a su hogar encima del broquel.

Sigámosle un instante en su rápida carrera.

IV.

Había nacido este valiente mozo después de Loncomilla, i al sucumbir en Tarapacá al frente de su compañía, con un rifle en la mano, no había cumplido todavía veintiocho años. Su padre era el apreciable comerciante don Bernardino Silva. Era su tío el respetable miembro de la Corte de Apelaciones de Santiago don Raimundo Silva, que en su carrera de soldado le sirviera, por su mayor valimiento, de verdadero padre.

A virtud de las relaciones que ligaban al digno juez con uno de los hombres públicos que ha disfrutado de mayor influencia en los últimos años, obtuvo en efecto, para su sobrino, del Ministro de la Guerra, don Francisco Echáurren, un puesto efectivo en la Academia Militar, en agosto de 1869.

Pero a los pocos meses, esa misma influencia llevó al animoso mancebo al ejército activo (enero de 1870), donde una acción brillante de guerra, ejecutada en las fronteras el 11 de abril de 1874, atrajo con justicia la atención de sus jefes i las recompensas de la nación sobre aquella carrera que comenzaba con un heroísmo pa-

ra encontrar temprano fin en otro heroísmo más levantado todavía.

V.

El cadete Silva había sido nombrado alférez de Cazadores a caballo, i se encontraba, por abril de 1874, de guarnición con su compañía en el fuerte de Chiguaihue, custodiando contra los indios alzados la línea del Malleco, cuando ejecutó la acción distinguida que consta del parte de su inmediato jefe, que copiamos a continuación, proeza calificada expresamente por la ordenanza militar como sobresaliente, i que le hizo acreedor al premio señalado, en el mismo campo de batalla.

La relación circunstanciada e interesante de ese bautizo del honor, recaído en un mancebo de veintidos años, dice textualmente como sigue:

“TERCER ESCUADRÓN DEL REJIMIENTO
DE CAZADORES A CABALLO.

Collipulli, abril 12 de 1874.

“El capitán de la 1.ª compañía de este escuadrón, destacada en Chiguaihue a las 8 P. M. del día de ayer, me pasa el parte que copio:

“A las 2 i media A. M. del día de hoi, encontrándome a cargo de esta plaza, recibí orden del cuartel jeneral para hacer salir un piquete de veinticinco hombres de mi compañía al mando de un oficial para que persiguiera una partida de indios que habían asaltado una posesión a orillas del Malleco, entre los fuertes de Cancura i Huequen, quienes habían robado una partida de animales. Inmediatamente nombré para esta comisión al teniente don Manuel Ramón Barahona i al alférez don José Ignacio Silva: a las 2.15 emprendió su marcha la tropa, tomando el camino que se dirige a Quechereguas de Huequen, i a las 4 de esta tarde ha vuelto a esta plaza, dando la excursión el resultado que, se-

gún el parte del teniente que mandaba la fuerza, voi a referir.

«Tomada la dirección que dejo dicha, dió el piquete alcance a los indios en el lugar llamado Reibu, distante como a ocho leguas de esta plaza; en este punto fué atacada la pequeña descubierta que había dispuesto el teniente i en el acto mandó cargar con el resto de su fuerza, lo que dió lugar a un combate a fuego i sable; puesto en derrota el enemigo, continuó la persecución hasta donde le fué posible alcanzar por la fragosidad del terreno, pero en la fuga tomó una parte de los indios una dirección distinta que los demás, los que fueron perseguidos por una fracción de tropa, compuesta del sarjento 1.º don José Tomás Urzúa, los de 2.ª clase don José Miguel 2.º Rios i don Juan Felipe Ramirez, soldado Roberto Castro, Bartolo Arellano, José del C. Rojas i Jacinto Fuentes, hasta el estero llamado Meco, distante más de tres leguas, de donde principió el ataque, logrando matar dos indios.

«Concluida la persecución, se vió que habían quedado nueve bandidos en el campo. Se les quitaron siete caballos i una yegua, sin contar con las lanzas que era consiguiente debían dejar. La tropa, en jeneral, ha demostrado un valor i decisión que merece una particular recomendación; pues, según refiere el teniente, cada uno se empeñaba en batirse individualmente con cada uno de los enemigos; pero mui principalmente los siete individuos que cargaron a los indios hasta el estero Meco, por su conocido arrojo.

«El comandante de la fuerza, en el parte pasado a la Gobernación Militar, hace una merecida recomendación del alférez don José Ignacio Silva, que textualmente es como sigue:

«No cumpliría mi deber, si no hiciera a usted presente que el alférez don José Ignacio Silva ha manifestado en el tiempo del ataque un coraje

que me enorgullece al expresarlo; porque en el acto de mandar la carga, la emprendió él a vanguardia de una fracción de tropa que, por la fragosidad del terreno, le fué preciso dividirse, envolviéndose este oficial de tal manera con el enemigo, que no le era posible manejar su espada, ni a los indios sus lanzas, lo que dió lugar a que, poniéndose en guardia, le hicieran pedazos la guarnición de su espada a garrotazos, pero que una vez medianamente desprendido, pudo bajar a hachazos a uno de sus enemigos. Este oficial ha salvado la vida por un evento casual, porque le fué dirigida una lanzada por la retaguardia, que felizmente la recibió el bordo trasero de su silla.

«Los caballos que montaba el piquete han quedado bien maltratados, i dos de ellos inútiles: uno por haberse despechado en una vuelta que tuvo en la primera carga, i el otro a consecuencia de la larga jornada que tuvo que hacer con la rapidez que el caso lo requería; pues que en la ida i vuelta se ha andado una distancia de 24 leguas más o menos.

«En la tropa no ha ocurrido novedad, i solo se lamenta la desgracia de haber muerto un niño, de dos que se llevaban cautivos los indios.

«Me felicito en manifestar a usted que, según la relación anterior, los oficiales i tropa han probado una vez más la decisión que tienen porque el buen nombre que desde su formación ha tenido nuestro rejimiento quieren siempre que permanezca sin que en nada se haga desmerecer».

«Todo lo que me cabe el honor de trascribir a US. para su conocimiento, permitiéndome hacerle presente la brillante conducta con que vuelve a justificar su abnegación por el buen servicio i exacto cumplimiento con que el teniente Barahona se empeña para desempeñar las comisiones que se le confían; sin dejar de reconocer la digna conducta del alférez Silva, que en la primera

ocasión que toma parte en excursiones como la presente ha sabido comportarse. Con relación a la tropa, nada tengo a que referirme desde que en el parte transcrito se dan a conocer sus bizarros manejos.

«Hoi estuve en Chiguaihue, con el objeto de felicitar a los dos oficiales i hacer conocer a la tropa lo mui complacido que estaba por tan digno comportamiento.»

«Lo transcribo a U.S., etc.—BASILIO URRUTIA.»

VI.

Apresuróse el jefe del Estado a consagrar el mérito contraído por el alférez de Cazadores a caballo, i a petición expresa del jeneral en jefe de las fronteras, don Basilio Urrutia, el presidente Errázuriz firmó los despachos de teniente del joven Silva, once días después del encuentro del estero de Meco, «en atención (así dice el despacho) a su distinguido comportamiento en el encuentro tenido con los indios araucanos en el lugar denominado Reibu.»

Hemos hallado ocasión de leer algunos millares de despachos anteriores a la presente guerra, i mui rara vez encontramos estampadas en ellos frases de honor semejante. El capitán Silva había nacido sin duda destinado para nobles ascensos, pero traidor destinó atájole el paso en la fatal quebrada. «Le prometo,—decía el denodado joven, escribiendo en la intimidad a su padre desde el puerto de Coquimbo cuando marchaba a la campaña, i aludiendo a su tío i protector,—le prometo que, así como él ha dado nombre a nuestra familia en la magistratura, trataré yo de imitarlo en las armas. Tengo fe en que no titubearé en el momento del peligro.» I en otra carta en que contestaba una alusión de su deudo a Prat i a Serrano, decíale en respuesta: —«Con el favor de Dios i el amparo de nuestra patrona jurada, ya que no puedo ser un Prat o

un Serrano, seré entre los cholos algo más que el alférez Silva entre los araucanos.»

El capitán de Tarapacá no olvidó nunca su hermoso estreno del Malleco.

VII.

Tenía el joven Silva pasión decidida por el arma de caballería, i en una carta de familia escrita al comenzar la presente guerra, decía estas palabras, que eran en él no solo un paisaje de guerra, sinó un recuerdo de lejítimo orgullo:— «Si la suerte me acompaña, creo se cumplirán mis deseos, que se limitarán a encontrarme en una batalla, sable en mano, al frente de tropa de caballería.»

Sin embargo, por alguna de las emergencias del servicio que antes de la guerra tenían constituidos a nuestros escasos oficiales en verdaderos «judíos errantes» de la milicia, pues los hai que sin ser capitanes han servido en seis u ocho cuerpos diferentes, el teniente de Cazadores a caballo pasó en 1876 de capitán al Buín, i en seguida, en su mismo grado, al 2.º de línea, cuando este hallábase ya acampado en las alturas de Calama.

VIII.

El capitán Silva se embarcó en el *Huanay* el 23 de abril, i desde el puerto de Coquimbo escribía a su amante padre con fecha 25 de ese mes, estas palabras íntimas que traicionaban su fogoso entusiasmo de soldado:—«En medio de inmensos vivas a Chile, lanzados por dos mil pechos que marchan al combate, nos hacen oír el himno de la patria. Nadie creería que todos marchamos expuestos a la muerte. Nadie se acuerda de ella, pues todos creen segura la victoria.»

El capitán Silva era un mozo alegre como su

edad i su carrera; pero escondía en su alma un vivo sentimiento relijioso. Cuentan en su familia que en su niñez tuvo el culto pavoroso de las ánimas, ¿i quién no lo ha tenido, junto con el asustado despertar de la media noche? Pero bajo las armas creía en la plegaria i en la Virgen. Saludando afectuosamente a unas primas suyas que le ofrecían una novena, decíales él desde el campamento de Antofagasta: «Espero que los rezos de ustedes, llegado el peligro, me darán la suerte de salir salvo o de sucumbir con honor.»

La disposición festiva de su espíritu se traduce sin embozo con frecuencia en la efusión injenua de sus cartas. Cuando era simple alférez de Cazadores enviaba a su familia su retrato hecho en las selvas araucanas.—«He salido algo ladeado, les decía, pero no importa.»

«Aunque se vista de seda
La mona, mona se queda.»

El capitán Silva tenía sin embargo, una bizarra figura de soldado, i tanto que llegó a interesar a una nieta del ilustre almirante Blanco Encalada, con la cuál murió desposado.

IX.

Desempeñó el capitán Silva, durante la primera campaña, todos los servicios i fatigas que cupieron al andariego 2.º de línea entre Calama i Tarapacá. I en aquella desamparada aldea estuvo a punto de morir a causa de una fiebre enjendrada por el cansancio, las penurias i el clima. «Felizmente,—escribía a fines de marzo desde aquella posición avanzada,—las muchas pellejerías que he tenido que soportar en mi vida de soldado i el ningún caso que me he acostumbrado a hacer de ellas, ha robustecido mi constitución de tal modo que pude librarme de esa enfermedad a que otros ya habían sucumbido, sobre todo a consecuencia del abandono

absoluto en que se nos mantenía *por lo que hace a medicinas.*»

X.

Durante los largos aprestos de la campaña el capitán Silva se había hecho un eximio tirador. Enseñando a sus soldados el manejo del rifle en el tiro al blanco, logró sobrepasar en este ejercicio a todos sus compañeros de armas, i de esta suerte tenía invariablemente costeadada su cerveza i su champaña (cuando lo había) en las apuestas del campamento. Por eso el intrépido mozo debía morir con un rifle en la mano.

Refería uno de sus camaradas de tienda i de desierto (el valiente capitán Reyes Campos muerto a su vez i como él) que contra su pasar ordinario, el capitán Silva mostróse taciturno en la noche que precedió a la batalla de Tarapacá, i que echado a media noche (la hora de las ánimas) sobre la arena humedecida por la camanchaca, decíale, moviendo tristemente la cabeza: —«No sé por qué se me ha puesto que me van a matar en este encuentro... pero en fin, añadía, *moriré matando.*»

I esto fué lo que cumplió el bravo hijo de Chile en la honda quebrada enemiga.

XI.

Consta, por el testimonio de todos los que le vieron, que destrozada su compañía en el fondo de la garganta peruana, el capitán Silva cojió del suelo un rifle, último préstamo de sus soldados, i que peleando hombro con hombro con estos, cayó en campo abierto, protejiendo la retirada del sacrificado rejimiento i la vida de su amado comandante.

El bravo soldado había cumplido su palabra tantas veces empeñada al padre i al deudo, a la mujer i a la patria. Había muerto como mueren los héroes, como habría muerto, salvo un hecho

providencial, entre las lanzas araucanas del Malleco. Pero el capitán Silva había cumplido también su terrible palabra empeñada al enemigo —*¡Había muerto matando!*

XII.

Sus intrépidos compañeros de armas, mártires como él, le precedieron, casi por un año, en el itinerario del regreso a la patria en demanda del altar que purifica i de la tumba que consagra en sencillo epitafio los nobles hechos de la vida.

Pero arrancado a la doble inclemencia del desierto i del olvido, por el afán de cariñoso,

inconsolable padre, honrado por una delegación del Gobierno que fué a recibir sus restos a la playa amiga; conducidos estos a su postrer mansión en brazos de los que le amaron, la peregrinación juvenil quedó así cumplida. I por ese breve camino el joven adalid renació a la inmortalidad en la puerta del santuario que en una inscripción de fe i de esperanza dice a los que por ella entran, no como el implacable poeta florentino, sinó como el apóstol i el evangelista cristiano autor de todos los consuelos:

«¡Aquí renace el alma a mejor vida!»





In F. Godat y Cia

DON FEDERICO STUVEN

(Comandante de Ingenieros mecánicos)



DON FEDERICO STUVEN

MECÁNICO I TENIENTE CORONEL

I.



ACE no menos de medio siglo vino de Hamburgo, su patria, a Valparaíso, su escuela, un joven de buen ánimo i mejor talante, en calidad de humilde dependiente de comercio, como los que todavía llegan a las «casas fuertes» de esa plaza mercantil; i en corto tiempo alcanzó por su honradez i por su industria, alto puesto de riqueza i de respeto. Cuando el benemérito don Juan Stuvén, que es la persona a que hacemos referencia, tuvo en el vecino puerto la posición de gran capitalista, fué, durante muchos años, no sólo administrador gratuito sinó protector jeneroso del hospital de Valparaíso; i aunque su fortuna se menoscabó considerablemente por actos de hidalguía i de condescendencia, raros en la prosa del comercio, el hospital no padeció decadencia, sinó, al contrario, mantúvose en brillante pié hasta el último día de su filantrópico réjimen.

Unida la vida del señor Stuvén a una respetable dama chilena, la señora Jesús Olmos de Aguilera, hermana de la esposa de otro notable industrial español (la familia Tornero), formó el señor Stuvén un interesante hogar en Valparaíso, en el cual las hijas eran beldades i los varones obreros.

Tenían los últimos apenas la edad i la fuerza necesarias para ceñirse a la cintura el delantal de cuero i levantar sobre el yunque el pesado martillo, cuando envió a tres de ellos, el solícito padre, a los talleres de Alemania a elejir noble destino.

Uno de esos tres niños era Federico Stuvén, el hombre de hierro i de fuego de la pasada guerra.

II.

Nació Federico Stuvén en Valparaíso en la calle de la Victoria en la Noche Buena del año de 1837, i como hijo de alegre Pascua, fué siempre festivo, jeneroso i de agradable i comunicativo trato. Su respetable padre, hoi octojenario, era natural de Bremen; su madre, provenía de famosa familia de conquistadores que se había radicado en el valle de Limache.

Desde la más tierna edad dió muestras el niño Federico de su hercúlea robustez i de su afición a las más rudas labores del músculo i del entendimiento. Refería su madre que desde la edad de dos años, es decir, desde que comenzaba a andar, buscaba las piedras del jardín para dormir sobre ellas, de preferencia al regalo mullido de la cuna; i como fué en su infancia, continuó viviendo hasta su última hora, que ha sido corta i enérgica brega con la muerte.

III.

Educado en un colejio inglés de su ciudad natal, a la edad de catorce años fué enviado, según dijimos, junto con dos de sus hermanos, a la de su padre, a cargo de una buena hermana llamada María, que el último conservaba en Bremen, i allí entró, por contrato i pagando como en suntuoso colejio, de aprendiz mecánico en una fragua, donde su primer ejercicio fué el de soplar con el fuelle i en seguida el de forjar el maleable acero sobre el acero.

Referíanos él, riendo alegremente, que el maestro de fragua que le puso el primer utensilio de hierro en la mano le obligaba a desnudarse de la cintura arriba para dar a su piel toda la dureza i resistencia del oficio... La máxima del herrero alemán, como la del roto chileno, era que la piel sana sola de las quemaduras, mientras que el lienzo de la camisa o el cuero de los zapatos necesita remiendo artificial que cuesta plata...

Stuven fué el más entusiasta admirador del obrero chileno hecho soldado, i jamás se sació de hacer su alabanza, fuese en el campamento, fuese en la fragua, fuese en la batalla.

IV.

Después de aquella jímástica preparatoria, pasó Federico Stuven en 1853 a la Escuela Politécnica de Hanover, donde aprendió por principios la mecánica, la construcción de máquinas i el arte de manejarlas personalmente, sirviendo en algunas ocasiones de fogonero i en otras de maquinista de los trenes que le encomendaban.

En esta misma capacidad trabajó i estudió en Inglaterra, en Béljica i en Francia (cuyos idiomas poseía como el suyo propio i el alemán) a fin de perfeccionarse i no por lucro, porque su

padre era entonces rico i proveía jenérosamente a todas sus necesidades.

V.

Después de ocho años de esta carrera práctica, fué devuelto a su país hecho un hombre verdadero, desde la epidérmis al alma, i auxiliado por su bondadoso padre planteó en Valparaiso, con considerable capital, un establecimiento que se denominó *Fundición Nacional*.

Pero la falta de experiencia i de consumo, no menos que la competencia extranjera, forzáronle pronto a liquidar aquel negocio.

No tuvo esto lugar, sin embargo, sin que Stuver diera pruebas de su entusiasmo e inteligente patriotismo durante la guerra con España, porque a su industria debemos los primeros cañones de gran calibre fundidos en el país, con éxito superior al que pudiera esperarse del apremio i de la escasez absoluta de arbitrios. A consecuencia de esto, Stuver pasó a organizar la maestranza de Limache, establecimiento importantísimo para el país, i que la carcoma sorda que devora nuestros millones con el nombre i el disfraz de *economía* ha entregado después a las ratas i a la ruina.

VI.

No encontrando desde aquel tiempo una posición estable, hízose Federico Stuven un industrial viajero, i durante diez o doce años recorrió alternativamente los departamentos mineros del norte instalando maquinarias en las minas. Fué en esta época cuando unió su suerte a la apreciable señora que hoi vive aflijida viuda después de haber nacido en la opulencia, la señora Dora González, hija del conocido capitalista del Huasco don Marcos González.

Visitó también Stuver en esa época, en razón de su oficio i en varias ocasiones el Perú. Algu-

nos de los mejores ingenios de azúcar de los valles setentrionales de ese país, principalmente en Lambayeque, fueron montados por él

VII.

Decayendo su fortuna a medida que le nacían hijos (que esta es la regla de proporción más usual de los hogares de Chile), sorprendió a Stiven la segunda guerra de su patria trabajando en un molino de papel de estraza que había montado a orillas del Maipo (en Buin) i que le rendía regulares provechos.

Pero desde los primeros días de la alarma nacional cónstanos que ofreció sus servicios como ingeniero, los que fueron, como tantos otros jenerosos arranques del patriotismo, tercamente desdeñados por los que creían en la Moneda que la guerra era el sueño i las campañas una siesta.

Descendió hasta solicitar con humildad un puesto de mecánico, i ese ofrecimiento recibió la misma enfadosa acojida, hasta que, como a la fuerza, impúsose él mismo marchándose a Antofagasta, donde los cañones de batir permanecían durante largos meses arrojados en la playa.

VIII.

De todos los ofrecimientos patrióticos, tan numerosos como las arenas del mar en esa época, no había, a nuestro juicio, ninguno más oportuno ni más vivamente requerido que el del propietario de la fábrica de Buin, i junto con éste el de un oficial del ejército francés que había servido en el tren de equipajes con honrosos certificados que exhibía, hallándose lucrativamente ocupado en la litografía Cadot.

Pero por lo mismo que esas ofertas revestían la mayor importancia práctica fueron perentoriamente rechazadas en esos días de sublimes teorías sobre la guerra i sus medios de acción.

Recordamos esta circunstancia porque uno i otro de esos *hombres especiales*, el ingeniero mecánico en una guerra mecánica i el conductor de equipajes en una guerra de marchas, se valieron de nosotros para sus desairadas peticiones. I si bien el mal elegido conducto pudo talvez influir en el rechazo, no es menos cierto que en ella se cerró los ojos a la luz, como en tantas otras cosas.

Queremos en este particular, i para confirmar nuestro razonamiento o nuestra acusación, citar algunos párrafos de carta que con fecha 8 de mayo de 1879 nos escribiera el señor Stiven para reforzar las ventajas que ofrecería al ejército en campaña la posesión de una maestranza ambulante como la que llevan consigo, no sólo los ejércitos modernos de Europa i de Estados Unidos, sinó las divisiones mismas de cada ejército, puesto que en el día todo es cuestión de armamento, de rieles i de locomotoras, es decir, de ingeniería mecánica. Los párrafos aludidos de esa carta decían como sigue:

«El cuerpo de mecánicos con sus correspondientes herramientas i a las órdenes de un ingeniero competente, debiera acompañar al ejército i escuadra; tanto para las composturas a bordo, que son necesarias en buques que están continuamente sobre la máquina, como para el ejército, que necesita de este cuerpo para el arreglo del parque de artillería, pertrechos, carros, etc.

«I sobre todo es preciso tener presente que la guerra se hace en un desierto en que se carece del agua i que ésta tiene que *fabricarse*. Supóngase que la toma de Iquique sea un hecho i que el enemigo, como es natural, destruyera sus máquinas resacadoras de agua, en este caso es imposible la permanencia de un ejército si estas máquinas no se *componen inmediatamente*. Aquí el cuerpo de mecánicos estaría en su elemento, i es de indispensable necesidad su formación. Mandar a Valparaíso para arbitrar todos estos

recursos, es imposible: es preciso que se hagan en el terreno mismo. Este cuerpo podría enrolar obreros que han trabajado en la maestranza de Limache i a conocedores en la fundición de cañones, pertrechos, etc., i que serían los más competentes para el manejo de la artillería; es mucho el partido que se podría sacar de hombres acostumbrados a esta clase de trabajos.

«Si usted escribe algo a este respecto, suplicaría a usted no dijese que yo había ofrecido mis servicios: con los pasos que he dado los creo ya suficientes: si me necesitan *que me llamen*: el jeneral Arteaga sabe mui bien esto i sé que en todo caso me llamaría para ocupar el puesto que creo necesario para el ejército i escuadra.»

IX.

Tenía esto lugar en mayo de 1879; pero llamado al fin Stuvén desde Antofagasta por el ministro Sotomayor (no por el gobierno de la Moneda) en setiembre de ese año, permitiósele montar a bordo de la fragata-transporte *Elvira Alvarez* una pequeña maestranza, i gracias a esta previsión hallóse el animoso industrial en aptitud de prestar los más preciosos servicios al ejército desde que puso éste su planta victoriosa en las laderas de Pisagua. Buques, locomotoras, telégrafos, todo necesitó de la inmediata cooperación personal del hasta entonces oscuro i repudiado mecánico.

X.

Mas no bien comenzó la guerra verdadera, movable i atrevida, Stuvén recobró su verdadero puesto, i tanto como el jeneral en jefe, se hizo el «hombre necesario» de las campañas.

Se recordará, en efecto, que Federico Stuvén fué el primero en saltar a tierra en Junín; fué el primero en enviar agua resacada en improvisado

caldero al ejército sediento en las alturas; fué el primero en habilitar máquinas que corrieron hasta Dolores, cuyo inagotable pozo, vena escondida del río de Tarapacá, fué la salvación del ejército i la preparación de su victoria.

I desde entonces, como era natural, i aparte de los mil servicios mecánicos que comenzaban en la herradura del caballo i terminaban en las válvulas de la locomotora, el ingeniero Stuvén estuvo siempre a la vanguardia de todas las operaciones del ejército.

XI.

Fué él quien condujo la división Martínez en su paseo de año nuevo de Ilo a Moquegua, i quien la trajo salva de regreso por medio de mil abismos i celadas.

Fué él quien habilitó la cigüeña a vapor del desembarcadero de Pacocha para desembarcar nuestra pesada artillería.

Fué él quien regularizó la provisión de agua del ejército, poniendo a salvo los estanques del río de Ilo i repartiéndolos por sus cañerías a la ciudad i a los campamentos.

Fué él quien, como el gastador de fierro del ejército, reconoció i compuso la vía férrea desde Pacocha a Moquegua, habilitando sucesivamente tres locomotoras, cuyas piezas esenciales forjó por su propia mano o rescató con ingeniosos ardides en los lugares de escondite, secundado en todo por dos eficaces auxiliares, el capitán Marcos Lathan, hombre de acero, i el ingeniero Quetart, hombre de bronce.

Fué él quien salvó de la muerte i de la desesperación por la sed la división Muñoz, detenida en el Hospicio por un fatal desrielamiento.

Fué él quien, por último, salvó en otra ocasión la vida de los jenerales Escala i Baquedano, del ministro de la Guerra en campaña i del almirante Riveros i su comitiva, extrayendo de

uno de los machones del puente de hierro de Moquegua el depósito de diecisiete cajas de dinamita que en cobarde asechanza habían puesto allí los peruanos, hecho ignorado i terrible que solo hoi es lícito afirmar. Los peruanos, que han sabido indudablemente emplear mejor la dinamita que la pólvora, habían minado con 17 tarros de aquella sustancia el puente colgante de Moquegua, junto al Alto de la Villa, i cuando iba a pasar el tren en que marchaban a felicitar al jeneral Baquedano por su éxito en los Anjeles, el jeneral en jefe don Erasmo Escala, el ministro Sotomayor i su numerosa comitiva, irremediable catástrofe habría tenido lugar, si Stuken, advertido por una confianza femenina, no hubiese estraído las fatales minas sólo minutos antes de llegar a aquel sitio el convoi chileno.

XII.

Fué también en ese servicio donde Stuken experimentó el rudo golpe que, lentamente i sin que él se apercibiese, fué debilitando los resortes de su poderosa organización hasta el momento en que de repente se tronchara.

Examinando la marcha de una locomotora (*La Chilena*) que el había habilitado en el ferrocarril de Ilo a Moquegua, cayó de bruces sobre los rieles, en los desfiladeros de Conde; i sufrió tan horrible concusión cerebral, que todo hombre que no estuviese, como él, blindado por el hierro desde su infancia, habría instantáneamente sucumbido.

«Tenía la máquina—escribía por esa época el autor de estos recuerdos su segundo, el inteligente ingeniero catalán Quetart,—dos frenos, uno que apretaba las ruedas de la maquinaria en la bajada del Pacai, donde la gradiente era mui pronunciada; el fogonero apretó el freno del cochecito poniendo las ruedas a la rastra, i el señor

Stuken reconvino al fogonero por ese mal manejo, i para mostrar al fogonero el mal que causaba, se inclinó todo su cuerpo para ver si efectivamente marchaba la máquina como corresponde a una bajada tan peligrosa, i por tener las manos húmedas de aceite, le resbalaron, perdiendo el equilibrio, cayendo instantáneamente de cabeza al costado de la línea.»

XIII.

Recobrado apenas en el seno de su familia, regresó al ejército, acompañó a la expedición Lynch al norte i se halló en la captura de Lima, de cuyos ferrocarriles fué nombrado inmediatamente superintendente jeneral.

Mas como su salud flaqueara, llamóle el gobierno a ocupación mas tranquila, colocándolo de jefe de la maestranza del ferrocarril del sur, en cuyo puesto dejó de existir súbitamente, a consecuencia de los daños internos recibidos en su organismo durante las campañas, en una noche de agosto de 1883, en la ciudad de Concepción.

XIV.

La prensa de todo el país hizo el condigno duelo sobre el ataúd de aquel ciudadano modesto i abnegado a quien un diario de la ciudad que guarda hoi sus cenizas denominó con justicia «el gran obrero».

«En la falanxe de abnegados obreros,—decía a este mismo respecto en su sección editorial *El Ferrocarril* de Santiago, al publicar el telegrama que anunciaba el súbito fallecimiento del comandante Stuken,—en la falanxe de abnegados voluntarios que apenas estalló la guerra con las repúblicas aliadas se apresuraron a ofrecer sus servicios en el ejército o la armada, el señor Stuken se distinguió siempre en primera línea ya por su importante cooperación como ingeniero,

ya por su arrojo en los campos de batalla, llegando a ser una de las figuras más simpáticas de la presente guerra.

«Si en Chorrillos no tuvo ocasión de prestar sus servicios, como ingeniero, fué uno de los ayudantes de campo que desplegaron mayor valor i entusiasmo. I en Miraflores, al finalizar la batalla, cuando los trenes blindados que venían de Lima sembraban la muerte a su paso, Stuver, en medio de las balas, se ocupaba en levantar rieles frente a la misma estación a fin de cortar la línea, sin cuidarse de los proyectiles que llovían sobre él.

«Apenas el ejército chileno entraba a Lima el 17 de enero de 1881, Stuver se hacía cargo del ferrocarril de la Oroya, i organizaba este servicio importante, pudiendo a la madrugada del 18 conducir el primer tren al Callao mucho antes de que entrara a aquel puerto la primera división; pocas horas después otro tren para Ancón i un otro para el interior, continuando después sin interrupción el servicio tanto para las expediciones militares como para el tráfico público.»

I otro diario serio (*El Independiente*) agregaba por su parte:

«La vida del señor Stuver, si no mui prolongada en el tiempo, ha sido larga por las incessantes i fecundas labores a que la consagraba i por las importantes obras que realizó durante la guerra, de cuyas principales campañas fué auxiliar eficaz i poderoso. En cada ciudad que se tomaba, él era quien ponía en el acto corrientes las líneas férreas que se necesitaban para el transporte, i ordinariamente él mismo en persona guiaba la primera máquina, afrontando sereno los peligros de lo desconocido i de las insidias de los enemigos.»

XV.

En cuanto a los funerales de aquel hombre modesto i utilísimo que perteneció a la clase

obrero de la guerra i cuya memoria por lo mismo nos es especialmente cara, hé aquí como la prensa de Concepción referíalos, como para ejemplo de los que armados del martillo i la picota vinieron en pos de él a engrandecer a su patria:

«Los restos de este querido muerto fueron ayer a las nueve de la mañana, conducidos al cementerio.

La amistad, el cariño, el austero deber, se dirijieron en hermosa i edificante romería a la morada del descanso, para rendir al hombre, al ciudadano, al excelente servidor de la patria Federico Stuver, el último de los homenajes.

El cadáver fué sacado de la casa mortuoria en un magnífico ataúd, construido en la maestranza, ataud ricamenre adornado con flores de oro i otras galas.

Sobre este ataúd se leían estas bellas palabras:

«TRIBUTO AL CIVISMO I PROBIDAD DE DON
FEDERICO STUVEN.

Los empleados del ferrocarril.

Concepción, agosto 13 de 1883.»

A las nueve comenzó a desfilarse el convoi fúnebre, rompiendo la marcha los obreros de la maestranza que desengancharon los caballos para tirar por sus propios brazos el carro.

Aparte de los numerosos amigos i admiradores del muerto, iban todos los empleados de la estación, don Benjamín Videla, jefes de maestranzas, jefes de talleres, etc. Las oficinas del ferrocarril quedaron despobladas.

Aunque un buen número de coches seguía al convoi, casi nadie subió a ellos prefiriendo hacer la marcha a pié hasta el mismo cementerio.

Un acompañamiento así es más hermoso, más significativo, más solemne.

Llena de santo recojimiento iba la concurrencia, notándose en los semblantes el sello del dolor.

Al borde de la fosa i ántes de entregarle el cadáver de aquel hombre—gran corazón i espíritu eminente—hablaron los señores Francisco de Paula Salas i Darío Verdugo.

En esos momentos hubo muchos ojos que se humedecieron, no pudiendo ahogar el sentimiento.

Verdaderamente, pocos entierros más hermosos que el de ayer.

Olvidábamos algo: muchos extranjeros i chilenos fueron con sus familias, lo que daba al acompañamiento un carácter mas hermoso todavía.

La concurrencia, con mui pocas excepciones, se retiró a pié, como para mayor satisfacción, como para hacer puro el tributo de amor i de justicia que se debe a los muertos. "

XVI.

Federico Stiven fué amado por todos los que le conocían, i esto desde el primer momento, porque era una de esas naturalezas que nada encubren. Franco, abierto, leal, caballeroso en la honradez, amante de su país con ese fervor que es propio de las razas mixtas, su corazón era como esas máquinas de lujo que se exhiben bajo un fanal trasparente, mostrando hasta el último tornillo de su mecanismo.

I por eso el Congreso Nacional, llegado el turno, si no de la justicia, de las reparaciones, otorgó pronto a su viuda i a sus huérfanos hijos una pensión para asegurarle su pan a la primera i la cartilla, el libro i el yunque a los últimos.



DON JORJE COTTON WILLIAMS

TENIENTE DEL REJIMIENTO 2.º DE LÍNEA

I.

¿QUIÉN era Jorje Cotton Williams?

¿Quién ha oído hablar siquiera de él? ¿En qué memoria ha quedado retenido su nombre? en

cuál corazón su recuerdo? en qué boletín sus hechos?

¿Fué soldado?

¿Salió a campaña por su patria? ¿Ofrecióle antes la vida? ¿Cumplió su voto en medio de carnívero encuentro?

¿De dónde había venido a Chile i qué significaba en las listas que se pasaban cada día al pie del asta de bandera en el campamento su nombre tres veces extranjero?

Hé aquí lo que se habrá ocurrido a muchos al leer el nombre de Jorje Cotton Williams, al frente de este póstumo rasgo biográfico, humilde tributo de la gratitud de la posteridad a su humilde i ya casi olvidada memoria.

II.

Jorje Cotton Williams, léjos de ser un aventurero, era un soldado de fe, un combatiente casi religioso, el tipo del cruzado. Sus propias revelaciones, verdaderos ecos de ultratumba, ponen de

manifiesto la profundidad de sus creencias religiosas junto con su puro, ardiente, entusiasta amor a la patria, amor de criollo, amor arrebatado de mestizo, como el de Federico Stüven.

Jorje Cotton, el verdadero iniciador i fundador de la lejión atacameña, que fué cinco veces la gloriosa vanguardia de nuestro ejército, había nacido, como Cruz Daniel Ramírez, primer ayudante de aquélla, en la ciudad i puerto de Talcahuano, el 18 de febrero de 1855, i habíale tenido sobre la pila bautismal en robustos brazos su tío el contra-almirante don Juan Williams Rebolledo. Era hijo del ciudadano norte-americano don Jorje C. Cotton, que en 1851 se batió en Loncomilla por la causa de las libertades públicas, i de la señora Matilde Williams Rebolledo, hermana del captor de la *Covadonga*.

III.

Mui joven, casi niño, pasó Jorje Cotton Williams a establecerse en el puerto de Caldera, i allí, a la edad de dieziseis años, era nombrado patrón de bote (enero de 1871); en seguida, para aprovechar su hermosa letra, escribiente de la gobernación (febrero 21 de 1872), i por último oficial cuarto del mismo despacho en febrero de 1873, desempeñando su cometido civil con notoria inteligencia.

«La laudable laboriosidad,—decía de él su jefe don M. G. Carmona en oficio de 14 de enero de 1878,—que ha acreditado el oficial estadístico de esa aduana con la pronta formación de los datos estadísticos sobre el movimiento mercantil de ese puerto mayor, correspondiente al año que acaba de espirar, lo hacen justamente acreedor a una felicitación de esta dirección, que usted se servirá poner en su conocimiento.»

IV.

No era el escritorio, empero, la verdadera vocación de aquella alma apasionada, creyente, casi ilusa, que debía sentir pesados sus latidos al correr la mano sobre los infolios de la rutina en el ejercicio cotidiano de los negocios administrativos. Pero en marzo de 1877 Jorje Cotton vistió la casaca del soldado, siendo nombrado subteniente de la brigada cívica de Caldera.

Desde ese momento el *cruzado* antiguo des-tácase lentamente en el oscuro, pero juvenil i enérgico patrón de bote de la bahía mercantil, i comienza a fructificar en su ancho pecho la semilla del heroísmo sembrada en sus fibras por la mano de la fe. Tenemos a la vista una tarjeta fotográfica suya, lujo común en los mozos del primer día de parada; i su elevada talla de mancebo, sin más sombra en su rostro imberbe que la de la visera de su kepi, apóyase jentilmente sobre su espada. Una ráfaga de orgullo ha pasado evidentemente por la frente del bisoño capitán, i ese orgullo será en la hora de la prueba el sostén de sus azares, junto con su infinita creencia en la Divinidad i en sus misericordias.

V.

El joven subteniente habíase casado a los 19 años con la señorita atacameña doña Úrsula

Valenzuela i Goyenechea, i, cuando sobrevino la guerra, tenía ya tres tiernos hijos.

Pero llamado al servicio activo en su calidad de ayudante de la brigada de Caldera, cúpole el honor de conducir en el mes de junio de 1879 los primeros cien atacameños reclutados para la guerra. En esa lejión que fué inmediatamente incorporada en el 2.º de línea, iban los dos hermanos José Dolores i Sabino González, los dos hijos de «la madre de Antofagasta,» que llorándolos todavía ha hecho derramar tantas lágrimas.

Por esto hemos dicho que Jorje Cotton Williams fué el verdadero fundador del 1.º de Atacama, porque llevó su primera sangre al desierto. Si hubiera retardado su partida unos cuantos días habría sido uno de los capitanes del batallón lejendario. Ausente él, por razon de primacía, tomó su puesto Daniel Cruz Ramírez, digno de ser su sucesor como valiente i como hijo de Talcahuano, cuna de ambos.

VI.

El primer ejercicio de las armas fué, sin embargo, para el ardoroso cruzado, un desengaño. Él había ido en busca de batallas, i la fría lona de los campamentos envolvíale el corazón como dentro de una mortaja. «Dos meses há que me vine,—escribía a su joven esposa desde Antofagasta el 16 de agosto,—i esos dos meses me han parecido dos siglos. Yo creí que el cumplimiento de mi deseo sería inmediatamente de mi venida; creía llegar i combatir, pero hasta ahora... ¡nada! Este hastío mata.»

Volviendo en seguida intensa i cariñosa mirada al altar, que es Dios, i al lecho de los hijos, que es el altar más puro de los humano corazones, el joven voluntario agrupaba en esa misma carta las siguientes apasionadas i tiernas reflexiones: «A veces, querida Úrsula, estas consideraciones convierten mi corazón en un furioso

volcán, mi cabeza en un torbellino de ideas. Quisiera estar al lado tuyo i de esos pedazos de mi alma, velar cerca por ellos, buscar a medida de mis fuerzas su sostén. Veces hai en que casi echo a un lado mi espada, mi uniforme, esperanzas de un dudoso porvenir, mis deseos de gloria; pero cuando esto pienso, veo primero *la imagen de la patria en peligro cubrir con una mano a sus hijos, entre ellos ustedes, i con la otra defenderse de cobardes i coaligados enemigos.*

«¿Cómo, pues, dejar sola i sin ayuda a nuestra tan cariñosa madre común, sin derramar por ella hasta la última gota de sangre, sabiendo que defenderla i defenderse a sí mismo i a los que nos rodean es una cosa igual?»

VII.

Los días i los meses pasan, entretanto, en el tedio, esta enfermedad del alma en todos los campamentos, para la cual no hai hospitales ni ambulancias. Pero la fe del teniente Cotton no decae. Al contrario, embarcado en uno de los trasportes i a la vista de las alturas de Pisagua, que se columbran entre la niebla de la mañana como la puerta de los campos de batalla que es preciso abrir a cañonazos, escribía el 1.º de noviembre a su esposa esta página empapada en relijioso sentimentalismo: «Los momentos son solemnes, i aunque yo lo hago siempre, pienso mucho en Dios, en mis hijos i en tí. Cuando salgo sobre cubierta i veo hacinadas a mi alrededor un número de vidas dispuestas al sacrificio, esto es, en la nave en que voi yo; cuando extiendes mas allá la vista i veo ese número de cargamentos humanos destinados al sacrificio, todo destacándose en un inmenso mar azul, teniendo el cielo por techumbre i a los elementos por testigos mudos de los preparativos para la próxima i terrible hecatombe; cuando pienso en el número de familias que lloran hoy la ausencia, mañana

la muerte de sus deudos, que traerá para ellos la miseria i la orfandad, entonces, esposa mía, las lágrimas me saltan a los ojos i considero que yo tengo también bastante que dejar tras de mí. En fin, todo depende del terrible mañana...»

VIII.

I luego, como avisado por voz secreta,—«si por estar así decretado i quererlo Dios así, una bala diera cuenta de mi vida,»—el pobre soldado dictaba a su compañera de breves pero felices días, su humilde testamento i jeneroso adios de cristiano i de arrepentido. «Del 2.º de línea reclamarás,—le decía tristemente,—mi *mochila*, mi *caramayola*, mi escritorio i mi saquito de tocuyo con ropa i algunas otras cosas. Todo eso me pertenece, porque no se me dió a condición de devolverlo, i puedes dejarlo para recuerdo o *venderlo para que su producido te sirva de algo...*»

¡Pobre soldado! Deja en herencia su *caramayola*, la mísera copa del desierto, i recomienda la venta de su estaño para cambiarlo por un pan para sus hijos... ¿Dónde hubo jamás igual desdicha?

Pero nó. Ni ese mismo afán tendríais ¡oh combatientes del 2.º! acabado dos veces por el plomo como la era por la hoz, en la primera mitad de las campañas, una vez en Tarapacá (18 oficiales) i otra vez en Tacna (15 oficiales, total: 33!) El 2.º de línea no dejaría por esto otra herencia a los hijos de los que bajo sus banderas pelearon, que su mutilación horrenda, su gloria no pagada i sus cenizas.

XI.

«Todo lo demás que te encargo,—proseguía el testador, levantando su alma a una magnanimidad rara en los que van a morir i han sido dichosos,—todo lo demás que te encargo, es que

sigas queriendo a mis hijitos tal como si viviera, aún cuando, obedeciendo a la lei natural, quizás contraigas de nuevo alguna unión. Si yo muriera creyendo que iban a sufrir por esa causa, moriría intranquilo, i con la idea contraria i la conciencia de haber cumplido bien mis deberes, encontraré dulces mis últimos instantes.

«Como hai capellán a bordo, pienso confesarme e ir así preparado al combate, confiado en Dios, que conoce la justicia de nuestra causa, que es la mía.»

¡Hé ahí el cruzado de las campañas santas! I a la verdad no faltó al jefe de la banda atacameña, fundida en el 2.º de línea, al precipitarse a la quebrada de Tarapacá, sinó el grito de Jerusalén:—«¡Dios lo quiere!» «¡Dios lo quiere!»

«Dios,—volvía a exclamar,—Dios que atiende a las necesidades del insecto más insignificante, no ha de dejar sumida en la miseria a una madre i dos o tres inocentes criaturas. Confianza pues, i Él te dará, no lo dudes, lo que te falta para tí i mis hijitos. Pídele sin cansarte, que yo a mi modo lo hago aquí.»

X.

En otra ocasión, el brioso cruzado, soñando con su propia gloria, sol de luz cuyos rayos invisibles calientan sólo a las almas jenerosas, había escrito desde el campamento estas palabras, que tienen algo del frenesí del antiguo entusiasmo relijioso: «¡Por fin! ¡Iré a la lucha! ¡Iré al campo de la destrucción i de la matanza! Heriré, mataré, pero con justicia i por necesidad. Me herirán, me podrán matar. Dios dispondrá de eso i no seré yo quien diga que está mal hecho.

«¡Ah! ¿i si no muero? ¿si llego a esa con tres o cuatro galones, con gloria, considerado i apreciado por mis hechos? ¿I si hago con ello el bienestar i la ventura para mis chicuelos i su madre? Ya veo los aprestos para la marcha; marcharé, veré los aprestos que anuncien que es llegada la hora de exterminio i de horror, veré correr la sangre a torrentes, veré séres llenos de vida caer heridos o muertos, i pisando sus cadáveres, sus cuerpos moribundos, sus miembros mutilados, marcharé a la muerte o a la victoria. Todos los oficiales i mucha parte de la tropa tienen este lema: «¡O Iquique o la muerte!» Yo tengo ésta: «¡O cuatro galones a mi vuelta, o nada!»

XI.

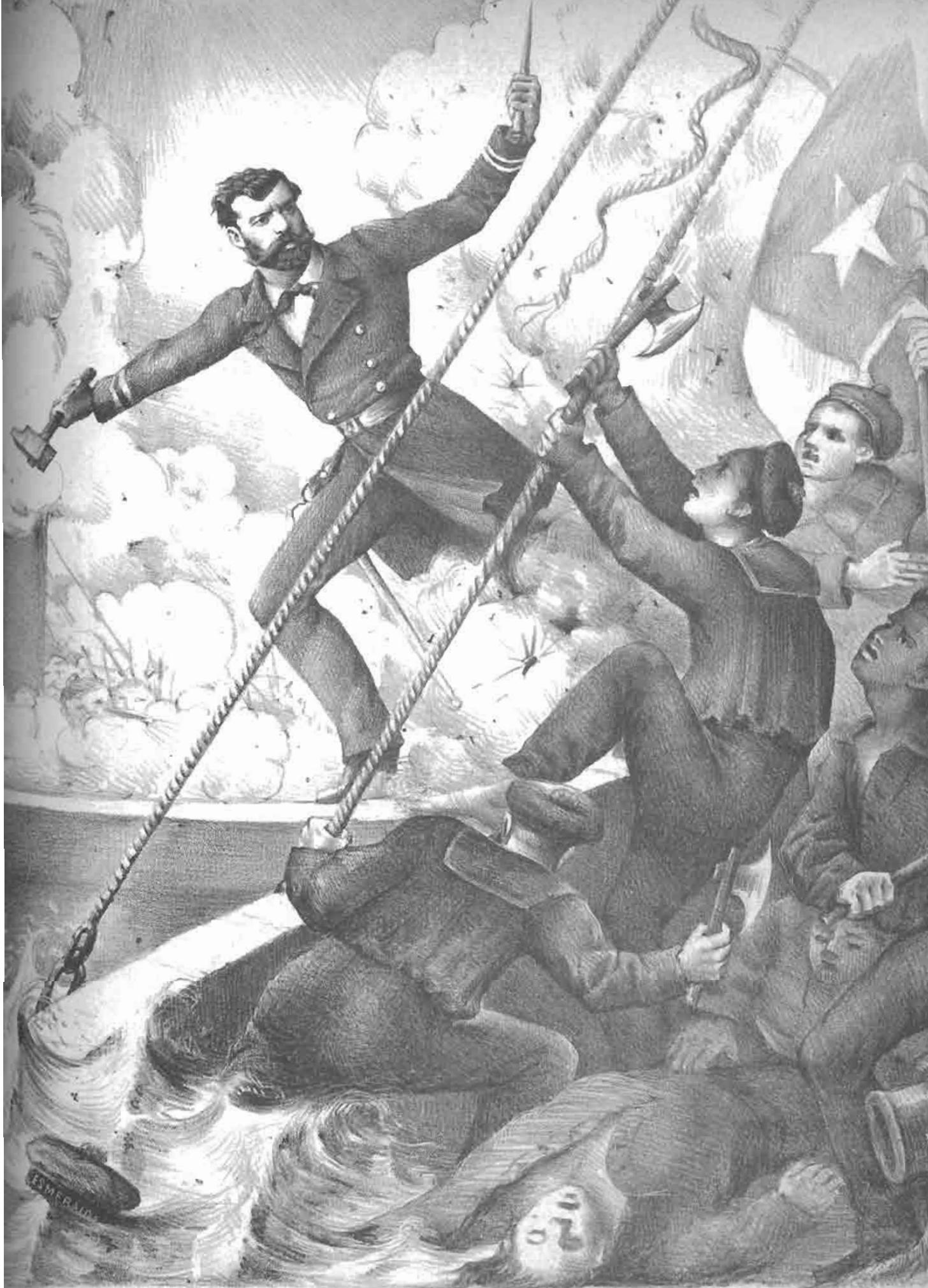
Entretanto, desde el codicilo de la muerte prevista i aceptada que el joven teniente del 2.º de línea había escrito a la vista de los pardos farellones de la tierra de la conquista i del rescate, piérdese la huella del peregrino, i sólo vuelve a aparecer en su cadáver, insepulto en la quebrada del exterminio...

Pero sus votos estaban cumplidos.

El teniente Cotton, del 2.º de línea, muerto por la patria a los 23 años de edad, había derramado «hasta la última gota de sangre por esa cariñosa madre común que se llama la patria.»

I quedaba asimismo consagrado el ensueño i la misión del cruzado en la campaña.

Tarapacá, tierra de ultrajes para la bandera i la sangre de Chile, sería, mediante el heroísmo de sus hijos, el rescate de Chile.



DON IGNACIO SERRANO
(Teniente 2.º de la corbeta «ESMERALDA»)



DON IGNACIO SERRANO

TENIENTE 1.º DE LA CORBETA "ESMERALDA"

I.

NO alcanzarán jamás los ecos de la prensa a encomiar lo suficiente ante los vivos, ni la historia legará a la posteridad lauros ni aplausos sobrados para el capitán ilustre que en la flor de sus años perdió Chile, al pié de la torre del monitor *Hudscar*, en las aguas de Iquique.

Pero al lado del bravo de los bravos e imitando su sublime ejemplo encontraron el temprano fin de sus días, entre ciento i treinta heroicos chilenos, dos jóvenes dignos de acompañar a su jefe en su inmolación mil veces gloriosa.

En medio de innumerables héroes desconocidos, de esos para quienes la gloria es casi siempre anónima i por tanto más alta i meritoria, descuellan hasta hoi el teniente 1.º Ignacio Serrano i el guardia-marina Ernesto Riquelme, ambos hijos de la provincia de Santiago, como Prat; ambos alumnos del Instituto Nacional, también como Prat.

Del que más se acercó al inmortal caudillo en la heroicidad del hecho; en el sacrificio i en la tumba, vamos hoi a hacer breve recuerdo en el terreno de las glorias insignes que no perecen.

II.

Ignacio Serrano es hijo de una familia militar de las fronteras, pero como Williams Rebolledo, Toro, Santa Cruz, i otros jóvenes marinos de grandes esperanzas, nació en el departamento litoral de Melipilla, que tiene como el de Valparaíso, su porción de mar en la costa del Pacífico. Fue su padre don Ramón Serrano, oriundo de Concepción, radicado con cortos intereses agrarios en Melipilla, i su madre la señora Mercedes Montaner, que todavía existe unida a nuevos vínculos.

El padre penquista, de estirpe de soldado, falleció en 1856.

No es extraño por esto que los Serrano-Montaner de Melipilla hayan forma una raza militar. Ramón, hoi capitán de fragata, i célebre ya por sus atrevidas exploraciones en la costa occidental de la Patagonia i en la Tierra del Fuego, se incorporó a la Magallanes en la víspera del combate del Loa. Eduardo, es teniente del *Blanco*. Ricardo, ascendido a sarjento mayor en el combate i batalla de Ate, pereció gloriosamente en la de Chorrillos; i todavía el cuarto i último, Rodolfo, que sirvió durante la guerra como cirujano i como soldado, es hoi acreditado médico en Curicó.—El primojénito, es el ingeniero civil don

Alberto Serrano—"Contigo, seremos cinco al servicio de la guerra, escribía por esto a su hermano menor, el bravo que cayó sobre la cubierta del *Huáscar*, i luego proféticamente añadía:—"Si a alguno de nosotros nos toca morir, confío en la Providencia que no ha de ser en tierra chilena *ni tan fácilmente*."

El cielo escuchó desde lejos sus heróicos presajios!

III.

Ignacio Serrano no era un hombre excepcional como Arturo Prat. Fué uno de esos tipos lijeros, simpáticos, alegres, valientes a todo prueba i sin sospecharlo ellos mismos, que se encuentran con frecuencia en su camino por los hombres que cultivan el grato comercio del soldado i del marino. No pertenecía a la escuela de ese mozo convencido i sublime, especie de *Stonewall Jackson* de nuestra joven escuadra, salido, como él, del claustro de un colejio, que nunca iba a la batalla sin encomendar a Dios su alma, para ejercitar en seguida los prodijios inmortales de ciencia i de bravura que le han valido en una de las plazas de Richmond, su ciudad natal, una grandiosa i merecida estatua.

IV.

No. Ignacio Serrano no oraba antes de ir a pelear. Era de aquellos que cuando sienten el toque de zafarrancho entran a su camarote a partirse simétricamente el pelo, rebuscan en el fondo de su maleta su más terso par de guantes i salen tranquilamente con la sonrisa en los labios, ciñéndose gallardamente la espada a la cintura i llamando a sus camaradas a sus puestos con enérgicos i festivos nombres.

Era Ignacio Serrano de la escuela de aquel capitán español Manuel Boria que cayó sobre los tramos del palacio real de Madrid en 1840,

bajo las balas de nuestro coronel Barrientos, i que al morir en el banco recomendaba a su asistente introdujera en su corazón por las heridas de su cadáver la miniatura de la mujer que amaba. Ignacio Serrano era del tipo de aquel rei i soldado francés, Joaquín Murat, que murió en Pizzo al frente de un pelotón napolitano con el retrato de su esposa en la diestra i que, cuidando al propio tiempo su última apostura, dijo a los tiradores:—*Salvate il viso: visate al cuore*.

Ignacio Serrano tenía también esposa desde hacia siete años, i cerrando su modesto i feliz hogar en el Tomé, donde era hasta hace dos meses gobernador marítimo, llevóla a Puerto-Montt i confióla a la guarda de nobles amigos. "Mi casa en Tomé,—decía militarmente a uno de sus hermanos, desde Valparaíso, el 25 de abril, *se la llevó el diablo*."—I luego, volviendo a la natural ternura de todos los pechos animosos, añadía:—"Si la suerte me fuera tan adversa que me tocara morir, ¿qué te podré decir de mi Emilia? ¿Qué te podré encargar para ella? Eso tú lo sabes, pues conoces que no tengo sinó mi sueldo." Bravo soldado de Chile! Os engañábais al escribir estas líneas de conmovedor desaliento.—La viuda del teniente 1.º Ignacio Serrano, señora Emilia Goycolea, natural de Ancud i residente hoí en Puerto-Montt, es desde el 21 de mayo de 1879 la hija adoptiva de todos los chilenos.

V.

Fué el segundo abordador del *Huáscar* un mozo inteligente, pero travieso e independiente. Hizo sus primeros estudios en el Instituto Nacional; mas cuando apareció en el horizonte la guerra con España huyó del aula a la marina, i el 14 de mayo de 1865 entraba a la Escuela Naval. Íntimo amigo de Arturo Prat, cuyo carácter entero i reposado completaba el suyo, dominó desde los primeros días entre sus com-

pañeros por su viveza i su arrogancia: era un niño diablo pero lleno de intelijencia i de recursos.

En una de sus frecuentes arrancadas del Instituto fué puesto como en castigo i durante varios meses en la Escuela de Artes i Oficios de Santiago.

En 1870 fué ya ayudante de la escuela de aprendices de mar.

Poco después era profesor del arte de aparejar en la Escuela Naval, a bordo de la *Esmeralda*, cuando Prat era profesor en ramos superiores en ella.

I ambos amaban como a una madre común a la vieja capitana.—«Por ser yo uno de los últimos llamados, escribía Serrano desde la rada de Valparaíso el 25 de abril de 1879, nos ha tocado embarcarnos en la *Covadonga*, buque que no es de mis afecciones. Me habría gustado más la *Esmeralda*, pues recordarás que tantas veces te he manifestado mis simpatías por este buque, pues en él hice clase a tantos de los que hoy tengo por compañeros.»

VI.

Entretanto, el denodado oficial que, con el sarjento de artillería de marina Aldea i un marino desconocido, saltó al abordaje sobre el *Huáscar* había previsto su destino i lo había aceptado. «Dile a mi mamá,—escribía todavía a su hermano en la carta que de él hemos citado varias veces,—que no se asuste porque a mí i a Ramón nos hayan tocado los *peores* buques de la escuadra, pues no es posible que vayamos todos en el *Blanco*, como Eduardo que va como en un *baúl*.»

El sabía que la *Esmeralda* no era un *baúl* sino una sepultura, i voluntariamente, con verdadero amor de hijo, fué a buscar su fin en su seno.

¿Entonces hai para el hombre un destino inevitable i revelado?

VII.

En cuanto a su conducta en el asalto marítimo de Iquique, el bronce se ha encargado de eternizar su sublime osadía.—Muerto ya el inclito capitán Prat, i recibido por el flanco del inmóvil esquife el primer espolonazo de su agresor de hierro, Serrano convocó a los bravos i saltó con ellos por donde había saltado Prat para morir todos como él, inmolándose voluntariamente a su grandeza.—Por esto la piedad extranjera encargóse de sepultarlos el uno junto al otro. Por eso la gratitud nacional funde ya sus efijies en el mismo eterno monumento.

VIII.

Ignacio Serrano tenía una de esas fisonomías i aposturas llanas i enérgicas que cuando se las divisa en cualquier sitio, se dice uno involuntariamente a sí mismo.—«¡Allí va un soldado!»—De mediana estatura, ancha espalda i complexión muscular, era el tipo simpático de todos los hombres de guerra: la huella de Arauco no estaba del todo borrada en su bizarra estructura.

Tenemos sobre nuestra mesa un retrato suyo sacado por la máquina hace seis años en Concepción, i la figura parece destacarse del papel albuminado como si quisiera «saltar al abordaje»: tal es su natural enerjía.

No se experimenta por esto la menor extrañeza que sus propios enemigos hayan escrito el glorioso epitafio del teniente Serrano con esta frase que todos los hombres de guerra i de mar sabrán comprender en su lacónico i heroico significado—«ESTE OFICIAL MURIÓ AL PIÉ DEL TORREÓN.»

DON ERNESTO RIQUELME

GUARDIA-MARINA DE LA "ESMERALDA"



I.

A memoria del jeneroso mancebo que llevando sobre el hombro, frágil todavía, los entorchados del guardia-marina de nuestra escuadra, se hundió con su nave entonando himnos de victoria para su patria, en día de imperecedero recuerdo, no puede separarse de la de sus dos sublimes compañeros que le precedieron en el sublime holocausto.

Por esto su recuerdo se asimila en uno solo en esta página de póstuma glorificación, i por esto, puede decirse que en la muerte inusitada i grande del joven guardia-marina Ernesto Riquelme, perdió la República una alma pura i una de esas existencias que para todos son queridas porque son el símbolo de todo bien.

II.

Hijo de una mujer cumplida, que ha ennoblecido durante treinta años el trabajo de la inteligencia por la enseñanza, la señora Bruna Venegas de Riquelme, el joven mártir heredó de su padre, don José Riquelme, el primer taquígrafo que hubo en Chile, una naturaleza rica en entusiasmo i en amor al arte.

III.

Nacido el 14 de abril de 1852, era uno de los más jóvenes oficiales de la *Esmeralda*, i se cuenta de él, no como maravilla sinó como una simple predestinación en su hogar, que a la edad escasa de diez años, deteniéndose de visita con su madre en casa de una amiga en Valparaíso, delante de un modelo de la *Esmeralda*, manifestó tan entusiasta afición al buquecillo, que hubieron de regalárselo i traerlo a Santiago para adorno de su modesto aposento, donde todavía se custodia «con la bandera al tope.»

IV.

I aquí viénese de suyo a la memoria un rasgo olvidado de la vida de Arturo Prat. Cuando la *Esmeralda* iba a perecer en el gran temporal del 24 de mayo de 1876, el joven marino, a la sazón su segundo comandante, hallábase en tierra, i al saber el peligro de la querida nave, ganó su bordo echándose dos veces a nado en las furiosas olas. I una vez a bordo se hizo amarrar a la mura para dar las voces de salvamento que el caso requería. La *Esmeralda* dirigida así por él i por el capitán Lynch, su primer jefe, que supo también llenar noblemente su deber, se



DON ERNESTO RIQUELME

(Guardia Marina de la corbeta «ESMERALDA»)

salvó en la playa. Prat pasó tres días postrado por la fiebre; pero la quilla gloriosa flotaba sobre el agua. Riquelme estaba allí?

V.

Un hecho singular todavía. El guardia-marina Ernesto Riquelme, fué conquista de Prat en el claustro de la Universidad, cuando ambos cursaban leyes, i se hallaba aquél al estallar la presenta guerra a bordo del *Cochrane*; pero en el norte pidió ser trasladado a la *Esmeralda*, i su noble cuanto desventurada madre nos ha enviado a decir que la última carta del heroico niño era la expresión del más vivo regocijo, porque había vuelto a juntarse sobre la vieja i venerada quilla con su antiguo i querido capitán i amigo.

¿Hai por ventura en el corazón del hombre, en la relijión de la amistad, en la fidelidad a la bandera un vaticinio misterioso que nos arrastra al desenlace de la vida en una gloriosa alianza? Prat, Serrano i Riquelme, los tres han elegido el sitio, los tres se han dado la cita sublime, los tres han muerto entrelazadas las espadas i los brazos. Añádese todavía que el noble cirujano de la *Covadonga* Pedro Regalado Videla, era otra agregación del claustro universitario a la lejió heroica. Él había conocido allí a Prat. Era pariente cercano de Riquelme; i así todos los mártires han ido convidándose a su destino i reconociéndose los unos a los otros en el bordo de la inmortalidad.

VI.

Una pájina más todavía de este sublime misterio.

Cuado el bravo teniente Luis Uribe hizo, hace ocho o diez años, la hermosa calayerada de casarse en Londres con una linda inglesa, sin

esperar los trámites engorrosos de la ordenanza i se le juzgó en consejo de guerra, Arturo Prat fué su defensor, e hizo que en el pecho de los viejos marinos prevaleciera la lei del amor a la lei de la disciplina. Uribe fué absuelto, i fué el mismo valeroso oficial que ha sabido cumplir sobre el puente de la *Esmeralda* las últimas órdenes de su glorioso defensor. Luego ¿había a bordo del buque inmortal una tripulación sinó una cohorte, una familia, una sola alma fundida en un rico crisol de todas las almas, de capitán a paje, que allí pelearon i allí sucumbieron?

VII.

Ernesto Riquelme, entretanto, después de una niñez dividida entre el estudio i el arte, la pobreza i el esfuerzo, entró a la marina en 1874, cuando tenía ya 22 años. Su decisión un poco tardía por esa carrera tomó arranque de la certidumbre de que el país iba a contar con blindados capaces de hacerle conservar su supremacía en el Pacífico, i en consecuencia hizo a bordo del *Cochrane* el viaje de instrucción i de reparación que esta nave verificó a Inglaterra en 1877. I residiendo habitualmente en Londres, allí cultivó la música i el arte de los torpedos, el dibujo i los idiomas: en todo lo cual hizo tan notorios progresos que del último ramo nació en su alma, dulce pasión correspondida que el cielo no consintió en bendecir. El jóven guardia-marina, menos impetuoso que su camarada, había venido a preparar en Chile el hogar de sus amores, i se alistaba para atravesar otra vez el océano en su demanda, cuando ingrato plomo rompió su pecho. Lleven las brisas del mar a la tierna desconocida el pésame de todos los que aman i son amados!

VIII.

El joven Riquelme tenía todas las virtudes de

las almas entusiastas i por esto era bien querido de cuantos le conocían. Bombero de Santiago, aprendió la abnegación en esa escuela de nobles voluntades, i por esto pasa hoi a tomar su puesto, el primero en la lista de llamada de su viuda compañía: ayer la 2.^a; hoi, *La Esmeralda*.

IX.

Una última observación al pasar en revista la memoria de las tres más ilustres víctimas de la

Esmeralda. Prat, Serrano i Riquelme eran hijos de la provincia de Santiago, suelo mediterráneo que no parecía llamado a ofrecer sus hijos en tributo a las leyendas i a las tragedias del Océano.

Pero lo que consuela i alienta en su sublime sacrificio es que si ellos hubieran visto la luz en el más orculo rincón de Chile, habrían ejecutado con la misma indomable bravura la inmortal hazaña de Iquique para ejemplo de sus conciudadanos i eterna glorificación de la patria historia.





La A. Gaudet & Cia

DON RAFAEL ZORRAINDO
(2.º Jefe del Rejimiento Atacama)

Don J. V. BLANCO

(Subteniente del Rejimiento Atacama)

Don R. R. VALLEJOS

(Capitan del Rejimiento Atacama)



DON RAFAEL ZORRAINDO

SEGUNDO JEFE DEL REJIMIENTO ATACAMA



I.

TODO lo que tenga, de una manera u otra, atinencia al memorable rejimiento *Atacama*, está llamado a despertar vivo interés en

la posteridad de nuestro país, como aconteciera en la época de la Independencia con los *Infantes de la Patria*, i en mayor extensión i con mas luciente brillo con los *Cazadores a caballo* de Freire i los *Granaderos* de San Martín. El *Atacama* ha sido en la guerra del Pacífico algo de semejante a aquella *Lejión sagrada* de los griegos, de uno de cuyos soldados cuenta la historia que al ser herido por la espalda, volvió rápidamente el pecho para recibir el dardo en el corazón i no en parte que atrajera mengua.

Por esto el pueblo chileno, justamente apasionado de sus glorias militares, ha ido recojiendo, como en rica gavilla de oro atada por trasparente crespón, todos los episodios inmortales de aquel cuerpo, junto con sus acerbos dolores. Su triple ascenso al Morro de Pisagua, de Los Anjeles i de Tacna. La muerte de su valeroso jefe i sus dos hijos. El asalto formidable del Morro Solar. La gloriosa caída de los dos mas señalados héroes de su lejión invencible, Torreblanca i Arce, en el médano de Tacna. I, por último,

el exterminio sucesivo de sus oficiales i soldados hasta agotar las plazas de aquéllos, renovadas casi por completo, no quedando del núcleo primitivo de su tropa sinó un puñado de ochenta heroicos combatientes de tropa i cinco oficiales, mutilados por el plomo. De la primera compañía del primer batallón, que mandaba en San Juan el bravo capitán Remijio Barrientos, bandeado en Pisagua i en Chorrillos, sólo quedaban, antes de entrar al fuego en esa batalla, 33 fundadores sobre 600. I esa era la compañía que tenía mayor número.

Todo lo demás había desaparecido en la vorájiné, quedando, según decíamos, buen número de los sobrevivientes cubiertos de milagrosas cicatrices. Hemos conocido a uno de éstos, el nombrado Juan Portilla, natural de Cutún en Coquimbo, que había perdido en San Francisco un ojo, todos los dientes, la mano derecha i quedando, además, bandeado por la mitad del cuerpo i «con los dientes en la mano», pero sin que por esto hubiese soltado su rifle en lo que quedaba por hacer de la campaña.

Se nos ha asegurado que antes de las batallas de Lima, formaban en las filas del Atacama ciento cincuenta de los primitivos «atacameños.» I como es hábito i privilejio de bravos marchar adelante en tales lances, no será difícil formar hoy el cómputo de sus últimas reliquias.

II.

Bajo el concepto nacional que dejamos señalado, despertó también en todos los ánimos profundo i melancólico interés, cuando se supo la muerte gloriosa alcanzada por su dos jefes en el campo de Miraflores, la del coronel Martínez, que lo había comandado hasta la víspera, i la del mayor don Rafael Zorraíndo, que tomó su mando como segundo, en Pisco.—El intelijente i bravo comandante Dublé Almeida alcanzó el señalado honor que le cupo de conducirlo en las dos postreras batallas de la campaña, i desde la última posada de Lurín.

III.

En el mayor Zorraíndo el ejército perdió en consecuencia una de sus más brillantes i juveniles nombradías, el país una esperanza, su anciana madre una Providencia.

Zorraíndo era el modelo del soldado, del patriota i del hijo.

Pero al mismo tiempo que el brillo de sus hechos había hecho lucir desde temprano su nombre i su carrera, parecía estar escrito que el infortunio sería su lote cotidiano en su breve vida.

I a la verdad, así ha acontecido.

IV.

Cuando era niño, menesteroso todavía del maternal regazo, falleció en Concepción su distinguido padre de súbita enfermedad, después de haber arrastrado en su patria larga cadena de persecuciones i de angustias que, de seguro, aceleraron su fin. Llamábase aquel caballero, como por ironía, «Fortunato», i era oriundo de Mendoza, de cuya ciudad pasó a Santiago i a Concepción, donde le conocieron, joven todavía, en la víspera de su inesperado fallecimiento. En

aquella época (enero de 1850) su esposa, la señora Josefa Meneses i Castañeda, era joven i hermosa, considerada altamente en aquella sociedad por sus gracias i su recato. Habían nacido sólo dos hijos, Rafael i Manuel, i éstos eran, como los Gracos para la romana Cornelia toda su riqueza.—«Traicionaría mi conciencia,—escribió el jeneral Cruz al Gobierno de la República el 1.º de marzo de 1850,—dejando constancia de la segunda o tercera etapa del infortunio que ha perseguido a esta desdichada familia; traicionaría mi conciencia si no hiciese un lugar especial, en la presente nota, para excitar la filantropía del Supremo Gobierno hacia la infortunada familia del doctor Zorraíndo. Su tumba oculta cuanto ella poseía, cuanto ella esperaba, i la mendicidad se presenta desde luego amagando a la mujer i a dos hijos en la cuna.»

Rafael había nacido en 1845. Su hermano, un año mas tarde.

V.

Sin embargo de tan justas i apremiantes recomendaciones, palabras de angustia que caían a los pies del empedernido Fisco de Chile, la infeliz viuda no encontró más protección ni más porvenir para sus hijos que la filiación del soldado para uno i otro. En labrarles la educación precisa de la escuela consumió hasta la última joya i una pequeña heredad que poseía en Renca. Para labrarles un porvenir, entrególos a los azares de la guerra, que le quitaron, con su primojénito, su único sostén.

VI.

Cuando apenas tenía Rafael Zorraíndo la edad del púber (quince años), sentó plaza como soldado distinguido en la Brigada de Marina el 13 de marzo de 1860, ascendiendo en ese cuer-

po a cabo por su irreprochable conducta, i pasando en seguida de sarjento al Buin en octubre de 1863.

Cinco años costóle ponerse al hombro izquierdo humilde charretera, i en esa capacidad estuvo de destacamento en la plaza de Viña del Mar durante el bloqueo de los españoles, encargado de vijilar la inclemente playa arenosa que se extiende desde aquel paraje hacia Concón. El mismo Zorraíndo refería que para hacer mejor su servicio, solía enterrarse en la arena a fin de no ser apercibido en su acecho por los buques bloqueadores.

VII.

Como Rafael Zorraíndo no había nacido con la aureola de la fortuna en la frente, bregó nueve años por su segunda charretera, pasando del Buin a los Cazadores a caballo el 12 de junio de 1872, como ayudante mayor, i en seguida (agosto de 1873) fué nombrado capitán en ese prestigioso cuerpo.

VIII.

Eran estos indicios evidentes de una mala estrella que parecía reflejarse en su rostro, alegre sólo por lampos i de continuo reconcentrado i sombrío. Pero su desventura se confirmó en más de una ocasión con mayor encrudecimiento, porque cierto día, persiguiendo a un desertor de su cuerpo en Valparaíso, asestóle aquél mortal puñalada en el costado izquierdo, i apenas comenzaba a recobrase después de varios meses en que había peligrado su vida, sobrevínole tan rigorosa peste de viruelas, que estuvo al perder la vista i se vió otra vez amagado de morir.

IX.

La guerra con el Perú pareció ofrecer más

risueños horizontes al pobre soldado, hijo de un proscrito, que le dejó huérfano i como desterrado en su propio suelo. I en efecto, hizo Zorraíndo tan brillantes servicios como explorador en todas las campañas desde Calama a Tacna, que el Ministro de la Guerra en campaña, don José Francisco Vergara, apasionado de su intelijencia, de su valor i de su asombrosa actividad, después de haberle ascendido a sarjento mayor en su cuerpo, le llamó a Santiago en setiembre de 1880 para organizar i disciplinar uno de los noveles rejimientos que llegaban espléndidos de personal, pero crudos de uniformes i de ejercicios a la capital.

X.

Era Zorraíndo un experto e incansable instructor, i no sólo conocía el manejo de todas las armas, sinó su gimnasia. Solía poner una pieza de plata en la trompetilla del rifle i hacía todo el manejo de esa arma sin que aquélla se desviara un ápice de su centro, maravillando así al recluta. En el manejo del caballo era eximio, i en todo su porte pasaba como uno de los oficiales más ilustrados i más pundonorosos del ejército.

Después de haberse ocupado de disciplinar por algún tiempo en Santiago el rejimiento Linares, solicitó su pase a uno de los cuerpos que iban a marchar sobre Lima, i el Gobierno le honró confiándole la dirección del Atacama, cuando su primer jefe se acababa de separar para tomar el mando de una brigada. El coronel Martínez dió a reconocer por su segundo al mayor Zorraíndo en Pisco, i puede decirse sin afectación de imagen que cuando el rejimiento atacameño, formado en columna cerrada, oyó su voz clara, cadenciosa i potente que le mandaba descansar las armas, después de verificado el reconocimiento de su puesto, conforme a la Ordenanza, todos los soldados le pertenecían. En las batallas de

la guerra como en las del corazón, la voz cautiva i al fin embelesa i domina.

XI.

El mayor Zorraíndo conocía su posición al frente del Atacama. Era un puesto de lujo, pero también era un puesto de muerte. En Chorrillos salió ileso, a pesar de haberse batido a caballo todo el día. Pero en Miraflores se le apareció otra vez su mal destino i le mató a la temprana edad de 35 años.

XII.

Se sabe que en esa batalla desordenada pero heroica, la primera división, a que pertenecían en primera línea el Atacama i el Coquimbo, estos dos cuerpos llegaron por el flanco sobre la izquierda peruana a restablecer el combate, sumamente comprometido en esa dirección hacia la mitad de la jornada. El Coquimbo entró espléndidamente conducido por sus dos valentísimos jefes Pinto Agüero i Larraín Alcalde; pero el Atacama, fatigado, diezmado, soñoliento, cansado por larga carrera, se arremolinó un tanto al desplegarse. A fin de excitar la valiente tropa con el ejemplo, Zorraíndo se adelantó largo trecho sobre las trincheras con su ayudante el valiente vizcaíno Abinagoitis, mancebo de 21 años; i en el instante en que el último le observaba, viéndole tan comprometido en la delantera, que debía retirarse a retaguardia, gritóle aquél:—*¡Adelante!—Córranse a la derecha. ¡No importa...*

Mas no alcanzó a pronunciar entera la última palabra, cuando una bala, la bala de la fatalidad, vino a herirlo entrándole por la boca i dejándolo instantáneamente sin vida.

XIII.

I como si el hado adverso hubiera querido poner todavía su sello a su desventurado destino, su cadáver desfigurado por la herida, no fué reconocido por los sepultureros, quedando dos o tres días tirado en el inclemente eriazo.

Pero si el segundo jefe del Atacama había sido olvidado por los suyos, explicaban éstos en parte su doloroso error, alegando que el sitio en que sus restos fueron hallados estaba lleno de cadáveres enemigos...

El mayor del Atacama, vanguardia del ejército de Chile, había caído en su puesto de honor, a la vanguardia de su rejimiento i en las filas mismas del enemigo que fué a combatir i a vencer

XIV.

Otra fatalidad todavía, i esta llega desde más allá de la tumba.

En el parte oficial de las grandes batallas de Lima, en que el jeneral Baquedano hace justicia cabal i minuciosa a todos los jefes que en ella combatieron, tanto a los vivos como a los que sucumbieron, se nota una sola i singular omisión.

I esa omisión es la del nombre del bravo Zorraíndo.

¿Por qué?

¿Fué ello involuntario olvido? Fué extravío del nombre en el orijinal o en la copia? ¿Fué inmotivada ingratitud?

No fué nada de eso. Fué sólo la huella de la fatalidad, porque el mayor Zorraíndo había venido al mundo marcado en su frente con su funesto sello.



Lit. P. Cadot i C^o



EL TENIENTE CORONEL
DON J. M. MARCHANT
(Comandante del rejimiento Valparaiso.)

DON JOSÉ MARÍA MARCHANT

TENIENTE CORONEL, COMANDANTE DEL REJIMIENTO VALPARAÍSO

I.



ENTRE las nobilísimas vidas que la segur de la guerra segó, en la sangrienta i gloriosa batalla de Miraflores «batalla i victoria de oficiales», «la batalla de los futres», según llamáronla pintorescamente los pililos, por el caloroso comportamiento de sus superiores, descollará sin duda ante la posteridad, por la alta talla de la víctima, la del comandante del Rejimiento Valparaíso, don José María Marchant, soldado de elevada corpulencia i hombre de jigante corazón que murió a la cabeza de su rejimiento, compuesto casi todo de colosos, medidos por la musculatura de sus anchos pechos.

II.

Don José María Marchant era chillanejo, fornido montañés como tantos denodados capitanes que han sucumbido en la presente guerra i en todas las guerras de Chile. Era de la cuna de pellín i del temple de acero de Juan Martínez, de San Martín i de Vargas Pinochet. Chillán fué fundado para servir de barrera en la abierta llanura al bárbaro araucano, i por eso ha sido en la montaña i la planicie almacigo de bravos.

III.

El comandante Marchant era hijo de padres cultivadores i el mayor de trece hermanos. Su padre, bon Basilio Marchant, poseía un pequeño fundo en la vecindad de Chillán, i habiendo fallecido cuando su primojénito era todavía niño, tomó éste su puesto en el hogar. El comandante del Valparaíso, que murió en el puesto del deber, comenzó la vida llenando austero i sublime ese mismo deber. En la edad de los devaneos infantiles, era el padre de una tribu de hermanos desvalidos, i socorrió a éstos hasta su última hora, apartando de sus escasísimos haberes el pan de su sustento i proporcionando a cada uno los medios de ganarse honrada vida. La menor de sus hermanas, meritante en la oficina telegráfica de Santiago, fué nombrada, a virtud de un noble acto de justicia patriótica, jefe de la oficina militar de Chiguaigue en las fronteras a principios de 1881.

IV.

Por la estirpe de su madre, la señora Josefa Hermosilla, el comandante Marchant era retoño de bravos. Todos los Hermosillas del Ñuble fueron soldados en tiempo del rei i en pro del

rei, pero todos fueron esforzados. El capitán Parra, de Cazadores a caballo, es Hermosilla por la sangre materna.

V.

Odedeciendo a sus instintos naturales cuando tenía apenas quince años, el comandante del rejimiento Valparaíso sentó plaza, como San Martín i como Martínez, de soldado. distinguido en el aguerrido batallón Valdivia, acantonado en Chillán en 1848. Pero el coronel don Mauricio Barbosa, capitán entonces de la compañía de granaderos de ese cuerpo, uno de los hombres más completos de guerra que haya tenido el país, i que murió en desgracia porque entre sus dotes militares tenía la altivez jenial del soldado, trájolo consigo de Chillán a Santiago, i le hizo entrar a la Escuela de Cabos en febrero de 1849. Allí fué el joven Marchant compañero i condiscípulo del jeneral Lagos, el de Miraflores, i del comandante Vivar, el de Tarapacá; i desde entonces, por el honor i la bravura, perteneció a la escuela de ambos. Su maestro i su guía fué el pundonoroso jeneral Aldunate que hacía de la honra la primera condición de la vida en el hombre i en el militar.

VI.

En febrero de 1848 había entrado de voluntario al ejército el comandante Marchant; en febrero de 1849 se incorporó a la Escuela de Cabos; en febrero de 1851 volvió a alistarse en su viejo cuerpo, el batallón Valdivia, en clase de sarjento. Su estreno en aquel año memorable en nuestra historia por sus sangrientas lides fratricidas, fué recibir mortal balazo en la batalla de Loncomilla donde tantos otros perecieron; mas, su superior robustez natural, salvóle junto con su juventud.

VII.

El sarjento Marchant, había recibido el bautismo del fuego al frente del rejimiento Buin; i en esa renombrada tropa hizo después toda su carrera. En la batalla de Cerro Grande, otra hecatombe de la guerra civil, ocurrida el 29 de abril de 1859, el sarjento de Loncomilla, era ya capitán. Diez años más tarde era sarjento mayor, i sólo en 1876 teniente coronel efectivo

VIII.

En esta capacidad pasó, como jefe organizador i hombre de notorios respetos, al estado mayor del ejército del sur, que tenía su asiento en Angol, a las órdenes del honrado jeneral Urrutia, i allí hízose el comandante Marchant uno de sus poderosos auxiliares, a la par que figuraba entre los más honorables vecinos de la población civil. En 1876 el comandante Marchant era nombrado primer alcalde de la Municipalidad de Angol.

IX.

Hallábase en esa pacífica situación, cuidando de su segunda familia con la consagración i la ternura de quien había aprendido a ser padre en la orfandad i en la niñez, cuando, con la tardanza que se puso sistemáticamente en una guerra que debió ser hija de la celeridad para vengar al país i coronarlo, fué llamado al servicio activo un año casi después de comenzada aquélla. Confióse al comandante Marchant la tarea de organizar el 2.º batallón Aconcagua (refundido después en un rejimiento con el 1.º) el 26 de diciembre de 1879.

Trasladóse en consecuencia de esa orden el comandante Marchant por esos días de Angol a San Felipe, instalando antes a su familia en pobre hogar en los barrios más solitarios de

Santiago. El conmadante Marchant habíase casado con una interesante señorita, hija de un honrado servidor de la República, soldado como él; i aquélla, aún en el albor de la vida, habíale dado ya siete hijos. Su esposa, hoi desconsolada viuda i más desconsolada madre, es la señora Petronila Molinet, hija del teniente coronel don Juan Pablo Molinet, que fué gobernador de la Florida i Casablanca.

X.

Escondía el comandante Marchant bajo su levantado pecho, alma tiernísima de padre, i las cartas que desde la campaña escribiera a sus pequeños hijos están empapadas de esas lágrimas que no se ven porque caen, como el agua de la fuente, dentro del propio receptáculo que las vierte. «Idolatrada hijita, —decía a su primojénita Ofelia, que le enviaba al páramo de Pisagua la primera ofrenda de su inocente amor,—en la mañana de hoi (octubre 13 de 1880) he tenido el más grato placer al abrir la correspondencia de su macita i encontrarme con una carta suya.

«No puede imaginarse cuánto fué mi contento, i cómo mi corazón se llenó de regocijo al ver su firma i propia letra que tanto tiempo há que me hallaba careciendo de leer una palabra amante i cariñosa de mi ángel i querida Ofelia». I cambiando de tono, pero nó de ternura, decía en otra ocasión a su hijo José María, que había tomado su puesto en la familia. «A José María, que no olvide mis recomendaciones que debe observar como el hombre mayor de la casa. Que si se conduce mal, me verá obligado a nombrar al señor Alfredo, para que me reemplace durante mi ausencia, i él tendrá que quedar bajo su dominio i obedecerle en todo lo que le mande. I lo que es más, tendrá que perder los varios regalos que le tengo guardados en mi maleta».

Ese era el padre!

XI.

Pero el soldado, el antiguo discípulo del jeneral Aldunate, vivía dentro del hombre ejemplar, i se mantenía como el maestro, a la suprema altura de todos los deberes.—Contestando desde San Felipe, con fecha 11 de febrero de 1880 a una prima suya que desde la Palmilla le encargaba no exponer, en la batalla, su vida, tan preciosa a los suyos, decíale, en efecto estas nobles palabras que una a una supo cumplir:

—«Te agradezco de corazón tus saludables consejos i de cómo debo conducirme. Todo esto ya lo tengo previsto i calculo cuáles serán las consecuencias con respecto a mi familia si tengo la desgracia de quedar en el campo de batalla. Pero cuando el hombre pertenece a su patria i es además empleado militar, todo se pospone a los sagrados deberes que tiene con la familia, para cumplir el llamado que le hace su patria i defenderla. En el combate evitaré en cuanto me sea posible el derramamiento inútil de sangre, sin retroceder un paso i dejar bien puesto el nombre de chileno. Si muero defendiendo a mi patria, no me pesará; i lo único que podrá atormentarme será el recuerdo de mi mujer i mis numerosos hijitos que no les queda más porvenir que la miseria; no obstante, Dios i la patria velarán por ellos.»

XII.

Organizado el 2.º Aconcagua con la presteza que esa denonada provincia ha puesto siempre en los aprestos de las guerras nacionales, el comandante Marchant emprendió el viaje del norte a la cabeza de su batallón, en marzo de 1880, i en el mes de mayo subsiguiente se hallaba acampado en Jazpampa. No había alcanzado la fortuna de ser llevado a la campaña activa «por la mala calidad del armamento de su

cuerpo». «Si se acierta,—escribía tristemente a su esposa el 8 de aquel mes,—como no debe dudarse, la destrucción del ejército aliado, los que quedamos debemos formar parte de la última expedición a Lima. Esto es lo único que nos consuela, ya que no hemos podido compartir con nuestros compatriotas las glorias que éstos deben alcanzar.»

XIII.

I, en efecto, cuando después de los embrollos, de los comparendos i de las quitas i esperas de la guerra concursada que hicimos al Perú, volvió a encaminarse casi por sí sólo su carro triunfal hacia la meta, el comandante Marchant fué señalado entre los primeros jefes para formar parte de la expedición a Lima. Con este fin, nombrósele en Iquique el 16 de noviembre de 1880, comandante del lucido regimiento Valparaíso, que acababa de llegar a esa plaza, i diósele en calidad de segundo jefe, al bizarro comandante La Rosa, soldado de encumbrada estatura como Marchant. Bajo el aspecto físico, los regimientos Valparaíso i 3.º de línea fueron los titanes del ejército. A la cabeza del primero marcharon ambos jefes a Pisco, desde cuya rada el comandante Marchant escribió a su esposa con presuroso lápiz su última carta de adiós el 19 de diciembre. I de allí encaminóse a Curayaco, a Lurín i a Lima, a donde, como todo el ejército, suspiraba por llegar desde que se ciñera la espada de la campaña.—«El regimiento Valparaíso que mando,—escribía ufano a su esposa desde Pisco—se halla a mucha altura entre los jefes superiores de este ejército.»

XIV.

Todo lo demás es sabido, después de ese desembarco, de ese campamento i de la gran arre-

metida. Nombrado el Valparaíso para el puesto de honor de la reserva en la batalla de Chorrillos, junto con el 3.º de línea i los Zapadores (todos los gigantes), entró aquélla, sin embargo, al fuego casi junto con romperse éste, por lo apurado del caso. El Valparaíso llegó entonces arma al brazo sobre el centro peruano, i no disparó sus armas sinó a cuatrocientos metros de las trincheras enemigas, para tomarlas una a una i al asalto.

El comandante Marchant, que montaba un brioso caballo pardo, se adelantó siempre al frente de su gallarda tropa, diez pasos a vanguardia, contra la ordenanza, pero conforme a los bríos de su alma, animándola a subir la áspera i resbaladiza cuesta. En la mitad del camino encontróse el Valparaíso con el 2.º de línea que se batía a la desesperada en la extrema derecha de la división Lynch, a que pertenecía. Vino, en vista del gravísimo conflicto, al encuentro del comandante Marchant, a todo el galope de su caballo, el valentísimo i gallardo jefe del «regimiento mártir» don Estanislao del Canto; i, al reconocerse los dos campeones en el campo, se abrazaron. En seguida, i después de haberse cambiado algunas palabras sonriendo, se separaron para ir a coronar la cima con la última carga de la victoria.

XV.

En Miraflores la misión del Valparaíso fué mucho más ardua i más heroica.

Desconfiando el comandante Marchant, como todos los hombres verdaderamente de guerra del ejército, como el jeneral Baquedano, como el coronel Lagos, como el coronel Velázquez i muchos otros, de la honradez militar del enemigo vencido en la víspera, pasó las dos noches que sucedieron a la batalla de Chorrillos, con la espada en la mano, sin dormir i con su tropa

sobre las armas. I debióse a esto que, en el momento de la sorpresa, el Valparaíso, que pertenecía a la tercera división, fuera uno de los pocos rejimientos que se encontraban completamente listos para entrar en batalla. El Valparaíso se hallaba en columna con las armas en descanso, dentro de un potrero i al abrigo de altas tapias, cuando sonó el primer cañonazo de la alevosía o incautela peruana. I entonces, dando con voz serena, pero que dominaba por su eco el lejano fragor de la batalla comenzada, las voces de mando que la apurada situación requería, el Valparaíso, comenzó a desfilarse por el flanco, a paso de trote, por un sendero paralelo a la línea del ferrocarril i en demanda de las más formidables trincheras del enemigo.

XVI.

Iba el denodado cuerpo, compuesto todo de voluntarios de la provincia que le dió nombre i que tomaron las armas casi en un solo día, sembrando de sus propios cadáveres los potreros cuyos tapias servían de trincheras sucesivas al enemigo. Pero su ínclito jefe marchaba adelante dando a todos el ejemplo. En Chorrillos el Valparaíso había tenido 80 bajas, i en Miraflores tuvo justamente el doble, 165. Dato curioso i terrible que consta de las listas de bajas de aquel heroico cuerpo: en Miraflores el Valparaíso tuvo todos sus cornetas, que eran diez, fuera de combate. Tanto i tan recio se tocó a la carga, los oficiales adelante!

XVII.

En lo más caloroso de aquel alud humano, el comandante Marchant que iba en su caballo mulato, diez pasos a vanguardia de su columna de ataque, recibió tres balazos en el pecho i en el rostro al frente de una trinchera, i al desplomar-

se de espaldas sobre su caballo i sobre el suelo, gritó en su heroica agonía: ¡Viva Chile!

De todas suertes, el bravo i pundonoroso capitán, que había servido treinta años a su patria, dejaba así bien cumplida su palabra cuando en la víspera de partir dijo a uno de sus deudos:— «En el combate no retrocederé un paso i dejaré bien puesto el nombre de chileno.»

Eterno loor sea tributado por tanto al que así murió por Chile i murió vitoreándolo!

XVIII.

I como él añadía en su carta de adios que no le pesaría morir «por la patria, porque Dios i ella velarían por la suerte de su jóven esposa i de sus siete hijos», nos es grato cerrar esta página, consagrada a una memoria esclarecida, con las sentidas palabras con que un noble amigo que ha sido tambien entusiasta soldado (el coronel don Manuel Renjifo) nos enviara en febrero de 1881 su óbolo de socorro para la viuda i los hijos del héroe que sucumbió invocando sobre su inocente hogar estas dos deidades del bravo i del creyente: a Dios i a la Patria.

«La jenerosa sangre vertida por elevar a Chile al puesto que hoy ocupa no tiene ni puede tener compensación sobre la tierra.

«A todos i a cada uno de los chilenos afecta una deuda sagrada para con las familias de esos abnegados servidores de la patria. Por más que hagamos en su obsequio, serán abonos a buena cuenta i nada más; pero es preciso atestiguar con hechos que sabemos ser agradecidos.

«La suscripción popular ha sido siempre la llamada a erijir las estatuas de los héroes; la suscripción popular debe ser ahora la que realice la glorificación de los héroes mártires del silencio i del olvido, elevándoles monumentos que sean amparo i consuelo para sus desgraciadas familias».

XIX.

I en efecto, el país correspondía a aquel llamamiento suscribiendo popularmente lo necesario para ofrecer a la noble viuda i a los tiernos huérfanos modesto techo; el Congreso nacional elevóle después de muerto al rango de coronel efectivo i por último el arte esforzóse, a su turno, por consagrar en obra mui semejante a la presente

su última e inmortal hazaña reproduciendo su gallarda efijie con el lápiz de un pintor de fama (M. Cottin, de París) en el acto de cargar a la cabeza de sus bravos en la planicie de Miraflores antes eriaza, i hoi regada por la sãngre de tres mil valerosos chilenos.

A la cabeza de todos i el primero de todos había caído el glorioso comandante del glorioso rejimiento "Valparaíso",



DON DELFÍN CARVALLO

TENIENTE CORONEL DE ARTILLERÍA

I.



O son las mayores lástimas de la guerra sus ensangrentados campos de batalla. Eso pasa. Los muertos descansan, los triunfadores cantan, los vencidos duermen en torno del fogón que los vivaques velan. Pero las angustias, los infortunios, los martirios que se prolongan i cubren de eterno luto los hogares, los huérfanos sin guía, las esposas viudas, las madres sin sostén, los inválidos que se arrastran mutilados,—ese es el verdadero i fatal inventario de esa cosa atroz que se llama la guerra, nube de fuego que fascina pero que mata i esteriliza. Eso dura i en ocasiones se hace eterno.

I cuando todo eso se junta bajo un solo techo como una sola calamidad; cuando el mutilado agoniza lentamente meses i años agotando su último dolor i su óbolo postrero; cuando la esposa joven se agota en el insomnio i en la fatiga; cuando los tiernos hijos desvalidos padecen sin cuidados ni sonrisas, haciéndose la botica i sus drogas, competidoras de sus usuales deleites i hasta de su pan,—entonces puede decirse que la guerra i sus obras son cosa maldita, i sus glorias i renombres solo engañosas imposturas.

II.

Espectáculo mui semejante al que acabamos de trazar ha presentado, al menos durante dos años largos, el techo que cobijara la lenta, cruel, silenciosa agonía del soldado mártir cuyo nombre léese al frente de esta página.

Herido mortalmente el teniente coronel don Delfín Carvallo al frente de una de las baterías que en la colina del San Francisco nos diera la victoria, medio a medio del desierto, el 19 de noviembre de 1879, i la cual como capitán mandara, fué conducido a Santiago i cariñosamente instalado en el hospital de sangre que llevó el nombre de sus fundadores, en la calle de Lira,—*el hospital Matte*; i allí su enérgico carácter luchó día por día, hora por hora, con la porfiada muerte hasta llegar a creerse que la había vencido.

III.

La herida que el artillero de Tarapacá había recibido en la medianía del vientre por encima del hueso de la cadera, era, de necesidad, mortal, porque el proyectil había dañado la espina dorsal. Reunidos en consulta diez de los más acreditados cirujanos de Santiago en torno de su lecho, todos, con la excepción de uno sólo,

que habló más a nombre del espíritu que de la ciencia (el doctor Aguirre), le condenaron en consecuencia sin apelación, confiando el último, sin embargo, en la juventud i en la entereza de alma del paciente.

I éste, como si hubiera tenido a pechos dar razón a la vida i a quien todavía le prestara fe, luchó con levantadísimo espíritu contra su incurable daño, en medio de las más atroces torturas, hasta hacer creer a sus amigos que al fin había triunfado.

Pero esa mejoría física que le permitía volver a ceñirse la vestidura de su oficio, devolver en persona a sus amigos la deuda de la gratitud i sentarse por la tarde a la sombra de los árboles de su ciudad natal, no sería sinó una tregua procurada a la sorda agonía de sus entrañas por la inquebrantable fiereza de su ánimo.

Los que, como el que esto escribe, tuvieron más de una vez la ocasión de estrechar su mano hecha ascuas en el lecho de prestado en que vivía inmóvil con la rigidez de una estatua, cuando su frente ardía calcinada por perenne fiebre, cuando sus labios encendidos como sus ojos pronunciaban el inconexo monólogo del delirio, o cuando, pasado el acceso de la tarde, del mediodía o de la noche, sumida su erguida cabeza en los hondos pliegues de su almohada miraba con ojos amortiguados como desde el fondo de blanquecino sepulcro, i contaba con voz débil pero tranquila i casi dulce sus cuitas, sus insomnios, sus combates, i ofrecía su gratitud a los que le rodeaban; sólo los que tal vieron durante un año, decíamos, pudieron darse razón de la poderosa vitalidad moral que existía encerrada en aquel ser endeble i extenuado, i explicarse así la bienhechora pero falaz profecía del hábil cirujano.

IV.

La llaga i los sufrimientos de aquel heroico pa-

ciente han sido un notable caso quirúrgico, i por lo mismo nos detenemos de preferencia en sus fenómenos, anticipando a su breve vida la consideración de su larguísima i dolorosa extinción.

Nunca encontraron los cirujanos, aún en los más prolijos reconocimientos, el sitio en que yacía el proyectil que lo mató, ni siquiera su sendero; pero por la paralización funcional de todos sus órganos inferiores, no podía quedar duda de que si aquél no se hallaba incrustado en la médula de la espina dorsal, esta invisible i casi impalpable rienda que maneja todo el cuerpo humano como la brida al caballo, había sido por lo menos fuertemente lesionada por el plomo.

«La bala que hirió a Carvalho,—dice un joven pero inteligentísimo i humanitario facultativo que se consagró por el doble culto de la ciencia a ser su más solícito guardián,—indudablemente en la columna vertebral. Inmediatamente se produjo la parálisis de todos los órganos del cuerpo situados más abajo del punto herido i la inflamación de la médula con todo su cortejo de crueles e incurables síntomas.

«Tenía también el atormentado paciente convulsiones frecuentes que se aumentaban y se aliviaban inmediatamente después de una inyección de morfina. Cada vez que hacía esfuerzos para vomitar, sentía un dolor terrible que, partiendo de la cabeza, se dirigía a todo el cuerpo, i que expresaba él diciendo que una resaca le apretaba en esos momentos desde el cuello hasta la punta de los pies.

«Por fin, señor, ¡cómo sufriría este hombre además de tanta dolencia, tenía sobre su cabeza toda una botica para suministrarle los remedios necesarios, i que cuando llegaban a probar sus curaciones por la mañana, se quedaban cluían hasta las diez, once o doce de la mañana dejando apenas el tiempo necesario para comer i tomar el alimento!»

«Los facultativos que curaron a Carvallo,— agrega, para concluir esta terrible vía-crucis, el joven i abnegado cirujano a quien debemos esta interesante relación de los padecimientos de tan valeroso i sufrido soldado,—deben estar orgullosos de haber hecho vivir durante más de dos años a un hombre absolutamente condenado a morir por la naturaleza de su daño».

V.

Hemos pedido excusas anticipadas al lector por haber narrado, antes que la vida, el martirio del comandante Carvallo. Pero en realidad podría decirse que aquella estaba refundida en el último: tan breve i tan dolorosa fué en todas sus partes! Nacido en Santiago en 1844, vióse forzado a llevar desde la cuna, no su propio nombre, sinó el de su madre. Sin embargo, por la línea de la última, era deudo de los Cuevas de Rancagua, estirpe de bravos. El ingeniero Cuevas de la *Covadonga* en Iquique i del *Loa* en el Callao, donde tristemente pereciera, era su deudo i físicamente se le parecía.

Estudiaba en el Instituto Nacional el niño Carvallo, i fastidiado de los libros, como Salvo del claustro, entraron juntos a la artillería por el mes de julio de 1862. Tenían uno i otro la misma edad, la misma vocación, idéntica enerjía i pundonor; casi la misma estructura física que los años iban robusteciendo.

VI.

Pronto ascendió el voluntario a cabo i a sargento, i cuando estalló la guerra con España, con el ensanche que con ese motivo alcanzó su rejimiento, fué ascendido a alférez en 1865, siendo destacado a las fortalezas de Chiloé, donde vejeó tres años. Su jefe inmediato en esa época era el jeneral de división don Emilio Sotomayor, antiguo artillero.

VII.

Destacado después en el sur de la Araucanía, fué uno de los primeros gastadores que señalaron con el hacha el camino de Valdivia a Villarrica, esta llave maestra de la cuestión araucana, que se perdió junto con la muerte de Valdivia i de Oñez de Loyola, sin que ningún estratéjico hubiérala encontrado, sinó tres siglos más tarde, en una mañana de enero de 1883. En esa época el alférez Carvallo servía a las órdenes del coronel don Orozimbo Barbosa, excelente maestro en aquella guerra.

VIII.

Pero mientras allá en las selvas de Arauco unos trabajaban, otros a la cómoda sombra de las paredes de palacio intrigaban, harto más fácil tarea que la de abrir ancha brecha por entre árboles seculares i tupidas malezas, en medio de las lluvias. Vino de aquí la desatentada desorganización (llamada vulgarmente *reorganización*) del rejimiento de artillería que quitó su puesto a Velázquez, a Novoa, a Montoya, a Salvo, a Pablo Urizar, a Delfin Carvallo; pero por una nobilísima retribución de un patriotismo jeneroso, los cuatro mozos últimos nombrados salvaron el Ejército bajo el comando del primero en la primera batalla campal de la campaña.

Por fortuna el capitán Carvallo pasó al Buin, i de allí pudo recobrarle su antiguo jefe el comandante Velázquez cuando el gobierno acertadamente confiara a éste la verdadera organización de la artillería para las campañas en que los cañones llevarían constantemente la victoria dentro de sus armones.

Pertenecía el capitán Carvallo a la brigada Krupp con que el bravo Montoya, que murió de cruel dolencia como él, batió el ala derecha de los aliados, tendida en la pampa del Porvenir, i la

dispersó como leno seco que el viento arrastra, yendo la caballería, cual siempre, adelante de la fuga i de la polvareda.

IX.

Pero ahí mismo, i al retirar un obturador de una pieza caldeada por el fuego, fué cruelmente herido el capitán de batería. La artillería chilena hizo en San Francisco 815 disparos en menos de dos horas.

Desde ese momento comenzó la horrible lucha que vino a desenlazarse en una aldea de la provincia de Santiago, asilo de la dignidad, del dolor i la pobreza.

«Ultimamente,—nos escribía un amigo que participara de las intimidades del desdichado inválido,—pensó Carvallo retirarse al campo, esperando de ello algún beneficio para su salud; pero sucedió que cuando se preparaba a hacerlo se propuso arreglar sus cuentas con la Tesorería.

«El día que se dirigió a la Moneda para hacerlo, sufrió el más rudo golpe que hasta entonces pudo haberle agobiado. Resultó de su arreglo que, en lugar de alcanzar a la caja, salía debiéndole 600 i más pesos que debía pagar con el *sueldo íntegro de cada mes*.

«Nada valió en su favor para que esta deuda equivocada pudiera ser pagada con la tercera parte de su sueldo, como es de ordenanza. Desde entonces, al verse enteramente inutilizado para trabajar i abandonado de esta manera, quiso más bien ir a soterrarse para siempre en una pequeña propiedad del pueblo de Maipo que poco antes tomara por contrata en alquiler. Un amigo había valido a su infortunio i así había podido llegar al lugar que debía ser su sepulcro¹¹.

X.

Al fin el largo drama se desenlazó en la soledad el 9 de marzo de 1882, i tres días después, en igual soledad, tuvo lugar su inhumación en el cementerio de Santiago. Formaron su último cortejo *cinco* acompañantes, dos de ellos deudos otro dos antiguos camaradas i *un amigo*.

XI.

Una justicia, o más bien una reparación nos cabe hacer, i en esto obedecemos a la misma lei que inspira nuestra franqueza en la alabanza como en la censura, en la condenación como en el elogio.

Sabedor el jefe del Estado, si bien demasiado tardíamente, de las indecibles amarguras que rodeaban al herido de San Francisco en sus postrimeras horas, devorado a la vez por el pus i por el fisco, ordenó que le fueran entregados sus haberes, i para que el pan de sus hijos tuviese la suficiente miga de sustento, nombróle, pocas horas antes de expirar, teniente coronel de su arma.

Bueno i santo fué ello, porque así sabrán los servidores de Chile que siquiera a la hora de la muerte habrá justicia para ellos!

XII.

Una palabra i un dolor más todavía.—El comandante Carvallo moría en los primeros días de marzo de 1882, i su joven esposa, una señorita que llevaba, como él, trocado su apellido paterno, lo siguió al sepulcro sólo pocos meses más tarde. La guerra no sólo mata a los soldados, porque extingue también en un común dolor los hogares.

DON CÁRLOS ALDUNATE

TENIENTE DE ARTILLERÍA



I.

E todos los dolores que enlutan hasta hoi día los hogares i traspasan a fondo los corazones, ninguno en el mundo es mayor que el dolor de las madres que lloran sobre el hijo muerto. Seca el sol antes de su ocaso la lluvia que ha empapado la tierra en la mañana; agosta la temprana brisa el rocío de las flores; enjuga el olvido todo llanto, aún el de aquéllos que amando locamente... vieron plegar sus alas de luz en lóbrega noche, para no volver, al anjel de sus ensueños. Pero no hai sol, no hai cierzo, no hai olvido que agote las lágrimas de los que lloran por sus hijos, destellos vivos del alma que vuelven eternamente al alma como la luz a su foco.

Ese es el dolor eterno del Calvario, el dolor de los dolores. I por mandato de Dios, que así lo dejó esculpido en sus tablas i en los corazones, no hai ninguno que se le asemeje. Esconden, a la verdad, en sus entrañas las jóvenes madres a sus criaturas con la vanidosa codicia del avaro que guarda en cofres de oro toda su opulencia, con el orgullo con que la tierra parece henchirse cuando ha roto por entre su esponjosa estrata la rica simiente que va a darle sombras,

pámpanos i flores; críanles después a sus senos, partiendo con ellos su porción de vida, de sol, de alegría, de abnegación infinita en que todo se abdica para mejor amar en el cuidado. Enseñanles después, con el ejemplo, la ciencia de la vida en la oración, en la cartilla, en el tímido pero vigilante ensayo de todas las facultades que brotan lentamente de su jermen, desde el primero i tembloroso paso, desde la primera i dulcísima modulación de los acentos, desde la primera ira reveladora, desde el primer triunfo del alma i de la intelijencia que se abre paso a través de la túnica de los sentidos como la luz que rompe la grieta a través del muro.

I un día, cuando todo esto ha sido hecho con incesante, tierna, porfiada, sublime perseverancia, surge en torno al cortijo en que se mecen ya logradas las espigas que van a ser la rica miés del alma i de la vida, el ronco murmullo de la guerra; un ordenanza de Gobierno golpea impasible a la puerta con un pliego..., i entonces, a nombre de la Patria, que reclama su parte de maternidad en todos los hogares, las madres que todo eso han logrado, sorprendidas en su lecho, ven partir uno en pos de otro todos sus tesoros para que el acero i el plomo enemigos rompan, allá, en lejana i enemiga tierra, i esparzan al viento de la matanza en los campos de implacable pelea, o en medio de los cementerios

sin lápida i sin cruz, todo aquello que ellas habían escondido, salvado i bendecido, desde su concepción a su martirio.—¿Cuándo hubo, entonces, más hondo, más justificado, más insondable dolor?

II.

I en esta guerra cruelísima, la primera que se ha hecho en la América con las armas destinadas a matar de prisa i por masas, ese espectáculo se ha presentado con el mismo horror en todas partes. De Atacama partieron tres Martínez, un padre i dos hijos; i los tres guerreros, el tronco i los retoños, fueron devueltos a los patrios lares dentro de sus helados sarcófagos de zinc. De la Serena marcharon a la guerra tres Varelas, de Talca tres Fernández, de Melipilla cuatro Serranos, de Santiago cuatro Calderón, dos Salinas, cinco Alamos Quirós, i en algunos de esos casos de supremo patriotismo el grupo heroico cayó entero dentro de la fosa; en otros quedó cruelmente roto i mutilado.

En diverso sentido, la muerte por el rifle se ha cebado con verdadero furor en recintos en que bullía ayer vida dichosa i juvenil. Victorino Salinas, honrado i animoso padre de Santiago, vió caer al hijo de su propio nombre en la ladera de Tacna.

—«Padre,—díjole el hermano que seguía en edad al valiente infante muerto, niño de quince años,—déjame ir a tomar venganza de tu sangre.»

¡I el hijo vengador quedó muerto en la ladera de Chorrillos!

—«Padre,—dijo a su vez el hijo del viejo comandante Calderón, que tenía tres mancebos en las filas cuando uno de ellos hubo caído,—déjame ir a vengar a mi hermano.»

Otorgó el anciano su licencia, i a la vuelta del tiempo, leyendo la larga, la inacabable lista que el duro lenguaje de las armas llama brutalmente

bajas, los nombres de los dos adolescentes Calderón estaban escritos el uno bajo el otro en la misma nómina. Emilio había caído en Tacna junto a la trinchera, rota la altiva sien por una bala. I esa misma bala mató a Armando, atravesándole el pecho, junto a las trincheras de Chorrillos. Un tercer hijo, Juvenal, brillante capitán de cazadores que en la última batalla nombrada mandaba la escolta del jeneral Baquedano, vendría todavía a expirar bajo el acongojado techo del infeliz anciano, i días más tarde cabía su turno al cuarto hijo de la guerra, Arturo. I después todavía se iría el padre en pos de los hijos, todo por la guerra i para la guerra!

III.

Elejimos entre muchos estos ejemplos de sacrificio por la Patria tan sólo por la tierna juventud de los que así tributaron a Chile ofrenda de su vida apenas comenzada; i entre esos cúmples colocamos hoi el homenaje magnánimo de un niño heroico que sucumbió por salvar a su compañero de cuna en medio del fatal combate.

IV.

Roberto Aldunate Bascuñán, fallecido en Valparaíso a consecuencia de sus heridas, en la noche del 26 de enero de 1881, a la edad de veintidos años, nació en Santiago el 4 de enero de 1859. Como nieto del jeneral don José Santiago Aldunate, el ríjido i pundonoroso maestro del honor en su carrera de soldado i en su cátedra de la Academia Militar, tenía aquél en ese establecimiento, reservado casi desde la cuna, como los antiguos «cadetes» de la colonia, a quienes al nacer poníanles sus padrinos los cordones de su empleo, otorgados por el rei, cabiale, declámos, un puesto de honor. En consecuencia, i después de haber adquirido las primeras nocio-

nes de su carrera en el Instituto Americano de Valparaíso i en el Nacional de Santiago, el nieto del fundador de la Academia en su planta moderna entró de cadete efectivo el 29 de octubre de 1872, cuando había vivido apenas trece años.

V.

Distinguióse en sus estudios el tierno alumno de una manera notabilísima, especialmente en todo lo que su aprendizaje tenía relación con el arte. Hijo de un artista i de una mujer que ha tenido todas las gracias reunidas en alma tan gentil como su rostro, Roberto se apasionó del dibujo, de la pintura, de la esgrima, de todo lo que era plástico i brillante en los áridos estudios técnicos, i casi siempre obtuvo los primeros premios asignados a esos ramos.

Coronados éstos por una notoria contracción de cinco años, el cadete Aldunate era nombrado subteniente abanderado del 4.º de línea el 16 de diciembre de 1876.—La bandera es la poesía, el diseño, el iris glorioso del regimiento, i por esto Roberto Aldunate se encargó ufano de su asta.

Pero el arte no era en él entusiasmo únicamente: era deber, era anhelo del porvenir, era nobilísima ambición de engrandecimiento. Apenas dejaba cumplidas, en efecto, sus obligaciones de rutina en el cuartel de la Recoleta, el abanderado Aldunate pasaba el río para ir a disputar honrosamente los premios que obtuvo en la Academia de Pintura bajo el intelijente maestro Mochi o atravesaba la ancha calle para rendir sus exámenes de humanidades en el colegio del Salvador, fronterizo a su cuartel.

Un amigo nuestro, nos refería que él asistió oficialmente al examen de filosofía de aquel niño de 18 años que hablaba i comentaba los misterios i los fenómenos de la conciencia humana con la espada ceñida a la cintura, i añadía que, hacién-

dole cabal justicia, le había arrojado en el platillo su voto de distinción.

VI.

En tan nobles ejercicios halló la guerra a Roberto Aldunate, que acababa de cumplir 20 años, i, de los primeros, partió al norte con su regimiento. «En Valparaíso,—escribía a su madre desde Antofagasta el 22 de abril de 1879, pintándole con cierto injenuo orgullo las emociones de su partida de guerrero,—hubo grande entusiasmo a nuestra salida. Las calles estaban llenas; en los balcones se veía a todas las señoras i niñas de Valparaíso. Era imponente la marcha del regimiento; todos íbamos pálidos i como electrizados; todos nos miraban con tristeza i cariño; las señoras i aún algunas niñas se veían con los ojos llenos de lágrimas; había un silencio profundo i no se oía otro ruido que el de la música i el de la tropa al marchar.»

VII.

Eran esos los adioses i los prismas risueños de la crédula juventud, crisol de fuego en que bullen todas las jenerosas esperanzas antes de la prueba. Pero sobre esas almas caen más aprisa que en las otras, las cenizas de los desencantos; i en efecto, un mes más tarde, hastiado el impaciente mozo, tan sólo por la demora de unos cuantos días, comunicaba sus impresiones a su efectiva confidente con estas palabras, que traicionaban su juvenil vehemencia i su temprano desencanto:

«Todos estamos deseosos de marchar luego, estamos impacientes i empezando a impacientarnos al ver la calma con que marchan las cosas. Los señores jenerales no sé en qué se ocupan i se hayan ocupado desde que han llegado. Mamá, cuando pienso en la calma con que se llevan

las cosas, me desespero; la idea sola de que podemos tener un descalabro me hace sufrir mucho; por desgracia, *lo necesitamos* para que confíen menos en Dios i se muevan.»

VIII.

Esto escribía el oficial del 4.º el 13 de mayo de 1879, i como si el hecho hubiera venido de molde a su jenerosa cólera contra la nostalgia en que vivió la guerra inerte como la crisálida, en los primeros ocho meses de Antofagasta,—añadía el 23 de mayo, al recibirse en aquella ciudad por el *Loa* la noticia del primer malón peruano llevado dos días antes a las aguas de Iquique por el *Huáscar* i la *Independencia*:—«*¡Ya empieza lo bueno!* Según parece se ha verificado lo que presentía. Nos han dado el primer golpe i le han sacado la lengua los peruanos al almirante Williams.»

IX.

I este ardimiento por la acción, que era el tema más constante de sus cartas en la intimidad, formaba el reflejo total de las almas en aquel ejército brioso i juvenil, puesto a amplia ración de sueño en su campamento de arenas. «*¡Todavía duermen!*—escribía el 14 de junio.—*¡Esto sigue siendo eterno!* La impaciencia es ya grande, tanto en la tropa como en los oficiales.» I el 1.º de agosto, enclavado siempre en la cruz, volvía a insistir en su protesta. «*Es difícil,*—decía,—*llegar a imaginarse cómo están los ánimos por aquí; la desconfianza, el desaliento se ha apoderado de todos i tardarán en volver el entusiasmo i la confianza. ¡Nos vemos vendidos por salitre!...*»

La palabra del mancebo era cruel, pero ¿acaso no comenzaba a ser verdadera?

X.

Al fin, el sueño del desierto tuvo un término, como la escalera de Jacob, i Roberto Aldunate marchó a Pisagua. Había cambiado ahora su túnica de infantería por el uniforme codiciado de artillero, a fin de dejar su puesto i su bandera a su hermano Carlos, niño de 15 años, que fué a reemplazarle en su querido rejimiento.

El coronel Velázquez, su nuevo jefe, apreciando con ojo certero sus cualidades especiales, le colocó en el parque de su arma, puesto que requería una contracción intelijente i una viveza de ardilla en el campamento i la batalla.

XI.

Hallóse en esa condición Roberto Aldunate en el combate de Pisagua i en la batalla de San Francisco, i en ella pasó resignado toda la segunda etapa de la campaña, tardanza más inclemente que las batallas, metido todo el ejército entre los calichales de Tarapacá, segundo plazo de la somnolencia gubernativa, que duró tres meses, de noviembre a febrero, como la siesta precursora de Antofagasta había durado de febrero a octubre.

Pero dejado allí, en la árida pampa, el adolescente artillero, confióse, en la soledad sin horizontes, a sus gustos de artista i gozó días de felicidad a su manera. El mismo se había construido con trozos de caliche un rústico *chalet*, que dibujaba con candorosa satisfacción en una de sus cartas a su madre, i en ella decía, desde el campamento de San Antonio, el 25 de enero de 1880:—«*¡Ah, mamá, en qué alternativas he pasado este último tiempo; ayer triste, hoy contento; ayer desanimado, hoy lleno de esperanzas! ¡Así es la vida! Ahora te puedo escribir con cara risueña, i alegre, ¡estoy contento!*»

«Ya puedo poner a tu disposición una casa de mi propiedad i edificada por mí.»

«En su rústica construcción,—añadía el artista, convirtiendo el médano en idilio,—hai algo de atrayente; el sol aquí ilumina de una manera agradable, la luna también penetra por entre sus rendijas, con tanta suavidad i dulzura, que toca el alma. Aquí se hacen llevaderos los días de ausencia; aquí se evoca de una manera particular el recuerdo de la familia.»

XII.

Eso escribía Roberto Aldunate el 25 de enero de 1880, bien lejos sin duda de pensar que un año más tarde en igual día agonizaría entre los suyos... Pero es preciso que, desde luego, se sepa que en aquella alma injenua, que vertía sus inocentes emociones en tan poético lenguaje, no había ninguna de las vanidades propias de sus años, sinó el fondo santo del augusto deber valientemente cumplido. Roberto, junto con su hermano, compañero de sus fatigas, habían comenzado a ser los más eficaces cooperadores del techo de los que amaban i que durante veinte años había sostenido su padre, fatigado por incansable i mal remunerado trabajo, trabajo de artista,—i por su juvenil i animosa madre, reina en la colmena. «Veinte pesos, —decíale Roberto a la última desde Antofagasta, con esa encantadora corteidad de la primera ofrenda,—te manda Carlos, i yo treinta i cinco, de nuestros pobres sueldos. Te pedimos sí que nos des una prueba de tu cariño empleándolos en tí. Cómprate por lo menos lo necesario. Algo es algo.»

XIII.

I cuando la maternal, sencilla, dulce retribución había llegado al campamento, el noble mancebo exclamaba: — «Mamá, te he agradecido

mucho el pañuelo i los anteojos; pero se me hace escrúpulo el que hayas hecho este gasto en mí. ¡Si supieras, querida mamá, cuánto deseo ser rico para mandarte toda mi fortuna! Es mi único anhelo el que llegué el día en que estés libre de necesidades.»

Los Aldunate Bascuñán eran tres al comenzar la guerra, i por eso el mayor de ellos decía con ufanía en esta ocasión a su madre:

«¡Qué orgullosa debes encontrarte con tus tres hijos militares! Ahora sí que eres verdadera madre chilena. Piensa, mamá, en el contento que vas a tener cuando veas entrar a *los tres Carre-ra* triunfantes en Santiago»...

I mezclando en seguida en un solo cáliz sus dos amores, por aquella que le había dado la vida i por la Patria que le había entregado una espada, en esa misma o en vecina ocasión agregaba (agosto 1.º de 1879):

«Anoche soñé que me habían llegado los retratos. ¡Cuánto gocé con ellos en mi sueño! ¡Cuánto sufrí al despertar viéndome solo!

«Si estás triste, alégrate, mamá, domínate i no sufras; quiero encontrarte tan interesante como te dejé.

«No todas son dichas i venturas en este mundo,—agregaba,—hai momentos de decepciones amargas. Nuestro Chile se encuentra en éstas; pero no debe abatirse. Que levante su majistral cabeza más tranquila i serena que nunca, i designe el hombre que nos salvará.»

XIV.

La pasión dominante de aquellas almas fogosas, como la adolescencia, era, empero, el amor a los combates. La juventud de Chile no había ido a contar ni a pesar sacos de salitre en el desierto. Había ido a pelear por la gloria de su Patria i por la suya propia.

«Aquí,—volvía a escribir el tierno hijo a su

acongojada madre el 4 de febrero de 1880 desde San Antonio, en una de esas cartas robadas a la intimidad, que reproducimos con particular predilección porque ellas retratan no las ambiciones sino las almas;—aquí me tienes siempre esperando que nos muevan para que concluya de una vez esta maldita guerra que me tiene tantos años separado de tí! I por desgracia, no hai esperanza de que esto se realice tan pronto; siempre siguen durmiendo, i empiezan a contagiarnos a nosotros, pues nos están dando ganas de acostarnos para no despertar *hasta que nos lleven a Lima*».

I véase cómo entonces, las naturalezas más inexpertas, los niños, los que no están obligados a pensar ni a decidir, pedían bajo la lona lo mismo que solicitaban todos los patriotas de Chile!

«Se dice,—agregaba familiarmente el hijo a la madre el 25 de marzo de 1880 desde Ilo,—que *nos vamos luego a Lima para concluir*; pero no creo que esto sea otra cosa que una solemne bola.

«¡Quiera Dios que sea cierto! Así concluirá luego esta friona guerra. Los peruanos tienen un pánico terrible en Lima. *En Lima no opondrán sino una lijera resistencia cuando vayamos*».

XV.

Pero el intelijente i despierto niño no estaba destinado para lograr en la campaña su supremo deseo. Cuando partió el ejército de Pacocha para Moquegua i Tacna, el alférez Aldunate, promovido ahora a teniente, fué dejado *empacchado*, según él pintorescamente decía, en aquel mortífero clima, a cargo del parque de artillería. I por esta circunstancia no tuvo la fortuna de pelear en Tacna ni en Arica; Carlos, su hermano, lo haría por él, i con tan señalada bizarría, que bien pudiera decirse ejecutó él sólo las hazañas de dos héroes.

Roberto, entretanto, no podía consolarse con su aislamiento i su inacción en aquel triste paraje.—«Me tienen aquí, solo i abandonado,—exclamaba a fines del otoño de 1880.—¡Qué te parece la suerte de tu hijo! Todos han marchado al campo del honor i a mí me dejan abandonado a cargo del parque... Son ocho los oficiales de este parque, i me dejaron a mí solo; soi el único que no conozco a Locumba, Moquegua, Hospicio, etc., ¡i ahora quedar sin ir a Tacna ni a Arica!

«Por suerte, ayer por casualidad me llegó un compañero que no tardarán en pedírmelo i dejarme otra vez solo.

«Antes de partir la expedición,—agregaba como para consolarse,—trabajé mucho; entre otras cosas, preparé hasta embarcarlos doscientos tiros para treinta i ocho piezas de artillería, etc., i creyendo haber contraído los méritos suficientes, al tiempo de embarcarse le pedí al comandante que me llevara.—«Usted es necesario aquí; alguien debe quedarse»—fué la contestación».

XVI.

El teniente Aldunate no se hallaba, sin embargo, enteramente solo en su destierro de Ilo. A fuer de artista i de niño, había logrado disciplinar un verdadero rejimiento de gatos, de los muchos que la fuga de los moradores del valle i del pueblo había dejado errantes, perdidos i hambrientos. Acordándose probablemente de la beata de Santiago, conocida de su familia, «que hacía hablar los gatos», el aburrido teniente compartía con éstos su ración i teníalos a sus órdenes haciéndolos ejecutar a su voz mil acompañadas evoluciones. Un día perdió, más por sorpresa que en leal batalla, uno de aquellos singulares reclutas, i su aflicción fué grande. «Hoi se metió,—escribía el 27 de abril,—un perro aquí, i me mató un gatito; esto me ha hecho sufrir gran-

demente; era uno de los más regalones. Le he hecho un solemne entierro»...

Así eran esos queridos niños, gatos jugueteros de la materna alcoba, que la muerte ha trocado en héroes.—Jugando a los gatos se preparaban para el último i supremo holocausto del enemigo de la Patria i al suyo propio.

XVII.

El clima de Pacocha trabajó intensamente, junto con el tedio, el alma impresionable de Roberto Aldunate, i su salud, que había sido siempre delicada. Una cruel disentería le puso al borde del sepulcro, i hubo de ser traído a Santiago, donde le encontramos ya recobrado i animoso en las fiestas de setiembre de 1880.

En octubre estaba otra vez en Tacna, i mientras los grandes hombres de su tierra jugaban como grandes a las paces, como él jugaba a los gatos, tentóse Roberto de amores i entró por algunas horas en tan peligroso juego, nunca más peligroso que en una ciudad conquistada, porque entonces los vencedores pasan a ser vencidos i a ser esclavos.

Mas la reacción jenerosa del deber se operó con la rapidez con que en aquel carácter impetuoso todo se sucedía. Roberto era por su índole un verdadero francés, casi un parisiense en sus impresiones i hasta en su talante, como resalta en su retrato, contraste visible con el cachorro que le acompañó a la guerra, su hermano Carlos. I así, haciendo confesión injenua a su madre de su leve culpa de infidelidad, decíale desde Arica el 9 de octubre:—«Pienso sólo en que luego estaré a tu lado. Tú eres mi *único templo*; pude cometer una locura, pero ya pasó la tempestad, i con ella el aturdimiento. Reflexioné un poco, pensé en tí, i me volvió el juicio...»

¡Pobre madre, amada de esa suerte! ¡Qué de-

volución te harán, ni cómo sabrán encontrarla los que te han quitado tanta dicha i tanto orgullo en ese amor que tus lágrimas de viuda cultivarán eternamente, pero sin ser ya correspondido!...

XVIII.

La última carta de Roberto Aldunate es de Curayaco, enero 1.º de 1881, día de íntimas felicitaciones, que para él fué sólo de esforzadas tareas en la víspera de la muerte. «Aquí me tienes,—escribía ese día a su madre,—*gozando* de un poco de calor. Tengo algo que trabajar; esto i desembarcando el parque de la primera división: esto me tiene contento, pues trabajando se hace corto el tiempo.

«Los peruanos mui tranquilos; estamos mui vecinos i, sin embargo, no tienen la cortesía de venir de cuando en cuando a hacernos una visita.»

I, a la verdad, no serían los peruanos sinó los chilenos los que llevarían esa visita heroica al hogar de Lima, i en ella el denodado mancebo encontraría fin lastimoso, pero digno de sus mayores.

XIX.

Aunque alejado, en razón de su puesto de oficial de parque, del peligro de la batalla, cuando ocurrió en un momento crítico i análogo que faltaron las municiones a la brigada de montaña del intrépido e intelijente mayor Emilio Gana, que mandaban a su lado en dos baterías los valientísimos capitanes Errázuriz i Fontecilla, Roberto Aldunate corrió en persona arriando él mismo las mulas i los arrieros. Pero al llegar a la batería Errázuriz, que estaba directamente bajo el fuego, alguien díjole que su hermano Carlos, subteniente del 4.º, que en esa misma dirección peleaba, acababa de ser muerto...

Loco de dolor, i sin escuchar más que los gritos de su corazón, precipitóse el jeneroso mancebo en busca de su hermano, i fué de esa manera cómo en medio de las filas, después de haber caído su caballo, recibió la herida mortal, que destrozándole completamente el brazo derecho en su parte superior, le llevó al sepulcro.

El teniente Aldunate fué uno de los pasajeros del *Itata* i una de sus primeras víctimas. Operado el 25 de enero, sucumbió a su herida i al delirio en la noche del siguiente día, en brazos de su padre i de su hermano primojénito, a los veintidos años i días de su nobilísima i entusias-

ta existencia, que embelleció hasta el último suspiro con una afectuosa sonrisa. Roberto Aldunate era una de las más brillantes esperanzas del ejército, i para formarse este justísimo concepto habrá bastado a muchos la simple lectura de los párrafos de ternura íntima, de amor entusiasta, de fe patriótica, de bien inspirado criterio i de sublime abnegación que en ellos campean. Como hijo fué incomparable, i como hermano i camarada selló su existencia sacrificándola alegre en el campo de batalla.

Roberto Aldunate murió digno de su nombre i digno de su bandera.

DON CARLOS SAMUEL BARRIOS

CAPITÁN DE ZAPADORES



I.

EXTRAÑAS analogías i raras similitudes en el dolor suele ofrecer la vida, la juventud i el destino de los hombres que recordando la edad de hierro nacen asidos al acero i mueren en la batalla o en el lecho sin soltar su férrea empuñadura. Así, para hacer justicia a los que ya marcharon hacia la inmortalidad i para ofrecer aliento a los que caminan por el rumbo de las sublimes i postreras abnegaciones, escribíamos ayer la corta pero brillante vida de un joven soldado del ejército, el capitán Francisco Olivos, del 2.º de línea, muerto gloriosamente en Tacna, i que llevaba por señas i etapas de su nobilísima existencia las siguientes: — *Patria*, la Serena. — *Edad*, 24 años. — *Condición*, capitán del ejército de línea. — *Profesión*, lidiar por la causa de su patria.

I así cabe hoi su turno en las pájinas enlutadas de las memorias que fueron, a otro joven capitán del ejército de línea, entusiasta hasta el fanatismo por su bandera, valiente hasta la heroicidad, según el testimonio auténtico de sus jefes, hijo de la Serena, esto es, hijo de la ínclita ciudad de los valientes desinteresados, en el mismo año, tal vez en el mismo mes, acaso en

la propia hora que el capitán Olivos, para morir ambos en la lozana flor de años juveniles.

II.

Carlos Samuel Barrios fué, según dijimos, oriundo de la capital de Coquimbo i de un combatiente de su sitio de 1851 (don Candelario Barrios), quién al mando de una trinchera de la plaza asediada, demostró señalada bravura; i, como el capitán Francisco Olivos, vino al mundo en 1856. Por su madre la señora Clarisa Espinosa, procedía de antiquísima i opulenta familia coquimbana.

Don Juan Jerónimo Espinosa, a quien el autor de estos recuerdos conoció en 1851, había «romaneado» la plata (esta es la expresión del norte) de Arqueros en su juventud, i su bisabuelo había probablemente «romaneado» el oro de Andacollo, por lo cual, i a virtud de la eterna lei de los desequilibrios humanos, su nieta no tiene hoi un pan ni una moneda que echar en la variable balanza de la vida....

III.

Menoscabada la fortuna antigua i muerto el padre en edad temprana i sin valimientos, porque careciera aquél, de la suficiente firmeza

en sus principios políticos, condujo la madre viuda al tierno niño a Santiago cuando tenía diez i seis años, i reconociendo en él los bríos heredados del capitán de trinchera de 1851, logró con ruegos incorporarlo en la Academia Militar, en calidad de cadete efectivo, el 27 de marzo de 1873.

IV.

Disuelto aquel poco afortunado establecimiento, según se recordará por muchos, tres años más tarde, a causa de las culpables o atolondradas turbulencias que en octubre de 1876 ocurrieron en sus claustros, vióse el joven cadete forzado a interrumpir su carrera por ajena culpa, i volvió, mal de su grado, a los blandos ocios del hogar materno.

Su mérito i su adhesión no habían pasado, sin embargo, del todo desapercibidos, i como al estallar el motín nocturno de la Academia tuviese ya mui adelantada su carrera, concedióle el gobierno, a mediados de 1877, un puesto de subteniente en el batallón Buin. La interrupción de su carrera militar había durado sólo pocos meses.

V.

Era aquella fecha, a la sordina, casi la víspera de la guerra, i desde su primera hora marchó el bizarro mozo a los campos de batalla.

I hubiérase dicho que éstos habían dádole cita, porque encontróse en todas las acciones de guerra de la primera i segunda campaña: en Pisagua, que fué un atropellado pero valentísimo ensayo; en el combate de San Francisco i en el Campo de la Alianza, dos batallas campales; en el asalto de Arica, en que su rejimiento perdió con ira la rifa de la preferencia en la acometida, i después en Chorrillos i Miraflores, que fueron no sólo dos batallas campales sinó dos batallas decisivas.

VI.

Fué su denodada conducta en estos últimos hechos de armas lo que arrancó a su propio jefe, el distinguido comandante del rejimiento de Zapadores don Aristides Martínez, el tributo de elogio que copiamos en seguida como un digno homenaje a su memoria:

«El coronel que suscribe certifica: que el capitán del rejimiento de Zapadores, don Carlos Samuel Barrios, muerto últimamente de fiebre amarilla en uno de los departamentos del norte del Perú, fué un oficial distinguido por su conducta i moralidad, i que en las batallas de Chorrillos i Miraflores se hizo notar por su denodado comportamiento.—Copiapó, setiembre 1.º de 1882.—(Firmado):—A. MARTÍNEZ.»

VII.

Entretanto, el valeroso oficial coquimbano, promovido a teniente después de las batallas de Tacna i Arica, había sido ascendido a capitán, i pasado con este grado efectivo al rejimiento de Zapadores el 14 de noviembre de 1880, es decir, en la víspera de la retardada marcha a Lima.

Después de la captura de esta ciudad, que habría puesto de sobra término a la campaña si la voz de los hombres de guerra hubiera sido oída o siquiera consultada, correspondió al antiguo i probado rejimiento de Zapadores la tarea de ir a ocupar los mortíferos climas del departamento de la Libertad, asiento de todas las fiebres ponzoñosas de los trópicos, que allí destilan la muerte así en los labios que la juventud tiñe de rosas como en los pechos mejor templados por la fibra o por el fuego, para mejor resistir las luchas físicas de la existencia.

VIII.

Como es sabido, el rejimiento de Zapadores

fué casi por completo aniquilado en Trujillo, en Chiclayo, en Eten, en todas sus guarniciones, no por el plomo enemigo sino por la imprevisión superior que aplasta i derriba, pereciendo su pundonoroso jefe, el teniente coronel don José Umitel Urrutia, en Chiclayo i el comandante jeneral de la división, el malogrado coronel Urizar, en Trujillo. Uno de aquellos sufridos i silenciosos mártires del deber que, a fuer de buen zapador, había sido carpintero de oficio, alcanzó a clavar en la última ciudad 106 toscos ataúdes para sus compañeros inmolados antes que él. El número 107 fué el suyo propio.

I todo este acopio de horror, contado por centenares de víctimas, era el precio de unos cuantos sacos de azúcar moscabada, llamada «Rosa Emilia», i de unas pocas marquetas de chancaca que iban a engrosar con sus cuotas de derechos fiscales la renta aduanera de la ocupación, este negocio a la gruesa ventura en que Chile ha perdido millones de pesos i millares de vidas.

IX.

Resistió cual pocos al maleficio mortal de la epidemia el joven capitán de Zapadores, gracias a su juventud, a la templanza de sus hábitos, a su moralidad a toda prueba, i ¿por qué no decirlo? al influjo de calorosa i escondida llama que alentó en su pecho la esperanza, diosa de dulces engaños que de continuo prolonga las horas de la vida... Una joven peruana, hija de Trujillo, pero establecida en el seno de respetable i acomodada familia de Chiclayo, había aceptado, en efecto, sus querellas de soldado i caballero, consintiendo en ser su esposa, no obstante el abismo de odios que separaba las naciones i los hogares.

X.

Pero la desposada del capitán chileno sería

sólo el anjel lloroso de su lecho de muerte i de su tumba cavada cerca del altar de los amores i en el sucio osario de una tenaz pestilencia por adverso i bastardo destino.

I, caso triste, pero que acaricia i refresca el alma apenada como el suspiro de la brisa en la noche candente de los trópicos: fué ella misma quien contó a la madre de su prometido, ya malogrado, su abnegación i su luto en tiernísima carta de mujer que ama i llora, i que así dice dentro de la orla de duelo que la encierra i tenemos orijinal a la vista:

«...El miércoles 23 de febrero (de 1882) cayó enfermo, con síntomas bastante graves, mi más estimado amigo e hijo de usted, el señor Carlos S. Barrios; inmediatamente se le prodigaron los mas exquisitos cuidados: cuatro noches pasé en vela a fin de que no le faltara nada. Mas, hai casos en que la ciencia i los cuidados son insuficientes. En la mañana del domingo 26 los médicos lo creían aliviado, pero yo le encontraba algo que me intranquilizaba: deliraba mucho; se hizo junta de médicos i resultó de ésta que le restaban muy cortas horas; se le administraron los últimos sacramentos i a las nueve del día espiró en mis brazos... ¡Irreparable pérdida, señora! pues Barrios era un joven sin igual, querido de todos i envidiado de muchos. Con un corazón siempre dispuesto a hacer el bien, un jenio pacífico e inalterable, un trato tan delicado i elegante que, a pesar de lo mucho que sufren aquí las familias, que ni siquiera contestan el saludo de un chileno, mi papá i mamá lo admitieron con gusto en el número de sus mejores amigos. Sólo usted podrá sentir tanto como yo la pérdida de Carlos. El próximo mes había determinado pasarlo con usted, i si se lo permitía usted me haría su esposa... pero ¡oh decretos del Ser Supremo que tanto cuesta resignarse a ellos! ¡Si la tuviese a usted a mi lado para que nos consoláramos mutuamente! ¡Ail! qué feliz fuera si pudiera verla una vez

siquiera! ¡Cuánto me consolaría si visitáramos juntas su sepúlcro!" (1)

(1) No nos creemos con derecho para revelar el nombre de la niña desposada del capitán chileno, que con tanta verdad describe su honda pena; pero su letra, su ortografía, los delicados conceptos que en cada línea vierte i su invitación constante a la madre del que había sido su amado, para que se fuese a vivir, acompañada de su única hija, a su lado, dan testimonio de una cultura de espíritu que no es raro en la mujer peruana. Su apellido era el mismo de la madre del capitán Olivos, cuya biografía ha precedido a la presente, i esa es la única indicación que nos atrevemos a dar de la pasión, de la virtud i de la desgracia de la infortunada joven trujillana.

Tal fué la suerte, no merecida, de quien había peleado en siete combates sucesivos con honor distinguido i llevaba en su pecho siete veces repetidos los colores amados de la patria. Pero si quiera más feliz que otros de los que con él sucumbieron en inglorioso lecho para rendir callado tributo a ímprobo i estéril deber, pudo el capitán Barrios, en su acelerada agonía, sentir el aliento de un ser amado i creer así que las alas de su alma iban a encontrar ambiente i espacio en que latir, al romper la agria túnica de carne que aprisiona en la vida el espíritu inmortal.



Don NICOLAS XIMENES VARGAS



Don JUAN M. JARPA



Don JUAN ANTONIO VARGAS PINOCHET



Don ABRAHAM REYES BASSO

REGIMIENTO

CHILIAN

Agos



DON JUAN A. VARGAS PINOCHET

COMANDANTE DEL REJIMIENTO CHILLÁN

I.



El teniente coronel don Juan Antonio Vargas Pinochet, natural de Chillán i comandante del valeroso cuerpo de este nombre en la memorable batalla del Campo de la Alianza, librada el 26 de mayo de 1880, sucumbió pocos meses después de esa gran victoria, de traidora enfermedad i en vísperas de alistarse la expedición final que debía quebrantar a las puertas de su orgullosa capital el poderío i el orgullo del enemigo tradicional de Chile.

I fué ese un doloroso contraste, porque el comandante Vargas conocía bien el derrotero de Lima, i cuarenta i dos años hacía había entrado a ella bajo el arco de ladrillos de la portada de Guías, «a tambor batiente i banderas desplegadas» mandando una mitad del invicto Carampangue.

II.

Hemos nombrado el batallón en que el comandante Vargas hizo su carrera militar, o más bien, hemos nombrado al mismo Vargas que se identificó casi desde el venir a la vida con esa famosa jente araucana.

Nacido en Chillán el viejo en 1814, Vargas

era cadete del Carampangue en 1827, es decir, cuando tenía trece años.

I militó en sus filas, hasta que el viejo batallón rindió su última hilera i desapareció del escalafón del ejército activo en la voráGINE de Loncomilla.

III.

Con el Carampangue peleó Vargas en Chillán el 16 de setiembre de 1829 contra el coronel Viel que asediaba esa plaza, i en esa acción de guerra recibió su primera herida en el labio superior, herida de bala.

Con el Carampangue peleó en Lircai i en Guías.

Con el Carampangue peleó en Piura el 30 de setiembre de 1838, i embarcado en seguida peleó en Casma el 12 de enero de 1839, víspera de Yungai.

En mar i en tierra el capitán Vargas era siempre «Carampangue.»

Por esto sería lícito sustituir a su nombre francés o catalán de Pinochet, su nombre araucano i lejítimo de Carampangue.—«*Vargas Carampangue*».

Llamaban a Vargas los pone nombres arribanos el *Checo-Vargas*. Pero sus compañeros de armas no ¿preferirán honrarle en adelante con el nombre que hoi le damos?

IV.

Hallóse Vargas en la batalla de Cerro Grande como segundo jefe del 7.º de línea el 29 de abril de 1859; i allí, como en Tacna, recibió dos balas, una en el brazo derecho i otra en el costado izquierdo que le fracturó el reloj haciéndolo chafalonía.

En Tacna el plomo le tocó tres veces, pero en un sentido inverso, porque una bala boliviana le hirió levemente el brazo izquierdo i otra bala le atravesó la espalda por un movimiento singular de circunvalación que quemándole la cutis le desapretinó la casaca como con los dientes de una sierra.

I en esa ocasión tuvo el bravo «Carampangue» una exclamación digna de su gruesa boca de soldado, sombreada por áspero monte de quilas erizadas en bigotes.

Hallábase al lado del segundo jefe del Chillán, el valiente Daniel García Videla, más tarde desairado después de la victoria, i cuando se vió herido de aquella extraña manera, mirándose el rasgón por encima del hombro en cuanto alcanzaba su tosco torso de león envejecido, dijo a su compañero de armas entre airado i risueño: «Hijos de tal; *ni apuntar saben* estos tales...»

V.

Esas palabras pintan al hombre i al soldado de talla entera.

Para Vargas-Carampangue las únicas balas que eran balas, las únicas punterías que eran punterías, eran aquellas que bandeaban el cuerpo mitad por mitad...

Pero las balas de plomo o de acero daban bote en aquella dura epidérmis del guerrero antiguo, i por eso todos los proyectiles tocaban su busto de soslayo...

VI.

El comandante Vargas debió ser hecho coronel después de Tacna. Pero otros se pusieron antes que él en la puerta i en la pecha de palacio, quedando así relegado para *más tarde*... I sin embargo, aquel bravo viejo tenía el 31 de julio del año a cuya postre falleciera, conforme a su postrera hoja de servicios, *56 años, 11 meses i 20 días*... Era justo que *esperase*... ¡I cuántos otros que fueron a la guerra como jefes aguardan todavía su hora, viendo pasar por la acera a los que fueron subalternos i llegaron de prisa a la altura de sus hombros i de sus charreteras, Holley i Wood entre otros!

Una pulmonía fulminante, más certera que las balas, acertó entre tanto el plazo de la antesala. i el comandante Vargas, que iba a marchar al frente de su rejimiento en la primera brigada de la segunda división, falleció en su cama de cuartel en Tacna a principios de noviembre de 1880.

VII.

Pero nó, el comandante Vargas no había desaparecido sinó como sombra, porque tras sus nobles pasos, como los renuevos de añoso roble, han brotado en las selvas del Bío-Bío los soldados que recojieron del muro de Talcahuano i del paso del río de Arauco la bandera que cobijó su heroica niñez de soldado.

I así, cuando los restos del viejo capitán del *viejo Carampangue* vuelvan a sus lares, serán probablemente los soldados del nuevo Carampangue los que llevarán en sus hombros la urna del bravo para dejarlo en paz en el sitio en que naciera para eterna i briosa guerra.

VIII.

El *teniente coronel* don Juan Antonio Vargas

se ha ido al mundo de la fama con nueve batallas en su hoja de servicios i nueve balazos en el tronco de su cuerpo.

I si sus compatriotas de allende el Ñuble erigeran alguna vez a su memoria tosco túmulo de piedra i nos honraran con el dictado de su epi-

tafio, les rogaríamos únicamente que en lugar de poner su nombre de familia i la larga lista de sus heroicos servicios, señaladas hazañas i crueles postergaciones, esculpiesen en la lápida del bravo esta leyenda de gloria i de justicia:

«AQUÍ YACE EL VIEJO CARAMPANGUE!»





Lito. P. Cadot i C^a

EL CORONEL
DON FRANCISCO MUÑOZ BEZANILLA

(Comandante del Rejimiento de Granaderos a Caballo)



DON FRANCISCO MUÑOZ BEZANILLA

CORONEL DEL REJIMIENTO DE GRANADEROS A CABALLO

I.



ACIÓ el coronel don Francisco Muñoz Bezanilla, último coronel del rejimiento de Granaderos a caballo durante la campaña activa, en Santiago el 2 de abril de 1841, siendo sus padres don Francisco Muñoz Bezanilla, hermano del ciudadano del mismo apellido que en 1828 fuera ministro de la guerra de la administración Pinto, i la señora María de La Puente. Los Bezanillas i los La Puente proceden de Lima, i allí como en el hogar antiguo, ha ido a extinguirse el robusto renuevo de Chile bajo el artesonado del palacio de los virreyes (1).

Encuétrase a la verdad casos harto singulares en la varia vida de los soldados, que es una eterna aventura. El coronel Muñoz Bezanilla,

jefe de Granaderos, había nacido, como Rodolfo Villagrán, segundo o tercer jefe de aquel bizarro rejimiento, a la puerta de un cuartel, en su casa tradicional que en la calle del Puente daba vista al *Picadero*, o cuartel de la escolta presidencial formada por el rejimiento de Granaderos en 1841; i así como Villagrán fué formado para la carrera del honor en la Academia Militar, i salió de ella para servir en el 2.º de línea, así Muñoz Bezanilla le había precedido por diez años (lo que le llevaba de vida) en ese establecimiento i en ese cuerpo. Más todavía: el coronel Urízar Gárfias, jefe de ambos i muerto con ellos i por ellos, había comenzado su carrera en ese batallón mártir que se ha extinguido en su propia jenerosa sangre, i fué uno de sus capitanes cuando lo era el inolvidable comandante don Eleuterio Ramírez, hombre de su temple.

II.

Desde niño echóse de ver que el coronel Muñoz Bezanilla seguiría el ejercicio de las armas porque prefería ir a escuchar la tocata de los clarines de la guardia de palacio, allí contiguo, al sosiego de su tranquila casa sombreada de naranjos, i huía a la labor de la escuela que entonces presidía el buen educacionista don Anselmo Harbín en la calle de las Ramadas, por darse trazas para visitar en sus pesebres los briosos

(1) El bisabuelo materno del coronel Muñoz Bezanilla, el buen caballero don Manuel de la Puente, natural de Valmaseda, en Vizcaya, pasó a Chile en 1754, i fué correjidor de Quillota i San Felipe, donde, después de haber edificado dos iglesias, ayudó a echar a los jesuítas en 1767. Poco más tarde, el que sería virrei del Perú, don Ambrosio O'Higgins, edificó como mayordomo i bajo su dirección, las casuchas de la cordillera que todavía se conservan.

El coronel Muñoz Bezanilla había vuelto a encontrar en Lima sus antiguos deudos i había sido cordialmente recibido por ellos. Muchos de estos le rodearon, junto con su esposa, en su lecho de muerte.

brutos de la escolta. Era desde esa edad i fué siempre independiente, franco, bullicioso i peleador de igual a igual, o de abajo para arriba i contra muchos, lo que es raro, pero es simiente de altos hechos en los hombres.

Fallecido su padre sin fortuna en 1852, su madre obtuvo una beca para él en la Academia militar, i llevado por la mano del jeneral Aldunate, que devolvió al ejército el pundonor i el heroísmo de los antiguos Cruzados, entró en sus filas como subteniente de infantería en el 7.º de línea, i por disolución de éste en el 2.º de línea en 1859, año de revueltas.

III.

Atraído como Villagrán por los recuerdos infantiles más que por la tensión de su musculatura i de su talla, que era mediana i bien comparada, entró en febrero de aquel año triste i memorable, cuando la llama de la discordia provocada se destacaba a manera de rojiza hoguera de Arauco a Copiapó, en calidad de alférez del rejimiento de Granaderos a caballo. Pero quiso su buena estrella que su sable no se estrenase en la sangre de los propios suyos.

Al contrario, ocupado exclusivamente en las fronteras, fué uno de los tranquilos fundadores de Mulchén bajo Saavedra, i uno de los más antiguos repobladores de Angol con Lagos i con Baquedano. Como capitán de Granaderos formó parte de la división volante con que en 1869 pacificó el último jefe la rejión comprendida entre el Bío-Bío i el Malleco, guardando todos los pasos del último río contra el bárbaro.

En realidad, el coronel Muñoz Bezanilla hizo toda su carrera militar en las fronteras hasta el grado de teniente coronel efectivo en 1879. Pero formó también allí su carrera íntima rodeada de felicidades, porque en 1875 enlazó su vida a la de la distinguida señorita Celinda Briseño, hija

de uno de los más meritorios jefes del ejército, i quien cerrara los párpados del esposo amado con el último ósculo de la abnegación i del cariño. La hoi llorosa viuda había partido en julio de 1881 llena de resolución i había acompañado a su marido hasta las nevadas sierras, de donde trajo el último el jermen de la muerte.

IV.

Por supuesto, el coronel Muñoz hizo todas las campañas del Perú con sus Granaderos, a contar desde octubre de 1879. Marchó con Lynch dos veces, de Arica a Paita i de Lurín a Lima. Acompañó a Amunátegui a Ica, i cargó en Tacna, i cargó en San Juan. En medio de la última batalla recibió el mando de su cuerpo de manos de su jefe moribundo, i supo reemplazarlo. Pasó en seguida a Trujillo, i traído a Lima desempeñó el puesto de jefe de Estado Mayor del ejército de ocupación desde el 1.º de agosto al 30 de noviembre del año 3.º de la guerra, en que le reemplazó el coronel don José Francisco Gana. El comandante del rejimiento de Granaderos había sido promovido a coronel graduado el 31 de mayo de 1881.

V.

Designado después para mandar la caballería que acompañó al contra-almirante Lynch a la quebrada de Canta en la época más inclemente del año, i por lo mismo la peor elejida, las lluvias constantes, las penurias i la puna postraron su robusta naturaleza al punto de obligarlo a regresar en una camilla a Lima. Su dolencia resultó fatal como el clima, i no obstante los cuidados de una esposa, raro regalo de los que así sucumben lejos de sus lares, la muerte le arrebató a su patria i al ejército en la madrugada del 22 de febrero de 1882. El último rodeó su tumba, i sus funerales tuvieron la solemnidad de un dolor público.

VI.

Distinguían al coronel Muñoz Bezanilla las mejores partidas del hombre de guerra: la franqueza en el trato soldadesco, la alegría en los campamentos, la lealtad a la bandera, su entusiasmo por la patria i su carrera. No gastaba ambages con sus camaradas ni ponía agrio jesto a sus subalternos. Menos todavía encorbaba la cerviz ante los fuertes.

Era por ésto, i por su valor probado en todas partes, universalmente querido i por lo mismo ha sido universalmente llorado. El coronel Muñoz Bezanilla no tenía más enemigos que aquellos que habían flaqueado en el conflicto i que él los viera en el acecho o trás el muro, siendo los últimos, por fortuna, tan pocos en el ejército de Chile que su lista entera cabría en un solo renglón de la historia de la guerra.

No había sido bendecido el coronel Muñoz Bezanilla en su existencia por los dones de la familia; pero había adoptado como a hijos a aquellos de sus deudos que necesitaban de su amparo, i éstos como su digna viuda quedaron en tristísima orfandad.

El país, a su tiempo, habrá de tenderles mano jenerosa, i entretanto nosotros deponemos en la ausencia esta humilde corona de recuerdos, que acaso nadie entretejerá de espinas, porque si la flaqueza humana ha podido acusarnos de ensalzar alguna vez a los que en tierra extraña sufren i se baten por su patria sin morir por ella, nos perdonarán probablemente todos que recordemos una pájina de la existencia de los que ya no volverán de extranjera tierra, sinó para confundir sus huesos con los huesos de sus mayores en el silencioso osario de la patria que no tiene émulos sinó lágrimas, cenizas i perdones.

DON FEDERICO WEBER

TENIENTE DE ZAPADORES



I.

Entre las nobles agrupaciones que la guerra ha presentado en el seno de la familia chilena, ninguna nos ha parecido más digna de veneración que la que han formado entre sí los obreros de la intelijencia i aun sus aprendices.

Por esto en otras ocasiones hemos consagrado una afectuosa pájina a los «once niños» que dejaron en los primeros días de la campaña los talleres del «Patrocinio de San José» para ir a pelear i a morir en Pisagua i en San Francisco, delante de Tacna i delante de Lima.

Por esto contamos juntos la vida, las proezas i el sacrificio de «los dos cadetes de Tacna», niños escapados al banco de la escuela para caer en la arena de la batalla.

Por esto consagrábamos todavía ayer la digna memoria de los subtenientes Prenafeta i Santelices, dos alumnos de liceo, que cerraron en el mismo día sus libros para reposar en ellos su cabeza ensangrentada por el plomo enemigo junto a las paredes del Rimac.

II.

En ese mismo orden sería digno del examen i de la meditación del crítico presente i del his-

toriador por venir, el arte de agrupar en un solo cuadro las figuras de muchos alentados mozos que han muerto por su patria después de haber recibido de ésta la luz de la educación, no ya en la Academia Militar de Santiago ni en la Escuela Naval de Valparaíso, porque éstas son preparaciones técnicas para la guerra, sinó en la Escuela de Artes i Oficios i en la Escuela Normal de Preceptores, que son, por lo opuesto, seminarios de paz i labor tranquila.

Y de entre estos últimos podríamos señalar nosotros hoí mismo i al correr de la memoria, no pocos nombres destinados a la simpatía de sus conciudadanos, bastándonos para el caso citar el de estos tres beneméritos capitanes que han derramado su sangre por la patria después de haber sido humildes maestros de escuela: el capitán del 2.º de línea don José de la C. Reyes Campos, muerto gloriosamente en Chorrillos; el capitán del Santiago don José Domingo Terán, herido gravemente en Tacna i muerto tres años después, a consecuencia de sus heridas, en Talca, i el capitán del Concepción don Wenceslao Villar Eyzaguirre, derribado al pie de las trincheras de Miraflores, donde desplegara ínclito valor para morir después inválido como Terán.

III.

Mas en la presente oportunidad pretendemos

señalar únicamente uno de esos tipos tan escasos entre nosotros como son comunes en las guerras europeas, notables por el lucimiento intelectual de sus capitanes i aun de sus simples soldados, bajo cuya burda túnica se oculta muchas veces un literato insigne como Ponson du Terrail, simple franco-tirador en los bosques de Orleans, o un artista ilustre como Regnaut, simple soldado, que murió como soldado en el sitio de París, al pie del monte Valeriano.

Verdad es que no han faltado a nuestras campañas de mar i tierra hombres de letra brillantes i animosos, entre los que descollarán en la historia Eusebio Lillo e Isidoro Errázuriz, consejeros i partícipes voluntarios de la campaña, i en escala más humilde mozos tan inteligentes como Francisco Guerra Besa, E. T. Caviedes, el notorio corresponsal de EL MERCURIO, Eduardo Hempel i por último Daniel Riquelme, que demasiado temprano trocó su festiva i prometedor pluma por el lápiz prosaico de una oficina de números i de fardos.

IV.

Pero entre los obreros de la prensa propiamente tales, convertidos en soldados voluntarios, es decir, en soldados rasos, sin otro enganche que el de su jenerosa voluntad i que enjugaron el sudor del rostro i restregaron de sus dedos la tinta de la prensa diaria para empuñar un fusil, conocemos uno sólo que en esa condición se haya alistado, se haya batido i haya muerto.

Ese hermoso aunque hasta hoy escondido tipo del patriotismo inteligente es el infortunado mozo, mestizo de raza pero chileno de cuna i de alma, cuyo nombre, por desconocido, habrán leído muchos con sorpresa al frente de esta página.

V.

Federico Weber era, en efecto, hijo de un

francés de su propio nombre i de extracción alsaciana, como aparece de la estructura de su apellido alemán, i de madre chilena, la señora Ana María Núñez, natural de Constitución.

Dejado huérfano de aquel enlace, encontró el desvalido niño el albergue de centro cariñoso que le sirvió de amparo hasta la edad núbil. Llamóse su protector don Matías Núñez.

VI.

Dióle el último buena educación de primeras letras i tan adelantada en estudios serios que salió del colejo para hacerse diarista.

Weber había nacido en 1857 i ya en 1878 redactaba un periódico político en su pueblo natal que llevó el nombre de EL ATALAYA.

No comenzó a la verdad el oscuro aprendiz de literato en el Maule como Thiers, ni como Mignet en el Sena, ni como Dickens a orillas del Támesis su carrera, tronchada al comenzar, en la condición de humilde «reporter», sinó un tanto más arriba porque la empezó de «cronista»: —buen punto de partida para muchas vivaces inteligencias, si en Chile hambre i escribir no fueran cosas parecidas, o más bien, una sola cosa.

VII.

Pero el cronista de EL ATALAYA anduvo de prisa.

Un año después de su estreno redactaba en jefe i alternativamente LA ALIANZA de Constitución i LA CRÓNICA de San Javier de Loncomilla.

Federico Weber escribía además artículos de colaboración literaria i descriptiva bajo el seudónimo de *Juan Guarín*, nombre de guerra que recuerda el de uno de los filibusteros más bravos del Pacífico, compañero de Eduardo Davis i de Bartolomé Sharp en sus correrías del siglo XVII.

Mas no contento con esto, el novel literato de ultra-Maule suspiraba con justicia por encontrar campo más abierto a sus afanes i a sus sueños. I con este motivo había venido a Santiago cuando estalló la guerra.

VIII.

Anduvo el tímido provinciano de imprenta en imprenta, por las calles de la alternativamente polvorosa o embarrada ciudad del Mapocho (que es su lavandera) ofreciendo sus servicios i su tinta; pero todos los huecos estaban ocupados, i de las letras de molde no es empresa llana hacer oro en esta tierra de migajón, porque señalada ventura es trocarla por pan o por pobre lienzo... «Salgo hoí para Valparaíso,—escribía Weber a un amigo desde la capital el 26 de marzo de 1879,—en el tren nocturno (tren de los tristes i de los menesterosos), i allí tomaré mañana el vapor para Constitución. Aquí no he conseguido *nada*.»

Esa expresión era de suyo dolorosa, pero no era exacta, porque estando al decir del gran poeta inglés ¿cuál cosa en la vida no es en realidad *nada*? I por lo mismo el desengaño ¿no es *algo* que enseña, fortalece i educa?

IX.

El desengaño, la nada literaria que de Santiago llevó por el mar i en tren nocturno el escritor del Maule a su embarcadero, fué la impávida resolución de hacerse soldado, i así púsolo inmediatamente por obra enrolándose en la primera partida de treinta robustos *luanayes* que el caudaloso río envió como continjente de músculo i de sangre a la carne de cañón de la la campaña. «Al fin voi a cumplir,—exclamaba el joven ex-diarista en carta del 24 de abril, escrita en Constitución i en la víspera de partir,—al fin voi a cum-

plir mi deseo de combatir por la patria en peligro. Mañana salgo en unión de los tres amigos José Chamorro, Julio Bergeret i Jerónimo Rojas, en calidad de *voluntarios*, es decir, de soldados rasos».

X.

Incorporado Weber en la recluta que en aquellas horas de patriótica iniciativa afluía de todas partes a Valparaíso, puerta de la República, tuvo el voluntario de Constitución la fortuna de ser ascendido a subteniente del Rejimiento Lautaro que a la sazón se organizaba en esa ciudad por un grupo de ardientes repatriados. Al salir del puerto, la barra de la vida i la fortuna parecía abrir paso fácil al débil i combatido esquiife... El naufragio estaba más allá de las rompientes. «Este madero,—escribía inspirado a uno de sus amigos,—lleva mi fortuna o mi muerte.»

XI.

Sintió el afortunado recluta placer indecible al ceñirse la espada de oficial i al mandar hombres que antes de ser soldados ya habían sabido vencer i no sabían perdonar. «Este batallón,—decía él mismo proféticamente refiriendo su entrada en el Lautaro,—es compuesto de los repatriados del Perú i está destinado a desempeñar un papel mui importante en la campaña del norte. Toda su jente es habituada a aquellos climas i conoce a palmos el terreno del teatro de la guerra. Por otra parte, les guía al combate un firme propósito de venganza, justificado por el bárbaro despojo i con el tratamiento de que han sido víctimas.»

XII.

De ahí a poco, elevado el cuerpo a rejimiento, pasó éste a disciplinarse a Quillota, la tierra (así decía de ella el subteniente Weber, en el mes de

setiembre del 79, mes de juventud i de flores), la tierra de las niñas i de las chirimoyas." I allí pasó «una vida de no hai más que pedir, saboreando el placer con la misma vehemente satisfacción del que bebe en abundancia para preverse de próxima sed.»

No era empero la sed de los desiertos aquella de que el neófito hablaba. En Quillota, que fué vega i hoi es jardín, no hai sed de agua. Aquella sed era talvez la de felices amores que se apagaría bien pronto en un cuajo de sangre...

XIII.

El Lautaro se dirijió en octubre a la Serena, i de allí en viaje directo a Tocopilla, en cuyo punto relevó en los últimos días de aquel mes al batallón Artillería de Marina i al Regimiento Santiago que partieron vía de Pisagua, San Francisco i Tarapacá. «Hemos vistos marchar estas tropas,—exclamaba a este propósito el subteniente Weber, en un desahogo íntimo i por tanto sin simulación de falso entusiasmo,—con profunda pena, casi teniendo envidia por la parte de gloria que van a participar en el campo del honor. Sin embargo, tenemos la grata esperanza de que en dos o tres días más vendrán también por nosotros. Nuestra impaciencia es grande; ya nos parece que se rinden los peruanos i nos privan de tomar una pequeña parte si quiera en su castigo.»

XIV.

I aquellos fervientes votos del patriotismo fueron escuchados, porque con motivo de la alarma profunda que en todos nuestros capamentos produjo el contraste de Tarapacá, el Lautaro fué llamado dos días más tarde precipitadamente a tomar parte activa en la campaña.

Hé aquí la esquila de adios que con es-

te motivo escribía el subteniente Weber a un amigo:

«Tocopilla, noviembre 29 de 1879.»

«Señor Toribio de la Vega,
San Javier.

«Querido amigo:

«Ya nos vamos. El *Angamos* viene a llevarnos a toda prisa. Ocho mil aliados sorprendieron a dos mil de los nuestros: el 2.º de línea i la Artillería de Marina; el que no murió cayó prisionero. Nosotros vamos a ocupar el puesto de esas infortunadas tropas, quien sabe si con el mismo éxito. Tengo mucho que hacer. Me despido de todos por medio de tí. Adios, i que seas muy feliz; yo... seré lo que la suerte quiera; pero te juro, amigo mío, que si estuvieras a mi lado, me *vertas como digno hijo de mi patria.*

«¡Adios!

FEDERICO.»

XV.

En consecuencia de todo esto, cupo al Lautaro el peligroso honor de inaugurar la segunda campaña de la guerra en el famoso paseo de año nuevo a Moquegua, ejecutado el 1.º de enero de 1880, calaverada de Pascua de Navidad, acometida por alegres i valientes mozos. Federico Weber iba entre ellos, i cuando tres meses más tarde regresó con todo el ejército a esos sitios, confesaba él mismo que se había admirado del temerario atrevimiento de la primera improvisada exploración.

XVI.

El subteniente Weber seguía siendo visitado por la hada de la fortuna. Dotado de una fácil i elegante facultad de redacción, así como de bellísima letra i poseyendo un carácter serio i

concentrado, laborioso i paciente (herencia alemana), el coronel Muñoz, jefe i organizador del Lautaro, le cobró particular afecto, según él mismo nos lo ha referido; i cuando aquel veterano jefe pasó a mandar, después de la muerte del inolvidable Ramírez, el 2.º de línea, llevó consigo a este Rejimiento, agregándolo a la compañía guerrillera del segundo batallón (febrero 5 de 1880)

XVII.

Nombrado poco más tarde el coronel Muñoz jefe de la segunda división, lo designó para ayudante de campo de su Estado Mayor.

En esta capacidad, distinguida para quien un año hacía había sentado plaza de soldado, hizo el subteniente Weber la campaña de Tacna, *batiéndose* en los Anjeles i en el Alto de la Alianza.

I de la brillante conducta del joven ayudante decía lo que sigue uno de sus biógrafos:

«El glorioso jeneral en jefe recomienda (en los Anjeles) a toda la tropa que tomó parte en esa acción i en particular a un puñado de leones que se imponen aun el coraje i la bravura. Dice de Weber:—«Me hago un grato deber de manifestar a V. S. que el ayudante de Estado Mayor, subteniente don Federico Weber, ha estado siempre a la altura de su puesto i sostenido con brillo el buen nombre del ejército chileno» (1).

XVIII.

Pero habiéndose alejado de las operaciones activas el coronel Muñoz, cesó con esto de alumbrar astro de bonanza el camino del voluntario.

Después de un año, marchó a nuevas batallas, ascendido ahora a teniente de línea e incorporado en el brillante rejimiento de Zapadores, segunda compañía de la cuarta brigada. Tuvo lugar este último ascenso en la víspera de las grandes jornadas, esto es, el 17 de diciembre de 1880.

Sábese cómo pelearon en Chorrillos los valerosos Zapadores, adiestrados por Santa Cruz en la batalla i en la victoria desde Pisagua i desde Tacna. Aunque destinados, como el Valparaíso i el 3.º de línea, al puesto de honor de las batallas modernas, es decir, a la reserva, los Zapadores entraron temprano al fuego al mando de su inmediato jefe el bizarro coronel Arístides Martínez; i allí, como en Tacna i en Pisagua, jornada de glorioso extremo para ellos, dejaron afianzado su renombre con los claros de sus filas. Entre ocho oficiales caídos, el teniente Weber fué, empero, el único inmolado, en aras de siempre adverso destino, al fin de la batalla i cuando ésta terminaba junto a las sangrientas i calcinadas paredes de Chorrillos.

XIX.

Era el voluntario Weber al dejar las umbrosas orillas de su nativo río, un mozo rubicundo, plácido, de aspecto casi infantil, en cuyo rostro *la tez blanca i los cabellos rubios i abundantes* traicionaban a primera vista su estirpe jermánica. Destácase así su simpático i apacible busto en una tarjeta fotográfica sacada en San Javier en el mes de enero de 1879, cuando la guerra no pasaba de sospecha i cuando su profesión era el diarismo.

Pero un año había pasado, i al llegar a Moquegua en marzo de 1880, el subteniente del 2.º de línea volvió a entregar los perfiles de su figura de guerrero al opaco reflejo de la máquina. ¡Cuán intenso contraste! ¡I qué hondas mudanzas opera

(1) Artículo biográfico sobre el teniente Weber publicado en EL FERROCARRIL del 31 de enero de 1881 por don Washington Allendes S.

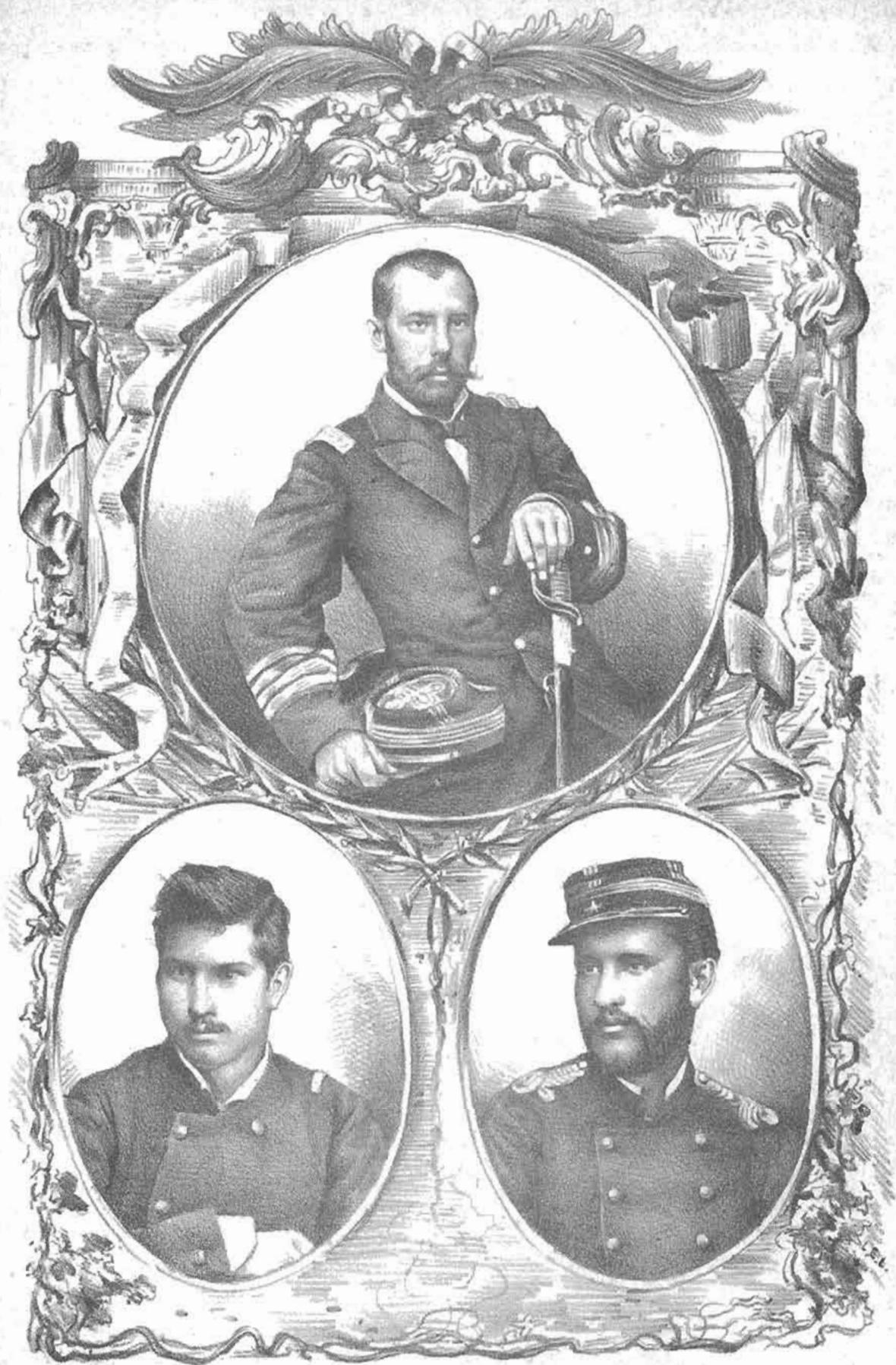
la guerra en el rostro, en los contornos, en la apostura, en la fiera i alterosa fisonomía de sus tostados secuaces!

El albo neófito alemán ha desaparecido sin dejar una sola huella. El cabello cortado al ras de la enjuta frente, los blandos rasgos fisonómicos de la pubertad trocados en pómulos salientes i angulosos, la apostura seca i muscular, impávida i resuelta, apoyada la mano derecha en la empuñadura de la espada, i hasta el apacible mirar desfigurado por el arqueo involuntario de las cejas i la profundidad de los ojos dentro de su cuenca, todo le había hecho un completo desconocido. Al teutón del norte había sucedido el beduino del mediodía; al mestizo chileno el cobrizo araucano. El hálito del desierto i la batalla había pasado como una ráfaga de fuego por la tez i el jesto de aquel oscuro aprendiz de la gloria.

XX.

Sería talvez en virtud de esta singular transformación, metamorfosis del cuerpo precursora de la del alma, que el brillante mancebo cuya memoria hoy presentamos al cariñoso respeto de sus contemporáneos, no logró encontrar, al caer en el fragor de la batalla, quien recojiera el último aliento del noble escritor que había vivido huérfano i del soldado que había muerto héroe.

Al contrario, todo lo que se supo de él fué que había caído a la cabeza de su brigada en el final ataque que la reserva dió contra los muros del pueblo incendiado de Chorrillos, abriéndose los Zapadores paso, conforme a su nombre, por entre candentes ruinas para ir a desalojar de la cumbre del Morro Solar la última i porfiada hueste enemiga.



Lit. P. Godot & C^{ta}

EL TENIENTE CORONEL, **DON JOSÉ OLANO** (2.^o Jefe del Rejimiento Curicó)

DON E. N. VEGA

(Subteniente de Zapadores)

DON PEDRO ANTONIO VIVAR

(Capitan del Rejimiento Colchagua)



DON JOSÉ OLANO

SEGUNDO JEFE DEL REJIMIENTO CURICÓ

I.

ERA un día del invierno de 1872 i era en la ciudad de Santiago.

Hallábanse en esa época en plena ejecución varias de esas obras públicas de la capital, que en ciertas zonas i en ciertos círculos de ella se han denominado tradicional i característicamente «locuras»:—el «parque Cousiño», el «Santa Lucía», el «Camino de Cintura» i otras «locuras» que hoi han sanado i andan dadas de alta.

I había en ello la peculiaridad de que todas esas empresas destinadas al pueblo debían ser llevadas a cabo sólo por el pueblo, por los hijos de la ciudad, sin daño de nadie sinó de los que las hacían—«No la hagas i no la temas», dice el sabio refrán español.

Luis Cousiño pagó, en efecto, íntegramente el parque.

Otros pagaron las avenidas i los cerros, convertidos para su escaso peculio en cerrillos...

Pero al mismo tiempo aquellos singulares locos pedían i encontraban en la juventud jenerosos cooperadores, que tenían la ciudad, de suyo helada i monótona, trocada en una especie de ardiente manicomio del trabajo.

II.

Por esto, i con el propósito de delinear entre viñas, zanjas e incultos potreros, cedidos de regalo, la última de aquellas obras, habíase convocado en uno de los salones de la Intendencia de Santiago, en el día ya citado, un grupo de animosos obreros.

Era una comisión de intelijentes ingenieros, todos voluntarios, todos entusiastas i no remunerados, que se proponían ejecutar en una estación rigurosa del año, los cuatro trazados del *Camino de Cintura*, en torno de la vasta i diseminada ciudad.

Allí estaba Domingo Toro Herrera, José Manuel Figueroa, el jefe del cuerpo de ingenieros civiles don Ricardo Marín, Sinforiano Ossa, Eduardo de la Barra Lastarria, Federico Valdés Vícuña i muchos otros que en la ausencia de nuestros libros no nos es fácil recordar hoi, ¡tantos eran ellos!

Pero señalábase especialmente en el grupo un individuo de escasos 30 años, de fisonomía endeble i enjuta, pero enérgica, cuerpo frágil, un tanto abovedado, tez amarillenta, pero iluminada por el fuego de una mirada viva, resuelta i casi volcánica.

Ese joven ingeniero, recientemente entrado

en su carrera, era el bravo i ríjido soldado de la República, que ha sido el primero en inmolarse a la salud i a la gloria del ejército de Chile en la extrema derecha de su línea, en la última hora de la memorable prueba:—el teniente coronel don José Olano.

III.

Olano no era español, como se ha creído. Pero era hijo de español i de española. I a virtud de esas afinidades, no obstante una contextura física no poco deprimida, tenía aquél concentradas en su corazón i en su mirada todas las enerjías de su raza, la raza ibérica, la más áspera, la más resistente i la más tenaz de las ramificaciones humanas de Europa.

Llamábase su padre don José Manuel Olano, i era hermano, según creemos, de aquel Olano, cojo i beato, «el beato Olano», que fué el fervoroso lugarteniente laico del excelente padre Pacheco en la creación i rejimentación de los *pechoños*. Recordamos haber encontrado por las calles de Santiago, hace veinticinco años, una procesión de sonoros salmistas, precedida por el beato Olano, que cantaba con voz estentórea las preces de su culto en los diversos arrabales de la ciudad, cada domingo por la tarde. El *pechoñismo* entró en Chile como la ópera, cantando.

La madre del que ha muerto como segundo jefe del Curicó, era la señora María Arismendí, española también, i probablemente, en razón de su apellido, vizcaína, como su marido.

Establecidos éstos en Santiago, allá por los años de Portales, nacióles varios hijos, en estrechas circunstancias; i entre éstos el que hubo de morir cerca de los muros i de las puertas de Lima, más o menos por el año de 1843. Pusieronle, como a su padre, el nombre de José.

IV.

Hubiera parecido que este niño había venido al mundo sólo para correr aventuras.

Por vicisitudes de la vida i de los negocios, su padre hubo, en efecto, de trasladarse a Méjico con su tierna familia hacia el año de 1849, el año del cólera asiático en aquel hermoso suelo, aquejado de tantas dolencias.

En un solo día el cruel flajelo mató a la madre del niño Olano i a dos de sus hermanos mayores. La desolación fué espantosa. Cuatro años más tarde nosotros atravesábamos aquel país de océano a océano, i todavía reinaba en los ánimos i en las conversaciones, tanto en el poblado como en los campos, el terror de su horrible paso.

V.

El desgraciado padre viudo llevó entónces su cría huérfana a la Alta California, país laborioso i opulento, pero en el cual el egoísmo hace lo que el cólera en otros parajes:—siembra en torno suyo el desamparo.

Tenía el huérfano Olano apenas cinco años cuando su padre, por un motivo u otro, dejóle abandonado con un hermano menor, que era entonces apenas una criatura.

VI.

En edad tan tierna revelóse, sin embargo, por completo el resuelto temple de Olano, el temple cantábrico, fuerte como sus montañas, indomable como Pelayo hijo de ellas.

Alquilóse, en consecuencia, el desamparado niño para lavar platos en una taberna de arrabal, i así, con lo que arrancaba a las sobras del figón, tenía para dar de comer a su hermanito.

Esta cruel situación duró cinco o seis años; pero cuando el primojénito tuvo doce de edad

i se sintió con fuerzas para empuñar un calabrote o subir a las cofas de los barcos anclados en el Sacramento, resolvió hacer lo que hacen todos los que han nacido bajo la luz de Chile, resolvió venir a buscarla.

El chileno, como el halcón, siempre *vuelve*...

VII.

Alistóse el valiente niño, para aquel caso, de grumete en una barca que venía de San Francisco a Valparaíso, i obtuvo por la caridad del capitán, que su pequeño hermano partiese con él su pedazo de tabla, su escasa ración i su sueño, tasado a turnos.

Tuvo lugar este doble i sublime episodio del amor fraternal i del amor a Chile en 1855.

El comandante Olano había vivido a la sazón doce años... Era ya, sin embargo, «hombre» porque vivía de sí mismo como hombre.

VIII.

Su educación intelectual hallábase, empero, totalmente descuidada, al punto de no conocer la colocación ni el nombre de las letras en el alfabeto de su lengua. El lavador de platos de San Francisco hablaba inglés como un marinero; pero no conocía la cartilla de la suya.

Mas su tío, el beato Olano, que tenía en esa época entrada franca en todos los conventos, a título de «fundador», buscóle acomodo en la escuela conventual de San Francisco, i en seguida en la escuela superior de San Diego, que rejentaba el acreditado i benemérito educacionista don José Bernardo Suárez. Allí fué Olano condiscípulo de Arturo Prat.

IX.

Educóse en esa precaria forma el joven Ola-

no hasta 1859, i en esa época de su existencia tiene cabida un segundo i misterioso viaje de este mozo, que era inquieto hasta parecer turbulento, pero que en realidad era independiente hasta ser selvático.

Notóse un día que había desaparecido de la escuela i del ríjido hogar de su tío, i aunque su ausencia duró varios meses, no se ha tenido jamás noticia de lo que hiciera en ella.

Sábase solamente que cierta mañana un adolescente de humilde aspecto i pobremente vestido se presentó en el palacio de la Moneda i solicitó una audiencia del Presidente don Manuel Montt, majistrado que entonces tocaba en el último año de su batallador decenio.

X.

Introducido el solicitante a su presencia, sin turbarse por la solemnidad del sitio ni la altura de su interlocutor, pintóle en breves rasgos su situación, i concluyó por pedirle un hueco en la Academia Militar para hacerse hombre, o más bien, para hacerse soldado, porque Olano había sido hombre desde su primera infancia.

Cuadró el talante desprendido del muchacho al intelijente, experimentado supremo mandatario, i otorgóle incontinenti la gracia que solicitaba.—Tenía entonces el comandante Olano dieziseis años de edad, fecha de atrevidas resoluciones en la vida. Era el año de 1859, año de guerra como los presentes. Las enerjías se buscan i se juntan.

XI.

El feliz agraciado entraba a la Academia el 17 de mayo de aquel año, i cuatro años más tarde, después de brillantísimos estudios, Olano salía con el grado de alférez, i destinado, no obstante su endeble físico, al codiciado rejimiento de Cazadores a caballo.

Olano era dueño del derecho de elegir, porque, casi sin una sola excepción, había obtenido todos los premios de sus cursos. Cuando los restos del que en el Manzano muriera como segundo jefe de un regimiento sean traídos a Chile, habrá de sobra con que tapisar espesamente su ataúd con las coronas de sus triunfos infantiles de soldado, extrayéndolas del muro.

Hemos dicho que lo que caracterizaba más vivamente i más vigorosamente a Olano era la energía de su resolución i la independencia de su carácter.

I un rasgo de esta noble independencia, tan brutalmente tratada en Chile, cortó su noble carrera.

En 1866, Olano era capitán de Cazadores a caballo, a los 23 años de edad. Pero habiendo manifestado como soldado su desembozada adhesión a otro soldado, el Gobierno miró su franqueza con airado disfavor i le destinó a la asamblea de Chiloé, duro destierro para falta que era un mérito.—El levantado delito del capitán Olano había sido manifestar abiertas simpatías por la improvisada candidatura del jeneral Bulnes, el más alto prestigio del ejército en que servía.

XII.

Agraviado i alterada su salud por rigoroso clima, el capitán Olano pidió su retiro absoluto, i buscó las arduas soluciones de la vida por otros rumbos.

XIII.

Entonces el niño, que había aprendido a asear la cocina en California, hízose a la vez tres nobles cosas, que revelaban la impertérrita entereza de su índole, i la pujanza de su intelijencia i su tesón.

Hízose médico.

Hízose educacionista.

Hízose ingeniero.

Pudiéramos haber dicho también que se hizo subdelegado, porque durante la mayor parte del tiempo que tuvo el que esto escribe injerencia en las cosas de la ciudad, sirvió Olano como subdelegado de la 1.^a subdelegación en la Maestranza. Fué en su tiempo cuando de esa salida sub-urbana de la ciudad, que era una serie de pantanos, se hizo una cómoda avenida, empedrándola sus vecinos. El heroico limpia platos de San Francisco de California había aprendido a tener limpia i arreglada su porción de ciudad.

XIV.

En los estudios médicos hallóse Olano, con su perseverancia de hierro i su intelijencia despierta de suyo i aguzada por infortunio tenaz, como el acero en la piedra que lo pule, tan cerca de su diploma, que con dos años más de carrera habría sido licenciado i doctor.

XV.

Como educacionista, mantuvo durante algunos años un acreditado colejo en su barrio, i por último, como ingeniero civil, ejecutó varios trabajos que le ayudaron a procurarse honrada e independiente vida. Hallábase situado su establecimiento en la calle de la Maestranza i tenía por título en una tabla—*Liceo Nacional*. I fué de esa cátedra a trazar i levantar los planos de la sección oriente del Camino de Cintura, asociado con Domingo Toro Herrera i con Eduardo de la Barra, según antes decíamos.

Era ahí donde Olano administraba también justicia a los moradores de su barrio, talvez con demasiada severidad, porque era hombre terco. Tenía, sin embargo, el derecho de serlo quien tanto i tantas veces lo había sido consigo mismo.

El aspecto exterior de Olano acusaba un hom-

bre enfermizo, melancólico, trabajado talvez juntamente por el infortunio i por la bilis; pero de una resolución incontrastable de acero engastado en granito.

XVI.

Cuando a principios de 1880 mandóse organizar el batallón Curicó, el comandante nombrado para disciplinarlo, don Joaquín Cortés, se acordó del cadete i del capitán Olano, i le rogó le acompañara como su segundo.

La elección de Cortés no podía ser más acertada, porque Olano era un ríjido, infatigable disciplinario, implacable con el subalterno como lo era consigo mismo.

Elevado en seguida el batallón a rejimiento, ascendió el mayor Olano a teniente coronel i marchó para el teatro de la guerra poco antes de las batallas de Lima.

Su partida fué triste i aun fatídica. Todos recordarán que su hermano, aquel que en remota niñez mantuviera él solícito con las migajas de pobre taberna en California, capitán ahora de su cuerpo, murió a bordo en el momento de zarpar el trasporte que lo conducía a Arica.

¡Raro dolor! ¡El primer jefe que ha muerto al abrirse la campaña sobre Lima, ha sido el primojénito de aquellos dos hermanos, huérfanos en la cuna, obreros de su propia carrera, soldados de un mismo rejimiento, solos en el mundo!

XVII.

Como se sabe, el Curicó fué incorporado a la segunda división en la brigada que mandaba el bravo Barboza, i habiéndole cabido a aquel cuerpo el honor de cubrir los pasos del valle de Lurín hacia las cabeceras de la sierra por el oriente, tocóle a su segundo jefe la posición honrosa, pe-

ro difícil, de defender ese flanco del ejército con dos compañías destacadas en un desfiladero brusco i solitario.

Fué ahí donde tuvo lugar, con éxito militar, espléndido para nuestras armas, el triste lance que nos fué anunciado con el cruel laconismo del cable sepultado en las arenas.—"El comandante Olano ha muerto."—I eso, para amigos, deudos, i el país, ha sido hasta hoi todo.

XVIII.

Súpose únicamente que, destacado el rejimiento Curicó para contener i desbaratar a los *huásares del Rimac* que comandaba el coronel Sevilla en su marcha retrógrada de Cañete a Lima, una bala derribó muerto a su segundo jefe en la primera descarga disparada en el bosque i en la oscuridad por el sorprendido enemigo.

Tuvo lugar este hecho de armas, llamado del Manzano, en los últimos días de diciembre de 1880, i el cuerpo del desgraciado jefe, que fué ampliamente vengado, quedó sepultado de prisa en Lurín.

XIX.

No ha tenido desde entonces el segundo jefe del rejimiento Curicó, amigos poderosos que hagan conducir en honroso féretro sus restos mortales al suelo en que naciera i que honró con su austera vida como con su muerte. Pero al pueblo rico i varonil que dió sus hijos i su nombre al cuerpo que hizo con gloria el estreno de la gran jornada, cabe de hecho la honrosa justicia póstuma de reclamar su noble cadáver a fin de hacer esculpir con letras de oro en su lápida de honor estas tres palabras, que son el resumen de dura i gloriosa vida:

—"HUÉRFANO"—"SOLDADO"—"HÉROE."

DON RODOLFO VILLAGRÁN

SARJENTO MAYOR DEL REJIMIENTO DE GRANADEROS A CABALLO

I.

CUANDO haya de practicarse el prolijo balance de las dolorosas pérdidas que cuesta a Chile la guerra recientemente terminada, habrá de descubrirse tal vez con tardío horror que la ocupación

innecesaria i absurda del país que fuimos a vencer i no a conquistar, cuesta a la República en vidas i en padecimientos más que todas las batallas juntas de sus tres prolongadas campañas.

No ha llegado todavía, es verdad, el momento oportuno de ese cruel recuento, pero cuando un año después de la ocupación del departamento de la Libertad, que hoi como en 1820 i en 1839, es un verdadero cementerio de chilenos, cebóse la fiebre amarilla en los cuerpos que guarnecían aquellas tierras malditas, bajo un cielo amarillo como el bronce, pestilente como la muerte, el primero de los jefes de fila derribados por el incipiente flajelo, después del capitán de artillería don Jenaro Freire, fué el sarjento mayor de caballería don Rodolfo Villagrán, uno de los más enhiestos retoños de la guerra e hijo del jeneral de división de su propio nombre.

II.

Rodolfo Villagrán había vivido, en efecto, só-

lo 32 años i había nacido soldado. Vió la luz en un claustro de la Academia Militar. Su padre, entonces comandante i sub-director de aquel plantel bajo el jeneral Aldunate, es hoi jeneral de división. Su abuelo materno era el coronel Lattapiat, hijo de un francés de Tolón i uno de los mas bravos i fogosos capitanes de la Independencia,

De una i otra de esas estirpes había derivado Rodolfo Villagrán su carácter, sus propensiones, su musculatura, su escuela. De su padre heredó la calma i la enerjía. De su abuelo el brío en las batallas, el entusiasmo por la guerra, las proezas de las cargas que han hecho famosa en la América la caballería chilena.

III.

Niño de nueve años i después de haber ensayado hacerse marino en la Escuela Naval, entró de subteniente al ya lejendario batallón 2.º de línea, que comandara su propio padre, el 10 de julio de 1868. Pero apenas el uso de las armas i el crecimiento de la pubertad desarrollaron sus magníficas formas de jinete, pidió su pase a la caballería, su arma predilecta. Tenía esto lugar en enero de 1873, i a la edad de 20 años Rodolfo Villagrán era teniente de Granaderos, pero al mismo tiempo era un mancebo gigante.

En 1877 era un capitán de 24 años, pero era también un centauro.

No hemos conocido jamás un tipo más perfecto del jinete chileno que aquel mozo a la vez esbelto i hercúleo. Federico I le habría incorporado en su guardia. San Martín le habría confiado el mando de su escolta como a Caxaravilla o a don Mariano Necochea.

Tenía la estatura esbelta i arrogante del último, i era moreno i flexible como un árabe.

Su cabeza airosa, de renegrado cabello, iba plantada en sus hombros como el penacho del águila, i sus largos, nervudos, ágiles brazos parecían hechos para manejar el sable afilado a molejón i revolver en la parada o en la acometida el más pujante bridón de los campos de Chile.

Tal le conocimos nosotros en la víspera de esta guerra que ha levantado tantas juveniles figuras delante de los ojos del país para segarlas en seguida en flor como la esperanza. Fué uno de los primeros en partir, el primero de todos en la caballería (abril de 1879), i nunca, durante tres años, pidió licencia de regreso.

¿Para qué fines?

La guerra era su ejercicio, casi su placer, su hogar cotidiano. ¿I por qué habría entonces de dejar el campamento i sus soldados en busca del regalo del hogar ajeno?

IV.

Nos ha referido el jeneral Baquedano en el lugar en que escribimos, (1) que conoció i trató por la primera vez a Rodolfo Villagrán en Antofagasta, i aunque no perteneció a sus favoritos Cazadores, le amó como a tal (amor de padre) por su modestia i su puntualidad en todos los servicios de guarnición i de campaña. El jeneral

(1) Viña del Mar.

ignoraba, sin embargo, que cuando la compañía de Rodolfo Villagrán fué descatada a Calama, enfermo de gravedad, el pundonoroso capitán hizose trasladar del desierto al desierto en una carreta para cumplir su consigna. Rodolfo Villagrán no sabía decir ¡*Allo!* sinó a los enemigos de su patria cuando, como en Tacna i en San Juan, los atropellara con el pecho de sus caballos de hocicos e ijares ensangrentados en la carga.

V.

Abierta la campaña, el capitán Villagrán abrió con su compañía en los Anjeles, en los pajonales de Sama i en el Campo de la Alianza. Seis meses antes, explorando el desierto en la víspera de la batalla de San Francisco con su compañía, había estado a punto de hacer prisionero a Daza, quién, ignorándolo ambos, estuvieron a la vista en las pampas de Tana, llenas de mirajes.

VI.

Como es sabido, los Granaderos cargaron con poca fortuna pero briosamente a los Colorados de Daza que formaron cuadro en el pesado médano del Alto de Tacna, i en la arremetida el capitán Villagrán tuvo su quepi perforado en el costado izquierdo por una bala boliviana que le rozó el pelo quemándose como el hierro candente de los peluqueros. Sin ostentación alguna arrojó, sin embargo, el bizarro granadero aquel trofeo a un rincón de su cuartel de Tacna, porque las dos cualidades dominantes de su alma de soldado eran la bravura sin vanagloria i la modestia sin encojimiento. «Siempre de espíritu levantado,—nos escribe a este propósito uno de sus amigos que le trató con mayor intimidad,—porque no saludaba jamás el adulo, tenía, sin embargo, un carácter franco i sensible: era jeneroso i desprendido. Su modestia le llevaba has-

ta la exajeración. No quería que jamás se ocupasen de sus servicios. "

Pero al mismo tiempo sabía hacerse respetar, i cuando se contó a media voz que en la famosa carga de Tarapacá, que él mandara en persona, no había llegado entre los suyos el primero, por el cansancio de su caballo, sobre los rifles peruanos, supo probar que tal accidente era una impostura, retando en Tacna con altivez a quien la profiriera.

VII.

En la última campaña de Lima marchó el capitán Villagrán por tierra desde Pisco a Lurín, al lado del coronel Lynch, que le profesaba particular estimación, i en la última carga iba el día de San Juan al lado del jefe de su cuerpo, el comandante Yávar, cuando éste cayera exánime en sus brazos i en los de su hermano el bravo capitán Temístocles Urrutia.

VIII.

Promovido a sarjento mayor casi en el campo de batalla, porque sus despachos de junio de 1881 le asignaron la antigüedad del 20 de enero, pasó con su rejimiento a los mortíferos climas del valle de Chicama, pasto i cebo tradicional de las fiebres malignas, i allí cayó impasible bajo los rigores del clima en la primera mitad de febrero.

Después de los honores i de las lágrimas, tributados a sus manes por el amor de sus compañeros de armas, cuidadosamente embalsamados aguardan aquéllos la devolución a la fosa de la patria. Pero ¡ah! ¿por qué la bala de Tacna no tronchó aquella hermosa, fúljida cabeza de guerrero, para ser inscrito allí en la nómina de los héroes que caen entre los resplandores del fuego, i reservóle para el oscuro papel de los mártires de ajenos yerros?

DON FRANCISCO INOSTROZA

CAPITÁN DEL 2.º DE LÍNEA

I.



L antiguo i popular batallón 2.º de línea, el bizarro i gallardo cuerpo que, al son de alegres canciones, se alejó el primero entre las huestes de Chile, del puerto de Valparaíso a bordo del transporte *Rimac* el 19 de febrero de 1879, al mando de los comandantes RAMÍREZ i VIVAR, ya no existe.

Ha desaparecido una a una cada una de sus compañías, cada uno de sus jefes, cada uno de sus oficiales, su último soldado.

Sólo queda de él su gloriosa bandera rescatada, su nombre inmortal, su sombra querida. Todo lo demás ha desaparecido en la vorájjine de la guerra.

II.

El 2.º de infantería en el ejército de línea, como el Atacama entre los cuerpos movilizados de la guardia nacional, ha sido la tropa lejendaria de la guerra, a ejemplo de aquella famosa brigada (la 37.ª de infantería) de los ejércitos de Napoleón, que se paseó por toda la Europa cubriéndose de gloria, como la *leji3n b3tava* entre las cohortes de Roma.

I en esto no hai ponderaci3n de afecciones, dada la diferencia de los tiempos i de las campañas, porque el 2.º de línea, cuando no ha sido la vanguardia de Chile en las batallas sucesivas que nuestro ejército ha librado, como en Calama, ha sido su columna de resistencia, como en Tarapac3, i su cúspide de victoria, como en Tacna i en Chorrillos.

El 2.º de línea es un monumento nacional. «Sin duda alguna, i hablando imparcialmente—decía uno de sus oficiales antes de Tacna— el 2.º de línea es el cuerpo que ha dado más glorias a la patria en la presente guerra.»

I en seguida, para hacer minuciosa demostraci3n de su culto por su bandera, nos agregaba en carta de Conde, que tenemos a la vista, una prolija comprobaci3n del comienzo del itinerario, que en la mitad de su jornada hacia el martirio, contaba dieziseis operaciones de guerra o señalados hechos de armas.

III.

I sin embargo, esa no era sin3 la mitad escasa de su inacabable carrera de intr3pidos sacrificios, porque el 2.º de línea, entrando en batalla en el centro de la segunda divisi3n al mando del gallardo comandante Estanislao del Canto, en el médano de Tacna, con sólo la mitad de su dota-

ción, fué casi totalmente aniquilado el memorable 26 de mayo de 1880.

En Tarapacá el 2.º había tenido 19 oficiales fuera de combate i 403 individuos de tropa.

En Tacna cayó el resto.

Sobre 600 hombres escasos, dejó la larga fila de su brava jente tendida en la arena, especialmente sus dos compañías guerrilleras, que mandaban dos heroicos mozos: Francisco Olivos, muerto, i Roberto Concha, mal herido.

Ahora bien, agregando a esas cifras, que en breve comprobará la historia, las bajas de Pisagua i de Los Anjeles, de Chorrillos i Miraflores, de Pucará i de las sierras peruanas i todavía el cruel estrago con que las fiebres palúdicas se cebaron en el «regimiento mártir», se habrá pasado la lista a todos sus muertos, es decir, a todos sus vivos. El 2.º dejó en los hospitales de Moquegua en abril de 1880, 400 enfermos de terciana. En la sierra del Perú dejó el doble.

IV.

Pero en medio de aquella serie de crueles, si bien heroicas calamidades que había dispersado los últimos restos de los oficiales primitivos, de los «compañeros de Ramirez», en los diversos cuerpos de nueva organización en el ejército, quedábanle todavía tres reliquias, tres capitanes fundadores de la lejión, que renacía de sus cenizas i de su propia sangre.

I esos tres cayeron un año más tarde en la falda del Morro Solar, defendiendo con sus espadas i sus pechos el pendón del regimiento que les había sido devuelto la víspera de la batalla.

Esos postreros defensores de la insignia llámábanse los capitanes Francisco Inostroza, J. de la C. Reyes Campos i Salustio Ortiz, i los tres, como la escolta de la bandera en Tarapacá, cayeron bajo el plomo, al pie de esa bandera, los dos primeros para no levantarse jamás, el últi-

mo para encarnar en su nombre la postrera reliquia viva pero mutilada de su cuerpo. El capitán Salustio Ortiz, puesto a la orden del día en la batalla de Tacna por su heroico comportamiento cuando siguió al Coquimbo en su marcha victoriosa con un piquete de su compañía, regresó a Chile para restañar su sangre en la misericordia de los hospitales.

Sus dos denodados compañeros encontraron apenas prestada sepultura en el cementerio de Chorrillos—¡esa ciudad-cementerio!...

V.

El capitán del 2.º, don Francisco Inostroza, era hijo de Chillán, i tenía al tiempo de morir 43 años.

Comenzó su carrera, como la mayor parte de sus compatriotas, alistándose de simple soldado el 12 de mayo de 1853 en el batallón 3.º de línea. Antes de esa época en 1851, cuando tenía sólo 14 años, se había batido como voluntario del batallón cívico de su ciudad natal en la sangrienta batalla de Loncomilla, de la que resultó herido.

En 1857 era cabo, un año más tarde era sargento, i subteniente sólo en 1862.

Desde que fué nombrado oficial, el capitán Inostroza comenzó a pasar por todos los vaivenes de la carrera militar, que en las hojas de servicio de Chile se traducen por las entradas i salidas de la Asamblea, como si ésta fuera un arnero de cerner harina.

En 1867 se hallaba de instructor de la brigada de artillería cívica de Vichuquén. En 1868 había sido despedido de la Asamblea. En 1869 volvió a ser llamado al servicio en Lota, i en seguida había vuelto a salir de la Asamblea con el grado de ayudante.

Diez años pasó el ayudante Inostroza debajo del cedazo, caído de todo favor. Pero cuando comenzó la guerra en que ha perecido, pidió un

puesto en el ejército i diéronle uno que era tres veces inferior a su antiguo grado: lo hicieron subteniente del 2.º de línea. Había subido sólo en el número de bronce de su kepi.

VI.

Pero Inostroza estaba probado en la guerra civil i en la guerra de lanzas de Arauco, i sabía que en el Perú se abriría camino por entre los rifles de la Alianza. En efecto, antes de Tarapacá ya era teniente (octubre de 1879) i capitán después de Tacna (octubre de 1880.)

I ciertamente, nadie tenía merecido su último ascenso mejor que el viejo soldado de 1853, pues sus compañeros de armas le habían visto batirse con un valor desesperado e indomable en la batalla de Tacna. Asegurábanos el valiente i verídico capitán Reyes Campos, el cronista i glorificador del 2.º de línea, que el valor del «viejo Inostroza» había despertado la admiración de todos los jóvenes oficiales del 2.º, a quienes había enseñado a vencer a las puertas de Tacna, como les enseñaría a morir a las puertas de Lima.

I sin embargo, el capitán Inostroza, llamado «el viejo», no era viejo, sinó joven como todos sus camaradas, porque el día de Tacna tenía apenas 42 años i el día de Chorrillos 43.

En lo que era viejo era en ser soldado, en saberlo ser i en sufrir las dolencias, las miserias i las injusticias de mal apreciada carrera. Era el capitán Inostroza un hombre endeble, enfermizo, casi encorvado; i según nuestras noticias de hace tres años, hallábase moribundo en Santiago, atacado de una cruel tisis en la garganta cuando nuestro ejército alistábase para marchar sobre Lima.

¿I cómo ese capitán así inválido pudo llegar con esa tortura en su ser hasta divisar las blanquecinas torres de Lima, destacándose en el pardusco horizonte de sus sierras? Hé ahí lo que nosotros no sabríamos explicarnos, Pero hai hombres así. El fanatismo del ejército estaba cifrado en ir a Lima, i al capitán Inostroza poco le importaba llegar con el escudo al brazo o sobre el escudo:—la cuestión era llegar i llegó!...

¿Podría un viejo capitán de Chile tener más noble divisa? ¿Podría haberla cumplido mejor?

DON JOSÉ REYES CAMPOS

CAPITÁN AYUDANTE DEL 2.º DE LÍNEA

I.

UVUO el capitán Inostroza, a cuya memoria hemos consagrado leve página antes que el tiempo cubra su nombre de eternal olvido, un

valeroso compañero en la batalla, un mártir más en la lista de los sacrificados a la bandera del regimiento 2.º de línea, cuya sombra se reflejará en los horizontes de la guerra, desde Tarapacá a Pucará, sólo como un reguero de cadáveres.

Ese aliado de peregrinación i de tumba fué el capitán don José de la Cruz Reyes Campos, quien, por sus antecedentes, su educación, su claro talento, su amor razonado por las armas, su entusiasmo *inteligente por la gloria de Chile*, era una contraposición a su viejo camarada. Pero en lo que vivían ambos, el viejo i el mozo, en el más completo i fraternal acuerdo bajo el pendón rescatado del regimiento, era en su amor a esa insignia i en su resolución inquebrantable de llegar a Lima bajo sus pliegues i su juramento.

II.

El malogrado capitán don José de la Cruz Reyes Campos era hijo de Rengo i de familia agraria. I murió tan joven i rodeado de tantas

esperanzas, que no llevaba todavía cumplidos 34 años de vida, quince de éstos de soldado. Había entrado de soldado distinguido al Buín cuando la guerra con España (noviembre 25 de 1865), i pasado después por todas las humildes pero útiles categorías de los lentos ejercicios de la paz: —cabo en 1866, sarjento en 1867, subteniente en 1870, teniente en 1874. En nueve años de escuela se puede aprender de sobra la ruda cartilla de las batallas.

III.

Servía Reyes Campos con entusiasmo i consagración en las guarniciones de Arauco, cuando una aventura de amor le hizo perder su puesto sin empañar su honra, siendo licenciado en mayo de 1877, a virtud de las severidades intransijentes de la Ordenanza Militar. El joven teniente olvidó el capitulo de ésta que gastó menos induljencia con él.

Pero como fuese el mozo infractor, no sólo de bríos naturales, sinó de notorio ingenio, vínose a Santiago, este gran hospicio de todos los caídos, i entró a la imprenta de *La República*, primero como corrector de pruebas i en seguida como cronista, aspirante a redactor.

Tenía el capitán Reyes Campos, además de hermosísima letra clara i corrida, una dicción ani-

mada i una notable fluencia para escribir, de tal manera que, compajinadas sus cartas de la guerra, harían una buena crónica de su rejimiento. Muchos recordarán sus enérgicas protestas contra el *voto de los siete* diputados que se negaron a inscribir el nombre de Tarapacá en la lista de los premios; i allí, en las dos largas cartas que publicó en defensa de su cuerpo, a quien se pretendía desheredar de su más lejitima gloria, mostráronse de relieve sus cualidades de escritor soldado. Reyes Campos había escrito, al parecer, sus animados párrafos, los unos con la punta de la pluma, los otros con la punta de su espada. I así, ello era preciso, porque, ¿cuándo se viera a un pobre capitán de ejército arrostrar el poder i la influencia de un grupo de poderosos hombres políticos en esta tierra de influencias contra el débil? Pero no anticipemos las fechas en estas pájinas de por sí demasiado breves para consagrar el mérito de los que han muerto por su patria.

IV.

Iniciada la guerra, el ex-teniente Reyes Campos, que había servido sólo en el Buin, solicitó un puesto cualquiera para ir a combatir. Le otorgaron el minimum de su solicitud, lo que era hasta un menoscabo de sus servicios, una subtenencia en el 2.º Era esto entrar al servicio de las armas, no por la puerta del favor que encorva la cerviz, sinó por la puerta del castigo que eleva corrijendo. Era una reparación.

Él, que sería capitán a la vuelta de dieziocho meses, aceptó, sin embargo, gozoso, como había aceptado por esos mismos días (abril de 1879) el viejo Inostroza, porque, como él, se encargaría de alcanzar a prisa la devolución íntegra de su carrera.

V.

Reyes Campos, como hombre valeroso e inte-

lijente, hizo pronto su camino. Montado en una mula cerril, se batió hasta el postrer momento de la carnicería en Tarapacá, i debióse a él i al «viejito Benavides», segundo ex-jefe de la Artillería de Marina, la formación de la última línea de batalla que salvó, si nó la fortuna, la honra del día.

Por su conducta en esa jornada, Reyes Campos fué ascendido a capitán.

VI.

Mandando una compañía del 2.º, se le asignó un puesto de confianza en la fatal e inexperta campaña de Moquegua, encargándole el jeneral Baquedano de guarnecer la estación de *Conde*, que era la puerta del paraíso de viñedos i bodegas (edén vedado del soldado), en el valle de Moquegua. I debióse a esa circunstancia que el joven oficial no tomase parte con su rejimiento en la acción de Los Angeles. Él guardaba todavía en esa fecha (marzo 22 de 1880), contra las gargantas de los soldados de Chile, el edén de las viñas.

VII.

Colócase aquí un episodio de la vida militar de Reyes Campos, o más bien del 2.º de línea, de que fuera su último capitán fundador, que preferimos dejar contarlo a él mismo como una muestra de su estilo i de su corazón de soldado. Es la aparición en el campo de Moquegua del único sobreviviente de la gloriosa escolta de la bandera de Tarapacá, que se tornó en montón de cadáveres apilados en torno suyo para servirle de altar en la final inmolación.

El aparecido es hoy el sarjento i entonces cabo Justo Urrutia, que se creía muerto i que volvía ahora a las filas, recobrado por milagro de numerosas heridas.—Fué este mismo encanecido veterano el que en Lurín recibió la insignia,

jurando, junto con su bizarro comandante, morir mil veces antes que perderla.

Escuchémosle:

«Hé aquí, dice, una conmovedora i tierna escena que viene a poner en relieve los sentimientos de ese bravo soldado.

«Celebrábase en Pocollai el 6 de setiembre la promoción del teniente coronel Canto a primer jefe comandante del regimiento. Todos los oficiales del cuerpo habían ido a felicitarlo, i de los otros cuerpos habían ido también varios jefes i muchos oficiales. Cuando todos estaban reunidos i las bandas tocaban marchas guerreras, se le anuncia al comandante Canto una nueva visita; jera el resucitado de Tarapacá, el heroico sarjento Justo Urrutia!... ¡Él también quería saludar a su jefe! ¡Él también se congratulaba por el bien i felicidad de los suyos!

«No sólo el comandante, ese digno i valiente jefe que, sin ser débil, es padre de sus soldados, salió a recibirle; todos los otros jefes i todos los otros oficiales se apresuraron asimismo a salir al encuentro de esa reliquia del regimiento, de esa joya del 2.º de línea.

«Pero aquí fué donde la escena se hizo grandiosa i sublime. El sarjento Urrutia, de pie en medio del patio, trémulo, palpitante, no podía dar un paso. Su figura era imponente. Sus hermosas i abultadas patillas, tostadas por el sol del desierto i chamuscadas por las balas, le hacían más venerable, causando en todos una misteriosa sensación de respeto i veneración.

VIII.

«Uno de los jefes se acerca al sarjento, i saludándolo con cariño, le invita a dar algunos pasos para aproximarse a su comandante. Urrutia lo hace con paso inseguro; i aunque se dibujaba en sus labios una sonrisa de placer i de felicidad, de sus ojos se desprendían abundantes lágrimas...

«¿Por qué lloraba?

«¿Cómo podía llorar ese hombre que en el combate estuvo siempre sereno i que, gravemente herido, jamás lanzó un ¡ai! de dolor?

«¡Ah! es que las almas viriles i bien templadas para la lucha, son también sensibles a las dulces emociones! El león fiero i carnívoro, llora también, i el toro bravío tiene sus quejas i sus lamentos!

«Urrutia lloraba por doble sentimiento, por emociones encontradas: lloraba de placer por que veía dé primer jefe al digno segundo que tan querido se había hecho para el regimiento; i le hacía llorar asimismo, i con más intensidad un triste i doloroso recuerdo hacia Tarapacá, en que perdiera, junto con su sangre i su alegría, al pundonoroso i dignísimo jefe, al abanderado i a todos sus compañeros de escolta; i sobre ellos i al lado de ellos, cual si quisiera servirles de gloriosa mortaja, yacía la bandera rota, ensangrentada, cobijando a los que tantas veces hicieron eternos juramentos de defenderla hasta perder sus vidas...

«El jefe que lo conducía, sarjento mayor don Daniel García Videla, notando las lágrimas de Urrutia, lo abraza con efusión, i llorando también, lo conduce a presencia del comandante Canto. Este saluda al sarjento Urrutia como acostumbran los padres a saludar a sus hijos... ¡Pero los sollozos i lágrimas del sarjento hacen su efecto! Todos se sentían impresionados, i así Canto, como los otros jefes i oficiales, dan también expansión al sentimiento, i las lágrimas corren por todos aquellos rostros tostados por el salitre i el inclemente sol del desierto.»

XI.

Después del custodio del trapo querido, apareció la insignia misma; después del asta hallóse el lienzo; i hé aquí cómo en carta de Tacna del

11 de Junio de 1880 referíanos el entusiasmado capitán del 2.º el precioso hallazgo.

Era el grito precursor del regocijo de Lurín, que tardó cerca de un año en cumplirse: era la voz de la tumba que iba a abrirse a la sombra del pabellón reconquistado.

«Una gran noticia,—nos decía el capitán Reyes Campos,—una noticia mui fausta, mui feliz, vino hoy a hacer saltar de gozo i a volver locos de contento a los pocos sobrevivientes de Tarapacá.

«Es el caso, señor, que nuestro estandarte, nuestro querido estandarte, dejado en la quebrada de Tarapacá el fatal 27 de noviembre del año último, hoy ha sido encontrado en esta ciudad, precisamente cuando después de las averiguaciones hechas, todos estábamos en la convicción que esa preciosa reliquia se hallaba prisionera en Lima.

«Al que le cupo el honor de hacer este valioso hallazgo fué al intelijente capitán de ingenieros don Enrique Munizaga. Este valiente joven, después de hacer dos mil averiguaciones en esta ciudad i en Arica entre los prisioneros, capellanes i curas peruanos, vino a descubrir que el estandarte del 2.º se encontraba guardado i oculto con varios ornamentos en la iglesia de San Ramón, de donde fué extraído con las precauciones del caso i entregado al Estado Mayor. Sólo se espera que el señor jeneral en jefe regrese de Arica para que sea devuelto al rejimiento con las solemnidades de estilo.

«Refiere el capitán Munizaga que un soldado del 2.º, que peleó en Tarapacá i que lo acompañaba a buscar el estandarte, tan pronto fué éste encontrado, se abalanzó a él i abrazándolo con verdadera efusión, lo cubrió de besos i lloró largo rato, teniendo a su querida insignia fuertemente estrechada!...»

X.

Después de sus ascensos i de sus fatigas, el

capitán Reyes Campos, que hacía poco había unido su suerte a una honesta i buena esposa, obtuvo una corta licencia para recobrase del mal de tercianas.

Vino a Santiago en el invierno de 1880, a robustecerse para morir con más aliento; i el duro destino le presajió su propio fin, quitándole a los pocos días de su arribo su última i única nacida.

XI.

El capitán del 2.º volvió sin embargo impasible a su puesto, i desde el campamento de Pocollai no cesó de escribirnos para pedirnos impulsáramos con todas nuestras fuerzas la expedición a Lima, atrancada como viga en la playa de Arica, con un buque extranjero puesto de través para descanso de los poltrones de Santiago, que no querían moverse sinó acostarse con la paz, con la siesta i con la viga.

«¿I la paz?—nos escribía, en efecto, el intelijente soldado, disimulando apenas su indignación con lo certero de su juicio, en carta del campamento de Pocollai, que tenemos a la vista, fechada el 4 de noviembre de 1880.

«¿I la paz?

«¡Ah! ya usted tendrá conocimiento pleno de los resultados de la negociación entablada en este sentido. I aquí un recuerdo:

«El que habla, sin ser profeta ni nada que se le parezca, pronosticó el fin que debía tener la tal negociación, así como me adelanté a emitir mi modo de ver en cuanto a la expedición a Moquegua ahora quince días. La expedición, i de lo cual dí cuenta a usted, llegó sólo hasta Locumba, i de allí regresó por creerse inútil el que prosiguiera hasta Moquegua.

«En cuanto a las fuerzas que se decía venían a ese punto desde Arequipa, resultó lo que yo presumía: que todo no pasaba de ser una especie lijera echada a correr por los mismos peruanos

para llamar la atención de nuestras tropas hacia aquel paraje.

«I referente a los arreglos de paz, ya usted sabrá mejor que yo en lo que eso vino a parar. *Para mí, todo no pasó de ser una farsa por parte de los señores peruanos, con el objeto de ganar tiempo.*

«¿A qué seguir en este terreno?»

El capitán Reyes Campos pensaba en Pocolai como pensaban todos los chilenos, desde Camarones al confín austral del Archipiélago.

Pero si él quería adelantarse en el camino de la guerra, era únicamente porque sabía que ahí estaba el sacrificio i en pos de éste la gloria, este faro deslumbrador del soldado.

XII.

Al fin, en la víspera de las victorias definitivas (11 de enero de 1881) el estandarte de Tarapacá fué devuelto al 2.º de línea en la forma que la siguiente relación oficial expresa:

«En seguida, el jeneral en jefe, acercándose al señor Canto, jefe del 2.º de línea, le recordó los deberes que impone la bandera, i diciéndole que se la entregaba con gusto en nombre de la República i del Gobierno, terminó con estas palabras:—«Me daréis cuenta de él!»

«El señor Canto, vivamente emocionado, cogió la bandera, i mirando a sus soldados, respondió: «Mi vida, señor jeneral, la de mis oficiales i soldados, os responderán de ella en el campo de batalla.»

I al día siguiente el bravo rejimiento marchó a cumplir su juramento.

Hubo en el ascenso de los pesados morros de arena momentos de verdadera angustia en torno al estandarte. Pero bizarros bravos sostenían

su asta acribillada contra el plomo i contra la muerte. Reyes Campos estaba ahí a caballo, al lado de su valeroso jefe, cuando al asomarse sobre una cumbre para mejor divisar al enemigo, una bala le atravesó de parte a parte el cráneo cayendo exánime por la grupa de su montura, cuyo mandil de guerra como noble reliquia nos fuera enviado por los suyos.

A pocos pasos de allí había sido atravesado por otra bala el capitán Inostroza.

XIII.

Consagrónos su última noche de Santiago el jeneroso soldado que así perdiera la vida en edad que comenzaba con risueño porvenir para un hombre de intelijencia, porque, después de abrazar a su joven esposa, vínose a nuestra soledad con su maleta a alivianar su ánimo en la última charla de la amistad.

Al despedirse, no sin emoción, ofrecímosle para él i para los suyos algún auxilio de los que en aquel tiempo estaban a nuestro alcance, i el bravo cuanto pundonoroso capitán de Chile, estrechándonos con efusión la mano, nos contestó sólo estas palabras, que revelan una entereza moral harto levantada:—«Señor, acepto; pero sólo para cuando sepa usted que en mi hogar no queda sinó una viuda i un huérfano.»

I partió, enjugándose una lágrima a la pálida luz de un farol del Camino de Cintura, i marchándose a tomar el tren que debía llevarle a Valparaíso i a Arica, a Lima i a la muerte...

La lágrima del hombre de corazón había precedido a la sangre del héroe.

¡Que su sombra, la sombra del último capitán del 2.º de línea, descanse en paz sobre los que le precedieron!

DON MARCOS LATHAM

TENIENTE CORONEL MOVILIZADO



I.

RANDE, glorioso, imperecedero ha sido el mérito contraído para con su patria por todos los hijos de Chile que, ceñidos de espada o

armados de fusil, i animados por el jeneroso fuego del deber, concurren a sus lides i a sus victorias. I por ésto nunca pagará la nación tributo suficiente de gratitud ni será su erario sobrado jeneroso para con los desamparados al hacer memoria de tan desinteresados, tan espontáneos i sublimes servidores.

Pero entre sus huestes mil, hubo algunos que, emprendiendo simultáneamente todos los servicios, sobrellevando todas las penalidades, aceptando todos los sacrificios, le prestaron servicios modestos, pero por la abnegación esclarecidos, i llegaron hasta ofrecerle noble vida en el callado holocausto del desierto, del hospital i el cementerio....

II.

Distinguióse entre esos i tal vez sobre todos en su jénero, el teniente coronel don Marcos Latham, muerto de la fiebre amarilla en las pestilencias de Trujillo el 7 de mayo de 1882.

I en efecto, ¿había al comenzar la guerra una

exploración del desierto desconocido, indispensable para las operaciones?

Marcos Latham montaba en el acto a caballo i la ejecutaba.

¿Era preciso llevar un despacho urgente i grave a través de las sombras, del peligro i de la trasnochada?

Marcos Latham era el elegido por el voto unánime del cuartel jeneral.

¿Organizábase en medio de la calma estólida de los campamentos que entonces tenían por único jeneral la mole de la Moneda, organizábase decíamos, una cuadrilla de animosos guerrilleros?

Era Marcos Latham su capitán por aclamación.

¿Necesitaban los ferrocarriles peruanos, a medio destruir por los prófugos, un ingeniero un maquinista, un herrero, un peón, un fogonero?

Allí estaba Marcos Latham que, apeándose cual titán de su hercúleo bridón, cojía el riel o la locomotora i conducía nuestras divisiones a la batalla.

Ni excusaba el valiente mestizo concurrir a éstas pagando valerosamente con su persona, pues asistió a todas ellas, sin excepción de una sola, desde Pisagua a Miraflores.

I por último, cuando la hora de la prueba cruel i silenciosa sobrevino, no le encontró menos

pronto para sacrificarse en aras del deber i del patriotismo.

Consagremos por tanto una breve palabra a contar tan probada i tan magnánima vida.

II.

Marcos Latham era hijo de un soldado del Potomac i de una beldad del Bío-Bío.

Su padre, el sarjento mayor de caballería don Tomás Latham, fué uno de los oficiales voluntarios de la independencia sud-americana que trajo consigo de Estados Unidos don José Miguel Carrera en 1817; i su madre, doña Carmen Squella i Lopetegui, hija i nieta de dos capitanes de la frontera i hermana de las dos bellísimas mujeres que fueron madres de Luis Cousiño i de Mariano Astaburuaga.

De ese matrimonio, verificado en Santiago en 1825, nació el «hombre del desierto» en Valparaíso, el 24 de abril de 1838; de suerte que al caer al pie del lecho de los moribundos, Marcos Latham fué derribado como la robusta encina por el rayo, en todo el vigor de su savia.

III.

Hizo el joven criollo sus primeros estudios en el colejio de los Padres franceses de aquella ciudad, pues su casa paterna hallábase colindante con aquel establecimiento i fronteriza al cuartel de la brigada de marina, donde, como niño novedoso i enérgico, hizo sus primeros ensayos militares.—«Fué un insigne *cruzista*, dice uno de sus condiscípulos, aludiendo a las turbulencias de 1851, i uno de los pocos que en las guerras del colejio era nuestro partidario.»

IV.

En aquel mismo año perdió Marcos Latham a su enérgico padre, ya mui anciano; pero encon-

tró quien lo sustituyera en su filantrópico i bondadoso tío don Matías Cousiño, que en esa época, con la creación de Lota, llegaba, antes que ningún otro capitalista de Chile con el ajuje, al ajuje bienhechor de su fortuna. En este sentido, sólo el opulento i jeneroso industrial de Tamaya, don José Tomás Urmeneta, estuvo en ese tiempo a la altura de aquel benefactor público.

Pero antes de entrar en la arreglada carrera del trabajo, el inquieto criollo, hijo de yankee en seno de penquista, dió muestra de su afición innata a las aventuras, fugándose al Perú con uno o dos de sus condiscípulos en demanda del vellocino de oro que nunca halló.

V.

De regreso a Chile, a la edad de 20 años, comenzó a servir de contador en el vapor norteamericano *Bío-Bío*, que hacía la carrera del sur; i por la pérdida de éste, pasó a Carrizal como ajente de la Compañía de Lota para comprar metales.

Por esta misma época contrajo matrimonio con la apreciable señorita Fresia Squella, su prima hermana, la cual debería darle cinco tiernos hijos que hoi le lloran.

VI.

Aficionado, como los hombres de su raza, a los grandes negocios, le encontramos después, en julio de 1870, jestionando en Lima el planteamiento de un ferrocarril urbano; en Caracoles, en agosto de 1871, haciéndose minero i descubridor; i en Quintero, en el verano de 1873, delineando la ciudad i el puerto que, sin la muerte prematura de su primo i protector, el malogrado Luis Cousiño, sería hoi uno de los planteles mas florecientes, como Lota, entre los pueblos de nueva creación en la República.

VII.

A su turno i llegada la hora de la guerra, Marcos Latham, como lo dice el valiente i verídico jeneral Escala, en un informe que copiaremos más adelante, fué de los primeros en llegar al campamento de Antofagasta. i en aceptar todos los puestos, incluso el más humilde, sin exceptuar el más riesgoso.

En este sentido fué el primero que expedicionó sobre Bolivia por la vía de Huanchaca, a la cabeza de una partida de voluntarios; fué el primero que llevó socorro a los heridos de Tarapacá en la noche misma del terrible conflicto; fué el primero que desembarcó en Junín junto con el infatigable Stuen; i el primero que, a la par con éste, lanzó la locomotora a las alturas del Hospicio, salvando dos veces al ejército de perecer de sed.

«Sin él,—nos escribía su noble compañero desde Concepción el 21 de junio de 1882,—no habría salvado la división Muñoz en el camino de Ilo a Moquegua. Dos noches i dos días se trabajó sin parar, i en la tercera noche logramos llevar el agua i salvar a nuestros soldados. Latham era el hombre preciso de la guerra del desierto.»

VIII.

El digno jeneral don Erasmo Escala expidió a su vez el siguiente honroso certificado de los sentimientos que animaron a Latham cuando, en clase de voluntario, sirvió durante los pocos meses en que aquel pundonoroso pero poco afortunado caudillo mandó las huestes de Chile en los hórridos desiertos de Bolivia:

«Erasmo Escala, jeneral de división retirado absolutamente, certifico: que en el mes de julio de 1879, mandando en jefe el ejército que expedicionaba en la república peruana, encontrándome en Antofagasta se me presentó el se-

ñor don Marcos Latham, chileno de nacimiento, a ofrecer sus servicios en el ejército, *sin remuneración alguna*. Como este señor, según informes, reunía condiciones especiales, convenientes a las operaciones que debíamos emprender, pues tenía conocimientos minuciosos de las localidades por donde tendríamos que operar, fueron aceptados.»

IX.

En esa primera i segunda campañas, de las cuatro o cinco que formaron los anillos de la guerra i de la pereza de sus primeros conductores, el capitán Latham, ascendido a sarjento mayor, se encontró en las batallas de Pisagua, de San Francisco i Tarapacá, i en las de los Angeles, Tacna i Arica.

Asistió como teniente coronel i ayudante del jeneral en jefe a las batallas de San Juan, Chorrillos i Miraflores; i por último, partió a la más fatal de aquellas jornadas, contra el clima, el abandono i la muerte, en los ponzoñosos valles de Trujillo.

X.

Postrado todo el ejército allí estacionado por el implacable flajelo, hízose preciso sacarlo de la ciudad, i entonces el sufrido i nobilísimo coronel Urizar Garfias buscó al hombre que debería quedarse a cargo de la guarnición i el lazareto, como en la primera hora de la guerra se había buscado al hombre de la pampa i del desierto.

I entonces fué el teniente coronel Marcos Latham el que se ofreció en jeneroso holocausto al compañero de armas, al amigo, al jefe, al más infeliz soldado.

XI.

Pertenecía Marcos Latham a esa especie de hombres, raros en Chile, comunes en la raza de

su procedencia, para quienes no es un esfuerzo i menos un desdoro trocar el deber en entusiasmo. Hombre de corazón, no escondía su corazón tras de sus acciones. Hombre de trabajo, no ocultaba sus nervudos brazos bajo la túnica, sino que los exhibía como ejemplo, al candente sol, a fin de estimular la común faena con su ejemplo. Fué un hombre por su enerjía i su poderosa estructura física digno de servir de modelo; pero careció de ventura en todos sus pasos, especialmente en el de su fin, que fué el más heroico pero al mismo tiempo el más desdichado.

Por esto, callado, tranquilo, resuelto, magnánimo, aceptó la orden de ir al cementerio, i que-

dóse en el dintel de su puerta esperando el llamamiento.

I esto no tardó sinó horas en hacerse oír!

XII.

Tres días después, el comandante Latham voluntario jeneroso de la guerra, voluntario sublime del sacrificio, estaba muerto.

I el Congreso Nacional, teniendo en cuenta su magnánima conducta otorgó una pensión a su viuda, i considerólo dignamente como muerto en el campo de batalla. Este fué todo su premio, i su alma grande no habría necesitado otro.



Don RUDECINDO MOLINA



Don FRANCISCO ALVAREZ



Don JOSÉ U. URRUTIA



Don ISMAEL CONCHA



Don FROILAN GUERRERO

REJIMIENTO

DE LAPADORES



DON JOSÉ UMITEL URRUTIA

COMANDANTE DE ZAPADORES

I.

N medio de las crueles matanzas de la guerra i de los indecibles horrores de la epidemia se ha presentado durante los tres últimos

años un fenómeno que debe llenar de justo orgullo el corazón de todo chileno.—Todos han cumplido su deber.

Pero quienes lo han cumplido enseñándolo, han sido los jefes, que en la guerra son los maestros.

II.

Así, desde Tacna a Miraflores, para no recordar sinó dos batallas campales, vemos caer a Santa Cruz, jefe de Zapadores, a la cabeza de su cuerpo, en el momento en que eran derribados los tres jefes del rejimiento Santiago, Barceló, León i Silva Arriagada, todos en medio de la línea de batalla, i el último para no levantarse de la tierra enemiga sinó en alas del renombre.

I como aconteció en el Campo de la Alianza, junto a las murallas de Lima, así sucumbían en Miraflores el bizarro Marchant, a la cabeza del Valparaíso; Dardignac a la del Caupolicán; Zo-

rraíndo a la del Atacama, i el coronel Martínez, de imperecedera fama, al frente de su brigada. Todos en el puesto del deber, como Yávar, Silva Renard, Belisario Zañartu, Dublé Almeida, los jefes inmolados del día precedente.

III.

Pero se dirá que eso es lo propio de la guerra i lo que incumbe a todo hombre de honor i de patriotismo; i tal es la verdad.

Pero la circunstancia que antes señalábamos es que el deber encuentra siempre por siempre al jefe chileno en el sitio que aquél le señala, por ingrata, por horrible que la demanda sea, i en ella, como el centinela de la garita de Pompeya que fué encontrado en el puesto de su consigna dos mil años más tarde, en la actitud de quien vela, se han mantenido aquéllos en la suya hasta la última hora.

IV.

Pero si eso ha sucedido en el calor excitante de los combates, en la ponzoñosa modorra de las guarniciones, la sumisión al deber no se ha alterado ni en los pechos varoniles ni en las voluntades responsables.

Todo lo contrario, i vamos a demostrarlo.

V.

Mandaba en la guarnición del departamento de la Libertad el cuerpo de Granaderos a caballo, por ausencia de su jefe que de enfermedad análoga iría a morir en Lima, el mayor Rodolfo Villagrán, centauro de 30 años; i por no abandonar su puesto fué el primero en sucumbir.

Era jefe de la división a que aquel cuerpo pertenecía, el pundonoroso coronel Urizar Gárfias, i por no desamparar ni a su último soldado en nauseabundo hospital, aquel hombre, tranquila i reflexivamente heroico, rindió la vida.

VI.

Sucedía todo esto en uno de los valles infestados.

Pero en paraje diverso i mas aciago por su clima, cabía el mando superior a un jefe que hasta el momento de su sacrificio, i aún hasta el presente, era apenas conocido de aquellos que no han seguido al ejército en sus glorias i en sus pruebas con anheloso afán, i ese jefe en su hora perece también en silenciosa i varonil resignación, sin hacer siquiera ostenta^{ción} de la abnegación sublime, de la obediencia magnánima que le retiene en el charco de la muerte.

I es a ese hombre, a ese último jefe, entre los que no han sucumbido en medio de las filas de fuego sinó entre las hileras de los moribundos, a quien va consagrado este leve recuerdo.

VII.

El comandante de Zapadores don José Umitel Urrutia nació en los llanos de San Carlos, que debieran llamarse «los llanos de Urrutia» porque hasta las lanzas que en sus lindes se cortan para la guerra tienen ese apellido militar. El más viejo jeneral de Chile i talvez de la Amé-

rica española es un Urrutia, i ayer moría otro jeneral del mismo nombre dejando en el ejército una verdadera tribu de su apellido. El último comandante de Zapadores lega su nombre a dos hermanos que le preceden i le siguen en su noble carrera:—el coronel don Gregorio Urrutia, gobernador militar de la Araucanía, i el comandante don Fidel Urrutia, hoi primer jefe del batallón Lautaro.

VIII.

No era el comandante Urrutia un militar de aparato; lejos de eso, i así como se dice lacónicamente para pintar de cuerpo entero a un hombre que «es todo un hombre», así podría decirse de él que fué «todo un soldado» i nada más que un soldado.

Escapado de la escuela de Chillán cuando tenía solo 14 años, su hermano mayor don Gregorio, que a la sazón era simple teniente, tomólo de una oreja e hizolo sentar plaza de soldado raso en el 2.º de línea el 1.º de enero (buena fecha para engancharse!) de 1860.

El niño Umitel era hijo de don Venancio Urrutia, que combatió contra los Pincheiras, i nieto de don Norberto Urrutia, uno de los troncos fundadores de aquel árbol de los llanos que en lugar de semillas, ha dado soldados.

I ¡cosa curiosa! el recluta de Chillán en 1860, fué el más constante i afortunado reclutador de soldados que hubo más tarde en aquella feraz provincia que da enhiestos robles e invencibles combatientes. Según un prolijo apunte privado que llevó más tarde el capitán Urrutia, no sacó personalmente menos de tres mil voluntarios de la provincia del Ñuble. En la del Bío-Bío hizo sólo una inscripción.... pero esta fué la de la antes feliz i hoi triste esposa que le llora, la señora Corina Sanhueza, de los Angeles, madre a su vez de un tierno Urrutia que será soldado.

IX.

En 1861, a los 15 años de edad, el adolescente de los llanos que había entrado al cuartel por la puerta de la cimarra, era ya cabo, i con la varilla de membrillo con que le habían medido para enseñarle la disciplina, medía ahora a los que en pos de él habían llegado; i con tal ahínco cumplía el duro rigor de la milicia que en ese mismo año era ya sarjento.

Cuatro años llevó la jineta de esforzado aprendizaje (12 de noviembre de 1865), i diez años de esfuerzos i de irreprochable conducta le fueron precisos para llevar en sus hombros las charreteras de capitán (mayo 5 de 1874.)

X.

En esa condición fué a la guerra, i desde el desembarco de Pisagua hasta el asalto de Miraflores no envainó la espada.

Después de Tarapacá, donde junto con Belisario Zañartu i Alejandro Baquedano, capitanes de Zapadores, desplegó un valor taimado e indomable, retirándose el último de los combatientes, fué ascendido a sarjento mayor, i se le confió el mando de una de las brigadas en que por excepción estaba dividido aquel cuerpo de preferencia.

XI.

Justificando lo que hace poco decíamos, en cada batalla habían quedado fuera de combate un jefe de aquel brillante rejimiento.

En Pisagua el bravo mayor Villarroel había sido derribado antes de saltar a la playa.

En Tacna sucumbía Santa Cruz.

En Miraflores tocó su turno al simpático i atrevido comandante don Guillermo Zilleruelo.

A esta serie de fatalidades, no menos que a un mérito probado, debió el capitán Urrutia sus

rápidos ascensos i el mando superior de aquel cuerpo desde el 10 de junio de 1881, cuando comenzaba a tomar vigor la fatal, indefinida e indefinible ocupación del Perú.

XII.

Cerca de un año había durado esa ocupación, i aquellas sufridas guarniciones parecían como abandonadas a su propio destino, sin relevos, sin descanso, talvez sin esperanzas de mejora, cuando llegó a visitarlas el monstruo horrible e insaciable que por el color de los cadáveres que apila i tiñe denominan «fiebre amarilla.»

El comandante Urrutia, jefe de Zapadores i comandante de armas de la división de ocupación del departamento de Lambayeque, se enclavó en su puesto, es decir, entre el hospital i el cementerio, i allí, como Urizar i como Villagrán, como Barrios i Anabalón, como Jenaro Freire i José Ignacio Contreras, hermano del ilustre guardia marina de Pisagua, sucumbió en el sacrificio.

¡Loada sea su enérgica memoria!

XIII.

El comandante Urrutia era de la escuela de Eleuterio Ramírez, i había entrado al servicio llevando en su kepi de recluta el mismo número ya tradicional que aquél ostentaba sobre su frente al morir. I cosa digna de no ser olvidada por los que creen que el culto de las glorias militares de su país sirve de algo para los que se educan: todos los oficiales, de capitán arriba, que han sucumbido en los últimos tiempos en la penosísima faena que se llamó la ocupación del Perú, eran de la escuela de «el 2.º»

En el 2.º de línea había servido el capitán Baeza, muerto en Pucará.

En el 2.º de línea había servido Rodolfo Villagrán cuando mandáralo su padre.

En el 2.º de línea comenzó su carrera el comandante Muñoz Bezanilla.

En el 2.º fué capitán el coronel Urizar Garfias.

En el 2.º fué también soldado José Umitel Urrutia, quien el día 1.º de marzo de 1882. con la graduación de teniente coronel efectivo de ejército i en calidad de jefe político i militar de una de las provincias más ricas del Perú, murió a los 35 años de jenerosa edad.

XIV.

Tema i propósito es frecuentemente entre las jentes de guerra i más aún entre los que no per-

tenecen a su noble ejercicio, la apreciación de lo que importa para la fama de los soldados que mueren, i, en seguida, para las lágrimas de la viuda i el hambre de los huérfanos dejados, la muerte por el plomo i la muerte por el virus.

Más apetecido fin es, a la verdad, entre los que combaten, cuando envueltos en el humo i ensañados por el fragor de la batalla rinden de un solo golpe su existencia en caro holocausto. Pero ¿por ventura es menor i menos digno de perdurable agradecimiento i de condigna recompensa esa muerte lenta, insidiosa, tenaz que deliberadamente se acepta i se sobrelleva hasta que se consume como fétido candil en hediondo aposento?





Rojas



Don ALBERTO PEREZ GANDARILLAS

(Capitan del R^o Melipilla)

Don FEDERICO VALDIVIESO HUICI
(Teniente del R^o Melipilla)

Don CRISTOBAL GONZALEZ
(Teniente del R^o Aconcagua)

Don ENRIQUE BAEZA

(Comandante del R^o Victoria)

Don ALFREDO VALDE, VELASCO
(Teniente del R^o Cau olican)

Don JOSÉ M. VILLARREAL
(Subteniente del R^o Colchagua)

EL CAPITAN REYTE
(Del 4.º de Línea i del Colchagua)

DON ALBERTO PÉREZ GANDARILLAS

CAPITÁN AYUDANTE DEL BATALLÓN MELIPILLA



I.

A jeneralidad de las jentes de esta tierra de Chile, que tiene la forma de una larga lengua, apta, por lo mismo, para la maledicencia, ha atribuido siempre a la juventud de Santiago, i en conjunto a la capital entera, una especie de incurable molicie, ajena a los sacrificios de la guerra, reñida con los duros deberes i cruentos sacrificios del patriotismo. Quien dice desdeñosamente «futre de Santiago» parece haber encontrado la fórmula matemática del afeminamiento.

Pero la historia nacional i el dictamen de los verdaderos hombres de guerra, se han encargado de contradecir semejante absurdo, hijo de las apariencias.

Así lo hemos oído, en efecto, a nuestros más viejos capitanes, i, entre otros, nos lo afirmó en 1861 en su hacienda de Peñuelas, situada en el riñón de la provincia del Ñuble, el jeneral de división don José María de la Cruz, capitán entendido como el que más en achaques de campañas i eximio voto en la materia. El jeneral Cruz era de opinión que los más potentes núcleos de población, productores de buenos tipos de pelea en Chile, eran el Ñuble i Santiago.

El «montañés» de Chillán i el «roto» de San-

tiago, han sido en efecto i seguirán siendo dos individualidades incomparables como soldados. I esto explícate principalmente, a nuestro juicio, por la recia estructura física i los varoniles ejercicios de los primeros, que nacen con el hacha a la espalda, i por la ladinez, viveza i audacia de los últimos, aglomeración escojida de los hombres sueltos de toda la República, diestros en todas las faenas, sin exceptuar la del corvo...

II.

Análoga demostración se ha encargado de perpetuar la leyenda, porque si don Bernardo O'Higgins, don Pedro Victoriano, don Jervasio Alarcón, los Zapata, los Zúñiga, los Contreras, los Riquelme, los Vallejos, los Vargas Pinochet, los Riveras, los Pincheiras mismos, todos los terribles guerrilleros de la «guerra a muerte» eran más o menos chillanejos, no faltaron por esto a Santiago gloriosos representantes en las batallas de la independencia.

¿Por acaso Juan de Dios Larrain, ayudante de campo de San Martín, que cayó en Cancha Rayada; Juan Gana, muerto en Maipo; los dos Gamero, Marcos i Joaquín, que sucumbieron en el campo de batalla; los tres Carrera, los siete Márquez, Manuel Rodríguez, Freire mismo, que peleó en todas partes, en mar i en tierra, no

fueron hijos de Santiago i soldados ilustres en la primera edad heroica de la República?

IV.

No pagaron menos jeneroso tributo a las armas i a la gloria de la República «los mocitos de Santiago» en la segunda guerra con el Perú, i el nombre solo de Matucana representa una página de heroísmo escrita con su sangre i su denuedo. Los capitanes Tocornal, Gómez Gárfias, Carlos Infante i Guzmán Recabárren, el ayudante mayor Larrain Gandarillas, los tenientes Barrios i Lizardi i los alféreces Salinas i Barros Morán, que en esa acción de guerra se batieron por sorpresa i con doble número, merecieron ser puestos en la orden del día del batallón de su nombre, que era el *Santiago*.

En todas las guerras nacionales o civiles ha habido un *batallón Santiago*, es decir, una lejió «de *futres* i de *rotos* santiaguinos» que han dejado en buen lugar su fama i su bandera. El batallón de marina con que lord Cochrane abordó la *Esme-* en 1820, i de cuyos soldados dijo en esa ocasión el noble adalid que fueron soldados «iguales a los primeros del mundo,» era de mulatos santiaguinos, hijos de las esclavas de las casas solariegas que la revolución hizo libres:—«los Infantes de la Patria».

V.

¿I por acaso i a su turno en la presente guerra no ha acontecido otro tanto?

Bastaría citar los nombres de los Toro Herrera, de los Errázuriz, de los Pinto Concha, de los Herrera Gandarillas, de los Aldunate, de los cuatro Calderón muertos todos; de los dos Salinas muertos como los demás, todos los cuales forman grupo; de Eduardo Lecaros, de Luis Alberto Riquelme Lazo, de Camilo Ovalle, de Ramón Sota Dávila, de Enrique Prenafeta, de Francisco

Wormald, de Alberto Pérez, de Federico Huici, de Anbal Guerrero, de la mayor parte de los oficiales de los rejimientos Esmeralda i Chacabuco, del Melipilla i del Victoria, cuerpos mandados en su mayor parte por bizarros voluntarios de Santiago, para dejar constancia de que el heroísmo no puede ni debe medirse en Chile por zonas jeográficas.

Los santiaguinos han cumplido su deber con la misma pujanza i la misma animación que los atacameños; los talquinos se han batido con la misma decisión que los hijos de Coquimbo i los de Arauco.

VI.

En diversas ocasiones hemos hecho la comprobación individual de todo lo que aquí decimos, i hoi queremos agregar un argumento más al viejo tema del heroísmo santiaguino, exhibiendo la grata memoria de un niño querido que murió por su patria i por su propia gloria.

VII.

Alberto Pérez Gandarillas, hijo de una beldad que ayer viéramos nacer i extinguirse en su propio florecimiento, era, al sonar el clarín de alarma de la guerra, uno de esos apuestos, brillantes i seductores adolescentes que las madres temen i sus hijas adoran en los salones de Santiago. Elegante, espiritual, cortesmente atrevido, buen mozo, i sobre todo esto dotado de esa irresistible «simpatía», que es la belleza del alma extraída de su fondo i derramada por la mano de las gracias en el rostro i en los ademanes de jenerosa juventud, Alberto Pérez Gandarillas habría sido tomado como el emblema de todas las fáciles dichas, de todos los embriagadores triunfos de la primera edad de la vida en que la mujer es aljiera mariposa i el corazón del hombre fúl-jida llama.

VIII.

Pero el corazón del arrogante mancebo no era sólo eso, porque, tras la olorosa rama de azahar que en el vals o el coloquio lucía en la solapa de su frac escondíase, un pecho levantado i capaz de todas las pruebas de una enérgica virilidad.

Por esto, sin propósito de hacer carrera, sin vanidad jactanciosa ni guerrera, sólo por obedecer a un impulso nobilísimo del alma i por seguir a sus compañeros de la víspera en la alegría, ceñidos ahora por la aureola de Pisagua i San Francisco, alistóse en el batallón Melipilla i marchó al desierto en los primeros meses de 1880.

IX.

Mas, el destino risueño i aún pródigo de favores para el novel capitán en los hogares i bajo la misteriosa enramada del sarao, tornóse contra él sañudo i acerbo desde que se ciñera una espada. Los que gustan de las imágenes de los dioses habrían dicho tal vez que Marte mostrábase enfadado al ver a Adonis usurparle a hurtadillas sus arreos i su cetro.

X.

Cupo, en efecto, al Melipilla el mal lote de ir a custodiar en lejano páramo la frígida aldea boliviana de Calama, en pleno invierno, i en los días de fuego de Tacna i Arica, cuyas palmas inmortales otros cojerían. El capitán Pérez Gandarillas sintióse vivamente contrariado por aquella desigualdad en los repartos de la guerra; i si bien es cierto que en el corazón del invierno hizo la campaña, que nosotros llamamos «de los hielos,» hacia el interior de Bolivia, a las órdenes del comandante Letelier, en mayo, junio i julio de 1880, no por esto quedó su ánimo, se-

diento de fama i no de botín, satisfecho sinó agriado.

«Me alegro mucho,—escribía a su buen padre desde Antofagasta el 30 de octubre de 1880,—que haya escrito al coronel Urriola para mi pase a otro cuerpo. Ojalá algo se consiga, pues este batallón marcha a pasos de gigante a la tumba, i me sería mui desagradable llegar «disuelto» a Santiago.

«...Todo hace temer que se disuelva el Melipilla, i *yo no quiero volverme sin batirme una vez siquiera*. Si algo favorable llega a saber de mí, me lo comunicará lijerito.»

XI.

No se realizaron por fortuna los temores del entusiasta mozo santiaguino después de su ruda campaña a las punas de las cordillera de Ascotán i de Huanchaca; i por el contrario su cuerpo fué incorporado a la primera división confiada en noviembre de 1880 al jeneral Villagrán i en seguida al contra almirante Lynch.

«Desde hace dos días,—volvía a escribir con la expansión de un verdadero regocijo a su padre, desde a bordo del *Itata*, el 23 de diciembre de 1880,—estamos fondeados en una caleta situada a diez millas de Lurín i a mui corta distancia de la famosa Lima.

«Hasta esta hora no hai novedad alguna; a no ser dícere de que las avanzadas se han batido en Lurín, pero sin seguridad ninguna. Parece que antes de quince días Lima estará en nuestro poder.

«...Todo el camino ha sido mui alegre, no se oía sinó resonar por todas partes las músicas de los treinta i tantos buques que marchaban.

«El desembarque se principió ayer por la mañana sin que haya salido una mosca que nos impida el paso; todo esto viene a nuestro favor para la victoria, pues a brutos i cobardes como los

peruanos no más se les ocurre dejarnos llegar a seis leguas de su capital sin hacernos una baja.

«Hoi continúa el desembarco, pero con toda calma i tranquilidad, i según me parece no se concluirá hasta mañana; quedan todavía varios buques repletos de jente.

«Se espera mañana la segunda brigada de la primera división que se vendrá en buques, porque se volvió a Pisco; nosotros desembarcaremos con ella.

«En esta caleta el mar es mui manso i comparable con la laguna del Parque Cousiño. En el día parece que estuviera en el 18 de setiembre: hai un movimiento de botes de un buque a otro que no se corta i llenos de oficiales que van a hacer sus visitas i otros a pagarlas: es un bochinche comparable con una fiesta.

«El capitán Bell, que era ayudante, se quedó en Tacna, i el comandante Balmaceda me va a hacer a mí ayudante; pero le he pedido que me deje en mi compañía hasta después del *pleito*, i después le admito.

«Reciban, querido papá i hermanos, un fuerte abrazo de su hijo que está en vísperas de largarle todo el *ñeque* (1) a los peruanos.»

XII.

No hemos suprimido de propósito en estas epístolas de la cariñosa intimidad filial, cuya comunicación debemos a la expansión de vieja amistad en la familia i en el aula, ni los arranques jeniales de la frase, que revelan un alma feliz i retozona, ni los recados afectuosos del hogar que son en el rudo campamento de rudos soldados que van a batirse, como un perfume de heroica ternura. Pero tenemos a la vista una carta del adolescente capitán del Melipilla, es-

crita apresuradamente con lápiz, como suelen escribirse los testamentos militares, i vamos a copiarla íntegramente, porque sus rasgos injénuos forman los perfiles de una naturaleza rica en colorido i ésta aparece delineada en la tela de los afectos, de los recuerdos i hasta de las expansiones bajo la lona de la tienda como si fuera un retrato.

XIII.

Hé aquí en efecto ese postrer mensaje del corazón que sería, antes de la batalla, el postrer adios de la vida.

XIV.

*«Campamento de Lurín,
diciembre 28 de 1880.*

«Señor don Cesáreo Pérez.

Querido papá:

Hace cuatro días que estamos acampados después de una marcha de la caleta de desembarco a ésta, de lo más odiosa i cansadora que se puede tener idea; todo el camino fué por arenal de playa en que se perdía todo el pie; salimos como a las diez del día i llegamos a las ocho i media de la noche; había momentos que renegué mil veces de haber nacido, porque es imposible que en esa comprendan lo... que son los que dirijen la guerra i la tropa de disparates que cometen a cada tranco. La marcha que nos han hecho hacer a nosotros con una parte de artillería fué de seis a siete leguas i marcha forzada; es menester tomar en cuenta que a la hora que recibimos la orden no habíamos tomado ni café; todo esto sucedía porque en este campamento, que está a veinte cuadras del pueblo, se había tiroteado una

(1) «Ñeque» es un modismo peruano equivalente a «energía.»

avanzada del Esmeralda, muriendo un soldado nuestro i varios de ellos, pero no pasó de ser una simple sinfonía. Si en la marcha nos salen 100 hombres, nos hacen sonar; creo que ninguno habría resistido más de diez minutos por el cansancio i falta de alimento.

«Nuestro campamento es una hacienda bastante grande, mui verde i con bosques espesísimos. Se titula San Francisco. Nosotros, es decir, la primera división, formamos una línea de batalla cerca del río, frente a un bonito puente de cimbra de magna construcción, pero sin objeto. La línea ocupa varios potreros, apoyando la cabeza el 2.º, en seguida la Artillería de Marina, Atacama, Colchagua, Talca i Melipilla; a la izquierda está la segunda brigada.

«Estos campos son mui fértiles, sobretudo en camotes, plátanos i caña de azúcar. Las cargas que hemos dado a los plátanos i camotes han sido atroces, pues nos han tenido día i medio sin víveres. Con un camote, que la mayor parte son del tamaño de una sandía, tenemos para almorzar. Los plátanos se han concluido, pues no están todos maduros i los granjeos de gallinas i pavos por los alrededores también han llegado a su fin; no se puede internar mucho porque hace tres días una avanzada enemiga casi se chifla a unos soldados, pues estamos sólo a tres i media leguas de los famosos gamos.

«Al mui noble pueblo de Lurín no le dejaron las primeras tropas que llegaron ni los santos de la iglesia, pues al pasar nosotros encontramos las imágenes formadas en batalla en la plaza, con kepi i un palo por fusil: a cualquiera se la pegaban que eran vivos. Una de las capas de los santos me sirve de mandil para la silla de un burro que he conseguido para mi uso, pues este ejército trae otro de burros granjeados en Pisco i también un gran número de chinos. Estos dos elementos que acompañan al ejército son de mucha utilidad para ayuda de los soldados en las marchas.

«Se dice que el ataque a Lima, o a Chorrillos más bien dicho, no será antes de diez días, pues hai como 50,000 hombres i parece que se ha pedido a Tacna 3,000 de la reserva; pero también se sabe que de los 50,000 no hai más que 30,000 que pueden hacer alguna resistencia: los otros están armados con escopetas, palos i piedras; a los últimos se corren a puñetes.

«Ayer se pasaron mis propuestas al Estado Mayor para ayudante de este cuerpo. Creo que hoy seré nombrado; voy a llegar a esa de jeneral.»

XV.

Pero llegando a este punto de las esperanzas i de las alegrías, hubiera parecido que negra i fugaz nube hubiera cruzado aquel cielo azul de ilusiones guerreras, porque en un párrafo posterior inmediatamente, el simpático niño añadía, sin desmentir por esto su jovial, festivo, inagotable buen humor, herencia antigua de su raza: «Mi salud está mui buena i es una gran mentira lo que dicen que es preciso cuidarse mucho por el clima. Cuanta golosina se me ha presentado me la he tragado, i hasta aquí nada he tenido. Creo que lo único que me hará mal será *una panzada de plomo*, pero me parece que no tendré ese apetito...»

XVI.

I como estaba escrito por la mano avisadora del presentimiento, así aconteció.

Tendido en guerrilla el batallón Melipilla, junto con el rejimiento Coquimbo, en la playa que corona como sombría diadema el Morro Solar, desde la hora en que la primera división, a que pertenecía, rompió sus fuegos antes de la claridad del alba, comenzó a recibir desde lejos los disparos de las mortíferas ametralladoras con

que los peruanos habían coronado todas sus alturas.

Los soldados del Coquimbo i del Melipilla continuaban avanzando por el lado del mar, agazapados i echándose alternativamente de bruces, soldados i oficiales, todos en orden disperso i avanzando lentamente para contestar los fuegos, cuando una bala de ametralladora cayendo casi perpendicularmente sobre el hombro derecho del capitán Pérez Gandarillas, le bandeó de parte a parte atravesándole los pulmones, herida que era la muerte.

Tenía lugar tan doloroso lance en la mediana de la batalla, esto es, a las 9.55 minutos de la mañana, i media hora después el joven héroe espiraba resignado en los brazos de uno de sus compañeros de armas, el teniente del Melipilla don Carlos Herrera Gandarillas. «Conservó,—decía el último al padre de la víctima,—la plena posesión de sus sentidos hasta el último momento, recordando con especialidad a todos los de su familia.»

XVII.

Junto al heroico mozo, a la misma hora i de idéntica manera, era derribado para morir al siguiente día a bordo del *Itata*, un niño tan valeroso como él i que había sido parte principal a su enganchamiento de voluntario.

Ese jeneroso voluntario que merecería un recuerdo aparte en este libro, si sus brevísimos

días en parte no lo estorbaran, fué el teniente Federico Valdivieso Huici, mozo de 21 años i de bellísimas esperanzas.

Uno i otro, Pérez i Valdivieso habían tenido el presentimiento de su prematuro fin, i parece cosa singular que ellos fueron los únicos oficiales del Melipilla inmolados en la jornada del Morro Solar.

XVIII.

Alberto Pérez Gandarillas nació en Santiago el 14 de setiembre de 1856. El primojénito de su familia i un hijo del jeneral Freire, que murió temprano como su hermosa madre, le llevó a la pila cual si hubiera querido unjirle soldado junto con nacer. Había vivido por consiguiente sólo 24 años cuando una bala peruana tronchó su existencia llena de esperanzas i de alegrías, cambiando para los suyos en perenne luto la memoria fresca i risueña de su paso veloz por el hogar i las esperanzas.

I no fueron sólo sus deudos los que le lloraron, porque en el fondo del parco bagaje del joven soldado encontraron sus amigos, al hacer el triste inventario de sus arreos de batalla, como las hojas marchitas del jardín de la vida, muchos testimonios de que el joven adalid había sido coronado por dulces beldades e inocentes gracias en todo su camino de batallador, desde el brillante salón de Santiago a la lóbrega fosa de la ciudad quitada por el plomo vengador al enemigo.

NATAL EDUARDO VEGA

SUBTENIENTE DEL CAUPOLICÁN (1)



I.

Una larga ha sido durante la guerra la lista conocida, enaltecida i aún ponderada de los que, en calidad de voluntarios en el servicio i en el amor de su patria, rindieron por ella la vida.

Pero entre setecientos oficiales de mar i tierra que sucesivamente desde Iquique i Pisagua, de Pucará a Huamachuco han ido pagando el tributo de su jenerosa sangre a la más noble pasión del hombre, no son pocos los que la gloria ha dejado rezagados.

La gloria de las armas tiene su cielo, que es la inmortalidad.

Pero también tiene su limbo que es el silencio o la ingratitud de las tumbas después de las acciones heroicas.

II.

En el número de los que hoy viven en ese limbo de la fama, debe colocarse entre otros muchos

(1) Por un error de taller se puso en la lámina que contiene el retrato de Natal E. Vega que era subteniente de Zapadores, cuando en realidad lo fué del Caupolicán i en sus filas peleó i murió.

el nombre del valeroso mancebo que hoy exhumamos para ofrecer su memoria en holocausto al largo olvido que su glorioso fin ha padecido.

Natal Eduardo Vega (Ossa por la cuna de su madre), como Torreblanca, como Vallejos, como Blanco i otras tempranas víctimas del patriotismo, fué atacameño.

Educado en su ciudad natal de Copiapó hasta la edad de 14 años, su madre, que había pasado a segundas nupcias, llevólo a Lima en la época precisa en que Torreblanca i Vallejos buscaban allí, con la frente erguida del trabajo, camino a su existencia.

Por su parte, el joven Vega, colocado en el colejío departamental de Guadalupe, mediante los esfuerzos de su padre político, consiguió notables aprovechamientos, señalados por los premios que obtenía en sus clases escolares. Su segundo padre era el caballero don Tristán López, que fué más tarde capitán del Curicó i defendió bizarramente a Lurín al día siguiente de la batalla de Miraflores contra un asalto de montoneras.

III.

Llegó en 1879 para el adolescente alumno de Guadalupe la ocasión de elegir una carrera. El tierno espatriado había cumplido diez i ocho años, era un estudiante aprovechado i lue-

go iba a tener bajo su brazo el diploma del bachillerato que le abría las puertas de la Universidad de San Marcos. Pero huyendo de ser doctor, i «doctor limeño», iba el intelijente bachiller a tomar un puesto en la escuela de medicina de San Fernando, la más antigua de la América española, cuando, a manera de relámpago, estalló la guerra.

IV.

El animoso estudiante atacameño en ciudad de molicie, «había cursado—dice uno de sus condiscípulos—en Copiapó, varios ramos de humanidades en el colejio *Bruno Zabala* primero, que rejentó el malogrado institutor don Zenón Martínez Toro i en el de la *Sociedad de Artesanos* después, dirijido por don Belisario Aguirre.

«En Lima, sus amigos i compañeros de estudio lo llamaban el *chileno Vega*, con cariñosa espiritualidad.

«Distinguióse en la clase de matemáticas por su certero tino para resolver los más difíciles problemas.

«Los señores Artidoro García Godos i Antonio Quiroga, sus profesores en ese ramo, lo estimaban i distinguían entre sus más sobresalientes alumnos por la viveza de su injenio»

I en otra parte el biógrafo aludido (que es el notable diarista don P. P. Figueroa) agregaba:

«Tenía Natal Vega la idea fija en su mente, de descubrir las verdades que las ciencias naturales ocultan al hombre.

«La medicina, la química i la física, esas tres poderosas ciencias sobre que descansan los conocimientos humanos más avanzados de la edad contemporánea, seducían su espíritu, absorbían sus facultades, sintetizaban su ideal, compendian, resumían sus ambiciones.»

A la temprana edad en que el destino le forzaba a abandonar el colejio tenía ya formado un

curioso herbario del propio suelo en que debía morir.

V.

La familia López fué cruelmente expulsada de Lima; pero aquella afrenta no quedaría impune.

El brioso repatriado, no encontrando mejor puesto, se alistó de sarjento segundo en el batallón Caupolicán, i en esa capacidad i en la de sarjento primero hizo toda la campaña hasta la partida hacia Lima, a aquella ciudad en la que había pasado los mejores años de su vida, de la cual saliera perseguido por trahillas de jentes que se burlaban del infortunio de una proscrición en masa, i a la que ahora él ambicionaba entrar vengado i triunfante.

VI.

Nos ha dejado el joven Vega, ascendido ahora a subteniente del Caupolicán, en una tierna carta que escribía a su madre desde la rada de Curayaco el 23 de diciembre de 1880, la expresión de una alma injenua i levantada en este pasaje que parece un eco profético de su próxima pero heroica desdicha:

«En todo caso, mamacita querida,—la decía,—le suplico que tenga la suficiente resignación para soportar cualquiera desgracia que sobreviniera.

«Tenga siempre presente que Dios es grande i sabe lo que hace. Si el Dios que hasta ahora nos ha sido propicio, en este caso que se nos va a presentar, es decir, en el combate de Lima, no nos fuera próspero, lllore i lloren todos mis hermanos, *no por mi muerte, sinó por nuestra derrota, i en caso de salir ileso en semejante acto sería un dolor que nunca lo lloraría lo suficiente.*

«Reciba un abrazo de su hijo i exclame junto conmigo: ¡Viva Chile! que es el grito unísono que hoi se siente.

«Adios. Suyo

NATAL».

VII.

En San Juan i en Chorrillos el Caupolicán tuvo, como es sabido, una participación más de espectador que de combatiente; pero llevado al fuego en Miraflores por el pundonoroso coronel don José María del Canto i su intrépido segundo el impetuoso Dardignac, cupo a la compañía en que militaba el subteniente Vega salir al frente de batalla, dispersa en guerrilla, al mando del valiente joven don Alfredo Valdés; i en la atrevida carga que Dardignac emprendió a través de la llanura, aquellos dos nobles mozos cayeron casi juntos para no volver a levantarse. Llevaba Vega levantado el brazo con su espada, animando su jente, cuando una bala le atravesó el costado derecho matándole instantáneamente, pero de tal manera que el brazo al caer sobre el torso tibio del combatiente, cubrió la herida como una venda. Al pasar Dardignac junto a él, creyóle en consecuencia abatido por la fatiga i ordenó le socorrieran, cuando su espíritu vital estaba ya extinguido.

VIII.

Es digno de contarse por ajena pluma este lance heroico. «El subteniente Vega,—dice otro de los numerosos biógrafos que aquella corta vida alcanzara,—con cuatro soldados i un cabo tuvieron el arrojo temerario de marchar sobre el reducto en el cual se colocaría primero que en ninguna parte el tricolor nacional; pero tal arrojo de valor, costó la vida al pobre subteniente.

«Cuando en efecto se hubieron apagado los fuegos en el reducto, pasó el valiente mayor Dardignac con su comitiva, i al encontrar a Vega tendido en tierra, creyendo que la carrera i la ajitación lo hubieran cansado, dijo: *aquí tengo un hijo que es preciso cuidar; dñele agua al subteniente para que se le pase la fatiga i llamen al teniente Soruco para que lo venga a cuidar.*

«Las órdenes del mayor se cumplieron: pero el teniente encontró agonizante al amigo i compañero. Una bala había atravesado el pulmón i el corazón de Vega.

«En menos de veinte minutos se había extinguido una vida joven, pues ese día cumplía veinte años el primero de los oficiales que tuvo el arrojo de marchar a tomar un reducto a pesar del fuego vivísimo que se nos hacía de las diversas murallas en que se parapetaba el enemigo.»

IX.

Sincero i profundo fué el dolor de los compañeros de armas del subteniente Vega, i tal lo manifestaron a sus deudos en la siguiente carta de duelo que a los últimos ha quedado como la última satisfacción de un destino aciago:

«Lima, febrero 19 de 1881.

«Señora doña Mercedes O. de López—Santiago.

«Respetada señora:

«Al comunicar a usted la triste noticia de la muerte de su hijo i nuestro querido compañero Natal, ¿qué podremos decirle que sea un consuelo para usted?

«Comprendemos de sobra su dolor, pero le rogamos tenga presente que la patria ha exijido el sacrificio de sus hijos i que ha sido necesario pagarlo. Natal fué uno de los elejidos en nuestro cuerpo i nos hemos visto precisados a aceptar tamaña desgracia. Sucumbió luchando hasta el último momento, i luchando con coraje, con *bravura asombrosa*. ¡Murió como chilemo, al pie de su bandera i al frente de sus soldados!

«El destino le ha quitado a usted el cariño de su más amado hijo, pero le ha dejado en cambio

su recuerdo inscrito en las honrosas páginas de la historia.

«Es verdad que Natal ya no existe; pero su nombre pasará más allá de los siglos i ante él nos descubriremos todos diciendo: ¡*Natal Eduardo Vega fué un valiente!*»

Reciba, señora, nuestro sentido pésame i disponga de sus atentos servidores.—*José María del Canto.*—*Valentín Torres.*—*Vicente Palacios B.*—*Enrique Bernales.*—*Juan Orbeta.*—*Marcial Novoa C.*—*Alfredo Soruco.*—*Eduardo Kinast.*—*Carlos S. Lemm.*—*Víctor M. Bascuñán T.*—*Felipe S. Beraud.*»

X.

Una circunstancia más que reviste de melancólica simpatía el recuerdo del valeroso mancebo a cuya existencia consagramos esta página tan breve como sus días, es la siguiente:

El subteniente Natal Eduardo Vega había nacido el 15 de enero de 1861, día sábado.

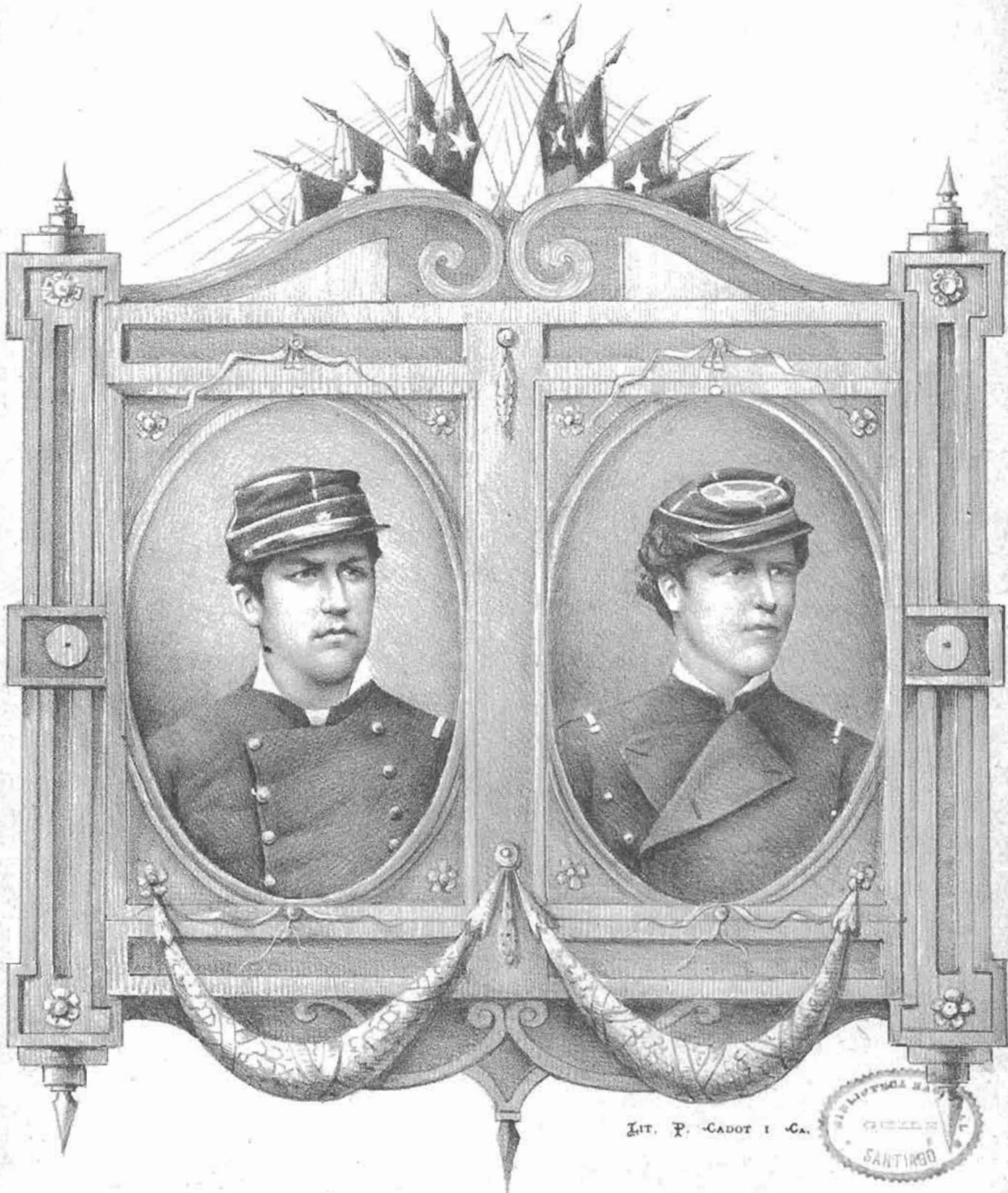
I en día sábado, 15 de enero de 1881, desapareció combatiendo en lejana tierra i con «asombrosa bravura» por la gloria de su patria.

El subteniente Vega vivió solo veinte años, contados hora a hora, minuto por minuto, pero en su voluntario sacrificio consumó la profecía de un ilustre soldado i filósofo americano (el jeneral Miranda), quien, en sus *Consejos* a su discípulo don Bernardo O'Higgins, cuando era éste un adolescente de veinte años, le decía:

«Sólo la juventud del hombre es grande.»

«En los vastos horizontes de la inmortalidad vive el alma de un héroe», había dicho también de él otro de sus amigos que le amara en la vida i le admirara en su fin (1)

(1) Es digno de notarse que sobre este joven subteniente del Caupolicán se hayan publicado artículos biográficos en *Los Tiempos* (marzo 29 de 1881), en *El Mercurio* de Valparaíso (mayo 18 de 1882), en *La Industria* de Iquique (enero 15 de 1883), i en *La Libertad* de Talca (junio 20 de 1884.)



LIT. P. CADOT & Co.



DON ENRIQUE PRENAFETA

(Subteniente del Rejimiento Chacabuco)

DON JORJE COTTON WILLIAMS

(Teniente del Rejimiento 2.º de línea)

DON ENRIQUE PRENAFETA

SUBTENIENTE DEL REJIMIENTO CHACABUCO



I.

E en medio de las grandes almas en ciernes que el plomo sordo i brutal de las modernas guerras tronchó temprano en su raudal, a la manera del vendabal furioso que postra los tiernos retoños de la espesa selva, toma su vuelo hacia lo desconocido por entre el fragor de fieros combates, la existencia de un niño que aún no asomaba a los dinteles de la juventud viril i era ya por sus actos, sus creencias, su denuedo i su fe en el porvenir una verdadera esperanza para las armas de la República.

El nombre de ese niño era Enrique Prenafeta. Su ciudad natal, Santiago; su edad, 20 años.

II.

Había nacido aquel mancebo de ánimo de suyo levantado, con destino a la guerra, i si su buen padre don Aniceto Prenafeta no ha sido sinó un animoso minero i un pacífico ensayador de metales, su abuelo fué un valiente soldado catalán que en Maipo se batió bajo el pendón del rei i era oriundo de Reus, patria de Prim. (1)

(1) Existe en España, capitanía jeneral de Cataluña, pro-

I desde mui niño, como este último famoso capitán español, mostró el nieta, impetuoso amor por la guerra i por la gloria. «Tiempo es, señor, que me conozca,—escribía a su padre cuando tenía apenas 20 años.—No soi yo llamado a marchar por la *rutinaria senda* del trabajo material. Necesito concluir mi carrera de abogado, i concluida ésta trabajar para llegar al *grado más alto* a que puede llegar el hombre. No temo a la fortuna i tengo, señor *mis caprichos de gloria*....»

Esos «caprichos de gloria» llevaron a Enrique Prenafeta a las armas i en seguida a la muerte de la breve manera que vamos a contar.

III.

De su vida, rápida casi como un suspiro de la noche fugaz, no nos ha quedado sinó pálida huella en la memoria de uno de sus condiscípulos i amigo de la cartilla i la cimarra que agrupó en unos cuantos cortos rasgos su niñez turbulenta, recordándola, a poco de su heroica muerte, en un diario de Valparaíso (*El Mercurio* del 25 de febrero de 1881.)

vincia de Tarragona (de donde proceden los Prat i los Prats) un lugarejo de 35 casas i 130 habitantes, llamado Prenafeta, abundante en trigos, en conejos i, por lo visto, en bravos.

Prenafeta dista cuatro leguas de Tarragona i catorce de Barcelona.

«Su modesta i honorable familia,—dice aquel sucinto biógrafo de una carrera apenas comenzada,—queriendo formar su corazón desde su más tierna infancia, lo entregó a la edad de cinco años a los cuidados de la señora Mercedes Vázquez, quién fué la primera en colocarle la cartilla en la mano.

«A los siete años pasó al colejió de las señoras Cavieres. Su primera profesora, como las segundas, cobraron gran cariño por el niño, tanto por su carácter de viveza e intelijencia que le distinguía, como por su intachable conducta i los grandes progresos que alcanzaba en los ramos de estudio que se le enseñaban.

«A los ocho años de edad ya se hizo necesario colocarlo en un colejió de importancia para hombres, i en consecuencia se elijió el del señor Frides, que gozaba a la sazón de gran fama i valía.

«Enrique fué allí perfectamente recibido, consiguiendo, como siempre, captarse la simpatía i aprecio jeneral especialmente el cariño del mismo director del establecimiento.»

IV.

Esa había sido toda su niñez.

Pero a la edad de 15 años, edad en que con el bozo del labio brota en el corazón el primer escondido fuego, entró Enrique Prenafeta a la Academia militar, i pronto se distinguió por su claro entendimiento, por la enerjía acentuada de su carácter, i la turbulencia ardorosa i aún desasegada de su espíritu. Era un niño que prometía ser soldado; era un cadete que auguraba un héroe.

«Sus inclinaciones i aspiraciones—añade el rasgo de su infancia que ya hemos citado—empezaron a hablar a su corazón juvenil i entusiasta, i pronto exijió se le colocase en la escuela militar.

«Como esta era una resolución irrevocable del joven estudiante, hubo necesidad de aceptarla,

i poco tiempo después ya Prenafeta era uno de los mejores alumnos del ilustré jeneral Escala.

«I tanto fué así, que habiendo estado el primer año pagando su pensión i no pudiendo hacerlo el segundo por falta de recursos, cuando se solicitó del noble veterano la beca anual del establecimiento, no tuvo inconveniente en dar el informe que sigue:

«La solicitud de beca que para el joven Prenafeta se pide, a mi juicio creo debe atenderse con preferencia, porque será una *adquisición* para la escuela la incorporación de este joven en el establecimiento.»

V.

Los primeros exámenes del cadete Prenafeta en la Academia Militar fueron brillantísimos, especialmente los que rindiera en 1874. Pero su carácter vivo, resuelto i en el fondo ambicioso de emociones i renombre, le traía de continuo en peligro de algún grave trastorno en los comienzos de una carrera difícil, áspera i confiada a sus solas fuerzas.

I así aconteció, en efecto. Porque complicado en primera línea en los violentos si bien infantiles disturbios que en 1877 hicieron indispensable cerrar aquel establecimiento nacional, i declarada dos años más tarde la guerra a las repúblicas vecinas, el impetuoso alumno del jeneral Escala en el aula de la Maestranza no pensó sinó en seguirlo a los campamentos i a las batallas.

En vano fué que su padre, escaso de fortuna, se empeñase en disuadirlo presentándole los próximos halagos de su carrera. En 1879 el ex-cadete era ya bachiller en humanidades, seguía su curso de leyes de la Universidad, i como él mismo lo observaba a su familia con cierto orgullo «le faltaban sólo tres años para ser abogado», esta meta suprema de toda ambición vulgar o jenerosa en nuestra tierra.

VI.

Pero sus «caprichos de gloria» del claustro infantil le perseguían más que la codicia de adocenado diploma. I por esto, contando talvez con vida incierta e infortunada, escribía a su padre en víspera de hacerse soldado estas palabras de cariñosa injenuidad, a propósito de un tierno hermano que aquél le confiara: «Fíjese, señor, en que no siempre podré ser el apoyo de mi hermano. Sostenga usted el árbol que dará sombra a esa planta que nace...»

¿Presentía, por ventura, el esforzado mancebo que la rama se desgajaría pronto del tronco i caería a sus pies vuelta cadáver?

VII.

Durante los primeros meses de la guerra, las autoridades militares de la capital rehusaron otorgar al ex-cadete Prenafeta un puesto cualquiera en el ejército, en castigo de su rebelión conocida en 1877. Pero él buscó aquella solución por otro camino. Profesor e inspector del Instituto Chileno, establecimiento de educación media que en la calle Santa Rosa rejía con intelijencia el señor Almeida, el ex-cadete organizó una brigada de voluntarios, que armada de fusiles de palo i con espadas de hoja de lata hacía bulliciosos pero ordenados ejercicios en las calles, alistando la muchedumbre guerrera de aquel populoso barrio.

Prenafeta fué proclamado comandante instructor de la Brigada Santa Rosa, que así la llamara él mismo, i llegó a merecer por su adelanto un elojio insigne para un colejial—o una tropa de colejiales— el de la «crónica local» del diario *El Ferrocarril*.

VIII.

Con este doble título, el de ex-cadete i el de comandante de brigada, el joven Prenafeta ob-

tuvo al fin lo que era el ideal de sus ambiciones, i cuando el batallón Chacabuco, que había sido brigada, como la suya, fué elevado a rejimiento en 1880, obtuvo en sus filas el puesto de subteniente.

Desde Calana escribía a su padre, antes de emprender la marcha sobre Lima, que concluida la campaña volvería a recibirse de abogado, i seguiría después la carrera de las armas. Su modelo, según lo decía él mismo, era aquel sublime capitán-abogado que murió sobre el puente de una nave enemiga.

IX.

Pero la segur de la muerte detuvo la carrera del cadete-bachiller en la primera etapa, cayendo mortalmente herido encima de la tercer trinchera del aleve enemigo en Miraflores. «Habiendo sido testigo,—dice uno de sus compañeros de armas,—de sus hazañas en el combate de Miraflores me creo en el deber de declarar que Enrique Prenafeta fué un héroe en la pelea i uno de los primeros oficiales del ejército que arrebatava las trincheras al enemigo al grito de «¡Arriba compañeros!...» Pero estaba escrito: al llegar a la tercera trinchera, estalló una mina que lo arrojó al suelo sin causarle daño notable. En el acto se levantó, subió sobre el parapeto, i al mostrarse allí victorioso al enemigo que huía, una bala le atravesó el estómago i derribó de espaldas aquel león de veinte años de edad.»

«Embarcado en seguida,—añade por su parte su infeliz padre,—en el primer «sepulcro flotante» que trajo heridos al sur, murió a bordo del *Itata*, al salir este transporte de Iquique. Su cuerpo fué conservado a bordo hasta Valparaíso, gracias a la intervención del lamentado comandante Dublé Almeida, i de allí trasladado a Santiago, su ciudad natal, donde hoi descansa en paz.»

X.

Fué Enrique Prenafeta un mozo a quien la fortuna nególe sus poderosas alas al partir, pero que si hubiera sobrevivido a sus tempranos hechos habríase abierto de seguro ancha carrera en la política, en las armas, en las letras de su patria.

Era una inteligencia precoz, un corazón atrevido, una naturaleza rica i jenerosa, que desheredada de los hados, brilló sólo cual lampo de luz en cielo tormentoso, dejando apenas como impresión i como memoria un nombre de niño rodeado de la aureola de los verdaderos inmortales.



JOSÉ RAMON SANTELICES

SUBTENIENTE DEL 3.º DE LÍNEA



I.

UVO en su jeneroso sacrificio el intrépido cuanto infantil subteniente del rejimiento Chacabuco, Enrique Prenafeta, cuya vida acabamos de contar, un compañero si no de trinchera i de sepulcro, de dolor i de renombre en otro niño como él, alumno de un colejio de Valparaíso i apenas de edad de 19 años. Esta edad al menos contaba cuando fuera conducido, de regreso a la patria, al hospital de Copiapó en donde falleció el 3 de febrero de 1881, tres semanas después de haber caído mortalmente herido al pie del Morro Solar i a la cabeza de su compañía en el rejimiento 3.º de línea. Llamábase aquel mozo José Ramón Santelices, i sus padres Juan Ramón Santelices i Encarnación Fernández, acomodados propietarios de tierras en Vichuquén.

II.

Enviado por su padre a Santiago a los ocho años de edad para educarse, i en seguida a Valparaíso para aprender en un colejio práctico la carrera del comercio a que aquéllos le destinaban, acababa de salir del acreditado colejio de Blum con notable aprovechamiento cuando co-

menzó la guerra. El joven Santelices, al dejar el aula, sabía suficientemente el inglés i el francés, la teneduría de libros i todos los ramos teóricos que le habrían habilitado, si hubiera nacido con alma egoísta o siquiera simplemente adocada, para ser dependiente bien rentado, comerciante de fuste i más tarde talvez banquero i acaso ministro.... Sus compañeros de colejio habían comenzado por nombrarle tesorero de sus ahorros dominicales.

III.

Pero el montañés de Vichuquén no quería, como Prenafeta, sinó ser soldado raso a toda costa, i por consiguiente tuvo mucho menos fortuna que aquél. Dotado de una constitución endeble i de aspecto enfermizo, anduvo en todos los cuarteles de Valparaíso ofreciendo su frágil talla al cartabón. Pero en unas ocasiones le rechazaban por su estatura i en otras por su condición de estudiante no provisto de la licencia paterna para servir bajo las armas. En muchas ocasiones los sarjentos reclutadores confunden la gloria con la cimarra, i rehusan.

IV.

Desengañado pero no abatido el voluntario

del colejio de Blum, vínose a Santiago, i equivocando medio a medio su camino, fué a sentar plaza en un escuadrón de gigantescos granaderos que llegaban de las fronteras. El comandante Muñoz Bezanilla, que mandaba aquel cuerpo, le contestó con una afectuosa sonrisa, señalándole la puerta.

No se desanimó por esto el tenaz voluntario, i embarcándose furtivamente en el trasporte *Loa*, se dirijió, a mediados de 1879, a Antofagasta. Allí, con el solo acto de llegar, era soldado, lei de todo campamento. I sin más trámite que el de la filiación, esta segunda maternidad del recluta, el heroico niño empuñó el fusil de un heroico rejimiento de infantería, el 3.º de línea.

Ese venía bien a su talla, medida ésta por el alma.

V.

Como el soldado Santelices era un mozo tan despierto como ilustrado, subió rápidamente a cabo segundo (abril 21 de 1879) i, dos meses justos más tarde, a cabo primero. Por la acción de Pisagua sus jefes le pusieron en la manga de su chaqueta la jineta de sarjento segundo, i por la de San Francisco la de sarjento primero. El digno muchacho era evidentemente de aquellos que llevan en su cartuchera, como acostumbraba decirlo el Prim de Reus en igual condición, su faja de jeneral a su ataúd—«Faja o caja.»

Pero en oposición a las fascinaciones cuyos destellos hemos visto iluminar la noble figura infantil del subteniente Prenafeta, el sarjento Santelices no amaba la sufrida carrera del soldado por la gloria sinó por el patriotismo.

«No te metas de soldado,—escribía en efecto con ruda franqueza a uno de sus condiscípulos de Valparaíso (don Anjel Hodar).—Déjate de leseras i de rabias. Este consejo te lo da un soldado con la experiencia que ha recojido en todo lo que ha andado, que se ha encontrado frente

a frente del enemigo resuelto a morir antes que dar un paso atrás, i que en un año i diez días ha pasado por los cuatro primeros grados del escalafón militar.»

En otra carta, que orijinal tenemos a la vista, escrita en Pacocha el 21 de marzo de 1880, hace el sarjento Santelices grata memoria de aquellos honores que para otro son un repudio. Ser sarjento era para aquel levantado mozo un timbre de orgullo porque era un timbre de patriotismo.

«Cuando estuvo formada la compañía para darme a reconocer,—dice con mal disimulada ufanía a un camarada de colejio,—se mandó formar un círculo, i cuando ya estuvo hecho, entró a él el ayudante, me llamó a mí i pronunció estas sacramentales palabras: «*Se reconocerá por sarjento primero de esta compañía al sarjento segundo de la segunda del primer batallón don José Ramón Santelices, a quien obedecerán i respetarán en todo lo que les mande concerniente al servicio.*»

VI.

En medio de las filas i en el áspero trato del soldado, el sarjento Santelices mantenía, sin embargo, toda la delicadeza de sus sentimientos de niño i de estudiante pundonoroso i formal. De esto consérvase una tierna muestra en carta a su hermano menor Tomasito, niño de 13 años, que había quedado en el colejio de Blum a su partida:

«Espero que cuando llegue a Valparaíso no encuentre al chiquitín travieso que dejé cuando salí, sinó al colejial juicioso, que trabaja para hacerse un hombre. Te encargo tomes mis diccionarios i libros en inglés i francés, que te serán útiles, pero no novelas o historias que en lugar de beneficio te servirían de perjuicio. Querido hermano: espero que mis consejos no los echa-

rás en vasija rota, sinó que los tomarás, i espero tu aprovechamiento en los ramos en que cursas.

«Por tu carta que recibí he tenido mucho gusto por las noticias que me das de tí i de tu colegio, gusto que tú no lo comprenderás por tu corta edad; para tí debe ser desconocido, pero que se siente cuando se recibe una letra de hermano, cuando se está en un desierto como el de Atacama, en donde me encuentro yo i entre jentes desconocidas.

«Espero que me mandes un ejercicio en inglés (por ejemplo, Ollendorff, lección 25.)»

¿No es cierto que en todo esto, en esa efusión del alma inocente, escrita por un sarjento de 20 años, de familia holgada, acampado en inclemente médano, entre hombres rudos i violentos i en la víspera de un gran combate (el 22 de mayo, cuatro días antes de Tacna), hai algo de consolador i de grande que enaltece a la juventud de nuestra patria?

VII.

Un doloroso detalle todavía. El padre del joven Santelices había muerto poco antes de la campaña, i su viuda, atormentada por mil infortunios, había perdido la razón. I estos dolores ajenos pero cercanos a todos ¿no alcanzan el corazón hacia las más altas esferas de la vida?

VIII.

Por fortuna, o acaso para mayor desventura, el sarjento Santelices tuvo en el cruel aprendizaje de las armas un digno maestro. Su capitán fué aquel intrepidísimo oficial, hijo de Melipilla, Ricardo Serrano, hermano del «abordador,» i que ascendido a sarjento mayor en el campo de batalla de Ate, cayó en Chorrillos, donde cayó su discípulo junto con él.

Herido, en efecto, el sarjento Santelices, ascendido ahora, como su inmediato jefe, a subteniente, con daño al parecer mortal, rehusó terminantemente que le amputaran el pie lesionado, i con una enerjía superior a sus años se hizo trasladar a Chile para morir en su suelo, que eso para muchos no es morir.

I hé aquí como con soldadesco pero resuelto lenguaje contaba a uno de sus compañeros de armas el fatal lance que le costara la vida:

«Señor Anjel Hodar:

«Chorrillos, enero 18 de 1881.

«Después de haber salido sin novedad en el combate de Ate, en el de Chorrillos me han hecho... (1). Me pegaron un balazo en el tobillo derecho pasándolo de parte a parte en el mismo nudillo. Estoy en la ambulancia; no sé si me vaya a Valparaíso, aunque la navegación me haría mucho mal.

«Tu amigo,

JOSÉ R. SANTELICES.»

IX.

Tenemos a la vista los retratos de los dos heroicos niños, (Santelices i Prenafeta) cuya vida corta i cuyo fin desdichado i parecido hemos contado de prisa. En el aspecto físico en nada se asemejaban. El subteniente Prenafeta es un adolescente de rostro ovalado, de ojos penetrantes, de boca comprimida i enérgica, i en todo su

(1) Suprimimos aquí una palabra tan ruda como pintoresca, pero que adivinarán sin necesidad de ocurrir al diccionario ni a la hermenéutica todos los que hayan sido soldados en el ejército de Chile.

ser muestra una actitud resuelta i hasta provocadora. El subteniente Santelices revela, al contrario, en sus débiles perfiles lánguidos i longitudinales, en su complexión melancólica, en su apostura indiferente, al hijo del dolor, al infante fatigado por la mochila i el rifle después de larga marcha, al que llora en la ausencia al padre

fallecido, al hijo de la viuda que ha perdido la razón en la agonía.

Pero un rayo de luz vívida reposando sobre los dos juveniles sarcófagos, les ilumina a la vez. I así los dos subtenientes chilenos pasarán a la historia i a la inmortalidad como dos gemelos acariciados por un solo rayo de la gloria.



DON DOMINGO CASTILLO

TENIENTE CORONEL 2.º JEFE DEL REJIMIENTO SANTIAGO



I.

I fuera dable hacer el examen de la índole peculiar del soldado chileno, como se hace la autopsia del cuerpo humano, no sería difícil reconocer que los componentes esenciales de su naturaleza son éstos:

I. El *coraje* para pelear.

II. La *resistencia* muscular de su organización para las vijilias, para las marchas, para el dolor físico, inclusa la autopsia, el hambre i la sed.

III. El *individualismo* en todos sus actos i movimientos de combate.

II.

I en efecto, así como el cloroformo es una sustancia ociosa cuando se trata de amputar, *charquiar*, coser, dislocar i todo lo que se quiera con el cuerpo del soldado chileno, incluso el cortarles la cabeza, así también el chileno, el pililo, como soldado, jamás hace rebaño. El soldado chileno, como el araucano, es esencialmente unitario i desagregado. El soldado europeo pelea siempre en fila i como colectividad. Pero

el combatiente de Chile, obra al contrario solo o casi solo, con dos o tres camaradas, dos o tres *hermanitos*, a quienes ha convidado desde la víspera para matar i morir juntos; i así concertados pelean, matan i mueren en el grupo, fieles todos a su liga, aunque procedan de diversos rejimientos.

En la famosa *Exposicion* del canónigo Pérez de Arequípa, sobre las crueldades de los chilenos en Pisagua, refiere que los primeros que llegaron a la ambulancia situada en la cumbre fueron cinco soldados de diferentes cuerpos convertidos en leones; uno de ellos (un Cepeda) era del Atacama, otro del Buín, los otros probablemente Zapadores: eran los *hermanitos* de la víspera, concertados con otros que cayeron antes de llegar los primeros a la cima. Pero una vez puestos delante de un crucifijo i de la bandera blanca de la misericordia, los cinco rindieron en tierra sus quemantes rifles i fueron los guardianes más fieles, más mansos i afables del enfermo, del sacerdote i de la cruz roja de las ambulancias.

III.

El soldado chileno va siempre adelante, i se asemeja al león en que ruje, porque *chivatea*, i al toro en que entierra la cabeza i porque jamás mira hacia atrás mientras embiste. Basta mos-

trarle la banderola colorada del campo enemigo para ponerle en furia sin necesidad de la garrocha...

Contábanos, a este propósito, el enérgico cirujano Kid, del 2.º, un bizarro hijo de York, a quien el gobierno tiene hecha una promesa de honor que aunque tarde habrá de ser cumplida, que en todas las batallas de la presente guerra en que se ha hallado (i no son pocas) tenía observado que apenas comienza el toque de las cornetas o se ha oído a la distancia el primer disparo del cañón, véanse allá, a la vanguardia, a seis, ocho, diez o más cuadras de la línea, grupos dispersos que se baten por su cuenta con las filas enemigas.

¿Quiénes son esos combatientes? ¿De qué cuerpo han salido? ¿Con qué orden i de qué manera i por dónde han marchado?

Nadie lo sabe, pero allí están ellos, cien, doscientos, a veces mayor número, cargando i descargando vertiginosamente sus rifles i avanzando sin que una sola voz los mande. Son simplemente los incontenibles *hermanitos*, concertados en la noche que precede a la batalla para pelear, avanzar i caer juntos.

A lo más, lo que han conseguido, antes de desprenderse de los diversos rejimientos de la línea, es un corneta que toca a *fuego en dispersión*, pero sin soltar el fusil; i este es el de más recios pulmones, o que, como el corneta del Chillán en Tacna, se ha fugado a las avanzadas para tocar más a su gusto «a degüello»... En resumen, son esos los antiguos guerrilleros, ahora desmontados, de la guerra de la Independencia; son los *chivateadores* de Arauco, son los toros que han saltado el redil i han arremetido contra todos los trapos encarnados, banderas o pantalones, que han encontrado a su frente. Por eso todos los cuerpos que combatieron en Tacna, se hallaban ciega i sinceramente persuadidos de que se habían batido con los *Colorados*. I esto, a la

verdad, ha sucedido así porque el soldado chileno lleva siempre el prisma rojo en la encendida, candente, implacable pupila, hecha ascuas en el fuego.

IV.

I nunca estas condiciones peculiares del soldado chileno fueron puestas a prueba más dura i más espléndida que en las guerrillas de la batalla de Tacna, especialmente en las cinco compañías guerrilleras que cubrieron durante una hora, a pecho descubierto, sin sostén ni socorro posible o retardado, todo el frente de la tercera división, que mandó ese día el valentísimo i modesto coronel Barceló.

V.

Esa división, como es sabido, era compuesta del aniquilado i glorioso 2.º de línea (a la derecha), del *Santiago* (al centro) i del invicto *Atacama* (a la izquierda). Como nadie hoi lo ignora, esa heroica tropa se batió con todo el grueso del ejército aliado; i en el terrible i prolongado choque perdió la mitad de su jente: 800 sobre 2,000 soldados. «Merece una *recomendación especial*,—dice a este respecto el sobrio parte oficial de la jornada,—la segunda división, que sin detenerse un solo momento, atacó con tal brío *al grueso i el centro* del enemigo, que lo desconcertó por completo.»

Ahora bien, las compañías guerrilleras que iban cubriendo el frente de toda la división, eran cinco, en este orden, con sus jefes:

Las dos cuartas del 2.º, capitanes Olivos i Concha, i éstas no formaban entre ambas ni 100 hombres, porque el mutilado rejimiento de Tarapacá i Los Angeles estaba reducido por el plomo i la terciana a un pelotón de 560 plazas. Del primitivo 2.º de Calama, sólo quedaban al entrar

a Lima, un año más tarde, *tres* oficiales i *cuarenta* i *seis* soldados....

Las dos cuartas del Santiago (que son las guerrilleras de los cuerpos), capitanes Dinator i Castillo.

La cuarta del Atacama, que mandaba ese día el inmortal Torreblanca.

Ocupaba esa línea, de derecha a izquierda, una extensión de cinco a seis cuabras, tan ralas eran sus filas.

No pasaba, en efecto, su total de 500 hombres, pero fué tal su empuje desde la primera descarga, que el jefe boliviano que mandaba en el centro de la Alianza i lo sostenía, el coronel Castro Pinto, ha asegurado que los guerrilleros de la segunda división no podían bajar de 2,000 hombres, desde que solos se batieron una larga hora con «el grueso i centro enemigos.»

VI.

¿I cuál fué el resultado del terrible i sostenido encuentro? La mitad de la tropa puesta fuera de combate, i todos los capitanes guerrilleros de la segunda división, menos uno, heridos o muertos.

Cuando al toque de la corneta las compañías guerrilleras de la segunda división se replegaron para contarse, formaron escasamente 200 hombres; i en cuanto a sus bravos jefes, habían quedado en el campo, Torreblanca, Dinator, Olivos i Roberto Concha, quien siendo el más feliz de la pléyade, arrastró durante varios meses su pierna destrozada por las calles de Santiago. Los otros tres ya no existen, i sólo sus heroicos huesos han sido sucesivamente devueltos al seno de la patria i la ciudad.

Pero de los cinco, uno había quedado ileso por un milagro de fortuna, i ese es el valiente oficial cuya modesta vida hoi trazamos i que escapó de la matanza del plomo sólo para sucumbir bajo el virus de implacable pestilencia.

VII.

El capitán de la compañía guerrillera del primer batallón del Santiago, ascendido más tarde a teniente coronel movilizado, pertenece a la cría de los soldados cuya composición física i moral hemos bosquejado, i por esto el presente libro, dedicado como un museo a las glorias del ejército, acoje con especial simpatía su franca, resuelta i nacional imagen.

VIII.

El comandante Castillo era hijo de Santiago, o más propiamente de Peñaflor, donde pasó en humilde albergue su niñez. Nacido en 1839, era soldado del Buin en 1854, i cabo 1.º en 1859. Lucía todavía fresca su jineta cuando en el asedio que experimentó Talca en aquel año, recibió la primera confirmación del plomo, sin lo cual el soldado, como el cristiano que no ha recibido la imposición de las manos, no es enteramente cristiano. Una bala recibida en la batalla es como un sacramento en la milicia.

I tan es así, que el bravo i piadoso jefe, hoi desaparecido, i que ayer conducía nuestras huestes a la sombra de una imagen de la Virgen, a guisa de los primitivos cruzados, dióle testimonio de aquel bautizo en el fuego con la siguiente epístola, que hemos visto orijinal:

«Señor don Domingo Castillo.

«Santiago, marzo 31 de 1859.

«Mi bravo i querido cabo de escuadra:

«Hoi he tenido el gusto de recibir su carta del 8, por la que veo se encuentra mejor de su herida, lo que celebro en el alma, i ojalá su restablecimiento sea completo para que continúe

dando honor al cuerpo con su valor. Pronto le irá el nombramiento de su jefe, debido a su buena conducta frente al enemigo. Yo me glorío de premiar a los que con abnegación completa desprecian la muerte cuando el deber lo manda. Usted en lo sucesivo será *uno de mis elegidos*.

«ERASMO ESCALA.»

IX.

Nadie habrá olvidado que el ilustre veterano que escribía esta carta era entonces coronel del Buin. Nadie dejará de reconocer asimismo que el «querido cabo de escuadra» del sitio de Talca merecía ser *uno de los elegidos* del futuro jeneral en jefe de nuestro ejército.

X.

Durante los años de larga paz, que sólo interrumpían de tarde en tarde las escaramuzas i las griterías de los indios fronterizos, guerras de *piños* que no de soldados, el cabo de Talca ascendió lentamente en su carrera. Sin embargo, fué subdelegado del «indómito Purén,» i como tal delineó sus calles i puso multa a sus vecinos, que sin eso no habría podido ser subdelegado ni siquiera celador en Chile.... Cuando estalló la guerra hallábase en la asamblea de Angol, i habiéndosele ofrecido el mando de una compañía en calidad de teniente del Santiago, voló a ocuparla. El sabía que luego se haría capitán i algo más, si era preciso.

XI.

I en efecto, cuando ocurrió la nocturna repechada de la cuesta de Los Anjeles, por el lado de la grieta de Tumilaca, famosa en los encuentros de Piérola i Montero, el teniente Castillo

era ya capitán; i no sólo fue ésto sinó que en esa madrugada llevaba la vanguardia de la división Muñoz con su compañía, por lo cual fué especialmente recomendado en el parte de la jornada.

XII.

I otro tanto aconteció en Tacna, donde a la verdad no necesitaba de la tinta del cuartel jeneral para ser dignamente encomiado; porque de su compañía quedaron en el campo dos oficiales, dos sarjentos i treinta i ocho individuos de tropa. ¿Necesitaba más elocuente boletín que ese de su denuedo i de su gloria? Si algo faltaba, allí estaban los cadáveres de Olivos, de Dinator i de Torreblanca para dar el ineludible testimonio. El intrépido tercer jefe del Santiago, el mayor Silva Arriagada, había caído también a veinte metros del capitán Castillo en el avance jeneral, i en sus brazos dió aquél su último suspiro. Con tales testigos bien podría un valiente perdonar el silencio de los partes oficiales i hasta el ahorro de los grados militares que a otros se prodigan.

XIII.

Implacable en la batalla como lo son generalmente nuestros soldados cuando se batan, el comandante Castillo mostraba jenerosa humanidad con los vencidos i otro tanto ejecutaba con los suyos.

«Este jeneroso i caritativo oficial,—decía de él el canónigo Solís de Obando en un pliego autógrafa que tenemos a la vista,—salvó en Tacna la vida de un pariente mío i pupilo, que cayó herido en esa batalla; i quedando éste casi exánime por la pérdida de sangre i la sed durante toda la noche siguiente a la batalla, tendido en el campo, el capitán Castillo que lo echó de menos en su rejimiento, vino de Tacna expresa-

mente a buscarlo, hasta que lo encontró casi espirante, i cargándolo en sus hombros lo condujo a las ambulancias. El oficial así salvado fue el subteniente don Desiderio Huerta Solís, que logró, gracias a la abnegación de un buen soldado, recobrase en breve en el hospital de Copiapó.»

XIV.

Cupo al capitán Castillo, ascendido a sarjento mayor después de Tacna, i a teniente coronel después de Lima, el señalado honor de conducir al fuego en las dos batallas de Chorrillos todas las compañías guerrilleras de la división Lagos, por la extrema derecha de la línea enemiga, i en esa dirección sostuvo oportunamente las brillantes cargas de Yávar i de Manuel Bulnes en los llanos de Pamplona.

El mayor Castillo volvió a ser recomendado por su pericia i su serenidad, i de hecho quedó en Lima en calidad de segundo del Santiago, el cuerpo más temido de los peruanos.

XV.

A la cabeza de él hizo en seguida el comandante Castillo la campaña de la sierra, primero con el coronel, hoy jeneral, don José Francisco Gana, i después a las órdenes del bravo coronel Canto del 2.º de línea. Asistió a la batalla de Pucará librada por el último contra Cáceres en marzo de 1882; i cuando meses más tarde las compañías del Santiago, imprudentemente dispersadas en los desfiladeros de Marcaballe, se vieron obligadas a retroceder el mismo día (julio 9 de 1882) en que la 4.ª compañía del Chacabuco era inmolada hasta el último hombre en La Concepción, el bravo Castillo mordíase su renegrado bigote al ver que por la primera vez durante tres años de victorias sucesivas, su

querido Santiago no arrollaba al enemigo con la punta de sus bayonetas.

XVI.

Después de aquellos hechos de armas, hubo el comandante Castillo, a virtud de una medida militar del jeneral en jefe del ejército de ocupación del Perú, de separarse del mando superior de su cuerpo, su antiguo i querido rejimiento Santiago, reducido ahora a batallón; i aquella especie de divorcio para un jefe célibe le entristeció profundamente. La enfermedad traidora que en breve le arrebató a la lista de los vivos, que corresponde al llamado de la lista de cuartel, le entristeció en efecto profundamente, i comenzó así para él en el corazón, es decir, en el desengaño, i de ese mal murió.

XVII.

El comandante Castillo era un hombre probablemente valiente, brioso, de porte franco i caballeroso, el tipo del buen camarada bajo la bandera, del buen muchacho en la tienda de campaña, jeneroso i abierto para con todos.

Pero no son esas cualidades del alma las que nos han puesto esta vez la pluma en las manos para trazar su elojio, porque para escribir cosas de guapos, en nuestra tierra faltaría vida i no sobrarían resmas. El bravo segundo jefe del bravo rejimiento Santiago era notorio en el ejército por su enerjía, por su decisión i su entusiasmo. Pero al mismo tiempo hízose acreedor a un voto especial de gratitud pública por sus sentimientos de clemencia ostentada en el campo de batalla, no menos que en las revelaciones íntimas de su alma.

El *corvo* que de ordinario llevaba suspendido a su cintura no era un cuchillo, era simplemente un utensilio de campaña: no era una amena-

za, era una prenda del vestuario en país enemigo i combatiente.

Fué el comandante Castillo como subalterno i como jefe un verdadero domador de enemigos, i esto de tal manera, que quien peleó a su lado con mayor denuedo en los Anjeles fué un cholo de Huatacondo, llamado Isidro Reyes, que él conquistó en una expedición del Santiago a esos parajes, siéndole tan fiel el indio que en la quebrada de Tumilaca recibió junto a él dos balazos, de cuyos resultados vino a curarse en su casa de Peñaflores, sanando en breve de las heridas de la fidelidad i del agradecimiento.

XVIII.

A la postre de sus fatigosas campañas por los médanos i por la puna, estas dos inclemencias jeográficas del Perú, el mayor Castillo acantonado con su cuerpo en el Callao, sucumbió de otra inclemencia harto más implacable, propia de aquel clima en que si el hombre es manso, el temple es sordo pero fiero, incansable minador del alma i la salud; i siendo uno de los primeros atacados por la fiebre amarilla, sucumbió en esa

dolencia i a su tristeza en aquel puerto en los primeros días de abril de 1883.

XIX.

I como semejante calamidad había sido prevista, anunciada e incesantemente expuesta ante la conciencia pública i el criterio de una administración heredera (pero sin beneficio de inventario) de ajenos yerros, nos será lícito recordar en esta parte las propias palabras con que anunciamos a sus compatriotas la noticia de aquel lance, al tenerse noticia de su fin, palabras de justa condenación que así decían:

«El comandante Castillo ha muerto en todo el vigor de la vida (44 años); i quisiera el cielo que su sacrificio prematuro fuese el último en el largo rol de los que son sacrificados al falso prisma de una política que prefiere la garantía de los pergaminos, que cualquier intruso desgarrar, a las de las victorias, que nos hicieron por completo i para siempre dueños de nuestros destinos i del de nuestros enemigos» (1).

(1) *Mercurio* de Valparaiso del 13 de abril de 1883

DON ELÍAS CRUZ CAÑAS

CAPITÁN MOVILIZADO DEL ESTADO MAYOR JENERAL



I.

ENTRE los centenares de valerosos mancebos que al llamado de la patria corrieron a las armas durante el primero i segundo año de la guerra, la provincia de Talca, que el potente Maule vivifica haciéndole frontera, no fué ni la más remisa ni la más escasa en su contingente de brazos i de sangre. Su heroico batallón, representativo de su fama, desmintiendo un antiguo proverbio militar que acusa al soldado talquino de inconstancia en las filas, no soltó las armas desde el morro de Chorrillos, que coronó con sublime sacrificio, hasta el cono de Huamachuco que coronó con su gloria, hasta el hospital de su ciudad natal al que llegó, a virtud de su frida constancia, hecho cadáver.

I entre los primeros de los hijos de aquella patriótica provincia figuró el joven i valeroso capitán cuya corta pero entusiasta vida vamos a recordar aquí, como un póstumo pero grato homenaje agrupado en rápidos conceptos.

II.

El capitán movilizado del batallón Valdivia i en seguida del Estado Mayor del ejército de

ocupación del Perú, don Elías Cruz Cañas era talquino pero hijo de la prosapia del Maule i del Mapocho, porque tenía los apellidos feudales de los dos pueblos más aristócratas de Chile: Cruz, Cañas, Aldunate, etc.

Nacido en 1858, cuando la opulencia hereditaria de su familia comenzaba a decaer, debió abrirse camino por sí mismo, que para ello había dado Dios robustos brazos i ancho pecho de hombre i de batallador. Elías Cruz pasó la mayor parte de su infancia en la hacienda montañosa del «Fuerte», que sus padres poseen todavía al oriente de Talca, i donde, según justificada tradición histórica, Lautaro se hizo fuerte i derrotó al castellano, en su marcha victoriosa del Bío-Bío al Mataquito.

III.

Siguiendo después sus lares a Santiago, ganaba con su trabajo libre vida en esa ciudad, cuando sonó la trompa de la guerra para los hijos de Lautaro, mozo de veinte años como él. Elías Cruz Cañas, dotado de una alma entusiasta i de un físico hercúleo, corrió a alistarse, obtuvo una subtenencia en el batallón Valdivia, i a principio de 1880 marchó a la guerra con la esperanza de batirse en Tacna. Pero no sería así. «Todos,—escribía pintorescamente a su respetable

ble madre, la señora Rosario Cruz, desde Iquique el 21 de enero de 1880,—todos salimos muy contentos, creyendo que nos tocaba la hora de bautizarnos; pero ¡suerte menguada! el *caballo se nos gastó en Iquique.*»

IV.

El bautismo de Elías Cruz estaba más allá, —en el Morro Solar, cuya cima trepó el Valdivia junto con el Santiago el memorable 13 de enero de 1881, atronando el mar i la cumbre con los gritos de victoria. Elías Cruz iba en este asalto en el puesto de vanguardia.

Mozo de espesas barbas, a los 23 años de edad (había nacido en 1858), de rostro varonil i acentuado, de jesto ríspido i ademán guerrero, el capitán Cruz escondía sin embargo en su alma todas las ternuras del hogar en un grado tal que le hacían el favorito de todos los suyos, en especial de su madre, a quien amaba con intenso afecto.

En cada ocasión enviábale por esto algún cariñoso recuerdo, si más no fuera un símbolo de sus recuerdos i de su lejanía, una flor, un libro, un rollo de billetes salvado en sus ahorros, un trozo de metralla caído a sus pies, porque bajo la ruda corteza del soldado bullía el alma infantil i retozona del niño no desacostumbrado todavía al hábito de amar i ser amado.

Los siguientes fragmentos, desprendidos por mano amiga de su correspondencia íntima, ponen en transparencia todo lo que su alma encerraba de tierno i delicado, i por esto sin escrúpulos de ortografía los copiamos.

«*Pacocha, setiembre 21 de 1880.*

«Queridísima mamá:

«...Así como la violeta se distingue entre las demás flores, ella crece entre las piedras o a la

sombra de otras flores o de los árboles i no hai persona que no la conozca, ya sea por su fragancia o lo humilde de su traje con que la naturaleza la ha adornado: la flor es usted, sus adornos son Clarisa i Fanisita, i la cerca que rodea el jardín es compuesta de mi papá, Ignacio 2.º, Nephtalí, Elías, Florencio i Juan de Dios. Es un verdadero nido de cariño, i así como la mariposa busca la luz que es donde ella muere, también nosotros la tenemos en usted, no para morir sino para endulzar todo lo que se pueda sufrir en este mundo i al mismo tiempo conocer la felicidad que a su lado es donde se encuentra.»

«*Lima, julio 14 de 1881.*

«...Dígale a la Clarisa que me mande decir cómo está el jardín de San Bernardo i a la Fanisita que siempre la recuerdo, sobre todo en la noche, porque no tengo con quien jugar ni bailar, i que me mande razón de todo.»

«*Lima, setiembre 3 de 1881.*

«Mi vida es monótona, tranquila; no tiene esos lindos ratos como los tenía cuando estaba en mi casita al lado de todos ustedes. Basta decirle que ni canto ni bailo. No tengo ni con quien enojarme ni con quien reírme: soy un tallo viejo que no tiene su flor.»

V.

I sin embargo, quien daba así tan natural, sencilla i vívida expansión a blando espíritu, iba sembrando su carrera de la más fiera altivez.

En una ocasión en que hallándose en la plaza de Lima, sin más armas que su bastón, echando de ver que un grupo de peruanos se detenía no lejos del palacio coronado por el tricolor chileno i en un tono de provocación decían:—«¿Cuándo

nos quitarán ese trapo sucio?»—al oírles se les encaró i les obligó a saludar aquel trapo immaculado que no tenía más sombras que las de las derrotas de sus enemigos...

En otro sentido, cuando de regreso a Santiago hubo en el Valdivia un conato de sedición por asunto de paga, al disolver el cuerpo a mediados de 1881, el teniente Cruz Cañas desenvainó su espada en medio del cuartel de la Alameda, i con su entereza i su prestigio atrajo al orden a los descontentos i aun a los amotinados.

VI.

I si esto emprendía Elías Cruz con los soldados de Chile, a los del Perú mirábalos sólo como átomos, i este menosprecio araucano al fin le perdió.

Elías Cruz era de aquellos que de buena fe i sin jactancia creen que «un chileno *es hombre* para cincuenta peruanos.»

I esta precisa cuenta sacaba él en el siguiente párrafo de carta que el 27 de setiembre de 1881, vuelto a Lima como ayudante de honor de su pariente don Joaquín Godoi, ministro de Chile ante el Perú, escribía a su familia:

«Las fiestas del Dieziocho pasaron como cualquier otro día. No hubo ni misa de gracia ni parada militar. Todos los batallones están en distintos cuarteles i algunos han tomado posiciones *para defensa*.

«Al principio se corrió que el 18 de setiembre Piérola entraría a ésta, pero todo es fanfarronada de los peruanos i esto i más seguro que en Chile. Vivo en la casa de don Joaquín i tengo *ocho soldados*, un cabo i un sarjento, cantidad *suficiente para derrotar a cuatrocientos peruanos*.»

VII.

Nombrado, después de la partida del señor

Godoi a Estados Unidos, gobernador político, marítimo i militar del puerto de Tambo de Mora, en la boca del valle de Chincha i vecino a Pisco, entróse el capitán Cruz, sólo con su espada i su alma a esa heterojénea población, i hospedándose en la mejor casa de la arenosa aldea esparcida en árida playa, comenzó a hacer sentir su autoridad i su valor sobre aquella ilota muchedumbre. Dictó bandos, organizó la policía, el alumbrado, fundó una escuela, apaciguó los gremios, reedificó una iglesia i hasta emprendió erijir un faro, todo con una escolta de nueve hombres, que apenas le bastaban para promulgar sus bandos de buen gobierno, en un pueblo de mil almas, i rodeado por afuera de guerrillas traidoras que le acechaban como a indefensa i desapercibida presa.

Entretanto la tarifa peruana de Elías Cruz había subido al doble: ya no eran cincuenta, sino «cien contra uno.»

VIII.

En todo lo demás, su alma afectuosa i entusiasta encontraba fácil pábulo para retozar en las ocurrencias cotidianas de la vida del campamento.

Los lectores de estos recuerdos probablemente no habrán olvidado que cuando la Artillería de Marina estuvo avanzada en aquel pueblo antes de machar a Lima en diciembre de 1880, los peruanos de la comarca de Chincha, anticipando el secreto de su guerra posterior, mataron alevosamente tres soldados, que no fueron vengados, quedando sus cuerpos toscamente cubiertos por tierra aleve en el fondo de un potrero.

Pues bien: allí fué a desenterrarlos el cariñoso camarada, i como si hubiera previsto que él necesitaría a su turno de la misericordia de sus compatriotas para venir a reposar en tierra ami-

ga, dióles una sepultación que a él parecióle una apoteosis.

«En este momento,—escribía a su buen padre, don Ignacio Cruz, desde Tambo de Mora el 19 de marzo de 1882,—en este momento estoi de gran fiesta. Hace días que encontré enterrados en un potrero los restos de tres valientes soldados chilenos; les he mandado hacer un cajón de todo lujo, i hoí a las 8 A. M. saldrá el cortejo, i va de esta manera: al salir la caja mortuoria los soldados de mi destacamento harán una descarga que será mandada por mí; en seguida irá un piquete de soldados al mando del subteniente; después el ataúd, que será llevado por los niños del colejio de San Ignacio de Loyola, el que es fundado por mí en memoria suya; en seguida marchan todos los gremios, tasqueros, lancheros, fleteros i arrumadores.

«Todos ellos irán vestidos con la mejor ropa. Por último, cerrará la marcha un piquete de soldados mandados por mí i vestidos de gran parada. A Tambo de Mora le dejo un gran recuerdo que siempre me lo *agradecerán*. Les tengo un colejio en que se educan más de 70 niños; i les estoi poniendo un faro que cuesta más de 10,000 pesos i tiene como diez metros de altura.»

IX.

Sobrevino poco más tarde el cristiano aniversario de la Cruz, i nueva fiesta en la plaza i en la caleta peruana, puerto de las Chinchas.

«Ayer sábado,—volvía a escribir el 9 de abril de 1882,—fué día de gloria (sábado santo). Un piquete de gran parada al mando del subteniente que tengo a mis órdenes, hizo una gran descarga.

«Mi casa es de altos i tengo en mi puerta el escudo chileno; encima está el tricolor. Después de grandes vivas se hizo la bandera, que tiene más de seis metros....»

X.

En cuanto a sus tareas ediles, agregaba con cierto natural orgullo, tres meses más tarde, lo que en seguida copiamos de una carta suya del 20 de julio:

«Nada más bonito que *mi pueblo*. Tengo hasta una banda de música compuesta de peruanos. Sus calles están mui aseadas i la jente mui contenta.

«El despertar del 20 fué mui bonito. El colejio que tengo vino formado a darme los días; los gremios de tasqueros, fleteros, lancheros i arrumadores hicieron una suscripción.»

XI.

Tenía esto lugar el 20 de julio de 1882, esto es, una semana antes de que el oleaje revuelto de la playa i de la sierra, de eso que el incauto mancebo llamaba «su pueblo», se conjuró contra él, i agavillado por su propio telegrafista (empleado i confidente peruano!...) con el aviso de que a la mañana siguiente aquel puerto iba a ser desamparado, le rodearon cuando dormía, «cuatrocientos contra uno», i no le dieron tiempo sinó para vender cara su vida enseñándoles, cómo, desde Prat i desde Carrera Pinto, saben morir los hijos de Chile en el mar, en la playa i en la sierra.

XII.

En medio de todos sus casi infantiles regocijos i de sus risueñas esperanzas de pacificador engañado, el capitán Cruz solía escuchar de cuando en cuando en los adentros de su alma i de la soledad del yermo arenoso que habitaba, la voz del presentimiento que debió ponerle en guardia contra las acechanzas i su propia jenerosa credulidad.

Contando en efecto a su padre el éxito de

una de sus inauguraciones de progreso local, cobijado bajo el estandarte de su patria, decía estas palabras, hoi de siniestra significación:

«Créame, padre, que tuve gusto i pena: quisiera de mui buenas ganas dejar este *maldito Perú* e irme a donde están todos mis hermanos».

I bien! El valiente capitán llegó a su turno al

suelo de la patria, a las puertas del hogar querido; pero allí los brazos de «todos sus hermanos» no se adelantaron para estrecharle en cariñoso nudo, sinó para conducirle de la mano al carro, del carro al templo i del templo a la tumba, donde reposan los que con su jenerosa sangre en la batalla o en la escuela han luchado por devolver la vida i la honra al *país maldito*.



FRAI JOSÉ MARÍA MADARIAGA

CAPELLÁN DEL EJÉRCITO DE TARAPACÁ



I.

O hace muchos años, i en medio de esta ciudad ya antigua, pero que se transforma i se desnuda bajo la azada de la demolición i la brocha de los afeites, fatigaban los venerables claustros de San Francisco (una de las pocas cosas viejas que van quedando en Santiago bajo el yeso de los estucadores) dos novicios, recorriendo sus anchos corredores en contorno, con los ojos enclavados en el libro de los primeros rezos i de los primeros cánticos.

Tenían los dos aprendices de monjes la tez morena, la figura mediana, el rostro ardiente i enjuto, como el de los antiguos penitentes; i al verlos sucesivamente, en corto trascurso de años, sentados al pie del álamo fundador, que al convento trajera hace hoi 80 años cabales (1804) el padre Guzmán, o arrodillados en el coro, en que con voz ronca e inquieta cantaran las letanías en la penumbra de la noche i de la lámpara, el visitante del templo o de sus anchos patios habría detenido sobre sus expresivas figuras una curiosa mirada.

Llamábase el mayor de aquéllos en edad i el más antiguo en el claustro, don Bernardo Neco-

chea, natural de Melipilla, en cuya ciudad había nacido, de estirpe argentina, en 1835.

Llamábase el otro más humildemente Pedro Crisólogo Madariaga, i era éste oriundo de padres humildes en la ciudad de Illapel, nacido por los años del gran cometa.

II.

No ha llegado todavía el momento de hablar del novicio Necochea, escapado por los milagros de la vida i del denuedo a la matanza de Tarapacá. Pero duerme el último en paz dulce i callada el sueño de la virtud, después del deber cumplido, i a su noble i humilde memoria vamos a consagrar breve recuerdo.

III.

Fueron los autores de los días del fervoroso fraile franciscano, don José Madariaga i doña Jesús Reyes, ambos naturales de Ovalle, i en esta ciudad i en Illapel le criaron pobremente hasta que tuvo la edad de vestir hábito.

El corista franciscano nació el 1.º de diciembre de 1842, i pusiéronle en la pila el nombre de Pedro Crisólogo, que al profesar en la orden seráfica cambió por el de José María.

Para completar nuestras fechas, agregaremos que el padre Madariaga tomó los hábitos el 3 de mayo de 1860, junto con el actual digno padre provincial de San Francisco frai Antonio Rodríguez i el padre mejicano Uribe, natural de Tepic i actual conventual en el templo que los franciscanos conservan en San Fernando.

IV.

Almas como las del franciscano Madariaga son raras en la edad presente de las sociedades. No pertenecen, en realidad, a su época, i míraselas, por tanto, como cosas de antigüedad, con cierto convencional respeto, a manera de esas telas ricas e históricas debidas al pincel de grandes maestros; pero hollinadas por los años i el descuido, que suelen participar de la suerte del trasto viejo i del tesoro, según el prisma vulgar o sublime al través del cual se las contempla. El padre Madariaga pertenecía a la familia de los antiguos anacoretas, i su digna comunidad haría bien en colocar su efigie, mitad a mitad, entre las de sus antiguos mártires i las de sus milagrosos legos que adornan las paredes de sus claustros.

Hállase hasta hoi vacío el hueco intermedio que cabe al muro exterior de la iglesia entre el «siervo de Dios» frai Pedro Vardesi i el lego Cañas, que murió ahogado en el Maipo arreando las ovejas de la ofrenda del padre de los campos i, sin disputa, del más popular de los santos de Chile, «nuestro padre San Francisco». I ese espacio corresponde de derecho, pero confiado a más diestro pincel que los actuales, al retrato del capellán i martir de Tarapacá.

V.

Ignorado profundamente entre sus contemporáneos en razón de su humildad, de su fervor

monástico i de las tareas de la propaganda menesterosa de su orden, i hasta de su figura tenue i opaca como la de Pedro el Ermitaño, un rayo de luz le ha revelado súbitamente a las miradas de todos los chilenos i ha rodeado su fin con la tibia atmósfera de las lágrimas.

¿I por qué?

Porque el padre Madariaga, corista, maestro de novicios en la casa grande de Santiago, padre descalzo en Lima, donde, como Camilo Henríquez, vivió refugiado contra dolososas turbulencias durante seis años, conventual en Talca, limosnero de su iglesia en Copiapó, constructor en La Serena, guardián de su orden en Santiago, capellán del cuartel jeneral del ejército, el padre Madariaga, decíamos, escondía bajo el tosco sayal del santo de Asís, algo que es más luminoso que la gloria, porque es su foco, más rico en esencias que el bálsamo vertido en el fuego, porque es el fuego mismo, más poderoso que el oro, porque su corazón era el crisol en que el metal se fundía sin liga i sin escorias. I ese tesoro, encubierto pero inmaculado, era el patriotismo, virtud sublime, que en esta tierra jermína de ordinario con más lucida lozanía bajo la ojota i la sandalia, que al través del de nso estambre de ricos tapices de Bruselas.

VI.

Teníase esto mismo observado desde el tiempo de la independéncia respecto de las órdenes monásticas, i en particular de los franciscanos, que se alistaron en masa bajo las banderas de la causa popular, en oposición a las veleidades del alto clero, que se dividió en dos grupos, los unos por el rei, los otros por la República. Los franciscanos, venidos a la milicia del altar desde el corazón i desde la cuna del pueblo, han sido en todas partes, desde Pedro el Ermitaño, que fué a la primera cruzada montando en un borrico,

antes que todo, soldados, propagandistas i *patriotas*.

Entre nosotros mismos i en la época a que hemos aludido, Camilo Henríquez, al iluminar los albores de la República con la antorcha de LA AURORA, no se descifró el sayal de San Camilo, ni se arrancó del pecho la cruz roja de la Buena Muerte. Durante el coloniaje, el franciscano fué pueblo en Chile, durante la emancipación fué soldado, i en la última guerra nacional, por lo mismo, ha sido capellán.

Trasunto vivo de esa edad i de esa asimilación fué el humildísimo padre coquimbano frai José María Madariaga, este Pedro el Ermitaño de las cruzadas que ha emprendido Chile contra las arenas i los pecados de la Palestina de los Incas. (1)

VII.

Posible es, a virtud de este mismo influjo del jenio popular i de su difusión en las masas, que el padre Madariaga sea para ciertas clases de la sociedad una simple figura de convención, nacida del calor de la guerra i extinguida en ella, como la centella que se desprende del fogón i se apaga en sus cenizas. Pero en la choza del campo, en el conventillo del arrabal, en el rancho de quincha de los caminos públicos, a cuya puerta acostumbraba pedir limosna i socorrer al necesitado del alma o del dolor físico, la imagen del austero franciscano no sólo será llorada sinó bendita. El telégrafo nos anunció que en la Serena había ocurrido todo el pueblo a su sepulcro;

(1) «Mean in figure and diminutive in stature, his enthusiasm lent him a power which no external advantage of form could have commanded.»—(CHAMBERS, *Peter the Hermit*.)

«De humilde apariencia i de pequeña estatura, el entusiasmo de su naturaleza le revestía de un poder que no era dable alcanzar a la majestad de las formas externas del hombre».

i aquella ciudad no era su patria. I cuando la nueva de su extinción llegó hasta los pechos de bronce que hasta ayer formaban en suelo extranjero el baluarte de la patria, los batallones que el fraile humilde electrizó con su palabra en la batalla, batieron marcha regular i pusieron las armas a la funerala, sin que el clarín ni la voz de mando se los hubiese ordenado.

VIII.

Otra condición histórica del franciscano ha sido su denuedo i su pujanza muscular. Nutrido con la limosna del pueblo, ceñido por el áspero lienzo del telar plebeyo, el milite que custodia en su altar de preferencia la «Virjen del Socorro», que Pedro de Valdivia trajo en la fundación de su arzón, ha sido siempre batallador i bravo. Los novicios del «Convento del socorro de la Cañada» guardan todavía memoria de los puñetazos con que el primer provincial de la orden seráfica en Chile, frai Martín de Robleda, recibió al primer cura del Sagrario, el clérigo don Francisco González Yáñez, cuando fuera éste una mañana, i a la hora de la misa, a desposeerle, como a intruso, de su tarima i de su cruz. Ocurrió este lance, contado con asombro por todos los historiadores, en el año duodécimo de la fundación de Santiago (1553).

El padre Madariaga, como su primer prelado, no desamparaba en la campaña del Desierto el Santo Cristo i el revólver. «¡Este es,—decía señalando el crucifijo,—para los que no respetan a Dios; i este otro,—mostrando el revólver,—para los que no me respetan a mí!»

Del padre Robleda al padre Madariaga hai tres siglos de heroísmo conventual. Un provincial de San Francisco, llamado Cordero (sin serlo), se las tuvo en el siglo XVII con toda la Real Audiencia i sus soldados, bala en boca, i con su sola cogulla los venció.

IX.

Lo que prevalecía en el alma del monje era el entusiasmo, esta atmósfera interna i candente que derrite todos los hielos del egoísmo humano. Él mismo confesaba que no podía dominarse al sentir que penetraban de tropel en su corazón las emociones del amor a la patria. Cuando en la media noche del sábado 24 de mayo de 1879 llegó a Santiago la chispa eléctrica que anunció la hazaña de fuego de Iquique, el monje sintió desde su tarima el bullicio de la calle, i corriendo despavorido en la lobreguez del claustro, subió al campanario, i sin acordarse del sacristán, puso a vuelo las campanas. Contaba el padre Madariaga, en la intimidad, que al pasar aquella noche por el tenebroso coro (camino obligado de la torre de la iglesia) no hizo, por la prisa, la reverencia acostumbrada al Santísimo hincando la rodilla, sinó que se contentó con decirle a la carrera:—«Perdóname, Señor, i déjame repicar por las glorias de la patria».

De igual manera, el guardián de San Francisco no pudo resistir al impulso que le arrastraba tras la comitiva triunfal de los tripulantes de la *Covadonga*, i encaramándose al Santa Lucía con el derecho de vecino, dijo al capitán Condell su célebre loa, con el tricolor en lo mano, en el festín popular del 27 de junio de 1879. Eso era lo mismo que él hacía en la Encañada, alentando al número 1 de Coquimbo, cuyo abrigo, como tropa de su tierra, había buscado. No fué tampoco diversa por la misión que le cupo desempeñar en Antofagasta cuando, en pos del último estampido del cañón del *Huáscar*, corrió al *Abtao* el memorable 28 de agosto de aquel año a auxiliar a los moribundos. I otro tanto ejecutó, caballero en su *negro*, como Pedro el Ermitaño en su rucio, durante la marcha de Agua Santa a Pozo Almonte, viniendo a la cabeza de los Cazadores a caballo i siempre de descubierta.

El *negro* del capellán del ejército de Tarapacá era un caballo oscuro, sufrido pero humilde, como bestia de limosna, que le había regalado un padrino de Santiago. En su lomo había recorrido poco antes de la guerra toda la provincia de Coquimbo, solicitando auxilios para su iglesia de la Serena, que refaccionó con esplendor.

Un día (escribimos esto de paso para explicar las interioridades de aquel espíritu evangélico) cierto hombre querido, desaparecido ya i demasiado prematuramente del planeta de la vida, (1) amigo nuestro i del padre Madariaga, vióle apearse de su inseparable montura a la boca de la mina de Santa Jertrudis, situada en el mineral de la *Higuera*, mina poderosa, que tiene 300 metros de profundidad vertical; i en seguida desapareció por entre sus tenebrosos senderos i escaleras de patilla. ¿Qué había ido a hacer en aquel antro el padre Madariaga? A llevar la imagen del santo fundador a los planes subterráneos, donde el barretero i el apir le darían su ósculo i su óbolo.

Con estos arbitrios i su infatigable *negro*, echó el padre Madariaga a su alcancía ochocientos pesos en la *Higuera*, i en toda la diócesis ocho mil. Eran las gotas del sudor del pueblo condensadas por la fe en el ara del altar.

Por esto, si Dios i la patria fueron, como dicen las correspondencias, el último pensamiento del virtuoso monje, su postrer adios fué al soldado i al compañero fiel en la alcancía i la batalla.—«He dejado al *negro* mui recomendado al jeneral Escala»,—escribía a un amigo pocos días antes de morir.

X.

Se ha dicho por algunos, a manera de acerba crítica, que a nosotros cabíanos el peligroso privilegio de abultar por el colorido i el ropaje las

(1) Don Vicente Zorrilla, rico minero de la *Higuera*.

figuras que del taller severo enviamos a los tabernáculos de la historia. Pero en esa acusación hai evidentemente tanta lisonja como injusticia, porque unas pocas lentejuelas de oro, o de oro-pel, no darán nunca mayor brillo a los caracteres que el que les imprime la austera fidelidad de su pèrfil, trazado siempre con mano escrupulosa i hasta tímida. Así, del fraile que acaba de morir, i que era la segunda personalidad jerárquica de su orden en Chile, como guardián del convento de Santiago, dice su propio superior, al encomendar su alma de siervo a las preces de los suyos:—«No podía vérsese en el coro sin devoción, en el claustro sin recojimiento, en el confesionario i en el pùlpito sin edificación, en la sociedad i trato de sus hermanos sin alegría i dulce expansión, i en el templo sin recordar a los más observantes i virtuosos relijiosos de este convento.»

XI.

No conocemos un elogio más tierno ni más sencillo de la virtud de un hombre que el que acabamos de copiar. No guardamos tampoco memoria que se haya hecho homenaje, tan señalado como el que dejamos recordado, a la memoria de un sacerdote de voto tan humilde como fué el del padre Madariaga.

I para ello ha tenido su prelado razón sobrada, porque si el capellán del ejército del norte no ha muerto en el campo de batalla, ha sucumbido a sus fatigas, i debe contarse, con título de justicia, entre los héroes cuyo postrer aliento él recojiera. Cuando llegó a La Serena el 13 de enero de 1880, el padre Madariaga venía moribundo, i su enfermedad, hecha incurable por su descuidada abnegación, era sólo un cruel legado del Desierto i de las penalidades.

Sus funerales, por lo mismo, celebrados en La Serena con gran pompa i presididos por el digno obispo de aquella diócesis, el 2 de febrero subsiguiente, no fueron un entierro sinó una ovación.

XII.

Tal fué, exhibido en tela burda, como el fundador del «Socorro» de Santiago, el animoso fraile que encarnó el alma i en su misión el sentimiento santo del patriotismo que ha armado nuestras afiladas lanzas, en la hora suprema i las ha lanzado como torrentes de fuego sobre las filas de los enemigos de Chile.

¡Ah! el padre Madariaga no tendrá ya la dicha, que tanto ambicionó, de predicar la última cruzada en los pórticos de Lima, como Pedro el Ermitaño en el Huerto de los Olivos cuando los muros de Jerusalén cayeron bajo la espada de su compatriota Godofredo de Bouillon; pero el capellán del ejército del Norte, como el valeroso monje de la Edad Media, ha alcanzado en la mitad de su carrera la ventura de morir en el claustro que honró su virtud, i de ser llevado al último descanso, como lo fué «el primer apóstol de las cruzadas» en la basílica de Lieja, en brazos del pueblo que tanto amó.

El capellán Madariaga fué el Pedro el ermitaño de Chile, i por esto sus agradecidos compatriotas le han consagrado significativo i mármóreo monumento en la iglesia de San Francisco de la Serena, mediante la jenerosa consagración de una de sus admiradoras (1); i allí vivirá su memoria lo que viva su fama.

(1) La señora Mariana Vicuña de Solar, 1882.